ALYSSA WOODS

ROMEO Y JULIETA UNTOLD



LA ÚLTIMA CONGREGACIÓN

MONTENA

ALYSSA
WOODS

ROMEO Y JULIETA UNTOLD

LA ÚLTIMA CONGREGACIÓN

TRADUCCIÓN DE
NÚRIA SAURINA EUDALDO

MONTENA

A Rebecca, mi hija, que me ha
enseñado el valor de las batallas
por las que merece la pena luchar.

A mi padre, por las grandes aventuras,
y a mi madre, por la magia en todas las cosas.

Dramatis personae

EDENITAS

Casa de los Capuleto

Julieta capuleto – Iniciada
Teobaldo Capuleto, primo de Julieta – Iniciado
Florencia Capuleto, gemela de Teobaldo – Iniciada
Folco Capuleto, hermano de Teobaldo – Iniciado
Sansón Capuleto, primo de Teobaldo y de Julieta – Iniciado
Catalina Capuleto, madre de Julieta – Extrema Sangre
Reinaldo Capuleto, padre de Julieta
Netria Capuleto, hermana de Reinaldo – Alta Maestra de los Aeterianos

Casa de los Montesco

Romeo Montesco – Iniciado
Benvolio Montesco, primo de Romeo – Iniciado
Domiciana Montesco, hermana de Romeo
Lavinio Montesco, hermano de Romeo

TANCREDIO MONTESCO, padre de Romeo

Altea Montesco, madre de Romeo

BASTIANO MONTESCO, hermano de Romeo – Fallecido en batalla

LIBORIO MONTESCO, abuelo de Romeo – Restitución

ADELINA MONTESCO, hermana de Romeo – Fallecida durante la Congregación

FELIPE MONTESCO, hermano de Romeo – Fallecido durante la Congregación

BEATRIZ MONTESCO, hermana de Romeo – Fallecida durante la Congregación

EDUARDO MONTESCO, hermano de Romeo – Fallecido durante la Congregación

ADO MONTESCO, hermano de Romeo – Fallecido durante la Congregación

Casa de los Malvecio

TERENCIO MALVECIO, amigo de Romeo – Iniciado

Casa de los Volterra

MERCUCIO VOLTERRA, amigo de Romeo y sobrino de Escalo Aguaviva

Casa de los Aguaviva

ESCALO AGUAVIVA – Primera Voz del Coro – Extrema Sangre

PARIS AGUAVIVA, hijo de Escalo – Iniciado

Baltasar Aguaviva, hijo de Escalo – Iniciado

Casa de los Valfiero

María Eleonora Valfiero, madre de Laurela y Anteo
Alberico Valfiero – Alto Maestro de los Leviantes (Almanario)
Laurela Valfiero, hermana de Anteo – Iniciada
Anteo Valfiero, hermano de Laurela – Iniciado

Casa de los Corvato

Rosalina Corvato, amada de Romeo
Lisandra Corvato, hermana de Rosalina – Iniciada
Ludmila Corvato, madre de Rosalina y Lisandra

Alena Chentacro – Iniciada
Amleto Selvalancha – Iniciado
Marina Codalunga – Iniciada
Federico Palacordio – Iniciado
Ágata Palacordio – Iniciada
Lorenzo Monforte – Decano de la Academia
Cleo Aspidi – Alta Maestra de los Trasladores
Bonifacio Castellano – Alto Maestro de los Graves

RÁPIDOS

(Humanos)

RUFINA, nodriza de Romeo
LILIANA, doncella de Julieta
LUCILA, sirvienta en la residencia de los Montesco
ABRAHAM, sirviente en la residencia de los Montesco
AGNES, sirvienta en la Academia
SELINA, sirvienta en la Academia

Pertenencias
(o las cuatro Estirpes de Edén)

Esenciales

Su Marca es un triángulo de oro.

Entre ellos, los Graves intervienen sobre los cuerpos y sobre los objetos, para hacerlos infinitamente pesados o increíblemente ligeros.

Los Ardefríos son capaces de aumentar o bajar la temperatura, ya sea en su interior, alrededor o bien en los demás.

Los Leviantes tienen el poder de controlar el aire que los rodea y generar vientos.

Temporales

La Marca de los Temporales es un círculo.

De bronce para los Trasladores, que pueden hacer retroceder el Tiempo de un cuerpo para hacerse cargo de sus heridas, aunque las ven aparecer en sí mismos.

Negro, en cambio, para los Arquitiempos. A diferencia de los anteriores, ellos son capaces de hacer ir hacia atrás o de acelerar el Tiempo de objetos y plantas. Una fruta puede madurar, una hoja puede volver a estar afilada.

Aeterianos

La Marca de los Aeterianos es un cuadrado de plata. Es un terrible poder el suyo, capaz de tejer y revelar ilusiones, y de esconder a la vista objetos y personas.

Eternantes

Los sin poderes, útiles solo para ceder su propio Tiempo a quien sí puede luchar para proteger Edén. En su defensa, se puede decir que al menos son capaces de acumular en su interior mucho más Tiempo que cualquier otra Estirpe. Su Marca es una línea, nada más.

Para los que pertenecen a las tres primeras Estirpes, es posible que se añada una figura a la Marca. Una línea formada por puntos negros, la señal de los Almanarios, capaces de albergar en su interior las almas de otros Edenitas y de aprovecharse de su poder para acrecentar el propio.

El Extremoidioma

La idea del Tiempo es distinta para los Edenitas, así como su lenguaje.

Ellos se refieren a los segundos como batimientos; a las horas, como cadencias; a los meses, como latelunas; a los años, como solasterios; y a los siglos, como centurios.

Por último, los surcos de eras son un periodo de Tiempo tan extenso que a un Rápido le resultaría imposible concebirlo.

Cada principio lleva consigo su fin.
Pero no lo sabía cuando creó el tiempo.
Y fue hoy y fue mañana
y fue alba y fue ocaso
y en todos aquellos instantes se enamoró
y su inicio fue su fin.

Cuando tu vida está entregada a la guerra, numerosas son las historias tristes, y se amontonan como cadáveres tras una batalla, una encima de otra.

En mi pueblo, las únicas que se transmitían eran las que hablaban de sangre y de héroes.

Para mí, la única que merecía la pena contar era la de Romeo y Julieta. Pero durante mucho tiempo no fui capaz.

Ni siquiera ahora me resulta fácil hablar de ella, porque yo estuve allí.

Y esta no es solo su historia, sino que también incumbe a todos los que la vivieron. Lloré por muchos de ellos. Los recordé, y también tuve la esperanza de que los olvidaría. Pero, sea como sea, el dolor encuentra un lugar donde arrellanarse y hacerte compañía para siempre. Y cuando vives un número infinito de solasterios (que vosotros llamáis años), este para siempre es un tiempo que te consume día tras día.

Tuvieron que transcurrir centurios antes de que lograra contar a alguien esta historia, y cuando lo hice, quien la oyó por primera vez fue un chiquillo desgreñado y larguirucho. Se llamaba William. O al menos ese era el nombre con el que había decidido darse a conocer. Nos encontramos en la orilla de un río y allí, mientras el sol cedía su lugar a la luna, permanecimos sentados charlando hasta que los astros se intercambiaron de nuevo.

Fue liberador. Catártico, tal vez. En cualquier caso, creía que poco tiempo después el chico ya no se acordaría.

No fue así, obviamente. Como todos bien sabéis.

He ido al teatro en muchas ocasiones, y cada vez me he preguntado qué habría sucedido si William hubiera escrito la historia tal y como yo se la conté.

Quizá nadie se la habría creído.

Él decidió prescindir de todo lo fabuloso que había escuchado y dejó únicamente lo que era plausible. La modificó y al fin se convirtió en otra cosa. Pero en el fondo las historias pasan de boca en boca, y cada vez alguien las cambia, las altera, las enriquece, hasta que ya no son tuyas, sino de quien las cuenta.

Sin embargo, se olvidó de un detalle. Una pequeña discrepancia temporal. A menudo me he preguntado si lo hizo adrede.

Tras los funerales de Julieta, Baltasar jamás hubiera podido llegar a Mantua a pie y llevar de vuelta a Romeo en el mismo día. A menos que hubiera…

Echo de menos a Baltasar igual que echo de menos a todos los demás. Por eso aquí me tenéis contando de nuevo su historia. No la que William hizo eterna, sino la verdadera, la que todavía me hace aullar en las noches oscuras, la que ninguno de nosotros, que la vivimos, olvidará jamás.

Esta es la única verdadera historia de Romeo y Julieta y de lo que nunca fue contado.

UNO DE ELLOS

PRIMERA PARTE

La Temporada de la Congregación
Verona, 1392

1

Romeo

Estoy listo para morir.

Siempre lo he estado.

En nuestra lengua la palabra muerte no existe, la aprendimos de los Rápidos.

Nosotros preferimos decir Restitución, y no necesitamos crear infiernos que temer ni paraísos a los que aspirar. Nosotros sabemos qué sucede después.

Pero los Iniciados como yo somos muy conscientes de que hasta que no sobrevivamos a la Temporada de la Congregación, la única palabra es muerte.

Si no somos dignos de florecer como los mejores de nuestra raza, tampoco somos dignos de marchitarnos como ellos.

Será una vela que se apaga. La luz que se desvanece y solo permanece la cera inútil.

Y la oscuridad.

Y la nada.

Sin embargo, nunca he temblado frente a la muerte.

Ni cuando vi quemar los estandartes de mis hermanos y hermanas, ni cuando mi abuelo dio el Último Paso, ni cuando los

cuerpos de los guerreros de las casas regresaron despedazados por el enésimo cataclismo que no fui capaz de detener.

Y no temblaré esta noche, cuando la Temporada de la Congregación me reclame a mí y a los demás Iniciados.

Pero tiemblo ahora.

Desnudo.

Con los dientes castañeteando.

No por el miedo, sino por el frío cortante que se me mete bajo la piel.

En mi casa no hay Ardefríos, así que mi padre debe de haber llamado a alguien para bajar la temperatura en las salas, y también debe de haberle costado un dineral, ya que nadie se *muere* de ganas de asistir al Primer Paso de un Montesco.

El frío es constante, espeso como la niebla. Mi aliento se hiela nada más abandona los pulmones.

Tengo los labios agrietados y el corazón me late tan fuerte que tengo miedo de que acabe igual que ellos.

Si sigue así, corro el riesgo de estirar la pata antes incluso de entrar en la Academia.

Me río con este pensamiento.

El rostro de mi padre, en el fondo del salón, se ensombrece. Eso basta para hacerme parar. A su lado, mi madre va vestida con lirios blancos, el símbolo de nuestra casa, que se mantienen unidos por sutiles hilos dorados. Percibo su dulce olor, que se insinúa a través del frío y me calienta un poco. El perfume de mi madre es mi soledad, pero también mi infancia y mi hogar. Es fácil buscar consuelo en las costumbres, aunque doloroso. Parece que ella me devuelve la mirada durante un imperceptible batimiento, pero es tan

fugaz que me deja encima la sensación de vacío de todas sus atenciones ausentes. No me miraba a mí, nunca me mira a mí. Sus cuidados siempre han sido para mis hermanos y hermanas. Para ella, yo soy lo que los Rápidos llaman un fantasma. Alguien que está pero no se ve, que habla pero no se oye, alguien que deambula, sin tener un lugar propio.

Me acuerdo de respirar y doy el Primer Paso en el suelo de mármol negro y, así, empieza mi ceremonia.

Mientras avanzo observo las treinta y dos columnas de cuarzo blanco, altas como catedrales, que sostienen las bóvedas arqueadas de finísimo cristal. Animales antiguos y extinguidos para siempre, grabados en cada pilar, parecen observarme, sopesarme. Aun sabiendo que no es posible, siento que me juzgan. Tienen las fauces abiertas; los ojos, como platos; las garras, preparadas. Confusos en el ímpetu de las batallas junto a los mejores de nuestra raza, aquellos que la Pertenencia ha estimado dignos: los Extrema Sangre.

Yo soy un Montesco. El número de Iniciados de mi casa que ha sobrevivido a la Academia es tan exiguo que mis posibilidades se reducen a cero.

Nunca seré uno de ellos.

Sin embargo, sigo avanzando.

Por todas las columnas se enrollan plantas y flores que trepan hasta lo alto para encontrarse en el centro, creando así un jardín en lugar del techo. En el aire, el perfume de oud, una resina que huele a tierra aunque también a algas ahumadas, que huele a miel aunque también a madera amarga, me aturde ligeramente y vuelve mis pasos inciertos.

Me acerco a la pila central, donde se produce la ablución, y las flores empiezan a descolgarse y caer al suelo. Son una advertencia para recordarme que cada casa puede caer como estas flores. Una advertencia para recordarme que la belleza es efímera si no se protege. Ando pisando estas maravillas, hechas de estambres, pétalos, aunque también de espinas. Se me cortan los pies, que dejan un débil hilo de sangre sobre el suelo de mármol negro, para que yo no olvide que para proteger lo que se ama hay que pagar un precio.

Mi hermana Domiciana anduvo por el mismo suelo hace un solasterio.

No tengo noticias suyas desde que entró en la Academia. Para mí el tiempo todavía transcurre de un modo similar al de los Rápidos, y es una eternidad.

Se me encoge el corazón. Es la más fuerte de la familia. Desde siempre se había preparado para la Congregación. Casi todos los Iniciados esperan convertirse en Esenciales; ella no, ella desde que nació quería ser Trasladora. Es la Pertenencia que exige el precio más alto, pero Domiciana piensa siempre antes en los demás que en sí misma. Ruego a la diosa Alyaster que esta noche vea a mi hermana cruzar Puerta Imperia orgullosa y satisfecha. Que me dé tiempo a abrazarla, quizá por última vez, antes de atravesar ese umbral yo mismo.

Si mi madre acaba teniendo la enésima cicatriz en el brazo, que cuenta ya cinco, no será por mi hermana Domiciana, ni por mi hermano Lavinio, que todavía juega en los mismos jardines donde yo excavaba hoyos y fingía detener desprendimientos y terremotos.

No, su cicatriz será por mí.

Una lágrima me escuece los ojos. La reprimo a duras penas.

Los Edenitas no lloran.

Percibo una figura un pelín más alta que un brazo que se escabulle detrás de la pila.

La ceremonia del Primer Paso está prohibida a los niños, pero estaba convencido de que mi hermano Lavinio no iba a respetar la orden de quedarse en su habitación. Él no ve la hora de entrar en la Academia y convertirse en Extrema Sangre y, a diferencia de mí, ni siquiera se le pasa por la cabeza la idea de morir en el intento. Lo entiendo. Cuando yo no era más que un mocoso, corría a ver el regreso de las batallas, a pesar de la prohibición de mi padre. Trepaba por los tejados de Verona y asistía, apretujado entre las tejas, al regreso de nuestro ejército. Todavía recuerdo la manera en que alzaban sus espadas hacia el cielo en señal de victoria, y yo y los demás niños las mirábamos centellear al sol sin percatarnos de la sangre coagulada en sus armaduras negras, ni de los carros de los Rápidos que regresaban vacíos, ni del canto de la Extremacción que acompañaba a las almas de los que se encontraban cerca de la Restitución.

Mi hermanito pequeño cierra el puño y lo agita para infundirme valor.

Con paso lento subo la escalinata de mármol blanco, hasta la pila central de ónice.

Los Rápidos al servicio agachan la cabeza. Solo Rufina, mi nodriza, apenas alza la mirada hacia mí, esboza una sonrisa de modo imperceptible y, con idéntica prudencia, se toca el corazón con un dedo. Se da dos golpecitos en el pecho: uno para mí y uno para ella. Es nuestra señal de siempre. Significa «mis latidos son tus latidos,

mi corazón es tu corazón». Tiene frío. Lo veo por cómo tiembla, y sin embargo todavía logra sonreírme.

Para nosotros los Edenitas, los Rápidos, o humanos como se llaman entre ellos, no son nada más que alimento. Por otro lado, un Rápido tampoco se encariñaría con una mariposa, que, por bonita que sea, solo vive un puñado de aleteos. Ellos son nuestras mariposas, con una vida demasiado fugaz para recordarla o añorarla. Para mí no es así. Quiero a Rufina, que me ha dado todo el afecto que mi madre siempre me negó, como si hubiera salido de su vientre.

Le devuelvo el gesto, de modo furtivo; mi padre se percata y frunce las cejas. Nunca aprueba lo que hago.

Me sumerjo en la pila.

El agua está helada. Noto que mi piel quema y después se entumece. Mis músculos tiemblan y se contraen. Tengo la sensación de que mil agujas me punzan de pies a cabeza. En el agua flotan lirios; se deslizan ligeros, insensibles al frío que me está resquebrajando la piel.

Mi padre se acerca a la pila. Sostiene entre las manos el cojín de terciopelo donde se ha colocado un puñal afilado que hace eras que pertenece a mi casa, pero parece recién forjado. Mi padre es un Arquitiempo, y en cada ceremonia lo devuelve a su origen, al momento exacto en el que nació del hierro. Me pregunto cuánto tiempo se habrá robado a los Rápidos para obtener eso, que en mi opinión no es más que una excentricidad. Un puñal normal cortaría igual.

Mi madre lo empuña y las flores de su vestido chocan unas con otras dejando caer el polen naranja al suelo.

Sin mover un músculo del rostro, voltea la muñeca y muestra las venas. Con un corte preciso graba su piel exactamente debajo de las otras cinco cicatrices que marcan su brazo.

Una por cada hijo perdido.

Percibo un temblor que no es de frío, sino de dolor al ver las marcas de mis hermanos y hermanas. Permanecerán ahí, en el brazo de quien los engendró, como recuerdo imperecedero de lo que pudo ser y no fue.

La cicatriz más fresca es la de mi hermana Domiciana, infligida en este mismo lugar hace solo un solasterio.

Sus nombres están esculpidos en el interior de mi mente mucho más a fondo de cuanto haya podido hacerlo el cincel en el ónice de la pila. Para recordarlos solo hay una inscripción: FALLECIDO DURANTE LA CONGREGACIÓN. En cambio, para mí hay risas, cuentos susurrados en la oscuridad, promesas rotas. Acaricio con la mano esas letras: Ado, Felipe, Beatriz, Eduardo, Adelina. Ya no podemos nombrarlos, pero yo sí puedo recordarlos y permitirme sufrir por ellos.

Un terror agudo repta por mi espalda, un presagio que trepa hasta mi oído para cuchichearme palabras de miedo: Domiciana está muerta. Me sacudo esos pensamientos y la angustia y me desplazo por la pila, hasta alcanzar el borde.

Hay otro nombre inscrito ahí debajo, pero no lo miro. Cuando murió, mi padre prohibió pronunciarlo. A mi madre el dolor casi la devastó. Me pregunto si no nombrarlo puede ayudar a olvidar. No lo creo. Toco sus letras y por un batimiento soy pequeño en sus brazos. El recuerdo es vago y su ausencia me hiere cada vez que pienso en él. Yo no era más que un niño cuando murió, pero el tono de su voz todavía resuena en mí.

Unas gotas de sangre se ensanchan en la pila. Son de mi madre. Deja caer ocho gotas de su corte: una por cada Pertenencia.

—Que esta sangre sea la Extrema que he vertido por ti —dice usando el Extremoidioma. La lengua de los Edenitas es suave, arrulladora, suena como un canto, pero en su boca resulta abrasiva como la arena.

Observo la sutil línea roja que ahora le marca la piel.

Si tras la Temporada de la Congregación finalmente obtengo mi Pertenencia, los Trasladores suprimirán la cicatriz; si muero, esta permanecerá indeleble en su brazo en memoria de lo indigno que fui.

Me sumerjo del todo en el agua. Abrazo este hielo y espero que también pueda helar mis pensamientos. Poco a poco noto una ligera tibieza. Es placentera, y me imagino que el beso de Rosalina es así: húmedo y cálido.

Un beso que espero dar esta noche.

… grito tragando agua.

Me quema el cuello. Es un corte de espada. Es un azote con un látigo de cuero. Vuelvo a emerger de golpe, buscando aire con la boca abierta y escupiendo el agua que he engullido. Toso mientras la pila humea vapor. El dolor es insoportable. Me llevo una mano al cuello, pero mi padre me lo impide.

—No te toques —me dice agarrándome, mientras se acerca a mirar el lado externo de mi garganta. Asiente—. Es una línea —murmura.

Mi madre se encoge de hombros.

—Podría ser un Eternante…

—Podría… —El ángulo de la boca de mi padre se curva. ¿Es una sonrisa?

—Lo que está hecho hecho está —dice mi madre mientras desciende la escalinata, sin dirigirme ni siquiera un sonido. Los lirios de su vestido se descuelgan uno a uno y caen al suelo dejándola desnuda. Las flores golpean el mármol con un batacazo. Mi madre es una Grave; le encanta hacer estos jueguecitos.

Tener la capacidad de aumentar o disminuir el peso de lo que la rodea no debería influir en su capacidad de aumentar o disminuir el amor hacia sus hijos. En cambio, mi madre incluso eso ha logrado.

Sin embargo, durante un tiempo tuve el convencimiento de que me quería. Hubo caricias y nanas, hubo besos y cuentos para acompañarme en las largas noches. Nosotros los Edenitas no dormimos. Pero eso no significa que no tengamos miedo a la oscuridad, o que no imaginemos horripilantes Selfieras que nos pueden raptar. También porque, a diferencia de los Rápidos, sabemos con certeza que los monstruos existen.

Su Marca del Alma es bien visible. Hecha de líneas y círculos, les envuelve parte del cuello y casi toda la espalda. Para mí, los símbolos de las Pertenencias tienen un significado cristalino, pero el resto es un misterio… Lo único cierto es que a partir de hoy también mi Marca empezará a crecer, evolucionar, se le añadirán símbolos y señales. Y se extenderá por todo mi cuerpo, definiéndome como un ser único en Edén. Siempre que sobreviva en la Academia.

Mi madre se va sin mirar atrás. Sin decirme una palabra de ánimo. Antes de salir de la sala se acerca a una Rápida y la besa en la boca. Un beso ligero. Puede que solo sea un roce de labios, pero sé que acaba de ingerir un poco de su Tiempo, un poco más del necesario,

tal vez, dado que en el rostro de la sirvienta se dibuja una pequeña arruga.

Los Rápidos me lavan. La nueva sirvienta de pelo rubio que llegó a mi casa hace solo algunos latelunas es un poco más joven que yo. Se llama Lucila, y mi primo Benvolio hace un tiempo que se entretiene con ella. Obviamente no me lo ha dicho, pero yo los he visto unas cuantas veces apartarse hacia rincones oscuros.

Lucila se ruboriza al pasarme la mano por el pecho. Por cómo se demora en lavarme en puntos particulares, creo que no le importaría consumar un poco de oscuridad conmigo también. Pero mi corazón pertenece a Rosalina. Sin embargo, debo admitir que si continúa lavándome con esta atención, quizá una parte de mi cuerpo podría empezar a cambiar de opinión y a pelearse ferozmente con mi corazón.

Los Rápidos añaden al agua enebro para el coraje, pimienta para la fuerza física, canela para la energía, lavanda para el equilibrio. Me untan aceite de romero para alejar lo que ellos llaman «influencias maléficas». No creo que todo eso sea muy útil, pero los Rápidos al servicio han hecho de la Ceremonia del Primer Paso una tradición suya, mezclando sus creencias con las nuestras. ¿El resultado? Apesto como el pastel de ciervo que Licato preparaba al inicio de cada lateluna.

Rufina se acerca con unas tijeras para cortarme el pelo.

Protesto y le aparto la mano.

—Romeo, hay que cortarlo —insiste ella—. Es la ley. —Habla en vulgar, la lengua de los Rápidos. Ninguno de ellos es capaz de usar el Extremoidioma.

Cojo las tijeras y corto aquí y allá algunos mechones dejando que mi melena casi me roce los hombros.

—La ley ha sido respetada —digo.

Mi padre asiente, me lanza una mirada que no logro descifrar, no sé si es de arrepentimiento o de lástima, y se va dejándome solo con los sirvientes. En ese momento Lavinio sale de su escondrijo.

—¡Déjame ver! —pide intentando echar un vistazo a mi cuello. Lo dejo hacer.

—Es una línea, va de la oreja a la… —No le sale la palabra.

—Clavícula.

—Exacto, eso.

Rufina me tiende un espejo. Mi marca es una señal muy clara y nítida. Una línea significa todo y nada. Podría volverse un cuadrado o alzarse en un triángulo. Incluso podría cambiar de color. La primera manifestación de la Marca del Alma a menudo es voluble, y antes de que termine la Academia, otras formas geométricas aparecerán en mi cuerpo, mezclándose unas con otras. Sin embargo, sé que a partir de esta noche todos los Iniciados empezarán a especular basándose en una señal diminuta e inútil. Convencidos de que su esencia, su individualidad, ya está escrita del todo.

—¿Duele? —pregunta Lavinio.

—Ya no.

—Es negra. —Aplaude entusiasmado—. Podrías ser Almanario.

Almanario. Con solo pensarlo me entran ganas de reír. Un Montesco capaz de contener las almas y el poder de sus compañeros. ¿Por qué no? Quizá un Almanario de la Pertenencia de los Esenciales. Puestos a soltar disparates. Un Montesco en la vanguardia luchando contra las Catástrofes. Es más fácil que cambie

de color, se vuelva de un gris pálido y se quede en una línea. Eternante.

—¡No necesariamente! —le respondo, un Tiempo después.

—Casi todos los Almanarios tienen una línea negra.

—Faltan diez puntitos. Podría quedarse así.

—¿Por qué tienes que ponerte siempre en lo peor? —Resopla.

—Porque así cuando «lo mejor» no llega no me quedo tan mal.

Alza los ojos al cielo. No le gusta mi pesimismo. Tampoco es que yo esté orgulloso.

—Déjame ver tus músculos. ¿A ver lo grandes que están ahora? —me pide con los ojos rebosantes de emoción.

Alargo un brazo hacia él y su sonrisa se apaga.

—Pero… ¡si están igual que antes! —me dice, decepcionado.

—Es verdad. Se requiere tiempo para la transformación completa. Empezará en la Academia.

Cavila, un poco dudoso.

—Quizá lleves razón. Serás un Eternante. Un Almanario no puede ser así… —Me señala.

—¿Así…? —Sé a lo que se refiere, nos gusta tomarnos el pelo. Mis hermanos seguramente eran más altos y fornidos que yo, él y yo somos más… normales.

—Grácil —responde con una sonrisita.

Le salpico un poco de agua en la cara, él mete las manos en la pila y hace lo mismo, entonces lo agarro, tiro de él y lo sumerjo junto a mí. Echa a reír y empieza a salpicarme, y yo también me carcajeo, mientras derramamos agua por todas partes. Luego descendemos al fondo. Nos miramos a los ojos a través del agua, con los pelos que parecen algas. Nos hacemos muecas para que el

otro se desternille. El juego es resistir el mayor tiempo posible sin respirar. Cuando veo que ya no aguanta más, hago ver que pierdo y salgo. Lavinio emerge con el rostro enfurecido.

—¡No debes dejarme ganar!

—Te juro que no te he dejado ganar.

—Claro que sí. Tú eres imbatible.

Me mira de reojo y volvemos a echarnos agua en la cara.

Los Rápidos se ríen con nosotros, mientras Rufina nos observa con tanto amor que creo que vuelvo a ser un niño.

Quiero recordar este momento cuando esté en la Academia, quiero recordarme que la felicidad está siempre ahí, solo debes alargar la mano.

Lavinio se detiene y se apoya con los antebrazos en el borde de la pila, dejando que sus piernas floten hacia arriba. Su voz es seria. Me da la espalda.

—¿Volverás? —me pregunta sin darse la vuelta. No quiere ver mis mentiras.

—Volveré —miento acercándome a él.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —miento de nuevo.

—¿Y Domiciana también? —susurra.

—Sí —asiento, con la garganta cerrada.

Se gira, me salta al cuello y aprieta fuerte, antes de irse con la ropa chorreándole por toda la nave.

—¡Almanario! —me grita de espaldas, y sigue andando.

—¡Eternante!

Lavinio alza la mano derecha y me muestra el dedo sin girarse, luego desaparece tras una puerta.

Me río hasta que ya no oigo el sonido de sus pasos.

Ojalá tuviera su increíble optimismo. Pero la realidad es que, salvo raras excepciones, el verdadero poder de los Montesco es el de morir, o ser Eternantes, en el mejor de los casos. Eternantes muertos. Indispensables, hasta que logramos almacenar en nuestro cuerpo el Tiempo sustraído a los Rápidos, y sacrificables cuando ese Tiempo se agota. Somos los graneros de invierno que se dejan pudrir en verano entre ratones y escasez.

La mayor parte de las veces yacemos consumidos en el campo de batalla, con el rostro ajado y reseco y las extremidades dobladas, por una vejez injusta y que no nos pertenece, mientras algún Almanario sin escrúpulos toma hasta el último destello de vida a nuestra disposición para arremeter contra el Enemigo, indiferente a que este último gesto nos envejezca tanto que poco a poco nos convirtamos en polvo.

Nos vamos con una ráfaga de viento, sin que nadie haya tenido tiempo, o ni siquiera la voluntad, de recitar la Extremacción.

Eso hizo Reinaldo Capuleto con mi hermano Bastiano.

Los Rápidos me visten con el uniforme de la Congregación en mi cuarto. Meto la cabeza por la camisa de lino blanco. Me hacen poner una chaqueta de piel negra. Me queda tan ceñida que parece un guante, pero no es tan flexible. Es áspera y me rasguña el cuerpo a cada movimiento. Se trata de una advertencia para recordarnos que no vamos a hacer una excursión campestre. Nos recuerda que será duro y doloroso, como las chaquetas que llevamos puestas.

Como si hiciera falta.

El chaleco es blanco, por descontado, así como los pantalones y los brazales que suben hasta las hombreras. Somos Iniciados, somos puros. Como ángeles malditos. El blanco cubre el negro, pero no del todo, el costado queda abierto, sujeto con correas.

La parte anterior está grabada con diseños geométricos que representan las distintas Pertenencias. Por detrás tiene una larga cola que se divide en dos; parece una capa, pero no lo es.

La piel es dura, podría ser cuero. Las hombreras son dobles.

Acaricio los relieves de los brazales. Están tallados con destreza: representan las ramas de un árbol, que confluyen en la espalda formando un círculo astillado. En el centro hay un lirio hecho de bordados lechosos que apenas se distinguen encima del traje blanco. Al parecer, mi casa no es digna de ser reconocida. Los protectores de brazo son tan estrechos que las ramas se asemejan más bien a las venas oscuras que se traslucen bajo la piel. Las piernas también quedan ceñidas por la piel, blanca asimismo, afortunadamente más suave que las pesadas botas negras que me llegan casi hasta la rodilla.

Me atan los cordones, me ajustan el cinturón de cuero a la cintura y otros dos que se entrecruzan sobre el pecho, y después me dejan solo. Soy libre de ir donde quiera hasta el tañido de la campana que firmará el inicio de la Academia: las últimas cadencias de despreocupación.

Casi todos se irán de picos pardos. Benvolio me había propuesto un banquete en su palacio. Supongo que para celebrar mi decimosexto solasterio. Le prometí que iría, le mentí. Tengo una cita a la undécima campanada. Pero no se lo dije. No lo hubiera

entendido, no se puede anteponer nada a nuestra amistad. Especialmente una mujer.

El viento sopla obstinado. La ventana de mi habitación vibra ligeramente, a pesar de que está empotrada en la piedra. Uno de los cuadrados de vidrio de color rubí se resquebrajó hace dos solasterios. Fue mi hermana Domiciana, al arrojarme un cáliz de plata que golpeó la ventana en lugar de mi frente. Domiciana detesta que le tomen el pelo y a mí en cambio me encanta hacerlo. Nunca mandé que lo repararan. Cuando el viento corre, como esta noche, se cuela por ese resquicio y silba. Yo me imagino que es mi hermana llamándome para que hagamos uno de nuestros juegos con los que nos divertíamos en el Jardín de los Encantos, cuando todavía nos estaba permitido ir.

Me escabullo fuera de mi habitación, intentando hacer el menor ruido posible. Solo hay una manera de salir del palacio sin ser visto. Recorro a toda prisa los pasillos vacíos, hasta la habitación que era de mi abuelo.

Abro la puerta y entro, ojo avizor a que nadie me vea.

Detrás de su cama hay un tapiz. Por un batimiento me quedo embobado mirándolo. Representa el cielo estrellado. En el centro, una mujer sostiene entre las manos una pequeña esfera azul y verde: Edén, nuestro hogar. Aparto el tapiz de detrás de la cama y me escurro en la pequeña galería. La puerta se cierra detrás de mí. El pasaje es angosto y oscuro, pero yo me muevo raudo. Lo he cruzado tantas veces en el pasado que no necesito luz. Hace algunos latelunas que no lo uso y los ratones, que chillan correteando por entre mis pies, me hacen comprender que ahora es su hogar. Me percato de que he llegado cuando mis manos se apoyan en un muro

de piedra que me corta el paso. Deslizo los dedos por la pared de la gruta hasta encontrar el relieve grabado en la piedra, formado por diez círculos uno dentro de otro, con pequeños remates. Lo giro siguiendo un orden preciso. Mis dedos recuerdan el código de memoria. Espero unos batimientos. El techo se abre lo justo para dejarme pasar. Apoyo los pies sobre un pequeño entrante, me levanto a fuerza de brazos y me deslizo por la abertura. Mi uniforme roza la piedra.

Apenas salgo al jardín, el viento me alborota el pelo y hace que me lloren los ojos. Es viento de tormenta. Los truenos en el horizonte presagian que un temporal se dirige de nuevo hacia nosotros. Llegará a tiempo para empapar la Congregación. Siempre es así. Cada llamada de una nueva Temporada de Academia es bautizada con lluvia a cántaros. Me pregunto si el cielo llora por nuestros muertos o si saluda a los que van a morir. No cambia mucho; en breve, cuatrocientos Iniciados cruzaremos el umbral de Puerta Imperia y los de la Congregación anterior saldrán de allí.

Los supervivientes, al menos. Quizá el cielo llore porque nuestros padres no lo hacen.

Ninguno de nosotros, los Edenitas, lloramos. El sacrificio de muchos es necesario para el bien de pocos.

Yo estaré entre los muchos.

Siempre lo he sabido.

2

Julieta

Ahora me asalta el terror.

Los ojos de todo el mundo están clavados en mí, en mi cuerpo desnudo, mientras recorro el suelo de pórfido de la gran sala. Del techo abovedado cuelgan rosas de cristal que lanzan reflejos azulados: la flor de mi casa.

Más que los de todos los demás, los ojos que me atraviesan son los de mi madre. Está en el fondo de la sala y me observa con la boca cerrada y una mano estrechando su puñal. Lo sujeta tan fuerte que este tiembla, como si quisiera huir. Pero ella se esfuerza en mantener la compostura, porque se trata de una ocasión solemne: lleva el pelo rubio recogido en dos trenzas que le rodean la cabeza como una corona, y el vestido de terciopelo azul y con las correas de piel que le ciñen el cuerpo parece una armadura. Y luego está mi padre, tan seguro como siempre. Él sabe que lo lograré: no porque tenga confianza en mí, sino porque soy una Capuleto.

Los Capuleto no fracasan.

Me trago el miedo e intento ignorar la horda de sirvientes Rápidos y de primos Extrema Sangre que han venido a celebrar mi Primer Paso. Como si alguno se hubiera preocupado por mí alguna vez: están aquí como señal de respeto hacia mi padre, para hacerse ver y

esperar recoger cuatro migajas de su gloria. Mis primos Teobaldo y Florencia ya han afrontado este reto hace pocos esimios. Ellos no tenían una madre que pudiera verter su sangre por ellos ni un padre que bendijese sus Marcas, como es costumbre en mi familia. Ha sido mi madre, que hoy ya se ha cortado dos veces. Ha sido mi padre, que los ha criado como si fueran sus propios hijos, quien ha anunciado en voz alta los primeros símbolos que han aparecido en sus cuellos. Y ahora mis primos han abandonado la sala y es mi turno.

Entonces camino, mi mirada fija en Netria, la hermana de mi padre. Está de pie a su lado y es la única cuyos labios esbozan una sonrisa huidiza que me infunde valor. Siempre lo ha hecho así. Es una de las Altas Maestras de la Academia, además de la persona a la que más quiero junto con Teobaldo. Cada vez que viene a visitarme logra que me sienta menos sola. El hecho de que ella estará en la Academia es lo único que hace que esta jornada sea menos terrorífica. A pesar de que hoy no está aquí para impartirme una lección privada de esgrima, consigue darme ánimos de todos modos.

Alcanzo, un paso tras otro, la pila de mármol negro en el centro de la sala. A medida que me acerco, el suelo se va calentando hasta que me quema las plantas de los pies y el sudor me rezuma por la espalda. Aguanto la mirada de mi madre mientras desciendo un peldaño tras otro. La veo, es ella: está tan concentrada que ni siquiera parpadea, mientras con los pulgares traza pequeños círculos en las yemas de los índices. Nuevas arrugas aparecen en su rostro mientras la Pertenencia empieza a consumirla. Netria me explicó que muchos Edenitas recurren a gestos para ayudarse a manifestar su propio poder, y mi madre, que es una Ardefría, es una de ellas.

Aprieto los labios mientras el suelo se vuelve incandescente, noto las ampollas que se me forman en la planta de los pies y que revientan. Quisiera gritar en contra: ¿por qué me pones a prueba de esta manera? ¿Por qué quieres hacerme sufrir delante de todo el mundo? ¿Qué es lo que debemos demostrar siempre, nosotros, los Capuleto?

Pero tomo aire y no pierdo el control mientras avanzo un doloroso paso tras otro.

Me sumerjo hasta los hombros y todo va mejor: es como si me acogiera un abrazo perfecto, infinito, lejos de las canalladas del mundo. Es así como me imagino la Restitución con Alyaster: calor y paz para la eternidad, mientras ella se nutre de mí.

Entorno los ojos y mi cabello se alarga flotando sobre la superficie del agua. Es larguísimo: en el último solasterio no ha visto hojas ni tijeras, para respetar la Tradición de los Capuleto, y la verdad es que tampoco me lo había cortado en los dos solasterios precedentes. Para demostrar cuánto me importa mi casa, sin duda, pero también porque siempre me han gustado sus reflejos de bronce. A estas alturas me llega a media espalda. Una vanidad por la que Liliana, mi doncella Rápida, me toma el pelo. La única que tengo.

Mi madre está a pocos pasos de mí, puñal en mano. Ahora pronunciará las palabras sagradas, alzará el brazo, se cortará y dejará caer la sangre en el agua.

Así estaré lista para la Academia.

Así llevaré gloria a la casa de los Capuleto para otra generación de Extrema Sangre.

Mi madre no hace nada.

Ahora que estamos cerca, veo sus ojos. Advierto el velo de lágrimas que los nubla.

Deja caer el puñal, que tintinea sobre el suelo de piedra dos veces antes de sellar el silencio en la sala.

Un silencio que se rompe pocos batimientos después, cuando ella se va sin mirar atrás y un murmullo recorre la multitud de parientes que han venido a asistir a mi Primer Paso, y ahora, a mi vergüenza.

Sacrilegio, murmuran.

Blasfemia.

Nunca nadie había actuado contra las Tradiciones tan ostensiblemente.

Miro a mi padre. Si fuera por él, haría Abnubilar a todos los que están en esta sala solo para eliminar el recuerdo de este evento. Pero no puede hacerlo, desde luego.

Yo permanezco inmóvil e intento no temblar. Quisiera desaparecer.

Y entonces Netria recoge el puñal y por un momento lo empuña como si no fuera solo un instrumento de ceremonia, sino un arma. Eso, junto con la posición que ocupa en la Academia, basta para hacer callar a todo el mundo.

Es ella quien se arremanga, es ella quien me mira a los ojos y pronuncia las palabras, es ella quien vierte su propia sangre.

Y es entonces cuando, como si una fuerza mayor que yo —mayor que todos nosotros— me llamase, me dejo arrastrar bajo el agua, y por un momento todo quema. Yo, el mundo.

La piel de mi cuerpo se desgarra, grito y el agua hirviendo me llena la boca. El instinto me hace alargar los brazos, una ola se propaga creando un chapoteo confuso.

Distorsionado desde debajo de la superficie, veo el rostro de asombro de Netria, y el de mi padre, que tensa los labios en lo que

podría ser una sonrisa, mientras alrededor de la pila inician los gritos.

No logro emerger.

Tras esimios que parecen centurios, es la mano de Liliana la que me agarra y me devuelve a la superficie. Tiene el rostro desencajado por el dolor, las ampollas le recubren la piel quemada. Ningún Edenita jamás haría un gesto similar, pero ella es una Rápida.

Y nadie da realmente importancia a los Rápidos y a lo que hacen. Como si ellos no fueran habitantes de Edén como nosotros, sino solo poco más que objetos. Se lo agradezco con una mirada y me pongo en pie. El agua resbala por mi cuerpo, el vapor se eleva de mi piel, y los gritos se apaciguan.

Todos me miran fijamente. Observan mi Marca.

Mi padre entrecierra los ojos para aguzar la vista.

—¿Arquitiempo? —murmura. Enseguida recobra la compostura, porque Reinaldo Capuleto nunca (jamás) puede mostrar incertidumbre—. ¡Arquitiempo! —anuncia.

Un tímido aplauso se alza entre los presentes.

Miro a Liliana y ella se inclina hacia mí con la excusa de ponerme una capa sobre los hombros. Intenta hacer caso omiso de la herida en su brazo.

—¿Qué ocurre? —susurro.

—Su Marca, mi señora. Es un círculo perfecto…

Aprieto los puños. Nunca ha sucedido nada similar, y seguramente jamás haya sucedido en mi familia: desde el Primer Paso, la Marca siempre ha aparecido bien definida en todos los Capuleto, porque nuestro vínculo con Alyaster es fuerte. Y todos los Capuleto, desde que Edén existe, siempre han sido Esenciales.

Pero entonces ¿qué significa eso, que de ahora en adelante soy una decepción?

No puedo permitirlo.

—Por suerte, con vuestra melena para cubrirlo, nadie se percatará —dice Liliana.

—Pues entonces córtala —le ordeno.

—¡¿Qué?!

—Córtala —repito frente a todos, arremetiendo contra las Tradiciones de la Familia.

La verdad es que hay una rabia que fluye en mi interior: no ocultaré lo que soy, sino que demostraré a todo el mundo que estoy a la altura de mi nombre y saldré victoriosa.

Porque los Capuleto no fracasan.

Jamás.

Una vez Liliana ha terminado de vestirme, me dirijo hacia la armería. Me han dicho que Netria todavía está aquí, y entrenarme con ella me ayudará a olvidar por qué mi madre se ha ido y por qué mi padre ha afirmado tener asuntos más importantes que tratar. Más importantes que dar respuestas a su hija.

Al pasar por delante de las estancias de los sirvientes, logro escuchar su trajín tras las puertas cerradas y, fuera de nuestros muros, oigo a lo lejos el trinar de los pájaros que saludan al ocaso en el mundo de los Rápidos. Los pasillos del palacio parecen poner en escena un espectáculo exclusivamente para mí, como si fuera la última que permanece en Edén: el aroma del tilo y de la haya que se queman en las chimeneas me llena las fosas nasales a la vez que se

mezcla con el olor húmedo de los tapices que adornan las paredes. Las escenas entretejidas muestran los momentos de gloria de mi casa, desde el nacimiento de Edén, desde cuando mis antepasados fueron los primeros elegidos por Alyaster para custodiar la creación, para protegerla y para nutrirla en un ciclo infinito de Restitución y renacimiento. Escenas de paisajes lejanos, de los bosques del Norte hasta los mares de arena que parecen de otro mundo, de criaturas recubiertas de escamas y cuernos que despuntan en una tierra de junglas y volcanes, y luego una vista de Verona de noche: nuestra ciudad, la joya de los Extrema Sangre. Aguzando la vista, y lo sé solo porque mi padre me lo hizo notar apenas fui capaz de ponerme de puntillas, es posible observar que las estrellas que llenan el firmamento en realidad son minúsculas rosas.

Porque mi padre estaba allí cuando nuestra joya por poco queda destruida para siempre.

Me la contó un sinfín de veces, esta historia, para que desde niña aprendiera lo que sucedería si fracasáramos.

En el año de los Rápidos señalado como 1117, casi tres centurios antes de que yo naciera, Verona se partió en dos.

Nuestro Enemigo metió las manos dentro de la tierra, la abrió, la dilató y la zarandeó.

Al principio se oyó un estruendo.

Siempre empieza así, decía mi padre.

Un tremendo estruendo.

Y luego la tierra tiembla, decía.

El pueblo de Verona tembló junto con su ciudad. Esta se derrumbó en el mismo instante en que los pájaros alzaron el vuelo. El polvo de las casas desmoronadas se elevó cambiando el color del cielo, el

Adigio se desbordó en las calles cargadas de escombros. Los Rápidos murieron a miles aplastados como las uvas en las cubas, dejando en los caminos el mismo color del vino.

Las llaman catástrofes naturales, pero de natural no tienen nada. Es el Enemigo, que usa lo que protegemos como arma en nuestra contra.

Edén es nuestro hogar, pero también lo que nos mata.

Y la única manera que tenemos para detener las Catástrofes es impedir al Enemigo que continúe con su operación destructiva y bajar a la batalla, donde hordas de Incorpóreos nos aguardan.

En aquella batalla, los Extrema Sangre fallecieron como los Rápidos. Se fueron así, como las casas desmoronadas, el agua perdida del río, los troncos desarraigados de los montes.

Pero al fin detuvieron el ataque. Mi padre detuvo el ataque. Y la Asonancia se salvó.

Los Rápidos pudieron llorar a sus muertos. Y los Extrema Sangre pudieron cantar la gloria de sus caídos.

Los Edenitas no lloran, y sin embargo se cuenta que por enteros latelunas no se oyó ni una carcajada por las calles de Verona.

—¿Por qué mi madre se comporta así? —pregunto más tarde a Netria mientras intento un fondo con mi espada y ella la esquiva con la gracia de un gato. Nos movemos en círculo en el espacio octagonal de la armería. Encima de nosotras, una esfera de luz flota inmóvil en el aire. Ilumina todas las cosas con una luz lejana, suave, y se refleja en el suelo de mármol negro de la sala. Es mi tía quien lo hace posible, y sin embargo no parece cansada lo más mínimo.

—Debe de haber temido perder a su hija para siempre —me responde Netria, golpeándome delicadamente sobre el protector, a la altura del corazón. Por más buena que sea, nunca lograré vencerla.

—Tonterías —digo—. ¿De verdad crees que mi madre puede sentir algo similar al miedo?

—A veces las personas esconden las emociones detrás de un dique —me responde mientras desvía con despreocupación un golpe desde arriba—. Pero tarde o temprano todos los diques se derrumban.

—Tiene que haber otro motivo —conjeturo, tentando una segunda estocada.

Ella la para y nos quedamos quietas, hoja contra hoja.

Me mira desde debajo de sus cejas marcadas, enarca un poco el labio en lo que se puede considerar una sonrisa y suspira.

—Julieta Capuleto —me dice mientras voltea la muñeca y me aparta el arma como si fuera una niña—, ¿acaso esto te parece un fondo? Se necesitarían mil solasterios de correcciones solo para hacer parecer este caracolear tuyo un asalto digno de este nombre. Y pensar que siempre me habías parecido tan prometedora… —Curva el labio—. Quizá haya depositado mal mis esperanzas.

Su segundo golpe apunta a mi garganta. No tengo tiempo de pararlo. Me inclino hacia atrás y noto el desplazamiento del aire de la hoja, que pasa cerquísima de mi piel. Parece casi como si mi tía estuviese combatiendo de verdad. No me ahorra nada: me apremia dando un paso hacia mí y su espada da vueltas con su giro de muñeca. Otro fondo, esta vez desde arriba.

Intento retroceder, pero ya he perdido el equilibrio.

Uno de mis pies cede bajo mi peso. Me caigo hacia atrás. La espada se detiene a un dedo de mi rostro.

—Decepcionante —dice.

Noto que me hierve la sangre. ¿Por qué lo hace? ¿Acaso no ha entendido que he venido aquí en busca de consuelo y distracción? Aprieto los dientes.

Siempre he sido buena con la espada. O al menos siempre he creído que lo era. Pero ahora siento que se están burlando de mí.

Afianzo la sujeción alrededor de la empuñadura, tengo la palma de la mano sudada.

—¿Tienes la intención de quedarte en el suelo hasta que repique la campana? —me pregunta Netria—. Si así es como pretendes reaccionar, entonces puedes incluso ir a tirarte al Adigio ahora mismo. Ahorrarías la vergüenza a tu familia.

Noto que una lágrima se asoma, pero la reprimo. Dejo que hable la rabia. Quiero demostrarle que se equivoca. Que soy una Capuleto. Que sin duda no seré la primera que muera en la Academia.

Ninguno de nosotros morirá.

Gruño. Un sonido gutural, largo, que me sube del vientre hasta la garganta; ni siquiera parece mi voz. No me levanto: uso todo el peso para lanzarme hacia delante con una amplia incisión que apunta a su rodilla. Ella la para y recula. Ahora es mi turno. Uso el impulso para continuar el asalto con un golpe de revancha, luego uno más. Netria retrocede. Sigue parando mis ataques, las hojas vibran al chocar. Cantan una canción de metal. Netria está casi contra la pared de la sala octogonal. La esfera de luz encima de nosotras parpadea. Le está costando trabajo, no logra mantener la concentración.

Noto el sabor de la sangre en la boca, los dientes se aprietan los unos contra los otros. Me convierto en la bestia que hay dentro de mí. Agarro la espada con las dos manos, cargo el próximo golpe sobre la cabeza. Ya no puede escapar, tiene los hombros contra el muro. Por un batimiento, un solo batimiento, me parece percibir miedo en su mirada.

Siento que podría vencer. Podría despedazarla.

Con solo golpearla.

Netria salta. Un Rápido habría necesitado tomar impulso para hacerlo. Ella no. Se propulsa con la bota contra la pared y la siento brincar por encima de mí. Me supera completamente. Seis pies de altura, como si nada. Hace una pirueta en el aire y aterriza a mis espaldas.

Antes de que pueda girarme, me golpea con la empuñadura de la espada detrás de la rodilla haciendo que me desplome, luego me agarra por la melena —lo que queda de ella— y apoya su hoja contra mi garganta.

—Fin del duelo —dice. Jadea ligeramente, no quiere que se le note.

—Has hecho trampas —la acuso escabulléndome. Con la derrota, la rabia que sentía en mi interior deja espacio al vacío—. Yo no soy una Extrema Sangre. No puedes saltar así.

—A mí me parece que sí, y un día tú también podrás.

Me levanto y la miro a los ojos. Los míos todavía me escuecen.

—¿Por qué has dicho esas cosas antes?

Ella me sonríe, vuelve a ser la Netria comprensiva de siempre.

—Quería ver si me creerías y si te habrías dado por vencida tan fácilmente. La Academia es un lugar de muerte, no está hecha para

quien acepta la derrota. —Observa mi espada y asiente—. Pero tú sabes luchar, Julieta. Y no hablo solo de esta.

Bajo la mirada.

—No creo que mi futuro sea el de luchar con una espada, tía. No como Arquitiempo… Probablemente me mandarán a la retaguardia para reparar muros y grietas o, a lo sumo, para contener las Catástrofes.

—No estés tan segura: nadie sabe qué destino tiene reservado Alyaster para cada uno de nosotros.

—Sí, es cierto —le respondo, pero no debo de sonar muy convencida.

Netria me acaricia la cabeza.

—Por ahora no pienses en ello… Ve a dar un paseo por el jardín: no lo volverás a ver por un solasterio.

Su mano es cálida, materna, pero no logro olvidar el destello de temor que le he infundido hace un rato.

3

Romeo

El pavimento de la fuente vuelve a cerrarse apenas emerjo de la galería subterránea y salgo al aire libre. Tengo algo de tiempo antes de que la campana dé el undécimo tañido y me detengo a observar lo que una vez fue el orgullo de mi abuelo: el Jardín de los Encantos.

Enseguida evoca algo mágico: un lugar secreto repleto de maravillas.

Y así era, un jardín hecho únicamente a base de trabajar duro.

Nuestra casa nunca ha usado la Pertenencia para crear temperaturas perfectas y climas que harían crecer hortalizas como el kai-lan de las tierras de Anatolia, o los frutos de la gran isla del Sur. Ni nunca se ha valido de los Arquitiempos, a diferencia de otras casas, para degustar la fruta en su perfecto estado de madurez ni para mantener las plantas en floración perenne.

Nosotros, los Montesco, siempre hemos trabajado el jardín como los Rápidos: agua, trabajo, sol y más agua, trabajo, sol.

Teníamos las rosas en mayo y los ciclámenes en invierno, como en todos los demás hogares de Verona, y cuando llegaba el otoño las hojas amarilleaban y caían como la lluvia, diseminando sobre la

tierra los colores de las alfombras de Oriente. Y en primavera todo volvía a florecer, en un ciclo perfecto y natural.

Ningún Montesco ha querido nunca malgastar el Tiempo de los Rápidos —tan valioso— solo por darse el gusto de morder una fruta ejemplar. Mi abuelo me decía que una manzana mustia es igual de buena, solo hay que cortar la parte magullada.

Yo, entonces, pensaba en la casa de los Capuleto, que, aun si les hubiera cortado la cabeza —cosa que habría hecho con mucho gusto — seguirían siendo igual de mustios e indigestos. Es un pensamiento horrible, lo sé, especialmente para un niño. Pero nosotros no tenemos niños, solo adultos pequeños sin infancia. Nuestros juegos atañen a la guerra, las funciones de títeres se han sustituido por ejecuciones. Crecemos sabiendo que moriremos, nos formamos para matar. Podemos vivir incontables centurios, y sin embargo, pocos de nosotros tienen el pelo blanco.

Nacemos en brazos de la muerte, y cuando esta nos tiende a nuestras madres, les recuerda que solo somos un préstamo. Nosotros y la casa de los Capuleto nos hemos encargado en numerosas ocasiones de devolver con rapidez esa «concesión». Nuestras familias se enfrentan salvajemente una a la otra, provocando un continuo derramamiento de sangre. Nuestra guerra familiar hace ya bastante tiempo que dura y, dado que vivimos un número impreciso de lo que los Rápidos llaman siglos, digamos que hace un buen rato que nos odiamos.

El verdadero motivo se perdió junto con las vidas que lo crearon. En un mundo en el que creces combatiendo contra un Enemigo que no conoces, necesitas un rostro que menospreciar para alimentar la ferocidad necesaria para la guerra. Yo me he dado esta explicación,

al menos. Encuentro este odio todos los días en mi interior, y lo nutro. Porque eso es lo que me han enseñado: a quién debemos odiar, incluso antes de saber a quién debemos amar, y todos nos hemos alimentado de ese odio mucho antes de que nos alimentáramos de manzanas, estuvieran mustias o maduras.

Me siento en el borde de la fuente. Donde una vez hubo agua, ahora hay una ciénaga. La estatua del enorme Poseidón con el brazo alzado en el acto de arrojar su tridente, que de niño contemplaba con admiración, ahora parece un mero Extrema Sangre que se rinde con su horca partida y la cabeza yaciendo en el lodo. Observo el jardín con melancolía. Aquí ya no crece ningún fruto. Los troncos descansan en el suelo, con las raíces fuera de la tierra, amputadas. No hay hojas, y las ramas están secas y rotas. Solo un poco de musgo que ha crecido alrededor de la corteza, donde no da el sol, me recuerda que una vez aquel tronco fue un árbol verde. Las flores han desaparecido, y ya no queda ningún fruto con una parte que se pueda cortar o salvar. El prado ha cedido el lugar a terrones putrefactos, y lo único que crece son malas hierbas.

Cuando mi abuelo fue Restituido, se prohibió a todo el mundo venir aquí. Mi padre hizo tapiar la puerta de entrada. Y nadie osó preguntarle por qué. Las órdenes no se discuten. Pero se sortean. Yo regresé varias veces a través del pasaje secreto. Luego hasta yo dejé de venir. Y el jardín murió junto con sus encantos.

Una hilera de hormigas marcha cerca de mis pies; las sigo con la mirada hasta su nido. «Los más débiles sucumben y los más fuertes encuentran una salida». Una de las muchas frases que a mi abuelo le gustaba repetirme, mientras me mostraba a las hormigas que se zampaban su lechuga.

Tenía razón, podría aplastarlas con un pie, pero no es el tamaño de un hombre lo que lo hace grande.

Cuando no combatía en la batalla se encerraba en el jardín, y a menudo me llevaba consigo.

Él escardaba y arrancaba hierbajos, y yo lo ayudaba feliz. Casi todos mis hermanos todavía estaban vivos y yo creía que la Academia era un lugar en el que se forjaban héroes.

—Mira, Romeo —me dijo un día señalándome una lechuga en el huerto—, este pequeño cogollo forma parte de nuestro círculo. Crece en la tierra, alimenta a los conejitos glotones, y a su vez a ellos se los comen los Rápidos, que crecen y se vuelven fuertes, hasta que pueden nutrirnos con su Tiempo. Y es gracias a ese Tiempo que podemos usar nuestra Pertenencia para combatir por Edén. Y cuando nuestro poder se agota, restituimos nuestra energía a quien nos ha creado, que la esparce por los ríos, los árboles, el mar, la tierra. Es allí a donde regresamos para dar fuerza a Edén, y así él podrá hacer crecer de nuevo esta lechuga. ¿Ahora entiendes por qué luchamos?

Lo miré serio y asentí. Él me acarició la cabeza alborotándome el pelo.

—El círculo no debe romperse. Por eso estamos aquí, por eso ofrecemos nuestros hijos a la Congregación. Por eso sacrificamos nuestras vidas. Recuérdalo, Romeo: los Montesco saben por qué luchan.

—Entonces ¿por qué hay quien intenta romper el círculo? ¿Por qué trata de destruir Edén enviando las Catástrofes?

Mi abuelo se sentó en el suelo, con sus fuertes piernas cruzadas, e incluso así yo ni siquiera le llegaba a la mitad. Me tomó en brazos,

un gesto dulce, impropio de él, y me miró a los ojos con la circunspección de quien habla a un igual.

—Nuestro Enemigo es muy difícil de combatir. Es un enemigo taimado que se esconde detrás de sus ejércitos de Incorpóreos. Aunque no podamos vencerlo, sí podemos contenerlo, como hemos hecho hasta ahora.

—Pero yo tengo miedo. Cuando llueve con fuerza. O cuando hace mucho viento. O cuando los relámpagos iluminan el cielo. Y cuando retumban los truenos, los oigo a pesar de taparme muy fuerte las orejas…

—No todo son ataques del Enemigo. La lluvia es útil, y también el viento.

—¿Y cuando la tierra tiembla? Rufina viene de un pueblo que fue arrasado por la tierra que descendía de la montaña. Me contó que se llevó por delante casas y Rápidos. Me dijo que tuvo mucho miedo de que el mundo se acabara.

Mi abuelo cogió un tomate rojo y maduro.

—Esto es Edén.

—Edén no es tan rojo —dije, dubitativo.

—No, tienes razón. Imaginémoslo, solo por esta vez.

Yo asentí, no muy convencido de lo que había dicho.

—Veamos, este tomate es Edén. Y tu puño es el Enemigo. Ahora golpéalo. Observa qué sucede.

Alcé el puño y golpeé con fuerza el tomate, que quedó despachurrado, con su jugo rojizo derramándose. Di un respingo y se me cortó la respiración. Sentí que las lágrimas se abrían paso, pero puesto que los Edenitas no lloramos, apreté las mandíbulas. Tenía bien cerrado el puño empapado de tomate y me sentía

culpable, como si yo fuera de verdad el Enemigo y aquel líquido, la sangre de nuestras Estirpes.

—¿Entonces? —preguntó mi abuelo.

—Edén ya no está. —La voz me tembló al decirlo.

—Exacto. Nuestro Enemigo es tan fuerte como tu puño contra ese pobre tomate. Es por eso por lo que nuestra diosa creó las Asonancias. Ocho esferas impregnadas de su poder, el poder de la Creación. Ocho esferas que reverberan entre ellas entrelazándose y creando una energía alrededor de Edén que lo fortalece.

Cogió una gran sandía (recuerdo que pensé que aquella tampoco se parecía a Edén, pero no dije nada) y con el cuchillo hizo ocho surcos en ocho puntos de la fruta.

—Ahora golpéala. Con toda tu fuerza.

Alcé de nuevo el puño y descargué sobre la corteza. Yo me hice daño, pero la sandía quedó intacta.

Sonreí, de pronto me sentí a salvo.

—Siempre que existan las Asonancias, ningún ataque del Enemigo, ninguna Catástrofe, podrá destruir Edén. Puede herirlo, cierto, y en ocasiones lo ha hecho, directo al corazón. Sin embargo, no puede destruirlo. —Se le ensombreció el rostro—. Pero cuando el Enemigo azota las Asonancias, entonces presentamos batalla. Extrema Sangre contra Incorpóreos. Edén contra las Catástrofes que intentan partirlo, inundarlo, quemarlo, eliminarlo para siempre. El Enemigo apunta derecho a la Asonancia, y si algún día lograra destruirla… —Mi abuelo blandió el puño y lo dirigió contra la sandía, justo en la hendidura que había creado con el cuchillo. La fruta se abrió, desgarrándose. Sentí como si en mi interior yo también me hubiera desgarrado un poco.

—¿Y si un día no detuviéramos las Catástrofes?

No respondió a mi pregunta, se levantó y retomó la tarea de arreglar los terrones.

—Cuando introduces una semilla en la tierra, no debes pensar que no crecerá y se pudrirá, debes pensar en cómo hacer que se vuelva fuerte para que eche raíces; de lo contrario, es como si ya la hubieras matado. Es la fuerza que reside en tu voluntad la que te permite crear tu futuro, así como el futuro de este pequeño cogollo de lechuga.

Aquel día planté una semilla de lechuga y deseé con todas mis fuerzas verla crecer. Yo también quería participar en la construcción del gran círculo: a pesar de que todavía no detenía terremotos, avalanchas, inundaciones, a pesar de que no me enfrentaba a ejércitos de Incorpóreos, habría luchado por aquel pequeño cogollo de lechuga.

Me arrodillo para tocar la tierra, está fría, pastosa. Su perfume es el mismo, y mientras la desmenuzo entre las manos, algo en mi pecho se agrieta con ella. Melancolía. Una palabra que siempre he amado. Echo de menos a mi abuelo. Mucho. En una sociedad en la que se viven centurios enteros, yo solo he pasado un puñado de vida con él. Cuando dio el Último Paso, hace ocho solasterios, estaba furioso con mi abuelo, tanto que ni siquiera quería ir a la ceremonia. Mi padre me arrastró por la fuerza. Yo sabía que no era culpa suya, que la Marca del Alma había desaparecido, que su Tiempo se había agotado junto con su poder, pero estaba tan enfadado que ni siquiera sentía la tristeza oprimiéndome el pecho.

En aquel momento, odié el círculo. Tal y como yo lo veía, mi abuelo iba al encuentro de la Restitución por aquel cogollo de

lechuga, puede que justo el que yo mismo había plantado.

Cuando él salió de la pila para recorrer el mismo pasillo que yo debería atravesar unos solasterios después para mi Primer Paso, me quedé sin palabras. Parecía un dios maldito salido del infierno para reclamar las almas indignas. Decidí que no lloraría. Él no lo merecía. En cambio, sí merecía mi orgullo. Hice de tripas corazón y miré cómo avanzaba. Se detuvo frente a mí. Se agachó y en voz baja me dijo al oído unas palabras que todavía hoy me pregunto qué significan: «Esconde lo que eres, Romeo».

Luego se irguió y retomó sus pasos. Yo permanecí inmóvil mirando cómo se iba, cada vez más lejos, hasta que me pareció que tenía mi altura, hasta que cruzó el umbral de la puerta de la gran sala y desapareció de mi vista. Sabía adónde se dirigía: a los sótanos de la Academia, donde todo empezó y donde Alyaster lo aguardaba.

Hay días de nuestra infancia que escapan a la memoria, pero aquel ha permanecido adherido a mí como la ortiga en los campos: por más veces que intentes arrancarla, siempre vuelve a crecer.

Licato sabía tratarla y volverla inocua para poder ingerirla, y debo decir que me encantaban los ñoquis de ortigas que preparaba, aunque me los metía en la boca con cautela.

Pero para mí, de niño, la ortiga quemaba la piel, tal como quemaba el recuerdo de mi abuelo y de aquel día.

Escardé la tierra y esperé a que la lechuga creciera.

Nunca sucedió.

Nació una plantita débil que en poco tiempo se marchitó.

Mi abuelo se equivocaba: por más que yo no quiera, mi destino ya está sentenciado, exactamente como para aquella planta de lechuga.

4

Julieta

Arrebujada en mi capa, observo el cielo. Dentro de poco lloverá, aunque aquí no. El jardín del Palacio de los Capuleto es un laberinto sumido en un verano perenne, para que todas las plantas estén siempre lozanas. La temperatura es ideal y la presión del aire se ajusta de modo que llovizne ligeramente justo cuando es necesario. De manera ininterrumpida, pues, nuestros Arquitiempos se ocupan de las plantas, para que las rosas estén siempre en flor y los árboles, cargados de fruta.

Se trata de una abundancia que la mayor parte de nosotros no necesita: por mucho que puedan, ni mi padre ni mi madre han decidido degustar los melocotones traídos de Oriente ni los arándanos que provienen de las montañas, ni las fresas que crecen en la base de los setos y que motean el laberinto cual numerosas minúsculas gemas de color rojo sangre. No porque no puedan, sino porque no quieren: desean mostrar su distancia respecto a los Rápidos. Únicamente cuando se ven constreñidos, prefieren alimentarse de manera frugal, movidos por la necesidad. Por lo demás, conservan la salud gracias a la Pertenencia y al Tiempo de los Rápidos. Así pues, las frutas permanecen en los árboles hasta que los Arquitiempos estiman conveniente que caigan y se

descompongan para nutrir la tierra. Quién sabe, quizá podría ser este el destino que me aguarda: elegir el momento oportuno para hacer morir una fruta que de otro modo sería eternamente perfecta.

Cruzo el laberinto hasta el melocotonero que crece en el centro. Es el más antiguo, el que ha oído más canciones de los Arquitiempos y el que da las frutas más jugosas. Sin embargo, antes de doblar la última esquina del seto, me detengo.

Oigo el estruendo de hojas y unas voces.

Las conozco demasiado bien: la aguda de mi prima Florencia y la ronca, más adulta y autoritaria, de Laurela Valfiero. Incluso yo sé que en los juegos políticos de los adultos los Valfiero pueden casi considerarse nuestros iguales. Sin embargo, entre nosotros, los Iniciados, la situación es muy distinta.

Laurela Valfiero es la que, en las jornadas pausadas de las Iniciadas, lleva la voz cantante. Emana un carisma y una autoridad que hacen pensar que, en el fondo, ya es una Extrema Sangre. Allí donde a nosotras nos invaden las dudas y preocupaciones y nos preguntamos qué será de nuestro futuro una vez nos admitan en la Academia, ella ya se comporta como si todo Edén le perteneciera. Es una característica que supongo que ha heredado de su madre.

Echo un vistazo detrás del seto.

Ellas también llevan puesto el uniforme de las Iniciadas, por supuesto, y luchan con puñales de entrenamiento: no es que sean más ligeros, sino que simplemente carecen de filo. Alrededor de un melocotonero ponen en escena un baile de estocadas y fondos, tocados y esquivas. Netria es mejor maestra, pero no tengo un vínculo como el que tienen ellas dos. Estoy acostumbrada a estar sola, pero parece que en la Academia los vínculos son importantes.

Laurela aprovecha su complexión pequeña y retrocede de puntillas para evitar un torpe ataque de Florencia. Su trenza morena restalla como un látigo al cambiar velozmente de dirección para dirigir un golpe a mi prima, que pega un brinco hacia atrás.

—Nunca había oído hablar de ello —dice Florencia, secándose el sudor de la espaciosa frente.

—Es una Tradición de mi familia —responde Laurela, mientras se pasa el puñal de la mano derecha a la izquierda como un ladrón de los bajos fondos. Sus ojos rasgados, con forma de almendra, se mueven rápido buscando la mejor oportunidad para golpear—. Pero me importa tu amistad, y nuestro vínculo es fuerte. Es justo que comparta mis conocimientos con tu casa, ahora que un nuevo capítulo de nuestras vidas está a punto de empezar. —Luego da un salto hacia delante, desvía la hoja de Florencia y detiene la punta de su puñal a un palmo del pecho de mi prima—. Has perdido, amiga mía —dice—. Un palmo más y estás muerta. O peor, Abnubilada.

—No podemos matarnos entre nosotras —protesta Florencia—. Y menos aún recurrir a la Abnubilación.

—Nunca se sabe —responde Laurela con sarcasmo—. Imagínate: sin Pertenencias ni recuerdos, tu vida sería como la de un insecto.

Noto una pequeña punzada en la boca del estómago mientras Florencia se ríe socarronamente.

Ellas dos crecieron juntas, mientras que yo he pasado la mayor parte de mi infancia con mi dama de compañía Liliana y, si se me concedía, con Teobaldo. Aunque solo bajo la atenta mirada de mi padre o de Netria, cuando estaba: Teobaldo y yo, ambos instruidos para tomar las riendas de esta casa; eso sí, en los próximos centurios. El resto del tiempo siempre estaba vigilada, siempre

distante de los demás Iniciados. Para mi padre era natural: por encima de todo, debía aprender qué significa ser una Capuleto. Y le estoy agradecida; sin embargo, hay una minúscula parte de mí que sabe que no he experimentado nunca esa sensación de complicidad que veo que hay entre Florencia y Laurela. Y esto me quema, porque me hace sentir débil.

En cambio, Florencia y Laurela ahí están, emocionadísimas por quién sabe qué.

—Verás —dice Laurela envainando el puñal y arrancando violentamente un melocotón del árbol—. Será como ser Extrema Sangre. Mi madre me dice que hacerlo nos preparará para el banquete.

—¿El banquete? —pregunta Florencia, mientras se rasca la nariz aguileña con aire pensativo—. ¿Qué banquete?

—Mi madre no ha dicho nada más, pero me imagino que habrá una gran fiesta para nosotros, los Iniciados. Sea como sea, ya debe de estar todo listo para esta noche.

La noche antes de la Congregación, cuando se espera que todos los Iniciados se preparen mental y físicamente para el ingreso en la Academia.

Laurela recoge una capa oscura como el cielo encima de nuestras cabezas y se cubre el rostro con la capucha, y lo mismo hace Florencia.

—Vamos —ordena la joven Valfiero.

Mi prima deja escapar una risita tan irritante como pícara.

—Nunca me he adentrado en el mundo de los Rápidos de noche, y desde luego nunca he hecho nada parecido.

Se me eriza el vello de la nuca y un escalofrío de curiosidad me acaricia justo debajo del vientre. No sé qué tienen intención de hacer, pero estoy segura de que jamás me llevarían con ellas, incluso si se lo rogase. Y no tengo ninguna intención de rogarles.

Dejo que haya algo de distancia y, cuando cruzan la verja del jardín, las sigo. Aguzo tanto los sentidos que tengo la sensación de que logro oír cómo laten sus corazones a unos veinte pasos delante de mí. Obviamente, eso es imposible.

Mientras se pone a llover, dejo que me guíen por las calles de nuestra ciudad, y al fin me conducen hasta el límite del Cuadrado. Unos pocos pasos más y dejaremos a la espalda los palacios de las grandes casas, dando lugar a la Verona de los Rápidos, a sus callejones mugrientos y sus placeres violentos.

Laurela se detiene.

—Sé que estás ahí —dice—. Sal.

Se me hiela la sangre, ¿cómo es posible que me haya visto? Aguanto la respiración mientras intento hacerme más y más pequeña, inexistente.

Pero entonces una sombra se aparta de la pared de una torre alta y ahusada, esculpida de un único bloque de piedra con el poder de los Arquitiempos.

No era a mí a quien se dirigía Laurela.

La sombra deja caer la pesada capucha que le oculta el rostro. Es Rosalina Corvato. La he visto alguna vez, durante las recepciones en el Palacio de los Capuleto. Siempre a un lado, tímida. Más pequeña que nosotras. Su familia está ligada a los Valfiero. Cuando las recepciones llegaban a su fin, mi padre se burlaba de ellos y los llamaba obreros, o peones. No tienen nada que perder y todo que

ganar, viven de las sobras de Eleonora Valfiero y agradecen cualquier migaja.

Rosalina tiene una sonrisa tensa en el rostro: sus facciones dulces no logran ocultar su desasosiego. Inclina la cabeza hacia Laurela en señal de saludo.

—¿Ella también viene? —pregunta Florencia, algo contrariada.

Laurela esboza una sonrisa torcida, mezquina, como las que se dibujan a menudo en su rostro.

—Ahora sí. Seguramente la pequeña Rosalina no deambulaba de noche porque tuviera una cita. ¿A quién podría interesarle?

La sonrisa de Rosalina se agarrota todavía más, si cabe.

—Disculpa, en realidad sí tengo una cita…, Laurela.

—¿Y eso? ¡No me digas que alguien se interesa por ti! ¿Tienes un pretendiente? ¿Alguien a quien tengas que ver en secreto sin que tu madre ni tu hermana lo sepan? —La voz de Laurela es tan falsa que se me retuercen las tripas.

Rosalina calla, y esta es una respuesta más que suficiente.

—Entonces —continúa Laurela— es todavía más importante que vengas con nosotras y veas un poco cómo va el mundo. Aprenderás un montón de cosas para dejar boquiabierto a tu enamorado.

—Por la misericordia de Alyaster… —murmura Rosalina—. Podría ser la última noche.

—Es una orden, Corvato —sentencia Laurela, con un tono que debe de haber aprendido directamente de su madre. Un tono que no admite réplicas—. Vamos. Esa mujer no nos va a esperar eternamente.

Rosalina se queda un momento inmóvil, mientras Laurela y Florencia se dirigen hacia la calle. Luego se apresura a alcanzarlas, y

yo detrás.

Contengo la respiración mientras la lluvia me va calando la capucha y me mantengo cerca de las paredes de los edificios para pasar desapercibida, aunque no es buena idea. Sabemos que los Rápidos suelen arrojar cualquier cosa por las ventanas, sobre todo el contenido de sus cuencos de noche. El hedor me agrede las fosas nasales. Acelero el paso e intento respirar lo menos posible. De las casas llegan risas y gritos, canciones y aullidos de rabia. Parece que los Rápidos hacen de todo para exteriorizar al máximo sus emociones. Debe de ser un modo para alejar el miedo de no conocer lo que viene después de la vida. Ellos jamás se encontrarán con Alyaster.

Procuro no distraerme y vuelvo a centrar mi atención en las chicas. Laurela avanza decidida, su madre debe de haberle explicado bien adónde ir. Cruzan la calle que conduce a Ponte Pietra y en ese momento Rosalina se detiene. Casi da un paso hacia el puente.

—¿Qué pasa? —le grita Laurela por encima de los truenos.

Rosalina titubea por un batimiento.

—Nada —responde luego.

—Quizá quiera irse —dice Florencia—. Puede que su amado la espere allí, empapado de lluvia de arriba abajo.

—Bueno… Tendrá que seguir esperando: Rosalina, ven. —Laurela la trata como a un perro.

La chica se queda quieta, indecisa.

—Venga, no te vamos a hacer nada.

Rosalina alza el mentón.

—No quiero ir con vosotras.

—¿No quieres venir con nosotras? —rebate Laurela. Agarra a Rosalina del brazo y hace ademán de arrastrarla consigo—. No me interesa lo que quieres o lo que no: tú haces lo que yo te diga.

Pero Rosalina forcejea.

—Suéltame —dice. Casi le tengo estima, por cómo le planta cara a esta harpía de Laurela. Libera el brazo.

—Mira cómo gruñe, esta perrita —dice Laurela—. Piensa, en cambio, en lo que te haría tu madre, si descubriera que has desobedecido una orden mía. —La mira fijamente a los ojos—. Piensa en el castigo. Sería capaz de todo para no perder el favor de los Valfiero. Te importa tu cabeza, ¿verdad?

Florencia suelta una carcajada, mientras Rosalina inclina la cabeza y, humillada, se aleja del puente.

Me encojo de hombros y las sigo hasta que llegamos al límite de la ciudad, entre las barracas adosadas a los muros. Casuchas de madera y ladrillos al desnudo que parecen a punto de desplomarse bajo el peso de los techos hechos con ramaje. Los más pobres de entre los Rápidos residen aquí, los que viven de limosna y de caridad y de mala vida. Los que mueren de peste y venden sus propios cuerpos o los de los demás. Ningún noble debería aventurarse en esta zona por la noche. Tal vez Rosalina habría hecho bien en irse. Me maldigo por no haber caído en traer mi puñal conmigo: solo somos Iniciadas y no contamos con ningún poder para defendernos.

A juzgar por la manera en que se mueve, Florencia piensa lo mismo. Laurela, en cambio, anda con la frente alta y se detiene delante de una puerta de madera. Llama, y cuando una mujer vestida con trapos abre, le da bajo mano un bolsillo sin mediar palabra. La mujer señala la parte posterior de la casa y luego vuelve

a cerrar la puerta. Y así las tres chicas contornean el edificio. Para seguirlas, debo andar por la calle. Mis botas se hunden un poco en el barro. Me pregunto si tendré tiempo de lavar el uniforme antes de la Congregación: incluso la más pequeña mancha resalta en el blanco como una negligencia. Busco la luna en el cielo para saber qué cadencia es, pero las nubes la cubren por completo.

Me muevo en las sombras bordeando el cercado y observo qué hacen las tres Iniciadas.

En la parte trasera de la casucha hay una valla hecha con fajos. Parece una pocilga en mal estado, pero está desierta. Luego entrecierro los ojos y lo distingo: hay un perro acostado junto a la pared. No, es una perrita: intenta cobijarse de la lluvia y a la vez proteger a sus tres cachorritos. No deben de tener más que unas pocas semanas. Deberían estar a cubierto, frente a un fuego. Necesitan una manta y leche caliente.

Laurela abre la puerta de la valla. La perra alza el hocico en su dirección y deja colgar la lengua poco a poco. La Valfiero se inclina hacia ella y se deja husmear y lamer la mano, luego le acaricia la cabeza.

—Bien —dice—, lo has hecho muy bien. Has traído tres al mundo, debe de haber sido extenuante.

La perra le vuelve a lamer la mano y hace ademán de ponerse en pie como si quisiera hacerle fiestas, pero Laurela la vuelve a acariciar y la hace tumbarse.

Rosalina entreabre los labios, en una mezcla de estupor y ternura.

Y entonces Laurela coge un cachorro; un relámpago le ilumina al animal los ojos, uno oscuro como los de la madre y uno azul como el hielo. Laurela lo tiene en brazos acunándolo. Lo mece lentamente y

le acaricia el lomo. Él mira a su alrededor y se estremece cuando los truenos siguen a los relámpagos, y entonces Laurela vuelve a acunarlo. Me recuerda a una nodriza. Con pasos acompasados, Laurela se dirige hacia Rosalina.

—A ti el honor —dice, tendiéndole el cachorro.

Rosalina abre mucho los ojos y lo toma en brazos. Sus dedos se deslizan por el suave pelo del hocico.

—Ahora mátalo —dice Laurela, con una sonrisa.

Maldita sea. Siempre he sabido lo mezquina que era, pero esto realmente es… bueno, monstruoso.

Rosalina mira a la Valfiero como si no la hubiera entendido bien y luego a Florencia. Mi prima tiene una luz maliciosa en la mirada.

—¿Qué? —pregunta Rosalina, mientras un relámpago hace cerrar los ojos al cachorrito.

—Mátalo. Estrangúlalo. Retuércele el pescuezo. Destrípalo. Lo que prefieras, pero debes sentir cómo la vida abandona su tierno cuerpecito caliente.

—Laurela…

—Hazlo. En la Academia será peor, y mejor llegar preparadas.

—Pero yo… —susurra Rosalina. No debe presentarse a la Congregación hasta el próximo solasterio, pero está claro que esto a Laurela la trae sin cuidado.

—Tómatelo como un obsequio. Un recuerdo que llevar siempre contigo —dice Laurela con sarcasmo.

¿Y yo debo quedarme aquí de brazos cruzados? ¡Por la diosa, no! No he andado bajo la lluvia por toda Verona para limitarme a mirar.

Doy un paso adelante.

—No lo hagas —digo, intentando que mi voz se oiga por encima de los truenos.

Laurela se gira hacia mí y esboza una sonrisa.

—Mi querida Florencia —dice—, de verdad que a veces estás en la luna: ¿no te has dado cuenta de que tu estúpida prima nos seguía?

Florencia se encoge de hombros y se ríe socarronamente.

Rosalina me lanza una ojeada. En su mirada hay una suerte de alivio: con mi entrada en escena, he interrumpido la barbarie, al menos por ahora.

—Ya —continúa la Valfiero—, es que eres tan insignificante que ni siquiera te hemos oído arrastrarte detrás de nosotras. Te has pasado la vida escondiéndote, hazlo ahora también, Julieta: regresa a casa y disfruta de la noche. Podría ser la última para ti. —Recalca bien esas palabras.

—Hablas por los codos —replico, arqueando una ceja—, ¿te habías preparado ese discurso? —Empiezo a andar hacia ella. No noto la lluvia; es como si formara parte de mí, junto con la noche y los relámpagos.

Laurela suelta una risotada ácida. Alza el mentón y se gira del todo hacia mí. Tiene mucho aplomo.

—¿Qué quieres hacer?

—Detenerte —digo, cuando llego frente a ella.

—¿Y cómo, Julieta? ¿Harás de espía? ¿Le dirás a tu padre que en Verona hay un perro que está a punto de morir? ¿Crees que le importa lo más mínimo? —Suspira con aire de suficiencia—. ¿Crees que no está al tanto de estas cosas? Los Edenitas lo saben todo. Pero tú estás demasiado ocupada paseando por el jardín y acariciando los árboles y pasando todo el tiempo con aquella Rápida

tuya para entender nada. Así que déjanos en paz, Julieta. Regresa con tu nodriza antes de que te lastime. Este es un lugar peligroso para las de tu calaña. —Laurela se vuelve a reír—. Bueno, es peligroso para todos —dice, mientras arrebata el perro de las manos de Rosalina—. Observa.

Y le gira con violencia el hocico y se oye el mismo chasquido de una rama que se rompe y el animal cae en el lodo con los ojos cerrados, retorciéndose. Por un batimiento, el único sonido es el gañido de la perra por su cría muerta. Rosalina abre mucho la boca para emitir un grito mudo; sus lágrimas se mezclan con la lluvia. Luego huye hacia la noche.

Pero a mí no me importa. No me importa en absoluto. Mi rabia es toda para Laurela. Es algo que da coces, que se agita, que quiere ser liberado. Un gruñido dentro de mí, como un rechinar de dientes afilados, por el deseo de ver a la Valfiero desaparecer de la faz de Edén.

Una bestia.

Ya no pienso en nada, dejo que suceda.

Mi mano se cierra, empieza a vibrar y luego dispara.

Un puñetazo en el que imprimo todo mi peso y también una energía nueva, que no conozco y que me parece provenir de la lluvia y de los relámpagos y del viento. Y mientras golpeo a Laurela en el rostro, mi peso es tal que tengo la sensación de que me hundo en la tierra mientras el hueso de su pómulo se agrieta y se rompe.

Laurela se desploma en el suelo con un ruido sordo.

Pero no es suficiente.

Con un rugido me abalanzo sobre ella, me arrojo encima de su pecho y la inmovilizo con las rodillas. Un puñetazo tras otro,

transformo su bonito rostro de color ámbar en un pedazo de carne blanda. Ella cierra sus ojos de almendra apretándolos por el dolor y el miedo. La sangre salpica y se mezcla con la lluvia y yo quiero matarla.

Pero Florencia me aparta de Laurela y yo ruedo por el barro.

—¿Qué has hecho, Julieta? ¿Qué has hecho? —balbucea mi prima.

El tiempo parece hacerse infinito: tengo la sensación de que mi corazón va a estallar; el mundo me retumba en los oídos mientras mis lágrimas se mezclan con la lluvia y caen encima del perro muerto y me siento vacía.

Florencia continúa chillando. Gritos roncos de terror que desgarran la noche.

Sin embargo, si alguien debe tener miedo, esa soy yo. Soy yo la que debería preguntarme qué he hecho. ¿He matado a Laurela Valfiero? No puedo. No con las manos. Ningún Iniciado es tan fuerte.

Pero ahora no me importa: no logro pensar en nada que no sea el perro frente a mí. Lo tomo entre mis manos, es ligero. Si no fuera por el hocico que cuelga como si fuera de trapo, parecería casi dormido. Pero yo sé que sus ojos, uno azul y uno oscuro, están cerrados para siempre. Oigo que su madre ladra y sus hermanos gañen asustados.

—Déjalo —me dice una voz. Pero yo no la escucho. No lo dejo, lo acuno, y este gesto me hace sentir cansada, cada vez más cansada.

—Déjalo ir —repite la voz—. ¡Julieta Capuleto! —El tono es autoritario. Lo reconozco. Es Netria.

Mi tía está frente a mí. No se digna a mirar a Laurela, cubierta de barro, ni a Florencia, que tiene la mirada de quien acaba de tropezarse con una Selfiera.

—Ya has hecho todo lo que has podido —me dice mientras me obliga con dulzura a dejar el cachorro frente a su madre.

Luego me hace poner de pie, y yo acato mecánicamente.

—Vamos a casa —dice—. Aquí no ha ocurrido nada.

5

Romeo

Sentado en el parapeto de Ponte Pietra, contemplo Verona.

Bajo mis pies, el Adigio está crecido por la lluvia que ha caído estos días.

Un relámpago ilumina por un batimiento la parte de la ciudad que mi vista no logra distinguir en la oscuridad.

Verona está hecha de piedra, mortero, madera.

Es auténtica, sucia, vibra con emociones. A veces me arrolla con sus pesares y sus risas y tengo la sensación de sucumbir a tanta belleza.

Cuando un nuevo relámpago ilumina la ciudad, me percato de que alguien me está observando desde el terraplén. Se esconde raudo en la oscuridad mientras Verona se apaga de nuevo.

Vivimos entre ellos y físicamente somos iguales. Nos confundimos con destreza, pero yo creo que en el fondo ellos saben que somos distintos.

Y se mantienen a distancia. Exactamente como este Rápido en el terraplén del río, que me observa de lejos. Me pregunto qué estará haciendo allí a estas horas de la noche.

Un relámpago.

Un trueno más.

La ciudad se vuelve a encender.

La lluvia cae abundante.

Otro relámpago y otro trueno. Todavía más cerca.

Verona aparece y desaparece como una dama que juega a no dejarse llevar.

El hombre sigue allí. Puede que espere a su enamorada, como yo.

No sé si Rosalina vendrá, ni siquiera estoy seguro de que haya recibido mi última carta. Quizá haya sido una insensatez citarla poco antes de la Congregación, pero si tengo que morir, quiero recordar a qué sabe un beso. Ella tiene un corazón frágil, aunque resplandeciente, y temo que se hará añicos como el cristal en la próxima Congregación. Tiene un solasterio menos que yo, así que no solo yo debo sobrevivir a la Academia, sino que ella también debe hacerlo en la próxima temporada. Admitámoslo: es jugar a los dados con un trilero, y nuestro destino usa dados trucados.

Quisiera poder tener un recuerdo, aunque sea efímero, de su perfume, de su melena negra revuelta sobre mi pecho, quisiera poder imaginar cosas prohibidas y pensar que han ocurrido. Quisiera tener una posibilidad a la que aferrarme cuando el terror me obligue a gritar.

Alzo la mirada hacia la colina. Las nubes hacen del cielo una noche sin luna. Sin embargo, a pesar de que la oscuridad esconde la Academia, sé que está allí. Hacer ver que no existe no cambia la situación. La fortaleza se eleva por encima del cerro detrás del Teatro Romano, la vemos todos los días, y todos los días nos recuerda cuáles son nuestros deberes y nuestro destino.

Es dura, angulosa, amenazante, hostil. Parece viva. Los truenos son los latidos de su corazón; el viento, su voz; la lluvia, su sangre;

los relámpagos, sus dientes.

Nos espera para despedazarnos.

Para los Rápidos no es más que uno de los muchos castillos imponentes, habitado por un noble extremamente excéntrico y propenso a la cólera. Así que no se acercan. Igual que no se acercan a nuestras moradas. El secreto para esconder algo es mostrarlo a los ojos de todos. Los Rápidos son ciegos que creen ver. Desde fuera, nuestros palacios son como los de los demás nobles, es en el interior donde se oculta la maravilla.

La Academia es otra cosa. Nosotros también somos ciegos. Recurrimos a conjeturas y a los chismes que los Extrema Sangre cuentan en voz baja cuando creen que no los oímos. Pero las tres fortificaciones interrumpidas por torres almenadas la protegen incluso de nuestra imaginación.

Una vez oí a un Extrema Sangre explicar que el campo de entrenamiento está hecho de hierba verde que nunca amarillea, ni siquiera bajo el sol más abrasador. Yo creo que en realidad su manto es de espinas. Me parece más indicado que no un hermoso prado de margaritas donde tumbarse para hacer el amor a la espera de palmarla.

Los muros son tan altos que ni siquiera la imaginación puede escalarlos. Un lugar del que jamás se filtra ni el menor rumor resulta aterrador. Quizá los Extrema Sangre hayan hecho un voto de silencio, o tal vez lo que han vivido es tan terrible que ni siquiera quieren contarlo ni recordarlo. Espero que sea lo primero.

La Academia despunta sobre una colina; debería ser visible desde aquí, y sin embargo esta noche está envuelta en la oscuridad. Creo

que no es ninguna casualidad. Algún Aeteriano la oculta en parte a nuestros ojos.

Una luz amarilla atraviesa el cielo a toda velocidad. Se esconde entre las estrellas que las nubes nos permiten vislumbrar, intentando parecer una de ellas. Brilla un momento y luego desaparece, como una estrella fugaz. Ahora, en su lugar, un fuego arde en el cielo. El brasero de la Academia se ha encendido para la ceremonia.

Aunque sé que aquella luz no es ninguna estrella, igualmente le pido un deseo: salva a Domiciana.

La campana repica la undécima cadencia. Miro a mi alrededor. Parece que no hay nadie. El puente está vacío. Así como las calles. Aparte del Rápido en la orilla del río.

Cuando la campana acaba de sonar, todavía estoy solo.

Rosalina no vendrá.

Una figura se sienta bruscamente a mi lado. Me asusto y luego veo que es Benvolio, mi primo, que se acomoda en el parapeto y deja caer las piernas al vacío, cruzando las botas. Su espada, a la que él llama Cortamontes, descansa a su lado.

—¿No tenías una fiesta? —digo.

—¿No debías venir? —responde con ironía, y luego se queda callado.

Coge una piedra y la arroja al río.

—No puedes ser el único confidente de tus tribulaciones —contesta, apoyándome una mano en el hombro.

—Estoy bien, primo.

Refunfuña.

—Una línea negra —dice, refiriéndose a mi Marca.

Me giro para ver la suya. Tiene una especie de onda clara apenas visible, que se camufla en su piel blanquísima. Un destello de temor ensombrece mis ojos. Es solo un momento, pero él se da cuenta, aunque no dice nada. Podría ser un Traslador. Espero que no cargue con ese peso. Algunos signos aparecen ya claros. Precisos. No dejan lugar a dudas. Otros parecen vacilar y moverse poco a poco como un viejo que no sabe qué calle tomar. Son los símbolos que nacen en mi familia. Cuanto más fuerte es la casa, más nítido es el símbolo. Cuanto más marcado sea el símbolo, más fuerte será la Pertenencia. Por descontado, los Montesco no tienen este privilegio; nuestra Marca es imprecisa desde el principio hasta el fin de la Academia; a menudo, tenue.

La lluvia continúa cayendo, y a nosotros ya no nos importa. Permanecemos en silencio. Con las piernas en el vacío. Benvolio me conoce lo suficientemente bien para saber que no tengo ganas de charlar. Y estoy seguro de que no apreciaría mi cita secreta con Rosalina. Lo único que le importa en este momento es la Academia. Si yo estoy listo para morir, él no. Escupirá sangre con tal de superar la Congregación. Sé que en el fondo de su corazón está seguro de que lo logrará, porque vive en la ilusión de que la práctica, el trabajo duro y el estudio le salvarán la vida. Yo sé que no bastarán. Cumplió dieciséis solasterios la temporada pasada, y aunque entre nosotros solo hay seis latelunas de diferencia, él ya parece mayor. Me saca una cabeza por lo menos y sus brazos también son más robustos que los míos, entrenados; hace ejercicio físico continuamente cuando no tiene la nariz pegada a los libros. Estoy convencido de que pasar tanto tiempo encerrado en las salas estudiando manuscritos le ha conferido ese aire un tanto espectral y las ojeras

perennes. Al verlo, es alguien de quien se diría que está «bien colocado», pero si lo comparas con Terencio, empequeñece por arte de magia. Benvolio y yo estamos muy contentos de que sea nuestro mejor amigo; tenerlo como enemigo… bueno, sería un problemón.

Me doy la vuelta para buscarlo; por lo general, este par son inseparables, y de hecho lo veo, torpemente escondido detrás de un pilar del torreón del puente. Por suerte, Rosalina no ha llegado. No hubiera sido una cita secreta de dos, sino una fiesta de pueblo. Terencio está escondido para dejarnos a solas. A él no se le da muy bien consolar, pero si quieres divertirte, es el rey de Verona. Yo no quiero hablar de muerte con los demás, lo hago incluso demasiado conmigo mismo. Su piel de color ébano resalta contra el uniforme blanco de la Academia. Sonrío. ¿En serio cree que un pilar puede esconderlo? Ni siquiera las columnas del templo de Segesta lo lograrían. Todos nos preguntamos lo grande que llegará a ser una vez reciba el Vínculo. Se han hecho apuestas sobre este tema. Yo me he jugado algunos escudos a que podría llegar a cuatro brazos de altura. Quizá haya exagerado un poco, pero considerando cuánto cambia nuestro cuerpo con la Pertenencia, creo que ganaré la apuesta.

—Terencio, ¿por qué no vienes a sentarte aquí con nosotros? —digo volviendo la vista al río. Me imagino su rostro sorprendido por haber sido descubierto y suelto una carcajada.

—Ah —dice él un poco mosca—, ¿me has visto?

Al acercarse, sus botas retumban en la noche; fácil, cuando debes desplazar más de doscientas libras de músculos. Se sienta a mi lado en el parapeto, y cuando su trasero toca el balaústre tengo la impresión de que el puente vibra un poco. Lleva el pelo rapado por

los lados con diseños geométricos; el resto de la cabeza está repleto de trencitas finísimas que acaban casi a media espalda, y están sujetas por un círculo de hierro. Es la tradición de los Iniciados de su casa, que afortunadamente no es la de los Montesco. Todo el mundo imagina que para él la Congregación será un paseo.

Se acomoda mejor en el puente; a él el uniforme también le molesta. El chaleco le tira: en el interior del círculo formado por ramas, el tulipán, símbolo de su linaje, parece más bien una margarita, de lo alargado que está. Los pantalones le comprimen las piernas macizas. Su muslo es tan grande como un tronco de fresno; a su lado, el mío parece más bien un junco. El uniforme blanco lo hace parecer todavía más grande. En el cuello tiene dos líneas de un blanco lechoso que se tocan en el ápice. Parecen las vetas de un mármol negro. Podría ser el triángulo de un Esencial, pero el color también significa mutación. O al menos es lo que los Pentra creen haber intuido en la Marca. Todos los días, decenas de ellos se inclinan sobre libros para intentar comprender qué significan los símbolos que se forman en los Extrema Sangre. Salvo alguna excepción, hasta ahora no han tenido mucha suerte.

Terencio observa la línea que recorre mi piel y luego echa un vistazo a la de Benvolio, pero a ninguno de nosotros le apetece hablar de Pertenencias ni de la Academia.

—Bonito peinado —digo cachondeándome un poco.

Terencio emite un gruñido y se alisa los lados de la cabeza.

—Los Rápidos, los muy traviesos, han tardado una eternidad. Tiraban como condenados, y vaya si disfrutaban.

Hablamos de nimiedades. A mí me va bien, podemos hablar de peinados toda la noche si es necesario.

—Me voy a la calle Cappello. Quiero hacerme con una con tetas gigantes. Puede que incluso dos… —Emula con las manos dos cuencos llenos. No hay nada que anime más a Terencio que el sexo.

—Todas las mujeres tienen dos tetas —lo chincha Benvolio.

Terencio frunce el ceño.

—No es verdad: Giovanna la Pelirroja solo tiene una; un comerciante de Venecia no quería pagarle, qué tacaño el muy cabrón, así que ella se quejó y él le amputó la mama de un corte limpio. —Se ríe mostrando sus dientes blanquísimos.

—Tonterías. La habría palmado —dice mi primo.

—No, parece que un Traslador era un cliente fijo suyo, así que le salvó la vida, pero no la teta —le responde.

Benvolio niega con la cabeza.

—Dices un montón de gilipolleces, no sé si es que te chupas el dedo o es que eres un fanfarrón. Los Trasladores no curan a los Rápidos y, por lo que sé, no van a los burdeles.

—Sea como sea, no hablaba del número de mamas, sino de mujeres. Ergo cuatro espléndidas tetas para una sola verga. Mi gloriosa verga.

Los tres echamos a reír. Seguimos charlando de todo y de nada.

El Rápido que me observaba se ha quedado en el terraplén, pero ya no le intereso. Ahora su atención está toda centrada en la mujer que lo acompaña. Incluso me ha dado la espalda. Cuando un relámpago lo ilumina de nuevo, vislumbro que lleva la casaca de mi casa. Es uno de mis sirvientes. Por la complexión creo que se trata de Abraham, que ha llegado hace poco para ocuparse de las caballerizas.

—Bueno pues, ¿vamos? Venga, chicos, esta podría ser nuestra última noche de diversión.

Terencio se ha puesto de pie encima del parapeto e insiste, incluso hace morros cuando no salimos disparados a su orden.

Benvolio se tumba con las piernas cruzadas sobre la piedra.

—Sabes de sobra que no nos está permitido tener contacto con los Rápidos hasta que no nos convirtamos en Extrema Sangre. ¡Las leyes de Oudemya son claras!

—Por favor. Las leyes de Oudemya son convenientes. Y dado que nadie aparte de nuestra Lectora puede leer el Libro, los Pentra hacen y deshacen a su gusto, inventándose lo que quieren. Son una panda de exaltados que fingen vivir como ascetas, y detrás de su renuncia al poder está el deseo de abrazar uno más grande.

—Tienen fe en la diosa. Tienen fe en el Libro. A diferencia de ti, que eres un blasfemo.

—Vivimos en una tiranía, Benvolio, y son precisamente los Pentra quienes la crean, y tú no quieres verlo ni aceptarlo.

—Estamos en guerra. Hace falta una cadena de mando, no una asamblea que esté de cháchara. No es opresión. Es supervivencia —rebate.

—Terencio tiene razón. Los Pentra son nuestro credo, pero su autoridad se extiende mucho más allá de una plegaria. —Meto baza.

—La Primera Voz es un Extrema Sangre, no un Pentra —responde Benvolio.

—La Primera Voz es tan importante como mi pene flácido. Espera, mi pene nunca está flácido. —Terencio se ríe socarronamente. Yo aprieto los labios para no romper a reír; mi primo se percata y se exalta todavía más.

Creo que es inútil hablar de política esta noche. Alargo el cuello para ver si Rosalina está llegando. Pero la oscuridad oculta las sombras y no veo a nadie moverse al otro lado del puente. Benvolio y Terencio han retomado la discusión. Terencio todavía intenta convencerlo de que vaya con él a la calle Cappello. Los oigo farfullar, pero mis pensamientos están en otra parte.

—Díselo tú también, Romeo, que la Enfermedad no existe. No son más que rumores que corren para crear una distancia entre nosotros y ellos. Para hacernos creer que nosotros somos diferentes. ¿Qué es lo que dice Escalo? Somos los Elegidos… —Terencio pronuncia la última frase imitando nuestra Primera Voz y vuelve a sentarse, enfurruñado.

—Nosotros somos diferentes. Somos mejores. Punto. Más fuertes, más ágiles, más veloces. —Benvolio no oculta un punto de altivez.

—Cuando entremos en la Academia, nuestro cuerpo empezará a cambiar, quizá. Y tampoco estoy seguro de eso. No creo que tener poderes nos haga mejores —digo. Quiero a mi primo, pero no comparto sus ideas sobre los Rápidos.

Terencio echa leña al fuego.

—Es más, si te miro, eres igualito a ellos. Sin poderes, con la constitución de un aprendiz en un taller. Y con el mismo tiempo de vida. Un matarife podría dejarte tendido en el suelo de un puñetazo. Tal vez, si tienes suerte, en la Academia te harás lo bastante fuerte para infundir un poquitín de miedo. —Terencio une su índice con su pulgar para mostrar la exigua medida de cuánto es ese «poquitín»—. Mientras que yo, por supuesto, me convertiré en un terrible gigante. —Se ríe.

Benvolio hace caso omiso de Terencio y de sus burlas y me responde directamente a mí:

—Nosotros somos mejores aquí. —Se señala el cráneo—. Ellos viven de leyendas, mentiras, guerras inútiles. Son toscos. Carecen de finalidad. No saben nada de Edén y queman a quien se acerca a la verdad, a quien quiere elevarse, instruirse y descubrir mundos más allá de su propio ombligo. Tienen una vida breve y, en lugar de intentar vivirla lo mejor posible, hacen la guerra continuamente para conquistar pedazos de tierra que de hecho ni siquiera les pertenecen.

No puedo no dar la razón a mi primo, y sin embargo, a diferencia de él, yo veo en los Rápidos algo más que su existencia efímera.

—Querido primo, mira quién habla. Somos Montesco y nosotros también hemos hecho del homicidio un buen pasatiempo —le reprocho.

—Matar a un Capuleto no es ningún homicidio, es justicia —responde.

—Y en cuanto a nuestra longevidad, es solo sobre el papel —continúo—. En realidad, nosotros somos más rápidos que ellos en encontrar la muerte gracias a los Incorpóreos. ¿Has visto alguna vez a un Extrema Sangre viejo? Y no me refiero a viejo por haber usado la Pertenencia, me refiero a viejo. Naturalmente viejo.

—Como queráis. De todos modos, la Academia está a la vuelta de la esquina y no quiero pillar ninguna enfermedad que pueda retrasar mi ingreso. —Benvolio se pasa las manos por sus cabellos negros intentando apartárselos de la cara, pero están tiesos, se parecen a la crin de un caballo y ni siquiera la cinta negra que los sujeta en una cola logra domarlos.

—En eso llevas razón —digo—. Hasta que no nos convirtamos en Extrema Sangre, somos débiles, como ellos.

—Pero ve tú, quizá pilles la Enfermedad del Encantamiento —le reprocha mi primo a Terencio.

—Un buen polvo puede contagiarte algunas enfermedades venéreas, pero sin duda no la del sueño —responde él.

Mi primo suspira, pero no replica. Conoce las ideas de Terencio y puede que hoy no tenga ganas de pelearse como de costumbre.

El otro, en cambio, no afloja.

—Venga, amigo mío, no me digas que nunca te has escapado del palacio, de noche, para darte un buen revolcón, o que nunca te has follado a una Rápida.

El rostro de Benvolio lo traiciona por un batimiento, pero nosotros nos hemos percatado. Terencio le propina un gran golpe en la pierna. Creo que le ha roto un hueso.

—Lo sabía. ¡Por todas las putas que no me he tirado, sabía que no eras todo libros y disciplina! —Con la mano izquierda estruja la ingle de mi primo, a quien del dolor le da un ataque de tos. Si sigue así, no llegará vivo a la Academia. Si hay algo que Terencio no controla para nada es su fuerza física. No suelta a su presa—. Muy deshonesto por tu parte no haberme informado. Pero hoy lo remediamos. Vamos y te tiro de la lengua. —Se alza, permitiendo que mi primo vuelva a respirar, y lo mira, convencido de que lo seguirá.

No sé si Benvolio ha estado de verdad en la calle Cappello, pero no me cabe duda de que con Lucila sí. Y a mí también me sorprendió cuando lo descubrí. Mi primo es muy cumplidor con las reglas, se toma los edictos del Coro como dogmas, y dado que todos

los días escriben nuevos, su vida es una larga lista de «puedo» y «no puedo». Evidentemente, Lucila es lo suficientemente convincente para un… «puedo».

Benvolio tiene un cierto rubor en las mejillas, todavía no sé si por el apretón de antes o porque lo hemos pillado. En cualquier caso, regala un poco de vida a su tono cetrino. Él parece uno de esos monstruos que viven en los relatos de los Rápidos, esos que beben sangre y salen de noche y que te horripilan y esperas no cruzarte con ellos. Los ojos violáceos y el pelo negro ayudan a tomarlo por una criatura de la noche. No obstante, el físico y la piel del color de la luna y la fijación en el estudio pueden ser letales. No quisiera tenerlo en contra.

Terencio se gira hacia mí. Recibo un gran manotazo en el hombro que por poco no me hace volar del parapeto.

—Y tú, amigo mío, ¿vienes conmigo a darte un buen revolcón?

—No. Se quedará aquí bajo la lluvia, querido Terencio. Él no folla, sino que ama —responde Benvolio en mi lugar, poniendo una vocecita angelical.

Niego con la cabeza y me quedo callado. Era mejor hablar de peinados, era mejor hablar de política, era mejor hablar de muerte. Quizá la de Benvolio, a quien en este momento deseo estrangular. Terencio es un maldito cotilla; en breve, esta noticia correrá por toda Verona. Y de hecho, el *coloso de Rodi* abre mucho sus ojos negrísimos.

—¿Por qué en lugar de hablar de mí no hablamos de Lucila? —digo para distraer la atención.

Benvolio se encoge de hombros.

—Es una Rápida. A las Rápidas no se las ama.

—¿Pero por casualidad tú no estarás enamorado, Romeo? —pregunta Terencio. Maldita serpiente.

—Mucho más que enamorado —responde Benvolio, que no logra ocultar un punto de resquemor—. Enamorado es vulgar, efímero… Aquí estamos hablando del amor sublime. —Se pone la mano en el corazón y empieza a declamar en vulgar—: «Tú, que por los ojos entraste al corazón y despertaste el alma que dormía, mira la angustiosa vida mía que Amor la destruye suspirando».

Lo miro con el ceño fruncido.

—Por favor. Cavalcanti no es mi género… Es de lo más pesimista. —Eso es, hablemos de poesía en lugar de Rosalina.

—¡Mira quién habla, Romeo, mira quién habla! —exclama mi primo.

—No soy pesimista. Soy fatalista. Y el destino nunca juega a mi favor.

—¿Alguien va a decirme quién es la chica? —grita Terencio.

—Rosalina Corvato. —Mi primo me sonríe y yo tengo ganas de pegarle un puñetazo.

—Una Corvato… —Terencio se alisa las trencitas y silba—. Vaya si tienes valor, amigo mío. ¡Yo tendría miedo solo de rozarla, a una de esa familia! —Finge un escalofrío.

—En cambio, parece que a mi primo le gusta mezclarse con casas despreciables, y encima, vasallos de los Valfiero.

—Aparte de que quizá nosotros los Montesco valgamos menos que ellos, no cabe duda de que no es la clase social lo que me hace elegir el amor —respondo resentido.

—No, pero al menos elige a una que no te corte la cabeza.

—Su madre fue absuelta por la Inquisición. Solo se defendió del marido —la justifico. Y no solo porque sea la madre de la que amo.

—¡Haciendo volar un hacha que lo degolló de un plumazo! —Benvolio se cruza de brazos.

Me obnubilo.

—El marido le pegaba, le desfiguró la cara —murmura Terencio—. Yo habría hecho volar mucho más que un hacha si me hubieran desfigurado mi carita bonita. ¿Sabes que dicen que tiene la cabeza cortada encima del escritorio de su dormitorio? Y parece que guisó el resto del cuerpo y se lo dio de comer a los padres de él.

—Tú te lo crees todo, ¿verdad? —respondo con dureza, pero estoy molesto. Yo no me meto con quién deben salir o no. Si bien por un lado no están equivocados del todo, y sé que la casa de los Corvato está mal vista, por el otro, Rosalina no tiene mucho en común con ellos. No debe de haber sido fácil crecer en esa familia, y sin embargo ella es dulce y generosa. Aunque sé que ellos no lo entenderían. Por eso no me gusta hablar de ella.

Terencio pega un saltito con todo su cuerpo, apoyándose en las manos, para acercárseme. Cada vez que se mueve tengo la sensación de que el puente también lo hace.

—Hermosa es —sentencia Terencio alargando las manos—. No es mi tipo, pero comprendo por qué te cosquillea el pene.

—Terencio, ¿por qué no intentas, por una vez, pensar en una chica con otra parte de tu cuerpo que no sea el pene?

Él entorna los ojos y ladea la cabeza. Lo odio. Finge que está pensando.

—Déjalo. No lo entenderías.

—Trata de explicármelo… —dice con sarcasmo.

Lanzo un gran suspiro y mis pulmones se vacían en un solo batimiento. Será un esfuerzo en vano.

—Ella me roba el alma —digo— y la lleva a otro lugar, y yo me pierdo en los pensamientos que tengo de ella y ya no encuentro mi corazón. —¿Pero no debería dejar de hablar de ella?

Ambos me miran perplejos, se han quedado mudos. Benvolio niega con la cabeza. Terencio silba flojito y me pasa un brazo por el hombro. Me mira serio.

—¿Ves, amigo mío? Por eso prefiero un buen revolcón; al final, mi polla no se va a ninguna parte, sino que la encuentro siempre aquí. —Se aprieta con fuerza la ingle.

Nos tronchamos de risa. Y así está bien. Ellos son mis amigos, mis hermanos, mi hogar. A pesar de que uno es un tocapelotas y devoto como un mentor y el otro es vulgar como un prostíbulo, yo los quiero con todo mi corazón.

—Mira a esos dos bajo la arcada, ¿te parece que están hablando de amor? —dice Terencio.

Me vuelvo hacia la orilla. El Rápido y su compañera están ocupados en el arte amatorio. Debo decir que lo están haciendo con cierto fervor. Los entreveo entre la lluvia. La mujer está apoyada contra el muro, con los senos fuera del corsé y la falda remangada. Los muslos blancos parecen brillar cuando los relámpagos la iluminan. El hombre manda golpes repetidos con la pelvis, poco a poco y cada vez más rápido. Ningún beso, ninguna mirada, apostaría que ni siquiera se susurran frases dulces.

Comprendo la fascinación por el sexo, oigo grandes cosas de él, no solo de parte de Terencio. Me imagino que muchos Iniciados están pasando las últimas cadencias de despreocupación en los

burdeles de la calle Cappello; con la muerte a la vuelta de la esquina, nadie quiere irse virgen. Pero yo siempre he dado un valor diferente a ese acto. Ergo, virgen moriré.

La luna desaparece de nuevo del cielo y las nubes regresan, más negras que la noche anterior, y aunque no veamos a los dos Rápidos con claridad, los oímos fácilmente gracias al viento que ha vuelto a soplar, cada vez más fuerte, trayéndonos sus voces. No cabe duda de que se están divirtiendo. Nosotros sofocamos las risas como niños que miran algo prohibido por el ojo de una cerradura.

Un relámpago ilumina Verona de nuevo y yo vislumbro dos figuras más que descienden los escalones que llevan a la orilla. Veo brillar el acero de sus espadas. El hombre también se ha percatado, aparta a la mujer a un lado y se coloca delante. Ruge, es un grito, pero parece haber salido de la boca de un león.

Miro a mi primo. Ha entendido a la perfección lo que quiero hacer. Y no está contento.

—No. ¡Ni hablar! —dice, pero yo ya he desenvainado mi espada y me he bajado de un brinco del parapeto. Él se detiene frente a mí.

—Son escaramuzas entre Rápidos. A nosotros, los Iniciados, no nos está permitido interferir. No quiero acabar en la prisión de Mantua.

—Pues yo no quiero quedarme de brazos cruzados: es un sirviente mío. —Estoy buscando su comprensión y puede que también su espada.

Benvolio no se mueve, y baja la cabeza.

—Si nos ven, si nos hieren de gravedad…, nos saltaremos la Congregación, Romeo. —Mi primo me mira fijamente, las palabras le

salen a duras penas—. Yo no tengo un solasterio entero para la próxima Temporada como tú.

No había caído en eso. ¡Qué estúpido soy! Benvolio nació antes que nosotros; en la última Congregación era demasiado joven para la Academia, si no entra en esta, será demasiado mayor para la próxima. Nadie recluta a un Iniciado cuando solo le faltan seis latelunas para su decimoctavo solasterio. Es demasiado peligroso. Benvolio solo tiene esta posibilidad. La Congregación nos da miedo a todos, pero aquello en lo que te transformas, si no estás Vinculado, o muerto en el intento, es peor que la misma muerte. Nosotros nunca hablamos de esta eventualidad. Ningún Iniciado lo hace. Pero todos tenemos muy presente en lo que podríamos convertirnos.

Benvolio aprovecha el momento de titubeo y me apremia.

—Folco Capuleto se quedó fuera en la anterior Congregación porque mató a un Rápido por una pelea estúpida un lateluna antes de la llamada. ¡Folco Capuleto! No uno cualquiera. Llegará a su decimoctavo dentro de unos pocos latelunas. Si su casa no logró salvarlo, piensa en lo que podría hacer la nuestra, que no tiene ningún peso.

Me estremezco con la idea de que Benvolio pueda acabar igual. Cuando yo era un niño y medía la mitad de la sombra de mi padre, asistí a una ejecución. Eran dos hermanos de los desiertos del Sur. De aquella tierra árida que no conoce la lluvia. Se convirtieron en fugitivos poco después de la ceremonia del Primer Paso. Los hallaron y los llevaron a Verona, en presencia del Coro y la Lectora. A veces, las ejecuciones son públicas, para desalentar a los que creen que pueden huir de la Congregación. De pequeños nos llevan a mirar a

los chicos que lloran y se desesperan, para que podamos temer la Abnubilación más que a la misma Academia.

La Lectora los rozó con los dedos, luego blandió un puñal y lo hundió en sus espaldas atravesando su segundo corazón. El que bombea el poder. Vi cómo sus ojos se tornaban vacuos y sus expresiones desaparecían entre preguntas que jamás obtuvieron respuesta. La Abnubilación no te mata. Te convierte en un Rápido, con solo un puñado de solasterios para vivir y la memoria molida. Te exilian de tu raza y olvidas.

Olvidas quién eres y de dónde has venido. Sin nuestra memoria, somos el eco de lo que fuimos y ya no somos más. Sin nuestros recuerdos, probamos el verdadero sabor de la muerte, que es el olvido. Es un destino infame.

Le pongo una mano en el hombro.

—Quédate aquí, primo, solo son dos tipejos. Los haremos huir en un esimio. —Lo miro con franqueza.

Terencio ya está a mi lado, con la mano lista en la empuñadura de Lumioscura, su espada a dos manos.

—Yo estoy contigo, hermano. Un buen duelo me la pone igual de dura que un buen revolcón. —No dice nada más y ya se está dirigiendo hacia la emboscada. Miro a Benvolio, que alza los ojos al cielo, niega con la cabeza y resopla.

Y yo con inconsciencia corro a hacer algo estúpido e insensato antes de entrar en la Academia.

6

Romeo

La tierra es resbaladiza. Terencio y yo corremos y en varias ocasiones no acabamos en el suelo por los pelos. La noche no ayuda. La lluvia no ayuda. El barro no ayuda.

Una perra con tres cachorritos detrás aparece de la nada y se cruza de improviso en mi camino. En el intento de esquivarla me caigo, y ella me enseña los dientes y da dos pasos atrás para proteger a su camada.

Terencio me agarra de la solapa y me ayuda a levantarme.

—¿Qué tal si dejamos lo de jugar con los perros para más tarde?

Se precipita hacia delante antes de que yo pueda replicarle con algún insulto elaborado.

Cuando llegamos a la orilla del río, vemos al Rápido blandir la espada al aire intentando tener a raya a los dos asaltantes. No ataca. Creo que no quiere arriesgarse a dejar a la mujer a la merced de uno de esos dos. Cuando nos ve, abre los ojos como platos, asombrado. No leo miedo, ni alivio, solo contrariedad. No lo entiendo, ¿acaso no quiere que lo salvemos?

Terencio desenvaina su Lumioscura y juega haciéndola rotar con una sola mano, convencido de que mostrando algunos hábiles trucos del arte de la espada ellos huirán ¡pies, para qué os quiero! Cosa

que no sucede. Al contrario, se ríen de sus proezas, mostrando los dientes amarillos, o al menos los que les quedan. Uno, con el rostro picado por la viruela, blande dos puñales. El otro empuña la espada con la izquierda. Deben de ser sicarios, asesinos a sueldo; alguien les ha pagado para matar a mi sirviente. Me pregunto por qué.

—Probemos con la diplomacia —susurro a Terencio.

Él esboza una ancha sonrisa que le hace brillar los ojos.

—Os haremos pasar por el filo de la espada. Os abriremos el vientre desde la ingle al omoplato, solo para darnos el gusto de contemplar vuestro corazón mientras se detiene. Os sacaremos los ojos para meterlos en el lugar de vuestros testículos, suponiendo que todavía tengáis, y luego dibujaremos la flor de nuestra casa a filo de espada, para hacer saber a todo el mundo que hemos sido nosotros los que hemos puesto fin a vuestras miserables vidas.

Lo miro pasmado. Él se encoge de hombros. Bueno, la diplomacia se ha ido a tomar por culo en la calle Cappello, así que me pongo en guardia.

Los dos Rápidos no están buscando un conflicto. Están esperando. Eso no encaja.

Cuatro sombras emergen de la oscuridad con las espadas desenvainadas. Tienen el rostro cubierto por máscaras hechas de finísimo hierro entrelazado y una larga capa cubre sus hombros y les cae por la espalda ocultando la casa, pero el uniforme es inconfundible, así como sus Marcas recién aparecidas.

No son Rápidos.

Son Iniciados.

Lanzo una mirada a Terencio. Él también ha entendido que nos hemos metido en un lío monumental.

—Es una trampa —me dice desplazándose a mi lado.

Sí, así es. Y yo he mordido el anzuelo. Miro el ratón que yace muerto con la baba en la boca a pocos pasos de nosotros. A él también le han tendido una trampa. ¿Correremos la misma suerte? Me pregunto cómo se las han arreglado para saber que esta noche estaríamos aquí.

El más alto de los cuatro avanza. Camina con la confianza de tener la certeza de que el sol sale todos los días. Es él quien manda. Maneja la espada como si fuera una extensión de su brazo. El arma tiene una hoja larga, no muy pesada. Apuesto a que está pensando cómo sería hundírnosla.

—Vaya, vaya, hay que ver con quién se cruza uno en las noches veronesas. El hermoso Romeo. Las chicas tienen razón: guapísimo y a la vez honorable. Estaba convencido de que no te resistirías a alguien en apuros, aunque fuera un Rápido. —Habla en Extremoidioma; los engreídos como él no usan la lengua del vulgo. Su voz es profunda, me parece que la conozco, pero de algún modo la está falseando.

—Exacto. Tal como lo ha dicho —gruñe el segundo Iniciado. Da un paso adelante y se coloca al lado del Alto. Le llega al hombro, es achaparrado y paticorto, pero a ojo sus músculos pesan tanto como los de Terencio. Por otra parte, su cerebro debe de ser ligero como una pluma. Rechina los dientes emitiendo un gruñido grave. Me echaría a reír si estuviéramos en otra situación.

Detrás del Achaparrado hay un morenito unos palmos más alto. Es grácil y huesudo. Crecido tal vez con excesiva prisa para su edad, ahora tiene que lidiar con piernas y brazos demasiado largos. La mano que sostiene la espada tiembla. Tiene miedo. Intenta

ocultarlo, por supuesto, mostrando seguridad, pero la mano que temblequea alrededor de la empuñadura deja el engaño al descubierto.

La última es una chica que se parece a la espada que blande, estrecha y afilada. Se mantiene unos pasos por detrás, y en la otra mano sostiene un puñal «cinco dedos». No muestra arrogancia, no tiembla como el Morenito. Observa y estudia la situación.

Terencio da un paso atrás. Mi amigo está un poco como una cabra, sí, pero sabe perfectamente que, si bien el castigo por matar a un Rápido es severo, si acabas con uno de tu raza ni siquiera pasas por la prisión: se te ajusticia directamente. Una ley que se hizo a medida para los Montesco y los Capuleto, después de la enésima masacre dos centurios atrás. Y tanto da que seas un Extrema Sangre. Imagínate si eres un Iniciado.

—Esta payasada acaba aquí.

Me giro y veo a Benvolio. Tiene la espada desenvainada y se coloca a mi lado. Con la cabeza se aparta el mechón de pelo mojado que le cae delante del rostro. Me siento feliz y a la vez triste de tenerlo junto a mí. Puede que no hubiera arriesgado la Academia por un Rápido, pero por nosotros dos daría la vida.

—No sé quiénes sois y tampoco qué hacéis aquí. Pero la Ley es clara. No se combate contra los de nuestra raza. —Habla usando la lengua vulgar: quiere que los Rápidos lo entiendan. Baja el arma mientras Terencio usa también la otra mano para empuñar mejor la Lumioscura. La diferencia entre ellos dos radica precisamente en esto: uno se sirve de leyes y palabras; el otro, de rabia y espada.

El Alto ladea la cabeza.

—Ah, y yo que creía que conocías mejor la Ley —se ríe socarronamente—, que dice «solo si no se está en peligro de muerte…», y a mí me parece que aquí lo estamos.

La Seca se acerca al Morenito y de un golpe de hoja le abre el tórax.

Alguien chilla desde el puente, alzo la cabeza y veo una figura que huye en la oscuridad. Me pregunto si hay otros enemigos escondidos en la penumbra como cuervos listos para darse un festín con nosotros. Instintivamente, damos un paso adelante hacia el Morenito, queremos protegerlo, aunque sea un enemigo. Por un batimiento vuelvo a pensar en antes, en cómo temblaba frente a nosotros.

El Morenito se lleva las manos a la herida, como si intentase de algún modo volver a pegar los bordes de su propia carne, pero no es ningún Traslador. La sangre sale a abundantes borbotones. Su cuerpo empieza a bambolearse en una extraña danza. Su rostro está encarado hacia nosotros; alarga una mano y nos señala. Ha sido traicionado por sus amigos y a nosotros, sus enemigos, nos pregunta por qué. Una respuesta que conocemos. Él será el motivo de nuestra muerte. Nos cargarán la culpa a nosotros. Están a salvo de la Ley y nosotros estamos perdidos.

Se desploma en el suelo.

Incluso desde aquí, incluso en la oscuridad, puedo ver sus dos corazones a través de la laceración en el pecho: uno que todavía late y el otro, blanco, que no latirá nunca más.

La sangre apesta a hierro y óxido. Amargo como el sabor que se te queda en la lengua cuando muerdes una moneda para saber si es

falsa. Sin embargo, en la muerte no hay nada falso. Nosotros lo estamos aprendiendo esta noche.

El Achaparrado y el Alto ni siquiera han pestañeado. Estaba todo preparado.

No será un duelo, sino una ejecución.

La saliva desaparece de mi garganta, solo queda un grumo de pesar, no por mí, que sabía que la Congregación podría ser mi fin, sino por Benvolio, que la anhela desde hace solasterios, y por Terencio, que de todos es el favorito. En cambio, moriremos aquí.

—Montescos, Montescos, no creía que fuerais tan crueles. —La voz de la Seca es sutil como ella, un poco estridente, decididamente molesta. Antes de que podamos hacer nada, se acerca al Morenito, ahora moribundo, le clava el puñal en el ojo y luego lo gira.

El Iniciado emplea su último aliento para gritar.

Hay algo que no me convence, y no es solo la crueldad de la situación. Es otra cosa, una idea que no logro asir.

Marangona, en lo alto del campanario, empieza a repicar las campanas. Y mientras el sonido reverbera en las calles de Verona, aferrándose a los callejones y rebotando su eco de balcón en balcón, yo entro en mi decimosexto solasterio de existencia. Lo hago blandiendo una espada, lo hago intentando defender mi vida, que, con toda probabilidad, acabará hoy mismo.

Primera campanada.

En un abrir y cerrar de ojos, el Alto brinca hacia delante, dirige la espada hacia mí, yo me giro sobre mí mismo y la esquivo por los pelos. Respondo golpeando una, dos, tres veces; la espada del Alto para cada ataque. Sus golpes son duros y despiadados. Cada vez que nuestras armas se cruzan, mis fuerzas flaquean.

Intento echar un vistazo a mis compañeros. Terencio está ocupado contra dos: el Achaparrado y el Zurdo. Para golpes uno tras otro y devuelve otros tantos. Benvolio combate contra el Picado, que juega con el puñal que tiene en la mano; el otro está clavado en el hombro de mi primo. Los golpes de la batalla resuenan en mi oído confundiéndose con el estrépito de los míos.

Segunda campanada.

El Picado se prepara para lanzar de nuevo. El puñal cruza el aire como un rayo y está a punto de dar en el blanco cuando el Rápido, con su espada, desvía el golpe y el arma acaba en el río. Es sumamente hábil para ser un sirviente.

Mi adversario aprovecha mi distracción, gira la espada e intenta un golpe con el filo del arma. Lo paro. Hago rotar mi hoja alrededor de la suya buscando desarmarlo. No lo logro. Él trata de dar una estocada baja. Salto a un lado viéndola venir, pero la espada me corta la pierna. La piel se lacera. Doy dos pasos atrás. Cojeo, la sangre sigue manando. El olor no es diferente al del Morenito, que yace cadáver.

Tercera campanada.

La Seca se une a la trifulca atacando a Terencio. Ahora son tres contra uno. Mi amigo parece una furia, lanza ataques a diestro y siniestro, casi en sincronía con los relámpagos que desgarran el cielo.

El Rápido hace ademán de acudir a mi lado para echarme una mano.

—A mí no —grito—, ve con Terencio.

Veo que vacila.

—Terencio —grito de nuevo.

De golpe y porrazo, unos espasmos recorren su cuerpo. Tiembla tan fuerte que miro el suelo para asegurarme de que no se trata de un terremoto. Cierra los ojos. Y yo pienso: «Está muerto». El Picado arremete contra él, con la hoja alzada. El Rápido se cambia la espada de mano. Se la pasa a la izquierda. No lo entiendo. No es zurdo. Y, sin embargo, por cómo la empuña parece que sí. La hace rotar dos veces. Y siempre con los ojos cerrados, degüella de un corte limpio la cabeza del Picado, que se cae rodando por el barro; cuando se detiene, sus labios todavía se mueven en un lamento que se apaga al cabo de poco. El Rápido abre los ojos y me mira. Algo ha cambiado en él. No solo el modo de moverse, o de luchar, es algo más. Una sensación. Nuestras miradas se cruzan; por un batimiento, me quedo sin aliento. Sus iris son de un gris resplandeciente, son aquellas mañanas de invierno cuando el vapor emana del agua del río. Me guiña un ojo, clava la espada en la tierra y junta las manos refregándolas lentamente una con otra. Y nuestros enemigos se convierten en otra cosa.

El Alto empieza a emitir un gruñido. Vi a un perro hacer eso hace algunos latelunas. Babeaba, enseñaba los colmillos, había perdido el juicio. Y así me parece el Alto ahora, sin una pizca de humanidad en su interior. Si alguna vez hubo alguna. Se estremece intentando sacarse de encima algo invisible. La Seca y el Achaparrado también empiezan a comportarse de un modo singular. De improviso, el Alto blande la espada y arremete contra sus amigos.

Cuarta campanada.

No doy crédito. Nuestros enemigos empiezan a batirse en duelo entre ellos con mucha más vehemencia de la que nos dedicaban a nosotros.

El Zurdo corre hacia la Seca, con ímpetu, demasiado ímpetu. Convencido de poder derrotar a una espada lista para la Academia. Su carrera y su ilusión se ven truncadas por la hoja que lo atraviesa en el centro del pecho. Entra y sale en un batimiento, y él muere sin producir ni un sonido.

La Seca clava la espada de nuevo en el cadáver, una, dos, tres veces.

Estoy horrorizado. Lo estamos todos excepto…

Aquella idea que no lograba asir se me presenta en la mente de improviso y me giro hacia la Rápida. Ella no grita, no ha gritado en ningún momento. Está tranquila, demasiado tranquila… Oh, diosa.

Grito para avisar a mis compañeros.

Quinta campanada.

Es demasiado tarde.

Con un movimiento vertiginoso, la mujer le abre la garganta al Rápido. La sangre sale a borbotones de la herida y él se desploma en el suelo.

Mis enemigos vuelven en sí. Se miran unos a otros estupefactos. En nuestra cara, la misma expresión muda. Por un batimiento nos quedamos quietos, pero luego reanudamos la batalla.

Ahora somos tres contra tres. Pero estamos agotados. Mojados. Cubiertos de sangre y de barro. Nuestros enemigos atacan para matarnos, nosotros tratamos de defendernos sin segar vidas. Es difícil.

Benvolio está herido, la Seca es excelente en el combate. A mi primo le queda poco de vida. Terencio me mira, mientras sigue luchando contra el Achaparrado.

—¡¿Me lo puedo cargar?!

Lo dice, pero no lo hace. Ninguno de nosotros lo hará, y será nuestro fin.

Sexta campanada.

El Alto carga contra mí. Lo esquivo de lado, pero él ha entendido mi juego y me espera en la llegada y me embiste con toda su fuerza. Hueso contra hueso, carne contra carne, hierro contra hierro. Yo pierdo el equilibrio y me caigo. Mi espada se aleja rodando, pero en el choque el Alto también ha perdido la suya, que acaba en el río. Ambos miramos la salvación, que yace a pocos pasos de nosotros. Nos lanzamos hacia ella. Aferro la empuñadura con todo mi empeño. En un batimiento, él me viene encima. Sujeta la hoja intentando arrebatármela. Rodamos juntos por el barro; no veo casi nada más, solo noto sus golpes en mi mano mientras espera que yo suelte la presa. Se los devuelvo con toda la fuerza que me queda en el cuerpo. A mi enemigo se le cae la máscara y lo reconozco.

Séptima campanada.

Teobaldo Capuleto. Debí de haberlo entendido enseguida: son todos Capuleto. El mundo está patas arriba mientras nosotros luchamos. Estoy en un vórtice de movimientos frenéticos, rabia, dolor, sangre, lluvia. Teobaldo me aferra el cuello y con fuerza estrella mi frente contra el suelo. La oscuridad me devora.

Me giro, se me contrae el estómago, el sabor ácido de la ira me sube a la garganta, me viene una arcada. Teobaldo está de pie frente a mí. La lluvia torrencial y los relámpagos vuelven aterradora su figura. Un gruñido le deforma la boca. Y a mí me invade una calma irreal. Contemplo la lluvia que cae del cielo. Parece la cólera de los dioses enfurecidos azotándonos, y los árboles hinchados de agua y viento se arrodillan con adoración. A mi lado, el estruendo de

mis amigos que siguen luchando. La luna ha vuelto a iluminarnos. Miro las nubes que se han apartado, tal vez para permitir que Teobaldo observe cómo muero, o para que yo pueda contemplar el cielo por última vez. La hoja desciende. Yo pienso en Domiciana y en Rosalina, en las carreras que ya no echaré con mi hermana y en todos los besos que no he podido dar.

Octava campanada.

La espada se detiene en mitad del aire. El cuerpo de Teobaldo se contrae y de su pierna sobresale un pedazo de acero brillante que se tiñe de rojo. Oigo el chirrido de la hoja que se retira contra sus huesos y él cae al suelo.

Ahora que Teobaldo no me tapa la vista, veo que detrás de él hay un Iniciado. Es alto y esbelto como el trigo en el campo, de pelo muy rubio y rizado, que le cae ligeramente por el cuello y ondea al viento. Sobre sus pómulos altos y pronunciados, gotas de lluvia. Los ojos parecen el cielo en este momento, negro y con destellos de luna blancos. Tiene una presencia elegante, confiada. Su rostro parece esculpido por uno de nuestros artistas que tallan el mármol. Creo que jamás he visto a uno de mi raza tan perfecto. Él también lleva puesto el uniforme de la Academia, que le queda como un guante. Parece algo mayor que nosotros, quizá seis o siete latelunas. En medio de este delirio actúa con la calma de quien se toma un hidromiel en compañía de nuestra diosa. Resopla al comprobar que su hoja no se ha estropeado. Luego me sonríe, coloca un pie bajo mi espada y la impulsa hacia arriba. La hoja se alza por los aires, él la agarra al vuelo y me la tiende. La cojo, incapaz de decir nada a causa del asombro. Quisiera darle las gracias, me ha salvado la vida, pero él ya ha vuelto a la trifulca para echar una mano a Benvolio.

Cuando se gira, veo la orquídea bordada en su uniforme: pertenece a la casa de Escalo, la Primera Voz del Coro. Está emparentado con el cargo más alto de nuestra raza. La suya es una casa antigua y poderosa, pero no hay soberbia en él.

Al recién llegado le bastan dos estocadas para desarmar a la Seca; luego dirige la mirada hacia Teobaldo. En un batimiento, los enemigos valoran sus posibilidades. Teobaldo hace una seña a los suyos. Dan media vuelta y huyen. El Achaparrado, antes de escapar, nos mira y emite un nuevo gruñido. Me pregunto si tiene otras palabras en su vocabulario.

Estamos vivos. Rotos, heridos, lacerados, pero vivos.

Novena campanada.

Nos quedamos solos con los cuatro cadáveres. La mujer tampoco está. Nuestro misterioso salvador ha envainado la espada y está de pie en medio de la lluvia y el viento, observándonos con serenidad. Dejo los agradecimientos y las presentaciones para más tarde y corro hacia el Rápido, que yace en el suelo en un charco de sangre.

Todavía está vivo, aunque no le queda mucho, puede que solo algunos momentos de agonía. No debería ser posible para un Rápido.

Una punzada de compasión hace que me acurruque a su lado. Su mirada se suaviza. Poco a poco alza una mano y me toca el rostro, ensuciándome de sangre.

Décima campanada.

No conozco las oraciones que los Rápidos dicen a su dios, así que pronuncio la Extremacción, las palabras que acompañan a nuestra raza en el Último Paso. Sin embargo, para él no habrá Restitución; la nada lo aguarda frotándose las manos. Continúo igualmente con mi

oración y la boca del Rápido se ensancha en una mueca; podría ser una sonrisa. Con la mano se toca el cuello. Hay un pequeño cordón de cuero con un colgante de hierro en forma de rombo, ahora cubierto de sangre. Intenta quitárselo, pero no lo consigue. Nunca había visto a un Rápido resistir tanto a la muerte. Intenta hablar, pero la sangre en la garganta se lo impide. Le acerco mi oído y el hedor de su aliento me arrolla, apesta como la muerte que lleva encima; me llegan sus efluvios, junto con sus palabras: «Esconde lo que eres», me dice usando el Extremoidioma. «Esconde lo que eres. Yo volveré».

Undécima campanada.

La mirada del Rápido se apacigua. Me mira fijamente y veo que sus ojos pasan del azul al castaño. Su mirada cambia por completo y le leo el miedo: está muriendo y parece que no entiende por qué.

Me aprieta la mano con más fuerza y en su fin recita las últimas palabras de la Extremacción: «… Os nutro y me elevo en vuestro abrazo…».

Y después, con el último latido de su corazón, perfectamente sincronizado con la última campanada de Marangona, el Rápido abandona este mundo.

Duodécima campanada.

De alguna parte en la noche se oye ladrar a un perro.

Luego Verona regresa al silencio.

Aparto mi mano del Rápido.

¿Cómo es que hablaba en Extremoidioma? ¿Por qué conocía nuestras oraciones? Recuerdo las palabras de mi abuelo. Recuerdo lo que me ha dicho el Rápido, si es que de verdad lo era.

Y se me encoge el estómago.

7

Julieta

En silencio, cruzamos de nuevo Verona bajo la lluvia que cae fragorosamente. No me importa que se me haya caído la capucha ni que esté empapada. Netria anda a mi lado, medio paso por detrás. Lo suficiente para darme a entender que no me va a perder de vista. En ocasiones, tengo la sensación de que quiere cogerme de la mano. Pero no lo hace en ningún momento. Como si tuviese miedo.

Cuando llegamos frente al pesado portón del Palacio de los Capuleto, ya no puedo contenerme más.

—Tía… —empiezo.

Netria da un paso adelante y me lanza una mirada que no trasluce ninguna emoción.

—La Valfiero estará bien. Los Trasladores lo arreglarán todo y ella no dirá ni pío.

—No es eso… ¿Qué me ha sucedido? Lo que he hecho debería ser imposible. —Si no es con ella, ¿con quién puedo compartir lo que he sentido dentro de mí?

—Es tarde —responde—, la Congregación se acerca. No es el momento de hablar de ello.

Trago saliva despacio.

—Tú lo sabías, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? ¿A los propósitos de Laurela Valfiero? No, no tenía conocimiento.

Tengo un nudo en la garganta. No quiere responderme. Me siento ignorada, relegada, como si me cerraran una puerta de plomo en las narices y yo no tuviera manera de cruzarla. Puedo aceptarlo de todo el mundo, incluso de mi madre, pero de Netria no. No de la única persona que, junto con Teobaldo, siempre me ha tratado como una igual y nunca ha temido decírmelo todo.

—No —contesto—. Tú sabías lo que habría podido hacer. Si no, ¿por qué me seguiste? —El corazón me martillea en el pecho, y noto que esa cosa se asoma de nuevo en mi interior.

Pero Netria me sonríe y por fin me toma la mano.

—El futuro es un prado yermo y desconocido, Julieta. No desesperes: sabrás hacerlo florecer.

Me apaciguo y noto un peso que poco a poco empieza a derretirse. Y su tono me tranquiliza, el tono que me habría gustado oír de mi madre esta tarde. Si me hubiera hablado, en lugar de huir, tal vez no habría sucedido nada. Sin embargo, nunca ha sido propio de ella hablar con enigmas.

—¿Qué significa, tía?

Netria aparta la mirada y se pone seria. Parece culpable, casi.

—No lo sé —dice—. Pero lo que sea que yo pueda hacer para ayudarte lo haré. Aunque en la Academia será diferente, y yo seré diferente, intentaré siempre ayudarte, Julieta, no lo olvides jamás. —Hurga en su bolsillo, casi con torpeza, y luego me tiende el objeto que tiene en la mano—. Esto es para ti, te buscaba para dártelo. Esperaba no llegar demasiado tarde.

Sostiene entre los dedos una esfera perfecta, un pelín menos grande que mi puño. Parece hecha de madera, pero muy lisa, pulida y del color de los huesos, recubierta de vetas azuladas que me recuerdan a las olas del mar, o a las brisas celestes. Ningún artesano Rápido sería capaz de tallar una obra similar. Debe de ser muy antigua.

—Es preciosa —murmuro—. Pero ¿qué es? —Parece una joya, y sé que los reyes de los Rápidos usan las esferas para simbolizar el poder sobre el mundo, pero para nosotros, los Edenitas, eso es un sinsentido, porque sabemos que hay un solo poder que gobierna Edén: Alyaster.

—Tómala —me dice Netria—. Observa.

Cuando, indecisa, cojo la esfera con la mano, me percato de que no está compuesta por una única pieza: son cuatro secciones que encajan perfectamente una sobre otra para formar la esfera, y en la parte superior hay grabado un minúsculo cuadrado negro que resalta sobre el blanco del hueso. Cuando la acaricio, con un pequeño chasquido, una de las secciones se desliza al empujarla con el dedo. Retiro la cabeza, confusa.

—¿Es un… juguete?

—Para que siempre recuerdes de dónde vienes, en lo bueno y en lo malo. Cuando sientas que estás a punto de perderte a ti misma como ha ocurrido esta noche, concéntrate en esta esfera y encontrarás un modo de regresar a casa —dice, mientras me cierra con dulzura los dedos alrededor de la esfera—. Ahora estás lista para dejar atrás la vida de Iniciada y empezar tu camino como Extrema Sangre: con el tiempo, todas las respuestas que buscas llegarán.

En mi mano, el peso de la esfera me conforta. Me siento completamente vaciada. Es como si lo que he sido hasta ahora se hubiese cerrado en un sobre y se hubiera sellado con lacre. Como si un nuevo capítulo estuviese a punto de empezar en un pergamino virgen.

—Y también está esto —me dice Netria, arrancándome de mis pensamientos—. Más práctico, supongo.

Me deposita en la mano un puñal. De la funda de piel penden dos largas cintas de cuero.

—Está impregnado del poder de los Arquitiempos. Nunca se desafilará… o, al menos, no durante los tres próximos centurios.

Ladeo la cabeza.

—¿Pero no está prohibido llevar armas en la Congregación?

—Por eso deberás ceñírtelo bien bajo la camisa.

Y, antes de que pueda rebatir, Netria me empuja hacia dentro.

Respecto a hace poco, parece que estoy en otro mundo: el palacio está abarrotado de sirvientes y parientes más o menos importantes, y todos acarrean ropa y paquetes, andan y ordenan que se preparen los caballos, envían a los mayordomos y camareros en busca de las joyas, hacen ruido y discuten, repiten las etiquetas y memorizan las posiciones que deberán adoptar cuando Escalo, la Primera Voz, empiece a hablar. Hoy es el día más importante para todos los Edenitas.

Hoy se abandonan viejas vidas y se infligen nuevas cicatrices. Ciertos destinos nacen y otros se cumplen.

Cuando los sirvientes me ven vestida para la ceremonia, se apresuran a apartarse y a abrirme paso. Parece que mi padre me está esperando en la sala de las audiencias para partir.

Sin embargo, a mi llegada oigo palabras firmes y violentas al otro lado de la puerta cerrada:

—Debíais permanecer allí y concluir el trabajo, y en cambio habéis demostrado que sois unos cobardes. Tenía que morir, pero no solo —sentencia mi padre.

Me quedo petrificada, como si de pronto me hubiera caído en un lago helado.

No distingo la respuesta, pero es la voz de Teobaldo. Mi primo. El hermano de Florencia.

Me acerco a la puerta y la entreabro sin hacer ruido. Afortunadamente, nadie repara en mí: aunque me asomo al interior, mi vista queda tapada por las gruesas cortinas azules recogidas a lado y lado de la entrada. Sin embargo, logro ver a mi padre frente al estrado, en el lado opuesto de la sala, en lo alto de tres peldaños. Está de pie, furioso. Si no supiera controlarse, me imagino que la misma tierra empezaría a temblar por su rabia.

No lleva puesto el traje de ceremonia hecho de terciopelo y seda, sino el de combate. La armadura de los Extrema Sangre es muy similar a nuestro uniforme, solo que desprovista de las florituras más ceremoniales, como las colas o las hombreras de punta para los grabados y símbolos de las casas. Allí donde nosotros contamos con protecciones de piel más gruesa, ellos tienen revestimientos de un material extraído de las rocas que emergen del corazón de los volcanes. Usamos lo que el Enemigo genera para defendernos de él.

Trabajada para que sea más dura que el hierro, pero mucho más ligera, la armadura de llamacero le cubre los hombros, el centro de la espalda y el pecho.

A pesar de que ha pisado todos los campos de batalla, el rostro de mi padre mantiene una juventud que no corresponde con sus centurios. Sé que obliga a los Trasladores no solo a guarecer sus heridas, sino también a conferirle una lozana e innatural vitalidad. Me imagino que las demás casas lo sospechan, pero nadie dice nada. Él siempre quiere mostrarse como el arquetipo ideal del guerrero Edenita. El comandante al que no se puede desobedecer.

Más abajo, frente a él, se encuentra Teobaldo. Está de espaldas, pero veo que él también va vestido con cuero. Está ligeramente agachado, como si estuviese herido. Le han rapado el pelo hasta la mitad de la cabeza, dejando en la parte posterior del cráneo el dibujo de una rosa. En los lados hay dos triángulos. Aspira a convertirse en un Esencial, como todos los Capuleto —como yo también esperaba, antes de descubrir que estaba destinada a ser una Arquitiempo y decepcionar a mi familia—. Quizá es justamente esta seguridad la que, ahora, le permite replicar a mi padre.

—Los demás no tienen nada que ver con esto, la culpa recae solo en mí —dice mi primo—. Fui yo el que ordenó la retirada.

—¿Tú? Tú, arrogante mocoso, tú que te llenas la boca de duelos y victorias, ¿ordenaste la retirada? —estalla mi padre—. Para eso podríamos haber evitado todo el tinglado y dejar que Folco no encontrara jamás la gracia de Alyaster.

—Estáis siendo injusto conmigo.

Mi padre desciende el primer peldaño, hacia Teobaldo.

—No eres tú quien decide si yo soy justo o injusto. Todo lo que hago lo hago por esta familia. Tu hermano es un inepto, pero sigue siendo un Capuleto. —Mi padre hace una pausa; incluso desde esta distancia logro percibir su rabia. Lo he visto actuar así en muchas ocasiones: aprieta los labios y estrecha los puños hasta que los nudillos se vuelven blancos—. Te has dejado llevar por el pánico como una niñita de los Rápidos.

Mi padre respira hondo, como un toro a punto de envestir. Quisiera intervenir, pero el miedo me tiene paralizada.

El silencio se rompe con la respuesta de Teobaldo.

—No habría cambiado nada. —Debería haber mantenido la boca cerrada, pero, como decía, Teobaldo es arrogante: le gusta tener razón. Ahora bien, contra mi padre nadie puede salir victorioso.

En un batimiento, recorre la distancia que los separaba y asesta un puñetazo en el estómago de Teobaldo. Mi primo se dobla hacia delante sin respiración, ni siquiera tiene tiempo de caer. Mi padre lo agarra por la frente y le empuja la cabeza hacia atrás. Y ahora Teobaldo cede bajo su fuerza, enarca la espalda y dobla la rodilla.

—No eres tú quien decide lo que habría cambiado —gruñe mi padre con los dientes apretados—. Desobedeciste mis órdenes, pusiste en peligro el futuro de esta familia y mereces un castigo. —Empuja más: le basta una mano para obligar a mi primo a arrodillarse. Luego, con un último empujón lo tira al suelo y le propina una patada. Oigo el gemido de Teobaldo.

Mi padre lo golpea de nuevo, y una tercera vez.

No es la primera vez que le zurra: sucede a menudo, porque es así como mi padre se dedica a la instrucción de quien tomará las riendas de la casa en el futuro, cuando él dé el Último Paso. Porque

los Capuleto no fracasan, y es mucho más fácil entenderlo si a cada equivocación le sigue el dolor.

—A partir de mañana procurarás remediar tus errores —dice mi padre—. Cueste lo que cueste.

Y sin embargo, a pesar de eso, creo que jamás he visto semejante furia en sus ojos. Una rabia que ahora reverbera en mí, mientras Teobaldo gime en el suelo. Una rabia que se impacienta como un semental que piafa, que ruge como una bestia del Sur, que saca las garras como una Selfiera. Se me empieza a nublar la vista.

No puedo permitirlo.

Mi mano corre a mi bolsillo, a la esfera que mi tía me ha dado hace un rato. Las yemas recorren las vetas, los contornos. Hago que esa bola lisa y a la vez porosa se convierta en todo mi mundo.

Dejo que la puerta vuelva a cerrarse. Respiro a duras penas y me apoyo en la pared.

Poco después, Teobaldo sale cojeando, no solo por los golpes de mi padre: un hilo de sangre se abre camino entre las correas de cuero de su uniforme. Minúsculo, casi inexistente, pero suficiente: me ve, y yo veo su vergüenza. Quisiera abrazarlo y decirle que lo lamento, pero no logro hacer nada. Porque él, a pesar de todo, esboza una sonrisa.

—Tú no eres como él —me dice.

Recuerdo lo que he hecho esta noche, y sé que se equivoca.

8

Romeo

—¡Capuletos, sucios canallas! —Benvolio escupe su nombre. Terencio le responde algo que ni entiendo ni siquiera me interesa. Discuten, se dan la razón y se llevan la contraria al mismo tiempo. Siempre lo hacen.

Todavía estoy sentado junto al Rápido, le estrecho la mano, aunque él ya no puede sentirme. Intento recordar algo de él, lo que sea, pero no se me ocurre nada. Ha pasado por mi vida como los relámpagos que siguen atravesando el cielo, solo que de él ni siquiera recuerdo el resplandor. Sigo preguntándome quién era Abraham en realidad, ¿de veras era un Rápido? Hay cosas que indican que sí y otras que me dicen lo contrario. No tiene Marca, para empezar, y por lo tanto no cuenta con la Pertenencia; de lo contrario, aunque sacrificando un poco de su Tiempo, la habría usado. En cambio, no me explico cómo se las ha arreglado para seguir vivo tanto rato con la garganta cortada, sin ser un Extrema Sangre. Rondaría los treinta solasterios, más o menos, y sin el Vínculo debería haberse transformado. Por otro lado, la complexión es una fuerte señal distintiva de los mejores de nuestra raza, por no hablar de la habilidad con la espada, la velocidad y la destreza. Además, hablaba en Extremoidioma y conocía nuestras oraciones.

Pero si no era un Rápido ni un Extrema Sangre, entonces ¿quién era?

Solo hay un modo de descubrirlo, pero me horrorizo solo con pensarlo.

Alguien se agacha a mi lado, es el Iniciado que nos ha salvado de una muerte certera. Observa el cadáver. Le explico que estaba a nuestro servicio desde hacía poco sin lograr apartar los ojos de esa garganta abierta en canal.

Y luego le digo que me ha hablado en Extremoidioma. No sé por qué lo hago, pero hay algo en este joven Iniciado, de presencia tan elegante, que me hace pensar que podríamos ser amigos.

Me mira dubitativo, tratando de comprender el sentido de mis palabras.

—¿Estás seguro? —Su voz es cálida. Habla el Extremoidioma con un acento más suave que el nuestro; las palabras resbalan por su lengua como lo hacen las de los poetas. Su tono es familiar, amistoso.

Asiento.

Él mueve el rostro del Rápido examinándole el cuello. Desliza los dedos por su piel. Cavila. A mí se me ha ocurrido la misma idea.

—¿Podría haberse eliminado la Marca voluntariamente? —pregunta, dudoso.

—¿Con qué finalidad? —respondo mientras el otro levanta la camisa cubierta de sangre para buscar otras señales de la Marca. Nada.

Suelta un poco de aire por la boca.

—No sé qué pensar…

—¿Cuántos Rápidos conoces que sepan hablar Extremoidioma?

Ninguna respuesta.

—Exacto —continúo yo—. Además, ha muerto recitando los últimos versos de la Extremacción. —Los ojos del joven se abren con un poco de asombro.

Me pasa el puñal con el que la Rápida ha degollado a mi sirviente.

—Hay un modo de saberlo. Ábrele el pecho y comprueba cuántos corazones tiene.

Cojo el puñal, pero me tiembla la mano al acercarla al tórax. No me gusta la idea de herirlo con la misma hoja, me parece que es como matarlo de nuevo.

Son excusas.

En realidad, me siento culpable por esta muerte. Debí de haber entendido antes que la mujer estaba con los Capuleto. Podría haberlo salvado.

—Ha luchado por salvarme la vida, por eso ha perdido la suya. Quisiera guardarle el respeto que merece y no destriparlo como a un ciervo.

—No puedes salvar a todo el mundo —me dice el joven, intuyendo mis pensamientos.

Lo miro. No tiene razón.

—¿No es para eso para lo que hemos nacido?

Me coge el puñal y lo guarda en su casaca. Nos quedará la duda sobre quién era el Rápido.

Terencio y mi primo han subido el tono. Y el primero está perdiendo la cabeza. Lo veo andar de un lado a otro señalando el cuerpo del Morenito.

Me levanto y me dirijo hacia ellos. Si siguen así despertarán a toda la ciudad, y estamos aquí con unos cuantos cadáveres. Una situación

difícil de explicar.

—¡Esta es una declaración de guerra! —grita Terencio al verme llegar.

No entiendo de qué está hablando hasta que no estoy a un paso del cadáver. Cuando lo miro, se me cierra la garganta y por unos batimientos se me corta la respiración. El tórax está abierto en dos, le han arrancado los ojos de las órbitas y en su lugar hay dos testículos. A la altura de la ingle, el miembro yace inmóvil cubierto de sangre mezclada con orina y excrementos. Creo que la decencia nos abandona mucho antes que la vida. La lluvia ha lavado en parte la sangre, mas no la crueldad. En la frente, dibujado con la punta de la hoja, está el símbolo de mi casa: un lirio.

A ojos de todo el mundo, esta será una escabechina perpetrada por la familia Montesco. No solo era una trampa para nosotros, era una condena para mi casa. Capto la cruel ironía del suplicio al que la Seca ha sometido al Morenito; lo ha torturado exactamente como Terencio había amenazado con hacer a los sicarios. Nos está diciendo: en el fondo, vosotros habéis decidido resolverlo de esta manera. Otra culpa que recae sobre nuestros hombros.

Lo giramos con demasiada delicadeza para ser un cadáver, pero en todos nosotros hay respeto por ese fin atroz.

Alzamos la capa y con renovado horror vemos la flor bordada en el uniforme: es una primavera, el escudo de la casa de los Valfiero, la más cercana a los Capuleto.

De todo lo que podía sucedernos, esto es lo peor. Los Valfiero son una familia de alto linaje y su influencia llega a todos los rincones de Edén: política, sociedad, incluso en los repliegues del Culto. No les gusta hacer ostentación del poder, prefieren controlarlo de lejos,

susurrando, manipulando, urdiendo. Son llamas que bailan huidizas en la sombra de la noche, ocultando las verdades tras sutiles velos, revelando solo pequeños destellos de luz en el mar de los engaños, de los que son maestros. No han tenido Primeras Voces, pero han cosido sus hilos a muchas de ellas, haciéndolas bailar a su son. Resultan más peligrosos que los Capuleto, que en cambio hacen alarde de su soberbia, proclaman sus victorias y luchan por el cetro. A los segundos los puedes matar; a los primeros debes encontrarlos.

Nuestra raza cree estar por encima de la mezquindad, nos creemos los Elegidos para proteger Edén, arrogándonos el derecho a sentirnos semejantes a nuestra diosa, y sin embargo no somos tan distintos de los Rápidos: la mezquindad se contagia tan rápidamente como la misma peste, solo que no mata, sino que envenena y se perpetúa.

María Eleonora Valfiero jamás perdonará la carnicería infligida a un miembro de su casa.

—¿Lo conocéis? —nos pregunta el muchacho que nos ha prestado ayuda.

Niego con la cabeza. En realidad, está tan desfigurado que no lo reconocería ni su propia madre. No tengo ni idea de quién es. Y los Valfiero paren tanto que desparraman sus víboras por todas partes; todos vástagos de la misma deplorable prole.

Benvolio despotrica. No lo había oído nunca hacerlo.

—¡Por la diosa! Tendríamos que habernos quedado al margen. Tendríamos que haber ido de putas, tendríamos que haber hablado de peinados. ¡Todo habría sido mejor que esto!

—Yo ya lo había dicho, que teníamos que irnos de putas —responde Terencio entre dientes.

—Todo por un maldito Rápido. —Benvolio está pálido, todavía más pálido que de costumbre, y se lamenta. Soy consciente de que es la rabia la que habla por él, pero al mismo tiempo sé cómo considera a los Rápidos: alimento.

—Alguien les ha dicho que estaríamos aquí. —Terencio habla más para sí mismo que para nosotros. Yo evito responder. La única conocedora de este hecho es Rosalina. Pero tengo la certeza de que su lealtad es para mí, junto con su amor.

—Tenemos que denunciar a esa escoria de Capuletos —suelta Benvolio—. Este delito no puede recaer sobre nosotros.

—Es nuestra palabra contra la suya. Y los Valfiero son sus amigos. ¿A quién piensas que atribuirán su fin? —Terencio señala al Morenito.

Por un batimiento pienso en la figura que he vislumbrado en el puente. Me pregunto quién era. Y creo que podría exculparnos. Lo más probable es que fuera un Rápido que ha huido despavorido.

Benvolio mira al joven a mi lado.

Él alza las manos.

—Podemos intentarlo. Pero diría que no creerán en nuestra palabra. Nos interrogarán. Y todos nos saltaremos la Congregación.

Benvolio resopla, pero sabe que el Iniciado tiene razón.

—Tú no te lo puedes permitir. Si no entras en esta, estás perdido —digo.

—Han actuado contra la Ley. Y la Ley nos protegerá. —Benvolio no se da por vencido, es tozudo como una mula.

—Esos con la Ley se limpian el pene —gruñe Terencio—. ¿Todavía no te entra en la cabeza que todo estaba premeditado? Solo se puede hacer una cosa: responder a la sangre con sangre. —Le

brillan los ojos mientras se imagina ensartando a los Capuleto como pinchos de perdiz. No es un Montesco, pero esta guerra familiar también se ha convertido en la suya.

—La Primera Voz… —Benvolio intenta hablar, pero Terencio lo interrumpe.

—Escalo no es más que un arrogante presuntuoso que emplea la elocuencia para ocultar su estupidez. ¿Crees que esos canallas de los Capuleto respetarán la Ley, allí dentro? ¿De qué sirvió la Ley cuando asesinaron a Bastiano?

El nombre de mi hermano me deja petrificado. Nadie lo nombra, jamás. Terencio me mira. Suspira y en su aliento oigo el sonido de una disculpa.

—No quería. Lo siento… Pero miremos la realidad a los ojos: contra los Capuleto no se vence. Se muere. Muchos vieron lo que hizo Reinaldo, pero a pesar de las acusaciones y los testigos, los Inquisidores lo absolvieron. Y si creéis que los Capuleto no irán a los Tribunales a jurar que el asalto de esta noche ha sido una venganza por Bastiano, sois idiotas.

Benvolio, con el nombre de mi hermano, se calla. Tiene razón. Durante demasiados latelunas deambulamos clamando venganza.

—Nos los cargamos en la Academia —dice perentorio mi gigantesco amigo.

—Terencio tiene razón. —Me entrometo alzando la voz para hacerme oír por encima de los truenos, tal vez un poco demasiado, pero estoy furioso—. A los Capuleto el Pacto les importa un carajo, y la Ley parece estar siempre de su parte. Lo hemos vivido en nuestra propia piel. En la Academia tendremos que cubrirnos las espaldas, porque esta —digo mirando al Valfiero muerto— *es* una declaración

de guerra. Pero no será un Tribunal el que nos salve. Ni los Pentra. —Cojo a mi primo por los hombros, sin bajar el tono de voz—. En la Congregación se muere, no sabemos de qué modo, no sabemos por qué, pero todos los años, por Puerta Imperia entran cuatrocientos Iniciados y por ella salen la mitad, a veces menos. En un lugar donde sobreviven menos de la mitad de los que entran, se puede morir de muchas maneras. Y no estoy hablando de Restitución, estoy hablando de la Nada. De la verdadera muerte. Debes olvidarte de leyes y pactos y de la confianza en que ellos los respetarán; de lo contrario, estarás muerto antes de que Marangona toque el mediodía.

Benvolio baja la cabeza. Yo coloco mi frente contra la suya, luego tomo la mano de Terencio y lo acerco a nosotros, para que su frente también quede junto a las nuestras.

—Nosotros tenemos nuestra amistad. Confío en ella, que vale más que casas, guerras familiares, incluso que el Coro, el culto de los Pentra y sus Leyes. —Ahora mi voz es sosegada porque sé que tengo razón. Miro a Terencio intentando que él también entienda hasta dónde se puede tensar—. Y NO nos los cargaremos: procuraremos que ellos no lo hagan con nosotros —digo.

Responde con un gruñido, lo ha entendido y no está contento.

—¡Está bien! Esperamos a que hagan ellos el primer movimiento. Y cuando Benvolio esté seco, los devolveré allí de donde han venido, pero esta vez por los pies.

Mi primo lo mira con los ojos entrecerrados.

—A lo mejor mueres tú antes: los Malvecio, se sabe, son altos y corpulentos, ¡pero un poco gilipollas!

—Oh, princesa, quizá tú ya estés muerta; no creo que tu sangre corra por tu cuerpo, vista la palidez. —Terencio se ríe con su característico sonido, que es el de un oso que ronca. Se empujan las frentes una contra otra de nuevo.

—Bien. ¿Ahora os dais un beso en la boca o pensamos cómo arreglar este desastre? —El nuevo tiene las manos en las caderas y espera una decisión nuestra.

A Terencio le encanta la ironía, pero cuando él es el objeto del escarnio ríe mucho mucho menos.

—¿Nos estás vacilando? —Su mano ya está en la empuñadura de la espada.

—Terencio… —Intento detenerlo, pero el nuevo se me adelanta. Ladea la cabeza y mira a mi amigo con una sonrisa un tanto torcida.

—Si alguien os estaba vacilando seguro que no era yo; digamos que os he salvado. Apreciaría un poco de sana gratitud.

—¿Salvado? —Mi amigo pone unos ojos como platos—. Yo solo me estaba divirtiendo. Y tú has interrumpido mi dicha.

—No sabía que sangrar como un cerdo fuera una dicha.

Alzo los ojos al cielo. No puedo con otra pelea.

El aire se enfría unos grados. El rostro de Terencio se ensombrece. Me coloco delante de él, no para salvar al joven, sino para salvar a mi amigo. El nuevo parece un ángel rubio, pero apuesto a que, si existiera el infierno, sería el rey. No por maldad, sino por astucia y destreza en el combate.

—Tienes razón. No te hemos dado las gracias. Permite que nos presentemos. Yo soy Romeo Montesco, este a mi lado es mi primo Benvolio y la susceptible montaña a mi espalda es Terencio Malvecio.

—Oigo un gruñido, pero no le doy importancia. Tiene que calmarse si quiere volver a casa sano y salvo.

—Mercucio Volterra, para serviros. —Se inclina mientras lo dice, con gracia, y sé que ese «para serviros» no es irónico.

—¿Volterra? ¿Los emparentados con la casa de la Primera Voz? —pregunta un poco sorprendido mi primo.

—Sí, tengo la mala suerte de ser su sobrino. Mi tío puede ser muy pedante la mayoría de las veces, y sí, también es arrogante y presuntuoso —dice guiñando un ojo a Terencio, que gruñe de nuevo, pero esta vez creo que es una especie de carcajada. Mercucio suspira—. Bien. Yo sugiero que los tiremos al río —dice—, especialmente al que lleva vuestra firma.

Benvolio asiente.

—Dejemos al Rápido aquí. Pensarán que se han matado entre ellos. Y la familia podrá al menos enterrar el cuerpo según sus costumbres.

Yo titubeo. Intercambio una mirada con el Volterra. Ambos sabemos lo que nos estamos diciendo. ¿El Rápido es de veras un Rápido? Él se mete una mano en la casaca para sacar el puñal.

—Si quieres, lo hago yo —dice.

—No —respondo raudo.

Benvolio se gira hacia mí.

—¿Qué pasa?

Valoro por un batimiento si decirles la verdad, si contarles que tengo dudas sobre el Rápido que trabajaba para mi casa. Luego veo en mi cabeza a Benvolio volverse loco. Decido guardar silencio.

—Quería decir… Mejor que no. Era un Rápido al servicio de mi casa. No quiero problemas.

Mercucio lo agarra por las piernas.

—¿Alguien me ayuda?

Cogemos el cadáver por los pies y las manos.

—Si los Inquisidores ponen en marcha una investigación… —farfulla Benvolio.

—No habrá investigaciones si no hay ningún cuerpo. Creerán que se ha fugado —dice Mercucio.

Lo lanzamos desde la orilla y miramos cómo desaparece mientras la corriente lo engulle. Durante unos esimios nos quedamos quietos, en silencio, bajo la lluvia que cae con fuerza.

—Eso no ayudará. Tarde o temprano, la verdad saldrá a flote —dice serio Terencio mientras observa el río, que corre impetuoso.

Benvolio echa a reír, Mercucio y yo detrás, y Terencio nos mira estupefacto: su juego de palabras ha sido involuntario, pero hay algo de verdad en lo que ha dicho. Los cuerpos saldrán a flote junto con los problemas. Deberíamos llorar en vez de reír, pero no conseguimos parar. Terencio se une a nosotros. Nos reímos con la lluvia que nos azota y oculta nuestras lágrimas.

La campana vuelve a sonar, pero no es Marangona midiendo las cadencias, sino Rengo. Para los Rápidos es la llamada a las armas, pero hoy no pueden oírla, hoy suena solo para nosotros: la Congregación ha empezado.

Corremos a más no poder hacia el Teatro Romano, corremos y seguimos riendo, corremos con el viento que nos acompaña, con el sonido de las carcajadas, persiguiéndonos unos a otros. Corremos y los cuatro sabemos que este será el último momento de despreocupación. Esta morirá allí, junto a la sangre, junto a los

muertos que el río se está llevando. Muere la despreocupación, como muere la juventud, como muere nuestra infancia.

La Congregación nos aguarda.

9

Romeo

Estamos alineados en veinte formaciones, sobre las losas del anfiteatro situado frente a la Academia.

Cada una cuenta con veinte Iniciados, un total de cuatrocientos jóvenes Edenitas.

En realidad, trescientos noventa y nueve.

Falta uno.

Está en el fondo del Adigio.

El río a mi espalda corre enfurecido. ¿Quizá no le han gustado los cadáveres? Hasta donde sé, podría incluso desbordarse para decirnos: «Recoged vuestros desechos».

Sigue lloviendo a cántaros. Estamos empapados y ateridos. Mis heridas me provocan un dolor sordo, en especial la que tengo en el costado. He detenido la sangre robando unos trapos tendidos en el balcón de una Rápida. No sé cuánto aguantará el remiendo. Mi primo Benvolio está a mi espalda; Terencio, unas formaciones más allá. Veo su sonrisa deformada por el agua. Los cabecillas son los hijos y las hijas de las grandes casas. Paris, el vástago de la Primera Voz, está a la cabeza de la primera formación; a su lado está Mercucio. Mi nuevo amigo extiende los brazos y alza el rostro al cielo para acoger mejor la lluvia. No sé por qué, pero estoy seguro de que

se está riendo. Parece que esté a punto de participar en una excursión al campo con cestas repletas y barriles de hidromiel; en cambio, comeremos barro y beberemos hiel, pero a él no parece preocuparle.

Busco a nuestros asaltantes. Teobaldo Capuleto está en la quinta formación. No parece herido. Algún Traslador lo habrá curado a cambio de un favor. Su casa es capaz de conceder valiosos favores. No es el cabecilla. El sitio correspondería a su hermano Folco. Evidentemente, no consideran que esté a su mismo nivel. Una risita de satisfacción me sube a la garganta antes de que pueda contenerla. Detrás hay una chica rubia, con la piel de color bronce. Da saltitos, no por el frío, creo, sino por la emoción. Sacude la cabeza como hacen los perros mojados para quitarse el agua de encima y con sus largos cabellos le da en toda la cara a un Iniciado que está a su lado. Este se gira furioso, pero la rabia se le pasa en un batimiento al cruzar su mirada. La reconozco: es Florencia, la hermana de Teobaldo. La llaman el Buitre. Y no es por la nariz ligeramente aguileña ni los ojos pequeños y redondos. Tampoco por sus extremidades tan largas y huesudas que parecen patas. La apodan así porque deja hacer el trabajo sucio a los demás, mientras asiste al banquete de los vencedores. Siempre está en compañía de Laurela Valfiero, la gemela de Anteo, el predilecto de la casa. Dicen que es tan hábil con la espada como con las artes que provienen de Oriente, y que de su madre no solo ha heredado las facciones, sino también los peores aspectos de su carácter.

Espero estar lo más lejos posible de ella en la Academia.

Oigo gruñir en mi dirección. He encontrado al Achaparrado. Está algunas posiciones por detrás en la quinta formación: Sansón

Capuleto, el primo de Teobaldo; debería haberlo reconocido por su estupidez. A él también parece que le han curado las heridas. Los únicos que sangramos somos mis amigos y yo. Me lanza una mirada hostil y me enseña los dientes. Santa diosa, ¡qué imbécil! Tengo curiosidad por encontrar a la Seca. Todavía no he distinguido a nadie que se le asemeje. No nos conocemos todos.

A la Congregación llegan de todos los rincones de Edén, porque solo aquí existe la fuente del poder de la diosa Alyaster. Solo en Verona puedes recibir el Vínculo.

Veo que las antorchas empiezan a encenderse en las terrazas del Palacio Imperia, iluminando asimismo su maldita puerta. Sus dos batientes cuentan con veintiocho artesones de bronce y oro, donde están esculpidos los momentos más importantes de Edén: su nacimiento, la Gran Rebelión, la primera guerra. Algunas de esas esculturas tienen los brazos extendidos hacia el exterior. Parece que quieran aferrarnos. ¿O tal vez nos ordenan que huyamos? Dentro de poco abrirá sus fauces, para regurgitar a los que hayan sobrevivido a la antigua Temporada y engullir a los Iniciados de la nueva.

Las casas empiezan a tomar posición en las gradas de toba blanca. Apiñadas y numerosas, me recuerdan a las hormigas del jardín de mi abuelo. Las familias esperan a los nuevos Extrema Sangre con la esperanza de que se trate de su descendencia; otros saludarán, puede que por última vez, a sus propios vástagos.

Esta noche, todos han elegido vestirse con sus mejores trajes. Solo unos pocos llevan puesto el uniforme de guerra. Siempre hay alguien que tiene que fanfarronear.

Lo he evocado. Cuando él, Reinaldo Capuleto, entra en el anfiteatro, se me corta la respiración; exhalo de nuevo y el aire lleva

consigo vientos de odio. Saluda a todo el mundo como un emperador. Lleva un collar de oro con un diamante engastado tan grande que resplandecería incluso de noche. Pero el ánimo de Reinaldo es lúgubre. Él es todo sombras voraces que engullen la luz apagándola para siempre. Quien lo ha visto luchar sabe bien que le trae sin cuidado cuántos Rápidos deba secar, o cuántos Eternantes deba absorber, o cuánta sangre deba dejar a su paso —sea de Rápidos o de Edenitas— para alcanzar la victoria. La guerra lo exalta, la muerte lo anima, el peligro lo forja. Y el homicidio lo alimenta. Aprieto las mandíbulas hasta que casi me duelen. En sus manos hay sangre de mi hermano Bastiano. Era mi héroe, estaba feliz de ser un Eternante. Una vez le dije que él no era poderoso, porque no era un Esencial. Me sonrió y me contestó que no hay mayor poder del que alberga en su interior no solo el Tiempo, sino también todos los recuerdos de los que se sacrificaron para poder ganar una batalla. Me confesó que recordaba el nombre de todos los Rápidos y cada día los honoraba. Ni siquiera nos restituyeron el cadáver, no había nada que llevar a casa, solo polvo. El Tiempo de Bastiano no era necesario; muchos mencionaron a un Eternante a su lado con el cuerpo rebosante de Tiempo, pero Reinaldo agarró a mi hermano y lo consumió. Terencio lleva razón: con la Ley, ellos se limpian el pene.

Busco a mi familia. A las madres de los Iniciados se las reconoce de inmediato. Son las únicas vestidas de blanco, aparte de nosotros. Me paso muchas veces la mano por la cara para apartarme el pelo, y bajo la lluvia alzo el brazo y la saludo, pero la nada me responde. Y sin embargo, en esa nada sigo sonriendo: mi hermana saldrá por esa maldita puerta, y yo no temeré cruzarla.

En las gradas, las casas rumorean, se intercambian miradas, se pasan hojas de promesas, contratos. Este es el momento en el que se firma todo lo que se discutió en secreto, en las fiestas, en las ceremonias, en los campamentos militares, lo que demuestra que, aunque a nosotros nos dejan en la oscuridad, los que ya han pasado por ello saben perfectamente que las influencias, los pactos y la corrupción son útiles para traer los hijos de vuelta a casa. Espero que mi madre tenga algún as en la manga y me pregunto si lo jugará para mí o si lo ha hecho por Domiciana.

Los Pentra entran en la Arena y se colocan en la zona central. Se sientan en las gradas y sus túnicas color verde esmeralda se deslizan como serpientes. Terencio tiene razón sobre ellos. Los llaman Magicúmanos y Encantantes, dos nombres que recuerdan a los cuentos. Pero yo no veo gráciles hadas ni sabios magos, sino ogros con sonrisa de peltre. Detrás de ellos, nuestros perros guardianes. No tienen baba en la boca, pero gruñen igualmente mientras toman lugar disponiéndose a lo largo del perímetro de la cávea. Son la guarnición personal del Coro y a la vez nuestros guardianes. Y son numerosos, no tanto como nosotros, pero al ser el doble de grandes ocupan el mismo espacio. Sus manos alrededor de la empuñadura de su espada. Llevan el uniforme de guerra, listos para luchar. Solo que no luchan contra el Enemigo, sino contra quien se oponga al Coro. Todo porque no vivimos bajo una tiranía. Se llaman Ensiferios. Un nombre delicado para quien parece una montaña. Su Marca está escondida, pero todos cuentan con una poderosa Pertenencia. Apenas han asegurado el anfiteatro, el Coro se sitúa en las gradas. Son siete y los más influyentes de Edén; sus túnicas son del color de la sangre. Tienen la cabeza gacha, pero no es más que un truco de

feria, porque sus rostros están esculpidos en la altivez. Veo cómo se humedecen los labios como quien está a punto de devorar un ágape, y la luz de los relámpagos transforma su sonrisa en una mueca sarcástica, desvelando su verdadera naturaleza. Escalo va a la cabeza. La Primera Voz no se sienta; se queda pavoneándose con los brazos abiertos imitando a los luchadores tras haber vencido un combate. Y efectivamente esta es la cuarta investidura en un centurio. Diría que tiene motivos para extender los brazos. Sin embargo, yo no dejaría que me abrazara, tendría miedo a que me estrujara como una anaconda.

Con su entrada, los Extrema Sangre se golpean el pecho. Y nosotros nos ponemos en fila como aplicados colegiales listos para la muerte. Lleva puesto el uniforme de combate, pero el suyo es de un blanco lechoso, del mismo color que el atuendo de los Iniciados. Debe de habérselo confeccionado hace poco. Pienso que es una bufonada, pero las madres sonríen cuando ven su armadura; pensarán que es un homenaje a su sacrificio. Y al de sus hijos. Gilipolleces. Escalo jamás hace nada por los otros. Hoy tiene una hija en la Academia y apuesto una carroza de ducados de oro a que en breve saldrá por Puerta Imperia, evolucionada, poderosa y con una gran Pertenencia. De lo contrario, no será él quien sangre, desde luego, pero mostrarse con ese color es una manera de decir a las madres: «Mi dolor es vuestro dolor». De nuevo, gilipolleces. Él no tendrá que sufrir. Ciertas casas nunca sufren. Su piel es de un negro pizarra y resalta sobre el blanco haciéndolo parecer un dios. Este era su único objetivo, mostrar a todos su magnificencia. Paris alza el brazo hacia él. Tiene el puño cerrado y con él se golpea el pecho. Nosotros no podemos hacerlo, pero a él no le importa, nos está

diciendo: «Yo puedo». Por lo que cuentan, es el hijo predilecto. Se ha rapado el pelo para emular a su padre y en la nuca se ha hecho dibujar un nenúfar blanco. Es casi tan corpulento como Terencio. Esperamos a ver si obtendrá una respuesta a su saludo. Yo sé que no. Escalo es insolente pero no estúpido, y responder significaría legitimar el gesto. Y él no puede hacerlo. Nosotros, los Iniciados, no valemos nada, no podemos hacer nada, hasta que no se produzca el Vínculo. No somos más que cáscaras vacías a la espera de que nos rellenen. Y efectivamente no responde, pero yo pesco sus labios, que por un batimiento esbozan una pequeña sonrisa. Está orgulloso de su descendencia. Paris no aprecia que lo ignoren. Tensa los hombros. No creo que sea rabia, me inclino más a pensar que es vergüenza; intenta sacársela de encima sacudiendo la cabeza. El joven de detrás le coloca una mano en la espalda. Paris se gira y le sonríe. Es una sonrisa plena. Hacen algo con las manos, que parece un saludo o un ritual; en cualquier caso, es una cosa entre ellos. No le he visto el rostro, pero creo que es Baltasar, su hermano menor. No son gemelos. Se llevan dos o tres latelunas, lo que significa que usaron un Traslador para acelerar el embarazo. Pero hacerlo es peligroso y a menudo se pagan las consecuencias. De hecho, Baltasar tiene un brazo más corto que el otro. Es muy hábil haciendo que no se note, pero en Verona lo sabe todo el mundo, así como que meterse con Baltasar significa vérselas con su gigantesco hermano. El Vínculo podría restituirle dos brazos de la misma longitud. Ya ha sucedido con otros Iniciados en el pasado.

Faltan pocos esimios para el inicio de la ceremonia. Me pincha una espina de temor, leve pero molesta. Me había prometido no mirar a la tribuna donde se sienta Rosalina, para no tener desgarros de

arrepentimiento que zurcir, pero ahora lo necesito. Ya pensaré luego en reparar los pensamientos, tal vez cuando intente reparar también mis huesos.

Cuando la miro encuentro sus ojos hechos de fragmentos de cielo. Ya no noto la lluvia ni oigo los truenos. Incluso el ruido de mi corazón se ha aplacado. Pienso que a lo mejor tendremos un futuro. La sigo mirando con la esperanza que acompaña a mi juventud. Frente a mí, la Academia me susurra que la esperanza es una voz engañosa, te hace regocijarte en la posibilidad de obtener lo que deseas y luego desesperarte tras la pérdida de todas aquellas ocasiones que jamás tuviste.

Rosalina se retuerce las manos. Me mira, pero no leo amor, sino preocupación, desesperación. Ni siquiera llego a sonreír cuando ella gira el rostro hacia su madre. Ludmila Corvato es una mujer alta y fuerte, mucho más vieja que su edad real. En su rostro destaca la famosa cicatriz, que parte de un ojo y llega al labio de la parte opuesta. Nunca ha querido que nadie la subsanara. Los Inquisidores la exculparon, cierto, pero la castigaron por haber usado el poder para objetivos personales, y los dos centurios perdidos por haber hecho volar el hacha contra su cónyuge han permanecido. Pero le perdonaron la vida, la suya y la de sus descendientes. Rosalina hace ademán de decirle algo, la agarra de la manga y la llama una vez. Dos. Ludmila aparta el brazo con brusquedad para librarse de la sujeción. Ruge algo a su hija. Rosalina niega con la cabeza y luego la baja. Vuelve a mirarme por el rabillo del ojo. Es solo un batimiento y después el contacto se interrumpe. ¿Qué está ocurriendo? ¿Quizá la he herido? Mi última carta era apasionada y sincera.

De pronto, se arma un revuelo en las gradas: es María Eleonora Valfiero, que está marchando hacia la sección central. Aparta a todo aquel que se cruza en su camino, agitando las anchas mangas de su vestido verde y oro. Está gritando, pero el sonido de su voz no me llega, ahogado por los truenos. Su hermano, un Extrema Sangre que lleva orgulloso en el cuerpo las cicatrices de su propio valor, intenta retenerla, pero parece que es mejor conteniendo avalanchas que apaciguando a su hermana.

Un escalofrío me recorre la espalda. Me giro para mirar la cuarta formación y advierto, no sin horror, que no le falta un Iniciado cualquiera, sino su cabecilla: no se trataba solo de un Valfiero, sino que era el mejor de su casa.

Hemos tirado al río a Anteo, el hijo de María Eleonora.

El hermano de Laurela.

10

Romeo

María Eleonora se abalanza sobre el Coro. Está hecha una furia. Ni siquiera se ha inclinado para saludar a la Primera Voz, solo le está chillando.

En un batimiento, el adalid de los Ensiferios se coloca delante. Desenvaina la espada, pero la mantiene a un lado sin alzar; incluso él teme desafiar abiertamente a la Loba, como la llaman, entre susurros en los pasillos, los Rápidos a su servicio.

Estoy seguro de que está invocando el poder. Veo cómo mueve las manos. Es una Aeteriana. Es difícil luchar contra ellos, en especial contra los que, como la Valfiero, son muy duchos tanto revelando como ocultando. Si no sabes con cuántas armas cuenta tu enemigo, ¿cómo puedes defenderte? Por supuesto, sin estar en guerra y luchando sola, la decisión de usar el poder le costaría un montón de centurios, pero por la rabia que refleja su rostro, creo que hoy María Valfiero podría decidir a la ligera perder alguno corriendo el riesgo de provocar una guerra. Las casas combaten unidas frente al Enemigo, pero hay facciones, coaliciones, alianzas y guerras familiares que solo esperan una excusa para estallar. Sé que muchos no están de acuerdo con que la Lectora esté al cargo desde hace tantos centurios, lo mismo por la Primera Voz. Las batallas deberían unir,

pero en un lugar donde se combate eternamente, el placer del poder se convierte en afán, y no hay deseo que divida más que ese. Anteo Valfiero. No consigo parar de darle vueltas. Lo habría reconocido si su asesina no le hubiera desfigurado el rostro. Lo he visto alguna vez. Tímido. Esquivo. Siempre un poco en vilo entre demostrar estar a la altura de su apellido y la liviandad de poder ser un desconocido. Yo nací Montesco y estoy destinado a morir por este nombre. Él era un Valfiero y lo aguardaba la grandeza, aunque él tal vez no la deseara. Y sin embargo ha muerto antes que yo. Me pregunto si un nombre puede de veras definir quién somos y a quién debemos odiar.

Busco a mis amigos, pero en su lugar me topo con la sonrisa socarrona de una Iniciada que me mira de hito en hito. Los labios finos, los pómulos pronunciados que le ahuecan todavía más el rostro. Los ojos distantes entre ellos. Los brazos largos y tan enjutos que su uniforme parece ancho. Me recuerda a una mantis religiosa. Se pasa el índice por la garganta, fingiendo cortarla. He encontrado a la Seca.

Me está diciendo «mantén la boca cerrada o morirás». Me está diciendo «de todas formas, cuando estemos en la Academia, morirás». Me está diciendo que tengo una nueva enemiga.

Qué novedad.

Los truenos se hacen más seguidos. Los relámpagos que refulgen en el cielo parecen los juegos pirotécnicos del reino de la seda. La ceremonia está empezando. Intento mirar de nuevo a Rosalina, que sigue con la cabeza gacha, y en cambio intercepto una mirada entre su madre y Reinaldo Capuleto. Es solo un batimiento, y sin embargo se han dicho algo.

La discusión entre Escalo y la Loba continúa; a ellos se ha unido Reinaldo Capuleto, y no creo que sea para poner paz.

Un Iniciado que tengo cerca con el rostro redondeado y la nariz torcida me pregunta con aire asustado qué está ocurriendo. Me encojo de hombros. Miento y le digo que lo ignoro. Él da dos pasos adelante para preguntar lo mismo al que está enfrente. Se aparta un poquito para que mi mirada repare en la Iniciada que está a su lado. Su nariz no es perfecta, ligeramente alargada, tal vez, pero no podría imaginarme otra nariz en ese rostro. Sus mejillas están un poco hundidas, realzando sus pómulos. Tiene los labios plenos, rosados. Es más alta que los demás Iniciados. Alta como yo. No sé qué costumbres tiene su casa, no logro verle el símbolo en la espalda, pero su peinado es bastante raro, con cortes y tijeretazos aquí y allá. Algún mechón pelirrojo, un poco rebelde, está tieso y se escabulle hasta de la lluvia. Nota mi mirada sobre ella porque se gira de golpe. Sus ojos son del color de las castañas quemadas. No puedo evitar pensar que es hermosísima. Me siento culpable y agacho la cabeza, interrumpiendo el contacto. Pero percibo que sus ojos continúan mirándome. El Iniciado vuelve a su posición y ella desaparece de nuevo de mi campo visual.

Una mano me hace girar. Es Terencio.

—¿Has visto a la morena que hay en mi formación? —me pregunta guiñándome un ojo.

—¿Te has vuelto majareta? Vuelve a tu sitio —digo.

—Venga ya. Nadie está en su sitio, excepto tu primo, por supuesto, ¡que está tieso como un espantapájaros! —Guiña un ojo a Benvolio y luego vuelve a mí—. Bueno, ¿la has visto o no? Aquella

con la trenza larga hasta el trasero. ¡Y menudo trasero! Debe de ser alguien importante, pues está casi a la cabeza de la formación.

—No sabes lo que dices. ¿Tienes idea de lo que está ocurriendo?

Terencio no me escucha.

—¡Apuesto a que es una dura! A lo mejor me enamoro. —Suelta su típica carcajada.

Cuando vuelvo a dirigir mi atención a las gradas, veo que Escalo está esperando, mientras los miembros del Coro confabulan entre ellos. Usan sus Voces, un conjunto de sonidos imperceptibles a nuestro oído. Pueden ocultar las palabras, pero no las expresiones del rostro. Algunos están muy contrariados; otros parecen de la opinión opuesta. La Loba aguarda, dejando las manos bien visibles a todos. El adalid no le quita la vista de encima. Reinaldo Capuleto también parece esperar. Aprieta las mandíbulas y los labios. Nunca lo había visto tan tenso. De algún modo, la discusión también le concierne.

El debate sigue un rato más. Luego Escalo se vuelve hacia Reinaldo y asiente.

Esta vez, la Valfiero se arrodilla en señal de respeto y regresa a su sitio, no sin antes pegarle una bofetada al adalid en la cara. A pesar del fragor del temporal, el ruido seco me llega con toda claridad. El Ensiferio no responde, solo envaina su espada.

Lo que haya logrado obtener del Coro es un misterio, pero por la sonrisa en su rostro me imagino que ha conseguido arrancar la salvación para el hijo si se da el caso de que lo encuentren. Siento una punzada de compasión por ella. Seguirá esperando al menos hasta el próximo solasterio. Y entonces comprenderá que ya no hay esperanza.

La lluvia cesa de golpe. Las nubes se disipan. Solo la luna llena, hinchada, lechosa, se queda jugando en el cielo, junto a las antorchas. Es tan luminosa que hace desaparecer a las estrellas a su alrededor. En la plaza se hace el silencio. Nosotros nos apresuramos a colocarnos en nuestros puestos y nos giramos simultáneamente hacia la tribuna central, percutiendo el pie derecho contra el suelo: la Lectora está llegando.

Lo sé porque todas las Marcas en los cuellos de los Extrema Sangre centellean dibujando las tribunas con destellos de luz; parecen las vidrieras de las catedrales.

Es una aparición. No anda, sino que se mueve ligera acariciando el suelo con sus pies desnudos adornados con hilos de oro. Parece hecha de la misma materia que la luna, ligera, impalpable. Un velo la cubre ocultándole el rostro. El Libro resplandece entre sus dedos; quizá sean sus anillos que brillan, pero igualmente parece magia.

Los Extrema Sangre se arrodillan todos en un solo movimiento y de sus bocas sale la misma idéntica frase: «Honor a Oudemya, que es la página escrita y asimismo la que escribe. Honor a la Lectora, que nos trae sus palabras y su voluntad».

En las gradas todos permanecen arrodillados y con la cabeza gacha, no la miran; solo a nosotros, los Iniciados, nos está permitido hacerlo hoy.

Desfila junto a sus Vestales. Titania, nuestra Lectora, tiene el poder desde hace cinco centurios, y sin embargo, es la primera vez que la veo.

Se detiene frente a nosotros, dando la espalda a las gradas. Dos Vestales se le acercan y poco a poco le quitan el velo.

Me tiembla la mandíbula y los ojos se me humedecen ligeramente. Debo acordarme de respirar, y cuando lo hago se me escapa un pequeño sollozo. Tengo frío y comprendo que son escalofríos que me recorren la piel. Los demás Iniciados también están conmovidos. Lo noto a pesar de que no los veo. Es la energía que nos atraviesa a todos. Las dudas que Terencio me insinuó se desvanecen. Ella no es de este mundo y sin embargo está conectada con él con todo su ser. Y por un batimiento, nosotros estamos conectados con ella, con la tierra, con la naturaleza, con Edén.

Sus Vestales vuelven a cubrirla, pero la sensación que he tenido mirándola permanece en mí. Escalo se le acerca inclinándose hasta apoyar la cabeza sobre Oudemya. Ahora que lo observo mejor parece un libro cualquiera. La piel marrón está consumida, las páginas son irregulares. Una pequeña cinta de cuero alrededor mantiene unidas las hojas. Y, sin embargo, todo el saber está encerrado allí dentro.

Cuando Escalo vuelve a alzarse, se dirige a la multitud:

—Hijos e hijas de Alyaster, yo os saludo —dice en Extremoidioma, golpeándose el pecho con el puño.

Un ruido de golpes respetuosos responde a su saludo. Los Extrema Sangre se percuten el tórax tres veces. A nosotros no nos está permitido. Todavía no.

Extiende los brazos hacia el cielo.

—Extrema Sangre protectores de Edén, ¡yo os respeto! —Su voz sube un tono.

Tres golpes más.

—Restituidos por el Último Paso, os doy las gracias.

En las gradas, todos agachan la cabeza en silencio. Nosotros, los Iniciados, permanecemos inmóviles. Cierro los ojos e inclino ligeramente el rostro. No me importan las tradiciones, tengo derecho a rendir homenaje a mi abuelo y a Bastiano. Pienso asimismo en mi misterioso servidor, y en Anteo, que no merecía una muerte tan atroz. Nadie habla jamás de los que no superaron la Congregación, pero en mi mente yo repito los nombres de mis hermanos y hermanas que no lo lograron.

—Caídos en las Catástrofes, ¡yo os honro! —Escalo vocifera más fuerte que el temporal que nos asolaba hace unos esimios.

Las casas dan pisotones contra el suelo despacio, luego cada vez más rápido; parece un granizo caído del cielo para castigar a quien ha osado desafiar a las Estirpes. La tierra tiembla, de tantos impactos que la percuten. En el estruendo, su voz se eleva.

—Nosotros somos los Elegidos, nosotros somos los primeros, nosotros somos los Edenitas. Alyaster nos ha escogido para proteger Edén, y lo hacemos con sangre, con coraje, con sacrificio, con nuestros hijos y con nuestras hijas.

Los Extrema Sangre cantan el nombre de Alyaster. Cantan su descendencia. Cantan el miedo y el coraje, entonando un himno a ambos. El miedo te hace estar alerta, el coraje te vuelve indomable. El Coro se une a ellos y la plaza se convierte en el escenario de un concierto; nosotros los Iniciados somos el público, al que está permitido participar con el corazón, pero no ser instrumento.

Escalo alza las manos y el silencio se abate de nuevo sobre la Academia.

—En la última Temporada, se hicieron cuatrocientos cortes en la Ceremonia del Primer Paso. Que vuestras cicatrices puedan guarecer,

que vuestros corazones puedan regocijarse por el Vínculo. Que vuestras casas puedan haber hecho nacer Extrema Sangre.

Todas las madres presentes se arremangan para mostrar el brazo derecho.

Mi corazón me martillea en el pecho. Dentro de poco sabremos cuántos han sobrevivido.

El silencio es una roca de piedra que planea por encima de nosotros, a la espera de la respuesta.

Escalo espera algunos batimientos antes de hablar. Nadie respira. Cuando su voz emite la sentencia, la roca revienta.

—Ochenta Extrema Sangre se han Vinculado —dice sin emoción.

Un estremecimiento recorre las gradas y también a nosotros, Iniciados.

Ochenta.

Solo Ochenta.

Menos de un cuarto.

Me tiembla la mandíbula.

Miro a mi madre; su rostro está descompuesto. Incluso los Pentra están atónitos; intentan que no se les note, pero distingo cómo se les tensan los músculos del rostro, cómo aprietan las mandíbulas.

—El Vínculo ha escogido a treinta Extrema Sangre para la Pertenencia de los Esenciales, y uno de ellos es un Almanario.

Escalo guarda silencio mientras en las gradas los Graves, los Ardefríos y los Leviantes se alzan y se golpean el pecho con el puño.

—¡Honor! ¡Coraje! ¡Lealtad! —rugen al unísono.

El ritual se repite igual para las demás Pertenencias; el número de Eternantes es bastante alto. Y también hay diez Trasladores. A lo mejor Domiciana se encuentra entre ellos.

—Desafortunadamente, ninguno es un Inseparable. —La voz de Escalo baja un tono. No le importa lo más mínimo cuántos Iniciados se hayan perdido, pero sí le pesa que por enésima vez, en cinco centurios, nadie haya desarrollado la afinidad. Sé que antes de la primera Gran Rebelión eran muchísimos, casi dos en cada Congregación, pero esto sucedió hace surcos. Poco a poco fueron desapareciendo. Ahora solo quedan diez.

A mí la decepción de la Primera Voz me trae sin cuidado, lo único que sigue rebotando en mi mente es el exiguo número de supervivientes.

Algunos Ensiferios se apartan de la guardia de los Pentra y se disponen a lo largo del perímetro de las gradas. Cada casa acepta la muerte de sus hijos con dignidad y orgullo. Pero nunca se sabe, el ánimo es mutable. La Gran Rebelión fue el ejemplo.

Al lado de Puerta Imperia toman posición ocho Extrema Sangre. Ni siquiera sé de dónde han salido. Al alzar la cabeza los veo allí. Llevan puesto un uniforme similar al nuestro, pero la parte izquierda del cuello está realzada hasta el mentón, para descender y luego desaparecer en la chaqueta, dejando bien visible la Marca, que brilla. Los uniformes se les ajustan a la perfección; seguramente la piel tiene un curtido muy distinto al nuestro. En el pecho llevan una pequeña flor en relieve con el escudo de la casa. Serán nuestra pesadilla durante la próxima Temporada: los Altos Maestros de la Academia, aunque nosotros preferimos llamarlos Atadores. Suena más peyorativo.

El que está más cerca de la puerta da unos pasos adelante. En el brazo lleva puesta la faja roja del Decano, quien tiene la suprema autoridad en la Academia. Su rostro no está iluminado, lo que me

hace pensar que es un Eternante. No entiendo cómo puede ser que sea el que tiene el poder, pero es la Lectora quien elige a través de Oudemya, y no se discute lo que el Libro ordena. Tiene el rostro anguloso y alargado. Las cejas espesas y oscuras hacen que su mirada sea orgullosa y altanera. Algunas arrugas alrededor de los ojos y en la frente cuentan que ha vivido ya algunos centurios, pero su Marca brilla como si apenas acabara de salir de la Academia. Su cuerpo es ágil y robusto; podría ser coetáneo de mi padre, quizá más joven. Mira fijamente el Coro, como si fuera igual de importante que ellos, o que la Primera Voz. Con la mano se toca el cabello salpicado de blanco, corto y peinado a la perfección. Y en ese momento una chispa de odio cruza sus ojos. Lo percibo como si me hubiera tocado a mí y me quemase la piel. Incluso juraría que por un batimiento le ha cambiado el color de los ojos. Cuando se vuelven dóciles, dentro de sus posibilidades, a mí solo me queda la picazón de esa percepción. No siempre me fío de mis sensaciones, que me llegan en olas que a menudo me ahogan, pero esta vez estoy seguro de lo que he advertido. Escalo hace una señal con la cabeza y él abre Puerta Imperia, y entonces algunos Rápidos salen acarreando dos cestas repletas de flores. Nunca había visto a un servidor de la Academia y me quedo boquiabierto. Tienen el cráneo completamente rapado, pero las mujeres presentan, solo en la nuca, ringleras larguísimas de trencitas. Les descienden por toda la espalda. En sus frentes llevan tatuado el símbolo de un círculo astillado. Tienen la boca cubierta por un bozal de cuero y hierro que se sujeta en la parte posterior de la cabeza con correas de piel. Llevan un collar de cuero en el que se han grabado los símbolos de las Pertenencias. De cuero son también los chalecos. Tanto los

hombres como las mujeres visten una larga falda negra. Van descalzos. Dos mujeres llevan el brasero con la leña, que crepita desparramando *lapilli.* Las llamas son bastante altas, y por el aire se esparce el perfume de pino y de leña quemada. Una de las mujeres tiene una mancha de color rojo vino que le cubre parte del rostro. Alza hacia nosotros sus ojos, grises como la niebla de la mañana. Nos observa, sin curiosidad, sin miedo; me atrevería a decir con piedad. Y eso no me hace sentir cómodo. Dejan el brasero en el suelo y lanzan las cestas al aire. Las flores no caen, sino que empiezan a flotar por encima de nosotros. Son los símbolos de las casas. Parece un jardín suspendido en el cielo. En cada tallo hay atado un pequeño estandarte con el nombre escrito de quien cruzó Puerta Imperia hace doce latelunas. Veo a dos Atadores que mueven las manos de modo imperceptible. Uno de ellos seguramente es un Grave y el otro un Leviante. Su rostro cambia de manera inapreciable, pero sé que están envejeciendo. Miro a los Rápidos que siguen al lado de las cestas y me pregunto quién de ellos dará parte de su vida, de su Tiempo, por esta macabra ceremonia.

No me cuesta mucho encontrar el estandarte de mi hermana. Flota a pocos brazos de mí. Me parece tenerla delante. Como si ese pequeño retazo de tela, atado al lirio blanco, fuese su último aliento de vida. Dentro de mí busco una chispa de esperanza, la encuentro y soplo para hacerla crecer, igual que la brisa que aviva el fuego.

Del brasero, trescientas veinte llamas se liberan en el aire. Iluminan la plaza con un resplandor trémulo jugando a mover nuestras sombras y a alimentar nuestro temor. Por un batimiento, todo se detiene, nuestras respiraciones, incluso las luces en el cielo. Juraría que también se ha parado mi corazón.

Luego las llamas corren hacia los estandartes incinerando uno a uno el nombre de quien no lo ha logrado, del mismo modo en que dicen que la Pertenencia quema la carne de quien no ha sido considerado digno.

El recuento de los muertos ha empezado.

No ceso de mirar fijamente la cinta de mi hermana, como si así le echara agua encima para que el fuego no pudiera prender. En el aire, el perfume de la leña ha dejado paso al olor a quemado. El *lapilli* desciende sobre nosotros como antes lo hacía la lluvia. El cielo empieza a apagarse a medida que el fuego hace su sucia labor, incendiando los estandartes uno tras otro. Una llama pasa a mi lado. Con terror la sigo en el cielo mientras se dirige hacia el estandarte de mi hermana, pero en el último momento lo sortea y quema el nombre atado a un clavel al lado. Lanzo un suspiro de alivio.

Una a una, las flores empiezan a caer cubriendo el suelo de pétalos. Es un cementerio coloreado. En las gradas, nadie habla. El acre hedor a quemado se mezcla con el olor ferroso de la sangre. Las cicatrices en los brazos de las madres cuyo hijo ha muerto se han abierto y ahora sangran copiosamente. Los ojos siguen sin verter lágrimas. Para ellos, la sangre no ha sido la *extrema* que han derramado.

En mi interior, aquel pequeño rayo de esperanza se está transformando en una luz cegadora. Faltan pocos. Demasiado pocos. Mi hermana lo ha logrado. Uno de esos ochenta es ella.

Sonrío a mi madre, que no aparta la vista del lirio blanco que todavía flota en el cielo. La última llamita solitaria vaga ligera en busca de su epitafio. Se detiene. Tiembla. Luego vuela decidida hacia el lirio blanco y quema el nombre de Domiciana. El cielo se

sume en la oscuridad, incluso la luna se ha escondido, tal vez avergonzada por brillar ante semejante desgracia.

Los Edenitas no lloran, pero mi pecho se agita violentamente con sollozos. Vierto más lágrimas que la sangre que sale del brazo de mi madre.

Nuestras miradas se cruzan. Yo he ganado una posibilidad, ella ha perdido a su hija favorita.

El dolor es una bofetada que se repite hasta el infinito. Todo mi cuerpo tiembla de sufrimiento, llevo encima una capa hecha de púas. He perdido a Domiciana para siempre, ha sido engullida por la nada eterna. Su cuerpo ha ardido, consumido por el poder. El mismo escozor que habrá padecido ella lo siento en cada fibra de mi ser. Ya no tendré sus sonrisas, ni su carácter amable, ni sus alegres risotadas.

Todo ha quedado reducido a un montón de cenizas.

11

Julieta

Altea Montesco rechaza tres veces la ayuda de los Trasladores. Casi todas las demás ya tienen la herida resellada, ella no. Ella todavía sangra como los cerdos degollados para purificar la carne.

Su vestido blanco parece el cuadro de un pintor chiflado. Su lividez me dice que morirá si la herida no se cierra enseguida. La decisión es enteramente suya. Su marido, Tancredio, está a su lado. Le ha cogido la mano con una ternura irritante. Le está suplicando que cambie de opinión, pero ella se mantiene inflexible. Y entonces oigo que el Montesco empieza a recitar la Extremacción: su mujer no tiene ninguna intención de detener la sangre.

Es típico de su familia querer dar el espectáculo. Creen mostrar a todo el mundo lo honorables que son con estos sacrificios, pero en realidad solo revelan lo débiles que son.

Pero entonces Altea Montesco se alza, desciende de la tribuna y anda por la plaza hacia el palco central, dejando una estela de sangre en el empedrado de basalto.

Reina un silencio tan irreal que oigo cómo el flujo de vida la abandona.

Con el paso a estas alturas vacilante, se detiene frente a Escalo.

—Seis veces he sangrado. Seis veces he ofrecido un hijo a la Congregación. Seis veces he perdido lo que os he dado. ¿Por qué? ¿Por qué, Escalo? ¿Por qué los Montesco no superan la Congregación? —Hay una conciencia inquietante en el modo en que pronuncia las palabras. Su voz es firme, a pesar de la debilidad. No tiembla. No chilla. Como si ya supiera la respuesta.

—Altea, te agradecemos el sacrificio. Tienes tres hijos que pueden convertirse en Extrema Sangre. ¡Vive para los dos que han nacido y por el que nacerá! —Escalo trata de hablar con la misma serenidad, pero sus ojos vibran con un ligero temor. Entre ellos dos hay una comunicación subterránea, algo que percibo, pero no logro comprender.

—No tendréis más hijos de mí. ¡No tendréis más carne de matadero! —grita ella.

Está embarazada, entonces. Y sin embargo, está dispuesta a dejarse morir.

—Sabes que no es posible. ¿Quieres llevar la deshonra a tu casa? —le responde Escalo.

Altea echa a reír. Es un sonido cacofónico, deformado. Mi padre tiene razón: la locura mora en la casa de los Montesco.

Se gira hacia las tribunas. Su voz sube un tono.

—¿Cuánto tiempo fingiremos que no lo sabemos? ¿Cuánto tiempo ocultaremos a nuestros hijos lo que es la Congregación en realidad? Nuestra sangre se derrama para esconder las patrañas que ellos —señala el Coro con desdén— siguen urdiendo. —Se gira de nuevo hacia los Pentra y mira fijamente a Escalo a los ojos, sin ceder, y con las pocas fuerzas que le quedan, yergue la espalda—. Yo rechazo tu orden. Yo elijo la muerte, para que nada de mí pueda alimentar este

círculo. Lo llevamos en la espalda roto, no porque estemos aquí para repararlo, sino porque es falaz.

Y entonces introduce la mano en el corte y abre con fuerza la herida. Miro con horror su brazo. Se ha arrancado las venas. Se desploma. Aprieto los labios para no dejar traslucir emociones mientras un grito ahogado recorre las tribunas.

Escalo hace una señal a los Ensiferios, que corren hacia ella.

Antes de que puedan alcanzarla, una figura se pone en pie. No alza la mano, no habla, solo dirige su mirada hacia ellos. Y eso basta para detenerlos. Incapaces de dar ni un paso más.

Titania, la Lectora, se agacha y la abraza, la mece como a una niña. Su vestido impalpable se mancha de sangre, mientras le acaricia la frente y le susurra palabras que no logramos oír. En ese abrazo, Altea Montesco parece encontrar una paz infantil.

La Lectora le roza la herida y cierra la laceración, y en ese momento es de *su* brazo de donde la sangre empieza a salir a borbotones. No es roja como la nuestra. Es blanca y emana un dulce perfume de tierra y de mar, de flores, de agua; huele a lluvia en los prados, a madera caliente. Huele a piel de criaturitas, huele a sol. Es el perfume de Edén. Un viento apacible lo empuja hasta tocar a cada uno de los Edenitas presentes en la plaza. Si un perfume pudiese tener un sonido, sería el que percibimos en este momento. Su sangre está cantando para nosotros. Es como si ese canto me susurrase a mí, precisamente a mí, y me dijera que esté tranquila y que al final todo saldrá bien. Me pregunto si todos experimentan esta misma sensación.

Un Magicúmano toma en brazos a Altea y se la lleva. Veo que le cae el brazo y se forma una nueva cicatriz. Desaparece en la

oscuridad; de ella quedan solo la sangre en el pavimento y las dudas que ha sembrado en nosotros, los Iniciados. ¿Qué es la Congregación en realidad? ¿Qué se nos oculta? ¿Por qué mueren aquellos que no se convierten en Extrema Sangre?

La Lectora ha parado de sangrar. Se ha sentado de nuevo en su sitio, con las manos sobre su regazo. La mágica sensación de bienestar ha desaparecido.

Escalo suspira como si nada hubiera pasado y retoma la ceremonia.

Puerta Imperia se abre entre las terrazas del teatro. Los ochenta Vinculados Extrema Sangre salen en fila marchando. Son dignos. Saben que lo son. Entre las manos sujetan su nueva espada, con la que serán capaces de luchar contra los Incorpóreos del Enemigo.

Las Marcas en sus cuellos relucen no solo con sus colores, sino también de orgullo, de alegría contenida.

Se ponen firmes frente a los Pentra.

Se dan tres golpes con el puño.

La multitud responde con tres golpes más.

—Tres Pentra han dado el Último Paso este solasterio, privándonos de su sabiduría. Ahora surgirán tres nuevos, para que el número de los Cincuenta permanezca invariable —pronuncia Escalo, hierático.

De la fila de los nuevos marcados se apartan tres nuevos Extrema Sangre: dos Graves y una Arquitiempo.

Se inclinan frente al palco apoyando una rodilla en el suelo y recitan la renuncia al unísono.

—Renuncio a lo que me ha sido otorgado. Renuncio a mi familia. Renuncio a mi casa. Renuncio a mi poder.

Escalo asiente.

—Acepto vuestro sacrificio. Acepto vuestra obediencia. Habéis dado el Primer Paso en la familia, daréis el Último como Pentra.

Los tres no vuelven a entrar en las filas; los Ensiferios se los llevan escoltados.

No logro disfrutar de la ceremonia como querría. Mi mente vuelve una y otra vez a lo que ha hecho, y dicho, Altea Montesco. Quisiera acercarme a Netria y preguntarle qué quería decir. Pero ya sé lo que respondería mi tía: toda pregunta recibirá su respuesta a su debido tiempo.

Tres Pentra descienden de su tribuna. Frente a los nuevos Extrema Sangre que acaban de pronunciar la renuncia han llevado braseros incandescentes. Los nuevos Elegidos se quitan la chaqueta y muestran la espalda. Los marcan uno a uno en la base del cuello. La carne chisporrotea y apesta. Ninguno ha emitido ni un solo lamento. El Umbral se ha cerrado. Ahora pueden celebrar. Corren hacia sus familias entusiasmados. Tener un Pentra en la propia casa significa poder promulgar leyes que ayuden a su línea de sangre. Lanzo una mirada a mi padre y me pregunto si tal vez es este su plan para mí. Pero él parece absorto en sus pensamientos, tiene el mentón rígido y tenso.

Escalo interrumpe las celebraciones. Se trata de un procedimiento insólito. Algo ocurre.

—Ha sido una floración dolorosa. Muchas semillas se han perdido. No podemos permitírnoslo. Cada brote de este jardín que tengo delante debe recibir el Vínculo. Hay que cultivar cada posibilidad. Hoy no todos los Iniciados están presentes. Falta Anteo Valfiero. Por este motivo, de acuerdo con su casa y con la casa de los Capuleto,

acogemos una flor que creíamos perdida, y que en cambio solo se había extraviado.

Algo se pone en marcha en mi mente, como si una sospecha que se escondía entre mis pensamientos empezase a convertirse primero en una hipótesis y luego en una certeza.

Todos están aquí, salvo…

—Folco Capuleto. ¡Entra en el Cuadrado y honra a tu familia! —proclama la Primera Voz.

Un murmurio se alza de las tribunas y poco a poco se transforma en un alboroto. Solo los palcos de los Valfiero y los Capuleto guardan silencio; todos los demás vociferan.

Lanzo una mirada a Teobaldo. Mi primo está impasible, como si se hubiera transformado en una estatua. Pero yo lo conozco como la palma de mi mano y logro distinguir un leve destello de alegría en sus ojos. Su hermano sigue vivo. Todavía tiene una posibilidad.

Ninguno de nosotros lo sabía, mi padre no había hablado de ello conmigo y, por lo que sé, tampoco con Teobaldo ni Florencia. «Folco es un inepto», lo oí decir. Y sin embargo ahora está aquí, y no puedo evitar pensar que está bien que así sea, a pesar del crimen que cometió. Porque Folco siempre ha sido el más valiente de nosotros, tiene por delante un futuro de gloria.

Procuro ignorar esa voz en mi interior que me recuerda que ese futuro solo será si Folco no sucumbe transformándose en una Selfiera. No quiero escucharla. Ahora quiero alegrarme por él. Lo logrará, como lo lograremos todos nosotros.

La Primera Voz intenta calmar a la multitud. Los Ensiferios desenvainan sus enormes espadas. No se habían dispuesto a lo largo de las tribunas para el recuento de muertes, sino para impedir

una insurrección. Sus Marcas se tiñen de una luminiscencia velada, y lo mismo hacen las de los Extrema Sangre en las gradas. Desde su punto de vista, la ira es legítima; Folco Capuleto no solo no fue Abnubilado, sino que dentro de dos latelunas cumplirá dieciocho solasterios. Recibir el Vínculo en tan poco tiempo es prácticamente imposible, ni siquiera ha dado el Primer Paso todavía. Con esta decisión, el Coro ha puesto en peligro a todos los Iniciados.

Pero me pregunto si se comportarían igual si eso hubiera acaecido a la sangre de su sangre en lugar de a nosotros, los Capuleto.

Panda de envidiosos.

Folco surge de la oscuridad. No lleva puesto el uniforme, tampoco tiene la Marca. Tiene solo una mirada atónita y perdida, una expresión insólita en él. Lleva el pelo negro largo, como manda nuestra Tradición, y sus ojos son casi del mismo color. La nariz alargada de nuestra familia está ligeramente torcida, como si alguien se la hubiera roto en este solasterio. Lo recordaba más musculado, como si este año lejos de todos lo hubieran vuelto más enclenque y más pálido. Pero puede que solo sea una ilusión generada por su figura recortada contra el teatro. Sin embargo, ahora está de nuevo entre nosotros y recuperará su fuerza en un abrir y cerrar de ojos.

En cuanto entra en la plaza, el rugido de la multitud asciende.

Los Iniciados a mi alrededor se alteran y me obligan a dar un paso atrás con ellos, como si ya tuviera dieciocho solasterios y se estuviera transformando frente a nosotros.

Escalo pide silencio más de una vez, pero estamos dentro de un volcán que está a punto de entrar en erupción. Con una señal de la Primera Voz, los Ensiferios se giran hacia nosotros. Es una amenaza

flagrante. Los primeros que caerán, si los ánimos no se apaciguan, serán los Iniciados que no respeten las órdenes.

El chantaje surte efecto. El rugido de la multitud se apaga poco a poco y queda solo un revuelo de fondo.

—Antes del fin del segundo lateluna, yo mismo invocaré la Abnubilación para Folco Capuleto si el poder no corre por él, así como haré con Anteo Valfiero cuando sea hallado. La decisión del Coro no surge de la misericordia, sino de la esperanza —proclama Escalo alzando su voz al máximo.

—Se ha infringido una Ley —grita una voz desde las gradas.

Otros se suman a la desaprobación.

Invocan las penas. Invocan condenas.

Quieren la cabeza de quien ha permitido a un hijo llegar casi a su decimoctavo sin haber sido Abnubilado. Quieren la cabeza de Reinaldo Capuleto. Echo un vistazo a mi padre. Está sonriendo.

Escalo alza de nuevo los brazos para imponer silencio.

—¡Dejemos que sea el Libro el que nos muestre el camino! —grita alguien desde el fondo de los palcos.

Las casas empiezan a dar pisotones contra el suelo. Una granizada imposible de contener.

—¡Que Oudemya escriba!

—¡Justicia!

—Oudemya. Oudemya. Oudemya —cantan los Extrema Sangre.

Escalo no es partidario de esta solución, pero no tiene más remedio que aceptar la voluntad de la raza. Poco importa quién esté a la cabeza del Coro. Su voz es muda cuando Oudemya escribe. Vencido, hace una señal a la Lectora. Ella abre el libro. Por un batimiento no sucede nada, pero luego la página se ilumina.

Algunos se arrodillan. Ella permanece inclinada sobre el Libro moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás. Está leyendo. No sabemos qué. Luego cierra el Libro. Se alza y se dirige hacia Folco. Toma su rostro entre las manos y a través del velo lo besa en los labios.

Un clamor se eleva de los palcos. Las casas se golpean tres veces el pecho con el puño. Veo que los hombros de Escalo se relajan. La guardia baja las armas. Nadie se rebela contra lo que Oudemya escribe. Pero sé que muchos Iniciados no están tranquilos. Nos tocará a nosotros vivir dos latelunas esperando que Folco no nos devore. Pero yo confío en Folco: es un Capuleto, no puede fracasar. El Libro ha hablado, es el momento de seguir adelante.

Sigo a la Lectora, que anda por la plaza observando las gradas, a los nuevos Extrema Sangre y a nosotros. Es el último acto de la ceremonia. Ahora elegirá una nueva «flor» para su colección de Vestales.

Jamás elige entre los Iniciados, nunca lo ha hecho. Ella quiere sangre que todavía no sabe que puede cantar.

La veo caminar entre los jóvenes Edenitas, y todos inclinan la cabeza frente a ella en señal de respeto. Todos, salvo uno. El pelo le desciende largo enmarcándole el rostro, pero deja entrever la línea firme de la mandíbula. Me pregunto a qué casa pertenece, porque no logro ver el símbolo en su uniforme. Intenta mantenerse recto, parecer más alto ahora que se encuentra delante de la Lectora, como si tuviera que demostrar algo, como si no tuviese miedo. Porque en sus ojos verde musgo hay resolución y hay tormento. Como si en su interior se agitase la voluntad de luchar contra todo y todos, de arremeter incluso contra el destino. Ojos que me quedaría

observando, descubriendo todos los matices de sus iris. Por un batimiento, creo que se muerde el labio. En cualquier caso, debe de estar nervioso, porque se encuentra frente a la forma terrenal de la diosa. Pero es solo un batimiento, porque cuando la Lectora le pasa por delante, él la mira recto a la altura de los ojos. Ella se detiene, ladea la cabeza y luego emprende la marcha.

La Lectora pasa revista a las filas de los cadetes en silencio como si fuera ingrávida, como si el viento la transportara.

Y entonces se detiene frente a mí, en el silencio de las horas más oscuras de la noche.

Se me para el corazón. Siento que me lleno de vacío. Agacho la cabeza mientras el miedo me cubre como una capa pesada y fría.

Intuyo un movimiento. La Lectora levanta dulcemente la mano encadenada, sus joyas hacen eco de las olas del mar.

No quiero perderme.

No me elijas.

No me toques.

Por favor.

Mi mirada se pierde en los universos escondidos tras su velo, y me quedaría allí para siempre, flotando en el letargo.

Cierro los ojos con fuerza, doy un paso atrás y acabo chocando con el Iniciado a mis espaldas. Teobaldo me coge del brazo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento mientras la Lectora se aleja. No me habría elegido; entonces ¿por qué he sentido todo ese miedo y ese deseo a la vez?

Sigo su movimiento, hasta que la Lectora se detiene frente a Rosalina.

Le tiende la mano, como si quisiera invitarla a bailar.

Ella será la nueva Vestal de la Lectora.

Rosalina tiembla. Mira a su alrededor, con los ojos llenos de súplica. Su mirada se detiene en su madre. La cicatriz que desfigura a Ludmila Corvato se deforma al esbozarse una sonrisa en su rostro, como una nueva herida. Es la primera vez que la voluntad de Alyaster consagra a una joven de una familia humilde como la de los Corvato.

—¡No! —grita una voz.

Me giro: es un chico con el pelo un poco demasiado largo. Su rostro, ahora, es desesperación tallada en madera. Tiene la voz rota, como si le hubieran destripado el corazón. Exacto, debe de ser él el enamorado de Rosalina, comprendo mientras se me cierra la garganta.

Querría hacer algo. Me pregunto si es tan insensato como para lanzarse contra los Ensiferios y contra la misma Lectora para salvarla.

Me pregunto si alguien haría algo semejante por mí.

Aúlla, intenta escabullirse, pero un Iniciado lo retiene.

—No puedes hacer nada, Romeo —le dice.

Romeo.

Romeo Montesco.

SEGUNDA PARTE

Las Tropas
Academia de la Congregación, 1392

12

Julieta

Escalo se ha ido junto con el Coro, la Lectora ha regresado a sus aposentos acompañada por las Vestales, mi padre se ha esfumado, se han llevado a Santa Montesco después de haber dado el espectáculo y Eleonora Valfiero ha abandonado el Teatro caminando con la cabeza alta, como si la preocupación por un hijo desaparecido no fuese con ella. No porque no sintiese ira, porque todos la miramos y vimos la expresión que se dibujó en el rostro de la Primera Voz mientras ella pronunciaba sus palabras. No, con la cabeza alta porque, a pesar de que todavía ignora qué le ha ocurrido a su hijo, sin embargo, ya sabe que obtendrá justicia.

Pronto, un leve murmullo se alza entre los Iniciados, cuando al fin los Ensiferios nos ordenan en silencio que nos movamos y nos conducen al otro lado de Puerta Imperia. Esperaba encontrar una senda que nos guiara más allá del recinto amurallado hasta el edificio de la Academia, donde estaremos prisioneros durante los próximos doce latelunas, y en cambio nos adentramos en un túnel. Una galería que nos devora, nos engulle y nos lleva a las profundidades de la tierra.

Poco a poco, nuestro paso se adapta al de los soldados que nos escoltan a través de un dédalo de pasillos y escaleras que parecen

construidos adrede para hacernos perder el sentido de la orientación, mientras las corrientes de aire los recorren en direcciones que no se me antojan naturales.

La penumbra está a duras penas alumbrada por esferas de cristal y hierro en las que resplandece la luz generada por los Aeterianos. Rotan eternamente sobre sí mismas gracias al poder de los Leviantes y proyectan sombras iridiscentes sobre las paredes y sobre nuestros rostros. A cada batimiento, parece que nuestras caras se transforman en la de una Selfiera. Se trata de premoniciones y advertencias: es lo que ocurrirá a quien no reciba el Vínculo antes del decimoctavo solasterio. Es lo que todos los Iniciados desean, y deben, evitar.

Busco con la mirada a mi primo Folco. No puedo dejar de pensar en el terror que debe de estar sintiendo en este momento. Lo veo un poco más adelante: no resulta difícil reconocerlo porque parece que nadie, dentro de los límites de la exigua amplitud de este pasillo, quiera estar cerca de él. Creo que es la primera vez que un Capuleto se ve marginado de forma tan manifiesta por los miembros de las demás casas.

No, me he equivocado: Folco no está completamente solo. Un poco más atrás, Teobaldo lo sigue. Su mirada salta de su hermano a los Iniciados que lo rodean y fulmina a los Montesco con expresión desafiante. Protegerá a Folco a toda costa, lo sé. Se siente responsable de él.

Por fin el pasillo llega a su fin. Me pregunto a cuánta profundidad hemos descendido. Me zumban los oídos; es probable que hayamos alcanzado el corazón de la montaña. No: debemos de estar incluso

por debajo del Teatro Romano, por debajo del río. Casi me parece oír a Edén latir a través de la roca circundante.

Cruzamos el arco que señala el fin del recorrido y nos encontramos en una estancia inmensa. Todo, desde las lámparas a la ausencia de ventanas, parece dispuesto de modo que nuestra atención deba centrarse solo y únicamente en las cuarenta mesas que llenan el espacio, recubiertas de bandejas, jarras, cestas y platos rebosantes. Sería la sala perfecta para la mayor de las recepciones, si no fuera por las largas cadenas que cuelgan del techo. No logro figurarme para qué están allí, y quizá no quiero imaginármelo.

Entre los Iniciados intercambiamos miradas interrogativas; no tenemos ni idea de qué significa. ¿Debemos tomar asiento de acuerdo con nuestras casas? ¿Debemos agruparnos según nuestras amistades y antipatías? Los Ensiferios guardan silencio; han cumplido su deber de guardianes y acompañantes.

La tensión de la espera crece y me descubro incluso observando a Laurela, porque ella, más que nadie, debe de saber qué hacer en este momento.

Está relajada, casi seráfica. Y eso me hace montar en cólera; no porque su rostro no refleje lo que sucedió ayer por la noche, puesto que era obvio que los Trasladores harían un buen trabajo, sino porque me pregunto cómo es posible que Laurela no se desespere por su hermano Anteo: si Teobaldo hubiera faltado a la Congregación, yo habría movido montañas y secado los mares para encontrarlo. Pero ella no muestra nada. Hasta podría alegrarse de ello. Me pregunto si eso también forma parte de alguna maquinación

de Eleonora Valfiero. Por otra parte, el gusto por los complots parece abundar en su sangre.

Un estruendo prolongado, como el retumbo de un trueno, interrumpe mis pensamientos.

El sonido proviene del extremo opuesto de la sala, donde la pared de piedra se está abriendo para revelar una abertura.

Y, de allí, entra un Extrema Sangre. Lo vimos hace poco: es el Alto Maestro que ordenó a sus subordinados que quemasen los estandartes de los que no obtuvieron el Vínculo.

Se detiene y nos mira de hito en hito, inmóvil.

Todos los Ensiferios se vuelven hacia él, alzan las armas en señal de saludo y luego golpean el pavimento una única vez, en perfecta sincronía. En cambio, nosotros, los Iniciados, guardamos silencio.

Él se aclara la voz, que resuena en el silencio absoluto.

—Bienvenidos, Iniciados —empieza—. Procuraré ser breve, para que podáis dedicaros lo antes posible al banquete en vuestro honor. El primero de muchos, en vuestra vida de Iniciados y luego de Extrema Sangre… Me llamo Lorenzo Monforte y soy el Decano de la Academia y Alto Maestro de los Eternantes. A lo largo de estos latelunas algunos de vosotros tendréis manera de conocerme mejor que otros: los que de entre vosotros muestren la inclinación justa hacia compartir el poder para un bien superior estarán preparados y, si Alyaster quiere, recibirán el Vínculo. Pero por ahora tomad asiento junto a vuestros compañeros y amigos: celebrad y comed hasta la saciedad y reíd, ya que a partir de mañana tendréis nuevos hermanos y nuevas hermanas, y será con ellos con quienes compartiréis las pruebas y las dificultades de la Academia.

Un discurso esencial, sin la elegante magnificencia de Escalo. Supongo que la retórica no es necesaria cuando se rezuma poder: me parece casi sentir una vibración que proviene de su cuerpo, inasible y sin embargo presente, como la tensión que anticipa un temporal.

Lentamente, algunos Iniciados toman asiento a las mesas. Al principio no son muchos, pero poco a poco los demás reúnen valor y la gran sala se llena de cháchara mientras se arrastran los bancos por el suelo y los amigos se encuentran y se ponen a chismorrear.

Miro a derecha y a izquierda, mientras Iniciados que nunca había visto pasan a mi lado rozándome y chocando conmigo. Me temo que he perdido de vista a los miembros de mi familia cuando, afortunadamente, vislumbro a Teobaldo, que alza una mano en mi dirección. Me abro paso a través del tropel de Iniciados. No me aparto, no cedo el paso a nadie. Son ellos, los demás, quienes me hacen sitio a mí apenas ven la rosa que decora mi uniforme. Siento en mí la mirada de Lorenzo y tengo la impresión de que me examina. Me pregunto si él, que debe de ser el mayor experto cuando se trata de controlar un poder, podrá ayudarme a comprender qué me está ocurriendo. Sin embargo, cuando dirijo mi mirada hacia él, me percato de que no me está observando a mí ahora, sino a un gigante de piel oscura que se ríe groseramente al otro lado de la sala, rodeado de Iniciados que, a su alrededor, parecen niñitos.

Por fin tomo asiento a la mesa. Teobaldo me saluda con un gesto, pero veo que su mente está en otra parte.

Frente a mí hay un chico que no había visto nunca. No, en realidad es una chica: delgada como una caña de bambú y con los

pómulos altos que hacen pensar que tiene ascendencia entre los alamanes; los senos inexistentes y los hombros anchos la hacen parecer un mozo descoyuntado. En su pecho, destaca su sello: una flor de ortiga. Ya lo he visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde. Me mira un momento sin interés, luego se encoge de hombros y dirige la mirada a mi primo, como si esperara algo de él. Estoy a punto de preguntarle quién es y por qué se ha sentado a nuestra mesa, pero Florencia, que está a su lado, me saluda con una sonrisa tan abierta que no puedo ignorarla. Se la devuelvo con un gesto de la cabeza.

En cambio, Laurela, a su izquierda, mantiene la mirada distante, como si intentase ignorarme olímpicamente. Pero veo que se retuerce las manos.

—¿Sigues pensando en ayer por la noche? —le pregunto—. ¿Te has arrepentido de lo que hiciste?

Ahora ella me mira a los ojos. Hay rabia en su mirada.

—No siempre eres el centro de nuestros pensamientos, Julieta.

—Está preocupada por Anteo —dice Florencia, inclinándose hacia mí. Tengo la ligera impresión de que, después de lo que vio la pasada noche, ha decidido tratarme mejor. Complacerme. Como si cambiara algo, después de solasterios sin importarle lo más mínimo.

Laurela fulmina a mi prima con la mirada.

—No, no hay nada de qué preocuparse. Ahora comamos y no hablemos más de ello.

En la mesa hay todo lo que podríamos desear y que mi padre jamás comería: jabalí aliñado con enebro, trigo cocido con miel, puré de nabo blanco y estofado de apio y zanahorias, pinchos de cerdo marinado con agraz, formas de pan que reproducen los escudos de

nuestras casas y garrafas de cerveza, hidromiel y vino aguado con miel o bien caliente y especiado con clavo y cáscaras de naranja. Florencia se sirve la bebida y luego pasa la garrafa a su hermano, pero Sansón, mi primo, se apropia de ella. Creo que quiere terminársela él, pero en cambio da la vuelta a la mesa y sirve a todos los demás antes de volver a sentarse en silencio. Veo que la chica delgada asiente y él lanza un suspiro de alivio. Brindamos por nuestras familias y por los honores eternos que nos caracterizarán.

—Me siento culpable por él —dice una voz.

Me asomo por encima de los hombros de Teobaldo. Ha sido Folco quien ha hablado. A pesar de que es el mayor de todos nosotros, parece que se esté haciendo pequeño pequeño, para no hacerse notar. Su misma voz ahora contrasta con su físico adulto.

—¿Y por qué deberías sentirte culpable? —pregunta Laurela, ácida —. No has tenido nada que ver, ¿no?

—No —se apresura a responder Folco—, pero me sabe mal por él: a mí me han dado una segunda oportunidad porque él ha desaparecido. ¿Cómo puedo no sentirme culpable?

Ladeo la cabeza; no creía que la culpabilidad fuera con una persona como Folco. Me pregunto qué le ha sucedido durante estos latelunas en los que hemos estado lejos.

—Gilipolleces —replica Laurela—. Mi hermano no es un incauto. Llegará y triunfará. —Aprieta los labios, no admite réplicas.

Me pregunto si se cree de veras sus palabras.

—Si le ha pasado algo… —dice Folco.

Nunca había visto a mi primo preocuparse así. Hace un solasterio eso le habría traído sin cuidado.

—No le ha pasado nada —rebate Laurela—. Llegará —repite.

—Claro —sonríe mi primo Sansón, mientras se sirve un muslo de pichón—. Anteo siempre se ha comportado como es debido. No ha faltado nunca a un compromiso, ¿verdad?

Yo permanezco en silencio, mordisqueo un trozo de pan y miro a mi alrededor. Muchos Iniciados han abandonado sus posiciones y ahora caminan por la sala grande saludando a amigos y parientes lejanos, forman corros en los que ríen y bromean, beben y comen, y parece que ya van borrachos.

Mientras tanto, Florencia ha empezado a acosar a la chica delgadísima con preguntas. Quiere saber dónde ha pasado este solasterio, como si la conociera, y cuando ella explica que ha estado en Mantua, Florencia insiste. Le pregunta cuánto ha entrenado y con qué maestro de armas, y si los Valfiero pusieron condiciones y si tiene la intención de respetar la voluntad de su madre, Ludmila.

Pues claro. Es una Corvato. Debe de ser la hermana de Rosalina, pero no tengo ni idea de cómo se llama.

Florencia continúa, agobiante, y luego añade que para su familia debe de haber sido un sacrificio notable mantenerla lejos de casa y pagar su entrenamiento…

Si yo fuera esa chica, probablemente querría matar a Florencia. La entendería.

En efecto, se pone en pie.

—¿Qué pasa, Lisandra? —pregunta Teobaldo mientras su mano se cierra instintivamente alrededor de la empuñadura del cuchillo.

Solo que Lisandra no la toma con Florencia. El gigante negro que he vislumbrado antes está viniendo hacia nosotros; su cabeza sobrepasa la de los demás Iniciados.

—Debe de gustarle mucho que lo humillen —masculla Teobaldo. Él también se pone en pie.

—No es necesario que me rindáis honores —dice el gigante cuando se detiene frente a nosotros. Advierto que no está solo: a su lado hay un chico hermosísimo, con su melena hecha de rizos rubios que parecen tejidos con hilo de oro.

—Terencio —rebate Teobaldo—, ¿tus amos no tienen el valor suficiente para venir en persona?

—Yo no tengo amos, al contrario que tú. Y aunque los tuviera, tendrían cosas mejores que hacer que mezclarse con el estiércol —responde Terencio.

Me pongo en pie, sobresaltando a Folco.

—Repítelo, si tienes coraje.

Cojo el cuchillo que está encima de la mesa y veo que Teobaldo está listo para actuar conmigo, así como Lisandra.

O al menos es lo que creo, porque apenas doy el primer paso, mi primo me agarra de la muñeca y me retiene.

En ese momento, mientras a nuestro alrededor se hace el silencio, una voz prorrumpe, entusiasta:

—¡Mercucio!

Todos nosotros dirigimos la mirada hacia el Iniciado que ha hablado. Tiene la piel tan oscura que parece negra de verdad, y su potente físico es el de alguien que entrena todos los días. No es tan macizo como este Terencio, pero está cerca.

Sabemos quién es: Paris Aguaviva. Con él, o más bien detrás de él, está su hermano Baltasar, tan pequeño que parece incluso que el uniforme hecho a medida le queda grande.

El chico de los rizos rubios suelta una carcajada cristalina.

—¡Primo! —exclama, y va a abrazar a Paris.

Entonces este es Mercucio. Ahora todo cobra sentido.

—Esto no se ha acabado —masculla Teobaldo.

—Lo sé —responde Terencio—. Espero volver a veros —añade mientras sigue a Mercucio—. Quizá en privado. —Y guiña un ojo a Laurela, que por un momento me parece que casi se ruboriza.

—No te preocupes —le dice Lisandra a Teobaldo, una vez se han alejado—. La Primera Voz no puede protegerlos.

Él asiente.

—No prestemos atención a esos insectos —nos interrumpe Florencia, petulante como siempre—. Que no nos quiten el apetito.

Me muerdo el labio. Se me ha cerrado el estómago, y creo que a todos nos pasa lo mismo. Este solasterio de Academia será un solasterio de sangre. Si no la derramamos nosotros, serán los enemigos quienes viertan la nuestra. Comer es lo último en lo que pensamos.

Sin embargo, se produce un batimiento de silencio en el que el Decano aplaude.

Y me doy cuenta de que, en cambio, estamos todos increíblemente hambrientos. Empezamos a comer, bajo la mirada de los Ensiferios.

Es un hambre que ha aparecido de improviso, como si siempre hubiera estado ahí al acecho, en un rincón de nuestros pensamientos, y hubiera decidido salir ahora. Un hambre que nos haría engullir cualquier cosa, como si nuestros estómagos no tuvieran paredes ni límites.

Es un momento en el que comemos y bebemos y no existe nada más. Hasta Teobaldo parece haber olvidado la rabia y se da un

atracón de trozos de carne y Florencia, en cambio, me rellena la copa con un vino blanco y dulce y me sonríe al hacerlo, como si siempre hubiéramos sido amigas. Si hay malicia, no la percibo en su mirada. Oigo las carcajadas de las otras mesas, y la alegría también se me contagia. No damos ninguna importancia a los Ensiferios que todavía nos vigilan ni a mostrar buenas maneras frente a Lorenzo; entiendo que este día es para nosotros: dentro de poco ya no seremos Iniciados, sino algo nuevo, fuerte, eterno.

Mojo un trozo de pan en la salsa del jabalí y me llevo el bocado a la boca.

Y me quedo petrificada.

El olor a carne me provoca náuseas y retengo una arcada. Logro ver cada una de las fibras del músculo, cada nervio y cada fragmento de grasa que el calor del fuego no ha derretido. El vino que me he bebido antes de un trago me sube por el estómago y me quema la garganta. ¿Qué me está ocurriendo?

13

Julieta

Florencia, a mi lado, profiere un grito, se abraza el vientre, jadea. Veo que su abdomen se contrae, preso de espasmos. Brega por desatarse las correas de la chaqueta. Me parece que su barriga se hincha y se retrae, latiendo como un ser dotado de vida propia. Quisiera ayudarla, pero yo también noto una punzada en el estómago, y el dolor se me esparce hasta la base de la espalda, hasta el vientre y más abajo.

Me pongo una mano en el abdomen y aprieto los dedos como garras mientras el dolor me ciega. Es como si dentro de mí se abrieran decenas de cortes, como si toda mi sangre hirviera y quemase y fuera sustituida por lava y cristales de hielo. Abro los ojos como platos mientras frente a mí me viene una y otra vez la imagen de Altea Montesco arrancándose las venas y me doy cuenta de que su dolor no debe de haber sido nada en comparación con este y aúllo, desesperada, mientras me caigo de rodillas e intento aferrarme a la mesa…

Está sucediendo. El banquete. Nadie me había dicho que sería tan doloroso.

Teobaldo se desploma a mi lado, intenta contenerse, pero regurgita restos de comida mezclados con sangre. Al otro extremo

de la sala, Laurela brama y jadea; tiene los ojos tan abiertos que temo que la piel de su rostro vaya a desgarrarse.

Veo a un Iniciado tirado en el suelo. Chilla que algo le está creciendo bajo la piel, agarra un cuchillo y empieza a apuñalarse mientras reza a Alyaster que lo haga salir de allí, sea lo que sea, y sigue desgañitándose y llorando hasta que fallece.

Entonces noto algo en el fondo de mi garganta, una laceración que se abre y me corta y me dice que coma y beba hasta la saciedad, y mis gritos se unen a los de los demás Iniciados.

Estamos todos unidos en el dolor.

Estamos todos unidos en el hambre.

Tenemos hambre y es un hambre tan fuerte que rugimos y aullamos como bestias.

Y así veo a cadetes que asaltan a sus propios compañeros, presos de una ira que no nos pertenece. Veo a Terencio sacarse de encima de una patada a un Iniciado antes de apoyarse en la pared, jadeando. El sudor reluce en su piel negra, parece brillar alrededor de su Marca.

Un Iniciado con el pelo negro y el uniforme manchado de sangre se tambalea y vocifera sin cesar y dirige su rabia y su dolor contra el primero que tiene a tiro. Lo veo cuando deja caer el pie encima de la cabeza de un chico que yace en el suelo. El sonido del cráneo que se rompe resuena húmedo. Mi estómago se agita mientras me trago una arcada. Está viniendo hacia nosotros, y yo me siento demasiado débil para hacer nada.

Alargo la mano hacia Teobaldo. Mi primo tiene los ojos entornados. Gruño como una fiera mientras reúno todas las fuerzas que me quedan y lo arrastro debajo de la mesa para protegerlo de la

barbarie. El Iniciado nos pasa al lado, dejando una estela de sangre, mientras a mi alrededor todo se atenúa y me percato de que el dolor es demasiado fuerte y resbalo hacia la oscuridad.

Cuando vuelvo en mí, no sé cuánto tiempo ha transcurrido; el dolor es un tambor que resuena en mi carne, imposible de ignorar. Me siento vacía, y el olor a orina, a sangre y a sudor me agrede. ¡Teobaldo!

Mi primo está cerca de mí, me mira con aprensión y sigue indicándome con gestos que esté tranquila. Su uniforme está sucio de vómito y vino. Estamos sentados en el pavimento mugriento, apoyados contra el banco.

Trato de mirar a mi alrededor: el barullo de antes ha sido sustituido por una cacofonía de lamentos y llantos silenciosos, un ruido de fondo obstinado que colma el aire.

Una chica con una larga melena pelirroja y la piel blanquísima, con la magnolia de la casa de los Chentacro que destaca en su uniforme, se arrastra de bruces no muy lejos de nosotros.

Intento llamar su atención y me oye.

Cuando se levanta con los brazos y se gira hacia mí, veo que se ha sacado un ojo. Ahora, en su rostro hay una vorágine de sangre y yo vuelvo a perder el conocimiento.

Frente a mí se despliega la eternidad. Ando en un campo poblado por todas las especies de flores, que se extiende hasta el horizonte y que es mi paraíso y me nutre y lo amo porque es el prado de mis hijos y de mis hijas y es lo que más amo y lo he sacrificado todo por estas flores, y entonces ¿por qué ellas se rebelan contra mí y me apuñalan? ¿Por qué lo aman a Él, que no conoce el amor?

Pero yo estoy dispuesta a renunciar a todo, por ellos, y a pasar la eternidad guiándolos hacia mi luz y a devolverlos a mi seno.

Pero Él tiene hambre.

Abro los ojos porque Teobaldo me está sacudiendo y comprendo que he gritado. Tengo el pelo pegado a la frente por el sudor; las uñas, rotas; los labios, agrietados.

Dos Ensiferios pasan a nuestro lado. Arrastran algo.

Cuerpos. Cadáveres de Iniciados.

Para ellos, el dolor y el hambre ya han pasado. Para nosotros no.

—¿Cuántos días han transcurrido? —murmuro.

Teobaldo niega con la cabeza.

—Aquí no hay ventanas, no hay luz…

«Solo hay hambre», termino yo mentalmente. Un hambre que toda la comida que nos rodea no podría saciar, ni siquiera aunque a estas alturas no estuviera podrida ya y llena de insectos.

Es en este momento cuando los Ensiferios los hacen entrar.

Una procesión de Rápidos, hombres y mujeres desnudos excepto por las cintas rojas que los atan por las muñecas. Al verlos, el hambre se intensifica todavía más. Mi cuerpo querría abalanzarse sobre ellos, saciarse; la necesidad que siento es instintiva, algo que dormía en nuestro interior y que ahora se ha despertado. Como un lobo que por primera vez ve a una oveja y ya sabe que desgarrará carne y tendones. Y ahora comprendo.

Este es el verdadero banquete.

Cuatrocientos Rápidos listos para nutrirnos con su Tiempo y sus recuerdos, para sellar nuestro Primer Paso y prepararnos para el Vínculo.

Los Ensiferios apartan a los que, entre nosotros los Iniciados, querrían lanzarse sobre el primer Rápido disponible aullando como el más hambriento de los lobos. Hay un Rápido para cada uno de nosotros. Uno concreto.

Me percato cuando lanzan a mis pies a una muchacha rubia. Alza el rostro. Querría ser fuerte pero no logra contener las lágrimas. Solloza.

Es Liliana, mi doncella. La Rápida con quien he crecido, con quien he compartido las mañanas y las noches, la única persona junto con Netria y Teobaldo que ha mostrado una pizca de afecto por mí.

Mi alimento.

—Dejad el pasado atrás —declama Lorenzo; no tengo ni idea de si ha regresado ahora o si ha permanecido siempre con nosotros—. Nutríos hasta el último batimiento de la vida de este Rápido. Sentidlo mientras su Tiempo os llena de nueva vida y nuevo poder. No dejéis nada. Consumidlo todo: demarcad el límite que os separa de los Rápidos. No tengáis por ellos más cariño del que se tiene por un perro, porque cuando llegue el momento y os enfrentéis a las Catástrofes, deberéis estar dispuestos a sacrificar incluso lo que más queréis.

Está equivocado. Siempre hemos sabido cómo nutriríamos nuestra Pertenencia, pero nos han enseñado que no podemos ir hasta el final: cada vez que nos nutrimos del Tiempo, absorbemos los recuerdos y las emociones del Rápido. Es peligroso.

Pero el hambre… Esta hambre crece, me devora.

A mi alrededor, empiezo a oír los gemidos de los Rápidos cuando los Iniciados empiezan a comer. Gemidos que se hacen cada vez más roncos y se apagan al ser absorbidas todas y cada una de las

gotas de esencia vital. Cada recuerdo. Cada batimiento de vida, cada lateluna y cada solasterio. Cada minúscula fracción de su vida mortal sirve para nutrir nuestro poder. Lo absorbemos en nuestro interior. Es el ciclo de Edén.

No, no para mí. No puedo. Miro a Liliana a los ojos. No quiero devorarla, no quiero.

Teobaldo, a mi lado, se está nutriendo con placer, recupera el color y su sufrimiento se aplaca. Pero llora al tiempo que se nutre; las lágrimas le surcan las mejillas. También es así para Florencia, que se lamenta y se balancea hacia delante y hacia atrás meciendo el cuerpo sin vida de su Rápido. Laurela grita y la estrecha entre los brazos, y llama a su madre mientras la Rápida que tiene consigo exhala su último aliento. Ahora ya no es más que una cáscara vacía, su piel parece de pergamino. No son sus emociones, no solo: es el miedo de los Rápidos, que los invade y los llena. Es eso lo que nos sucede cuando nos nutrimos: absorbemos el Tiempo de los Rápidos, y con el Tiempo vienen los recuerdos, y con los recuerdos, las emociones.

Ahora, en esta sala, solo hay desesperación y terror.

El joven Malvecio ha absorbido la esencia vital de una mujer, la ha reducido a una momia y en su piel estirada el maquillaje rojo de las prostitutas destaca todavía más.

—Duele —lloriquea él, y se dobla en dos dejándose caer al suelo.

Pero yo no quiero ser como ellos, los Extrema Sangre no pueden ser así. No podemos ser fieras inclinadas sobre nuestras presas.

Me retengo, no me agacho hacia Liliana y me mantengo firme, de pie entre estos animales desesperados que son mis compañeros. Sé que no comer es un crimen, que va contra la Ley y las Tradiciones,

que está en nuestra naturaleza y que debemos hacerlo para proteger Edén. Pero no quiero.

Y advierto que no soy la única.

Hay otro que está en pie. Otro que resiste.

Romeo Montesco, frente a su Rápida, que se toca el pecho con un dedo dos veces, a la altura del corazón. Él le devuelve el gesto con una sonrisa triste.

Solo quedamos nosotros dos: de cuatrocientos Iniciados, solo Romeo y yo hemos desobedecido al Decano Lorenzo Monforte. Solo nosotros hemos desafiado las Tradiciones y las Leyes, ganándonos quién sabe qué castigo.

Por un batimiento, nuestras miradas se cruzan. No sé lo que significa, es como una caricia antes de la muerte.

14

Romeo

La chica que está de pie a mi lado es la misma que en el anfiteatro me ha hecho sentir culpable por haber pensado que era hermosa. Algo en ella ha cambiado y no parece la misma. Y no solo por el pelo, pegado a la frente y empapado de sangre y sudor, ni por el traje impecable ahora manchado de muerte, ni por el labio abierto que le ha teñido los dientes de rojo. Son sus ojos los que han cambiado. Aunque creo que todos nosotros tenemos la misma terrible mirada en que el dolor se difunde con rapidez junto con la consciencia de que nuestra infancia ha acabado para siempre jamás.

Sin embargo, en ella capto otro matiz, y pondría la mano en el fuego a que es odio. Nunca me equivoco cuando se trata de entender qué sienten las personas en lo más íntimo. Podría ser contra mí, para variar, pero no la conozco, así que creo que es por todo lo que está sucediendo.

A sus pies, una muchacha le suplica que no la mate. Ha visto bien lo que le espera, sabe que no puede huir y alberga la esperanza de que su ama tenga la posibilidad de salvarla, mas no es así. Yo tampoco la tengo. El hambre me devasta. Es un vacío que parte de la garganta y llega hasta el estómago. Por cómo contrae los

músculos de la cara, creo que la Iniciada a mi lado también está sintiendo el mismo dolor. Antes o después acabará cediendo.

Nos han pedido que hagamos algo horrible. Inútil y horrible. ¿De qué ha servido esta masacre? ¿Para demostrar que podemos ser crueles? ¿Despiadados? ¿Que en caso de necesidad no nos detendremos ante nada? Eso nuestros maestros ya lo saben. Nos exponen al horror desde que somos niños. Todo nuestro sistema está basado en la crueldad y en el control. No, hoy han hecho una selección. Solo los mejores de la raza se convertirán en Extrema Sangre. Y los mejores no mueren por el dolor, no pierden el juicio por el hambre y no lloran por un Rápido. ¿Cuántos de nosotros han perecido con sueños de gloria todavía entre las manos? No logro recordarlo, pero en el pavimento hay demasiada sangre para haber sido pocos. Vuelvo a pensar en Alteo Valfiero y en su horrible final; el de los que se han destripado unos a otros o se han arrancado la carne no ha sido mejor. No puedo evitar pensar en mi hermana Domiciana ni en todos mis hermanos. ¿Ellos también habrán muerto así? Las acusaciones de mi madre contra la Academia, mientras se arrancaba las venas, ahora cobran sentido. Es ahora cuando sus palabras me parecen verídicas y las de Escalo se me antojan embusteras: «Ofrecemos a hijos e hijas por la gloria de Alyaster».

Somos obsequios en una fiesta de muerte. Creía que recibir la Pertenencia era peligroso, y ahora se ha convertido en el menor de mis problemas.

La Congregación no es una Academia, es una masacre.

A mi alrededor, los Iniciados están exhaustos. Heridos. Puede que saciados, pero llenos de dolor y recuerdos que no les pertenecen. Hará falta un tiempo antes de que los recuerdos se conviertan en

polvo como sus legítimos propietarios. Rápidos que estaban hechos de carne y hueso ahora son solo una serie de montoncitos grises sobre la piedra.

Mercucio, en el suelo, estrecha la cinta roja del Rápido que ha absorbido. Creo que era alguien importante, pues está sollozando. Terencio está tan hecho un ovillo que podría ocupar el espacio de un niño. Incluso Benvolio observa el cúmulo de polvo a su lado y le pasa las manos por encima lentamente, tal vez como hacía con los cabellos de ella. La he reconocido enseguida cuando ha entrado en la sala: Lucila. La Rápida que hace pocas cadencias (¿o días?) se ruborizaba lavándome en la pila que olía a enebro. A mi primo le importaba más de lo que imaginaba. En una esquina hay una chica, alta como una amazona, con un único ojo porque el otro ya no lo tiene; he visto cómo se lo sacaba durante nuestra transformación, y sin embargo no sufría tanto como está sufriendo ahora por alguien que ha perdido. Hasta los Capuleto parecen humanos. Folco está sentado con las piernas juntas entre los brazos; su larga melena negra le cubre el rostro, que tiene apoyado en las rodillas, quizá él también esté llorando. Nadie se le acerca. El horror que hemos vivido no será nada si él tuviese que transformarse. Solo una figura está de pie apoyada en la pared. A pocas pulgadas de distancia de Folco. Ella no tiene miedo. Se limpia la sangre chupándose los dedos, y pondría la mano en el fuego a que no es suya: la Seca. Las mejillas hundidas delinean a la perfección su calavera. E infunde pavor. Me mira y tensa los labios. No es una sonrisa. Es una mueca sarcástica.

Rufina, mi nodriza, da un paso hacia mí y yo doy uno hacia atrás. No sé cuánto tiempo lograré resistir. Me sonríe sosegada negando

con la cabeza. Tiene la misma actitud de cuando yo era pequeño, pero esto no es una maldita pataleta.

—Romeo —me dice, también con la misma voz dulce de cuando quiere obtener algo de mí—, debes hacerlo. Sé valiente.

—¡No! —Niego con la cabeza—. ¡No, no, no! —No grito, pero querría hacerlo. Mi tono es seco y resoluto. Creo que el coraje no tiene nada que ver con el homicidio.

—Por favor —me susurra.

Aquí estamos de nuevo, como cuando yo lloraba porque me había hecho daño o porque no quería estudiar o comer una fruta. Y ella intentaba convencerme, o me consolaba.

Pero aquí no se trata de un rasguño en una rodilla ni de comerme una manzana que no me gusta. Aquí se trata de poner fin a su vida. La amo demasiado para privarme de ella.

Cuando empieza a hablar, está tan serena que se me cierra la garganta.

—Para mí has sido mi niño. Dios me los quitó siempre pronto dejándome la leche sin nadie que se alimentara en mi seno. No ha querido darme hijos míos, y a menudo me he enfadado por eso. —Hace la señal de la cruz—. Que él me perdone, llegué incluso a blasfemar. Y luego tu padre, bendito sea, me acogió en vuestra casa. Crie a tus hermanos y a tus hermanas, y los lloré con vosotros, todas las veces, cuando la Congregación no nos los devolvió. Y blasfemé de nuevo tanto contra mi Dios como contra el vuestro. —Vuelve a hacer la señal de la cruz—. Pero cuando tú llegaste, cuando te abracé y amamanté, y apoyaste tu manita en mi pecho, comprendí que todo lo que no tuve, todo el dolor que soporté, fue para llegar a ti. —Me toma el rostro entre las manos y esta vez no

tengo el valor de dar un paso atrás. Me besa en la frente—. He tenido una vida repleta de maravillas. He descubierto y conocido cosas que para los demás serán siempre un misterio. Nos llamáis Rápidos, pero mi vida ha sido tan intensa que me ha parecido tan larga como la de cualquier Edenita. —Sus ojos se humedecen ligeramente; la voz le tiembla un poco, pero sigue mirándome con la misma dulzura de siempre—. En cada Congregación vuestra también desaparece uno de nosotros. Y es al que estabais más unidos. Me hace feliz saber que tu amor es para mí. Y me hace feliz regalarte el poco Tiempo que me queda para hacer que te conviertas en un Extrema Sangre. —Luego su mirada se vuelve severa, los músculos de su rostro se tensan, su voz perentoria baja un tono—. Debes nutrirte de mí, Romeo. —El cambio inesperado me desorienta. Pero es solo un momento, y en un batimiento vuelve a sus maneras maternales.

No voy a nutrirme de ella.

Apoyados en la pared, saciados y doloridos, todos los demás Iniciados nos observan: a los dos que no han seguido las reglas, que desafían el sistema. Los dos rebeldes que no quieren nutrirse a pesar de que el hambre los devasta. Creerán que somos idiotas. Inútilmente piadosos. Que se vayan todos al diablo. Yo no lo haré.

El Decano, un tanto más allá, nos observa con los brazos cruzados. Aguarda. Parece paciente, pero en su mirada se cruzan sombras. Con el rabillo del ojo vislumbro a Teobaldo, que se levanta con dificultad. Se está dirigiendo hacia la Iniciada. Yo también doy un paso hacia ella, para protegerla. Más vale que el Capuleto no me dé una ocasión para descargar la rabia, el disgusto y el dolor que

ahora vibran en todo mi cuerpo. Podría convertir a Teobaldo en polvo sin absorber su Tiempo.

Ella advierte mi movimiento y coloca una mano donde debería estar su espada. No lo entiendo. Le doy miedo.

Teobaldo le toca un hombro. En su rostro no hay nada del arrogante joven que conozco: su expresión es dulce, tranquilizadora.

—Julieta —dice con la voz tan delicada como su tacto—, debes comer. Tienes que hacerlo.

Me cuesta algo de tiempo comprender lo que he oído.

¿Julieta?

¡Ella es Julieta Capuleto!

La consciencia de este descubrimiento me deja petrificado.

Ella es la hija de mi peor enemigo. Del hombre que mató a Bastiano. Y no es una hija cualquiera, es su única hija. La única que su mujer fue capaz de parir. En un mundo donde incluso los Rápidos se reproducen como conejos, su descendencia es mínima. Teobaldo y su pandilla de primos son como hijos para él, pero Julieta es su diamante, que ha mantenido escondido en el palacio precisamente junto a las piedras más preciosas. Sabía que existía, pero nunca la había visto. No sé por qué el descubrimiento me deja tan trastornado, pero me doy cuenta de que tengo la boca abierta y continúo mirándola de hito en hito.

Teobaldo está intentando convencerla, pero ella no quiere saber nada de comerse a la Rápida, y eso también me asombra: ¿quién imaginaba que los Capuleto eran capaces de tener sentimientos?

Julieta se saca de encima la mano de su primo.

—No. ¡No lo voy a hacer! —le dice perentoria. Eso basta para que la Rápida se ilumine de esperanza. Tendrá más o menos nuestra

edad, pero ella no creció pensando en la muerte. Tiembla y tiene miedo.

—¿Qué es lo que miras, Montesco? —me dice Teobaldo con desdén. En este momento, su rabia desentona. Su voz es demasiado alta. Insulta el silencio que reina en la sala. Todos nosotros estábamos susurrando, delante de la muerte. No tengo fuerzas para responder y agacho la cabeza. Que se lo tome como un gesto de rendición. En este momento no me importa un comino.

Oigo un ruido similar a un chirrido y luego una corriente de aire levanta el polvo, que de golpe nos azota el rostro. Podría ser arena en jornadas ventosas, como aquellas en que mis hermanos y yo jugábamos a perseguirnos en las playas de Sirmione, cuando mi madre iba a visitar a su familia. Pero esto no es arena, es lo que queda de los Rápidos. Bebidos, devorados, hasta su último batimiento. Es un momento. Luego pasa. Y el polvo se deposita encima de nosotros. Nos volvemos blancos: pequeños panaderos sucios de muerte.

A los Ensiferios ya presentes en la sala se les suman otros. Por el ruido de pasos que oigo son numerosos, y se posicionan a lo largo de todo el perímetro.

El Decano se acerca al centro y habla para toda la sala, pero sé que el discurso va por nosotros.

—El precio de la Pertenencia es el Tiempo. Es un coste que todos pagamos. He visto a amigos en la batalla convertirse en polvo como vuestros Rápidos, y no he tenido tiempo de lamerme las heridas y llorar. Han consumido centurios con la velocidad con la que una sombra desaparece en la oscuridad y en esa oscuridad también han sido engullidos. —Hace un gesto teatral con la mano, lo que me da a

entender que a cada Congregación le recita este idéntico discurso—. La naturaleza siempre nos presta ayuda. Nos recuerda con la sed que debemos beber, y con el hambre que debemos comer —continúa paseando por la sala, impasible a estar pisando polvo y sangre—. Y con esa hambre *particular*, que crece cuanto más se usa la Pertenencia y más envejece nuestro cuerpo, nos recuerda que debemos nutrirnos. En la batalla, si no lo hiciéramos nos convertiríamos en polvo y nuestro enemigo vencería. Los carros de los Rápidos que nos acompañan son tan importantes como nuestras espadas, como nuestras Pertenencias, tal vez más. No os preocupéis, el hambre nunca será más intensa de lo que ha sido estos días. Habéis cambiado. Vuestro cuerpo ha cambiado. La transformación ha requerido sacrificio y os ha consumido. Y el hambre se ha vuelto visceral. ¿Acaso no gritan los niños al nacer para buscar el seno de la madre? Es lo que vosotros sois hoy. Niños hambrientos, que hacen mucho ruido y cogen alguna pataleta. —Creo que esta última palabra es para nosotros, aunque no se gira para mirarnos—. Pero al crecer —continúa el Decano—, resistimos a los impulsos, razonamos sobre las propias acciones… Así será vuestro deseo, doloroso a veces, pero razonable. En cualquier caso, el placer de recuperar cadencias o solasterios o centurios perdidos será suficiente para incitaros a ir hacia el primer Rápido disponible. —Da un golpe de efecto en la sala mirándonos a todos—. Seguramente habréis notado que nuestros Rápidos llevan unos convenientes bozales. —Querría sonreír, pero sus labios esbozan una mueca cruel—. Si sorprendo a alguno de vosotros, pequeños miserables, quitando uno de los bozales a nuestros Rápidos sin nuestro consentimiento…, hambre o no hambre…, bueno,

descubriréis qué significa no cumplir mis deseos. Os nutriremos, en esta Temporada, pero decidiremos nosotros si lo hacemos y cuándo. Por lo demás, continuaréis comiendo y bebiendo lo necesario para vivir. —El Decano ha vuelto a hablar con indiferencia, como si todo eso no le concerniese—. El nutrimiento de los Rápidos no sustituye al agua y al alimento, pero basta un solo beso de Tiempo para permitiros privaros de ellos durante días. Los aguijonazos del hambre y la sed no desaparecerán. Otra cuestión de máxima importancia: durante los combates, la Asonancia reverbera, y gracias a eso el precio de Tiempo que pide la Pertenencia es infinitamente menor. La Academia goza del mismo privilegio, pero vosotros no sois Extrema Sangre. No tenéis centurios. No disponéis más que de dos solasterios; algunos, de menos. Cuando las Pertenencias empiecen a hacer cantar a vuestra sangre, y lo harán muy pronto, las usaréis aun sin querer. —Hace un gesto de fastidio con la mano—. De un modo totalmente impropio e inadecuado, pero lo haréis. Y consumiréis Tiempo muy deprisa. Pero no os convertiréis en polvo, porque hasta que la Lectora no os lea la Pertenencia, elevándoos a Extrema Sangre, solo dos solasterios os separan de transformaros en Selfieras. Un destino mucho peor que la muerte, mucho peor que decidir nutriros, mucho peor de lo que habéis experimentado hoy.

Miro a Folco, en una esquina de la sala, y no soy el único; otros lo están haciendo. Nosotros al menos tenemos uno o dos solasterios, pero él solo cuenta con algunos latelunas. Veo que se estremece mientras baja la mirada.

El Decano se vuelve hacia Julieta y hacia mí. Y su voz parece meterse bajo mi piel.

—Ahora bien, el hecho de que a pesar del hambre que os devasta vosotros dos todavía no hayáis empezado a comer… me preocupa. Me fascina vuestra fuerza de voluntad y me disgusta vuestra falta de obediencia. —La voz del Decano es sosegada. Y justamente por eso me da pavor. Hace una seña a los Ensiferios. Cuatro de ellos se acercan a las dos únicas Rápidas que han quedado vivas. Hago ademán de lanzarme sobre Rufina, pero alguien me retiene. Detrás de mí, dos Ensiferios más me aferran el brazo. Doy coces y grito. No hay nada que hacer. Me doy cuenta de que me elevan del suelo algunas pulgadas. Competir con los Extrema Sangre es imposible, y sin embargo continúo. A Julieta también la sujetan. La veo agitarse como yo. Se gira velocísima y logra morder una mano de su captor. Creo que le ha arrancado un pedazo de carne, porque él grita, agarrándose la mano ensangrentada. El otro Ensiferio le arrea un puñetazo en la cara. Pero ella no se detiene. Se levanta del suelo y vuelve a atacar. Enseña los dientes manchados de sangre; tiene los ojos llenos de rabia. Se necesitan dos guardianes más para retenerla. Tiene la fuerza de una Selfiera y es igual de salvaje. No me sorprendería que la encerraran en una jaula. Mercucio y Terencio vienen en mi ayuda. Niego con la cabeza. Están vivos y quiero que sigan así.

Cuando los guardianes arrastran a Rufina y a la otra Rápida hacia la pared, los Iniciados se apartan para dejarlos pasar. Nadie intenta entrometerse, aunque veo que Teobaldo echa humo.

Yo doy coces al aire rugiendo que dejen a Rufina en paz. Obviamente, nadie me hace caso. Julieta también grita, bufa y se agita. Luego, sin saber qué más hacer, escupe a la cara del Ensiferio que la sujeta. Tiene los labios hinchados por el puñetazo que ha

recibido, pero su puntería es excelente y el grumo de saliva da en el blanco.

—¡Ahora basta! —dice el Decano. Todos obedecen. Yo también brego por apaciguarme, pero la ira hierve en mi interior, incendiándome. Los Ensiferios nos dejan en el suelo, pero sin soltar la sujeción.

—En pie —dice a los demás Iniciados—. No somos bestias. ¿Verdad?

—No, no lo somos —gruño—. Las bestias siempre tienen un motivo para matar.

—Ah. ¡El joven Montesco! —Se acerca divertido. Vuelvo a ver aquel brillo en sus ojos, el que he percibido fuera de Puerta Imperia, y pienso que este hombre me infunde terror. Podría pisotear la cabeza de alguien bailando encima mientras canturrea una cancioncilla—. Me acuerdo de tu hermana. La habría hecho feliz convertirse en Trasladora, si no me equivoco. Una chica generosa. Con mucho potencial. Lástima que el poder no la estimara digna.

Si antes gruñía, ahora rujo.

—¿Digna? ¿Hay dignidad en morir arrancándose la carne para no enloquecer? ¿Hay mérito en el homicidio de estos Rápidos? Sois todos unos asesinos. —Mis ojos se transforman en dos hojas—. Y si vuelves a hablar otra vez de mi hermana, te arranco esa lengua a mordiscos. —Mi furia sigue propagándose. Querría parar, pero no lo logro.

Con mis palabras, a Benvolio se le corta la respiración y los Ensiferios desenvainan las espadas, pero el Decano alza la mano y los detiene. Se me acerca hasta que no nos separa más que una pulgada. Me mira de hito en hito, sopesándome; su aliento huele a

madera. La centella en su mirada no se ha apagado. Y cuando me sonríe, creo que apesto a miedo. Sé que él lo huele, pero le aguanto la mirada.

—Pequeño excremento de ratón. ¿Qué creías que era la Congregación? ¿Un viajecito con uvas, panecillos calientes y vino especiado? —Se aleja de mí y se dirige a la sala. Su voz se mantiene fría, controlada—. Nosotros no criamos a los soldados como hacen los Rápidos para hacer de ellos carne de matadero. Nosotros creamos Extrema Sangre que sienten placer follando con el peligro. Si ahora descendierais a primera línea, si ahora vierais una batalla, os cagaríais encima dentro de estos uniformes de los que os quejáis. —Resopla con desdén—. Os han criado como a niñatos. Protegidos en vuestros palacios jugando a la guerra. —Se gira con la velocidad y la mirada de una víbora, pero no sibila, sino que alza la voz unos tonos, y es suficiente para hacernos deglutir un poco de temor. Sus mejillas se ahuecan todavía más—. ¡Vosotros no sabéis lo que es una guerra! Os escandalizáis por haber visto una pelea que ha acabado mal. ¿Y qué sucederá cuando debáis luchar mientras la tierra tiembla bajo vuestros pies, o la lava os quema la carne, o el agua os lance varias pértigas hacia atrás inundando vuestros pulmones, o el viento sea tan fuerte que os arranque las extremidades? Y mientras toda la naturaleza se rebela contra vosotros, hordas de Incorpóreos intentarán cortaros la cabeza. —Se acerca a las dos Rápidas, que ahora han sido atadas a las cadenas que cuelgan del techo. Sus pies buscan desesperadamente un apoyo en el suelo, pero las puntas solo logran rozarlo. Rufina le mantiene la mirada y él le corresponde por algunos batimientos. En cambio, la

otra ahora llora en silencio; el Decano le roba una lágrima con el dedo y luego le acaricia un seno, dejándolo húmedo.

Julieta salta:

—¡No le pongas la mano encima! —Las palabras no salen claras; la mandíbula debe de dolerle horrores, y sin embargo no para de gritar—. ¡No la toques, desgraciado!

—¡Julieta! ¡Cállate! —Teobaldo trata de devolverle la razón a su prima. Pero ni ella ni yo parece que tengamos.

Lorenzo no cesa de jugar con la Rápida; le toca el pelo, le pasa el dedo por los labios, parece que esté haciendo de todo para acrecentar la ira de Julieta. Como si fuera necesario.

—¿Piensas que la vida de esta Rápida es importante? Dime, Julieta Capuleto, ¿qué harás en la guerra cuando necesites el Tiempo de diez, quince, veinte Rápidos? ¿Y cuando sean niños? Valiosísimos, puesto que tienen más Tiempo que los demás. ¿Se lo ahorrarás? ¿O te traerá sin cuidado puesto que no los conoces? Y entonces te los beberás sin saber qué significa absorber también sus recuerdos, su dolor. ¿Cómo impactará ese torbellino de emociones en tu pequeña cabecita mientras estás luchando también por ellos? Sí, exacto. También por ellos. Edén también es su casa. Nuestra guerra es su guerra. Y en la batalla suele ser la cantidad de vidas sacrificables lo que determina la victoria. —La voz del Decano adopta un matiz paternalista, irritante.

—Ahora no estamos en guerra —digo.

Él suelta una risilla y se vuelve hacia mí.

—Siempre estamos en guerra. Y en guerra cada decisión conlleva un precio que pagar. Espera a que os lo enseñemos.

Con una señal de la cabeza llama a un Ensiferio, que se acerca a la Rápida.

—Última oportunidad, Julieta —concede.

—Que te jodan.

No creo que nadie haya hablado jamás al Decano de la Academia de esta manera. Todos nos observan, puede que crean que estamos chiflados; tienen razón, pero no logro inclinar la cabeza. La ira sale del corazón de Julieta y alimenta la mía. ¿O soy yo quien alimenta la suya? Ella es una Capuleto, no puedo compartir nada con ella, pero la furia, eso quizá sí. Nos envuelve y nosotros nos dejamos arrastrar por ella. Es liberadora, cuando notamos que escarba agujeros en nuestro interior como las polillas en la madera.

Lorenzo nos mira, casi complacido más que ofendido. Luego asiente hacia el guarda, que empieza a hacer rotar el pulgar contra el índice. Y yo me preparo. No sé con qué Pertenencia cuenta. El uniforme de los Ensiferios tiene el cuello alto adrede, para que nadie sepa cuál es su poder.

Al principio no sucede nada.

Luego la Rápida empieza a moverse gimiendo. Su rostro enrojece. Pequeñas gotas de sudor le perlan la cara. Resbalan por sus labios y le pegan el pelo a la frente. Le viene alguna arcada que interrumpe su lamento, y después se estremece con un fuerte temblor. Cuando se detiene empieza a chillar. No pensaba que se podía chillar de este modo. Sus ojos vierten sangre, que se mezcla con el sudor. Nuestros impulsos también se derriten y la cólera se amasa con la impotencia. Julieta grita junto a la Rápida, ordena que paren, amenaza, incluso llega a suplicar, hasta que la veo derrumbarse: las manos juntas, la cabeza sobre la piedra. Repetidas veces promete que lo hará, que

absorberá todo el Tiempo de la Rápida, pide perdón, ruega. No sirve de nada. Su dolor es idéntico al mío. No me había percatado, pero estoy gritando, yo también ruego que paren, mientras los demás Iniciados observan sin abrir la boca. Incluso los Capuleto, incluso Teobaldo está trastornado por lo que ve. Solo la Seca, que sigue apoyada en la pared, tiene la boca abierta y las narinas, dilatadas, olfateando cada momento de dolor.

Quisiera que esta tortura acabara. Pero no cesa. Aumenta. En el cuerpo de la Rápida aparecen pequeñas ampollas que estallan con bocanadas de calor.

Se le parten los labios.

Se le lacera la piel.

Y luego…

… prende fuego.

El Ensiferio, que evidentemente es un Ardefrío, deja de rozarse los dedos y regresa a su posición. Su rostro ha envejecido. Me pregunto cuántas cadencias ha costado impartirnos esta atroz lección y de quién las robará. El Decano se le acerca. Lo mira y luego lo besa. Y mientras la Rápida arde entre llamas, el Ensiferio recupera las cadencias perdidas. El Decano es un poderoso Eternante; podría haberlo simplemente tocado para pasarle el Tiempo, y en cambio lo ha besado. Ha sido una exhibición para nosotros. Todo esto no es más que una gran exhibición para aterrorizarnos, impresionarnos. Por lo que a mí respecta, les está saliendo a la perfección.

El olor a carne quemada se me mete en la garganta.

Tengo ganas de vomitar. Lorenzo se me acerca.

—Romeo…

No hace falta que añada nada más. Asiento. Lo haré. Mataré a Rufina. No permitiré que se queme ni sufra de esta manera inhumana. Ignoro de dónde sacaré las fuerzas, pero debo hacerlo.

—Buen chico —me susurra.

Doy un paso hacia mi nodriza. Me imagino que le duelen los brazos, sus pies rozan el pavimento, el miedo la devora, pero en realidad la veo como si estuviera flotando en su última danza. Pido que la desaten y me doy cuenta de que por mi tono se trata de una orden, que obedecen. No por mí, desde luego, el Decano Lorenzo debe de haber dado su consentimiento.

Ella no se tiene en pie. La tomo en brazos, como ella hizo conmigo muchísimas veces. Mueve los labios. Acerco mi oído. Su voz es un susurro.

—Romeo. No se te ha revelado nada antes, porque sabíamos que este momento llegaría. Yo soy tu prueba. Yo soy una mensajera. Cómeme. Conoce la verdad. Y libéranos a todos. —No entiendo lo que me está diciendo, intento pedirle explicaciones, pero advierto la sombra del Decano encima de nosotros.

Rufina cierra los ojos. Yo me acerco, le tomo el rostro entre las manos y la beso en la boca. Me parece una traición; no le estoy dando cariño, le estoy arrebatando la vida. Qué elección más mezquina, la de sellar con un beso la muerte de un Rápido.

Su primer recuerdo me llega cuando una arruga profunda empieza a surcarle el rostro. Es ella de niña, que juega feliz pensando que la vida nunca se portará mal con ella, y luego cuando pierde su primer hijo, y después apalizada por su marido, y yo percibo cada golpe. Soy el blanco tendido en el suelo en posición fetal mientras los puntapiés de su marido me alcanzan el vientre. El recuerdo cambia.

Veo cómo huye de su casa corriendo. Corro con ella. ¿La veo llorar o soy yo quien llora? Mis labios repiten palabras que no he dicho, carcajadas que no he soltado. Me regocijo en los momentos con los míos. Me enfado con quien no conozco. Sus memorias corren por mi mente, mientras su Tiempo disminuye y pasa a ser mío. No todas son claras, pero algunas son tan precisas que las podría observar desde distintos puntos de vista. Ajeno y sin embargo partícipe del mismo momento. Todo el amor que tiene por mí lo siento dentro de mi corazón, y no creo que nadie pueda nunca amarme con semejante fuerza.

Y es en este preciso momento cuando me aparto de ella. No lo soporto. La miro. Su peso es ligero entre mis brazos. Demasiado ligero. No puedo continuar.

—¡No! —Rufina tiene la voz ronca. Su pelo es todo blanco. Su rostro está lleno de arrugas y tiene los ojos anegados—. ¡No te pares! ¡Por favor! DEBES HACERLO, Romeo. Debes salvarnos.

Veo mis lágrimas en su rostro.

—Rufina, te equivocas. Yo no sé salvarme ni a mí mismo. Moriré aquí. Ningún Montesco…

Ella me interrumpe.

—Tú no eres como los demás, Romeo.

Exacto. No lo soy. Nunca lo he sido. No quiero cargar con el peso de esta culpa. ¿Miserable? ¿Cobarde? Hay que ser valiente para matar, y yo no quiero serlo. No encontraré ayuda en quien me está mirando más allá de la red de Ensiferios que nos retiene, y sin embargo la busco con desesperación. Quiero comprensión. Cruzo mi mirada con la de Julieta. Me mira, pero no me ve. Tiene la mirada perdida dentro del espacio que ocupaba el cuerpo de su Rápida.

Está hechizada por su consternación. Un grito la despierta. Es el mío. Tengo en los brazos a una muñeca de trapo y grito.

El Decano llama de nuevo al Ardefrío, que se coloca a nuestro lado.

—Romeo —me dice sentándose en cuclillas. Susurra y me entra en el cerebro—, sabes lo que le espera si te niegas a hacerlo. Te dejo un esimio. Y luego mi Ensiferio intentará averiguar qué ocurre si en lugar de incendiar la sangre, la helamos.

Miro a Rufina y sé que no puedo, que debería, pero no puedo. Agacho la cabeza. El Decano suspira, pero antes de que pueda decir nada más, una figura salta hacia mí, aferra a mi nodriza y estampa sus labios contra su boca.

Julieta.

Empieza a absorberla a toda velocidad. Todo sucede tan rápido que yo me quedo desorientado. Uno de los Ensiferios se aparta del grupo, desenvaina la espada y la hunde en el centro del pecho de Rufina, matándola. Julieta se ve arrojada a unos brazos de distancia. La separación ha sido demasiado brusca. Antes de que Lorenzo pueda reaccionar, el Ensiferio dirige la espada hacia sí mismo, me mira y la empuja contra su corazón. La muerte es instantánea.

Lorenzo se precipita hacia él, pero no hay nada que hacer. Percibo su furor, pero también su frustración. En este momento tengo clarísimo lo que está sintiendo: miedo. Ha ocurrido algo que no había previsto, y ese algo lo ha trastornado.

—Limpiad esta pocilga —dice antes de irse.

Apenas sale yo me abalanzo sobre Julieta y la zarandeo. Parece hechizada. ¿Cómo ha podido cometer un acto tan vil? La agarro por la solapa y acerco su rostro al mío. Nadie se acerca a nosotros; los

Ensiferios, que temen más locuras, lo impiden. Pero la muerte de Rufina ha despertado los ánimos de todos. Teobaldo querría quitarme a Julieta de las manos, Mercucio me insta a calmarme. Veo cómo se agolpan mientras los guardianes los apartan a empujones. Yo no escucho a nadie. No quiero oír a nadie.

—¿Por qué? Solo era mi nodriza. No era una Montesco. ¿Por qué lo has hecho? —Tengo la voz rota por la cólera. Miro a esta Iniciada que antes me pareció que era hermosísima y a la que ahora odio con cada fibra de mi ser. Y no por el apellido que lleva; la odio más allá de eso, la odio más que eso. Creo que la voy a odiar para siempre jamás.

Julieta no reacciona. Se mece mientras murmura una melodía. Aflojo la sujeción. Conozco esa canción. Rufina me la cantaba todas las noches, cuando me acunaba en sus brazos y yo…

… dormía.

Yo dormía.

Lo repito en mi interior, incrédulo.

Los Edenitas no duermen. Ninguno duerme. Nunca. La Enfermedad del Encantamiento es una maldición rara, hoy en día casi erradicada. Me habrían matado incluso antes de gimotear. Y sin embargo, el último momento que Rufina me ha ofrecido es ella, que me mira durmiendo, cantándome una nana. La misma que ahora mi enemiga murmura entre sus labios. Cuando abre los ojos, veo un lago de amor. Alarga una mano y me acaricia el rostro. Y con la misma voz de Rufina, como si hubiera regresado de la ultratumba, me dice:

—Eres mi Romeo, y solo a ti te ofrezco todo mi amor.

… Y luego se desmaya en mis brazos.

15

Romeo

Es un tizón ardiente que quema demasiado. La suelto y cae inerte encima de la piedra. Su cabeza se estrella contra el suelo. Los brazos descoyuntados, las piernas dobladas de una forma extraña. Por un batimiento creo que está muerta, pero enseguida veo que su pecho sube y baja.

No siento alivio.

La miro como se mira a un ladrón descubierto con las manos en el botín, solo que ella no me puede restituir nada, ni la vida de Rufina ni sus recuerdos.

Los Ensiferios nos separan: a mí me arrojan contra una pared y a ella la arrastran por los brazos. Sobre la piedra va dejando un rastro de sangre, que proviene de su cabeza.

No siento culpa.

Teobaldo intenta correr hacia su prima, pero un Ensiferio lo detiene con un puñetazo en el estómago. Vuelan unos brazos, de la misma manera descoyuntada en que se cayó Julieta. Respira con dificultad. Sansón, de gruñido fácil, lo alcanza y propina dos puñetazos en mi dirección, como si lo hubiera golpeado yo. No tengo tiempo para esto.

La corriente de aire vuelve una vez más, siempre con ese irritante chirrido. ¿De dónde viene? ¿Y el ruido? Lo vuelvo a oír y advierto de nuevo el aire que me enfría. Lo huelo. Tiene un olor particular. Me resulta familiar. Viene de mi infancia. Pero no encuentro el día para emparejar el recuerdo. Es un olor más fuerte que el de sangre, vómito y comida desparramada por la estancia. Se superpone incluso al hedor a cólera y miedo que transforma nuestro sudor en efluvios agrios e intensos.

Otros guardianes entran en la sala sosteniendo entre las manos largas cadenas con un grillete de hierro en cada extremo. Nuestra bienvenida a la Academia no ha terminado. Quizá debamos simplemente morir todos.

Todos aquí.

—¿Estás bien? —Mercucio se me ha acercado, reptando para pasar desapercibido. Tiene la cara hinchada. La parte derecha está tan inflada que, donde antes estaba el ojo, ahora solo se ve una línea. Su cuello presenta arañazos en varios puntos. El brazo derecho le cuelga de modo insólito; se le debe de haber salido el hombro. Sus hermosísimos rizos rubios están manchados de mugre y sangre. Logra estar guapo incluso así. Increíble.

—La mar de bien —respondo, y echo a reír. Una risa nerviosa, airada. Me duele el rostro. Debo de tener algún hueso roto en la cara. Y dado que reír me provoca punzadas a la altura de las costillas, me imagino que alguna se habrá fracturado—. ¿Te ha contado tu tío lo que nos aguarda? —pregunto, esperando algo de ayuda. Susurramos para que no nos oigan.

—No. Ser el sobrino de la Primera Voz no me ha dado ninguna ventaja, y a juzgar por lo que veo, ser sus hijos tampoco. —Con un

gesto de la cabeza, me señala a Paris y a Baltasar, al otro lado de la estancia. El segundo está gravemente herido. Se le balancea la cabeza y tiene los ojos cerrados. En alguna parte tiene sangre, que le resbala por la casaca. Su hermano lo protege. Es la fiera en la entrada de Tebas, pero ni siquiera la respuesta correcta a una adivinanza te permitiría tocar al hermano menor. Cuando los Ensiferios se acercan, le propinan varios golpes para apartarlo. Él lucha pero al fin cede, y los guardianes encadenan a su hermano a un Iniciado.

Su pelo es blanco y finísimo, y lo lleva perfectamente limpio y peinado. Ese candor es deslumbrante y desentona en la sala. Es algo totalmente fuera de lugar, un poco como él. Tiene los labios rojos, así como el iris de sus ojos. No es muy alto, pero sí robusto de músculos ágiles. Se mantiene aparte, en silencio. Cuando los guardianes se acercan, ofrece los brazos sin oponer resistencia. Lo encadenan y luego observa el grillete de hierro como podría mirar una joya preciosa que le acaban de ofrecer. Baltasar sigue medio inconsciente y él se le acurruca cerca.

Percibo su tranquilidad hasta aquí. La está expandiendo por el salón.

—¿Lo conoces? —pregunto a Mercucio.

Él niega con la cabeza.

—No personalmente. Pero sé quiénes son. Viven en el Norte, en un lugar tan frío que el pis se congela antes de tocar el suelo. La mayoría serán Ardefríos; de lo contrario, no se explica cómo pueden sobrevivir. Son los Cazadores.

Abro los ojos como platos. Sé perfectamente de quiénes está hablando, pero nunca había visto uno. Sé que están divididos en

clanes. Sobre ellos circulan mil leyendas. Se cree incluso que hablan con los muertos. Un disparate, desde luego, pero nadie ha ido nunca a comprobarlo. Tienen sus propias leyes, y ni siquiera la Primera Voz se mete en medio. Los entrenan principalmente para matar a los que, de entre nosotros, huyen de la Academia y se transforman en Selfieras. No es hasta ahora cuando veo que no aparta la vista de Folco. Puede que esté esperando el momento perfecto para matarlo antes de que mute.

Mercucio ha seguido hablando, pero me he perdido la mitad de las cosas que ha dicho.

—Y parece que todos sobreviven a la Academia —concluye.

Esto me impresiona. Ni siquiera los Capuleto pueden jactarse de semejante primacía.

—No es posible.

—Pues sí. Los últimos Inseparables eran de su raza, así como los anteriores —dice encogiéndose de hombros con una sonrisa forzada.

Ahora lo veo con mayor claridad. Aunque…

—Esto significa que la Academia está corrompida. No puede ser.

Me pone una de sus delicadas manos en el hombro.

—Quisiera tener tu ingenuidad, Romeo. —Suspira—. Por supuesto que está podrida. Nosotros solo debemos procurar seguir con vida. Y rezar a la diosa para que a nadie le convenga nuestra muerte.

—Soy un Montesco. Es evidente que nuestra muerte conviene a todo el mundo —digo con amargura.

Él me hace una mueca algo torcida que debería ser una sonrisa; la cara hinchada la desvirtúa un poco.

—Si la muerte es dura contigo, tú intenta serlo con ella. Golpéala antes. Y verás que la vencerás. De lo contrario, he elegido el amigo

equivocado.

Amigos. Me gusta la idea.

Me concentro en los guardianes. No sé si de veras se puede luchar contra la muerte, pero sí contra el destino. Hay que engañarlo con astucia. Entender qué demonios está sucediendo podría ser un buen punto de partida. Siguen encadenando a los Iniciados de dos en dos, uniendo la muñeca derecha de uno a la izquierda de otro. Nos están preparando para una nueva prueba. Mi cerebro se pone a lanzar conjeturas. Encadenarnos unos a otros significa crear una penalidad, sin duda; por consiguiente, la elección de las parejas, aunque parezca arbitraria, en realidad debería responder a un plan. Y, en efecto, a algunos los encadenan con el que tienen al lado, pero a otros, en cambio, los escogen.

Busco a Benvolio; es el más inteligente de nosotros. Lo encuentro apoyado en la pared de la derecha, junto a Terencio. Nunca había visto a mi gigantesco amigo reducido de este modo. No por las heridas, que son pocas, sino por la expresión. Sus ojos han perdido su resplandor despreocupado y ahora parecen aguados. Me recuerdan a los de Julieta hace algunos esimios. Hoy todos hemos perdido algo. Benvolio intercepta mi mirada. Con un gesto de la cabeza señalo a los Ensiferios y sus cadenas. Él cavila unos batimientos, luego aprieta los labios y niega con la cabeza. No tiene ni idea. Terencio también me responde encogiéndose de hombros. Y sin embargo debe de haber una razón si nos están emparejando.

Intuyo que a Mercucio se le están ocurriendo las mismas ideas. A Teobaldo lo encadenan a un chico grácil que pesará un puñado de libras.

—¿Podría tratarse de un duelo? ¿Una competición de fuerza? —me pregunta Mercucio.

—Podría ser —respondo—. No me sorprendería que Reinaldo Capuleto hubiera untado a alguien para favorecer a su Estirpe. —Luego veo que a la gemela de Teobaldo, Florencia, la encadenan a la hermana de Anteo, Laurela, y nuestras teorías se van al traste. Dicen que Florencia es bastante buena con la espada, pero a la Valfiero la ha entrenado su tío, un excelente maestro de espada, tal vez tan bueno como Reinaldo. A Sansón, en cambio, lo encadenan a la Seca. Él se guarda bien de rechistar, a sabiendas de que ella, en caso de combate, podría arrancarle la cara a mordiscos.

—¿Una carrera? ¿Velocidad? —Mercucio intenta adivinar. Pero no tenemos mucho tiempo para plantear hipótesis. Hay que encontrar la solución, y rápido.

—En realidad, si quisieran perjudicarnos nos habrían encadenado por los pies.

Observo la longitud de la cadena. Podría ser de casi dos brazos. Si dos Iniciados están cerca, el hierro roza el pavimento. Y todas las cadenas parecen igual de largas. ¿Por qué?

Cuando encadenan a Terencio con Benvolio, ruego a la diosa que de veras no sea un combate.

De nuevo ese ruido y el aire que vuelve a soplar durante unos batimientos, pero esta vez el olor que me llega es diáfano. La idea me aterroriza, pero creo que he entendido en qué consistirá la prueba.

—Agua —digo—. ¡Tendrá que ver con el agua!

—¿Cómo lo sabes?

—¿Has estado en Venecia?

Él abre los ojos de par en par. Ha caído en la cuenta.

—Hay un olor salobre.

Asiento.

—El mar —lo dice mientras razona—. Está demasiado lejos de aquí, por lo tanto…

—Por lo tanto, no nos lo traen. Ya está aquí. Podría ser una gruta creada adrede para la prueba. O una especie de pila.

—Nadar sin usar los brazos es factible. Sin duda extenuante, considerando que casi todos estamos heridos, pero factible. Aunque no creo que se trate solo de nadar un poco —dice.

—¿Y por qué agua salada? ¿Qué tiene de distinto? —pregunto, más a mí mismo que a Mercucio. Ninguno de los dos tiene la respuesta.

—Es más fácil nadar en ella. —Ha hablado la chica sin un ojo. Lo hace perezosamente, con aire desganado. Está un poco afónica. La he oído gritar mucho durante el banquete. Ahora compensa con una calma seráfica. Tiene la expresión impetuosa de quien podría ser cruel si lo quisiera. Parece no preocuparse lo más mínimo por el ojo perdido, casi presume de ello. El que le queda es profundo y escudriñador. Sus labios son sensuales y plenos, y creo que capaces de escupir hiel a quien le lleve la contraria. Se alisa los larguísimos cabellos empapados de orina y sangre coagulada. Se los enrolla entre sí y luego se los sujeta atándoselos a la nuca.

—¡Es más fácil mantenerse a flote! —contesto. Y al decirlo el miedo me martillea el pecho. Ahora he entendido de manera cristalina por qué mi primo, un Montesco, está encadenado a una montaña.

Mercucio también ha adivinado mis pensamientos, y veo que un destello de preocupación cruza su mirada.

—¿Cuántos esimios? —me pregunta Mercucio.

Reflexiono. Mi abuelo me llevaba a nadar a menudo. Y yo lo detestaba. Porque no nadábamos. Me hundía la cabeza bajo el agua y me la retenía allí, hasta que creía que me iban a estallar los pulmones. Un Edenita logra permanecer bajo el agua cinco o seis esimios tranquilamente. Yo casi diez. Pienso en él y se lo agradezco.

—Si tomo mucho aire, tal vez llegue a once esimios —respondo.

—Yo casi quince —contesta Mercucio.

La chica se gira de golpe hacia nosotros.

—¡Y una mierda!

Mercucio se encoge de hombros. Puede que, a fin de cuentas, estar emparentado con la Primera Voz sirva de algo; a él lo han entrenado.

La chica sigue soltando tacos, ni que estuviéramos en un prostíbulo. Cuando calla, nos mira de hito en hito.

—Yo nado como una diosa. Si no se trata solo de morir como ratones, quizá pueda ser útil. —Nos tiende la mano—. Alena Chentacro. De las tierras del Oeste. —Había oído el acento áspero y duro de esa parte de Edén, pero no estaba seguro.

—No decidimos nosotros con quién nos encadenan —digo sin estrecharle la mano.

—No, pero sea cual sea la prueba, si estamos cerca, mejor. —Vuelve a apoyarse en la pared y echa un vistazo a su alrededor. Evalúa. Me imagino que ha entendido que Mercucio y yo haremos todo lo que esté en nuestra mano para que nos encadenen juntos.

Está buscando la figura más fácil de quien desembarazarse o con la que resulte más conveniente estar encadenada.

Miro a Benvolio y Terencio encadenados juntos; por lo que sé, ninguno de los dos es un gran nadador. Siento una punzada de dolor en el corazón ante la idea de tener que llorar otra pérdida. Quiero avisarles de lo que he intuido. No me miran. Están ocupados hablando entre ellos. También están haciendo suposiciones. Al fin nuestras miradas se cruzan. Yo finjo tomar aire y me tapo la nariz. Benvolio no lo entiende enseguida, pero cuando lo hace lo veo palidecer. Asiento. No sé si él se ha entrenado jamás. Terencio seguramente no. Hay que respirar largo y tendido. Procurar abrir los pulmones al máximo. Y calmar la mente. Será como pedir a un pez que se pasee por la arena.

Dos Ensiferios se acercan a nosotros. Encadenan a Mercucio. Yo tiendo mi brazo, pero no me atan a mi nuevo amigo. Es a Alena a la que atan a él. Esboza una sonrisa. No tendrá que preocuparse de su lastre. Mercucio ha dado a entender que respira mejor que el atún. Me giro para ver a quién más tengo cerca y controlar quién será mi compañero.

El alboroto que se ha armado en la otra punta de la sala me distrae. Julieta está despierta, pernea y da coces contra el suelo; la están arrastrando…

… decididamente en mi dirección.

Con la idea de morir he hecho las paces, pero hacerlo encadenado a ella, o por su culpa, me hace sentir el estómago repleto de hierro incandescente. ¿Y qué hace el hierro en la carne? Quema, se enciende, devora. ¡Es lo que hacen mi ira y mi temor! Cavan una guarida en mi estómago y se pelean por quién tomará posesión.

Ella también parece tener los mismos dos adversarios en las tripas. Cuando nos encadenan y se gira para mirarme, está hecha una furia. Pero también percibo miedo. Lo distingo en el temblor de sus labios y en la dilatación de sus ojos. Donde antes había amor, ahora mora el pánico. Significa que Rufina ya no confunde sus sentimientos. Muy bien. Mucho más verdadero. Apenas nos han unido cuando tira de la cadena con todas sus fuerzas, una, dos, tres veces. Los grilletes de hierro me desuellan la piel.

—¡Quieta! No te seré de gran ayuda si me rompes un brazo. —Tiro hacia mí.

—¿Cuánto aguantas bajo el agua? —me pregunta a bocajarro.

Canalla, pero inteligente; ella también lo ha comprendido.

—Diez esimios.

Cierra los ojos. No sabe si creerme.

—Así que intenta no ser un lastre, porque te machaco la mano y me libero de ti —le digo a regañadientes.

No tenemos tiempo de continuar nuestra estimulante conversación, pues los Ensiferios empiezan a levantarnos a la fuerza, tirando de las cadenas. Los demás intuyen la orden y se mueven en consecuencia.

Estoy a punto de hacerlo yo también cuando Julieta me detiene y me alarga un pie.

—Ayúdame. Sácame las botas.

«Buena idea», pienso, pero no se lo digo. La ayudo y luego me quito las mías. Mercucio y Alena hacen lo mismo. Sin ellas pesamos menos. Debí librarme del uniforme antes de que nos encadenaran. Me quito las hombreras y los brazales, pero el chaleco está demasiado ceñido. Maldita sea.

De la mano de Julieta sobresale un puñal afilado. Ignoro de dónde lo ha sacado, quizá lo escondía bajo la casaca o quizá lo haya recogido del suelo mientras la arrastraban. Da un paso y creo que está a punto de apuñalarme, pero en cambio corta rápidamente las correas de mi chaleco y luego de la chaqueta. Está endiabladamente afilado. Secciona las correas como si fueran de seda. Está impregnado de poder. Pienso qué Pertenencia puede confeccionar un puñal tan perfecto, recién forjado, y enseguida me viene a la mente el puñal que mi padre usa siempre en la ceremonia del Primer Paso. Un Arquitiempo, claro. La hoja que continuamente vuelve a su primerísimo origen. Un juguete costoso. ¿Por cuántos solasterios se habrá impregnado? Si permanece en este estado perfecto hasta el fin de la Academia, el precio habrá sido la vida de algunos Rápidos. Me quito la chaqueta a toda prisa, arrancándome asimismo la camisa blanca que llevo debajo, pero la ropa se me queda colgando del brazo, la cadena la retiene. Julieta, rauda, mete el puñal por debajo y estira. Mi casaca cae junto con el lino blanco. Ella me observa, estudiándome. Sus ojos recorren mi tórax, y cuando se detienen en un punto, veo que un destello los atraviesa. Bajo la mirada para ver qué es lo que le ha picado la curiosidad. En mi piel, entre la rojez de algunas magulladuras que pronto virará hacia el negro, hay un nuevo símbolo. Parece una ola. Ni siquiera he notado que se formara. A lo mejor en aquel momento sufría demasiado para percatarme del símbolo, o tal vez sea solo la Marca, lo que te parte en dos del dolor. No tengo ni idea de qué significado tendrá el nuevo dibujo, lo único seguro es que la Marca del Alma se está formando. Quién sabe si otros la han recibido. Examino la Marca de Julieta. Siento curiosidad por saber qué símbolo se ha imprimido en su piel.

Será una Esencial, casi todos los Capuleto cuentan con esa Pertenencia. Le observo el cuello y ella se da cuenta. Endereza la cabeza con orgullo y la aparta para permitirme ver mejor. Y me clava los ojos.

Estaba equivocado. No es una Esencial. Es una Arquitiempo. No salgo de mi asombro. Mientras que por lo general nuestras Marcas todavía son «indecisas» o no del todo formadas, la suya es tan clara y nítida que parece la de un Extrema Sangre, con la Pertenencia que ya ha recibido el Vínculo. Me imagino que Reinaldo Capuleto no está contento de tener una de la familia a la retaguardia. Ella suspira. Adivina lo que estoy pensando y mi sonrisita seguro que no lo esconde. Resopla un poco molesta y con un rápido movimiento gira el puñal, ofreciéndome la empuñadura.

—No te conviene matarme. Tendrías que arrastrar un cadáver. Aunque en el agua pese menos, igualmente resultaría aparatoso.

También gasta ironía. Niego con la cabeza y tomo la empuñadura. Me apresuro a cortar sus correas y el uniforme cae al suelo. Miro con disimulo si ella también tiene un nuevo símbolo, pero bajo la casaca lleva una camisa blanca ligera, que transparenta lo suficiente para entrever las formas, pero sin duda no un dibujo. Me avergüenzo cuando dirijo mi mirada a sus senos, y rápidamente alzo la vista. Un Ensiferio advierte que estamos medio desnudos. Yo escondo raudo el puñal en mis pantalones. De todos modos, no parece interesarse por lo que hacemos. Desde luego, también podemos morir desnudos, por lo que a él respecta.

—Devuélveme el puñal —me ordena Julieta alargando una mano.

Enarco una ceja y ladeo la cabeza. ¿De veras cree que le voy a dar el puñal? Da un paso decidido hacia mí. Yo le agarro una

muñeca y le estiro la otra con la cadena, colocándome detrás de ella, a toda velocidad. Le tuerzo el brazo y acerco mi boca a su oído.

—No tengo ningún problema con la muerte. Soy un Montesco; con la muerte tenemos una larga historia de amor. Pero eso no significa que quiera acabar en sus brazos de la mano de una enemiga ni que sea tan estúpido como para fiarme de una Capuleto.

Si le estoy haciendo daño no lo demuestra, pero la voz que le sale, seca y estridente, suena como una hoja sobre el cristal.

—¿Qué motivo tengo para matarte?

—Tu familia nunca ha necesitado un motivo para hacer pedazos a la mía.

Su piel huele a guijarros al sol cuando los moja la lluvia. Es solo un momento, pero los recuerdos soleados sobre las terrazas del palacio invaden mi memoria, cuando en los largos veranos jugaba con Domiciana a intentar doblegar el calor a nuestra voluntad, como los Ardefríos, y las primeras gotas de lluvia casuales nos hacían creer que ya éramos Extrema Sangre. Recuerdo el olor de esa lluvia. Lo olfateábamos para intentar, más tarde, recrearlo en los talleres de los boticarios, sin éxito. Y ahora aquel mismo perfume está en la piel de Julieta. Me distrae y me gusta.

Pago caro ese momento. Ella se libera, me arrebata el puñal con la misma facilidad con la que se lo quitaría a un niño y lo esconde en sus pantalones.

—Yo siempre debo tener un buen motivo para matar. No me des uno…, Montesco. —Me mira con desdén y me da la espalda.

—¿Has acabado de divertirte? —Mercucio se burla de mí.

—Procuremos no separarnos. Lo que sea que nos espera lo encararemos unidos —le respondo sin jugar a su ironía.

Él asiente. Juntos nos desplazamos hacia Terencio y Benvolio. Julieta estira hacia otra dirección. Quiere ir con los suyos. No se lo permito y doy un tirón. Soy más fuerte. Lo intenta un par de veces o tres y luego cede. Teobaldo querría alcanzarla, pero ahora los guardianes nos empujan para colocarnos en una fila, de la que ya no podemos salir. Los seguimos a través del arco que cruzamos hace ya no sé cuánto tiempo. Volvemos a recorrer el pasillo por donde vinimos, pero tras unos pocos pasos oigo de nuevo aquel chirrido en el pavimento y los Ensiferios nos hacen doblar a la derecha hacia una galería larga y estrecha. Han abierto un pasaje.

Estamos todos amontonados, apretujados en el angosto pasaje. La única luz que ilumina un poco nuestro camino proviene de la entrada de la galería. Me percato de que no hay guardianes con nosotros. Estamos solos. Avanzamos sin saber qué más hacer. Cuando vuelvo a oír el chirrido, la pared que tenemos detrás se cierra dejándonos en la más absoluta oscuridad.

16

Romeo

Alguien chilla. La fila se detiene de golpe y porrazo y nos apiñamos todavía más los unos contra los otros. Algunas voces se elevan por encima del murmullo llamando a este o a aquella Iniciada. Al amigo. Al hermano. A la hermana. A veces alguien responde; otras, la llamada persiste cada vez más desesperada. Oigo gritar el nombre de Julieta. Creo que son Teobaldo y Folco.

—Estoy bien —responde ella, alzando la voz para que llegue hasta el inicio de la fila. Estira un poco la cadena—. ¿Verdad? —Susurra, pero sin miedo, solo quiere una confirmación de mi parte de que respetaré los pactos tácitos. Que ya nos ocuparemos luego de odiarnos y encontrar una excusa para matarnos, tal vez. Asiento con la cabeza sin tener en cuenta la oscuridad que nos envuelve y que ella no me ve la expresión. No dice nada. Es evidente que se fía, yo todavía no.

—Será agua —grita a los suyos, pero al mismo tiempo todos los Iniciados oyen su alarma. Las llamadas a gritos aumentan todavía más.

—Yo doy media vuelta —dice una Iniciada que está más o menos en la mitad de la galería. Otros le dan la razón y empiezan a empujar en la dirección opuesta. Intentan regresar allí de donde

hemos venido, sin saber que ya no hay ninguna salida por la que huir. Somos aceitunas prensadas en la almazara.

—Genial, así el pánico nos matará antes que el agua —le digo, airado.

—Los míos tienen tanto derecho a saberlo como los tuyos. —No la veo, pero me la imagino con los puños cerrados y la mirada furiosa. No respondo. Una parte de mí sabe que tiene razón.

Muy pronto todos se dan cuenta de que moverse provoca más daño que otra cosa, que no hay escapatoria. Más vale razonar y averiguar cómo salvarse.

Alguien me roza, me giro de golpe en la oscuridad y trato de agarrarlo. Engancho una casaca.

—Primo. Soy yo. —La voz de Benvolio ralentiza mis latidos. Diosa, qué ganas de abrazarlo.

—Quitaos las botas —le sugiero.

—Ya lo hemos hecho —responde Terencio en su lugar—. Mientras tú bailabas con la desgraciada de la Capuleto. Con ánimo de ofender, naturalmente, Julieta.

Su voz cálida y ronca basta para tranquilizarme, aunque no lo vea.

—Naturalmente —contesta ella en la oscuridad. Está pegada a mí. Siento los latidos de su corazón contra mi espalda. Van más acelerados de lo normal. No creo que sea por el insulto. Quizá ella también tenga un punto de ruptura.

—Nado fatal —murmura Terencio—. Y bajo el agua es incluso peor. —Inspira por la nariz—. Si pierdo la cabeza, tienes que matarme. ¿Entendido?

No sé a quién se lo está diciendo, si a mí o a Benvolio, pero ninguno de los dos responde; lo hace Julieta en nuestro lugar:

—No te preocupes. Seguro que encontramos a alguien que acabe contigo.

Terencio suelta una carcajada.

—Cuando pienso que me tocará morir antes de haber probado a la morenita, me entran ganas de renegar. Espera. Yo siempre tengo ganas de renegar. —El hecho de que consiga bromear incluso en un momento como este me hace pensar que lo lograremos. Que seguiremos oyendo sus ocurrencias y sus líos con mujeres, con todos los pormenores—. ¿Estamos seguros de que será agua? —pregunta, con la esperanza de encontrar un «no» a su pregunta.

—Bastante —responde Alena. La voz me llega cercana. Señal de que Mercucio está al lado. Mis amigos están aquí. Podemos lograrlo.

—¿Y tú eres…? —pregunta Benvolio con ese tono de sospecha que usa cuando no se fía de alguien.

—Una que puede salvarte el pellejo si la escuchas. —Sin duda, Alena no se ha amilanado.

—¿Listos para nadar un poco a la luz de la luna? —dice Mercucio, socarrón.

—No puedes nadar con ese hombro —digo, de pronto más preocupado de lo que ya estaba.

—Alena no solo es un hacha de la natación. Me ha hecho un daño de mil demonios, pero me lo ha recolocado. —Se ríe.

—Procurad tomar tanto aire como podáis y mantener los pulmones inflados. Ayuda a mantenerse a flote. —Alena nos da consejos que se asemejan mucho a órdenes, pero nosotros escuchamos en silencio como niños aplicados. No la conozco bien, pero pondría la mano en el fuego a que difícilmente alguien cuestiona sus sugerencias.

Respiramos y esperamos. Cuando el agua llega, los que estamos descalzos somos los primeros en percatarnos.

Está helada. Los rasguños en los pies me escuecen: es por la sal.

—Allá vamos —susurro, y rezo para mis adentros.

—Esto es una vejación. ¿Para qué hemos estudiado? ¿Para morir sin una razón? —pregunta Benvolio, sin esconder el desasosiego que le agrieta el timbre de la voz.

Nadie responde.

—Empezad a tomar largas bocanadas de aire. Pasad olímpicamente de lo que hagan los demás. Procurad mantener la calma, vaciad los pulmones y luego volved a tomar aire. Y cuando el agua llegue, no os dejéis llevar por el pánico. Cuanto menos os mováis, menos consumiréis. —Alena habla a toda prisa.

—Y abrazaos a quien está encadenado a vosotros —añado—. Cuando llegue la ola nos veremos arrojados quién sabe dónde, y con un brazo encadenado nos podríamos romper los ligamentos. —Me da que no llenarán la galería poco a poco.

—Ven aquí, Benvolio, que te abrazo, satisfaciendo tus deseos. —Terencio se ríe socarronamente, aunque el sonido de los dientes castañeteando revela su miedo. Cada uno afronta el terror como prefiere. Si Terencio desea morir riéndose, está en su derecho.

Empezamos a tomar largas bocanadas de aire, esperando que no sean las últimas, mientras el agua va subiendo.

Un grito desesperado irrumpe en la galería. Desgarra incluso la oscuridad, liberando sombras de terror que se meten dentro del corazón.

—¡AGUA! ¡Llega el agua! —No sé de quién es la voz, pero chilla tan fuerte que la última palabra grazna en su garganta.

Y cunde el pánico.

La fila se convierte en un magma de cuerpos que vocean, empujan, intentan fugarse. El suelo se ha vuelto resbaladizo por el agua. Alguien cae bajo mis pies. Quisiera no pisarlo, pero es imposible.

—¡Quietos! —grito, a voz en cuello—. ¡Quietos! Así es peor. —Mis palabras quedan apagadas por el estruendo de una impetuosa cascada que está cayendo derecha hacia nosotros. Tenía razón.

—Toma aire. —Es un susurro, sé que es de Julieta. Me aferra la mano. Yo me coloco detrás de ella y la abrazo con fuerza. Su cuerpo se acomoda al mío y el agua nos enviste, arrancándonos de donde estamos. La galería se convierte en un mar tempestuoso y nosotros somos barquitas rotas zarandeadas por las olas. Chocamos los unos contra los otros, arrastrados por la corriente. Pero yo no la suelto. El ruido de huesos rotos o de desgarros es la segunda voz del fragor del agua.

Abrazar a mi enemiga ha sido útil, y que me condenen, también placentero.

Siempre que puedo procuro tomar aire, pero es difícil.

Casi imposible.

Luego el agua se acaba y nos vemos catapultados al vacío.

Todavía estamos abrazados. La estrecho contra mí todo lo que puedo.

Abro los ojos.

La luz es igual de cegadora que la oscuridad. O quizá nos deslumbra a causa de la oscuridad en la que nos encontrábamos hasta ahora.

Nos precipitamos como una bala hacia lo desconocido, encadenados el uno a la otra.

Por culpa del gran resplandor, a duras penas logro ver que estamos dentro de una inmensa gruta, grande como una catedral.

Tomo aire. Ella conmigo.

No sé si será suficiente.

No sé si servirá.

Pero estoy convencido de que en el fondo de la caída nos espera más agua. El olor salobre ahora es muy intenso.

El terror nos une los unos a los otros más que las cadenas. Lo percibo. Podría tocarlo si el dolor tuviese forma. Me pasa por encima más que el aire, que no frena mi vuelo.

El impacto es violento y nos separa. Es tan fuerte que tenemos la sensación de que nos hemos estrellado contra un témpano de hielo.

En cambio, se trata de un mar profundo y calmo.

Nos vemos arrastrados hacia abajo, hacia el fondo. Nos hundimos y nos hundimos y nos hundimos.

Estamos en una cueva; debería reinar la oscuridad, pero en cambio hay luz. Demasiada para ser natural. Es obra de un Aeteriano que está jugando con nosotros. Evidentemente, los Atadores nos están estudiando a través del agua. Nos ven. La luz también nos permite ver a nosotros. Los cabellos que ondean, los ojos abiertos de par en par. Las burbujitas de aire salen de nuestras bocas o narices y se dispersan. Son la arena de un reloj que se está agotando y nos dice que no nos queda mucho tiempo.

No puedo buscar a mis amigos. En la caída han ido a parar quién sabe dónde.

Una cosa era permanecer bajo el agua mientras mi abuelo me entrenaba y otra es haber caído en uno de los círculos de los que el poeta Dante escribió adrede para sus enemigos. No sé si este es el río Estigia, pero lo único que espero es que una vez hayamos alcanzado la superficie no haya diablos dispuestos a ensartarnos con sus espadas. No me sorprendería. El poco aire que retenemos empieza a disminuir. Julieta mira a su alrededor. Tiro ligeramente de la cadena y ella se da la vuelta. Señalo hacia arriba. Asiente. Me sigue. Empezamos a nadar hacia arriba. Todos lo hacemos. Mercucio también está ascendiendo. Alena ha dicho la verdad: nada divinamente. Es ella quien arrastra a mi amigo. Quiero saber dónde están Terencio y Benvolio, pero morir buscándolos está claro que no me ayudaría. En cambio, veo al Albino, que nada con tranquilidad; si hubiera peces de colores se detendría a observarlos en el abismo. Arrastra detrás a Baltasar. Está consciente, pero no tiene mucha fuerza para nadar con su brazo más corto.

Continuamos ascendiendo, pero hay algo que no encaja.

Nos cuesta trabajo.

Demasiado trabajo.

Es agua de mar; el ascenso debería ser más fácil, pero no es así.

Al final de nuestra carrera esperamos encontrar aire. Lo ansiamos.

En cambio…

… topamos con la dura pared de roca.

Ni siquiera hay espacio para meter la boca y robar una bocanada. Julieta abre mucho los ojos, que se tiñen de terror. Yo le estrecho la mano: *no cedas*.

El miedo serpentea entre los Iniciados. Hay uno que se rinde. Lo veo agitarse y luego se queda inmóvil, flotando a nuestro lado. Lo

miro y lo reconozco. Es el Iniciado con el rostro redondeado que estaba cerca de mí en la Congregación. Julieta sigue con la vista fija en mí.

«No tengo ninguna maldita respuesta que darte», quisiera decirle. Nadie la tiene.

No tengo tiempo de aterrorizarme porque alguien me aferra la pierna y tira de mí. El pánico en el agua es algo verdaderamente espantoso. Miro hacia abajo. Hay un Iniciado al que nunca había visto. Es bastante macizo, no tanto como Terencio, pero suficientemente musculoso para causarme algunos problemas. Sube tomando mi cuerpo por una cuerda con la que izarse. El otro encadenado a él se agita. Intenta ir en la dirección contraria. Creo que no le queda mucho de vida. Me debato como una anguila, sabiendo que estoy malgastando aire. Julieta lo advierte y trata de sacármelo de encima. No es generosidad: él nos está tirando a ambos hacia abajo. Cuando cree haber alcanzado la salvación, se da cuenta de que en lugar de aire hay piedra. Tira la toalla. Nuestros rostros están cerca. Veo que pone los ojos como platos. Su cuerpo sufre dos o tres espasmos. Y luego abre la boca y bebe.

Y bebe.

Y fallece.

No logro apartar la vista de él. Los ojos dilatados, la boca abierta de par en par. Los brazos extendidos a la espera de un abrazo que nunca llegará. Se queda allí flotando.

El Iniciado encadenado a él es Folco. Julieta también se percata y me arrastra hacia él. Se lo pongo fácil. Si fueran Mercucio o los demás, yo haría lo mismo. Apenas nos acercamos, él aferra a Julieta

y señala hacia abajo; ella opone resistencia, pero Folco le toma el rostro entre las manos y luego suelta un poco de aire.

Las burbujas no van hacia arriba.

¡Van hacia abajo!

¿Cómo es posible que me haya pasado por alto?

Soy idiota. Si no estuviera tan cansado y herido tal vez habría caído antes en ello. Los cuerpos de los muertos que flotan están pegados a la piedra, y en cambio deberían haber ido hacia el fondo. Por ende, solo hay una razón para que no lo estén haciendo.

¡Este es el fondo!

No sé qué invento estrafalario se han sacado de la manga, pero la gravedad parece invertida. ¿La del agua o la nuestra? No lo sé, pero la salvación nos espera en la parte opuesta.

Asiento hacia Folco y miro a mi alrededor. ¿Cuánto habré descendido? Cuatro o cinco esimios. No lo sé con certeza, pero valen el doble con el terror que nos devora el aire. Debemos salvarnos, pero no puedo marcharme sin mis amigos. Julieta está pensando lo mismo, porque mira a su alrededor. Folco vuelve a tirar de nosotros. Señala hacia abajo. ¿Tal vez quiere decirle a Julieta que los demás ya están a salvo? ¿Quizá le quiere decir que el tiempo se agota? Tanto da. A pocas brazadas de mí entreveo a Mercucio. Está nadando hacia abajo. Lo han entendido. De Benvolio no hay rastro, pero apuesto a que todas esas cadencias encima de los libros han servido de algo. Ya estará en el fondo respirando a pleno pulmón. Yo debo ponerme en marcha antes de que los míos colapsen. Empezamos a descender, pero Folco no lo logra. El peso del muerto encadenado a su brazo lo hace nadar con lentitud.

Julieta se detiene. Está indecisa.

¡Maldita sea! Moriremos.

A toda prisa, tomo la decisión más estúpida.

Pego una patada y me dirijo hacia el cadáver al que Folco está encadenado. No sé si funcionará. Me cuesta otro poco de aire el esfuerzo, pero rompo el pulgar del Iniciado y lo doblo. El grillete es lo suficientemente estrecho para que no podamos soltarnos, pero suficientemente ancho para usar este truquito. Folco está libre. Julieta me mira y luego se mira la mano. Si estuviera segura de lograrlo, apuesto que se rompería el pulgar.

No lo hace.

Empezamos a nadar hacia abajo, impulsándonos con las piernas todo lo que podemos. Me queman los pulmones, el deseo de aire se apodera de todo mi cuerpo provocándome fuertes dolores. Tengo tantas ganas de respirar que a duras penas logro mantener la boca cerrada. La cabeza me martillea junto con los nombres de mis amigos Benvolio, Terencio, Mercucio, Alena. Aquel ápice de optimismo que me invadió se ha disuelto dentro del agua. Están muertos. Los veo ondear dentro de mi fobia. Están muertos y en breve los seguiré. ¿Domiciana murió así? ¿La chica que quería volver su cuerpo monstruoso para salvar los de los demás falleció hinchada y lívida por el agua? Reúno toda la fuerza que me queda para aumentar el ritmo. Quien no lo consigue se ve arrastrado hacia arriba llevando consigo a quien tiene encadenado. Nado en un mar de cadáveres hacia la demente esperanza de que al fin haya aire.

Y entonces lo encuentro.

Respiro como si comiese. Como si bebiese. Ávido. Diosa, qué rico es el aire. A mi lado, Julieta está tomando largas bocanadas. Así como Folco. Ambos se sonríen y se abrazan. Mi brazo es arrastrado

hacia ellos. Participo involuntariamente en esta reunión. Debo la vida a un Capuleto. Y por lo que sé, al peor de todos.

¡Maldita sea!

Otras cabezas aparecen en el agua.

Mi primer pensamiento fue correcto. Es una enorme gruta llena de agua, pero está invertida. Bueno, no. Somos nosotros los que estamos invertidos junto con el mar. Estamos cabeza abajo. A pocos pulgares de mí veo el suelo. O el techo. No estoy seguro. El agua nos retiene, pero a nuestro pelo lo atrae la tierra que se encuentra a pocos pulgares de nosotros. Pienso que ni siquiera Benvolio sabrá explicar esta locura. La misma cueva parece dividida en distintas gravedades. ¿Es posible? Para ciertos Graves, me imagino que será un juego de niños.

Miro a mi alrededor para buscar a los míos. Enseguida veo a Mercucio y a Alena, a pocas brazadas de mí. A lo lejos, la voz de Terencio grita y reniega.

—¡Por la diosa! Cuando os ponga la mano encima hundiré vuestra cabeza en la misma agua donde nos estáis haciendo morir. Coro, Pentra y Atadores de los cojones. Malditos todos y también vuestra diosa. —Me hace tan feliz oírlo renegar que pondría la mano en el fuego a que incluso Benvolio se alegra.

—¿Teobaldo? —pregunta Julieta a Folco con la voz cargada de ansia.

Él niega con la cabeza.

—¡No lo sé! —jadea—. Lo he perdido en la galería.

Por un momento, me regocijo con la idea de que la haya palmado. No olvido la emboscada y no olvido la atroz muerte de Anteo, que intentaron hacer recaer en nosotros.

—¡Hermano! —oigo gritar a nuestra izquierda—. ¡Hermano! —No, no está muerto. Teobaldo debe de tener tantas vidas como un gato. Como el resto de nosotros. Y hoy todos hemos gastado algunas.

—¡Sí! —exclama Folco—. Sabía que lo entenderías. —Mi enemigo no tiene a nadie encadenado a él. Está claro que alguien, espero que vivo, tiene un pulgar roto.

Teobaldo nada hacia nosotros de un modo curioso. No es fácil moverse cabeza abajo.

—¿Todo bien, prima? —pregunta con aquella dulzura que para mí, en boca suya, es todo un misterio.

Julieta asiente con la cabeza.

Él me mira con hostilidad y luego se dirige a Julieta.

—Te libero. —Y hace ademán de cogerme la mano.

—No —responde perentoria.

—¿No? —Teobaldo está sorprendido.

—Estamos todos dentro de este delirio. No es el momento de guerras familiares… ni dedos rotos —dice ella. Teobaldo no lo entiende, pero acepta. Yo también estoy perplejo.

El ruido que he oído en la sala se repite. En alguna parte de la gruta se está abriendo una puerta.

El agua empieza a retirarse.

Nosotros subimos con ella.

Veo el suelo que se aleja. La certeza de lo que está a punto de suceder se dibuja con toda claridad en mi mente. Y sé que costará más muertos. Solo puedo actuar de manera que sean los menos posibles.

—Salgamos del agua —grito—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Rápido! —Me impulso con los riñones, moviendo las piernas juntas para

intentar que el cuerpo salga al máximo de este mar, esperando que la gravedad en el fondo pueda hacer el resto.

Rezo a la diosa para que tenga razón.

Apenas mi busto encuentra la parte seca, salgo rodando y me estrello contra el suelo. Julieta es arrastrada conmigo. Aterrizamos uno encima del otro y quedar tan cerca de ella me incomoda. Me levanto a toda prisa. Teobaldo ya está fuera del agua y está ayudando a su hermano y a sus primos. El nivel sigue retirándose. Muchos han hallado la salvación en el suelo, pero otros tantos todavía están colgados cabeza abajo; parecen huesos de sepia para los pájaros. Miro a Julieta. Quiero ir con los míos a echarles una mano.

—Si no vienes, te arrastro por la piedra. —Mi tono es decidido. Ella sabe que lo haré.

—¡Te acompaño, pero no te ayudo!

Y juntos corremos hacia Terencio.

—¡Tirad de ellos por los brazos! ¡Ayudad a todo el mundo! —grito, esperando que alguien me escuche mientras pongo un pie delante del otro para llegar a tiempo de salvar a los míos. La roca es negra, dura, afilada. Sin botas se me cortan los pies, pero sigo corriendo. Julieta tampoco se queja, no se detiene. Llego donde está Benvolio, que me espera con los brazos fuera del agua; se los cojo y tiro. Y a pesar de lo que ha dicho, Julieta me ayuda. Tiramos con todas nuestras fuerzas. Mi primo y Terencio ruedan reclamados por la gravedad.

—Gracias, Pelirroja. ¡Me da que no voy a acabar contigo enseguida! —Terencio tiene una manera particular de dar las gracias.

—Vuelve a llamarme «Pelirroja» y acabo yo contigo —rebate ella.

No nos decimos nada. Hay demasiados Iniciados que liberar. Basta sacar a uno y el que está encadenado a él o ella va detrás, gracias al peso del otro. Pero son demasiados y el agua sigue retirándose, llevándose consigo a quien no lo logra. Yo grito órdenes, insto a aquel o aquella Iniciada a arrimar el hombro. Pero por muchos Iniciados que saco, otros tantos se quedan allí. Cuanto más se retira el mar, más fuerza se necesita para retirarlos. Otra divertida manera de matarnos. Debemos trabajar juntos, todos unidos. Y sin embargo hay Iniciados que se han sentado a observar sin mover un dedo.

—¡Julieta! ¡Socorro! —El grito es desesperado. A pocos brazos de nosotros, Laurela Valfiero chilla. Florencia Capuleto, a su lado, está presa del pánico. Se mueven de manera descoordinada, y eso no ayuda. Delante de ellas está la Seca, sola. Por un batimiento creo que ha matado a Sansón, pero luego lo veo un poco más allá aguantándose la mano, con la cara contraída del dolor. La Seca solo tendría que alzar los brazos para sacar a las dos Iniciadas, pero en cambio se sienta en el suelo y las mira sonriendo. El mar, o lo que demonios sea, se está retirando a tanta velocidad que creo que no llegaremos a tiempo.

Laurela escupe todo su veneno, insultándola.

—Maldita desgraciada hija de puta. Eres escoria. Aunque yo me muera, tú seguirás siendo escoria. ¡Corvato! Sois los animales del que tomáis el nombre, capaces solo de comer la carroña de nuestros progresos. ¿Crees que mi muerte te puede hacer ascender?

—No, pero me puede divertir. Se te ha agotado el tiempo, Valfiero. Gloria a la casa de los Corvato.

El nombre me paraliza. Corvato es la casa de Rosalina. Julieta se da cuenta de que me he detenido. Estira la cadena para darme una sacudida. Echo a correr de nuevo, y mi mente me acompaña. El homicidio de Anteo y luego la mirada de Rosalina. Y al final ella que se convierte en una Vestal. Nadie de su casa se había acercado jamás a saciarse de poder. Siempre lo suficientemente cerca para olfatearlo, pero no tanto como para poderlo probar. Vuelvo a pensar en la mirada entre su madre, Ludmila, y Reinaldo. Hay algo que ignoro y que debo saber, que no nos atañe solo a nosotros, sino también a los Valfiero; de lo contrario, la Seca no se comportaría así.

Teobaldo ve a su gemela en apuros y se precipita hacia ella, pero él también está lejos. No llegará a tiempo, estarán demasiado arriba para alcanzarlas. Una figura me supera corriendo, no, mejor dicho, galopando en su dirección. Veo a Terencio volar por encima de la roca, tomar impulso y saltar. Aferra la mano de Laurela por los pelos. Pero es suficiente. Cuando estás pegada a doscientas libras de músculos y tú no eres más que un pajarito con los ojos almendrados, sales del agua con la facilidad de un anillo demasiado holgado. Terencio logra tomar a ambas en brazos y frenar su caída contra un pavimento duro. Ellas son las últimas que consiguen huir del agua.

Hemos salvado a muchos. No solo Julieta y yo, sino también Mercucio y Alena, Paris e incluso Teobaldo. Así como el Albino, que junto con Baltasar habrá sacado a más de veinte, ayudado por una chica gigante, tan rubia como él y el doble de alta.

Nos sentamos en el suelo, exhaustos, pero mantenemos los ojos clavados en lo alto. Las figuras que se han quedado atrapadas se agitan como pescados en las tinas del puerto. Cuando el nivel del agua ya no los retiene más, se precipitan al suelo. Cada uno de los que se caen es para mí un fracaso. Alguien que no he logrado salvar. Alguien que no he aferrado. Grito, de rabia y de frustración, mientras los Iniciados empiezan a susurrar mi nombre. Alguno pasa y me da unas palmadas en la espalda. Me lo agradecen. No quiero oírlos. Los Montesco saben por qué luchan. Hoy luchaba por la vida, pero la muerte me ha derrotado. «Los más débiles sucumben y los más fuertes encuentran una salida». Las palabras de mi abuelo me vuelven a la mente. Pero no hallo fuerza en la salvación, solo la debilidad de un sistema corrupto.

Nadie dice nada. Observamos a los muertos que yacen en el pavimento frente a nosotros. Son muchos. No solo han caído los que no han logrado salir del agua a tiempo, sino también los que antes se han ahogado.

Terencio estrecha entre los brazos a la Valfiero, que no logra parar de temblar. De su descarado orgullo no queda ni rastro. Puede que mañana se lo vuelva a poner, y nos reservará palabras de hielo y amenazas de hierro, pero hoy parece una niña entre los brazos de un gigante. Teobaldo está al lado de Florencia, que sigue negando con la cabeza, los ojos como platos y sollozos que no reprime. Algunos se han levantado para ir a buscar a amigos o parientes entre los muertos. Veo cómo lloran abrazando sus cuerpos.

—No podías salvarlos a todos —me dice Julieta, sentándose a mi lado. Eso ya me lo han dicho alguna vez.

—No. Pero ojalá hubiera podido. —Cada uno de ellos podría ser Domiciana. Siento sus gritos dentro de otros gritos, su sonrisa en sonrisas que no son la suya, su mirada en miradas que no le pertenecen. Sí, hubiese querido salvarla, no pude, pero puedo salvarlos a ellos.

No logro cesar de mirar esta carnicería.

Me pongo en pie y empiezo a recitar la Extremacción. Debería ser un murmullo; sin embargo, mi tono se eleva, se transforma casi en un grito. La gruta reverbera mi eco, las palabras que pronuncio vuelven a mí y encierran toda mi ira. Quien lloraba abrazado al hermano o al amigo se alza y empieza a rezar conmigo. No creo que sirva, pero quiero que la diosa oiga nuestra voz y también nuestra cólera.

Estamos todos de pie. Nuestras plegarias parecen un canto de guerra. Quizá mañana desenterremos el hacha. Mañana volveremos a ser uno contra otro. Mañana las guerras familiares envenenarán de nuevo nuestras palabras. Pero hoy somos un único dolor. Una sola voz. Que no habla por Edén, no habla por la diosa; habla por los muertos que no caerán en el olvido.

17

Romeo

No sé cuánto tiempo ha transcurrido, pero todavía seguimos aquí. Hemos tratado de curarnos las heridas, como hemos podido, y luego hemos descansado, dentro de lo posible con esta luz cegadora y la humedad hecha sudor que resbala por la piel.

La gruta es cálida, podría ser el vientre de un animal. Los demás también se han quitado las botas, que ahora yacen repartidas por el suelo junto con las chaquetas de los uniformes. Boqueamos con nuestras camisas de lino pegadas a la piel. Muchos se han quitado esas también. Hemos hablado entre nosotros, primero de todo y luego de nada. Nos hemos hecho preguntas, hemos tratado de encontrar soluciones, hemos maldecido a la diosa, Terencio el que más. Ahora guardamos silencio. Muchos están tumbados en el suelo, como los cadáveres desparramados frente a nosotros. Nadie ha venido a buscarnos. Estamos atrapados en esta condenada gruta. Empapados. Acalorados. Hambrientos. Muy hambrientos. Demasiado, para que hayamos pasado solo un día sin comer. Y me refiero a comida de verdad, no batimientos ni cadencias de los Rápidos. Vuelvo a pensar en el Rápido o Extrema Sangre, lo que fuera, en sus palabras: «Esconde lo que eres». Creo que no soy nada. Solo carne de matadero. Mercucio y Alena, apoyados en la

roca a poca distancia de mi espalda, susurran de vez en cuando, y ella a menudo se ríe de lo que le dice él. Su risa socarrona es el único jaleo que se arma en la gruta. Parecen dos enamorados sentados en la orilla de un río esperando que la luna los convenza para besarse, aunque no creo que sus palabras sean de amor.

Julieta tiene la camisa pegada al cuerpo, y yo es mejor que mire a mi alrededor; de lo contrario, mi atención seguirá cayendo en lugares prohibidos. Así que analizo la gruta, por enésima vez, buscando una vía de escape.

Es altísima y negra. La pared de la izquierda desciende vertical como una única losa de piedra directamente en el suelo, así como la pared de enfrente. A su izquierda, en cambio, la piedra se ha abierto en dos, creando otra gruta. No hay manera de alcanzarla, si no es a nado, pero sería en balde, pues desde aquí se ve claramente que no hay ninguna salida. La roca está hecha de piedra pulida, que crea afiladas esquirlas. Podría ser pizarra. Busco agarraderos para escalar las paredes, pero enseguida desisto: no hay. La única posibilidad de salir de aquí podría ser el saliente rocoso que se recorta en el vacío en lo alto, en el centro de la gruta. Es una especie de terraza encima del precipicio. Alcanzarla está fuera de discusión. Quizá con una cuerda larga y un gancho podría arriesgarme a llegar hasta allí arriba, pero siendo dos es casi imposible.

Estoy convencido de que es de allí de donde hemos caído. Y tampoco me cabe duda de que cuando el agua nos lleva hasta el techo, aquella cornisa desaparece.

Se la señalo a Julieta, que está intentando curarse un corte en el pie. Es profundo y su sangre se derrama formando un riachuelo. Le

duele. Creo que se le ha clavado una esquirla muy hondo. Todavía tiene la cara hinchada. Habla siempre con algo de dificultad.

—¿Por qué no la vimos? —pregunto más a mí mismo que a los demás, pero ella responde.

—Porque no estaba.

—El chirrido —murmuro.

—¿Qué?

—Cuando estábamos en el salón notaba corrientes de aire y oía un chirrido. Creo que mueven las paredes. El Decano apareció de la nada, ¿recuerdas?

—Y se tragan los salientes rocosos a los que aferrarse.

Asiento. Tiene una mente veloz. Solo quisiera que no llevara encima ese perfume que huelo incluso después de haber pasado todo ese tiempo en el agua. Y quisiera que se alejara porque sigo viéndola mientras mata a mi nodriza. Y también quisiera preguntarle qué vio cuando le succionó Tiempo y recuerdos. Y quisiera odiarla por eso. Luego la miro y observo que tiene pajitas doradas en los ojos color chocolate, y me pregunto si estoy mal de la cabeza por fijarme en estos detalles a pocos pasos de los cadáveres destrozados en el suelo.

—¿De dónde crees que proviene la luz? —me pregunta con curiosidad, intentando apartarse los cabellos pelirrojos que tiene pegados a la frente.

—No hay aberturas. Y si hubiera, proyectarían conos de luz. En cambio, aquí parece un maldito sol. Por lo tanto, es un Aeteriano que arroja luz sobre la oscuridad. —Le miro la herida—. ¿Puedo? —le digo señalando su pie.

Ella asiente con la cabeza.

Alargo la mano.

—Pásame el puñal.

Saca el arma y me la ofrece, no sin cautela. Me corto un retal de la camisa de algodón. Le cojo el pie y con la punta del puñal trato de sacar la esquirla. Ella se sobresalta.

—Tienes que estarte quieta —le ordeno.

—Vale. —Lo dice, pero no me la creo. En efecto, poco después vuelve a apartar el pie de improviso.

—¿Y bien?

Suspira y alarga de nuevo la pierna hacia mí. Yo la inmovilizo entre las mías, así estoy seguro de que, por tratar de ayudarla, no voy a recibir una patada en la cara.

—¿Existen Extrema Sangre tan poderosos que pueden crear luz? —me pregunta, haciendo una mueca por el dolor.

—Luz hay siempre. Solo que en la oscuridad tiende a ocultarse. Pero si sabes que está, al final puedes encontrarla.

—¿Algo menos poético? —dice frunciendo la nariz.

—¿Algo menos antipático? —respondo ladeando la cabeza.

La esquirla sale disparada del pie y ella se queja. Yo disimulo una sonrisa. A poca distancia, Sansón y Teobaldo nos miran torvos. Podría parecer que estamos trabando amistad. Pero no es así. Es que la desesperación une a las personas más que el odio. Si el segundo se alimenta, la primera se comparte. El odio quiere victoria, pero la desesperación pide salvación. Y nada une más que el deseo de vivir.

—Tu tía es Aeteriana, además de Atadora. Puede que sea justamente gracias a ella que hay esta luz. Quizá esté allí observándonos indiferente a todo.

—Mi tía no es ningún monstruo —dice enderezando la espalda.

—Es una Capuleto. —Le envuelvo la herida con el retal y lo afianzo con un nudo.

Aleja el pie de golpe.

—¿Crees que los Montesco sois mejores? Ten en cuenta que tu padre y tu madre han pasado por la Academia, y si bien no están aquí mirándonos, no creo que te hayan dicho que te encontrarías en medio de una carnicería. ¿Dónde está la diferencia? —me pregunta, recuperando su arma.

—¿A lo mejor en el puñal que llevas contigo?

Le he dado donde más duele. Sabe que es una privilegiada. Veo cómo a sus mejillas les sube un poco el rubor. Es una Capuleto, será rabia, sin duda, no vergüenza. Y sin embargo no responde, agacha la cabeza y se esconde el puñal en los pantalones.

Nos volvemos a quedar en silencio durante unos batimientos. Yo la observo por el rabillo del ojo. Tiene moratones por todo el cuerpo, como todos nosotros. Su boca está hinchada por el puñetazo de antes y el labio se le ha inflado. La mandíbula debe de dolerle horrores, pero no se queja. Los cabellos pelirrojos pegados en la frente y el cuello dejan caer hilos de agua y sudor. Me quedo mirando la gota que resbala hasta su espalda. Quisiera saber qué carajos me ocurre. Esta chica es la hija del asesino de Bastiano ¿y yo cuento las gotas en su piel? Si en este momento Benvolio diera un paseo por mi cabeza, me la ensartaría en un pincho.

Julieta se percata de que la estoy mirando y yo me apresuro a decir la primera cosa que me viene a la cabeza.

—No se ha acabado.

—¿Estás seguro? —pregunta, demasiado deprisa para que mis palabras no la hayan asustado.

—Todavía estamos encadenados. No veo a Ensiferios. No se ha acabado, créeme.

De nuevo aquel chirrido.

Me vuelvo hacia ella.

—Ahí está, el ruido, ¿lo has oído?

Asiente.

—Sí. Provenía de arriba.

Miramos hacia lo alto. No vemos ninguna abertura.

—Aquí no dejan nada al azar —reflexiono en voz alta—. Nada. Así que si oímos este ruido significa que quieren que lo oigamos. Forma parte del enigma. Tenemos que averiguar de dónde se abren las puertas.

De la cresta del precipicio cae hacia nosotros una cascada de agua. Hay muchísima.

—Eso es lo que han abierto. La mampara que detiene el agua —digo a regañadientes.

Todos nos espabilamos.

Terencio y Benvolio corren hacia mí.

—¿Qué hacemos? —pregunta mi primo con su rostro más pálido de lo que es habitual.

—Eres tú quien se ha pasado solasterios encima de los libros. ¡Dímelo tú! —He usado un tono más sarcástico de lo que pretendía. Alargo una mano para disculparme. La aparta.

—Cada uno ha hecho lo que pensaba que era mejor. Terencio ha entrenado el físico; yo, la mente. Y sin embargo no tengo respuestas para ti. Ignoro si esto hace de mí un Edenita que no es digno del

poder, pero no me eches la culpa de lo que está sucediendo, a pesar de que respeto el Coro y sus Leyes. Yo también, junto con los demás, estoy esperando que tú puedas sacarnos de aquí, del mismo modo en que nos has sacado del agua. —El tono es plano y sosegado, pero en sus ojos veo un velo de desilusión. No por mí, espero, sino por aquello en lo que tiene fe.

Otros se acercan y me miran. Ellos también esperan respuestas.

Soy un Montesco, no un jefe. «Sálvalos a todos…». ¿Tal vez mi nodriza se refería a esto? No podía saberlo. Y yo no quiero esta responsabilidad, pero mi cabeza trabaja a toda prisa, y las palabras me salen antes de que pueda detenerlas.

—Tiene que ver con la gravedad. Cambia. No sé de qué manera. Creo que la gruta se volverá a llenar. Y solo cuando el agua llegue a la cima, la salvación estará de nuevo debajo de nosotros. Procurad no desperdiciar mucha energía. Dejaos transportar por las olas hasta el techo. No nadéis. Y tomad tanto aire como podáis antes de que el agua se cierre encima de vosotros. Una vez la gruta esté llena, nadad hacia abajo.

—¡Y una mierda! Yo no voy a hacer lo que tú digas. ¡Yo voy a hacer lo que yo diga! —Sansón ha logrado añadir más de un gruñido, pero el sentido de su discurso es similar. Él tampoco tiene a nadie encadenado a la muñeca, pero a juzgar por cómo tiene la mano, el pulgar roto es el suyo. No me cuesta imaginar cómo ha ido, dado que estaba encadenado a la Seca.

El nivel del agua ya nos ha subido hasta la mitad del muslo. Estamos peleando en remojo.

—Debes responder cuando te hablo. —Sansón está hecho una furia porque no le doy importancia y anda arrastrando el agua hacia

mí, pero yo tengo realmente otras cosas en que pensar.

—No me has preguntado nada. Has dicho que no vas a hacer lo que yo diga. Y por mí está bien. Más que bien. No nades. Quédate allí arriba y ahógate. A mí me da igual. Y a tus parientes a lo mejor también. —Le doy la espalda sin preocuparme de él. Y cometo un error. Sansón me aferra por detrás, me pasa la cadena alrededor del cuello y me arrastra dentro del agua.

No estaba preparado para este asalto y por lo tanto trago agua. Y no respiro. Intento quitármelo de encima, pero no lo consigo. Julieta se ve arrastrada conmigo hacia abajo. A ella también la ha cogido por sorpresa. Intento volver a ponerme en pie, pero no es fácil con el agua, que sube cada vez más. Me hundo una, dos veces. No veo nada. Mi mundo está hecho de un mar invertido que se me mete en la garganta, mientras impide que el aire me llegue a los pulmones. Las voces de mis amigos, y las de mis enemigos, gritan unas contra otras de la misma manera. Me imagino que allí también se están peleando. Alguien nos insta a detenernos, a parar. No sé quién. Todas mis fuerzas están concentradas en no morir.

Luego oigo un grito que es una palabrota, y la sujeción en mí se afloja. Y por fin respiro. Cuando saco la cabeza del agua, que a estas alturas ya nos llega a la pelvis, veo a Julieta con el puñal ensangrentado en la mano.

—¡Me has cortado, puta desgraciada! Podrías haberme matado. —Sansón ruge aguantándose el brazo.

—Todavía estás vivo, así que he fallado de medio a medio. —Es una furia mientras está de pie con el puñal entre las manos; los cabellos le chorrean por la espalda y tiene el rostro hinchado. A

veces parece un cervatillo asustado; otras, la hiena dispuesta a devorar a ese cervatillo. ¿Quién es la verdadera Julieta?

—¡Soy tu primo, joder!

—Venga ya. ¿Y también eres mi primo cuando intentas acabar justamente con el que está encadenado a mí?

—¡Es un Montesco! ¡Has defendido a un Montesco! Solo por eso merecerías morir con él. —Sansón se va mirando el puñal, y en sus ojos veo una amenaza no solo para mí, sino también para Julieta. El agua a su alrededor está roja de sangre. Demasiada. Folco anda a grandes zancadas apartando el mar.

—¿Va todo bien? ¿De quién es esta sangre? —Su preocupación es tangible. Tanto él como Teobaldo la quieren con toda el alma. Y ella les corresponde, pues observo que su rostro se sosiega cuando habla con ellos.

—No es nada. Me he cortado un pie. ¡La herida se habrá abierto por culpa del cretino de tu primo! —La sangre de Julieta sigue mezclándose con el agua, mientras el nivel sube rápidamente. Y muy pronto ya no tocamos el fondo. Apenas el agua nos roza el cuello, sucede lo impensable.

Folco se dobla en dos, se lleva una mano a la garganta y grita. En un primer momento creo que algo lo ha golpeado, pero luego lo comprendo: la Marca del Alma. Folco no ha dado el Primer Paso. El contacto con el agua y la sangre de Julieta deben de haber puesto en marcha el proceso.

—¡Pronuncia las palabras! —la exhorto—. Pronúncialas o la ceremonia no estará concluida.

Ella me mira sin comprender lo que está sucediendo.

—Se podría transformar ahora si no las pronuncias. Concluye su Primer Paso —insisto, poniendo toda la determinación posible. No estoy seguro de que esta sea la clave, pero eso espero. Rezo a la diosa para que sea la Marca y no que esté mutando aquí en el agua; de lo contrario, la gravedad y el ahogamiento serán el menor de nuestros problemas.

Folco sigue aullando y agitándose, y los demás se apartan nadando a toda velocidad; incluso sus hermanos se mantienen a distancia.

Julieta toma el puñal y se corta el brazo.

—Que esta sangre sea la Extrema que he vertido por ti.

No sé si será suficiente. Ella no es su madre. Pero sí que es una pariente.

Las gotas tocan nuestro maldito mar. Algo se parte debajo de nosotros. El agua alrededor de Folco crea un remolino que se lo traga. Corremos el peligro de que nos trague a nosotros también. Braceamos contra el enorme remolino que nos arrastra hacia el centro. Cuando parece que todos acabaremos engullidos, el agua explota hacia arriba: es la erupción de un volcán que expulsa agua en lugar de lava. Llega hasta el techo y luego se aplaca.

Por un batimiento no ocurre nada. No hay ningún rastro de Folco. Mi vivaz imaginación crea una visión espantosa de él con largos cuernos de ciervo, garras, escamas, negras alas emplumadas, mientras vuela por encima de nosotros, dispuesto a despedazarnos.

En cambio, su pelo negro azabache resurge con lentitud, y decididamente no tiene cuernos de ciervo en la cabeza. Recupero la respiración, y todos los demás conmigo.

Teobaldo nada alegre hacia nosotros, y por un momento me olvido del delirio en el que nos hallamos.

—Hermano, has recibido la Marca. —Se gira exultante hacia su gemela—. ¡Es un Esencial!

Florencia sonríe, pero solo con la boca; sus ojos se mantienen inescrutables.

—Bien —dice, asintiendo. Quién sabe por qué pienso que no es feliz. Ya me había dado cuenta de que Florencia tiene una actitud cauta en comparación con la de su hermano. Creía que era porque Folco tiene fama de pendenciero con un carácter que se incendia con facilidad, pero leo algo más profundo, que se asemeja al rencor.

—¡Ya no te transformarás! Tienes la primera señal de la Marca. —Teobaldo está exultante.

—Así no van las cosas. —La voz del Albino parece aburrida y apaga el entusiasmo.

—¿Y tú quién cojones eres? —gruñe Teobaldo, girándose hacia el Iniciado encadenado a Baltasar.

—El que matará a tu hermano si se transforma —dice el Albino con una serenidad que me desconcierta.

Para decir semejante cosa a un Capuleto, o estás harto de la vida o estás como un cencerro. Teobaldo da un salto hacia delante, lo que el agua le permite. El Albino deja que se le acerque, mientras Baltasar a su lado se agita e intenta retroceder. La dura voz de Paris insta a Teobaldo a detenerse, pero él no lo escucha. Aunque debería. Se rumorea que a los Cazadores se los cría con lobos, dejando que encuentren por sí solos alimento en la nieve. Aprenden técnicas de combate que solo ellos conocen. Apenas Teobaldo está al alcance del Albino, este abre la palma de la mano y golpea el

tabique nasal del Capuleto, rompiéndoselo. El ruido del hueso roto es inconfundible, y la sangre mana de su nariz. No se trata de un golpe muy secreto, pero es la mar de eficaz. Teobaldo desaparecería entre las olas si no fuera por Paris, que lo sostiene. Grita mientras la sangre le entra en la boca.

—Cálmate —le ordena el hijo de la Primera Voz—. Cálmate o juro que te ahogo. —Teobaldo se tranquiliza en los movimientos, pero no en la voz.

—Desgraciado. Estás muerto —dice al Albino, que bosteza, aburrido.

—Aunque me mataras, eso si un día lo lograras, tu hermano no estaría fuera de peligro. La Marca no es ningún antídoto contra la mutación. Solo la Pertenencia lo es. Únicamente el Vínculo. Hasta que no lo reciba no le quitaré el ojo de encima, y si fuera necesario lo mataré. No porque me guste, sino porque es lo que debe hacerse. —Su duro acento suena cansado. Folco le dedica una sonrisa, que imagino que significa: «Puedes intentarlo, pero no está dicho que lo consigas». El Albino asiente y hace una mueca, que parece una sonrisa. Es difícil de decir.

Podrían producirse más riñas y amenazas, pero el nivel del agua casi ha alcanzado el techo. Teobaldo comunica a Paris con un gesto que no dará problemas y él lo suelta. Antes de sumergirme, lo último que veo es a Teobaldo, que se recoloca el hueso de la nariz con un movimiento seco de la mano, y el ruido sordo permanece en mi cabeza incluso cuando estoy inmerso en el sonido atenuado debajo del agua.

18

Romeo

Tenía razón: cuando llegamos al techo, advierto que la gravedad cambia. Julieta y yo empezamos a nadar hacia abajo, seguidos de todos los demás. Llegamos al final y encontramos aire. Salir del agua es más sencillo ahora que sabemos cómo hacerlo, y la mayoría de nosotros ayuda a quien no lo logra. Esta vez no hemos perdido a nadie. Mientras nadaba he oído más veces ese maldito chirrido. Una vez me imagino que debe de haber sido el cierre del agua y el saliente rocoso que se ha retirado, pero las otras veces no sé a qué se ha debido. Lo oímos siempre a la mitad del recorrido, cuando ascendemos, y cuando descendemos a nado. Hablo de ello con los míos, para tratar de descifrar el misterio. Cada uno formula hipótesis descabelladas, incluida la de que podría ser solo un ruido para desquiciarnos, pero sin ninguna utilidad; teoría que yo *a priori* no descarto.

Transcurren pocos esimios y el agua vuelve a descender desde lo alto. En breve tiempo, la gruta se llena y nosotros volvemos a ascender con el agua para luego nadar de nuevo hacia el fondo.

Y entonces todo vuelve a empezar desde el principio.

Ocho veces la cueva se colma y ocho veces nos dejamos transportar hasta el techo y luego de nuevo hacia abajo. Luchamos

contra la dificultad, el hambre, el cansancio.

Nos hemos dividido en grupos sin quererlo, pero la supervivencia nos ha empujado a buscar a los amigos y a alejarnos de los enemigos. Aunque a nosotros no nos ha salido de maravilla. Benvolio, yo, Mercucio, Alena, Baltasar y el Albino, que he descubierto que se llama Amleto, formamos un grupo compacto. Paris, para proteger a su hermano, nada a nuestro lado, cosa que no me supone ningún problema. El principal fastidio deriva de Terencio, que en la cuarta vuelta se ha puesto a Laurela encima de los hombros y ahora nada cargando con ella, dado que la Valfiero estaba a punto de estirar la pata. Además, con nosotros está Julieta, y por lo tanto, a pocos brazos nadan también Folco y Teobaldo.

Una bonita excursión campestre para jugar a ver quién la palma antes. Nadie ha hecho movimientos bruscos ni ha arremetido de improviso; por otro lado, ni siquiera tenemos fuerzas para ello. Sansón no es de los nuestros. Tras haber intentado matarme y reñir con su prima, se mantiene a distancia, pero noto que no me quita los ojos de encima. Yo, en cambio, no se los quito a la Seca. Prefiero seguir llamándola así en vez de recordarme cada vez que Rosalina está emparentada con alguien que encuentra placer en torturar a la gente. Hace un rato que se está peleando con una chica tan seca como ella, pero la mitad de alta. El agua que llena de nuevo la gruta interrumpe sus discusiones. Si yo fuera la otra, estaría atenta, muy atenta.

A la décima vuelta, dos no lo logran. Están demasiado agotados, y si no encontramos la manera de resolver este dilema, nosotros también correremos la misma suerte. Y mientras cavilo sobre esto, advierto el ruido que proviene de nuestra derecha, a más o menos la

mitad del recorrido, mientras el agua vuelve a subir: es el chirrido. Julieta también lo ha oído. Hablamos de ello con los demás mientras el nivel aumenta y decidimos que, apenas volvamos a estar en suelo seco, nos desplazaremos lateralmente. Y así lo hacemos. Julieta y yo echamos a correr hacia el extremo de la gruta, mientras todos los demás nos miran sin entender. Nuestros pies golpetean el agua que ya ha empezado a caer, más abundante que antes. Ahora, el tiempo de descanso es casi inexistente. Con nosotros también corren Mercucio y Alena. Benvolio y Terencio se quedan con los Capuleto. Terencio no ha soltado a Laurela. Me gustaría que de vez en cuando mi amigo razonase con el cerebro y no con el órgano entre las piernas. No podemos llegar hasta la pequeña gruta excavada a nuestra derecha, no hay manera de alcanzarla si no es a nado.

Cuando estamos más o menos a la mitad de la gruta, volvemos a oír el sonido. Y esta vez es mucho más fuerte. No cabe duda de que se trata del ruido chirriante de piedra raspando contra otra piedra, pero afuera no se ha movido nada, por lo tanto, es algo que se produce bajo el agua. Nos sumergimos y nadamos hasta adentrarnos en la gruta, y por fin comprendemos qué es ese estruendo: de la roca surge una base de pizarra. Es lisa y lo suficientemente amplia para que quepamos al menos dos personas. Se la señalo a Julieta y juntos nadamos hacia ella. Antes de que podamos llegar a tocarla, la gruta se la traga, pero veo claramente que al lado de la base hay una palanca. Cuesta ver a menos que estés muy cerca, pero es una maldita palanca. Calculo en mi mente durante cuánto tiempo ha permanecido visible la base y estimo que se trata de no más de veinte batimientos, suficientes para accionar la palanca. Regresamos a la superficie a toda prisa y tomamos aire.

El techo ahora está muy cerca. Tenemos poco tiempo para hablar y decidir el siguiente movimiento. Se lo contamos a Mercucio y a Alena y razonamos juntos. La primera idea que se nos ocurre es intentar tirar de la palanca, en el descenso. Va Mercucio. Él y Alena nadan más veloces, y si la palanca no funciona pueden alcanzar el aire al final del recorrido. Me ofrezco a ayudarlos, pero Mercucio se muestra inflexible. Julieta le da la razón. Nosotros los esperaremos fuera, y en caso de necesidad, los ayudaremos a salir del mar.

Veo cómo nadan lateralmente hacia la pequeña gruta y me obligo a sumergirme en las profundidades sin seguirlos. A estas alturas, la salida del agua se ha vuelto una costumbre, pero resulta cada vez más dificultosa. Los músculos duelen. Julieta no se ha quejado ni una vez. Nada con diligencia y no dice ni mu cuando cae sobre el suelo rocoso, a pesar de que su pie sigue sangrando un poco. Apenas salimos a la superficie, ambos miramos con ansia hacia arriba. El mar encima de nosotros está quieto. Inmóvil. Dentro de poco empezará a retirarse. Cuando sucede y no los veo emerger, intento no dejarme llevar por mi pesimismo habitual, que lamentablemente ya está aquí con los brazos abiertos. Cuento los batimientos que nos separan de lo inevitable. En la primera vuelta hemos tenido muchos esimios antes de que salir del agua fuera como precipitarnos desde una torre. Ahora son pocos. La gruta se rellena cada vez a más velocidad y se vacía con idéntica rapidez.

En el último batimiento, veo a Mercucio y a Alena prorrumpir fuera del agua; parecen delfines. Están cogidos de la mano y lo siguen estando cuando la dura roca los acoge. Su impulso era tan fuerte que no nos han necesitado. Grito de alegría al verlos vivos. Nos acercamos a ellos.

—No se ha movido ni un grano de arena —espeta Mercucio lleno de rabia—. Es más dura que el hierro. Maldita sea. —Y se sacude el agua de los rizos rubios.

—Si no fuera por mí, todavía seguiría allí encima intentándolo, y muriendo. —Alena mira a su compañero de manera severa—. Estás como una cabra, ¿lo sabes? —dice tocándose la cabeza.

La sabe, lo sabe perfectamente. Está como una cabra, y es generoso, elegante y de confianza. Es lo que he aprendido de él en pocas cadencias.

—¿La base? —pregunto con un hilo de esperanza.

—Ha salido. Pero incluso así la palanca no se ha movido. Pero tengo una teoría —dice mordaz.

Nos la cuenta. Es un disparate y si fallamos alguien morirá, pero estoy de acuerdo con él, aunque eso signifique que los Atadores son unos sádicos.

—Vale —dice Alena mirando a Mercucio—. ¿Quién de los dos se rompe el pulgar?

—Nadie —respondo—. Vosotros habéis hecho vuestra parte. Ahora me toca a mí.

—La idea es mía, así que la responsabilidad es mía. Si meto la pata, muero yo. —Mercucio tiene la mirada de quien no admite discusiones. Es inútil perder un tiempo valioso.

—Vale —dice Alena—. Ahora bien, si me permites, me lo rompo yo sola.

—Nunca contradigo a una señora. —Mercucio alza ambas manos y Alena, como un rayo, le aferra la que tiene atada a ella y le rompe el pulgar.

Mi amigo abre de par en par sus ojos negros, que se vuelven todavía más oscuros de lo enfadado que está. Ni siquiera ha gritado de dolor.

—¿Qué cojones has hecho? —le ruge.

—Nado mejor que tú —dice ella seráfica—. Hacerlo al contrario no es tan sencillo.

—Yo soy más fuerte. ¡Maldita sea!

—¿Sí? ¿Quieres ponerme a prueba? Quizá la próxima vez que no tengas un pulgar roto.

—Eres imposible —le espeta a voz en cuello.

—Mi madre también me lo dice siempre. —Y tras encogerse de hombros, se sienta a esperar a que el agua llegue. Como de costumbre, se alisa la melena larguísima con las manos, luego se la enrosca y se la ata en la nuca. La órbita vacía debe de hacerle un daño de mil demonios, y sin embargo no dice ni pío. Suelta un poco de aire cuando ve que el agua empieza a caer—. Vamos a salvar a unos cuantos Iniciados. —Se ríe, poniéndose en pie.

En poco tiempo empezamos la ascensión, y a mitad de camino oímos que la base emerge y, al cabo de poco, vuelve a introducirse en la roca. Cuento los batimientos y veo que Alena también lo ha hecho.

—Veinte batimientos —murmura Julieta—. Siempre que la teoría sea correcta.

Es nuestra única posibilidad.

Mientras descendemos, me percato de que Alena nada muy despacio. Se está reservando las fuerzas. Quisiera sonreírle, pero eso sería una estupidez. Más bien habría que rezar, o tal vez no; quizá a nuestra diosa le gusten la muerte y la sangre. Me siento inútil, me

siento como cuando el nombre de Domiciana se quemó, o como cuando Rosalina fue escogida como Vestal. Parece que hayan transcurrido latelunas, y en cambio ocurrió hace solo unos días.

Salgo del agua rodando con Julieta. Todos lo hacen salvo Alena. Está allí cabeza abajo, con la melena todavía atada a la nuca.

—Como te mueras, te mato. —Mercucio la saluda así, mientras el mar se retira y ella empieza a nadar hacia la pared rocosa.

Hemos intentado situarnos lo más cerca posible, pero obviamente los Atadores no nos han puesto las cosas fáciles, y por lo tanto la pared se hunde más en la roca respecto al suelo. Lo que significa que hay que nadar al menos dos pértigas, y a contracorriente es muy difícil. Veo cómo los demás la miran asombrados. No hemos tenido tiempo de explicar nada a nadie. Y además no quiero dar falsas esperanzas. La teoría de Mercucio es esta: la base surge mientras nos encontramos a mitad del recorrido, luego se retira, tras algunos batimientos, porque nadie se ha encaramado allí. Si alguien se sube encima, no volverá a introducirse en el muro; de lo contrario, no tendría sentido. Pero debe notar el peso y, por lo tanto, no tiene que haber agua. Dado que todo este maldito enigma se basa en la gravedad, he pensado que tiene razón. Para la palanca es más de lo mismo. Si hay agua es imposible moverla. Así que la única manera de alcanzarla es cuando el agua vuelve a subir. Si no llega a tiempo cuando la base salga, morirá; si no logra mover la palanca, morirá; si su teoría es equivocada, moriremos todos.

Terencio me alcanza, seguido de los Capuleto.

—¿Qué diablos está haciendo? —pregunta, estupefacto, mirando a la Iniciada que está nadando con todas sus fuerzas hacia la pequeña gruta a mitad del recorrido.

—Salvarnos la vida. Quizá —murmura Mercucio.

Estamos todos con la cabeza hacia lo alto, incluso quien ignora lo que está sucediendo. La Seca hace apuestas sobre cuándo se estrellará Alena contra el suelo. Yo no la escucho porque me entran demasiadas ganas de estrellarla a ella contra la piedra.

Todos oímos el chirrido. El soporte ha emergido. Y ella todavía no lo ha alcanzado. No llegará a tiempo.

Cuento los batimientos mientras Julieta le grita.

Uno. Dos. Tres.

—Mueve ese culo fofo, pedazo de holgazana —le grita Mercucio con la voz rota por el miedo.

Cuatro. Cinco. Seis.

Alena acelera el ritmo.

Siete. Ocho. Nueve.

La voz de Julieta resuena por la gruta. Chilla tan fuerte que se queda afónica.

Diez. Once. Doce…

Alena agarra algo con la mano.

Trece…

El agua se retira…

Catorce…

… y ella está aferrada a la base con las manos, pero las piernas le cuelgan en el vacío.

Julieta me estrecha la mano, la estrecha con fuerza. Yo le correspondo.

Quince…

Gritamos juntos.

Ahora tenemos que rezar para que no se retire y que ella logre encaramarse encima.

Los demás chillan conmigo. No saben por qué, pero han entendido que su vida depende de ello.

Dieciséis… Diecisiete… Dieciocho…

Alena se iza con los brazos y se sube a la base.

Diecinueve…

El «veinte» no lo decimos. Pero llega igualmente. No puedes detener el tiempo solo por dejar de contarlo. Transcurre de todos modos. Ni siquiera los Arquitiempos son capaces de ello; a pesar de que logran detenerlo o devolver un objeto a su origen, es en sus cuerpos donde transcurre, haciéndolos envejecer. Contra el tiempo nada se puede hacer.

Aguardamos.

… Y luego prorrumpimos en gritos de alegría.

La base no se ha retirado.

Alena alza los brazos en señal de victoria, pero no hay tiempo para celebraciones. Hay que accionar la palanca y en realidad no sabemos qué sucederá.

—Cuando baje, te haré tragar arena. No tengo el culo fofo. No te confundas con tus atributos —le grita Alena a Mercucio, chinchándolo.

Él se ríe de buena gana, echando la cabeza hacia atrás, y alza el brazo señalándola.

—Eres una maldita diosa —le dice. Y se ríe de nuevo.

Alena se acerca y tira de la palanca.

Se mueve. Ha funcionado. Oímos un ruido. Pero la roca no nos muestra ninguna salida. Nos muestra otro condenado enigma:

debajo de la base, a unos tres brazos de distancia, ha surgido una nueva palanca.

Pero ningún lugar donde poner los pies. Ningún peldaño. La palanca es inalcanzable, a menos que…

La idea se abre camino en mi cabeza, y a medida que toma forma, me voy quedando helado: no nos han encadenado juntos para perjudicarnos, sino para favorecernos. Se necesita el peso de dos personas para estar encima de la base y se necesitan dos personas para accionar las palancas. Una persona que esté arriba y la otra, suspendida, sostenida por… una cadena.

Dos Iniciados. No uno.

—Alena, ¡cuidado! —grito. Pero es demasiado tarde. El soporte de piedra se retira. Alena brinca a un lado y se aferra a la palanca. Se queda colgando en el vacío. Ya no queda agua por encima de ella. Dentro de poco empezará a correr. Solo debe esperar a que se llene lo suficiente para permitirle soltar la sujeción. Pero ¿cuánto tiempo hará falta?

La gruta se sume en el silencio. Estamos todos allí arriba con Alena, incluso quien no la conoce.

Veo que cede. Una mano se suelta. Creo que no lo logrará. Y entonces por fin llega el agua. Y por primera vez desde que estamos aquí me alegro de oírla correr. Alena se ríe. La gruta se llena rápidamente.

—Tendrás que seguir esperando para tenerme. Todavía un buen rato —grita mientras se suelta y se sumerge. No sé si hablaba con la muerte o con la diosa, pero me hace feliz que ninguna de las dos la tenga.

—¿Eres capaz de sostenerme con un brazo? —me susurra Julieta, muy cerca de mí.

—Por supuesto —respondo. No hace falta decir nada más. Ella también ha resuelto el enigma.

—Eso espero. Sería bastante indecoroso morir por tu culpa.

—No te preocupes. La muerte no nos verá unidos.

No decimos nada a nadie. Nos mantenemos aparte evaluando los pros y los contras de lo que estamos a punto de hacer. Nadie repara en nosotros; están todos concentrados en Alena y discuten sobre qué hacer a continuación. Nosotros no les contamos la solución, no solo para no dar falsas esperanzas, sino porque estamos convencidos de que intentarían detenernos. Mientras el agua asciende, continuamos repasando el plan, que se reduce a que la diosa esté con nosotros. Nadamos hasta el techo, y cuando volvemos abajo, no salimos. Cuando Teobaldo se percata ya es demasiado tarde. Está furioso, al igual que Terencio, que ha entendido lo que estamos tratando de hacer. Pero nuestra vida vale tanto como las demás y alguien tenía que subir hasta aquí arriba. Empezamos a nadar hacia la roca. Alena nos ha ayudado a entender cómo movernos y qué dirección tomar. Mientras doy una brazada tras otra me percato de que en mi interior hay voluntad de vivir. Por Domiciana, por Rufina y por Rosalina. Ella todavía está aquí. Puedo encontrarla. Y luego averiguar la manera de huir juntos.

Alcanzamos la pequeña base y nos encaramamos a ella con facilidad. No espero a que el agua desaparezca encima de nosotros. Tiro de la palanca. De debajo oímos el ruido de la otra, que emerge.

—¿Estás lista?

—Hazme volar —me dice.

Sujeto la cadena con una mano y con la otra me agarro a la roca, y ella se deja caer. Está demasiado lejos de su palanca, así que para alcanzarla debe balancearse. Me quema el brazo, pero no me suelto.

—La tengo —me dice. Ya lo había deducido por los aplausos que han estallado entre los que están mirando desde el suelo.

Cuando Julieta tira de la palanca lo noto porque el peso atado a mí desaparece casi por completo, y ahí llega el ruido, inconfundible a estas alturas, de las paredes que se abren. Me agacho en la base y miro hacia abajo. Las dos palancas accionadas a la vez han abierto un pasaje en la roca. Julieta está de pie encima de otra base, que no es sino el final de una larga escalera que va desde la abertura hasta abajo. Unos pequeños peldaños han surgido de la roca y los Iniciados ya han empezado a subir. Hemos apostado por una idea y hemos ganado. Pero podríamos haber muerto.

Me dejo caer en la base inferior. Todos están chillando de júbilo cuando, en mitad de la felicidad, oigo un grito de desesperación. Aterrizo al lado de Julieta.

—¿Quién…?

—Aquella desgraciada de la Corvato ha empujado a una chica al vacío. —Julieta inspira aire por la nariz, velozmente… Su ira aumenta con cada respiración…

Miro hacia abajo. A los pies de la escalera está el cuerpo de la Iniciada delgaducha con quien la Seca se peleaba hace algunas cadencias.

—¿La conocías?

—No. Pero conozco la injusticia, y tarde o temprano la Corvato conocerá mi furia…

Viéndola de pie encima de la base, con los puños cerrados, apretando la mandíbula y con el agua chorreándole encima, no me cuesta nada creer que cumplirá su promesa. Una repentina ráfaga de viento que la enviste alborotándole el pelo parece sellar ese acuerdo.

Abajo, cadáveres, botas y casacas yacen igual de revueltos. Me pregunto qué sentido tiene asesinar a todos estos Iniciados. ¿Por qué privarnos de posibles Extrema Sangre para la guerra? ¿Ninguno de ellos era digno? ¿Y nosotros lo somos? No. Solo hemos tenido suerte. Mi enemiga se saca el cuchillo. Lo mira. Y luego lo lanza al abismo.

—No soy una privilegiada. Nunca lo he sido, Romeo. —Su voz tiene el sonido de la melancolía, y esas notas pesarosas reverberan un poco en mi interior.

Los otros ríen, pasan y nos dan palmaditas en los hombros. Algunos dicen palabras que no oigo o no quiero oír. Me quedo mirando a quien no lo ha logrado. De muchos ni siquiera sé el nombre; a otros los he visto de pasada. También los demás Iniciados, antes de entrar en el túnel, se detienen a nuestro lado y miran hacia abajo. Percibo sus suspiros. Podría contar cada una de las emociones que empujan el aire fuera de los pulmones. Pesar, dolor, esperanza, rabia. Y reconozco en mi suspiro la voluntad de vivir. Por primera vez, quiero desesperadamente vivir.

19

Julieta

Después de subir los últimos peldaños y al fin salir de la gruta, nos desplomamos de rodillas sobre las gélidas piedras. Con un tintineo de metal sobre la roca, el pequeño cilindro que mantenía cerrados los grilletes y que me encadenaba a Romeo Montesco se suelta y se cae al suelo: desde alguna parte, el Ardefrío que lo controlaba ha entendido que hemos superado la prueba.

A pesar de la algarabía de los Iniciados a nuestro alrededor, todavía me siento como si siguiera en vilo encima de aquella base, como si la muerte estuviera a un suspiro de mí. Respiro a pleno pulmón, mi corazón late como si quisiera reventarme el tórax, los ojos me palpitan y me escuecen y frente a mí bailan centenares de centellas luminosas.

Debo serenarme.

Acaricio la piedra, las grietas y las muescas llenas de tierra seca. Tienen la consistencia de la salvación.

El latido del corazón se me apacigua un poco, aunque me parece que casi oigo otro de fondo. Me concentro en una gota de agua que desde el pelo me desciende por la frente hasta la nariz. Cierro los ojos. Ahora ya no estoy yo sola, ahora advierto lo que me rodea.

Todavía estamos bajo tierra, pero la humedad que se percibe en el aire aquí es natural.

Romeo se ha quedado a mi lado, él también está exhausto. Nuestras miradas se cruzan. Todavía siento sobre la piel su mano cálida estrechando la mía, mi vida en su poder.

Podría haberme dejado caer, podría haberme empujado como ha hecho Lisandra con aquella chica, y en cambio ha mantenido su palabra hasta el final. Y ese momento en el que me ha alzado, en el que ha usado todas sus fuerzas, todavía reverbera en mi interior. Ese momento en el que, por un instante, me he sentido ingrávida y mi corazón ha latido al unísono con el suyo.

—¡Romeo! —lo llama su amigo un poco demasiado pálido, Benvolio, desde un rincón—. Ven, no debemos separarnos.

Romeo se levanta a duras penas. Me mira, parece casi que esboce una sonrisa, pero se avergüenza un poco. Me pregunto si él también ha sentido lo mismo que yo. Una parte de mí espera que sí.

—Tengo que irme —dice.

Asiento en silencio. Mis compañeros también me estarán buscando. Me vuelvo a poner de pie, haciendo caso omiso de los rasguños en la carne y de los escalofríos que me provoca la camisa de lino empapada.

—Lo hemos logrado —dice Teobaldo. Noto su mano en mi hombro —. Gracias, todavía seguiría allí abajo si no fuera por ti.

«Y yo», pienso. A pesar de mi resistencia, por poco no me ahogo como los demás. Si Romeo se hubiera muerto, habría sido mi fin. Tengo que hablar con Sansón, preguntarle qué narices pensaba hacer.

—¿Julieta? —me llama Teobaldo.

Todavía no le he respondido.

—Ya —digo—. Ahora solo tenemos que averiguar de qué modo intentarán matarnos.

A mi alrededor, oigo ataques de tos, reniegos, llantos. Romeo Montesco se está cerciorando de que todos sus amigos están bien. Terencio, el gigante, tiene los ojos como platos mientras Benvolio trata de desdramatizar, aunque sus ojeras revelan el mismo dolor. Mercucio, en cambio, está apoyado en un rincón. A pesar del pelo empapado, los moratones y las manchas de sangre, sigue pareciendo apenas salido de un retrato.

—Es una lástima que hayan sobrevivido todos —dice una voz ácida a mi espalda. Lisandra. La chica parece querer convertirse en la sombra de mi primo.

—No me dirijas la palabra, tú —le ordeno, volviéndome hacia ella.

—Oh, ¿te estás calentando? ¿A lo mejor Romeo Montesco te ha hecho latir el corazón?

—No. Eres tú, que me das asco. ¿Era necesario tirar a aquella chica escaleras abajo?

—Me estorbaba. Ha recibido lo que merecía.

—No eres más que una asesina.

Ella se acerca a mí. Entorna los ojos.

—No sabes hasta qué punto es verdad —me susurra en la cara, tan cerca que noto su aliento cálido en mi piel.

Cierro el puño.

—No me das miedo.

—Entonces eres idiota.

Hago ademán de asestarle un golpe, pero Teobaldo me agarra del brazo.

—Ey —me dice—. Venga, que ella está de nuestra parte.

—Tal vez —respondo—. Pero no de la mía.

Lisandra curva los labios para esbozar una sonrisa torcida y me hace una reverencia desdeñosa.

Me muerdo el labio. Me pregunto qué ve Teobaldo en una asesina como ella.

Poco a poco, nuestros compañeros se reúnen con nosotros: primero llegan Florencia y Laurela; la primera camina unos pasos por delante. Luego Folco, que tiembla. No sé si por el frío o por el miedo. Se masajea el cuello, donde ha aparecido su Marca.

Al fin, Sansón. Se tambalea hacia nosotros, bajito y achaparrado como es, parece un barril apenas sacado de la bodega de una nave. Desgraciado.

Se da cuenta de que tengo la vista clavada en él.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Tengo que poner todo mi empeño en contenerme para no arrearle un puñetazo que probablemente le rompería todos los dientes. Pero no quiero dar a los demás Iniciados la impresión de que estamos divididos. Así que me limito a cerrar los dedos imaginando que lo estrangulo.

Teobaldo inclina la cabeza en dirección a Sansón.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —responde él, un poco demasiado rápido.

—A Sansón se le ha ocurrido que era una buena idea intentar matar a Romeo Montesco, pero no ha tenido en cuenta que así también me habría matado a mí.

—Estaba convencido de que te las habrías apañado, y de hecho sigues aquí, ¿no?

Me siento hervir de rabia. Inspiro. Estoy a punto de abalanzarme sobre él. Teobaldo se percata. Niega con la cabeza despacio; solo yo consigo notarlo.

—Ajustaremos cuentas cuando estemos a solas —sentencia Teobaldo.

Pero Sansón es demasiado idiota para saber cuándo debe tener la boca cerrada.

—Deberíamos cortarle el cuello ahora, al Montesco —susurra, guiñando un ojo—. Mientras no haya Ensiferios.

Estoy a punto de responder, pero Teobaldo se me adelanta.

—Qué buena idea, primo —dice—. Esta sí que sería una buena manera para enemistarnos con todos los demás Iniciados, después de lo que el Montesco ha hecho en la gruta.

—Igualmente los mataremos, sea como sea —continúa Sansón.

—No, idiota —dice Lisandra, mirando a su alrededor mientras la sala donde nos encontramos se va abarrotando de supervivientes—. Ellos morirán, sin duda, pero todo será por culpa de una tremenda mala suerte.

—No te metas en los asuntos de mi familia —le digo.

—Es algo tarde para eso —responde ella, con una sonrisa que no logro descifrar.

Mientras mis primos y sus compañeros discuten sobre qué funesto destino acabará con el Montesco durante este solasterio, yo me alejo un paso. No logro evitar clavar los ojos en Romeo. Tiene el pelo largo pegado al rostro, pero está recto y orgulloso, listo para proteger a quien se acerque a él o a sus amigos. En este chico mora un misterio, del que yo he podido vislumbrar un fragmento.

Cuando me nutrí de su nodriza, sucedió algo para lo que yo no estaba lista. El Decano Lorenzo me había advertido sobre lo que nos ocurriría cuando nos alimentáramos de los Rápidos, pero no creí que la experiencia sería tan violenta. Tan nítida. Tan viva.

Vi una sala excavada en la roca, con una bóveda alta y antigua, la piedra pulida por milenios, las paredes solo interrumpidas por minúsculas alcobas que albergaban calaveras lisas y resplandecientes, coronadas por velas. La tierra estaba poblada de raíces, raíces de árboles que hacía siglos que estaban muertos. No sé por qué, pero no me cabe duda de que era así.

Había dos figuras aguardando y yo me movía a su alrededor como un soplo de viento. Una era la Rápida de quien me nutrí. Ahora sé su nombre: Rufina.

La otra figura era uno de nosotros, un Extrema Sangre como jamás había visto, con el pelo alabastrino y cicatrices que marcaban su rostro. Estaban delante de una grieta que se abría en la tierra, rellena de un líquido tan oscuro que parecía negro. Lodo.

No, no era lodo: era sangre.

Trece cuerpos colgaban sobre la grieta, desnudos y suspendidos con cadenas que herían su carne al descubierto. Las últimas gotas de sangre todavía se vertían en la hendidura bajo ellos, una pila excavada en la piedra antigua, a imitación de nuestro Primer Paso. Trece Extrema Sangre, lo supe porque lo sabía la chica de la que estaba bebiendo el recuerdo. Y de la pila llegaban, mortecinos, los gimoteos de un niño.

Si hubiera estado de veras allí, habría gritado. Pero no podía hacer nada.

Rufina estrechaba la mano del Extrema Sangre del pelo blanco.

—No tengas miedo —le dijo en Extremoidioma.

Las sombras bailaban por encima de ellos. Ambos aguardaban. Yo sentía la tensión de Rufina como si fuera la mía. Espera. Inquietud mezclada con orgullo. Pero ¿por qué?

—¿Estamos haciendo lo correcto? —preguntó el Extrema Sangre.

—Debemos tener fe —respondió Rufina.

Las llamas de las velas se pusieron a titilar y a apagarse una tras otra, hasta que solo quedó una luz, solitaria.

Y entonces la oscuridad se movió, y me percaté de que los dos en realidad no estaban solos. Nunca lo habían estado. Algo se despegó de la pared de roca, como un antiguo soberano que desciende del trono con dificultad. Más alto que el Extrema Sangre, tan antiguo que se confundiría con la tierra misma, vestido con un atuendo gris recubierto de polvo y musgo. Su rostro estaba cubierto por una máscara que representaba a un joven con las facciones perfectas. La nariz recta, la frente relajada, la mandíbula firme. Pero la expresión de la máscara era afligida, y no de la manera exagerada de las máscaras de Carnaval de los Rápidos. No: había una desesperación sutil que parecía real, demasiado real encima de la piedra clarísima y pulida de la que estaba hecho el ornamento. Me recordó a algo, pero no logré averiguar a qué. Lento e inexorable como el transcurrir de los centurios, dio un paso y luego otro. Inmaculadas y perfectas como si las hubieran forjado aquel mismo día, las cadenas que le ataban los tobillos y lo encadenaban a la roca tintineaban pesadas sobre los peldaños de piedra.

Su respiración era el susurro de un mundo que no era el nuestro, y era lo único que hacía entender que aquella criatura estaba, en cierta manera, viva.

El Extrema Sangre hizo una reverencia.

—Mi señor —dijo, con la cabeza gacha.

—Tienes miedo —dijo la criatura. Su voz parecía el ligero crujido de las hojas húmedas.

—No tengo miedo —respondió él, pero su voz lo delataba. Temblaba como si fuera la peor de las noches de invierno.

—No me mientas, Liborio. No hay motivo, puesto que yo sé lo que sientes. La misma tierra, aquí, sabe lo que sientes.

La criatura le acarició el rostro lleno de arrugas en un gesto cariñoso. Cariñoso y peligroso a la vez.

—Puedo placar tu miedo. Puedo volverte sosegado. O temerario. ¿Lo preferirías?

Liborio negó con la cabeza.

—Lo estamos haciendo por él, y por todos nosotros. Solo quiero saber que Romeo estará bien.

—Rufina cumplirá con su deber —dijo la criatura.

—¿Y si no la eligieran a ella? —preguntó Liborio.

—Tengo que ser yo —se entrometió Rufina—. Me elegirán a mí. Nadie quiere a este niño como lo quiero yo.

Lentamente, la criatura asintió. Del atuendo, tendió una mano blanca de largos dedos; la piel era tan perfecta que parecía esculpida en mármol. Lisa, casi resplandeciente. Le acarició el rostro.

—Tu corazón es sincero.

Rufina lo miró fijamente a los ojos detrás de la máscara, y yo percibí el hielo que se adueñaba de ella, mientras la criatura hablaba.

—Mis palabras se alojarán en tu corazón, protegidas por mi sigilo, hasta que Romeo saboree tu alma.

—Lo sé.

La criatura se agachó a la altura de Rufina; yo podía sentir su aliento en mi piel.

—Bien —dijo la criatura. Estaba hablando a la nodriza, pero no solo a ella. Ya no—. Bien, Romeo Montesco, ha llegado la hora de que sepas dónde…

Y luego sentí un dolor lancinante, como si me hubieran desgarrado el pecho, pero no era mi cuerpo: la espada sobresalía, manchada de sangre, del seno de Rufina. La espada, blandida por un Ensiferio en la sala del banquete, y luego encima de mí solo estaba el rostro de Romeo, y luego perdí el conocimiento. Jamás he amado a nadie como lo amé a él en ese instante, un amor que iba más allá de la sangre, un amor que me volvía capaz —feliz— de aceptar la muerte. Pero no era mi amor, no podía ser. Por él y por su casa, yo solo puedo sentir odio. Eso es lo que siempre me han enseñado. La manera en que me he criado. Aprieto los dientes. Quisiera sentirme sucia por haberme dejado corromper por los sentimientos de la nodriza, pero no lo logro.

Me arrancan de mis pensamientos cuando alguien choca conmigo violentamente.

Una chica con los ojos azules y el pelo rubio, tan corto que parece calva, anda cojeando cerca de mí. Debe de haber sido ella la que ha chocado conmigo. Hace ademán de apoyarse en la pared, como si no fuera nada. En el uniforme manchado de barro se entrevé un gladiolo. No reconozco el símbolo, su casa debe de ser insignificante. Ella se aguanta el brazo derecho. Un riachuelo de sangre resbala por su uniforme.

—Eh —le ordena Sansón—, ¿no ves que estamos aquí? Búscate otro sitio si no quieres que también te rompa el otro brazo.

La Iniciada se aleja sin replicar, con la mirada perdida en busca de compañeros que probablemente no han sobrevivido al banquete o al agua.

—¿Todo bien? —Es Folco, que se me ha acercado en silencio.

—Debería preguntártelo yo a ti —le digo.

—Tengo miedo —responde él.

Se vuelve a masajear el cuello. Su Marca es un triángulo dorado. Los bordes, sin embargo, no están definidos como se esperaría de un Esencial, y no en el sentido de que todavía deban emerger del todo para ser reconocibles. No, son abruptos, como una línea trazada apretando demasiado el pergamino, como si la piel estuviera a punto de lacerarse. Me parece casi sentir su Pertenencia latir a través de la Marca del Alma y difundirse en la estancia. Logro sentirla bajo las yemas de los dedos, que me pican.

—Creo que he tenido incluso demasiada suerte de llegar hasta aquí: cuando la Academia empiece, no habrá salvación para mí.

—No será así —le digo. Doy un paso hacia él y lo abrazo—. Eres Folco Capuleto. Los Capuleto no fracasan.

Con lentitud, apoya la cabeza en mi hombro. Ha cambiado, en este solasterio. Y no solo físicamente: algo en su interior se ha agrietado, como le sucede a la más resistente de las piedras cuando carga con demasiado peso. Del Capuleto que se habría enfrentado al mundo con la espada desenvainada no ha quedado más que un envoltorio. Está a punto de decir algo cuando un fragor metálico reclama nuestra atención, junto con la luz del alba que ilumina la cueva donde nos encontramos.

Es una reja que se alza, sobre una rampa.

—Venid —anuncia la voz de Netria—. Regresad a la luz. —Mi tía. Mi tía sabía, por descontado, lo que nos iba a suceder. Por eso, a pesar de lo que me dijo, decidió violar las reglas y confiarme el puñal. Y sin embargo, a pesar de su gesto, una parte de mí piensa que debería haber tenido conocimiento de más cosas, que de todos modos he corrido el peligro de morir, como todos. Y me pregunto por qué: ¿por qué los retoños de las familias Edenitas deben enfrentarse a estas pruebas? ¿Por qué deben morir?

«Para separar la maleza, las malas hierbas, de las flores», me digo.

Despacio, obedecemos la orden. Trepamos por la rampa y cuando el alba nos acoge descubro dónde estamos.

En la Arena. El sol rojo ilumina nuestros rostros y nos obliga a entrecerrar los ojos. Miramos a nuestro alrededor con dificultad. Aquí, innumerables pies de generaciones de Rápidos han pisado esta arena para ir a morir. Es aquí, donde ellos saludaban a la muerte por última vez, donde nosotros, los Iniciados, saludamos a la vida.

Al menos, los que hemos sobrevivido.

Los que no se han ahogado en la galería, los que no se han estrellado contra el suelo, los que no han sido matados por amigos de toda la vida, los que no han preferido darse muerte ellos mismos antes que soportar el dolor. Nosotros, en cambio, estamos aquí. De cuatrocientos que éramos cuando cruzamos Puerta Imperia, me doy cuenta de que ahora quedamos casi la mitad.

Todas las demás salidas están presididas por Ensiferios; los ocho Altos Maestros se encuentran en el centro del espacio arenoso y, en medio de ellos, Lorenzo. Noto que su mirada se posa en mí. Logro

recoger solo una brevísima seña de Netria. Su frente se relaja apenas me ve; está aliviada de que yo lo haya logrado.

Lo hemos logrado todos nosotros, los Capuleto.

—No te alejes de mí —me dice Teobaldo.

Mientras los ojos de todo el mundo se acostumbran a la luz del sol, unos se dejan llevar y gritan de felicidad; otros, en cambio, abrazan a sus amigos. La hilaridad incontrolable de quien entiende que todavía tiene la vida por delante serpea entre nosotros.

—¡Silencio! —ordena uno de los Altos Maestros, mientras los Ensiferios baten sus armas sobre la arena. Lleva el pelo negro atado encima de la nuca formando un minúsculo moño. Tiene la misma tez ambarina y los ojos almendrados de los Valfiero; me pregunto si están emparentados.

—Vosotros que habéis resurgido del agua, vosotros, futuros guerreros de Edén, ahora romperéis los antiguos vínculos y formaréis las nuevas familias, las Tropas de los Iniciados. Dispersaos, como semillas que generarán el futuro de los Extrema Sangre —declama Lorenzo.

Nos quedamos callados, perplejos, hasta que los Ensiferios vienen a separarnos y reorganizarnos. Sin mediar palabra, nos dividen en once grupos de veintiún Iniciados. Nos distribuyen por toda la Arena en hileras que se curvan formando un semicírculo, de modo que todos podemos mirar hacia el centro de la explanada, donde está el Decano con sus Maestros.

No.

Caigo en la cuenta de que me he equivocado: los Ensiferios no nos han reagrupado exactamente a *todos* nosotros para crear este recorrido.

A veinte Iniciados los han colocado frente al Decano. Heridos, sucios, miran temerosos a su alrededor. Por lo que sabemos, podrían ser víctimas expiatorias listas para ser ajusticiadas ahora mismo. Llegados a este punto, he comprendido que la muerte nos aguarda detrás de cada esquina.

Pero no puede ser así: entre esos veinte, diviso la melena rubia de Mercucio y, un poco más adelante, el mismo Paris se yergue con una mirada de forzado orgullo.

Es imposible que estén a punto de morir: a estas alturas, hemos entendido que las reglas de la Academia no son iguales para todos.

—Vosotros —anuncia de hecho el Decano, dirigiéndose a los veinte que tiene enfrente—. Vosotros os habéis distinguido por vuestras gestas y vuestro espíritu a través de la entrada de agua…

De los Iniciados se elevan gritos de ánimo; alguien celebra la casa de Escalo, pero los soldados lo hacen callar enseguida. En cambio, otro, detrás de mí, protesta con asombro. Me giro. Tiene un acento del Norte: es un albino con el pelo largo.

—Gilipolleces —dice.

Inmediatamente, un Ensiferio lo golpea entre los omoplatos, haciendo que se tambalee hacia delante. El silencio, ahora, es sepulcral.

Y sin embargo el Albino debe de tener razón: Romeo Montesco está no muy lejos de mí, con la mirada cargada de ira dirigida al centro de la Arena. Lo entiendo perfectamente: según el razonamiento del Decano, él debería estar allí, justo como yo. Si la entrada de agua debía medir gestas y espíritu, entonces deberíamos haber sido distinguidos ambos, y sé que los Altos Maestros lo saben,

porque no cabe duda de que nos han observado durante la prueba. ¿Por qué no estamos allí?

Algo se agita en mi interior. Rabia. Estoy a punto de dar un paso adelante, pero es como si sintiera encima de mí la mirada de Netria. Instintivamente, me meto la mano en el bolsillo de los pantalones en que he guardado la esfera que me dio. Cierro los ojos por un batimiento y dejo que la rabia se retire a las profundidades de mi interior, esperando que se adormile.

—Vosotros —continúa Lorenzo señalando a los veinte Iniciados—, vosotros seréis los Capitanes de las veinte Tropas de los Iniciados: cada Tropa actuará como un único cuerpo, razonará como una única mente, colaborará y destacará para demostrar que la gloria de Alyaster os pertenece. Respetaréis sus reglas y serviréis a su voluntad y, en este solasterio de sudor y sufrimiento, demostraréis que seréis capaces de gobernar y proteger el mundo que la diosa nos ha confiado.

Escuadras. Nos están dividiendo en escuadras.

Luego Lorenzo se dirige de nuevo a todos nosotros.

—Desde este momento, formáis parte de la Congregación —dice —. Desde este momento, el que vierta la sangre de un Iniciado hallará la Abnubilación. Desde este momento, ningún arma podrá alzarse contra vosotros, empuñada por un compañero o por un externo, puesto que todos pertenecéis a Alyaster, y solo la diosa podrá reclamaros a su abrazo.

Capto movimientos a mi alrededor, hombros que se relajan, suspiros de alivio. Más adelante, veo cómo Lisandra niega con la cabeza, irritada.

Estúpidos, se creen que eso significa que no habrá ninguna muerte más, pero se equivocan: hemos visto qué pocos Extrema Sangre salieron por Puerta Imperia. Todavía somos demasiados aquí dentro. Lo que el Decano está diciendo es, simplemente, que no es decisión nuestra quién morirá.

—Prosigamos y que se haga la primera elección —decreta al fin Lorenzo.

Los Ensiferios nos ordenan que nos movamos, y el primer grupo de veintiún Iniciados se detiene frente a los veinte Capitanes.

Lorenzo hace una señal a Paris. El hijo de Escalo ladea la cabeza, con aire interrogativo. Hay algo que lo turba, y he comprendido qué es.

Son veinte Capitanes, pero frente a ellos hay veintiún Iniciados.

—Ánimo —dice Lorenzo—. Paris Aguaviva, haz tu elección.

No todos seremos acogidos en una Tropa.

Paris deja vagar la mirada por los Iniciados que tiene delante. Está buscando a alguien. A su hermano, probablemente. Sigo su mirada y entorno los ojos buscando en la multitud de Iniciados que abarrotan la explanada. Allí está, Baltasar se encuentra en el último grupo; su hilera casi roza las gradas de la Arena. El hijo menor de Escalo se aprieta el brazo raquítico contra el cuerpo. Su mirada rebosa miedo, pero no aparta los ojos húmedos de su hermano. Mueve los labios sin decir nada. Todos sabemos que, sin la ayuda de Paris, la vida de Baltasar aquí será imposible.

—Paris Aguaviva —repite Lorenzo—, aquí no gozas de más derechos que los demás.

Así que resuelve escoger a un Iniciado con la tez olivácea y el cabello negrísimo. Tiene unas manos con las que podría hacer

añicos la piedra. A pesar del tiempo que ha pasado en el agua, su camisa todavía conserva trazos de sangre. Lo reconozco: si no hubiera arrastrado a Teobaldo bajo la mesa durante el banquete, quizá esas manos se habrían llevado la vida de mi primo.

—¡Federico Palacordio! —anuncia el Decano.

Los Ensiferios lo acompañan junto a Paris, que da un paso atrás. El Iniciado se permite un gesto de triunfo con el brazo.

A continuación, es el turno de Mercucio. Hay un momento en que parece que el chico rubio esté a punto de decir algo, para protestar, tal vez, pero al fin guarda silencio y agacha la cabeza: si Paris no ha podido hacer lo que quería, ¿qué derecho podría tener él? Cuando vuelve a alzar la mirada, tiene una sonrisa divertida en el rostro, como si acabara de hacerle quién sabe qué jugarreta al Decano. Como si nunca hubiera dudado. Alarga la mano como si estuviera invitando a una dama a bailar y señala a Benvolio Montesco.

Al parecer, los vínculos que debíamos haber roto al entrar en la Academia son más sólidos de lo que los Altos Maestros se esperaban. ¿Quién lo hubiera dicho?

El proceso continúa de esta manera, un Capitán tras otro. Cada vez que un Iniciado ingresa en su Tropa, de las hileras se levantan murmullos de aprecio o de asombro, los amigos se abrazan, los hermanos y primos se reúnen, las alianzas estrechas entre padres salen a la luz.

Al final, los veinte Capitanes han elegido a un compañero para su Tropa y, frente a ellos, solo ha quedado un Iniciado. Grácil como un tallo de hierba, con el pelo ralo y pelirrojo como el alba. Pálido por naturaleza y, supongo, todavía más por el pavor que lo invade. Mira a su alrededor, nervioso.

Murmura:

—Por favor.

Un Ensiferio avanza. El Iniciado cierra la boca de inmediato, pero el soldado no se detiene.

Alza la espada por encima de su cabeza. Es un arma pesada, casi tan alta como un hombre, pero él la maneja como si fuera una joven rama veraniega.

Luego desplaza un pie hacia atrás para hacer de contrapeso y, sin mediar palabra, baja el arma en un movimiento oblicuo y elegante que cizalla al Iniciado desde el hombro, un poco por debajo de su Marca, hasta el costado opuesto, atravesándole el corazón.

Las dos mitades del cuerpo caen con un batacazo. Parece que todo el mundo, ahora, está a la escucha mientras la vida abandona su cuerpo. La sangre sale a borbotones y se mezcla con la arena. La Iniciada que tengo al lado, una chica menuda pero de grandes hombros, se dobla en dos y vomita. O mejor dicho, vomitaría si en su estómago hubiera quedado algo. Escupe saliva y gorgotea. Otro Iniciado grita, pero su grito se apaga de inmediato.

Hago un esfuerzo para no apartar la vista. Me parece percibir otra cosa: esta muerte es distinta. Como un temblor a mi alrededor, una pequeña onda que se propaga del cuerpo del Pelirrojo. Como si una voz, que antes no sabía oír, de golpe hubiera enmudecido.

Mientras la mañana parece hacerse más gélida y el Ensiferio se lleva lo que queda del Iniciado, los ocho Altos Maestros empiezan a salmodiar la Extremacción.

20

Julieta

Con la ejecución del Iniciado, el terror sustituye al entusiasmo, mientras los Ensiferios nos hacen avanzar de nuevo y retiran el cuerpo. Nos acercamos al centro y el único sonido que se oye es el de nuestros pies sobre la arena. Como una procesión en el desierto.

En cada grupo, un Iniciado morirá.

Nadie desafiaría a un Capuleto abiertamente, pero esa podría ser la manera ideal de eliminarnos haciendo recaer la culpa en el destino. A lo mejor Romeo no lo haría, pero me imagino que otros Montescos no se lo pensarían dos veces antes de hacernos ajusticiar por un Ensiferio. Necesito entender cómo estamos colocados, necesito saber que Teobaldo tendrá una posibilidad, así como Florencia, Folco y yo.

Miro a mi alrededor: en uno de los grupos frente a mí está Teobaldo, y todavía más adelante, Florencia. Detrás de mí logro vislumbrar a Sansón y a Folco.

Lanzo un suspiro de alivio, pero dura poco.

Es el momento del segundo grupo.

Paris, que tiene la mirada fija en Baltasar, hace ademán de continuar con su segunda elección, pero Lorenzo lo detiene: no es él quien debe decidir, sino Federico Palacordio. Paris abre la boca:

—Deberías elegir…

—No —lo interrumpe el Decano—. No te corresponde a ti. Deja que cada uno ejerza su propio derecho y asuma sus responsabilidades.

De modo que es así como funciona: sin posibilidad de hablar, las Tropas se forman como una cadena, como eslabones que se enlazan de una familia a otra, a través de conocidos, vínculos y amistades que se estiran más y más, y más y más se alejan del centro representado por el Capitán.

Apenas elijan a Florencia, y por lo tanto le toque a ella llamar al próximo en su Tropa, lograremos reunirnos todos: cada Capuleto podrá escoger a un propio consanguíneo. Me pregunto cuánto habrá pagado mi padre por semejante trato de favor.

Federico Palacordio, por lo tanto, elige a una chica que podría ser, bueno, su reflejo en el espejo si no fuera por el pecho. Supongo que es su hermana; le ha ido bien. Le toma el rostro entre las manos, tiene lágrimas en los ojos. Él deja escapar un sollozo mientras ella lo abraza. Están juntos, la sangre de ella no manchará la Arena. Al final, él alza la cabeza y profiere un grito de alegría. Hay un afecto entre ellos tan fuerte que me duele: no consigo imaginarme ni siquiera a Teobaldo comportándose así por mí delante de todos. Ese amor, cualquier amor, parece prohibido para los Capuleto.

—Ágata Palacordio —anuncia el Decano confirmando mi sospecha.

Cuando le toca a Benvolio Montesco, no duda: llama consigo a Terencio. El gigante se une a la Tropa de Mercucio. Los dos se estrechan el antebrazo como si juntos se hubieran enfrentado a mil cataclismos. Hermanos, aunque no de sangre. Terencio se echa a reír y nada puede aguar su alegría.

Sin embargo, luego el vigesimoprimer Iniciado es ajusticiado de nuevo, y mientras se llevan su cadáver a rastras, su alma se eleva para reunirse con Alyaster siguiendo el canto de los Altos Maestros. Otra víctima en el altar de la Academia, otra mala hierba arrancada del jardín de la diosa.

Es en el momento de la tercera elección cuando, por primera vez, se me encoge el estómago. Hay alguien que conozco, con quien he crecido: Laurela Valfiero está en el grupo de Iniciados. Se abraza a sí misma, como si quisiera protegerse. Debo hacer un esfuerzo para recordarme que es malvada, tengo que evocar lo que le hizo al perro aquella noche. Porque la que veo ahora es una chica asustada, con los ojos que miran en todas direcciones en busca de la salvación. Anteo no está, la Tropa de Paris ya ha elegido, todos han visto a Laurela débil en la gruta, incapaz de salvarse sola. Inútil, chillando. ¿A quién le serviría?

Ahora ella también lo ha entendido: es una Valfiero, pero a la muerte su apellido le trae sin cuidado. Y también a los Iniciados. Porque puede ser muy buena espadachina, pero aquí hay muchos que podrían derrotarla, salta a la vista. No tiene nada que ofrecer, y si contaba con la protección de los Corvato, a estas alturas sabe que a Lisandra, en cambio, no le interesa respetar las Tradiciones.

Cuando Laurela se sorbe la nariz, me doy cuenta de que casi —solo casi— me da lástima. La escarnecerán y la dejarán ahí, mientras los Iniciados se irán reuniendo con sus nuevos compañeros uno a uno. Y la primera afrenta la recibirá de inmediato, porque le toca a la Tropa de Mercucio hacer la elección.

Terencio Malvecio camina adelante y atrás enfrente de veintiún Iniciados, se pasa la mano por la cabeza, pensativo. Y luego asiente,

y en su rostro se esboza una amplia sonrisa. Da un paso adelante y se inclina frente a ella.

—¡Laurela Valfiero! —anuncia Lorenzo.

¿Qué? Terencio debe de haberse vuelto majara.

Primero pienso que no debo de haberlo oído bien, o que el cansancio me ha trastocado los sentidos. Pero después el Decano repite el nombre.

Laurela se recobra, como si hasta este momento hubiera estado en otra parte. Lista para ver bajar sobre ella la espada de un Ensiferio. Parpadea y mira al Malvecio, que todavía está inclinado frente a ella.

—No me gusta estar en deuda.

—Mi señora Valfiero, vos no estáis en deuda conmigo. Estáis en bancarrota.

Laurela aprieta la mandíbula, pero no de rabia, sino para evitar que se le escape una carcajada. Quizá liberatoria o cómplice con el gigante al que Laurela sigue para unirse a la Tropa, y Terencio vuelve atrás con una sonrisa de oreja a oreja.

Recuerdo cómo la miró durante el banquete, antes de que todo se transformara en una masacre. ¿Pero de veras tiene la intención de llevar a una Valfiero a su propia Tropa, donde ya hay un Montesco, probablemente poniendo en peligro el equilibrio, solo por un encaprichamiento?

Benvolio debe de haber pensado lo mismo, porque hace ademán de protestar, pero ya es demasiado tarde. Y sin embargo, cuando Laurela se coloca junto a Terencio, con la cabeza alta, me parece que sus ojos también sonríen, aunque solo un poco.

Seguimos avanzando; la sangre de otro Iniciado mancha la Arena. Cuando le toca a Laurela elegir, tiene la posibilidad de llamar a Florencia consigo, que se reúne con ella brincando alegremente. Claro, mi prima no ha dudado ni un momento.

Después de que los Ensiferios se lleven otra vida por Alyaster, Florencia llama a Teobaldo, que se une a la Tropa de Mercucio obsequiando a este último con una mirada capaz de matar a una Selfiera. Y sin embargo, a pesar de esa sonrisa, camina despacio, mirando a su alrededor. Es como un lobo, sin duda. Pero un lobo al que han arrojado a la fosa de los leones.

Un escalofrío me recorre la espalda. Siempre he pensado que Teobaldo puede enfrentarse a cualquier cosa, pero ahora temo por él. Espero que Netria intervenga, que el Decano Lorenzo se dé cuenta de que no se puede formar una Tropa como esa: tener a Montescos y a Capuletos, a Malvecios y a Valfieros mezclados es una insensatez. Sería como implorar a Alyaster que derrame nuestra sangre. Sería como lanzarnos de cabeza, desnudos, hacia una Catástrofe.

Terencio cierra los puños y mi primo lo mira como si el Malvecio no le sacara toda una cabeza. Benvolio se acerca a su amigo; su mano se abre y se cierra como si fuera a empuñar una espada inexistente. Laurela y Florencia se colocan a lado y lado de Teobaldo.

Un murmullo se difunde por entre todos los Iniciados, todavía aguardando, como si esperaran que la Ley se infringiera de un momento a otro. Los Ensiferios se acercan a la Tropa de Mercucio.

Aguanto la respiración.

El Decano Lorenzo ladea la cabeza, parece solo curioso.

Y entonces Mercucio sonríe y alza la mano en señal de saludo hacia Teobaldo.

—Será un reto —dice.

Entre los Iniciados, alguien se ríe.

Mi primo rechaza el saludo, pero sus hombros se relajan.

Me parece que no respiro hasta que los Ensiferios hacen avanzar al grupo.

Doy pasos por la arena, siento los ojos de todo el mundo sobre mí. Netria, al lado de los demás Maestros, asiente despacio y sonríe con los ojos de un modo que solo yo puedo notar. Sabe que estaré protegida: mientras Teobaldo y yo estemos juntos, no nos podrá ocurrir nada malo. Sin embargo, yo ya no estoy tan segura.

Teobaldo me señala sin hesitar y me reúno con mi familia. Florencia me ofrece una sonrisa tensa, Laurela asiente. Mi primo me acaricia la mano con la suya. Advierto su agitación, es como si sintiera su corazón latiendo con el mío. Percibo, por primera vez, su miedo. Me quedo aquí, a su lado, mientras veo a los Iniciados ser elegidos uno a uno, hasta que el último que queda se desploma sobre las rodillas frente al Ensiferio que lo ajusticiará.

En estas cadencias deberíamos habernos acostumbrado a la muerte, pero no es así. No para los demás. Cada vez que un Iniciado se queda solo, sin elegir, y cada vez que la hoja cae sobre él, noto que se aguantan las respiraciones con la esperanza de que se detenga en el último batimiento. Que se perdone una vida.

Las espadas desmiembran los cuerpos jóvenes, liberan sus almas, y yo, ahora que estoy tan cerca de la sangre, siento como si ese sufrimiento me acariciara. Cada grito ahogado, cada vida truncada, es como si la sintiera en el fondo del paladar, pero no soy yo. Es la

bestia que gruñe en mi interior. Busco la esfera que me ha dado Netria, escondida en un bolsillo de los pantalones de mi uniforme. Mis dedos la acarician y noto que una de las secciones está rota. Me concentro en ese movimiento, hasta que la bestia se apacigua de nuevo.

—¿Julieta? —me llama Teobaldo.

Parpadeo. Todos tienen la vista puesta en mí: los Altos Maestros, los Iniciados, mis compañeros de Tropa. El Decano Lorenzo frunce el ceño mientras me examina. Es como si, en los últimos batimientos, no hubiera estado aquí.

Han llevado a otro grupo de Iniciados frente a las Tropas y han hecho las demás elecciones mientras yo trataba de expulsar a la bestia a las profundidades ocultas de donde proviene. Diecinueve Iniciados se han reunido con sus compañeros, y solo dos se han quedado sobre la arena ensangrentada.

Me toca a mí elegir quién hallará la hoja del verdugo.

Uno es Sansón, que traza círculos con el pie en la arena y me mira mordiéndose el labio como diciendo «¿A qué esperas?».

Pero el otro Iniciado es Romeo Montesco.

Benvolio grita a mi espalda.

—Estúpido idiota, ¡lo has condenado a muerte! —No la ha tomado conmigo, sino con Terencio. Noto movimientos detrás de mí, un gruñido del Malvecio. Benvolio debe de haberse abalanzado sobre él.

Pero mi corazón late e inspiro hondo, porque siento un calor que me aviva el pecho, un calor que no conozco, no de este modo. Deben de ser los recuerdos de la nodriza, todavía anidados en mi interior.

Observo sus ojos verdes. Ahora que el sol los ilumina, logro distinguir sus tonalidades. Musgo y tallos de hierba oscura que se encuentran y se entrelazan alrededor de sus pupilas. Tiene el pelo todavía húmedo, gotas de agua le resbalan por la piel, recorren el perfil de sus labios, que destacan en la tez clara. Mi respiración se acelera. Es el enemigo, Romeo Montesco. No se fía de mí aunque le haya dado mi puñal. ¿Por qué tengo que sentir este calor por quien debería odiar?

Cierro la boca.

Sansón hace ademán de avanzar hacia nosotros, pero un Ensiferio le corta el paso con su espada.

—Ey —dice él.

El Ensiferio le clava los ojos en silencio.

Sansón. Sansón, que quiere matar a los Montesco. Uno a uno. Degollarlos. Infringir la Ley. Sansón, que se acerca en el agua.

Sansón, a quien le trae sin cuidado si yo muero, si eso significa asesinar a Romeo Montesco. Sansón, que está tan seguro de que todo saldrá bien. Que cree que puede hacer lo que quiere. Cree que puede sacrificarme.

Sansón, mi primo. Si lo dejo aquí, si complazco a mi corazón, Teobaldo no me lo perdonará jamás. Le destrozaré la vida, además de la de Sansón.

Los Capuleto no fracasan, me repito. Los Capuleto son una familia nacida para la guerra. Nacida para mandar. Somos mejores que los demás, Alyaster nos ha elegido. Todo lo que hacemos lo hacemos por la familia. Tanto da lo ineptos que sean nuestros consanguíneos. Esta es la enseñanza de mi padre.

Y entonces ¿por qué se me antoja tan equivocada?

Romeo no me mira. Mira a sus amigos, como para saludarlos por última vez. Sabe cómo acabará, pero en él no hay resquemor, porque ellos siguen vivos. Eso le basta. Eso es lo que le importa, incluso ahora. Porque, si pudiera, él salvaría a todo el mundo. Susurra algo que no entiendo, tal vez un nombre. Sus labios se mueven.

—Estoy listo desde que nací —dice, cuando finalmente su mirada se posa en mí—. Haz de mí lo que quieras, Julieta Capuleto.

Mi corazón late cada vez más fuerte. Me tiemblan las manos. Incluso la bestia que mora en mí guarda silencio ahora.

Algo en mí muere. Otra cosa nace.

—Romeo Montesco —digo.

Sansón pone los ojos como platos y abre mucho la boca para gritar, pero no se oye nada. En cambio, Teobaldo reniega y tira de mí. Incluso a Terencio se le escapa una blasfemia. Florencia me agarra del hombro.

Luego al fin Sansón recupera la voz.

—¡¿Te has vuelto loca?! —me vocifera—. ¡Maldita zorra, no eres nada más que eso!

Pero al Ensiferio todo eso le trae sin cuidado y blande su hoja sobre Sansón, y por un batimiento me parece que yo no estoy aquí.

Pero la conciencia de lo que he hecho cae sobre mí de inmediato.

El cuerpo de Sansón yace en la arena. En su rostro todavía hay una expresión de rabia mezclada con estupor. El corte perfecto que la hoja del Ensiferio le ha infligido no ha logrado borrarla. Siento que se me graba en los ojos, inmortal, y sé que no me abandonará jamás, así como sus últimas palabras.

No oigo los comentarios y los gritos de sorpresa de los Iniciados que abarrotan la Arena. El hielo se esparce por mi cuerpo, me invade como si me hubieran arrojado a un lago helado. Como si yo misma estuviera muerta. El corazón acelera su latido mientras me estremezco al sentir, a la perfección, la última chispa de vida abandonar lo que queda de mi primo. La que todavía se aferraba a Edén. Su sangre se derrama y es absorbida lentamente.

Se transforma en un barro oscuro, de un violeta que me recuerda al brocado de un vestido que mi padre hizo confeccionar por mi sexto solasterio, para una fiesta de máscaras que organizamos en el Palacio de los Capuleto para celebrar una gran victoria que había obtenido. Una conquista que costó la vida de una reserva de la que ni siquiera recordaba el nombre. Casi me deslizo en los recuerdos: es mi mente, que intenta huir de lo que he hecho. Porque el pecado que he cometido no tiene perdón.

No he ido contra las Leyes de Edén, no he violado los mandamientos de Alyaster, no he permitido que una Disonancia llevara a cabo la obra del Enemigo.

No.

He hecho verter la sangre de mi familia. He preferido un Montesco a un Capuleto, e incluso antes de oír el rugido de Teobaldo, sé que nada volverá a ser como antes.

Mientras Romeo pasa junto a mí, con el pelo largo que se mueve a cada paso que da, me lanza una mirada de asombro. Todavía no da crédito a que lo haya salvado. A pesar de las cadencias pasadas encadenados juntos, todavía se esperaba que lo sacrificaría.

Y entonces Teobaldo se abalanza sobre mí.

—¿Por qué? —grita.

Pero Romeo da un paso al lado y se planta frente a mí con los puños cerrados y los músculos del cuello tensos.

Como si yo lo necesitara: mi cuerpo reacciona con un instinto que no parece propio de mí. Al hielo de la muerte lo repele el fuego de la rabia. Clavo mis ojos en los de mi primo, lista para atacar.

Teobaldo está fuera de sí y resopla como un toro, mientras que el rostro de Florencia se ha transformado en una máscara de odio.

A nadie le importan las palabras de Lorenzo. Antes de que los Ensiferios puedan intervenir, otra sangre regará esta arena. Sangre de Montescos y sangre de Capuletos.

Pero entonces una carcajada, cristalina como un arroyo montano, colma el aire. Es errónea, inoportuna, pero Mercucio no hace nada para ahogarla.

—Perdonad —dice—, pero si ya queréis haceros trizas ahora como gallos un poco demasiado crecidos, os ruego que me aviséis: renunciaré a mi rol de Capitán y cambiaré de Tropa. O más bien, iré directamente a arrojarme desde una peña mejor que teneros a todos en la consciencia antes incluso de que la Academia haya empezado.

Veo que Romeo relaja los hombros y afloja los dedos.

Los Ensiferios han dado un paso hacia Teobaldo, pero ahora mi primo retrocede.

—Bien, veo que todos somos personas razonables —dice Mercucio —. Romeo, bienvenido a mi Tropa. —Le guiña un ojo.

Y así, bajo la mirada de Lorenzo, Romeo se reúne con sus amigos. Terencio lo abraza y lo alza a fuerza de brazos. En cambio, Benvolio me escudriña como si quisiera descubrir todos mis secretos.

Cuando Terencio vuelve a dejarlo en el suelo, Romeo me dirige solo un breve gesto con la cabeza, y con su mirada siento que la rabia que me quemaba por dentro se apacigua.

Se ha acabado, Mercucio lleva razón. Desde ahora somos una Tropa y deberemos dejar de lado las guerras familiares. Y sin embargo, más que una Tropa, tengo la impresión de observar un dique a punto de ceder.

Y creo que mi tía piensa lo mismo. No tengo el valor de volverme hacia ella, pero noto su mirada sobre mí. Me pregunto si le contará a mi padre lo que he hecho, o si su juramento a la Academia será más fuerte que el vínculo de sangre. Sea como sea, sé que cuando salga de aquí tendré que afrontar las consecuencias de mi acto.

Lorenzo se aclara la voz, y esta retumba por toda la Arena.

—Si habéis acabado de comportaros como Rápidos impúberes, podemos proceder. Romeo Montesco, haz tu elección.

Una parte de mí quisiera desaparecer después de lo que he hecho, pero hay otra parte de mí que me hace tener la cabeza alta, porque todos nosotros, que ahora formamos la Tropa de Mercucio, hemos tenido la potestad de elegir, ¿y por qué debería haber cumplido la voluntad de otro? La sangre dice que Teobaldo es mi primo, la manera en que nos hemos criado me dice que somos como hermanos, pero no por eso tengo que someterme a su voluntad. No siempre. No cuando mi corazón late con tanta fuerza que es imposible que me haya equivocado.

Miro a Romeo. Él también tiene la cabeza alta, y una expresión de orgullo, mientras mira fijamente al Decano Lorenzo y asiente. Está listo.

Los nuevos Iniciados avanzan en silencio frente a las Tropas, con la cabeza gacha. Han asistido a la barbarie; a estas alturas saben que uno de sus nombres no será pronunciado y correrá más sangre, que embadurnará el suelo.

Se colocan, se posicionan uno al lado de otro. Tratan de ignorar que ahora sus pies se hunden en la sangre, pero en su mirada hay alivio.

En todos, salvo en uno.

Desfilan frente a nosotros con los rostros iluminados por el sol, que no otorga importancia a nuestros sufrimientos por Edén. Un murmullo se extiende entre las Tropas.

—Nunca vendrá con nosotros —murmura alguien.

—No merece estar aquí. No merece estar vivo —susurra uno.

—Debería haber sido ajusticiado hace un solasterio —dice otro.

Ahí está, mi primo Folco Capuleto, culpable del asesinato de un Rápido. En el centro de la hilera de Iniciados. Dicen las malas lenguas que lo mató solo para saber qué se sentía; algunos sostienen que la víctima era el hermano de una mujer con quien Folco tenía una relación; otros, en cambio, hablan de deudas de juego. Pero yo no me lo trago: mi primo siempre ha sido obediente, cumplidor con las reglas. Recuerdo sus entrenamientos, porque siempre le han fascinado los duelos. Y siempre ha sido bueno. Su deseo siempre ha sido el de luchar con honor, ganarse la aclamación del gentío. Con los hombros anchos y la fuerza de un león, no habría tenido problemas para matar, pero eso no significa que quisiera hacerlo.

¿Y entonces por qué lo hizo?

¿Por qué se deshonró con ese delito? ¿Por qué tuvo que desaparecer un solasterio, poniendo en peligro su futuro?

Ahora está resignado, porque en la Congregación la justicia de Edén se inclinó a su favor, pero en este momento otra hoja amenaza con caerle sobre el cuello. Y nadie, después de lo que ha sucedido, lo elegirá.

Tiene los brazos desganados, las manos juntas delante de la pelvis, los ojos cerrados. A su lado está la Iniciada con la cabeza rapada que chocó conmigo nada más salir de la galería. Al otro lado reconozco a un Iniciado de una familia de Transalpino, célebre por el entrenamiento al que somete a todos sus vástagos. Y luego hay chicos y chicas que en cualquier otro momento habrían temido por sus vidas, pero que ahora son casi felices. Porque saben que están a salvo. Saben quién de ellos morirá.

Quisiera correr hacia mi primo. Abrazarlo por última vez. Preguntarle qué lo empujó a deshonrarse con aquel delito.

Quisiera protegerlo, ahora, porque del guerrero que recordaba no queda nada.

—Folco Capuleto.

Cuando Romeo habla, incluso el Decano Lorenzo parece ojiplático por un batimiento. De la Tropa de Paris llega la carcajada de Lisandra, y otras se elevan, esmirriadas, de las demás Tropas e incluso de los grupos de Iniciados que todavía esperan su suerte.

Porque tiene que ser una broma, es lo que todos piensan. Como si hubiéramos alcanzado el colmo con mi elección y ahora estuviéramos resbalando hacia la farsa.

Y sin embargo Romeo está serio.

—Folco Capuleto —repite.

Mercucio alza el extremo de un labio esbozando una media sonrisa que le da un aire de zorro de Esopo. Asiente en silencio.

Folco abre los ojos y mira a su alrededor. Ni siquiera él da crédito. No se esperaba tener que andar y casi se tropieza mientras viene hacia nosotros.

Florencia es la primera en abrazar a su hermano, le rodea el pecho y apoya la cabeza en su hombro. No la había visto nunca así.

Romeo se queda ahí y lanza un suspiro de alivio como si hubiese pasado más miedo él que Folco. Quisiera tomar sus manos entre las mías y darle las gracias. Es probable que lo haya hecho solo para saldar su deuda conmigo, pero su mirada parece decir lo contrario, como si pensara honestamente haber hecho lo correcto. Yo noto algo en la boca del estómago, una ligera presión que me dificulta la respiración. Pero no es una sensación desagradable.

—Esto no va a traer nada bueno —oigo que susurra Benvolio—. ¡Os habéis vuelto todos majaretas! —grita, por encima del murmullo en la Arena.

Lo miro como si pudiera arrancarle la lengua, y él cierra la boca.

—Tiene la Marca —sentencio.

—¿Te crees que eso lo arregla todo? —pregunta Teobaldo a Romeo—. ¿Crees que de esta manera olvidaré…?

—No eres siempre el centro del mundo, Teobaldo —lo reprende Mercucio—. Las motivaciones de su elección son suyas y de nadie más… Por más que me gustaría saber cómo es que todo el mundo ha tomado mi Tropa por un espectáculo de Carnaval… —Su mirada pasa de Romeo a mí, hasta Terencio—. No es que tenga nada en contra: me gusta el Carnaval, aunque eso signifique tener la peor Tropa posible. Pero será divertido.

—¿La peor posible? —pregunta Terencio. Bajo su camisa, todavía húmeda, hincha los músculos del pecho.

—Podría ser la mejor —le concede Mercucio—. Pero veremos cuánto tiempo tardáis en acabar luchando en el barro.

—Como si tú fueras ajeno a eso —murmura Teobaldo.

Mercucio le lanza una mirada seráfica.

—¿Cuerpos entrelazados en el barro? No, en efecto, diría que no.

Mientras las elecciones de los Iniciados prosiguen y las Tropas crecen cada vez más, me pregunto de qué están hablando. Hay algo que se cierne entre todos ellos que tiene mucho más peso que la guerra entre nuestras familias y que la ocurrencia de Mercucio no logra ocultar. Algo que todavía no comprendo del todo, como un enigma del que no poseo todas las piezas.

Folco tiene la cabeza gacha cuando le toca a él señalar al Iniciado que se unirá a nosotros. Frente a él, los últimos que quedan son una chica sinuosa como una serpiente lista para atacar, con el pelo oscuro que le rodea el rostro anguloso, como para querer esconder en balde una cicatriz que la marca de la mandíbula al mentón, y el Albino.

Al principio, me parece que sus ojos rojos están fijos en Folco, pero pronto me percato de que está mirando a Romeo, a su espalda.

Folco permanece en silencio, me mira de reojo, busca a Florencia y a Teobaldo. No quiere escoger. No quiere causar una muerte.

El Albino hace un movimiento con el pie, casi imperceptible. Traza una sutil línea sobre la arena y sigue mirando a Romeo. Cierra un puño y lo envuelve con los dedos de la otra mano. Parece un saludo, y un movimiento de una danza de guerra, y un gesto de protección.

Folco lo señala. Solo un gesto con la barbilla, pero es suficiente para que el Albino venga hacia nosotros mientras Lorenzo anuncia:

—Amleto Selvalancha.

—Si sucediera —dice Folco a Amleto, cuando él lo alcanza—, si me transformara, quiero que estés cerca de mí. No quiero hacer daño a nadie; dame una muerte rápida.

Porque Amleto es un Cazador, por eso lo ha llamado. Folco ha elegido a la persona entrenada para matarlo, en el caso de que no lograra recibir el Vínculo.

—No será necesario —digo, pero ahora el miedo de Folco mora también en mí.

La chica, que se ha quedado sola, se deja caer de rodillas y toda su aura de amenaza desaparece como por arte de magia. Llora, la desesperación le rompe la voz mientras ruega a Lorenzo que le perdone la vida. Pero el Decano es sordo a sus imploraciones, y los Ensiferios son servidores que cumplen su deber con celo.

Aparto la vista cuando la hoja cae sobre ella.

Cerca de mí, oigo la voz de Amleto:

—No lo olvidaré —susurra.

Me giro hacia el Albino, pero él ya se ha alejado. Está a unos pasos de Romeo, desde donde puede ver con claridad a todos los demás componentes de la Tropa.

No da demasiada importancia cuando le toca elegir a él el primero, ni siquiera se mueve: su decisión es rápida y evidente.

—Alena Chentacro —llama, con su acento áspero.

Esta vez, mientras la chica con un solo ojo se une a nosotros, Mercucio esboza una sonrisa que es imposible pasar por alto. Los vimos todos, a ese par, en el agua.

Me pregunto si hay algo entre ellos.

Me pregunto cómo puede nacer el amor en un lugar de sangre como este.

Alena agita su larga melena. Se la aparta, no tiene ninguna intención de esconder la órbita vacía.

—Bien —dice—. No podría desear nada mejor. —No está bromeando, está dispuesta a afrontar cualquier reto. Sería una perfecta Capuleto. Más que yo, quizá.

Las Tropas están casi al completo. Once Iniciados han sido ajusticiados desde que entramos en la Arena. Su única falta: no haber sido considerados dignos por sus semejantes. Demasiado asustados, demasiado insignificantes, demasiado débiles.

Y es por eso por lo que Baltasar Aguaviva morirá.

Paris profiere un grito de rabia cuando Lisandra Corvato no lo elige. No quiere un estorbo en su Tropa, ella. Tanto le da que sea el hijo de la Primera Voz, no respeta ni las Tradiciones ni los pactos entre las casas, no da importancia a las ventajas que podría sacar. Cuanto más la observo, delgada y tensa como el aguijón de un escorpión, más creo que le pega el nombre de su familia. Ella ha nacido para darse un banquete con los cadáveres.

—Gilipollas —dice Mercucio. Hasta Benvolio se moja, usando un epíteto mucho más ofensivo.

Paris mira a su alrededor. Aunque sea el más fuerte de entre todos nosotros, y el más noble, eso no cuenta para nada. Ahora en sus ojos solo hay miedo.

Baltasar parece minúsculo, un niño en medio de gigantes. Se aguanta el brazo inútil contra el pecho. Busca a su hermano con la mirada y murmura una disculpa.

Porque nació lisiado, porque la Academia no está hecha para los que son como él. Hay que ser perfectos para convertirse en Extrema Sangre.

Baltasar morirá, y una muerte ahora será más rápida y clemente de la que podría aguardarlo en el solasterio que viene.

Romeo aprieta los puños, veo que querría oponerse. Si por él fuera, hoy no habría muerto nadie. Para él, todos tienen derecho a servir a Alyaster. Pero no puede hacer nada, porque no es él quien debe elegir. Busca con la mirada a Mercucio, como si nuestro Capitán pudiese interceder, y quisiera que así fuera. Hay nobleza en salvar a los últimos, ya sean un estorbo como un cachorrito de perro bajo la lluvia.

—Cuántas monsergas —dice Alena. Ella es la última que debe elegir—. Baltasar Aguaviva —vocaliza bien—, ven con nosotros.

El chico alza el cuello escuchimizado.

—Tu brazo no funciona, yo he perdido un ojo. Puede que ni siquiera juntos logremos manejar un arco, pero no es una razón para abandonar la esperanza.

21

Julieta

—Veinte Tropas —vocifera Lorenzo cuando la selección ha terminado, cuando hemos acabado de mandar a morir a nuestros compañeros—. El futuro de Edén, que luchará contra el Enemigo y permitirá a este mundo continuar sobreviviendo, centurio tras centurio.

Nos han dejado una cadencia para recobrar el aliento, para buscar un rincón y alejarnos de las demás Tropas mientras los Ensiferios se ocupaban de los cadáveres, para conocer mejor a nuestros nuevos compañeros. Como si nosotros, en la Tropa de Mercucio, no nos conociéramos ya. Como si entre nosotros no serpenteara ya el odio. Una bandada de aves sobrevuela la Arena; la sigo con la mirada para distraerme, hasta que desaparece más allá de las gradas.

—Guerreros que protegeréis Edén durante los próximos centurios, que lo sacrificaréis todo por el futuro de este mundo, yo os saludo —continúa el Decano, pero no lo escucho.

¿Por qué todavía no nos han llevado a la Academia? ¿Qué es lo que debemos esperar?

—¿Cómo estás? —me pregunta una voz. En un inicio pienso que es Teobaldo, que todavía no me ha hablado desde que hice mi

elección. Pero en el momento en que me giro, descubro que es Romeo.

—Quisiera no estar aquí —le respondo.

—Y en cambio no logras alejarte de nuestro Romeo, ¿eh? —se entromete Terencio Malvecio—. Pobrecita, me temo que su corazón ya está comprometido con otra —dice con un tono hasta demasiado trágico.

Lo escudriño arqueando una ceja.

—Lo superaré.

Romeo abre la boca, como para decir algo, pero los Ensiferios baten las armas contra el suelo. A estas alturas lo hemos entendido: esa es la señal para que cerremos la boca.

El Decano debe de haber concluido su discurso, porque los demás Altos Maestros se han colocado a su alrededor, dispuestos en semicírculo hacia nosotros. Han dejado un espacio vacío frente a ellos, y después de lo que hemos vivido estos últimos días, solo puedo pensar que será para algo terrible. Me estremezco.

Dos Altos Maestros dan un paso adelante y se separan del grupo. Uno es el Valfiero de pelo negro, con la cabeza alta y el mismo porte que Laurela, mientras que el otro es irreconocible, a causa de la máscara de oro que le cubre el rostro por completo. Y sin embargo, es precisamente este objeto lo que nos permite a todos nosotros comprender que por fuerza tiene que ser el Alto Maestro de los Trasladores.

Me pregunto qué se esconde bajo esa lámina de metal, qué sufrimientos ha tenido que padecer a lo largo de su dilatada vida, de qué cicatrices se ha hecho cargo.

—Yo soy Alberico Valfiero, Alto Maestro de los Leviantes y Almanario —dice el primero. Parece que nos observa uno a uno. Yo sigo su mirada. Vislumbro el cansancio en los rostros de los Iniciados que ocupan la Arena y me detengo cuando encuentro a la Tropa de Paris. Lisandra está cerca del hijo de la Primera Voz. Está mirando a Teobaldo, y luego su mirada se desplaza a Romeo. Sé que ella no habría tenido nada en contra si yo hubiera muerto de la mano de Sansón. No es de las que tienen problemas con la muerte, como ya demostró en la escalera de piedra, y no ha tardado mucho en olvidar que en el banquete estaba pendiente de cada palabra de mi primo; ahora ya se ha amoldado a su nueva Tropa.

—Conmigo —continúa Alberico Valfiero— está Cleo Aspidi, Alta Maestra de los Trasladores.

Es una mujer. Ni siquiera me había percatado; me doy cuenta con un escalofrío. Quién sabe qué atrocidades debe de haber soportado.

La Alta Maestra Cleo hace un pequeño gesto con la cabeza, y luego Valfiero retoma el discurso:

—Hoy empieza una nueva vida para vosotros, una vida hecha de cambios, a partir de vuestros cuerpos. Nuevos cuerpos que deberéis conocer.

—Yo el mío lo conozco —dice Terencio—, quisiera conocer otros.

Se producen algunas risas a nuestro alrededor, nerviosas, una manera de soltar el miedo y la tensión, pero los Ensiferios enseguida restablecen el orden.

—No hablo solo de vuestros músculos, que se desarrollarán y que os harán más fuertes y veloces que cualquier Rápido, sino de nuestra esencia más profunda. De lo que nos hace ser lo que somos

y que se esconde precisamente en el cuerpo. Y no hay mejor manera de conocer un cuerpo que observar uno —concluye Alberico.

Un murmullo de curiosidad serpentea entre nosotros, los Iniciados, mientras cuatro Ensiferios hacen su entrada. Sostienen una camilla en la que hay algo tumbado. Lo cubre una sábana inmaculada, pero no es difícil intuir de qué se trata: el tejido descansa sobre las formas. Cabeza, brazos, piernas.

Nos quedamos en silencio y aguantamos la respiración.

Los Ensiferios colocan la camilla entre los dos Altos Maestros, dejando la sábana inmóvil.

Porque retirarla es el cometido del Alto Maestro, y Valfiero lo hace con un gesto delicado que sin embargo me azota como una hoja fría en la boca del estómago.

Porque el cuerpo que revela es el de Sansón Capuleto.

Íntegro, limpio. No hay rastro del espadazo que lo ha cizallado en dos. Si fuera un Rápido, se diría que está durmiendo, pero eso no impide que me quede boquiabierta.

Alberico extrae un puñal, idéntico al que me confió Netria antes de la Congregación, y lo hinca en la base del cuello de Sansón, donde las clavículas se encuentran.

—¡¿Qué es esta barbarie?! —grita Teobaldo.

El Alto Maestro alza la mirada hacia él y no logra ocultar una sonrisa.

—Esto, joven Capuleto, es ciencia.

Teobaldo quisiera responder, pero Folco le apoya una mano en el brazo y niega con la cabeza. Veo cómo mi primo aprieta la mandíbula y luego me lanza una mirada que me deja helada. Noto que se me humedecen los ojos, pero vuelvo a observar a Sansón.

El cadáver de Sansón.

Yo he sido la causa de su muerte, es justo que mire mientras Alberico arrastra el puñal a lo largo de su esternón. La hoja corta piel, carne y hueso sin hacer ruido. Se desliza ligero como el pincel de un pintor sobre el lienzo y deja detrás dos tiras de piel que se abren como los pétalos de una flor.

Cuando Alberico apoya el puñal en la camilla y usa ambas manos para abrirle el tórax a Sansón, para romperle los huesos, me viene una arcada. No soy la única: Baltasar se desploma en la arena, cetrino.

—Así es —dice el Alto Maestro—, por dentro somos así, es importante que lo sepáis si queréis sobrevivir a esta guerra.

Hago un esfuerzo para no cerrar los ojos, pero es difícil. Sansón era estúpido, servil, violento, pero yo me crie con él. Que lo abran en canal, como a un cerdo en el matadero, es un destino que nadie debería merecer.

—Este es el corazón —dice Alberico, usando el puñal para señalar el órgano—. Es igual al de los Rápidos, bombea la sangre por todo el cuerpo. Sin el corazón, se muere de inmediato. —Y le clava el puñal —. Según los Rápidos, el corazón también es el lugar donde se albergan los sentimientos. «No tiene corazón», dicen de quien es malvado. Pero los Rápidos no saben nada.

Alberico usa la mano con la que sujeta el puñal para inmovilizar el corazón de Sansón y mete la otra debajo del órgano. Hurga, como se hurga en un cajón en busca de un dedal perdido, y luego, con delicadeza, extrae una especie de esfera blanca de pocos pulgares, de la que se devanan infinitos filamentos que parecen enrollarse y

seguir las venas que se alejan del corazón. Uno de esos filamentos es más grande y asciende hasta la garganta.

—Este es el corazón de la diosa, y solo nosotros, los Edenitas, contamos con uno. Es aquí donde el Tiempo y los recuerdos de los Rápidos se alojan cuando nos nutrimos. —Luego dirige una mirada a su colega—. Por favor, Alta Maestra Cleo.

La Trasladora se acerca. Ahora advierto que cojea, por mucho que trate de disimularlo. Casi me parece poder sentir su dolor constante, y me percato de que también Romeo, a mi lado, aprieta los dientes.

Cleo Aspidi pasa una mano cubierta con un guante blanco por encima del corazón de Sansón; por un momento este parece latir, y los filamentos se iluminan con una débil luz azul que enseguida se desvanece.

Alberico retoma la explicación. Su voz resuena en el silencio de la Arena:

—Es en el corazón de la diosa donde el Tiempo se transforma en poder, la Pertenencia se expande por todo vuestro cuerpo y os mantiene fuertes y os posibilita hacer cualquier cosa. —Luego alza la mirada hacia nosotros—: No, antes de que me lo preguntéis: a pesar de la increíble demostración que nos ha ofrecido la Alta Maestra, es imposible infundir suficiente poder para restituir el latido de un Edenita. Nadie puede devolver la vida, y eso vale tanto para los Extrema Sangre como para los Rápidos y para todas las criaturas de Alyaster.

Esta vez el puñal se abate sobre el corazón de la diosa de Sansón.

—Si perdierais el segundo corazón, lo perderíais todo: los recuerdos, la Pertenencia, la longevidad. Seríais como los Rápidos,

pero todavía más inútiles, ni siquiera podríais servirnos de sustento: un terrible destino para quien incluso la muerte es preferible.

El Alto Maestro deja que sus palabras sedimenten en nosotros, hasta que el silencio se rompe.

—Pero si el corazón de la diosa es igual para todos, ¿cómo es que nuestras Pertenencias son distintas? —pregunta una voz. Me giro: es Benvolio Montesco. Está interesado, como un estudiante aplicado. Como si aquello no fuera el cadáver de una persona, sino sencillamente la demostración de un teorema matemático.

—Aquí tenemos a un perfecto hombre de ciencia. —Alberico sonríe —. Porque la Pertenencia depende de la Marca del Alma, el símbolo que ha empezado a aparecer en vuestro cuello a partir del Primer Paso.

Alberico hace rodar el cadáver de Sansón para colocarlo de lado, de modo que todos podamos ver su Marca del Alma. Un triángulo dorado, por supuesto.

—¿Veis? —continúa el Alto Maestro—. El triángulo indica que Sansón Capuleto era un Esencial, como la mayor parte de los miembros de su familia. Lamentablemente, nunca sabremos a cuál de los tres tipos habría pertenecido —dice, dejando escapar una sonrisita. Creo que, si pudiera, Teobaldo le saltaría al cuello—. El primer tipo —prosigue Alberico— es el de los Graves, después vienen los Ardefríos, y por último, los Leviantes, que controlan la presión y los movimientos del aire.

Con indiferencia, agita una mano y la sábana que cubría a Sansón se alza por el aire a causa de un viento del que no ha habido ningún indicio.

Valfiero sonríe.

—Eso que acabo de hacer puede parecer un mero truquito, pero un Leviante y un Grave particularmente duchos podrían, bueno, volar… Desde luego, ello costaría numerosos centurios, incluso en una coyuntura en que la diosa se manifiesta, como en la Academia o cerca de otra Asonancia, y nuestras Pertenencias se ven reforzadas.

Alberico toma aliento y aprovecha para mirarnos. Muchos Iniciados están examinando las Marcas de sus compañeros.

—En cambio, si aquí hubiera habido un círculo, de bronce o bien negro, el destino de Sansón habría sido el de los Temporales: podría haberse convertido en un Traslador como la Alta Maestra Cleo… —Y entonces me señala—: O bien habría sido un Arquitiempo, capaz de acelerar, ralentizar o hacer retroceder el Tiempo de un objeto inanimado, creando maravillas como este infalible puñal —dice Alberico, jugueteando con el arma, antes de trazar un cuadrado en el hombro de Sansón.

Y mientras lo hace, noto que la rabia crece en mi interior, que gruñe silenciosa como un perro encadenado, y le clavo la mirada como si quisiera matarlo. Porque es cierto que he sido yo la que ha condenado a Sansón, pero él no tiene ningún derecho a tratar su cuerpo como un juguete, como si se divirtiera cortando, serrando y rompiendo huesos. Y todavía peor: como si no mostrara respeto por la Estirpe de Alyaster, y me pregunto cómo pueden los demás Altos Maestros permitir semejante blasfemia. Inspiro y el tórax se me hincha mientras me percato de que tengo los puños tan apretados que me he clavado las uñas en las palmas y los nudillos están blancos y me duelen, y no sé si es por lo que estoy viendo o por lo que he —lo que hemos— pasado estos días, pero siento que la tierra a mi alrededor se hace más pesada. Como aquella noche con

Laurela, cuando temí haberla matado. Noto que la tierra se agrieta a mi alrededor y me empieza a escocer el cuello, a quemar. Me llevo la mano a la Marca mientras me muerdo el labio por el dolor. La arena en torno a mí se eleva y permanece inmóvil en el aire a la altura de mis ojos, como polvo iluminado por el sol, y pronto se añaden pequeños guijarros y grava mientras la rabia en mi interior empieza a ceder lugar al miedo de lo que podría suceder. De lo que podría hacer.

Aprieto los ojos y los dientes. Tiemblo mientras me obligo a aplacar las emociones que me invaden, deslizo la mano en el bolsillo del uniforme, acaricio la esfera, me concentro en el movimiento de sus secciones, minúsculas rotaciones que requieren toda mi atención, pero es difícil, y me noto el sudor en la espalda, en la camisa húmeda.

Y sin embargo nadie parece darse cuenta. Nadie, salvo Netria.

Mi tía tiene la mirada en mí y se masajea el índice con el pulgar mientras Alberico Valfiero prosigue como si nada estuviera ocurriendo.

—Un cuadrado de plata indicaría, en cambio, la Pertenencia a los Aeterianos, que pueden esconder a la vista cualquier cosa o revelar los secretos más ocultos, o incluso tejer ilusiones tan vívidas que engañarían hasta a sus propias madres. —En el otro hombro de Sansón, a continuación, traza una simple línea—. Por último, una línea significa que se pertenece a los Eternantes…

—¡Que no sirven para una mierda! —exclama Lisandra, provocando una risotada mucho más escandalosa de lo que su ocurrencia merece. Al menos hasta que la silencia la voz del Decano.

—Sin Eternantes, Corvato, muchos más Esenciales fallecerían en combate y, por si fuera poco, nos veríamos obligados a pedir a Edén un precio mucho más alto para su protección. Por lo tanto, si te hace reír que alguien pueda ponerse a disposición de los demás, entonces te invito a enfrentarte a una Catástrofe sin los Eternantes… Eso si sobrevives a la Academia, claro.

Lisandra baja la mirada, pero no lo hace para esconder la vergüenza, sino para aplacar la rabia. Veo cómo aprieta la mandíbula, segura de que superará este solasterio.

Alberico espera un batimiento antes de proseguir.

—Como decíamos, los Eternantes: Edenitas que no pueden hacer nada para oponerse a las Catástrofes ni para curar los cuerpos despedazados, pero capaces de acumular en su corazón mucho más Tiempo que un Edenita corriente, centurios y centurios que pueden ceder a los demás Extrema Sangre.

Advierto un movimiento a mi lado. Romeo se está pasando la mano por el cuello y se acaricia la marca. Una línea oscura, nada más. Si yo me hubiera convertido en una Eternante, habría perdido el respeto de mi familia al completo. Ciertamente, sé que la sangre de los Montesco es débil, más débil que la de los Capuleto, pero tal vez ni siquiera ellos estaban listos para semejante deshonor.

Paris se aclara la voz, repetidas veces, como si temiera hablar.

—¿Es cierto que las Marcas pueden cambiar?

En el rostro del Decano se esboza una sonrisa, mientras el Alto Maestro Valfiero hunde el puñal en el tórax abierto de Sansón.

—Si tu pregunta tiene que ver con tu posible futuro, Aguaviva, que sepas que es muy difícil que un Eternante se descubra siendo otra cosa. Sin embargo, en general depende de cómo vuestra sangre

decida cantar: estos latelunas en la Academia os pondrán a prueba, porque solo a través del dolor… —dice mientras hace girar la hoja en la carne ya muerta, vacía— y solo cuando os veáis obligados a rebasar vuestros límites, vuestra sangre cantará y encontrará su Pertenencia en Alyaster. Por supuesto, la dominaréis por completo solo después del Vínculo.

Alzo la cabeza, nunca había oído esta palabra, y parece que los demás Iniciados tampoco. Susurros y murmullos pasan entre nosotros como el viento sobre las espigas de trigo.

—Si me permites… —se entromete el Decano.

Valfiero asiente con la cabeza y se coloca junto a los demás Maestros, seguido de la Trasladora. El cuerpo de Sansón se queda allí, olvidado y ahora inútil. Parece que casi todo esto esté preparado como un espectáculo teatral. Pero esto no es ningún espectáculo: nos acaban de decir que la gruta y las elecciones que hemos sufrido no son más que el inicio de nuestras torturas.

—Solo el peligro empuja a la sangre a cantar, y solo de esta manera podemos descubrir quién es digno de convertirse en Extrema Sangre. Me duele decíroslo, pero, de hecho, no todos vosotros sobreviviréis a este solasterio. —Lorenzo hace una pausa y deja que sus palabras se nos peguen encima como cera, como resina—. Solo los mejores de entre vosotros recibirán el Vínculo: unos serán merecedores de llamarse Extrema Sangre y otros, en cambio, tendrán el honor de ofrecer su propia sangre durante la Unión para que el Vínculo de los Elegidos sea Eterno.

—¿Y cómo sabréis quién no lo merece, eh? —Es Paris, de nuevo, quien hace la pregunta. Su voz resuena por toda la Arena, quiere parecer fuerte después de haberse mostrado temeroso. Me pregunto

por qué le da tanta importancia, y cuando mi mirada se detiene en Baltasar, su hermano, lo entiendo: se aguanta el brazo pegado al cuerpo, casi lo quiere esconder, asustado e increíblemente diferente de Alena, que, a su lado, lleva con orgullo la órbita vacía como si fuera un trofeo.

—No tengas prisa, hijo de Escalo —responde Lorenzo—. Vosotros, que habéis llegado hasta aquí, encontraréis las respuestas dentro de poco, cuando empecéis el entrenamiento. Para los que no lo han logrado, en cambio… —mientras habla alarga el brazo para señalar el cadáver de Sansón—, se ha tratado de una especie de selección natural, ¿verdad, Julieta Capuleto?

Miro al Decano, me muerdo el labio mientras me agarroto de nuevo y la rabia se vuelve a inflamar, como brasas adormiladas bajo las cenizas.

—Tú has elegido que Sansón encontrase a Alyaster. Habrías podido salvarlo y en su lugar has optado por un Montesco. Has preferido a una casa rival a la tuya en vez de a la sangre de tu sangre, ¿por qué?

Noto el sabor de la sangre en la boca cuando mis dientes penetran en mi labio. Quisiera tener una respuesta simple, pero no existe. Guardo silencio y trato de ignorar el peso de las miradas de Teobaldo, Florencia y Folco. Las noto clavadas en mi espalda como flechas envenenadas.

—Te digo yo por qué —continúa Lorenzo—, porque sabías que Sansón era débil, y dentro de ti estabas segura de que no merecía vivir y mucho menos convertirse en Extrema Sangre. Sabías que no era de fiar. ¿Y sabes lo que te digo? —El Decano hace una pausa—. Muy bien hecho: has comprendido que el Enemigo que combatimos

es uno solo, y que más vale dejar atrás las guerras fratricidas y las escaramuzas, que son propias de los Rápidos. Porque nosotros hemos nacido para combatir una guerra eterna y no podemos permitirnos fallar ni siquiera una vez. Es por eso por lo que solo los mejores sobreviven… Y por lo que respecta a los peores, bueno, la mayor contribución de Sansón a la causa ha sido morir y disgustaros con sus entrañas. De este modo, al menos tendréis una mínima idea de lo que sentiréis cuando os toque enfrentaros a los Incorpóreos.

—¿Los Incorpóreos? —pregunta Folco.

—Las legiones del Enemigo —apunta Benvolio.

—Exacto —dice Netria—. Los soldados que se manifiestan cada vez que el Enemigo lanza uno de sus ataques. No importa que la Catástrofe toque Verona, Londres o París, o una de las demás Asonancias…, los Incorpóreos siempre comparecen. Soldados capaces de luchar como los mejores de vosotros, animados solo por el odio a Alyaster y por todo lo que la diosa protege. Espíritus de rabia y rencor capaces de arrancaros el corazón con sus palabras falaces, antes que con sus malditas armas: los Incorpóreos son emanaciones del Enemigo y cuando atacan toman la forma de vuestros seres queridos. Podrían aparecer como vuestra madre o vuestra hermana. Pero no son ellas.

—Suena fantástico —comenta Mercucio—. Justo lo que deseábamos.

—Volveremos a hablar de ello cuando los hayas conocido, Volterra. Eso si sobrevives lo suficiente —lo fulmina Lorenzo. Luego su voz se suaviza, como si no hubiera intentado aterrorizarnos durante todo el discurso—. Ahora, cuidaos de seguir a los Rápidos hasta vuestros aposentos. Mañana empezará vuestro entrenamiento.

Bajo la mirada de los Altos Maestros, poco a poco, los Iniciados empiezan a seguir a los Ensiferios hacia el exterior de la Arena y hacia el túnel por el que vinimos. Hago ademán de unirme a mi Tropa, pero no sé si reunirme con Teobaldo, que ahora ni siquiera se digna a mirarme, mientras que los Montesco ya se ríen y bromean, todos vivos. Podría acercarme a Baltasar o Alena, o descubrir más sobre el Albino. O bien quedarme sola, como estoy acostumbrada.

En cambio, noto que me agarran de la muñeca. Al girarme, me encuentro frente a Netria.

—Estaba ocurriendo de nuevo, ¿verdad? —me susurra a un palmo de mi rostro. Noto su inquietud.

—No quería, he procurado contenerme —digo.

—Pero yo me he dado cuenta, Julieta. Y los demás también lo habrían hecho si no me hubiera encargado de ello. —Echa un vistazo a mi cuello, intentando que no la vean.

—¿Qué hay? —Deslizo el dedo sobre mi Marca. La piel parece arrugada, como si hubiera una cicatriz que no tendría que estar—. ¿Tía?

Netria echa una ojeada a su alrededor. Algunos Iniciados nos lanzan miradas, pero creo que todos saben quién es ella y quién soy yo. Pensarán que me está ayudando, que me está dando pistas sobre pruebas de las que ellos todavía no saben nada.

—Tienes que venir a verme esta noche —dice mientras me desliza algo en la mano. Un anillo, liso—. Úsalo para abrir las puertas. No digas nada a nadie y que nadie te vea.

TERCERA PARTE

Los Claustros
Academia de la Congregación, 1392

22

Romeo

Penetramos de nuevo en las galerías, por donde reptamos junto a alguna cucaracha, a lo largo del dédalo de grutas y conductos que se meten unos dentro de otros. Avanzamos en silencio y agotados. Rendidos, en cierta manera. Todo lo que ha sucedido es un saco de yute repleto de piedras que vamos arrastrando, cargando el peso mientras la tela áspera nos rasguña la piel. Los gritos de alivio que salieron de la gruta se perdieron entre los sollozos frente a la enésima muerte sin pies ni cabeza.

Ninguno de nosotros lo olvidará. Me pregunto cómo pudieron hacerlo nuestros padres. ¿Superaron la Congregación y mandan alegremente allí a sus propios hijos? Benvolio avanza con la cabeza gacha y la mirada que se arrastra por el suelo más que sus pies. Para él, más que para nadie, toda esa masacre no tiene ninguna explicación. Se ha pasado la vida entre libros y ahora, en lugar de hacer alarde de su cultura, debe tratar de no perder el pellejo, aunque el precio que pagar sea la vida de los demás. Quisiera poder darle ánimos, pero no tengo calma para ofrecerle, solo tristeza. Los Ensiferios nos han dejado en manos de los Rápidos con los bozales, solo que aquí los perros somos nosotros, que seguimos a nuestro amo sin conocer el camino. No tienen espadas, pero me dan miedo

igualmente. Y el mayor miedo es que llegue el hambre. ¿Qué sucedería? ¿Lograríamos todos resistir o les arrancaríamos los bozales y los consumiríamos? Destierro este pensamiento y sigo andando. A medida que avanzamos, me doy cuenta de que he perdido completamente el sentido de la orientación. Doblamos a derecha y luego a izquierda mientras otras posibilidades de caminos se extienden frente a nosotros. La red subterránea se me antoja infinita. Es un laberinto con paredes onduladas y pequeñas explanadas de las que parten sendas que podrían ser las patas de una araña. A veces, el techo es tan bajo que Terencio debe agachar la cabeza. Hay pasajes tan angostos que para cruzarlos nos vemos obligados a avanzar de lado, con la roca rozándonos la cara. No es el mismo trayecto que recorrimos cuando nos llevaron al banquete, ni el que nos condujo al agua. Me pregunto lo grande que es lo de aquí abajo, hasta dónde se extiende. Seguramente por toda Verona y tal vez incluso más allá. Sin los Rápidos que nos muestran el camino podríamos perdernos y morir de inanición antes de que alguien nos encontrara.

Cuando llegamos a una especie de escalera excavada en la roca, ascendemos. Es bien entrada la mañana y el sol resplandece en lo alto del cielo deslumbrándonos un poco, pero es agradable ver la luz. Hemos salido al campo de entrenamiento. Si piensan hacernos batir en duelo están mal de la cabeza. Magullados como estamos no lograríamos ni siquiera sujetar una espada, mucho menos alzarla para asestar un golpe.

La hierba refresca mis pies y es placentero andar encima de ella después de la dura roca que hemos pisado. Los rumores eran ciertos: el campo de entrenamiento es un enorme prado verde

esmeralda. Segado de manera excelente, ocupa casi toda la plaza y está interrumpido por cuadrados de piedra perfectamente pulidos, que miden casi tres pértigas por lado. Parece un enorme tablero vacío. No hay espinas como sospechaba, sino insoportables margaritas cándidas que lo motean de blanco y amarillo.

En la plaza nos dividen por Tropas y nos acompañan en direcciones diversas.

Cuando nos separamos, Paris mira a su hermano Baltasar, que camina pasito a pasito con dificultad detrás de Amleto. Advierte que lo estoy observando y me hace una señal con el mentón. A lo mejor es un saludo, o tal vez una advertencia. Respondo con el mismo gesto mientras él estudia al variopinto grupito en el que su hermano ha ido a parar. Estará pensando que muchos de nosotros estaremos fuera de juego antes de que el sol vuelva a ponerse.

No va desencaminado.

Nos habíamos prometido mantenernos lo más lejos posible de los Capuleto y en cambio nos los hemos metido en la cama. A ver quién es el primero en joder al otro. No puedo tomarla solo con Terencio. La mayor parte de nosotros ha hecho elecciones sin pies ni cabeza. Pero hemos llevado a cabo acciones sin pies ni cabeza, vivido situaciones sin pies ni cabeza. Estaremos muy ocupados luchando entre nosotros, y las demás Tropas podrán estar a salvo. Para colmo, parecemos una panda de leprosos en lugar de Iniciados. Descalzos, con la ropa hecha jirones y sucios de agua, lodo y sangre. Caminamos en una hilera desgarbada sosteniéndonos los unos a los

otros. Mercucio obviamente encuentra el tiempo de recoger una margarita que desflora pétalo a pétalo.

¿Muero o no muero?

Amleto vuelve su rostro hacia el sol y entreveo una leve sonrisa. Gracias a la diosa, la lluvia ha cesado. Creo que he tenido bastante agua para al menos un solasterio entero. Pasamos por debajo de las murallas y al fin nos encontramos frente a la Academia propiamente dicha. Ahora que estoy cerca puedo verla en toda su magnificencia. Una espaciosa plaza aloja una larga escalinata que lleva hasta la entrada del edificio, que desde la cima domina toda Verona.

Mirándolo ahora es imposible pensar que no fuera visible desde Ponte Pietra. Es gigantesco. No está hecho de toba y mortero, no parece que esté esperando a despedazarnos, sino que quiera acogernos con dulzura. Tiene al menos cuatro pisos de altura, con ajimeces y pequeños balcones esculpidos. La fachada está íntegramente pintada al fresco con imágenes de caballeros y flores. La parte alta cuenta con almenas dispuestas a lo largo de todo el edificio.

—Vaya, primero las margaritas y ahora esto. Diría que si no nos hubieran reducido a la mitad matándonos de diversas y variopintas maneras, podríamos tragarnos que se trata de un lugar delicioso y acogedor. —Mercucio observa la Academia con las manos en las caderas.

—En mi tierra crece una flor de lo más bella —dice Amleto subiendo las escaleras—. Está hecha de pequeños pétalos violáceos. Los Rápidos la llaman «el cabello de Odín». Pero su verdadero nombre es «acónito». Es maravillosa y sin embargo podría matar a

un hombre con facilidad. —Se detiene, no se gira, pero sigue hablando—. Es la flor de mi casa —dice, retomando la marcha.

Está bien, punto final: Amleto es introvertido y extremamente peligroso.

—Ah, así que te consideras bello —se ríe Mercucio.

—Más bien letal, diría yo —responde Amleto.

—Si tuviera bien ambos ojos y el hombro funcional, te retaría a un duelo. Y ya veríamos quién es letal. —Mercucio juega—. Solo porque os enseñan a cazar a cuatro monstruitos que han perdido totalmente el juicio no significa que no se os pueda vencer con facilidad.

—No veo la hora de ponerte a prueba —responde Amleto con tono divertido.

Alena pasa por el lado de Julieta y la coge del brazo para apartarla.

—Hombres, siempre queriendo demostrar quién la tiene más larga. —Lo hace parecer un paseo por el bosque entre damas de la alta sociedad. Julieta se gira para mirar a los suyos un poco como pez fuera del agua, pero tengo la impresión de que Alena es de las que te hace hacer siempre lo que ella quiere.

—Toda Verona sabe quién tiene el récord del pene más grande —responde Terencio desde la retaguardia.

Nos reímos socarronamente. Flojito. Casi como si nos avergonzáramos de poder vivir todavía. Luego Terencio se pone a hacer una especie de bailecito imitando el sexo desenfrenado. Y entonces echamos a reír libres. Porque sí, porque estamos vivos, porque honraremos las muertes con nuestra vida.

—Querido Terencio, ¿nunca te han dicho que no cuenta el caballo, sino el caballero? —La voz alegre de Folco nos llega del grupito de

los Capuleto, que está a unos pasos de distancia.

Ah, error, Folco no se imagina hasta qué punto mi amigo es adorable… por lo general… pero terriblemente susceptible. Por un batimiento el aire parece convertirse en lana cocida, apelmazada y áspera. Difícil de respirar. Estoy seguro de que todos podríamos abalanzarnos unos contra otros y hacernos papilla solo por el tamaño de una verga. Mercucio suaviza los ánimos con una carcajada cristalina. Se dirige hacia Folco con maneras alegres y lo coge del brazo, exactamente como ha hecho Alena con Julieta.

—¿Sabes que esta frase la dicen los hombres que la tienen manifiestamente pequeña?

Teobaldo hace ademán de abalanzarse sobre él, pero su hermano lo detiene con la mirada y él retrocede.

Mercucio se planta en la escalinata y nos mira de hito en hito.

—Yo no tengo nada que ver con vuestra guerra familiar. Sinceramente, me importan un carajo vuestras familias y sus disputas, con o sin sangre. —Es jovial y autoritario a la vez—. Pero desde luego sí me importan esta Tropa y sus posibilidades. Nos han dividido en escuadras, nos han *obligado* a dividirnos en escuadras. Esta Tropa ha pagado un precio para poder continuar. Ahora bien, no me interesa saber cómo carajos hemos acabado aquí todos juntos, dado que la última vez que lo estuvimos tratamos de matarnos.

No saben de qué habla Mercucio. La Valfiero mira a Florencia con aire interrogativo, pero esta se encoge de hombros. Sin embargo, yo sé perfectamente a qué se refiere. Nos está pidiendo una tregua. No sé si seremos capaces de dársela.

—Pero si estamos aquí es porque lo hemos elegido nosotros —continúa mientras lo escuchamos en silencio—. No todos, quizá,

pero cada uno ha hecho sus propias valoraciones y ha decidido a quién manda a morir y a quién salva.

Julieta cambia el peso de un pie al otro y se refriega las manos. Sé que llegará un momento en el que deberemos hablar de ello, pero por ahora podemos esperar.

—Habrá otras pruebas, y nosotros deberemos estar unidos si queremos salir vencedores. Yo no estoy aquí ni para perder ni para morir. Por lo tanto, quien rompa los pactos, quien reme contra la escuadra, tendrá que vérselas conmigo, que a lo mejor no tengo la verga más grande de Verona, pero seguramente sí la espada que más duele.

Mercucio concluye su discurso con una sonrisa complacida y sigue subiendo las escaleras rápidamente junto a Folco. Alena lo sigue del brazo de Julieta. Creo que he entendido a qué juegan. Están intentando unirnos. Nos piden que olvidemos. ¿No puedo hacerlo? La sangre derramada de mi hermano Bastiano grita. Y mi rabia se incendia. Trato de apagarla. Puede que no logre olvidar, pero si este odio continúa moriremos todos aquí juntos. Y últimamente tengo unas extrañas ganas de vivir.

Apenas entramos por la puerta central, mi mirada se dirige hacia lo alto. El claustro está a cielo abierto. Cuatro pórticos dispuestos alrededor del perímetro se erigen uno sobre otro. El sol filtra la abertura recortada en el cielo acariciando los últimos pisos. Las arcadas están sostenidas por columnas esculpidas con motivos florales. En el centro hay un jardín cuidado hasta el mínimo detalle. Este sitio es tan perfecto que tengo la sensación de mancharlo con nuestros pies sucios y los uniformes hechos harapos. Vamos dejando pisadas en el suelo a medida que avanzamos de claustro en claustro.

Uno, dos, tres, son infinitos, como infinito se me antoja el edificio de la Academia.

Cada claustro es similar al primero y en cierta manera diferente. Los colores, las plantas y el sonido de las fuentes hacen que sean lugares únicos. El primero estaba hecho solo de follaje; el segundo, de flores; el tercero, de fruta; el cuarto, de plantas que nunca había visto. La temperatura cambia en cada claustro, no para adaptarse a nosotros, desde luego, sino a la naturaleza que alberga. Toda ocasión es buena para hacernos comprender que la única vida que cuenta es la de Edén. Nosotros no somos más que instrumentos. A veces entrevemos otras Tropas que se mueven a lo largo de los pórticos en diferentes pisos. Pero no nos detenemos en ellos, estamos demasiado ocupados admirando lo que nos rodea. Rara vez nos cruzamos con algún que otro Rápido de servicio. Al pasar, se pegan a la pared, como si quisieran desaparecer en su interior. Bajan la vista, y sin embargo noto que nos miran de reojo.

Somos un grupito singular y mal combinado de andrajosos, con un Capitán a la cabeza que parece un dios griego, aunque repleto de moratones, al lado de un chico que de un momento a otro puede transformarse en monstruo. Una chica sin un ojo pero con un gran coraje que va del brazo de un enigma que creo que no voy a resolver pronto. Un puñado de enemigos, todos con el mismo odio en el bolsillo, a los que siguen un estudioso decepcionado y una montaña de músculos con el corazón igual de grande. Poco detrás trota la muerte, con el cabello rubio y la sonrisa de un príncipe, que sostiene al hijo de un rey con un trono que jamás será suyo. Y por último un pesimista nostálgico, que intentaba mantener juntos los añicos de su corazón con las manos, pero a cada paso perdía un

trozo, hasta que ha comprendido que para hacerlo latir de nuevo solo debía tener ganas de vivir. Una compañía de actores ambulantes listos para entrar en escena en un espectáculo en el que el destino ha comprado todas las entradas.

Al fin subimos una escalera que nos conduce al piso de arriba. Terencio afloja el paso hasta que lo alcanzo.

—La Valfiero, ¿eh…? —digo, negando con la cabeza.

—La Capuleto, ¿eh…? —me reprocha, imitándome.

—¿Qué insinúas?

—Yo no insinúo. Percibo. Te ha salvado la vida. La hija de Reinaldo Capuleto ha salvado la vida a Romeo Montesco. Si no lo hubiera visto no me lo creería. —Niega con la cabeza haciendo vibrar sus labios.

—¿Crees que mientras te tiras a la Valfiero también le contarás cómo murió su hermano? —le susurro, cerca.

—Estás cambiando de tema. Pero te entiendo. No debe de ser fácil pasar de Rosalina Corvato a Julieta Capuleto. Yo tenía razón. El amor no existe. Más vale un sano revolcón.

—¡Yo amo a Rosalina! —digo con demasiado fervor.

Julieta se gira, solo un momento. Terencio la saluda con la mano, la provoca. Ella no responde, le da la espalda de nuevo y retoma la marcha.

—No puedes tirarte a una Capuleto, de veras, amigo mío. A esos solo se los liquida.

Resoplo; esta conversación no nos está llevando a ninguna parte.

—Yo no quiero tirarme a nadie. Me siento agradecido por estar vivo. Y la Capuleto tenía una cuenta pendiente con su primo. Ha sido solo una coincidencia que yo estuviera allí.

—¿Tú habrías hecho lo mismo? Si hubieran sido Benvolio y ella, ¿la habrías elegido a ella? —me pregunta, alzando la ceja.

Me ofende que me haga semejante pregunta.

—Por supuesto que no. Pero Benvolio no ha intentado matarme y él y yo somos como hermanos.

—¿Y qué sabes tú de la relación que tenían ellos dos? Tú das por sentado un montón de cosas. Y te equivocas.

No alzo la voz, pero mi tono se intensifica.

—Oye, que todo ha empezado contigo y con tu real pene, que a menudo piensa más que tu cabeza.

Se detiene. Espera a que Amleto nos adelante y luego me mira de hito en hito.

—Oye, hermano, me acuerdo perfectamente de cómo murió el Valfiero. Recuerdo cada maldito grito. Y en cierta manera decidí cómo iban a matarlo.

Intento replicar, pero él no me lo permite.

—Tal vez, si no hubiera sido tan fanfarrón, se lo habrían cargado igualmente, pero no de aquella manera. Los Valfiero no me caen bien y la Loba es una cabrona de mucho cuidado. Pero ha perdido a un hijo y no lo sabe, me parecía justo intentar salvar a su otra hija.

Me quedo boquiabierto. No me había imaginado en absoluto nada por el estilo.

—Y no. No le diré nada a Laurela, porque, aunque nosotros tengamos razón, lo único que obtendríamos, explicando los hechos, sería que nos acusaran de haber empuñado las armas contra nuestra raza, y no creo que nos expulsaran de la Academia; creo que nos matarían, visto lo que cuenta la vida aquí dentro. —Se

acerca a mi oído—. Que siempre me comporte como un imbécil no significa que lo sea.

—Soy idiota, perdóname —suspiro.

Asiente con la cabeza.

—Lo sé. De hecho, tú no tenías ningún motivo para elegir a Folco.

—Estoy vivo gracias a él. En el agua me salvó el culo —digo, no muy convencido.

Terencio refunfuña.

—Esperemos que no piense que la deuda está saldada y acabe contigo.

Se aleja y yo sé que le he mentido. Elegí a Folco no porque me salvara la vida, sino porque a Julieta le importa. Maldita sea.

23

Romeo

Los Rápidos nos hacen adentrarnos en un largo pasillo de piedra negra jalonado por puertas de madera maciza y taraceada. Están todas abiertas, y cada una cuenta en su interior con ornamentos de estilos diversos pero todos preciosos, con terciopelos, sedas, damascos, tapices. Bajo las ventanas hay pequeños escritorios de madera de calidad; y encima, papel y tintero. Me pregunto de qué servirán, dado que no podemos comunicarnos con el exterior. Pero creo que los han colocado ahí para dar una sensación de normalidad en un lugar aberrante. En una esquina hay una chimenea encendida que refleja luces y sombras en las paredes pintadas con figuras geométricas rojas y verdes, las mismas figuras que están cinceladas en las vigas del techo. En el centro de cada habitación hay un gran diván de madera tallada y encima resplandece nuestro nuevo uniforme. Las botas son de piel marrón y a la altura del tobillo tienen algunas hebillas para ajustarlas. Los pantalones son más suaves y la camisa de lino, más gruesa. La chaqueta es del color de los granos de uva olvidados bajo el sol, y del mismo modo que estos se decoloran, el rojo vino de la casaca se diluye en la parte final, que llega hasta las botas, a modo de capa. En la parte anterior, la chaqueta se cruza cerrándose con cordones y cinturones, dejando

las piernas al descubierto. En la espalda se ha conservado el dibujo en relieve del círculo astillado, pero esta vez en el centro ya no están las flores de nuestras casas, sino un hermosísimo árbol hecho solo de ramas. Seguramente los movimientos serán más ágiles. Gracias a la diosa. El cuello de piel es alto, pero no cubre el pescuezo por entero. Al lado del uniforme hay una bufanda de algodón grueso, descolorida como la chaqueta; me pregunto para qué servirá. No hay hombreras ni chalecos. Ningún brazal. Estoy completamente desprovisto de protecciones. Lo cojo. La piel está bien curtida, es flexible.

Fuera en el pasillo, alguien ríe y juega. Yo también voy, y como los demás, entro y salgo de las habitaciones. Nos volvemos como niños, peleándonos para quedarnos con la mejor. De hecho, todas son espléndidas. Después de lo que hemos pasado, incluso un establo sería perfecto.

Solo mi primo se arrastra por el pasillo, poco interesado en los aposentos, y nos mira como si fuéramos una panda de mocosos.

—¡Esta es mía! —grita Terencio desde quién sabe qué estancia—. Quiero la que tiene el diván más grande, ya me entendéis.

—Folco, ni se te ocurra —retumba la voz de Teobaldo, pero bajo el tono de desdén distingo el juego familiar entre dos hermanos.

Incluso Baltasar, siempre tan esquivo, juega a robarle a la Valfiero la habitación que había escogido.

Entramos y salimos de los distintos cuartos riendo con una despreocupación que estábamos convencidos de haber perdido, cuando nos esperaba agazapada entre las paredes de un lugar que, después de días, nos hace sentir a salvo.

Terencio sale de la habitación que ha escogido con los brazos abiertos en señal de victoria acercándose a Benvolio.

—Amigo, ¡ven a ver el espectáculo! El diván es tan grande que puedes rodar varias veces sin correr el riesgo de caer. Y no estoy hablando de estúpidas cabriolas. —Le pone el brazo encima del hombro, pero mi primo lo aparta con brusquedad. Raros son los momentos en los que riñen, y cada vez que ocurre Terencio parece empequeñecerse y caer en el desánimo por haber hecho algo que lo haya ofendido. Mientras que con los demás se muestra susceptible y colérico, con Benvolio es como un perro con su amo: si pudiera, en este momento bajaría las orejas y metería la cola entre las patas.

—¿Qué te pasa? —pregunta, confuso.

—Si no lo entiendes es que eres más estúpido de lo que pensaba. —Lo ha herido, lo ha hecho adrede. Terencio no es estúpido, al contrario, pero siempre se ha sentido inferior respecto a Benvolio, por sus estudios, sus conocimientos, la rapidez con la que llega a las soluciones. Veo en mi primo un destello de arrepentimiento, pero es tan fugaz que no cambia su estado de ánimo.

—¿A qué ha venido eso? —Está abatido, mi gran amigo—. ¿Qué he hecho? ¿Por qué se comporta así?

Le pongo una mano en el hombro.

—Se le pasará, deja que se desahogue un poco, verás como todo se arregla. Creo que es por la elección de la Tropa. Hablaré con él. Le diré lo que me dijiste. —Sonríe entregándome su confianza. Suspiro.

No será fácil explicar la situación a Benvolio.

—¿Seguro? —me pregunta, tras haber dado dos pasos adelante.

Asiento.

—Seguro. Venga, diviértete, escoge la habitación que quieras. A Benvolio se le pasará, siempre se le pasa.

Se ríe esperanzado y vuelve a jugar a la mejor habitación. Doscientas libras de músculos y yo siempre quiero protegerlo.

—Pues si no os parece mal, yo me quedo con la habitación que da al Este. Me encanta el amanecer. —Amleto me pasa por delante y entra en una habitación.

—A mí no me parece mal, pero a nuestros simpáticos Maestros sí —grita Alena desde la habitación del fondo—. Ya han elegido por nosotros.

Sale al pasillo y la veo con su uniforme entre las manos, mientras nos muestra el nombre imprimido en la solapa. Miro la que yo tengo en la mano y me doy cuenta de que es enorme. Al menos para mí.

—Terencio, creo que tengo tu uniforme —digo.

—¿En qué habitación estaba?

Se la señalo y me río para mis adentros. Es la más pequeña y angosta que he visto hasta el momento.

—Por la diosa —exclama apenas se asoma dentro—. Parece una cripta. Seguro que lo han hecho adrede. ¿Cómo descanso yo ahí? —dice saliendo de nuevo al pasillo.

—¿De pie con las manos cruzadas sobre el pecho? —Alena me guiña un ojo.

—Toma mi habitación, Terencio. Es amplia y espaciosa y es la única con balcón. Yo aquí estaré la mar de bien.

Julieta entra en la habitación con aire distraído, llevándose el uniforme consigo. No nos tiene en cuenta. No nos mira. Intenta mostrarse superior a nuestros juegos.

—¡Gracias, Pelirroja! —Terencio trota alegre hacia su conquista—. ¡El balcón es un toque de clase!

—No me llames Pelirroja —le ruge Julieta.

Basta un batimiento para oírlo quejarse de nuevo.

—Por la diosa, ¿qué diablos es esta peste infecta? —grita Terencio tras haber dado una vuelta de reconocimiento a su nuevo cuarto.

Julieta se ríe socarronamente y aparece en el umbral, apoyándose en el marco.

—Glicina. Tienes una planta trepadora justo aquí fuera, en la pared. Y es fragancia, no peste. Pero si quieres recupero la habitación.

—No, no. Cierro las ventanas. Mejor vivo con la peste a flores que muerto allí dentro. Gracias, Pelirroja. —Terencio asoma la cabeza por la puerta mostrando una gran sonrisa que enseña todos sus dientes blanquísimos.

—Ya te he dicho que no me llames «Pelirroja» —masculla entre dientes Julieta, antes de entrar y cerrar tras de sí dando un portazo.

Terencio se encoge de hombros.

—Un cielo, ¿eh? —Chasquea la lengua y me guiña un ojo.

Yo niego con la cabeza.

—Oye, que nosotros…

—Sí, sí…, lo que tú digas —me interrumpe, y arrebatándome el uniforme se aleja tarareando una canción obscena que conoce.

—Venid a ver —grita Folco desde el fondo del pasillo tras haber abierto una puerta—. Venid a ver qué maravilla.

Corremos atraídos por su voz y por la cautivadora fragancia que percibimos, y al llegar nos agolpamos unos sobre otros en la entrada conteniendo el aliento por temor a hacer cualquier ruido que pueda

hacer desaparecer lo que tenemos delante. Es un enorme salón, con una pila central llena de agua. Del ligero vapor que se alza y de la fragancia a lavanda que se disemina en la sala, me imagino que está calentita y perfumada. A lado y lado de la pila hay dos paredes de mármol negro, de las que cae una cascada de agua que acaba dentro del lavacro, pero sin acabar nunca de llenarlo del todo. Los techos están pintados al fresco y el pavimento es de mosaico: nos muestra escenas de Edén, las más bellas, el mar del Sur, los grandes arrecifes del Norte, los bosques del Oeste y las altas montañas del Este. Una decena de rápidos nos esperan a lo largo del borde. Pero nuestros ojos están todos puestos en la mesa larga y estrecha repleta de todos los alimentos que mi mente ha podido imaginar durante estos días. Me llegan sus olores y mi estómago protesta. No es el único. Todos tenemos hambre. Frente a la puerta de entrada, al lado de la pila y de las mesas, los Rápidos nos observan. No se han ido. Me pregunto si se irán alguna vez.

Hacemos ademán de precipitarnos hacia la comida, pero los Rápidos nos señalan la pila con firmeza. No nos dejan ni siquiera beber.

—Yo ahí no me meto —espeta Teobaldo—. Deberéis arrojarme a la fuerza dentro de otra pila llena de agua. —Y cruza los brazos como un niño caprichoso. Mercucio contiene mal una carcajada y él lo mira con mala cara. No se está riendo de él, pero explícaselo a un Capuleto. Sea como sea, entiendo perfectamente el razonamiento de mi enemigo. A pesar de sentirme mugriento, a mí tampoco me apetece otro baño.

Una de las Rápidas se acerca al agua. La reconozco de inmediato por la mancha de color vino que tiene en el rostro: es la misma que

llevó el brasero a la ceremonia. Advierto que no hace ruido cuando se mueve. Es hermosísima. Menuda y delicada, ocupa un espacio muy preciso, como si fuese una espiga. Su esencia es enorme. Se quita la ropa despacio y se queda desnuda con ese bozal que le cubre la boca. Se sumerge en la pila. Nos está mostrando que no hay nada que temer. Sin embargo, nosotros ya hemos aprendido que a la Academia le encanta sorprendernos.

Al fin cedemos. El primero en caer es, por supuesto, Terencio, que se quita la ropa a toda prisa y se zambulle en la pila. «Pues sí, qué demonios; si tengo que morir, mejor que sea con una Rápida desnuda al lado», habrá pensado. Nosotros lo seguimos. Nos dejamos desnudar y nos sumergimos con más cautela que mi amigo. Laurela es la última en entrar en la pila. Cuando se quita la ropa, un ligero velo de vergüenza le cruza el rostro. Lo ahuyenta echándose el pelo detrás del hombro y muestra su habitual sonrisa descarada. Creo que es pudor hasta que me da la espalda y veo un mapa de largas cicatrices que la marcan. No quisiera equivocarme, pero parecen latigazos. Vi las mismas marcas en un Rápido con fama de ser un vulgar ladrón. Me pregunto qué hay detrás de esas marcas y por qué ningún Traslador las ha curado. Se apoya en la pila y deja que un Rápido la cuide sin apartar los ojos de Terencio.

El agua es agradable. Así como las fragancias. Los Rápidos se unen a nosotros y nos lavan, con delicadeza. Me duele cada condenado centímetro del cuerpo, y a pesar de que sus manos son suaves y ligeras, tengo la sensación de que me están abofeteando.

—A mí no me lava ningún hombre —ruge Teobaldo apartando de un empujón al Rápido que estaba tratando de quitarle el barro de encima.

—Tienes un horizonte muy limitado, Teobaldo. Casi igual que tu habilidad con la esgrima. —Mercucio suelta las palabras con arrogancia. Está en una esquina de la pila, con los brazos abiertos encima del borde, y sonríe, socarrón, mientras un hombre y una mujer lo lavan con mucha dedicación. Teobaldo hace ademán de abalanzarse sobre él, pero Folco lo detiene.

Mercucio chasquea la lengua un par de veces o tres.

—No he dicho que debas ampliar horizontes conmigo. —Se ríe socarronamente. Folco se ríe a su vez. Teobaldo sale del agua ofendido, todavía sucio de barro.

Me deslizo hacia mi nuevo amigo.

—Das muchos discursos, pero luego eres el primero que provoca —sentencio.

Suelta un poco de aire.

—Lo sé. Pero chinchar a Teobaldo es irresistible. Se enciende en un segundo.

Me acomodo a su lado en la pila.

—Se respira tensión en el aire… —susurra cómplice, acercándose a mi oído.

—Si por tensión te refieres a que después de cenar usaremos los cuchillos para matarnos…

Agita la mano con despreocupación.

—Las guerras familiares, las refriegas, las batallas, el poder, nada es comparable a lo que el amor desata en el ánimo de humanos o Edenitas. Es como un fuego que resplandece centelleando en los ojos de los amantes, pero si no es correspondido se convierte en un mar de lágrimas del enamorado. Y al fin acaba siendo una hiel que

estrangula. Y entonces que se apiaden de las refriegas y las guerras familiares. Que se apiaden de todos nosotros.

No entiendo a qué se refiere hasta que veo a la Valfiero, que no aparta los ojos de Terencio mientras una Rápida lo lava.

—Es una Valfiero; no es propensa al amor, sino al odio —digo.

—Tal vez el odio sea su mejor virtud, pero el amor puede convertirse en su pecado.

—Le diré a Terencio que se mantenga alejado de ella.

—Demasiado tarde, mi joven Romeo, demasiado tarde. El nido ya está listo en su corazón, el pajarito reclama su comida, y ella lo alimentará con pasión, esperanzas, atenciones, deseo y por supuesto posesión y… —Mercucio indica con la barbilla a la Rápida que está lavando a Terencio— celos.

Las mandíbulas de la Valfiero están contraídas mientras el rostro de Terencio muestra una sonrisa de oreja a oreja. No se la dirige a ella, sino a quien lo está lavando con dulzura. Él le habla sin parar y ella se ríe de vez en cuando; lo veo por los espasmos de su espalda. Me imagino lo que le está diciendo. He visto muchas veces a Terencio desplegar su seducción. Mientras Benvolio las embelesa con el intelecto y Mercucio con la fascinación turbia que emana, mi amigo las hace reír.

—Quien se ríe es feliz. Y quien es feliz es más propenso a abandonarse al placer. Y eso significa que Terencio está en peligro de muerte —sentencia Mercucio.

—No creo que la Valfiero…

—La Valfiero será el menor de nuestros problemas si el gigante se acuesta con una Rápida.

—Ya estaría mil veces muerto —digo riéndome socarronamente. Él no lo conoce.

—Estos Rápidos son distintos… ¡Terencio! —grita en su dirección.

No está contento de que lo interrumpan, y se alza no tanto porque sea nuestro Capitán quien lo llama, sino porque en estos días se ha ganado su respeto. El agua le llega apenas a los muslos, y todos notamos hasta qué punto las risitas han surtido un cierto efecto; la Valfiero también se percata y entorna los ojos, molesta.

Mientras camina por la pila hacia nosotros me hace pensar en la estatua de Poseidón que hay en mi jardín, solo que Terencio es un poco más musculoso.

Se nos sienta al lado con decisión, creando unas cuantas olas, y hay alguno que se mosquea. Luego refunfuña:

—¿Qué quieres?

—No lo sabes, ¿eh?

—¿Qué? —le responde él.

—Los Rápidos de la Congregación son cianuro. Pruébalos, sexualmente hablando, y morirás entre dolores atroces. Son considerados una especie de adeptos a una secta. Incluso tienen una lengua propia. —Nos señala a dos servidores que están hablando moviendo las manos—. Y leyes escritas para ellos. Una de esas es que son intocables. —Mercucio advierte mi ceja alzada. A mí no me parecen muy intocables, dado que los tratan peor que a las bestias—. Les puedes pegar, pero no follar —añade Mercucio con desprecio—. Como ya habrás entendido, la Congregación es la letrina de la misericordia.

—Bueno, puesto que no me gusta zurrar a quien está indefenso, diría que voy a tener que quedarme a dos velas. —Terencio se

acomoda a nuestro lado, pero se queda con la vista clavada en la Rápida, que hemos descubierto que se llama Selina.

—¿Has hablado con Benvolio? —me pregunta entre susurros.

—Todavía no —respondo mirando a mi primo, que está poniendo morros en una esquina de la pila—. Déjalo hacer la chiquillada un rato más. Luego se le pasará.

Terencio se acomoda mejor apoyando la cabeza en la piedra, goza del baño y cuchichea con Mercucio.

El agua resbala por mi cuerpo mientras me acerco a mi primo. Soy más reservado que Terencio y no me he puesto en pie para presumir de mi cuerpo desnudo, así que camino un poco con las manos, dejando que mis piernas floten en la pila. Él se da cuenta de que me estoy acercando y se aparta. Imita un claro y seco no con la boca, que me detiene en el centro. Esta vez soy yo el que me irrito. No quieres hablarme y prefieres macerarte en el rencor. Pues ya te puedes ahogar en él. Yo empiezo a estar harto de odiar.

Me apoyo en un lado de la pila para estar solo con mis pensamientos. Pero frente a mí tengo a Julieta. Está con la espalda apoyada contra la pared de mármol, con los párpados cerrados. Deja que el agua de la cascada le caiga encima. Esboza una sonrisa algo torcida dirigida a un pensamiento que no revela, pero que la hace feliz. Evoco el primer día de la Congregación, cuando la vi bajo la lluvia y no sabía quién era, y su sonrisa me infundió alegría. Parece que hayan transcurrido centurios, y en cambio no han pasado más que un puñado de días. Su sonrisa me provoca de nuevo ese efecto.

Desde que nos hemos zambullido, he tratado de no mirarla. Me lo he impuesto. Pero ahora que la tengo delante no puedo evitar rendirme. El agua la cubre en parte, pero yo sé que está desnuda.

Procuro no pensar en sus formas, pero mi mente se muere de ganas de hacer travesuras y se va a lugares prohibidos. Imágenes de ella me invaden la imaginación. Respiro despacio mientras mi corazón bombea la sangre a toda velocidad.

Piensa en otra cosa, Romeo.

Piensa. En. Otra. Cosa.

Se lo ordeno a mi cerebro. Fracaso clamorosamente. ¿Habrá entrado un Ardefrío en la sala? No, porque aunque el agua empieza a hervir, o al menos me lo parece, soy el único que arde como cuando de niño tenía fiebre. Y sin embargo sé perfectamente que no estoy enfermo. ¿Por qué sigo mirándola? ¿Por qué me pierdo en el agua que le acaricia los hombros y en el color blanco de la piel moteada de pecas que parecen estrellas? ¿Por qué se me ocurren frases idiotas que ni siquiera un poeta callejero podría concebir? ¡Por la diosa! Cuanto más la miro, más advierto calor por todas partes. «Deja inmediatamente de pensar en ella», me digo. Tengo la voluntad de una oruga. O más bien una oruga tiene mucha más que yo, puesto que logra transformarse en mariposa, mientras que yo no consigo mudar ni un maldito pensamiento.

—La Capuleto, ¿eh…? —suspira Mercucio. Terencio se ríe de buena gana.

Estaba tan absorto en ella que no los he oído llegar.

No respondo y salgo de la pila como si quemara; las carcajadas de mis amigos me siguen. Los demás nos miran sin comprender. Me envuelvo en un paño de lino y me seco. El agua de mi cuerpo se va; la sensación de que hay algo profundamente erróneo en mí, en cambio, persiste.

24

Romeo

Los Montesco no usan la Pertenencia para sanar a sus hijos, a menos que sea algo grave. Yo me raspaba las rodillas y se curaban solas, para luego raspármelas de nuevo. Así, cuando entran los Trasladores me debato entre la curiosidad y el temor. Al mismo tiempo, me alivia la idea de paliar el dolor que a estas alturas ya hace cadencias que cargamos, a pesar de que, desde que estamos aquí, nuestro cuerpo parece más vigoroso, más garrido. Hace apenas unos días, ni siquiera habríamos logrado movernos. Si el cambio ya ha empezado, mis músculos se han olvidado de crecer.

Nos vamos cada uno a nuestra habitación, seguidos por un Traslador.

Quien me cura es una mujer. Sus delicadas manos se apoyan en mi cuerpo, y mientras lo acarician, veo mis heridas retroceder en el tiempo hasta que desaparecen. Es bastante doloroso, pero del mismo modo en que se rebobinan abrasiones, heridas y moratones, el dolor también parece ir hacia atrás. Parte intenso y luego se desvanece. Cuando llega a las costillas, oigo el ruido de una rama que se rompe, y mientras mi costado guarece, me doy cuenta de que ella tiembla ligeramente. Aquel ruido provenía de su cuerpo. No le veo el rostro, pero me resulta fácil imaginar la mueca de dolor. No

me quedaré de brazos cruzados esperando a que alguien se rompa por mí.

—No —digo con decisión—, así está bien.

—Cuánta presunción, joven Romeo. —El sonido de su voz tras la máscara me llega distorsionado—. ¿No te estarás permitiendo compadecerte de mí? Lo que has sufrido tú yo ya lo he vivido y he salido victoriosa. Soy una Extrema Sangre orgullosa de mi Pertenencia. Y desde luego no serán un par de huesos rotos los que van a poder conmigo, al menos no como esta Congregación podrá con vosotros. Y sí, volveré a reparar tus huesos para que puedan romperse de nuevo, y una vez más, y otra, y otra. Hasta que, querido mío, no aprendas primero a compadecerte de ti. Y lo aprenderás. Vaya si lo harás.

Me pasa los dedos por el costado y repara el otro hueso mientras el suyo se rompe. No dice ni mu.

—Crees que mi Pertenencia es una desgracia, ¿verdad? No hay ninguna desgracia en salvar una vida. Y soy yo quien elige a quién guarecer y de qué manera. Cada uno paga un precio por sus propias decisiones. Pero son las que determinan quién eres. No es en tu físico, que hay debilidad, sino en tus acciones. Los más débiles sucumben y los más fuertes encuentran una salida.

Esa frase… La frase que decía siempre mi abuelo. No puede ser una coincidencia. Le agarro el brazo y aprieto. No quiero que se vaya. Ahora no.

—¿Conocías a mi abuelo?

No le veo el rostro, pero estoy convencido de que está sonriendo. Su voz se suaviza y se carga de aflicción.

—Conocía a tu abuela. —Contiene la respiración y luego lo suelta todo—. La echo de menos. Profundamente. Y odié a tu abuelo porque me la quitó. —Guarda silencio. Quizá recuerda, y yo me quedo callado para darle tiempo a esos recuerdos.

En Verona todo el mundo conoce su historia. Tras una sangrienta batalla, llevaron a mi abuelo a casa agonizando, con un aliento de vida en la boca, tal vez retenido para un último beso. Cuando mi abuela lo vio, no tuvo ninguna duda sobre lo que debía hacer. Dicen que cuando ella empezó a hacer recular el tiempo, él gritó que no lo curara. Ella no le hizo caso y continuó moviendo velozmente los dedos sobre su cuerpo, zurciendo la piel lacerada, juntando huesos rotos, cosiendo venas, recreando el Vínculo entre su cuerpo y su Pertenencia. Y a medida que las heridas desaparecían en él, encontraban un nuevo hogar en el cuerpo de ella. Él se salvó y ella se fue, sin siquiera tener tiempo para aquel beso.

—Asistimos juntas a la Academia. —Su voz es dulce cuando retoma la conversación conmigo—. Verás, joven Montesco, cómo las alianzas que aquí trabes serán para toda la vida, así como lo serán las guerras familiares y los odios. Aunque vosotros, Montesco y Capuleto, sabéis algo de eso… Ambas nos convertimos en Trasladoras. Es lo que las dos deseábamos.

—La Alta Maestra Netria nos dijo que no se puede elegir… —afirmo un poco para cambiar de tema, un poco porque me ha picado la curiosidad. —Lo sé, lo sé: sé lo que dicen aquí dentro. Es la tensión, el ímpetu, el miedo, lo que hace cantar tu sangre. —Chasquea la lengua—. Paparruchas, si quieres saber mi opinión. Yo creo que la sangre canta solo por ti, por tus deseos, creo que entiende quién eres y qué quieres y te lo ofrece. Nosotros sufrimos

una metamorfosis. Como tantas otras especies, no solo las mariposas. Es la naturaleza la que obra el milagro, no una horrible pesadilla en la que nos arrojan. Pero la naturaleza no cambia lo que eres. —Me toca el corazón—. Y lo que tú eres no tiene nada que ver con la Pertenencia con la que saldrás de esta Academia. Creo que nacería igualmente, quizá con más armonía y menos… —No termina la frase.

—Pero entonces ¿por qué? ¿Por qué toda esa sangre?

—Porque la anhelamos. Porque la mayor parte de nosotros ama la guerra, el heroísmo, coquetear con el peligro. Ama matar. No te olvides de que nos llamamos Extrema Sangre. Extrema no significa solo última, sino también exceso, apogeo. —Me acaricia la cabeza—. Echo de menos a tu abuela. Te pareces mucho a ella. Y cuando la perdí lloré. Los Edenitas no lloran, pero a nosotros, los Trasladores, ese lema nos lo ahorran. Y sí, antes de que me lo preguntes, también conocía a tu abuelo. Solía sentarme con él en el Jardín de los Encantos.

Mi rostro no logra ocultar mi estupor.

El sonido de una risita.

—Sabemos ser muy discretos. Pero a menudo estaba con él. Hablábamos de tu abuela, mientras tú jugabas a nuestros pies. —Baja el tono, igual que su cuerpo, que inclina hacia mí. La máscara me roza el oído—. Le prometí que te cuidaría.

Se pone en pie, abre la puerta, echa un vistazo al pasillo y al cerrarla gira la llave dos vueltas. Se me acerca.

—No tenemos mucho tiempo. Pero yo debo hacerte algunas preguntas. Debes responderme con sinceridad.

—Por supuesto.

Y empieza a hacerme preguntas, la mayor parte sin pies ni cabeza, para mí. Si a menudo tengo cambios de humor. Si lloro sin ninguna razón o me enfado con frecuencia. Yo no sé responder bien a estas preguntas. Pero digo siempre que sí.

Se detiene. Piensa durante unos batimientos. Luego baja un tono la voz, a pesar de que estamos a solas.

—¿A veces te sientes cansado?

¿Me está tomando el pelo? ¿Qué debería responder, después de haber atravesado el infierno? Asiento sin más.

Ella suspira.

—¿Qué es lo que siento?

No entiendo qué es lo que quiere de mí, así que me encojo de hombros.

—Concéntrate, Romeo. ¿Qué estado de ánimo tengo ahora?

—No soy adivino —respondo.

Ella ríe.

—Nadie lo es. No hablo de juegos de caseta de feria. Hablo de sensaciones. ¿Nunca te pasa que sabes más que tus amigos qué sentimientos albergan los demás?

No respondo enseguida. La pregunta me toma por sorpresa. Últimamente he advertido claras intuiciones de las emociones de quien tengo al lado. ¿No les pasa a los demás?

Asiento.

—Como a todos.

—No, Romeo. No como a todos. ¿Qué estoy sintiendo?

Me parece un juego infantil, pero la complazco y trato de concentrarme en ella.

No percibo nada. Erro en la oscuridad en busca de estúpidas sensaciones, solo para contentar a una mujer que se está despedazando por mí.

Y entonces veo un color. Flota a su alrededor. Es un gris niebla, que gira en torno a ella.

—Tienes miedo —digo.

—Continúa.

A través de ese gris veo brillar un rosa tenue que se parece a las flores del melocotonero cuando brotan de las ramas, listas para los frutos. Casi percibo su olor. Pero es poca cosa en comparación con la niebla, que se hace más espesa, junto con su olor acre.

—Sientes afecto, pero ahora sobre todo estás asustada. —La miro a los ojos y lo comprendo—. Yo te asusto.

—Santa diosa. —La Trasladora exhala las palabras como una oración. Chasquea la lengua—. Pronto, demasiado pronto. —Se me acerca, su voz es un susurro tras la máscara, me cuesta trabajo distinguir las palabras—. ¿Ya has empezado a dormir?

—No tengo la Enfermedad. —He alzado la voz y ella me aprieta el brazo.

—Habla flojito y respóndeme. ¿Ya has empezado a dormir?

—Te he dicho que no tengo la Enfermedad —susurro yo también esta vez. Lo digo a regañadientes, porque me irrita que ella pueda incluso pensarlo—. Ni siquiera sé lo que significa dormirse.

—Los párpados se vuelven pesados. Resulta casi doloroso mantenerlos abiertos, mientras que cerrarlos te proporciona alivio. El cuerpo se abandona y te apagas. Y pareces muerto. Tus sentidos están menos atentos. A veces dormir es peligroso. Cuando abres los

ojos, no tienes la percepción de cuánto tiempo ha transcurrido. Más o menos debería ser así.

Ella espera una respuesta de mí. Yo entro en pánico. No puedo tener la Enfermedad. Significa una muerte certera.

—Romeo, es muy probable que duermas. Hoy no, mañana tampoco, tal vez tampoco este lateluna, pero lo harás. Cuando suceda, debes venir a verme. Solo a mí. No te fíes de nadie. Ni siquiera de tus amigos más queridos. Y todavía menos de tus enemigos. —Niega con la cabeza—. La razón por la que has acabado en esa Tropa solo la sabe la diosa. Pero lo que está hecho hecho está. —Refunfuña algo, tal vez una maldición—. Capuletos y Montescos en la misma escuadra. Si no lo veo, no lo creo… Intentad buscar la manera de colaborar; de lo contrario, moriréis. —Guarda silencio por un batimiento—. Y ten cuidado con los Rápidos. Muchos de ellos traicionarían a cambio de algún favor. Como recuperar la lengua, por ejemplo. O poder huir de aquí.

Hurga en su bolsillo. Saca un cordón de cuero negro trenzado, con un colgante en forma de rombo. Es de hierro, bordeado de latón. En el interior de la figura hay otro rombo más pequeño, dorado, que encierra a su vez uno pequeño de madera.

—Llévalo bajo el uniforme. Procura que no te lo vea nadie. Cuando duermas, este colgante te permitirá despertarte enseguida.

Acepto el abalorio, pero no me lo pongo. Ya lo había visto, estaba en el cuello del Rápido con la garganta lacerada. Eso si era un Rápido. Y ahora que sé para qué sirve, mis dudas se vuelven certezas. Era un Edenita y tenía la Enfermedad del Sueño. Pero entonces ¿cómo podía hacerse pasar por un Rápido? Cada vez que mis pensamientos regresan a esa noche tengo la sensación de que

el asunto todavía no está zanjado. Pero ahora tengo otros problemas.

—¿Cuánto me queda? —pregunto, sin ocultar mi aprensión.

Chasquea la lengua de nuevo, creo que es una especie de manía.

—No se muere por la Enfermedad.

La miro con los ojos como platos.

—Pero entonces…

Ella me interrumpe.

—Después de haber visto esta Academia, ¿te sorprende que escondan y manipulen la verdad? —Se alza y se dirige hacia la ventana con una ligera cojera—. Algunos jóvenes Iniciados que tienen la Marca de los Eternantes en el cuello, al entrar en la Academia y empezar la sangre su canto, desarrollan una aptitud singular para comprender los estados de ánimo de los Edenitas. No les ocurre a todos los Eternantes, pero a muchos sí, en especial a los Montesco. Esos Iniciados en particular a menudo se duermen. Tu abuelo siempre ha sabido que tenías la Enfermedad. Te vio dormir cuando eras un niño. No le di crédito hasta que no me llevó ante ti. Nunca había visto a un niño durmiendo. Jamás. —Se gira hacia mí. Yo la estoy escuchando, atónito—. Me pidió que hiciera algo para detenerla, para retardarla. Un adulto puede esconder el trastorno si es listo, ¿pero un niño?

La Trasladora interrumpe su relato. Hablar le cuesta trabajo, no físicamente, sino en su interior. No me cabe duda. Lo percibo. Veo el color de su estado de ánimo. En el suelo, por un batimiento aparece tierra seca y luego se desvanece.

—Se me pasó por la cabeza denunciarlo. Que la diosa me perdone. Se me pasó de verdad por la cabeza denunciar al marido

de mi mejor amiga, hacer ajusticiar al hombre por el que ella murió. Fue el recuerdo de ella lo que me lo impidió. Y fue por ese mismo amor por lo que decidí ayudarte a ti. Pasamos cadencias, latelunas, buscando una manera de no hacerte dormir. Costó… mucho. Pero al fin averiguamos más o menos cómo hacerlo. Cada vez que iba a verte de pequeño te tocaba la cabeza, aquí debajo, donde inicia tu espina dorsal. Creemos que la Enfermedad anida ahí. Y cada vez la detenía. Luego dejaste de dormir. Pero tu abuelo sabía que cuando ingresaras aquí todo se desataría. Me confió esto y me rogó que te lo entregara una vez hubieras entrado en la Academia. He cumplido mi cometido…

Observo el abalorio.

—Si no es contagiosa, ¿por qué se los llevan? ¿Por qué los matan?

—No sé si quiero saberlo. —La Trasladora se alza y hace ademán de irse, pero la vuelvo a detener.

—¿Qué es el collar? ¿De qué Pertenencia está impregnado para permitir que me despierte?

—Ni lo sé ni quiero saberlo. —Se arregla el vestido—. Tu abuelo guardaba secretos. Y en un lugar como este, los secretos son sentencias de muerte. Esconde lo que eres, Romeo. Esta es la última cosa que me dijo que te recordara.

Hace ademán de ponerse en pie, pero se detiene. En un abrir y cerrar de ojos, se arremanga la túnica. En su brazo veo claramente que se le graba un símbolo. La sangre empieza a brotar. Y caigo en la cuenta: ella es una Inseparable. No veo su rostro, cubierto por la máscara, pero no me hace falta. En la estancia huele a hierro y óxido y ella emana el mismo color abrupto del hierro enfermo. Preocupación. No. Angustia.

Se levanta. En el mismo momento, oigo unos ligeros golpecitos en la puerta. Digo «adelante» sin pensar, todavía estoy desnudo.

Entra una Trasladora; por cómo anda, recta y veloz, debe de ser joven, pero con las máscaras, la edad siempre es difícil de estimar. Se arrodilla.

—Alta Maestra, perdonad la molestia, pero se trata de un asunto de máxima importancia.

¿Alta Maestra? ¿La mujer que se ha roto para permitir que yo sane es la Alta Maestra de los Trasladores?

—Lo sé. Acabo de recibir el mensaje, desde la tercera Asonancia…

La otra Trasladora asiente.

—También la sexta, Alta Maestra. —Se arremanga. En su brazo hay un corte rojo, grabado con precisión. Ella también es una Inseparable. Enfrente tengo a dos de los diez Inseparables que quedan.

—Santa diosa…

—¿Cuántos en la sexta?

La joven agacha la cabeza. Su voz es un susurro.

—Muchos.

La respiración a través de la máscara se vuelve profunda.

—Espero que el sacrificio haya valido la pena. Diles a los nuevos que se preparen para viajar esta noche.

No debería preguntar, pero el óxido de la estancia se ha transformado en cieno, denso, negro. Dolor. Hay un infinito dolor.

—Alta Maestra —la detengo acariciándole el brazo—, ¿qué ocurre?

Ella se queda un poco en vilo. Creo que está indecisa entre decírmelo o no. Al fin elige.

—Dos ataques. Hemos ganado, pero los Trasladores han pagado el precio más alto.

Se gira y sale de la habitación, sin dirigirme ni una palabra más, ni siquiera una salutación.

La otra Trasladora hace lo mismo.

La guerra ha contado de nuevo sus muertos.

Me paso una cadencia entera sentado en el diván, cavilando sobre este encuentro.

Me alzo a duras penas y empiezo a vestirme, pero al coger los pantalones me tiemblan las manos. Me pongo la chaqueta y por último el abalorio, que escondo bajo la camisa. Lo acaricio con los dedos.

Quisiera hablar con alguien de la Enfermedad, pero solo obtendría preocupaciones de mis amigos, y no me apetece. Se ríen y los oigo a través de las paredes de las estancias. No quiero ser un aguafiestas.

Me asomo a la ventana. El sol ya se está poniendo. El ocaso es maravilloso.

—Mi primo Teobaldo dice que el mundo se divide en dos: los que aman los atardeceres y los que aman los amaneceres. —La voz proviene de mi izquierda. Julieta está asomada a la ventana admirando el espectáculo que el cielo nos está ofreciendo. Al haberse intercambiado la habitación con Terencio, ahora la suya está pegada a la mía. Me incomoda—. ¿Tú de qué categoría formas parte?

—Creo que del alba. Cada día abre nuevas posibilidades. ¿Y tú qué prefieres?

Respira despacio. Se vuelve hacia mí y sus ojos de color castaño me escrutan algunos batimientos.

—Yo prefiero la noche.

La puerta se abre de golpe y porrazo. Benvolio irrumpe. No pide permiso y se sienta en mi diván.

—Querías hablar conmigo —dice.

Me giro para mirar de nuevo fuera de la ventana, pero Julieta ya no está. Suspiro y presto atención a mi primo. Su rostro está más pálido de lo habitual y el nuevo uniforme rojizo lo hace parecer de veras un vampiro que apenas ha terminado su banquete. Lleva el pelo del color del carbón peinado hacia atrás.

—Ayúdame. —Le alargo los cinturones de cuero que cuelgan de la chaqueta. Él toma el primero y me lo pasa por detrás de la espalda, luego lo ajusta por delante. Lo ciñe un poco demasiado. Hago ver que la provocación me pasa por alto.

—Te estás comportando de un modo infantil —digo.

Él ata el otro cinturón sin contestarme.

Vuelvo a pensar en lo que ha dicho la Alta Maestra sobre los Trasladores e intento averiguar cómo está en realidad, en qué piensa, y así, sin darme cuenta, me descubro escarbando en su estado de ánimo. El color gris es el primero que emana, luego en el suelo aparecen fragmentos de hojas quemadas por el camino. Ennegrecidas y consumidas por las brasas, pero incapaces de prender fuego. Así es la rabia de Benvolio, subterránea, latente. Es una rabia que incuba y cava. Se trata de una rabia peligrosa.

Lo miro a los ojos.

—Lo digo en serio. Debes dejar atrás lo que ha ocurrido.

—Si tuviera mi Cortamontes ya lo hubiera dejado atrás, después de haberlos ensartado.

—Terencio… —empiezo, intentando explicarle lo que movió a nuestro amigo, pero él me interrumpe.

—Terencio pudo matarte. —Benvolio escupe la frase como si hubiera tragado hiel—. ¡Pudo matarte! Ya sé que estás más enamorado de la muerte que de Rosalina y que siempre has tenido la sensación de que te aguarda a la vuelta de la esquina, pero eso es solo porque eres un pesimista de mucho cuidado, no porque de veras tengas que morir.

—Todos pudimos morir. Todos. Ha sido un mero golpe de suerte que hayamos acabado todos en la misma Tropa. Y tal vez se lo debamos precisamente al chalado de Terencio.

Se alza bruscamente.

—¿Un golpe de suerte? ¿Para ti es una suerte estar en la misma Tropa que ellos? —Señala el vacío con la mano apuntando fuera de la habitación—. Yo he estudiado durante solasterios. Mientras vosotros os divertíais como idiotas fingiendo que erais Extrema Sangre, yo estudiaba para convertirme en uno de verdad. ¿Qué crees que sucederá? ¿Que en un pispás seremos uña y carne convirtiéndonos en la Tropa más fuerte?

—A ver si lo entiendo, Benvolio, ¿estás tan enfadado porque podíamos haber muerto o porque hemos acabado en una Tropa que consideras perdedora? Porque son dos cosas distintas.

—No lo son. No aquí en esta Academia. Pero salta a la vista que a ti vencer te da absolutamente igual, puesto que estás listo para morir, ¿no?

—Escupí agua, barro y orgullo dentro de aquella condenada gruta, ¿cómo puedes decir que me da igual?

—Porque estás compinchado con quien mató a tu hermano. ¿O te has olvidado de Bastiano? Si no me equivoco, lo asesinó ni más ni menos que el padre de la que tú te follarías, si supieras cómo se hace.

Si quería darme un golpe bajo lo ha logrado, me ha partido las piernas, pero también ha encendido mi rabia. Él sigue despotricando sin darse cuenta de que mi mirada ha cambiado, de que mis ojos lo observan con los párpados entrecerrados. Alrededor ya no veo hojas quemadas, sino fuego vivo. No presto atención a las señales, ni siquiera a las que distingo con la mente. Si él quema, yo soy una pira en llamas.

—Parece que te da absolutamente igual la guerra familiar, que te da absolutamente igual esta guerra…, mientras que yo…

Lo interrumpo hecho una furia.

—Por favor, Benvolio, no me tomes por imbécil. A ti Edén te importa una mierda. Solo necesitas ser el primero de la clase, para sentirte al nivel de casas como las de los Capuleto que dices que odias, pero en realidad pagarías por ser uno de ellos.

Benvolio me arrea un puñetazo en la cara. No lo esquivo. Me caigo hacia atrás apoyándome en el escritorio, que se desploma en el suelo junto a mí y a la tinta del tintero, que se desparrama sobre la piedra. Puede que me lo haya merecido. Pero él también se ha pasado de la raya. Su rostro pierde el color. Nunca me había pegado. Jamás. Ni para bromear.

—Yo… lo siento… —Me alarga una mano para levantarme, la rechazo y me las apaño yo solo.

A lo mejor es cierto que le sabe mal, pero eso no es suficiente para detenerme. Arremeto contra él inmovilizándole las piernas y

tirándolo al suelo conmigo. Le pego un puñetazo y él me lo devuelve. Podríamos seguir así, pero la puerta se abre de par en par y Terencio entra en la habitación.

—Por la diosa. ¿Acaso habéis perdido la cabeza? —Terencio me aleja a rastras. Benvolio se pone en pie arreglándose el pelo. Tiene el labio abierto. Yo tendré un ojo a la virulé, me imagino, por lo que me duele el pómulo. Jadeamos.

—¿Dónde ha ido a parar nuestra regla? «Si ellos tienen las leyes, nosotros tenemos nuestra amistad» —pregunta Terencio.

—La has mandado tú a hacer puñetas cuando has pensado en tu pene en lugar de en tus amigos. —Benvolio se pone bien la chaqueta y sale dando un portazo.

—Se le pasará —digo masajeándome la cara. Pero no estoy tan seguro.

25

Romeo

Entramos en el salón con el mal humor todavía encima. Y parece que no somos los únicos que llevamos este traje hecho de nervios.

Mercucio ruge enfurecido mientras, con el torso desnudo, se dirige como una bala hacia la puerta de donde han salido nuestros sanadores. Pero la puerta está cerrada a cal y canto. Da fuertes golpes con los puños contra la madera maciza…

—¡Desgraciados! Volved aquí, putos desgraciados.

Alena Chentacro le va detrás y lo detiene.

—¡Te he dicho que no! Odio cuando no me escuchan, Mercucio.

No entiendo qué está ocurriendo hasta que me doy cuenta de que a ella todavía le falta un ojo. La han curado dejándola en parte ciega.

—Ellos deciden. Y nada podrá hacerles cambiar de idea —dice Alena poniéndose la chaqueta, sin que el hecho de tener una órbita vacía la preocupe.

—Es una injusticia y yo no la tolero —rebate Mercucio, indignado.

—Pero es asunto mío, no tuyo. —El tono de su voz es casi burlón, pero bajo su superficie hay una firmeza a la que Mercucio no puede hacer más que rendirse.

—Somos amigos. También es asunto mío —responde, casi rogando.

—Si eres mi amigo, ayúdame a abrocharme el uniforme y deja ya esta escena de caballero, que es totalmente inútil. No sacarás nada ni de mí ni de ellos. —Alena se aparta la melena y se gira de espaldas—. No te disgustes, amigo mío, las cosas importantes son únicas. Ojos tengo dos… o, mejor dicho, tenía.

Mercucio se resigna, lo único que puede hacer es atarle la chaqueta, mal, dado que está entrelazando los cordones de manera totalmente errónea. Creo que son los nervios.

—Deja, ya lo hago yo. —Folco aparta a Mercucio—. La que estás montando con estos cordones.

El otro gruñe algo y se dirige hacia su habitación mientras sigue farfullando.

—¿Puedo? —le pregunta Folco a Alena acercando las manos.

—¡Por la diosa, que alguien me anude esta condenada chaqueta!

Folco se ríe socarronamente y con delicadeza se pone a desanudar los cordones de cuero para volver a atarlos.

Quisiera consolarla, pero la lección sobre la compasión que acabo de recibir me hace guardar silencio. Dejo de clavarle la vista y me acerco a la mesa. Los demás también hacen lo mismo después de que ella haya mirado con cara de malas pulgas a todo el que la estuviera observando.

Por fin podemos sentarnos a comer y a beber, y lo hacemos con voracidad. Me había olvidado de lo rica que era el agua; me apaga la sed de estos días. La comida es deliciosa. Tengo que decir que en la Congregación son tan buenos cocinando como matando.

Nos hemos desperdigado en grupitos, y nosotros, los Montesco y los Capuleto, nos mantenemos a distancia, casi en lados opuestos de la sala. Mercucio y Folco, en cambio, charlan amablemente sentados sobre cojines, para demostrarnos que podemos acortar distancias. Limar asperezas. Tender puentes. Pero el agua que corre debajo está hecha de sangre. Podemos fingir que no está, pero cuando el río se desborde nos enfangará de nuevo con nuestros odios y nuestros rencores.

Alena se sienta en medio de ellos, neutral. Ríen y hablan de nada.

Yo mordisqueo unas uvas blancas mientras escucho a Benvolio, distraído. Se ha apaciguado respecto a hace un rato y ha vuelto a hacer de estudiante aplicado mostrándonos un plano pequeño del edificio, que ha encontrado en su habitación. Es realmente inmensa, la Academia. Cuando Amleto nos lo señala, Benvolio emprende un largo discurso sobre la historia de Verona, de los Edenitas y de cómo la Academia ha evolucionado en los solasterios, partiendo justamente de aquella galería por la que anduvimos.

Quizá las riñas y el malhumor de antes sean agua pasada.

Lo escuchamos un poco todos; es obvio que sabe más que nosotros, y queremos estar preparados cuando inicie el próximo tormento. Terencio zampa con avidez y bebe con idéntica buena gana y de vez en cuando echa un vistazo a Selina mientras ella va de un lado a otro trajinando platos. En cambio, la Valfiero a menudo posa sus ojos en mi gigantesco amigo, sopesando músculos y otras cosas. Amleto se limpia las uñas con un cuchillo, lo que me parece bastante repugnante. Me recuerdo a mí mismo que me fije en dónde deja el cubierto, para evitar cogerlo por error para cortar una manzana. Mis pensamientos están lejos de cómo nació la Academia

o cuándo empezarán las lecciones. Ya he echado un ojo al mapa y solo están señaladas las aulas. En cambio, a mí me gustaría saber dónde están alojadas las Vestales. Un pensamiento que me guardo para mí; de lo contrario, me atarían a una columna. Necesito reafirmar mis certezas; mi amor por ella siempre ha sido un lugar donde hallar confirmación.

Los Rápidos nos rellenan los cálices, nos retiran los platos vacíos para regresar con otros rebosantes de deliciosos manjares y avivan el fuego en la chimenea cuando hace demasiado frío. Ningún jueguecito de Pertenencias, solo velas, madera que arde y mantas de pieles repartidas aquí y allá. La consciencia de tener la Enfermedad hace que me estremezca de vez en cuando, y sufro ligeros sobresaltos que me hacen tomar aire de una sola bocanada. Me toco el pecho para asegurarme de que el collar esté en su sitio. Pienso en los Rápidos y en su sueño. Me parece horrible que deban pasar la mitad de sus vidas, ya breves de por sí, inmóviles en un lecho. Y sin embargo, parece que obtienen un gran placer y que su privación es de veras una tortura. ¿Será así también para mí?

—En tu opinión, Romeo, ¿cuál puede ser? —dice Benvolio devolviéndome a la conversación. Se comporta como si no nos hubiéramos zurrado hace solo unas pocas cadencias.

Tengo cara de quien no ha escuchado nada. Mi primo se da cuenta y su decepción es manifiesta.

—No has escuchado nada de lo que he dicho.

—No, no. Escuchaba.

—Mentiroso.

Sonrío a regañadientes.

—Puede que esta sea la próxima prueba. Quieren ver cuánto logramos engullir. —Terencio muerde un jarrete de cerdo y el aceite le resbala por el mentón. Se limpia con el dorso de la mano.

—En serio. Debemos estar preparados. Razonar. Estudiar.

Benvolio insiste y Mercucio lo apoya.

—Benvolio tiene razón. Tenemos que averiguar cuáles son las mejores características de cada uno de nosotros y sacarles partido la próxima vez. Así no estaremos desprevenidos.

—¿Y quién eres tú para dar órdenes? Lo haces desde que salimos de aquella maldita gruta y me pone de los nervios. Te comportas como si fueras el jefe aquí. ¿Y si yo no estuviera de acuerdo? —Florencia se cruza de brazos y sus palabras chirrían, como un clavo sobre el hierro. Su nariz aguileña se frunce para ofrecer lo que sería una expresión de repugnancia. No puedo decir que sea fea, a pesar de tener los ojos demasiado juntos y la cara chupada. Pero la malicia la vuelve horrenda. Es fácil de odiar, Florencia; lo sería incluso si no fuera una Capuleto.

—¿Quieres hacerlo tú? Has estado espléndida antes, llorando y ahogándote durante la prueba. Apuesto a que todos te ven como a una verdadera Capitana. —Es la primera vez que Baltasar usa ese tono desdeñoso. Quizá es la primera vez que habla. Durante la elección tampoco ha abierto la boca. Estaba demasiado exhausto, demasiado herido, demasiado cercano a la muerte. Ahora que los Trasladores lo han guarecido, vuelve a estar en forma y muestra un lado de su carácter que no me imaginaba. Como era de esperar, uno de sus brazos sigue siendo más pequeño que el otro. No se cura a los hijos de quien, desatendiendo las preferencias del Coro, juega con los embarazos. Él no tiene la culpa, desde luego, pero en

nuestra sociedad más que en cualquier otra, las culpas de los padres recaen sobre los hijos.

—Nadie ha pedido tu opinión, tullido —espeta Florencia.

Baltasar hace caso omiso del insulto y la ignora. Pero bajo su indiferencia yace un dolor antiguo. Seguramente no es la primera vez que alguien lo llama así. No lo estoy conjeturando. Lo estoy percibiendo. Deja un eco en mi interior que me cuesta trabajo acallar. La costumbre te crea la ilusión de tener una armadura, pero está hecha de paja y en cualquier momento puede convertirse en cenizas. Me pregunto qué chico sería Baltasar sin la ilusión de ser inmune a los sufrimientos: ¿alguien que pueda nacer de esas cenizas, o que pueda ser sofocado por ellas?

—Yo creo que lo más justo es que fuese Romeo o bien Julieta. El mérito de que hayamos salido de allí es suyo… —prosigue él.

—A mí no me manda ningún Montesco —protesta Florencia.

—Lo mismo digo de una Capuleto —rebate Benvolio.

Baltasar esperaba estos comentarios para ahondar.

—Motivo por el que diría que Mercucio es el más indicado. En la gruta enseguida ha resuelto lo que debía hacerse. El plan no era perfecto, pero ha tenido una intuición. Además, goza del respeto de los Montesco y ha logrado entablar una buena relación con Folco. Lo que no es moco de pavo. Todos conocen su terrible genio. —Folco resopla, pero le sigue el juego—. Con Alena se han hecho inseparables, y hace hablar hasta al príncipe Amleto, que quizá es hasta más callado que yo —continúa Baltasar—. Por último, es mi primo. De él hay un montón de cosas que no me gustan. La primera es que es desvergonzadamente guapo. —Todos nos reímos socarronamente, incluso los Capuleto—. La segunda es que a veces

está un poco como una cabra. La tercera cosa que se me antoja insoportable es que con la espada es condenadamente hábil, y que ama la poesía y el sexo de manera intercambiable. Debería haber una diferencia, ¿no? —Mercucio hace una pequeña reverencia, y en la sala las risas continúan—. Pero es leal. Jamás traicionaría a ninguno de nosotros. Y no puedo afirmar lo mismo por nadie más de esta sala.

Por un momento se hace el silencio, que Folco rompe alzando el cáliz.

—¡Que así sea! Por nuestro Capitán. —Terencio y Benvolio lo siguen y brindan, pero mi primo me mira a los ojos. Yo asiento y brindo en su dirección. Al cabo de poco, casi todos tenemos el cáliz alzado.

—Por la espada más peligrosa de la Congregación —digo.

—Esperemos no tener que arrepentirnos. —La Valfiero habla con la boca pequeña, pero todos la hemos oído, y ella también alza la copa. Florencia no está brindando. Cuando toma su copa, la arroja contra el suelo. Su desaprobación es más clara que el agua.

Mercucio mira a Teobaldo.

—A mí me da igual —responde el Capuleto encogiéndose de hombros—. Pero disculpa si no brindo por quien se arrastra con los Montesco. —Mientras lo dice se toca la pierna. No ha olvidado la espada que la atravesó.

Florencia se alza bruscamente y choca con Selina. El estruendo de la bandeja que se cae al suelo nos sobresalta. Los vasos y los platos que se hacen añicos contribuyen a aumentar el estrépito.

Florencia se abalanza sobre la Rápida y la coge por el bozal, zarandeándola.

—Eres una inepta. Ni siquiera sirves para sostener una bandeja. —La mujer tiembla de miedo tanto como la Capuleto de rabia—. Recoge tu mierda —le ladra, empujándola al suelo. Selina se pone a recoger los vidrios apresuradamente. La Capuleto le está encima, ni más ni menos que como un buitre, del que toma su sobrenombre, aunque grazna como una oca.

—Capuleto, déjalo ya. No la tomes con ella si el rencor te corroe —dice Mercucio enrollándose un rizo rubio. De su boca, incluso una orden suena aterciopelada.

—Me ha ensuciado el uniforme —se lamenta, mostrando el vino sobre el cuero.

—En la próxima prueba regresarás mugrienta de nuevo, no hagas un drama —la rebate Mercucio.

Florencia se pone lívida; no le gusta que la desmerezcan, como está sucediendo ahora, en especial frente a una Rápida.

—Recoge tu mierda —le dice, propinándole una patada.

La mujer empieza a hacer gestos con las manos, a toda velocidad. Florencia se irrita todavía más.

—Estate quieta con las manos, ¿qué haces? —le grita a la cara—. Te he dicho que pares.

Pero cuanto más grita ella, más aumenta el ritmo Selina.

—¡Te he dicho que te estés quieta! —sigue chillando.

La coge por el bozal y la levanta. Es demasiado cobarde para desahogar su rabia contra uno de nosotros. Los demás Rápidos nos miran sin decir ni pío, pero el odio en sus miradas vale más que mil palabras. No puedo mantener la promesa que le hice a Mercucio. Habrá una refriega, pero no puedo seguir con la boca cerrada.

—Ahora basta.

Florencia me mira con desdén.

—Montesco, tengo para ti también, si no paras —dice mientras sostiene a la Rápida por el bozal.

Selina llora, Florencia le está haciendo daño. Hago ademán de aferrarla y Teobaldo arremete contra mí.

—A mi hermana ni la roces. —Intenta golpearme, pero yo me agacho y cargo con todas mis fuerzas, lo agarro de la cintura y lo lanzo. Se cae sobre los vidrios. Lo golpeo en toda la cara.

—Déjalo. —Julieta grita y me salta encima. Me agarra del cuello y tira. Me estoy asfixiando. Veo que Benvolio corre en mi auxilio, y nos abalanzamos unos contra otros.

No es una lucha refinada ni elegante. Nos comportamos como niños callejeros, tirándonos por encima incluso comida y vino. Puñetazos mal dados, patadas al azar. Hasta que vienen a separarnos. Volvemos a estar sucios y heridos; es verdad que los añicos del suelo no han ayudado. Folco mantiene a raya a sus hermanos, mientras Alena trata de calmar a Julieta. Mercucio y Terencio nos frenan a nosotros. Cuando ven que dejamos de agitarnos, nos sueltan. Florencia se quita comida del pelo.

—Os lo tomáis muy a pecho por una que vale lo mismo que la manzana que te estabas comiendo. Ellos son sirvientes y alimento.

—Mi abuelo me dijo una vez que los Capuleto son como manzanas podridas; aunque les cortes un trozo, el gusano sigue allí. —En realidad dijo justo lo contrario, pero ahora no me sirve el juicio de mi abuelo, sino su rabia.

—Tomarla con los más débiles es de gallinas —dice Benvolio.

—Puede que tengas razón, los Montesco son de lo más débiles. —Julieta tiene el pelo empapado de vino y le sale un poco de sangre

por la nariz. No sé si por mi culpa o la de mi primo. En cambio, yo no abro un ojo, y no me cabe duda de que el puñetazo me lo ha propinado Julieta—. No le vuelvas a poner una mano encima a Teobaldo; de lo contrario, también te dejaré el otro ojo negro. —Jadea por el cansancio y la ira, con la mirada furiosa y los puños cerrados. Y yo… yo pienso que es preciosa. Maldita sea. Me lo asestaría yo solito, un puñetazo en la cara. Quisiera saber qué me está ocurriendo.

Me siento a la mesa, nervioso y furioso, más conmigo mismo que con los demás, y bebo un poco de vino de una de las copas que han quedado intactas. Miro a mi alrededor. Menudo follón hemos armado. Hay comida por todas partes y vidrios rotos; un asco, y yo necesitaría de nuevo a una Trasladora. Pero Benvolio se ríe de nuevo y sigue hablando con Terencio. Ha valido la pena recibir algunos puñetazos.

Selina se acerca a Florencia, moviendo las manos como hacía antes. Florencia se pone en pie de un salto y creo que dentro de nada volveremos a pelearnos. Toda ocasión es buena.

—Te está pidiendo disculpas —dice Amleto, aburrido de todo esto —. No tienen lengua, se comunican con gestos. Y te está pidiendo disculpas. Lo está haciendo desde el principio, pero estabas demasiado concentrada en transformarte en bruja para intentar entenderlo. —Se gira hacia ella y mueve las manos. No sé qué le ha dicho, pero Selina asiente.

—Entonces es cierto. Tienen una lengua propia. ¿Cómo la conoces? —pregunta Terencio, de pronto atento a la conversación.

—En el Norte, cuando vamos a cazar, usamos los signos en lugar de la voz para comunicarnos. Es nuestra segunda lengua; para cazar

se requiere silencio. Los signos son los mismos.

Amleto gesticula, Selina responde veloz y luego hace una reverencia y se esconde.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Florencia con su arrogancia habitual.

Amleto no responde, recoge una uva del suelo y se la come andando hacia un diván. Me da un poco de repugnancia, pero Amleto es así, al parecer.

Florencia resopla como un toro; cuando quiere, puede ser una bruja, pero no tiene un pelo de tonta. Fastidiar a Amleto no le conviene.

—Más vale que se mantengan a distancia, con o sin signos —farfulla. Se tumba en un diván y nos da la espalda.

Julieta se vuelve a sumergir en la pila, para quitarse la suciedad de la lucha; yo, en cambio, creo que la voy a soportar: no vuelvo a meterme ahí dentro con ella.

Transcurren algunas cadencias. Afuera el sol se está poniendo y sus reflejos coloran la estancia de naranja. He vuelto a bañarme y me he quitado la suciedad de la riña. Solo me ha quedado un gran moratón bajo el ojo. Lo toco y me duele. Menudos puños tiene Julieta. No me he vuelto a tumbar, pues no quería correr el riesgo de quedarme dormido. En esta sala, al menos la mitad me denunciaría sin el menor remordimiento.

Así que soy el primero en ponerme en pie de un salto cuando llega…

… el hambre.

Los demás también han dejado de charlar.

Benvolio está ahí, con el mapa de la Academia entre las manos, mirando a su alrededor.

Nos observamos uno a otros con terror. Mis compañeros han notado la misma hambre y en sus ojos veo idéntica preocupación. La última vez que nos apeteció ese particular tipo de «comida», muchos de nosotros perdimos la cordura y los demás, incluyéndome a mí, sufrimos las penas del infierno.

Pero el Decano dijo la verdad: el deseo no es como la otra vez, es más un apetito, soportable, pero está.

Los Rápidos que nos han servido han regresado a la sala, en silencio. Cada uno se coloca frente a un Iniciado. Selina está de pie frente a Terencio y él traslada el peso de un pie al otro más de una vez. Raras veces lo he visto nervioso. El Rápido que debería quitarme el hambre debe de tener mi edad. Después de que me haya saciado, ¿cuántos solasterios mostrará su rostro? Estoy a punto de juntar mis labios con los suyos cuando una mujer joven le toca el hombro. Él está un poco sorprendido y empieza a comunicarse con ella en su extraña lengua. Parece contrariado, pero la joven recién llegada está muy resuelta a obtener algo de él. Al fin se rinde y le cede el puesto delante de mí. Su rostro me resulta familiar, pero no logro desentrañar dónde lo he visto, a pesar de que ella parece conocerme, por cómo me mira. Me quería a mí. Desconozco el motivo. Y no me importa.

Mi garganta se abre, deseosa.

Ella se quita el bozal.

Me aprieta la muñeca con la mano y luego me besa en la boca.

Y yo como.

No noto nada. Ningún dolor. Ningún recuerdo. Ninguna emoción.

Las imágenes que me llegan son las de unos cincuenta divanes que los Rápidos llaman camas dispuestos uno al lado del otro. En ellos, nuestros servidores descansan.

No quieren dejarnos recuerdos ni emociones, solo quitarnos el hambre.

Funciona. Mi hambre se aplaca.

La visión continúa. En la gran sala donde todos parecen dormir, entra una Alta Maestra. Tiene la piel del color del ébano oscuro y el pelo blanco rizado muy corto. Es casi tan alta como Terencio y, como a él, sus músculos revolotean cuando aplaude.

—Despertad —vocea. Todos abren los ojos.

Luego parece que me mira.

—Ahora deja de comer —grita.

Instintivamente, echo la cabeza hacia atrás, pero la Rápida presiona fuerte sus labios en mi boca. No me suelta. Y los recuerdos empiezan a fluir de nuevo, solo que ya no está tumbada en una cama. La veo caminando por la Academia. Está a oscuras. Noto su preocupación, que se convierte en la mía. A menudo mira atrás. En las esquinas se detiene y se asegura de que no haya nadie al doblarlas. Sigue alerta mientras pasa de claustro en claustro, tensa pero concentrada. Son ambientes que nunca he visto. Llega a uno lleno de mariposas; hay tantas que apenas se vislumbra el jardín. Apoya la mano en una pared y la acaricia despacio, alerta a que alguien la vea. En la pared hay un pequeño hueco, apoya ahí un anillo del color de la plata y empuja la piedra. Creo que está impregnado de Pertenencia porque las paredes se mueven abriendo un pequeño pasaje, en el que se escurre. Ahora está dentro de un

largo pasillo estrecho y bajo y se mueve con rapidez. Es una senda que conoce bien. Cambia de dirección a menudo, doblando a derecha y a izquierda. A lo largo del camino hay pequeñísimas aspilleras horizontales. Se detiene para mirar por una. Yo con ella. Todas las aspilleras dan a los claustros de la Academia. Increíble. Esta crujía es un pasaje secreto que permite andar por el castillo sin ser visto. Lo atraviesa casi por entero. Me pregunto a quién sirve. Tal vez a los Rápidos, pero parece demasiado preocupada para que sea a ellos. Oye un ruido. Se detiene. Nos pegamos juntos contra la pared, aunque no sé quién vendría aquí. Al tercer viraje, el pasillo acaba en un callejón sin salida. La Rápida vuelve a usar el anillo para apartar la pared lo justo para permitirnos el paso. Estamos fuera de la Academia. Frente a nosotros hay un gran prado que se extiende hacia el valle. En el centro hay otros muros de piedra, con puertas de madera a unos veinte pasos unas de otras. Un bosque espeso cubre la parte más al Norte. Y es allí a donde nos estamos dirigiendo. Ella camina rápido, siempre mirando atrás. Es noche cerrada y la mayor parte de la luna sigue descansando, dejando brillar solo su hoz más sutil; y sin embargo, ella se mueve con la seguridad de quien conoce bien el camino aun a oscuras. En el bosque toca algunos árboles. Con un símbolo arriba. Cuento diez, con diez símbolos. Y luego se detiene bajo un gran roble. Mete las manos en la tierra y donde antes no había nada ahora ha aparecido una trampilla. Está impregnada de Pertenencia Aeteriana: oculta a la vista de quien ignora que está ahí. Ella la abre con el pequeño anillo y descendemos a través de una escalera excavada en la tierra. Y descendemos. Y descendemos. Hasta que llegamos a una galería. Descendemos siempre más abajo. Está oscuro. La oscuridad la

protege, no la asusta. Andamos. Yo dentro de su recuerdo y ella por la galería. A cada viraje parece que se gira hacia mí. Se asegura de que yo memorice el camino. Llegamos a una sala. Y allí, en el centro, está Rosalina.

—Ven a verme. Te espero aquí esta noche. Date prisa.

Un aguijón se me clava en la carne. No es un recuerdo, sucede ahora. Me aparto de golpe de sus labios. Ella suelta mi brazo. El aguijonazo provenía de su anillo. Un método eficaz para interrumpir la conexión. Sus ojos no se apartan de los míos. Es fácil intuir su petición. Asiento. Mantendré la boca cerrada. Ella se vuelve a poner el bozal y se va, pero antes de abandonarme deposita en mi mano un pequeño anillo de latón. Cierro el puño para que los demás no lo vean. Detrás de mí percibo el chismorreo de todos. Están sorprendidos de lo que ha ocurrido, pero al mismo tiempo aliviados de que esta vez el «banquete» no haya sido doloroso. Yo estoy plantado como una estaca en la tierra.

—Amigo, creía que la estabas devorando. —Terencio me pone la mano en el hombro—. ¡Una sensación increíble! No quisiera decirlo, pero es casi mejor que el sexo. —Se me acerca y me susurra al oído —: Bueno, ha sido fantástico… Debo decir que me ha abierto otro tipo de apetito.

Me giro hacia él, que malinterpreta mi mirada: cree que estoy trastornado por lo que me está diciendo.

Alza las manos.

—Pero no quiero morir, así que no quiero ver ninguna preocupación en tus ojos. Desahogaré mis bajos instintos en otra

parte. —Veo cómo se aleja dando saltitos en dirección a la Valfiero.

Pero en este momento no me importa nada ni nadie. Solo un pensamiento se repite una y otra vez como una oración en mi cabeza: sé dónde se encuentra Rosalina.

Aguardo a la noche.

Cuando estoy solo en mi habitación, abro la ventana.

Maldita sea. Estamos demasiado arriba y la pared es lisa como si alguien la puliera todos los días. Corro el riesgo de caerme. Si ya fuera un Extrema Sangre probablemente me las apañaría con alguna que otra magulladura, pero mi cuerpo todavía no ha cambiado, y un salto así es de locos. Sin embargo, estos últimos días, la locura ha sido mi mejor amiga.

Entro en la habitación de Terencio sin llamar a la puerta. Y me arrepiento. Mi gigante amigo está fuera en el balcón mostrando las estrellas a la Valfiero.

Ya sabía del interés de mi amigo por Laurela, pero verlos juntos, abrazados mientras Terencio finge ser astrónomo…, bueno, me arranca una carcajada que reprimo a duras penas.

Ellos advierten mi presencia solo cuando empiezo a bajar por la glicina que ha crecido en la pared. Sus ramas son gruesas y robustas y sirven perfectamente para mi objetivo. Los saludo con un gesto de la cabeza e inicio el descenso. Cada paso me acerca a Rosalina. Más de una vez me escondo para evitar que me pillen. Nos han dicho que no salgamos. Nadie vigila, pero no está dicho que no nos estén observando: aquí en la Academia las excusas para matarte son como las cerezas… una lleva a otra. Al fin llego al claustro de las

mariposas. Hay tantas y son tan bonitas que por un batimiento me olvido de dónde estoy, de por qué estoy aquí. Y ese batimiento lo pago caro.

—¡Romeo! —La voz de la Alta Maestra de los Trasladores me hace volverme. No lleva la máscara y veo su rostro espeluznantemente desfigurado. Debo recurrir a todo mi autocontrol para no estremecerme. La mitad de su rostro está repleta de cicatrices. La otra mitad todavía es hermosa. Perfecta. A pesar de mi torpe intento de disfrazar mi incomodidad, ella se percata. Sonríe. Solo se le mueve una parte de la boca, la otra ya no tiene labios. Solo se le ven las encías.

—La Pertenencia escoge dónde golpear. Jamás toca una mitad de mi rostro. Tal vez para recordarme cómo era. No sé si es un regalo o una maldición. —Me mira con severidad—. ¿Sabes qué te ocurrirá si te encuentran aquí? Vuelve de inmediato a tus aposentos. —Alarga una mano—. Dame el anillo. No te pediré que me digas quién te lo ha dado ni a dónde te diriges, aunque teniendo en cuenta que estabas a punto de adentrarte en los pasillos reservados a la Lectora y a sus Vestales, no me cuesta mucho imaginármelo.

Le tiendo el anillo, soy un niño caprichoso que ha robado algo prohibido. Ella se acerca.

—Rosalina es una Vestal. Olvídala. Sufrirás menos.

—Por favor —digo mirando el anillo. Pero ella se lo guarda en el bolsillo.

—Te he salvado la vida dos veces esta noche. —Se gira y avanza entre las mariposas hasta que desaparece de mi vista.

Me maldigo por haber perdido el tiempo, por haber sido sorprendido. Pero no me doy por vencido. Mañana lo volveré a

intentar. Solo tengo que encontrar un anillo impregnado de los Graves. Fácil, ¿no?

Un ruido de pasos. Me escondo detrás de una columna justo a tiempo, por los pelos, con el corazón a mil esperando que no sean Ensiferios. No lo son. Es Julieta. Merodea, cautelosa. A pesar de que está prohibido, somos muchos los que arriesgamos la vida. Me pregunto qué es lo que la empuja a ella a hacerlo. Por un batimiento estoy tentado de seguirla. Querría saber a dónde se dirige la Capuleto, pero el sentido común prevalece y regreso a mis aposentos, con la sensación de que no volveré a ver a Rosalina tan fácilmente.

26

Julieta

En el claustro, todos descansan en sus habitaciones o bien se relajan en las pilas.

Todos salvo yo.

Después de lo que me ha dicho mi tía, el latido de mi corazón no se ha apaciguado, ni cuando nos hemos nutrido, ni durante la refriega, ni cuando me he peleado a puñetazos, ni cuando estaba en el agua, con los ojos cerrados, y notaba la mirada de Romeo sobre mí.

Incluso ahora que estoy en mi habitación y debería solo descansar antes del inicio de los entrenamientos, no lo consigo, y no porque esta habitación sea minúscula y debería habérsela dejado a Terencio y quedarme con la que cuenta con balcón.

No.

Porque no entiendo lo que he visto.

Camino de un lado a otro y vuelvo al espejo plateado que hay encima del tocador. Entorno los ojos mientras me inclino y la veo de nuevo: es a lo que aludía mi tía en la Arena.

Parece una cicatriz, solo que de un tono más claro que mi piel, y sin embargo sé que no lo es. Ninguna cicatriz puede ser tan regular.

Líneas rectas que se cruzan, formas geométricas que se superponen y rozan mi círculo de Arquitiempo.

Todos hemos oído hablar de las Marcas indecisas, pero no recuerdo que nadie jamás haya desarrollado más de una Pertenencia, y llego a preguntarme si algo salió mal en mi Primer Paso, si yo también corro el riesgo de transformarme en Selfiera como hubiera podido sucederle a Folco. Vuelvo a evocar los sucesos de la noche anterior a la Congregación y a lo que sentí en la Arena mientras descuartizaban el cuerpo de Sansón.

No sé qué me está ocurriendo, pero esta noche obtendré mis respuestas.

Dejo transcurrir algunos esimios tratando de calmarme, porque no me puedo permitir errores. Doy vueltas a la esfera entre los dedos, hago deslizar las secciones que dividen su superficie y oigo el clic cuando parece que han encontrado la posición adecuada, pero luego enseguida vuelven a deslizarse. Es un juego de niños, una manera de ganar tiempo sin pensar en nada más, pero funciona. Cuando me siento preparada, vuelvo a guardarme la esfera en un bolsillo del uniforme y abandono mi habitación andando de puntillas. Espero no toparme con nadie, pero vislumbro a Baltasar sentado en una esquina, y me pregunto si se ha quedado ahí desde que estalló la riña.

Debería detenerme para consolarlo y hacerle entender que es normal tener miedo y sentirse débil, pero no puedo. Ahora no. Hago una respiración profunda cuando desciendo los peldaños que me llevarán fuera de nuestros aposentos. Él por un batimiento alza la mirada hacia mi dirección. Esbozo una sonrisa, pero es como si ni siquiera me viera. Me pica un poco el cuello mientras de golpe noto

que un nuevo cansancio me cae encima. Aguanto la respiración por el estupor: es como cuando quería esconderme de Laurela y Florencia. Es la Pertenencia, más fuerte aquí en la Academia. Y yo todavía no he recibido el entrenamiento. ¿Qué ocurriría si no lograra detenerme? ¿Me consumiría hasta convertirme en polvo, como un Rápido de quien alguien se ha nutrido demasiado?

Dejo atrás nuestro claustro mientras la campana de la que ha hablado Netria repica y anuncia el toque de queda y, por un batimiento, me parece percibir una vibración, ligera y oculta pero presente, y no sé de dónde proviene. Me giro, esperando ver quién sabe qué, pero lo único que hay es el portal de nuestros aposentos. Sellado ahora. Debo apresurarme: si me encuentran merodeando, me imagino que el castigo no será leve.

Me adentro en el dédalo de claustros y pasillos en busca de las escaleras que conducen a la cuarta planta, donde se encuentran los aposentos de los Altos Maestros. Con las plantas trepadoras y los parterres, me resulta fácil fingir que estoy en mi jardín. Me imagino que sigo sus setos laberínticos y me da la impresión de que, haciéndolo así, mis pasos son más sigilosos, como si la antigua piedra sobre la que ando quisiera ayudarme a esconderme. Cuando alcanzo el portal que conduce a las plantas superiores, en concreto al cuarto piso, donde mi tía ha dicho que se encuentran los aposentos de los Atadores, está cerrado a cal y canto. Me percato apenas bajo la mirada y veo una barra de piedra a la altura del suelo. Es tan gruesa como mi pierna e impide que el portón se abra. Debe de haber otra igual al otro lado, entiendo cuando intento darle un empujoncito. Solo los Altos Maestros y sus servidores pueden acceder.

Y yo, pienso mientras saco el anillo que me pasó mi tía en la Arena. Busco un símbolo y lo encuentro en una columna situada al lado del portal, un pequeño triángulo grabado a la altura de la barra. Al pasar el anillo por delante, la piedra se retira en el suelo.

Al fin libre, el portal se abre al tocarlo. Aguzo el oído para comprobar si hay alguien acercándose y, cuando estoy segura de estar sola, cruzo el umbral. A pocos pasos, alcanzo las escaleras que llevan a las plantas superiores.

Los peldaños pulidos por miles de pies a lo largo de decenas de centurios reflejan las luces de las esferas aeterianas con la misma claridad que un estanque mientras los asciendo en silencio. A cada paso, el corazón me retumba en el pecho y me siento como una Rápida que entra en una catedral por primera vez. En este lugar, la presencia de Alyaster permea cualquier cosa, y es como si la pudiera notar en cada piedra y en cada planta que trepa por las paredes de los claustros que cruzo, uno tras otro, y en cada mariposa que se apoya en las gárgolas y sobre las canaletas como si fuera pleno día. Oigo pasos de Rápidos arrancados del sueño en nombre de sus mansiones, pero sé que están lejos, y cada vez que oigo que se acercan, espero y me escondo y los evito hasta que estoy segura de volver a estar sola.

Paso por debajo de un arco que marca la frontera entre un claustro poblado de arces de hojas rojas, replicados hasta el infinito en los frescos que adornan las paredes, y por otro pasillo. Ahí, me pego contra la pared al percatarme de que dos Rápidas vienen a toda prisa en mi dirección, cargando sacos de yute sobre los

hombros, pero no parecen pesados. Aguardo a la sombra de una alcoba cuando me pasan por delante, porque ellas también caminan hacia las escaleras que llevan a lo alto. Logro captar solo algunos de sus gestos; creo que hablan de comida, pero no estoy segura. Espero a que estén a bastante distancia y luego les voy detrás en silencio.

Cuando llego al cuarto piso, ya las he perdido de vista y sus pasos se desvanecen en la lejanía seguidos de un ruido de piedra sobre piedra que me provoca un escalofrío. Demasiado similar al chirrido continuo que oíamos en la gruta, inmersos en el agua y en la luz.

Me tranquilizo solo cuando llego frente a una puerta de roble, decorada con un bajo relieve que retrata rosas enrollándose alrededor de círculos de Aeterianos. A la madera todavía la recorren gotas de savia que se deslizan y, cerca de los goznes, logro distinguir dos tímidas hojas que brotan de una entalladura, junto a una minúscula bellota. Una puerta eternamente viva, un prodigio de los Arquitiempos. La puerta que conduce a las estancias de mi tía.

Miro a mi alrededor, no hay nadie. Tamborileo flojito con los dedos cerca de la aldaba, también de la misma madera que la puerta, y esta se abre.

Nada más entrar, Netria se alza del sillón forrado de seda azul en el que estaba sentada.

—¿Te ha seguido alguien? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—Bien.

Cierro la puerta a mi espalda y echo un vistazo alrededor. La habitación no es muy distinta de las nuestras. Tapices en las paredes, una gran mesa de piedra que parece surgir directamente

del pavimento y un diván, cerca de una chimenea donde no resplandecen llamas: en su interior, una pequeña pirámide de piedra incandescente difunde el propio calor sin la posibilidad de provocar incendios, impregnada del poder de los Ardefríos. En el diván hay una Rápida tumbada, con el bozal de cuero aflojado, que revela las profundas arrugas que le surcan el rostro. Sus ojos acuosos están perdidos en los pocos recuerdos que le quedan.

Netria debe de haberse percatado de que me he quedado mirándola, porque la señala con la cabeza.

—Esconder un secreto propio corriendo el riesgo de que sea revelado tiene un precio muy alto, también aquí —dice en tono distante.

Aprieto los labios.

—Has sido tú la que ha impedido que los demás vieran lo que me estaba ocurriendo en la Arena. Por eso nadie se ha dado cuenta de nada. Es culpa mía.

—Los Rápidos que viven aquí saben lo que les espera, y de todos modos su vida es más digna de la que podrían tener en el exterior de estas paredes —continúa Netria, buscando un tono más comprensivo.

Evoco a la mujer que vendió a los perros para que los mataran aquella noche. Su casucha de madera, y el barro y el frío. Pero también evoco esos gritos y carcajadas que oí merodeando por Verona. ¿De veras una vida sacrificada para la salvación del mundo puede ser mejor que una vida en libertad?

Netria se acerca; para ella, el asunto está zanjado. Me alza la melena para ver mejor la Marca, aunque no sería indispensable: no ha crecido mucho estos días. Creo que lo hace más que nada para

hacerme sentir el peso de mi gesto: haber ido contra las Tradiciones de los Capuleto.

La oigo refunfuñar mientras pasa los dedos por las cicatrices.

—¿Qué has hecho?

Me giro bruscamente hacia ella.

—¿Qué he hecho? —repito, recalcando las palabras—. Nada. Solo lo que tú y los demás nos habéis obligado a hacer: ¡sobrevivir! —La miro a los ojos y tengo el impulso de morderme el labio, pero me contengo—. Creía que me ibas a dar respuestas —digo a regañadientes.

Netria niega con la cabeza, despacio, culpable.

—Me dijiste que en la Academia lo entendería todo.

—No sé qué te está ocurriendo: tu Marca está cambiando, y muy deprisa. Esas líneas… Podrías ser una Ardefrío, o una Aeteriana, pero también una Arquitiempo —dice—. Jamás había visto nada similar.

—¿Y los Trasladores? ¿Y la Lectora? ¿El Decano? Alguien sabrá algo. —Mi corazón se acelera, se me entrecorta la respiración.

Netria lo advierte, porque me toma las manos.

—No sé qué está ocurriendo —repite—, pero sé que le juré a tu madre que te protegería.

—¿Mi madre? —Abro los ojos como platos. ¿La misma madre que me dio la espalda en el Primer Paso? ¿La que se negó a verter su sangre y no me ha vuelto a dirigir la palabra?

—Tu madre te quiere, aunque no lo sepas —susurra mi tía—. No quiere que te pase nada malo —añade, con el tono más resoluto—. Por eso tienes que estar alerta y mantenerte alejada de los Montesco. Quédate con tu primo, con la sangre de tu sangre.

—Ellos no son como crees. Sin ellos, la sangre de tu sangre sería un cadáver flotando en una gruta. Sin ellos, yo sería poco más que un esqueleto acurrucado en el lodo —espeto—. Sin los Montesco, yo no estaría aquí contigo, así que no me digas que me mantenga lejos de ellos. No me digas que me mantenga lejos de Romeo.

Netria da un paso atrás y me observa de pies a cabeza como si estuviera frente a una desconocida. Y no estoy segura de que no sea así.

—Tienes dieciséis años, Julieta. No puedes pretender entender una guerra familiar que empezó hace centurios.

—¿Y en cambio tú sí?

Netria guarda silencio por un batimiento.

—No —dice—, pero no lo cuestiono: todo forma parte del diseño de Alyaster, como todas las cosas que suceden en Edén.

—¿Incluso lo que me está sucediendo a mí?

—La diosa camina entre nosotros, encarnada en la Lectora. Si Alyaster te quisiera junto a ella, en lugar de viva, no te habría hecho nacer. —Netria desvía la mirada y la fija en la piedra de la chimenea —. No es de la diosa de quien debes preocuparte, Julieta, sino de los Edenitas. Harían cualquier cosa para ganar esta guerra: si descubrieran que eres diferente… No lo puedes permitir. ¿Estás usando la esfera? ¿Funciona?

—A veces. Me tranquiliza, pero no consigo averiguar para qué sirve en realidad… ¿Qué es?

—Tu madre quería que la tuvieras.

—¿Así que lo sabía? ¿Por qué no me la dio ella? —Alzo el tono, involuntariamente. Se me quiebra la voz.

Netria lanza una mirada a la puerta. Su Marca brilla débilmente mientras comprendo que está atenuando los sonidos de modo que nadie pueda oírnos.

—Tenía que ser un secreto para todos —dice—. Es importante que la uses, que la comprendas… Dijo que solo tú puedes hacerlo.

Bajo la mirada.

—He venido aquí porque creía que me ibas a dar respuestas, tía, y en cambio no me estás diciendo nada.

—Porque todo lo que sé ya te lo he dicho, Julieta. Todo cuanto puedo hacer, ahora, es protegerte.

Con un movimiento rápido de los ojos hacia abajo, desvía la mirada. Pero antes de que pueda preguntarle si lo que me ha dicho es cierto, vuelve a tomarme las manos. Quisiera escabullirme, todo me parece una tomadura de pelo, quisiera gritar que no necesito protección, que no puede ofrecerme nada, que por lo que a mí concierne la esfera puede romperse en mil pedazos y la bestia en mi interior puede rugir y arrasarlo todo. Porque la rabia y la furia que la animan me dan miedo, sin duda, pero son emociones directas, sinceras. No se esconden detrás de mentiras y medias verdades.

Pero sé que no es exactamente así: mi tía tiene razón. No tengo ninguna intención de acabar descuartizada como Sansón, despedazada para entender qué hay de diferente en mí, así que la dejo hacer.

Su Marca de Aeteriana brilla con tal intensidad que parece que dentro de la habitación estemos a pleno día. Una luz fría e invernal que hace que todas las cosas parezcan de hielo. Coloca la palma de su mano en mi cuello y cierra los ojos. De sus labios sale un lamento susurrado, y veo cómo envejece frente a mí. Se le hunden los ojos,

dos arrugas se le esculpen desde la nariz hasta los lados de la boca y se le esclarece el pelo mientras pequeñas marcas de un marrón claro le aparecen en la frente.

Veo cómo sacrifica decenios por mí y me avergüenzo de casi haber preferido a la bestia.

—Tía… —digo. Me llevo los dedos a la Marca: las cicatrices se han desvanecido.

—Eso es —responde, con la voz ronca—. Ahora ningún Aeteriano menos poderoso que yo podrá ver la verdad.

Netria se aparta de mí y cojea hasta la chimenea. Sus manos buscan el calor de la piedra. Luego se vuelve hacia la Rápida tumbada en el diván. La aferra por el cuello y la levanta. Abro la boca para decir algo; hay una violencia en su gesto que solo he visto durante el banquete. Con la otra mano, le arranca el bozal y la besa.

La besa y se nutre, y el cabello de la Rápida se vuelve ralo y blanco y se cae. Su piel se tensa sobre los huesos, cada vez más rígida, como pergamino, y mientras mi tía recobra fuerzas y la vejez la abandona, ella se convierte en polvo delante de mis ojos.

Es ella, no mi tía, la que se ha sacrificado por mí.

—Era su destino… Y de este modo nadie sabrá jamás que has estado aquí —dice Netria cuando intercepta mi mirada—. Recuerda: mi Pertenencia cela la verdad, pero no la hace menos real. No pierdas el control, Julieta.

27

Julieta

Abandono los aposentos de mi tía con un nudo en el estómago y las manos sudadas. ¿Cómo puede sencillamente sugerirme que no pierda el control? Ella es una Alta Maestra Aeteriana: se ha entrenado toda la vida para ser exactamente lo que es. ¿Pero yo? ¿Qué soy yo?

La única persona que parece saber algo de eso debería ser mi madre, pero esa me parece la mayor mentira, tanto da lo que diga mi tía.

La mera idea de regresar al claustro de mi Tropa con el peso que llevo en mi interior se me antoja insoportable: creía tener una aliada en Netria, y en cambio no he encontrado más que una persona asustada. Ha hecho todo lo que está en sus manos para ayudarme, es verdad… O al menos es lo que ha dicho. Porque desde que nos admitieron en la Congregación he comprendido que, aquí, nada es lo que parece. Ni los sitios ni las personas.

Casi para dar curso a mis pensamientos, un ruido me deja paralizada. De nuevo el sonido de la piedra que se desliza sobre piedra, lentamente. Podría dar media vuelta y regresar al claustro, pues el camino por las escaleras no es muy largo. Pero la fuente del ruido está a pocos pasos, donde el pasillo en el que me encuentro se

cruza con otro, y algo se mueve despacio dentro de mí, un sentimiento de curiosidad y de fastidio. Porque aquí todo nos llega silenciado, todo es un secreto. Incluso quien nos promete respuestas y verdad no hace más que mentir o guardar silencio: desde el que nos gobierna y nos debería instruir, todos esperan que respetemos las reglas y nos inmolemos en el nombre de una guerra contra un Enemigo que ni siquiera tiene nombre.

Pero todo cuanto quiero, ahora, es la verdad.

Como si quisiera confirmarme que tengo razón y que no estoy haciendo nada malo, o que simplemente a estas alturas es demasiado tarde para echarme atrás, mi Marca empieza a latir, como una extremidad dormida que poco a poco va recobrando la sensibilidad. Sin embargo, no brilla, y supongo que eso es mérito de Netria. Pero me transmite una vibración bajo la piel, como si fuera detrás del ruido tras la esquina.

Me asomo poco a poco y las veo: son las dos Rápidas que seguí involuntariamente mientras me dirigía a la cuarta planta. Quietas al fondo de su pasillo, frente a una pared que sería como cualquier otra si no fuera demasiado normal, diferente de todas las que hemos visto. No hay frisos ni bajo relieves, ni la decora ninguna flor. Parece una pared de roca, porosa e irregular, como aquellas naturales de la gruta. Como si esta pared fuese una extensión de la piedra de la que está hecha la colina, y el edificio de la Academia se hubiera construido a su alrededor.

Una de las Rápidas alza la mano. La luz de la esfera ilumina un anillo delgado que lleva en el índice. Sigue con el dedo un círculo en la piedra, de izquierda a derecha, de arriba abajo, y apenas lo ha completado, la vibración de la piedra se interrumpe. Como un último

coletazo, su eco en mi Marca también cesa. Las dos Rápidas gesticulan entre ellas.

Me retiro apenas las Rápidas se giran en mi dirección y se ponen a andar.

Lo que sea que le esté sucediendo a mi Pertenencia me ayuda, porque mientras el latido de mi corazón se acelera, noto que las sombras se hacen más densas en torno a mí. Pego mi cuerpo a un entrante de la pared, y parece que la débil luz de la esfera aeteriana suspendida del techo se desliza a mi alrededor sin tocarme, sin iluminarme. Como si no existiese.

Cuando las Rápidas superan el cruce, me fijo en que ya no llevan los sacos que transportaban antes. No respiro hasta que sus pasos no suenan lejanos y, en cuanto estoy segura de haberme quedado sola, abandono las sombras y alcanzo la pared de roca.

Me parece oír algo más allá de la piedra. Un correteo, tal vez, o un susurro. No son ruidos naturales, sin duda: al otro lado hay alguien. ¿Rápidos? Improbable. ¿Altos Maestros, quizá? No, ellos tienen aposentos como el de Netria, seguro. Y dudo que las Rápidas le hayan llevado sacos al Decano en mitad de la noche. Podrían ser Ensiferios, pero no los hemos vuelto a ver desde que ingresamos oficialmente en la Academia. No, están muy ocupados vigilándonos.

Acaricio la piedra y, donde la Rápida ha pasado el dedo, me parece que voy más despacio, como si mi mano pesara más. Pertenencia de los Graves, la misma que gobierna nuestras armaduras, es por eso por lo que llevaba un anillo como el que llevo yo también. No hay ningún triángulo escondido esta vez, sino un símbolo que trazar.

Intento escuchar a la roca y repito el gesto que ha hecho la Rápida, pero en sentido contrario. Hay puntos en los que noto que el anillo se hace más pesado alrededor de mi dedo, minúsculos entrantes en los que la piedra está más receptiva, y al fin estos puntos forman un círculo.

Cuando completo la figura, la roca vibra de nuevo. Poco a poco, como un murmullo susurrante, la pared empieza a deslizarse hacia abajo y, cuando ha terminado, cruzo el nuevo umbral al que ha dejado sitio.

Y no entiendo dónde me encuentro.

Me esperaba un claustro, o un aula, incluso un calabozo, tal vez, pero no es nada de eso.

Se trata de una sala circular, que se extiende en altura más de lo esperable, abriéndose al cielo nocturno. Solo que me basta un batimiento para comprender que no es el cielo de verdad, y no solo porque este no está abarrotado de las nubes que noche tras noche nos azotan con lluvia, sino porque las mismas estrellas son distintas. No reconozco las constelaciones aquí, porque no hay: cada cuerpo celeste está colocado en orden en el techo negro, para dar una apariencia de astro. Pero se trata de esferas, nada más.

El aire me provoca un escalofrío, es pesado y frío como el de la gruta, y un fino estrato de humedad recubre las paredes de roca, lisas tras centurios de acción del agua. Es como si este lugar hubiera sido arrancado de las vísceras de la tierra y elevado, colocado en la cima de la colina. El pavimento está recubierto de musgo y de líquenes que emanan una ligera luminiscencia azulada, absorben el peso de mis pasos y atenúan el ruido. Una alfombra natural, salpicada por rocas circulares que me hacen pensar en sillones y

estalagmitas rotas cual columnas más antiguas que la misma historia, surcada por caminitos donde los pies la han pisado. Sendas que conducen al centro de la sala, donde una estatua de mármol inmaculado sobresale casi el doble de mi altura. Minúsculas gotas de agua se juntan en las puntas de sus dedos adornados de anillos y resbalan a lo largo de los pliegues del velo que le cubre el rostro. La cabeza alta y los brazos bajados, con las palmas hacia fuera en señal de acogida, me hacen pensar en una pirámide que se eleva hacia el falso cielo que recubre el techo. Daría una idea de ligereza, si no fuera por el Libro al que está encadenada, y entonces la acogida se transforma en pasión, en dolor, en sacrificio. Cuando el agua gotea abandonando la estatua, se recoge en los pies de su pedestal cuadrado, en un pequeño canal circular que refleja la luz de las falsas estrellas. Todo en esta sala parece tender hacia la estatua de la Lectora; también las alcobas que, infinitas, se abren en las paredes hasta el techo.

Es desde esas alcobas desde donde, por un batimiento, unos pequeños ojos me miran fijamente.

Doy un paso atrás y a la maravilla la suplanta el temor, pero la puerta de piedra a mis espaldas ya se ha vuelto a cerrar.

Un movimiento delante de mí, detrás de una estalagmita. De nuevo ese correteo sobre la roca. Mi mano va rauda a la empuñadura de mi espada; la bestia en mi interior se agita un poco percibiendo el peligro. Me pongo en guardia y tomo aire mientras vuelvo a llamar a la Pertenencia.

Selfieras. Eso es en lo que no he pensado. Las criaturas en las que se transforman los que no logran cumplir a tiempo el Primer Paso, o que no reciben el Vínculo con Alyaster. En lo que Folco corrió el

riesgo de convertirse. Seres corruptos que se abaten, ofensas al orden del mundo. Eso es lo que se esconde aquí. No Rápidos ni Edenitas, sino monstruos.

—Sal afuera —ordeno, a pesar de saber que mis posibilidades contra una Selfiera son nulas. Pero no tengo intención de irme sin luchar.

Y, de detrás de la estalagmita, la criatura muestra el rostro: un niño, con el pelo del color de la paja que le llega a las orejas y una hogaza en la boca.

Aflojo la sujeción de la espada y relajo el brazo.

El niño no debe de tener más de diez solasterios. Creo que tiene la misma edad que el hermano de Romeo, y estaba dispuesta a matarlo.

Sus ojos son enormes por el asombro, más que por el miedo.

—¿Tú hablas? —pregunta con una voz aguda que no deja entrever ningún temor. Me escudriña de pies a cabeza.

—¿No debería?

Él ladea la cabeza, curioso. Sin embargo, luego mira mi espada.

—¿He hecho algo malo?

Envaino el arma y procuro sonreírle, a pesar de que lo último que me esperaba encontrar aquí era un niño.

—No —digo—, no has hecho nada malo.

Me acerco un paso y por encima de mi cabeza oigo los cuchicheos que provienen de las alcobas. Alzo la vista. Hay otros niños que me miran desde las cavidades en la roca, se ocultan tras los pequeños parapetos, asoman solo la cabeza y la esconden cuando mi mirada se detiene sobre ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto.

—Nosotros vivimos aquí —me responde el niño con el trozo de pan—. ¿Qué haces *tú* aquí?

Abandona su roca y me señala con el dedo. Directo e impertinente, habría querido ser como él de pequeña. En la mano libre, en cambio, sostiene uno de los sacos de yute que trajinaban las Rápidas. Está vacío ahora. Lleva un vestido rojo bordado de oro, con decoraciones florales que recorren las mangas, y unas mallas negras que le dejan los pies libres.

—¿Yo? Vagaba y he oído un ruido.

Él se enfada por un batimiento.

—¿Hemos hecho demasiado ruido?

Niego con la cabeza.

—No, es que oigo muy bien.

Él asiente, debo de haberlo convencido. Aprovecho para acercarme un poco y sentarme en una pequeña roca recubierta de musgo, siempre bajo su mirada curiosa.

—Tienes la cara extraña —dice, masticando con la boca abierta—. ¿Eres un hombre?

—No —frunzo el ceño—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tienes el pelo igual que yo.

—Bueno, no exactamente: el tuyo es rubio y el mío, en cambio, es pelirrojo.

—Sí, pero el corte de pelo es igual. —Toma un mechón de su pelo de lo más liso y lo estira; no debe de ser más largo que un palmo—. ¿Lo ves? Solo los hombres y los frailes llevan el pelo así. Las mujeres llevan el pelo largo.

—No todas. —Me río.

—No, luego lo llevan rapado y con trenzas, pero solo cuando son mayores… ¿Pero por qué tú lo tienes tan corto? ¿Te han castigado?

Frunzo las cejas. ¿Castigo? ¿De verdad debería ser ese el primer pensamiento de un niño?

—¿Por qué deberían haberme castigado? —digo—. No, fui yo la que quise cortármelo. —Me parece que fue en otra vida, cuando le pedí a Liliana que contraviniera las Tradiciones de los Capuleto. Ahora ella está muerta y yo estoy aquí, hablando con un niño del que ninguno de nosotros sospechaba la existencia. Fue aquel día, durante mi Primer Paso, cuando todo cambió, cuando el agua la quemó y mi madre abandonó la ceremonia. Y esa noche entendí que era diferente, cuando la bestia se liberó por primera vez.

—Bueno, sea como sea, tienes el pelo de hombre.

—A lo mejor solo los Rápidos tienen esas reglas. —Me río de nuevo. Luego lo entiendo—. ¿Eres un Rápido?

Él niega con la cabeza.

—No, yo soy Pacífico, pero aquí todos me llaman Puck.

No consigo no sonreír de nuevo.

—Me refiero a si eres un ser humano.

Me mira como si acabara de darme un golpe en la cabeza y desvariara.

—Perdona, pero ¿qué es lo que debería ser, un elfo de los bosques?

—No, claro que no… Yo me llamo Julieta.

—Entonces eres de verdad una mujer.

Un niño Rápido…, más bien decenas de niños Rápidos en el interior de la Academia.

—¿Tus padres saben que estás aquí? —Es una pregunta estúpida, pero no sé de qué otra manera puedo preguntárselo.

Puck niega con la cabeza.

—Nunca los he visto —sentencia, y un momento después añade —: Creo, vaya, si los he visto no me acuerdo. Tal vez no los haya visto.

Miro a mi alrededor.

—¿Ninguno de vosotros los ha visto nunca?

—No te van a responder: les da demasiado miedo hacer ruido. Y a mi parecer los de más arriba ni siquiera te entienden.

—¿Por qué lo dices?

Me lanza una mirada que podría competir con las que Benvolio reserva a quien repite una obviedad.

—Porque no hablan, ¿no? Los pequeños están en lo alto, porque son los más valiosos: yo al principio también estaba en lo alto, pero ahora soy de los más viejos. Dentro de poco me haré mayor. —Alza la cabeza, orgulloso.

Noto que se me erizan los pelos de la nuca, y no es por la humedad de este lugar.

—Si hacemos demasiado ruido, vienen a castigarnos: debemos aprender el silencio, dicen. —Me dirige una de sus miradas impertinentes, propia de la gente que siempre quiere salirse con la suya—. Y si te encuentran aquí, te castigarán a ti también.

Me estremezco, pero procuro que no se me note. No quiero tener miedo delante de un niño, aunque de repente sus palabras suenan de lo más adultas.

—¿Y quién podría castigaros?

—Los hombres sin lengua.

—Los servidores… —me digo a mí misma—. No tienen la potestad de castigar. —Pero me basta un batimiento para comprender que las reglas que se nos aplican a nosotros, los Iniciados, no conciernen a estos niños—. ¿Qué hacéis aquí todo el tiempo?

—Crecemos y esperamos, y a veces jugamos en voz baja. Solo cuando estamos solos o cuando está la mujer sin lengua con la cara roja. Ella nos hace sombras con las manos de vez en cuando. Pero hace mucho que no viene, así que nos aburrimos.

Selina, me digo. Una de las Rápidas que se ocupan de nosotros. Procuro tomar nota: ella conoce este lugar.

—¿Y nunca salís? —pregunto.

—No se puede salir. —Acaricia la vaina de la espada, con la mirada perdida—. Solo cuando nos hacemos mayores. Nosotros por ahora esperamos. —Luego me mira de nuevo—. ¿Tú sabes hacer sombras con las manos?

A pesar de que intentan mantenerse en silencio, oigo un murmullo que proviene de las alcobas.

Niego con la cabeza y Puck me mira decepcionado durante al menos dos batimientos.

—Bueno —dice—, pero tú vienes de fuera, algo habrá que sepas hacer, ¿no?

Cavilo durante lo que parece una eternidad, con los ojos de todos los niños sobre mí.

—A lo mejor sí —digo—, dame el pan.

—Es mío —protesta, abrazando el mendrugo contra el pecho.

—Confía en mí —insisto.

Ni siquiera intenta esconder la desconfianza, pero acaba cediendo y alarga la mano. Tomo el mísero trozo de pan; por la consistencia,

ya sé que es viejo y que ha absorbido la humedad de la cueva. No tiene nada que ver con la comida que nos han servido a nosotros.

Cierro los ojos. Pienso en el jardín de mi palacio, en los árboles siempre cargados de fruta, en mi melocotonero. En los Arquitiempos que lateluna tras lateluna acuden para hacerla madurar, pienso en el puñal que mi tía me ofreció.

Intento imaginar la hogaza recién horneada, su corteza crujiente, la miga todavía caliente, el vapor que se eleva, el calor del fuego.

Voy todavía más atrás en el tiempo. Busco la harina y el agua, la levadura. Pienso en la masa en reposo. «Retrocede», pienso, «retrocede».

Si es cierto que soy una Arquitiempo. Si es cierto que esa es mi Pertenencia. Si es cierto que hay algo dentro de mí capaz de asombrar a una Alta Maestra…

Si es cierto que esto es solo un mendrugo de pan, que es el más simple de entre los alimentos de los Rápidos…

Entonces ¿por qué no está funcionando?

¿Por qué soy capaz de romper huesos de un puñetazo pero no logro dar de comer a un niño?

—¿Julieta? —Es la voz de Puck.

—Silencio —susurro. Noto un movimiento; es él, que recula. Mi voz lo ha asustado. Tanto da.

Aprieto el trozo de pan entre los dedos y la corteza húmeda cede bajo mi presión.

«Retrocede», pienso.

Son niños prisioneros, castigados por cualquier cosa, que no ven la luz del sol. Noto que mi Marca quema, y una lágrima que se

asoma entre mis párpados, y un dolor en el pecho, allí donde se alberga el corazón de la diosa.

Esa es mi Pertenencia, esa que no debería existir, no de esta manera, no para todos. Pero aquí todo es más poderoso, es como si sintiera la respiración de toda la Academia.

No de las personas que viven en ella, sino de la roca y del agua, de las plantas y de los insectos y de la comida horneada por los Rápidos y de lo que sea que anide en las profundidades debajo de mí y respira y me llama y me dice que pertenezco a este mundo. Que, sea como sea, yo soy este mundo.

Esa es mi Pertenencia.

La siento fluir bajo la piel, recorrerme las yemas de los dedos; mi corazón de la diosa se pone a latir, la Marca se calienta, quema, entrecierro los labios para soltar un soplo que significa «vuelve a ser como antes, el Tiempo no significa nada para ti», y mientras lo hago siento los días que me abandonan y un nuevo cansancio me cae encima, como una pila de piedras sobre mis huesos, como una fiebre invernal, como si me fuera a desmayar para no despertarme nunca más.

Pero vale la pena: cuando vuelvo a abrir los ojos, entre las manos sostengo una hogaza entera, y su olor se esparce como si estuviera recién horneada.

Puck abre los ojos como platos.

—¡Increíble! —exclama, y su voz resuena hasta el techo de la sala. Ya se ha olvidado del miedo.

Me arrebata la hogaza de las manos y se la lleva a la boca. Antes de hincarle el diente, la huele profundamente.

Pero entonces todos los demás niños empiezan a tamborilear sobre sus parapetos de roca, un ritmo sigiloso que me obliga a mirar a mi alrededor.

—¿Por qué hacen eso? —pregunto—. ¿He hecho algo malo?

Puck aguza el oído, como si todavía pudiera oír el eco de sus exclamaciones.

—Demasiado ruido —dice, esta vez en voz baja—. Los hombres sin lengua están llegando. —Se esconde la hogaza en el vestido y me mira a los ojos—. Tienes que esconderte, deprisa.

—Volveré —le digo, y le acaricio la cabeza. Puck asiente, pero hay duda en el fondo de sus ojos. Luego empieza a trepar por la pared de roca. Sus pies descalzos encuentran los agarraderos gracias a la costumbre, hasta que se refugia en una alcoba vacía—. Y aprenderé a hacer sombras con las manos —susurro.

Pocos esimios después, me pego contra la roca e imploro a las sombras que me protejan.

—Me habéis acompañado hasta aquí, me habéis ayudado, no me abandonéis —ruego. Cuando la roca empieza a moverse, me preparo. En el momento en que un Rápido entra para vigilar, me deslizo a sus espaldas. Su mirada recorre las alcobas, pero ahora aquí reina el silencio, como si solo la muerte morara en esta sala.

Mientras recorro los pasillos para salir del edificio, me juro a mí misma que no he mentido a ese niño. Que volveré a verlo.

28

Romeo

Unas lechuzas ululan en la oscuridad y un búho responde. También oigo el croar de unas ranas: es evidente que en alguna parte de la Academia hay un estanque. Algún ratón desgaja ramitas y las roe. Por lo demás, la noche es silenciosa. Será entonces por ese motivo por lo que los sonidos provenientes de la habitación llegan con nitidez hasta el balcón donde he trepado tras mi intento fallido de encontrar a Rosalina y en el que ahora estoy atrapado. Lo que está sucediendo allí dentro es más claro que el agua: risitas, jadeos, gruñidos. Resoplo resignándome. Conozco a Terencio; no descansará hasta que trine la alondra, suponiendo que llegue a oírla, con todo el jaleo que están armando. Observo la Osa Mayor en el cielo. Por la diosa. Todavía faltan al menos cinco cadencias antes de que se haga de día.

Una Valfiero y un Malvecio. Me los habría imaginado ensartándose la espada, y en cambio… Me río socarronamente yo solo de mi chiste verde.

Me tumbo sobre la piedra, con las manos detrás de la cabeza, y cruzo las botas.

La noche es cálida y la luna, solo una pequeña hoz que deja que las estrellas colmen el cielo.

Podría haber estado aquí, tumbado con Rosalina. La habría consolado. Le habría hablado de los astros Vega y Altair, y de la Reina celosa de su pasión, que creó un río de estrellas para separarlos, obligándolos a vivir en lados opuestos de la bóveda celeste. Pero una bandada de urracas, compadecidas por su dolor, voló por el firmamento tendiendo un puente para permitirles reunirse una vez al año. Y esa única noche fue suficiente para su amor. La habría convencido de que para nosotros sería así, que, aunque estemos en lados opuestos del cielo, yo Iniciado y ella Vestal, encontraremos la manera de reunirnos como esas estrellas, aunque solo sea durante una cadencia, todos los solasterios.

No son más que fábulas. Soy consciente de ello. Pero si no se cree en las fábulas, ¿cómo hace uno para esperar?

Hubo un tiempo en que las consideraba como granos que se pierden en el desierto, y hoy a estos granos me aferraría como si fueran rocas.

Crac. El ruido de una rama rota.

Un batacazo y un improperio.

Dudo que se trate de un ratón, a menos que el roedor sea tan grande como…

… Julieta Capuleto.

La he reconocido enseguida por la voz. Me levanto con cautela y me asomo a la balaustrada del balcón. Está tratando de escalar la glicina, pero una rama rota la obliga a pegar un brinco que no es capaz de dar, al menos todavía no, siendo solo una Iniciada. Lo intenta un par de veces o tres y por cada intento fallido se cae al suelo. El impacto la hace renegar entre dientes.

Reprimo a duras penas una carcajada. La noche aburrida está decididamente a punto de convertirse en placentera. Y ahí va, lo prueba otra vez, y de nuevo se cae con otra rama en la mano. Me debato entre seguir mirando cómo fracasa, que es la mar de divertido, o echarle una mano. Al enésimo trompazo dejo de contenerme y me río de buena gana.

—¿Quién es? —pregunta sin esconder un poco de angustia. No respondo. Incluso intento respirar flojito—. ¿Quién es? —vuelve a preguntar con voz y preocupación crecientes. Entonces asomo la cabeza por la balaustrada y me dejo reconocer—. ¿Romeo Montesco…? —Habría preferido a cualquier otro. Dice mi nombre, resopla y pega un puntapié a una piedra.

—Puedo cambiar de nombre, si no es de vuestro agrado, damisela. —Me río socarronamente.

—Oh, no es únicamente vuestro nombre lo que me resulta hostil, señor. Seríais el mismo aun sin ser un Montesco. La rosa, aunque no se llamara rosa, conservaría intactas sus espinas. —Hace una reverencia fingiendo alzar un vestido que no lleva.

—La rosa también tiene un dulce y delicado perfume, una rara perfección que, resulta evidente, no sabéis apreciar.

Suelta una risa desdeñosa.

—Ni aunque renegaseis de vuestra casa podría hallar tales virtudes en vos.

—Oh, damisela, los muros del patio son difíciles de escalar, y este sitio, considerando quién sois, podría significar la muerte si alguien os descubriera. Si yo estuviera en vuestro lugar, no arrojaría más desprecios sobre el único que puede ayudaros a subir hasta aquí.

—Hay más peligro ahí, con vos, que con miles de ellos empuñando sus espadas.

Me enderezo y cruzo las manos sobre mi pecho.

—¿Yo? ¿Soy yo el peligroso? ¡Has intentado estrangularme hace apenas unas cadencias!

Gruñe, luego cierra la boca y se vuelve a concentrar en escalar la glicina. Y fracasa de nuevo.

—El pie no va ahí —digo.

—Disculpa si no te creo. Me harías caer solo por darte el gusto de reírte de nuevo.

—Julieta, te juro…

—No jures, Romeo. A los dioses no les gustan los perjurios.

—¿Me consideras tan mezquino? Pues buenas noches, querida Julieta. Mil veces buenas noches.

Hago ver que entro, pero en realidad me acomodo mejor en la oscuridad.

—Espera.

—¿Sí?

Sé que le cuesta pedirme ayuda, pero quedarse en el jardín es de veras demasiado peligroso.

Bajo por la glicina a toda velocidad. Las últimas ramas se han desgajado. Alargo una mano hacia ella sujetándome al tronco más grueso con la otra. Julieta pega un brinco y la aferra.

—¿No estaremos cogiendo el mal hábito de balancearnos uno con el otro colgando? —digo tirando de ella hacia mí.

Le rodeo la cintura con el brazo. Es de noche y no lo veo, pero me imagino que un ligero rubor le está colorando el rostro. Pero no de vergüenza, sino de rabia. No le gusta que la ayuden, ni tener que

dar las gracias a nadie. Nos quedamos quietos así más de lo necesario. Su respiración contra la mía, los corazones demasiado cerca.

Ella se escabulle y sube ágil como un gato hasta el balcón. Me dice un «gracias» con la boca pequeña, aunque no estoy seguro; también podría ser un improperio.

Se acerca a la ventana, pero los ruidos en la habitación la detienen. Gira la cabeza hacia mí.

—¿Terencio?

Asiento con la cabeza.

—Y la Valfiero.

Abre los ojos como platos.

—ESTÁS… —Baja la voz—. Estás de broma, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—¿No reparaste en cómo se comportaban en la gruta?

—No me fijo en esas cosas. —Se queda un momento escuchando. La Valfiero gime, jadea. Julieta se ruboriza y esta vez no tengo que imaginármelo. Enseguida se quita de encima la vergüenza—. ¿Cuánto nos tocará esperar atrapados aquí fuera? —pregunta, cruzándose de brazos.

Me siento en el suelo acomodando la espalda a la balaustrada. Me encojo de hombros.

—Creo que algunas cadencias.

Se apoya en la pared y se deja resbalar, resoplando. Murmura un «increíble» y luego se pone a mirar el cielo.

Nos quedamos así. Cerca, pero a la vez lejanos como las estrellas.

Un gruñido un poco demasiado fuerte y algunas palabras nos arrancan una carcajada. Terencio no habla la lengua de los Rápidos,

pero creo que la calle Cappello le ha enseñado alguna que otra frase para la ocasión y ahora está haciendo alarde de ellas con la Valfiero.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Julieta, con curiosidad.

—Es mejor que no lo sepas.

Otros gruñidos y algún que otro aullido. Nos tronchamos de risa. Puede que sea la primera vez que nos reímos juntos. No creía que una Capuleto y un Montesco pudieran compartir estas emociones. Creo que ella ha pensado lo mismo. Aprieta los labios para dejar de reír, pero sus ojos siguen divertidos.

Pasan algunos esimios antes de que Julieta vuelva a hablar.

—¿Hace mucho que os conocéis Terencio y tú?

—Nos hemos criado juntos. Benvolio, él y yo. En la gruta solo pensaba en ellos. Perderlos sería… —No digo más. No encuentro la palabra. No quiero encontrarla.

—Sois muy diferentes.

—Hace nada que nos conoces ¿y ya crees que puedes expresar una opinión? —No quiero ser antipático, pero el tono lo ha sido un poco. Ella se ha percatado, pero hace como si nada.

—Terencio se escuda siendo un deslenguado y andando con chulería —me dice—. Hace ver que nada puede herirlo de verdad, pero si sabes dónde dar, lo hundes. Y no hablo del físico. Benvolio es inteligente. Mucho. Dedicado al sacrificio. Orgulloso de ser un Edenita. Tras la piel blanca y las ojeras hundidas, hay un estratega. No es fuerte como Terencio, pero es mucho más peligroso. Y tú…

—¿Y yo?

—Tú eres un Montesco.

—¿Y eso es suficiente para definirme?

—¿Ser una Capuleto me define?

La respuesta a su pregunta llega de inmediato: sí. Ser una Capuleto la define. Y sin embargo me doy cuenta de que no debería. No era una Capuleto cuando, abrazados, nos arrojaron al agua, no lo era cuando estuvimos encadenados intentando nadar para salvar el pellejo. Y no lo era mientras la sujetaba con firmeza en el vacío, al tiempo que ella tiraba de la palanca para salvarnos a todos. Conmigo no había una Capuleto, sino que solo estaba Julieta. Y ese es el problema. Ella confunde mi odio, desmiembra mi rencor, me hace plantearme preguntas a las que no quiero dar respuesta. Me da miedo esa respuesta. Hace apenas unos días me aferraba a aquel odio y lo alimentaba; ahora se está volviendo como la glicina que llega hasta el balcón, desgajadas las ramas a las que agarrarse. Si buscara bien en mi interior, estoy seguro de que encontraría motivos válidos que me tenderían una mano para izarme de nuevo en el furor. ¿Pero es lo que quiero de veras?

—¿Tú sabes cómo estalló la guerra familiar? Entre Montescos y Capuletos, me refiero —le pregunto—. Cómo empezó todo.

Niega con la cabeza.

—No, no lo sé. Pero puede que no tenga mucha importancia. No hay motivo para el odio. Crece como una mala hierba: cuanto más intentas desarraigarla, más se propaga, y al final, cuando ocupa más que las flores, más que las plantas, la miras y piensas que aquello es lo que decora tu jardín, lo que hace que sea esplendoroso. —Se levanta dándome la espalda—. Mi padre explica a menudo cómo los Montesco lo convirtieron en huérfano. Él no era más que un niño, pero los vio luchar por las calles de Verona. Se escondió detrás de un carro. Tembloroso. Asustado. Cuando lo encontraron estaba tan mugriento que tenía el rostro irreconocible. Estuvo escondido allí

debajo casi toda una noche, empapado en la sangre de sus padres, que habían corrido hasta él, sumiéndolo en un horror que me cuesta trabajo imaginar. Escalo promulgó leyes duras, y la mayor parte se dictaron por nuestra guerra familiar. Fue el último homicidio entre nuestras casas. Mi padre os odia por aquello; yo os odio porque así me lo enseñaron. —Hace una pausa y se vuelve hacia mí—. ¿Y tú por qué nos odias?

Trago saliva. El relato de Julieta no debería afectarme. Y sin embargo lo ha hecho. Pero aquel niño que llora, empapado en sangre, no es Reinaldo Capuleto. O mejor dicho, ya no lo es. Tal vez desapareció esa noche, tal vez fuimos nosotros los que generamos el monstruo que es ahora, pero de aquel niño no quedó nada, solo el Extrema Sangre que mató a mi hermano Bastiano.

—No, Julieta, te equivocas. No fue el último homicidio. —Y mientras lo digo no pienso solo en mi hermano, pienso en el Valfiero; también él ha sido víctima de nuestra guerra familiar.

Veo que querría pedirme explicaciones, pero ahora no quiero hablar de mi hermano, no quiero alimentar mi odio con los recuerdos y el resquemor. No esta noche, y no con ella. Mañana, tal vez…

Me tumbo de nuevo para observar las estrellas mientras ella me observa a mí. Finjo que no me doy cuenta y no dirijo la mirada hacia ella. Ni siquiera cuando se tumba a mi lado. Pero hay una pregunta que sigue paseándose por mi cabeza y al fin resbala hasta mi boca:

—¿Por qué me elegiste? Estaba tu primo. ¿Por qué me elegiste a mí? ¿Un Montesco? —Arrojo la pregunta en medio de nosotros sin preocuparme por las consecuencias.

Ella continúa con los ojos puestos en el cielo.

—No elegí salvarte, elegí matar a Sansón.

La frialdad de su respuesta me coge por sorpresa.

—Si hubiera sido Teobaldo…

—Estarías muerto.

—Exacto.

Me pregunto si ha dicho la verdad. ¿Es solo por eso por lo que me salvó? ¿Porque yo era la alternativa respecto a alguien a quien ella quería matar? Julieta es un misterio para mí. Yo, que deambulo continuamente entre las emociones de los demás, aunque no lo quiera, con ella me tropiezo. No veo. No percibo. Julieta es indescifrable. Puedo lanzar hipótesis, como cualquier otra persona que conozca la empatía, pero no hay colores. No hay fragancias, paisajes, materiales, sonidos que me puedan indicar qué siente. Solo está ella. A veces indefensa, a veces furiosa, a veces rabiosa, sarcástica, graciosa, aguda, descontrolada.

Vuelvo el rostro en su dirección e intento ver, vislumbrar, aunque sea una sola onda en el aire a su alrededor que me revele sus emociones. Pero el aire no se mueve ni una pizca.

Ahora le toca a ella percatarse de que la estoy mirando. Pero cómo se hace la loca. Continúa observando la noche.

—¿Y tú por qué elegiste a Folco?

¿Cómo puedo responder a esta pregunta? La verdad es confusa. Y ella, estando tumbada a mi lado, me confunde todavía más. Digo una media mentira.

—No me gusta tener deudas con mis enemigos. —Cosa que es verdad, pero no es ese el motivo por el que Folco está vivo.

—Exacto —dice, respondiendo lo mismo que yo, y también se coloca las manos detrás de la cabeza.

—¿Dónde has estado? —pregunto. Me pica la curiosidad. Y tampoco soporto el silencio entre nosotros. Me vienen ganas de llenarlo con pensamientos inadecuados.

Se debate entre mentirme o no.

—¿Sabías que aquí hay niños?

—¿Niños? —Creo que la he entendido mal.

—Niños. Pequeños Rápidos. Viven en una especie de cueva similar a una colmena, dentro de cobijos cual capullos de oruga. No es normal que en un lugar como este haya criaturas tan indefensas. Por lo que he entendido, serán los futuros servidores de la Academia. He sentido una gran tristeza por ellos. Están obligados a vivir una vida que otros han decidido. Sin poder elegir.

—¿Acaso crees que para nosotros es distinto? Mira a Baltasar, constreñido a llevar en el cuerpo la culpa de su familia, o a Amleto, que vive en un lugar donde te enseñan a cazar Iniciados que solo tenían demasiado miedo de acabar aquí dentro, o…

—O a los Montesco y a los Capuleto, constreñidos a odiarse, o a las Corvato, forzadas a convertirse en una Vestal y una asesina.

Creo que no ha mencionado ese nombre al azar.

—¿La amas? —Me lo pregunta con sencillez, como si realmente lo quisiera saber. Y en este momento me doy cuenta de que nadie me lo había preguntado antes. Benvolio se mete conmigo, Terencio chismorrea, pero nunca nadie me ha mirado a los ojos para saber qué siento en realidad. Y sin embargo no respondo enseguida—. Lo he oído cuando se lo decías a Terencio. Me he preguntado qué sentías ahora que es una Vestal.

—Estar separados no significa dejar de amarse.

—Jamás podría estar separada de mi amor; creo que me consumiría. Mejor la muerte. Mejor el olvido.

Le pregunto si conoce la historia de Vega y Altair. Y como ella dice que no, le cuento la leyenda. Escucha absorta. Cuando concluyo el relato, ella se queda rumiando. Luego niega vehementemente con la cabeza.

—Si amara, no tendría suficiente con una cadencia cada solasterio —sentencia—. Ese es el amor de los poetas, tan conmovedor como efímero. Es un amor precipitado, imprevisto, repentino, similar al relámpago que ya ha desaparecido antes de que alguien haya tenido tiempo de decir que relampaguea. El amor necesita crecer, como el odio. Pero no es una mala hierba, es un capullo que aguarda para convertirse en una espléndida flor.

Sonríe, un tanto avergonzada por su ardor.

—¿Tú amas, Julieta?

—¡No! —dice decidida, quizá con demasiado apremio. No me la creo del todo—. No —repite—. Pero he leído mucho. En mi palacio disponía de mucho tiempo para mí sola. Y ese amor sublimado me parece un poco bobo. ¿Sabes que Dante escribió poesías y poesías sobre una chica con la que ni siquiera habló? El fuego que prende enseguida se apaga con facilidad, porque la leña no está lo suficientemente ardiente. En cambio, cuando los cepos arden, su llama es infinita. Eso es, quisiera que mi amor fuera así. Infinito. Quisiera que mi corazón fuera tan grande como el mar, sin límites, y cuanto más amor conceda más tendrá, porque tanto él como mi deseo serán infinitos.

Se estremece y se ruboriza de fervor. Se percata y con la mano hace ademán de colocarse el pelo detrás de las orejas, pero lo tiene

demasiado corto. Ese gesto me hace entender que no siempre lo ha llevado así, que quizá antes era largo y brillante. Y sin embargo no logro imaginármela si no es así, con los mechones de cobre mal cortados, las pequitas por todas partes, la nariz ligeramente torcida y algo alargada y la boca…

Me detengo. ¿Qué estoy haciendo? Me levanto y me apoyo en la balaustrada poniendo un utilísimo espacio entre nosotros.

—Te oí gritar cuando la eligieron. Para su familia es un honor. —Julieta vuelve a Rosalina, como si ese momento en el que ha revelado sus deseos no hubiera existido. La entiendo. Hablar de amor aquí no tiene mucho sentido.

—No quería convertirse en una Vestal —respondo—. Y no quiere a su familia. —Me sale una voz un poco ronca y recalco bien las últimas palabras—. Rosalina no es una Corvato. Es solo Rosalina.

—Entiendo. ¿Así que podemos liberarnos de nuestras familias? Estaría muy bien. —Veo que su expresión se pierde un poco en un pasado ignoto para mí—. Sí, estaría la mar de bien —dice, cuando sus pensamientos regresan al balcón—. Estaría bien que nuestra herencia fuese de objetos que pueden tocarse y no de sentimientos que seguimos manipulando según sus deseos. Estaría bien no amar por la sangre y no odiar por la misma razón. También poder escoger qué ser. En quién convertirse. Pero es la familia la que nos ha hecho crecer, de ella hemos recibido nuestra primera Marca, de la sangre de nuestras… —se interrumpe y se le humedecen los ojos con algo de dolor— madres… —Se vuelve a detener. Traga saliva. Ha dicho la palabra «madres» como podría decirla yo, con soledad y mucho pesar, tal vez vergüenza, porque se ruboriza ligeramente. Hace esfuerzos para reprimir las lágrimas. Me pregunto qué la ha herido

tan profundamente. Traga saliva. Se sienta cruzando las piernas. Respira rápido y veo que se le contrae la mandíbula—. Cada antecesor nuestro ha creado un nudo tan pequeño que es invisible y tan duro que resulta indestructible, y cada nudo se ha unido al sucesivo en una trama muy similar a una red de pesca. Y NOSOTROS somos los peces, enjaulados dentro del mar. Convencidos de que podemos nadar, pero obligados a permanecer prisioneros. —Respira hondo para sosegarse, pero no creo que la respiración haya surtido el efecto esperado, porque continúa hablando más furiosa que antes—. No quiero ser ni mi padre, ni mi madre, ni aquellos que vienen antes o después de mí, quiero ser solo Julieta. —Aprieta los puños—. *Querría* ser solo Julieta, pero ni siquiera nuestros poderes son nuestros. Ni siquiera esos podemos elegir. La sangre canta la canción que ella quiere. Yo quiero cantar *mi* canción. No la de los demás. Quiero tomar *mis* decisiones. No las del Coro, ni del Libro, ni de la diosa, ni de mi padre. Quiero un poder que sea mío, no una Pertenencia cuyo dueño no se sabe quién es. Pertenencia porque te «pertenece» a ti. ¿O porque es de la diosa? ¿O bien significa que nosotros le pertenecemos a ella? ¿O, todavía peor, y si yo no quisiera todo ese poder? ¿Y si no quisiera continuar viendo a Iniciados muriendo a mi alrededor? ¿O encontrar a niños encerrados dentro de capullos a la espera de que les corten la lengua para convertirse en nuestro alimento? ¿Y si no quisiera «pertenecer» a ninguna maldita raza o Estirpe? ¡¿Y si solo quisiera ser LIBRE?!

Y luego grita. Una ráfaga de viento sale despedida de ella, impetuosa, destructiva, fría como el hielo. Me empuja al fondo del balcón. Ella se alza del pavimento de manera imperceptible, pero

veo claramente que no está encima de la piedra, porque cuando vuelve a caer oigo el ruido.

¿Qué. Ha. Sucedido?

Se lleva una mano al pecho. Veo que jadea. Me mira con los ojos muy abiertos y ya no reprime las lágrimas. Llora haciendo espasmos con los hombros. Y grita. Y vuelve a llorar. No sé qué hacer. Entonces mi cuerpo se mueve sin que la razón lo gobierne y corro a abrazarla. La estrecho, la mezo como hacía mi nodriza conmigo. Ella se me aferra. Con fuerza. Nos quedamos quietos, con el frío viento que sigue dando vueltas a nuestro alrededor. Cerrándonos en un capullo. Y por un batimiento somos libres.

—¿Habéis acabado de armar todo ese jaleo ahí fuera? —grita Terencio desde la habitación.

Nos desternillamos de la risa. Y reímos. Y reímos.

¿Ahora somos nosotros los que armamos jaleo? ¿No él, que lleva cadencias gruñendo y aullando?

Y nosotros reímos. Y reímos. Y reímos. Sin poder parar.

La temperatura vuelve a ser templada. Los sonidos reverberan en el aire, tanto los de la noche como los de la habitación.

Nos tumbamos de nuevo uno al lado del otro y seguimos mirándonos, mientras una extraña vergüenza se instala entre nosotros.

Y entonces volvemos a observar las estrellas.

Y yo tengo la impresión de que no he dejado de mirarla.

29

Julieta

—¿Qué ocurrirá ahora? —oigo preguntar a Folco.

Creo que no hace mucho que ha amanecido. Estoy apoyada en el diván de Teobaldo, en su habitación, y estamos todos aquí, todos los Capuleto y Laurela, a quien Florencia ha arrastrado. Después de lo que Romeo y yo hemos presenciado esta noche, estoy bastante convencida de que preferiría estar en la sala con los demás. Tengo los ojos cerrados; la verdad es que no he descansado mucho estas últimas cadencias: la visita a mi tía, Puck y luego el encuentro con Romeo me han dado bastante en que pensar. Todavía tengo entre las manos la esfera que me dio Netria. Acaricio sus ranuras con las yemas de los dedos; la consistencia lisa y a la vez porosa que solo tienen los huesos. Mi madre…, me pregunto por qué quiso que yo la tuviera: la Academia es un lugar en el que hacerse adulto, no un sitio donde traer juegos para niños.

—¿Julieta?

Abro los ojos. Folco se ha sentado a mi lado sobre el pavimento.

—No sé qué ocurrirá —respondo. Lo cojo de la mano y al hacerlo oigo que Teobaldo resopla, pero lo ignoro.

—¿Crees que ya se ha acabado? —pregunta Folco.

—No, pero, pase lo que pase, lo afrontaremos juntos. Somos Capuleto, recuérdalo. —Él baja la mirada, no está convencido—. Bueno, Ardefrío, ¿eh? —le digo señalando la Marca en su cuello. Me pregunto si es culpa de mi sangre, pero las líneas sobre la piel parecen pequeñas heridas con el borde irregular—. Era de esperar. —Intento distraerlo, porque cuando lo volví a ver en la Congregación me di cuenta de que es como si algo en su interior se hubiera roto y el miedo se hubiera instalado en su ánimo. Sin abandonarlo nunca más. Y sin embargo, ahora que tiene la Marca debería tranquilizarse, pues ha evitado la transformación en Selfiera. Al menos por algunos latelunas, pero para entonces él ya habrá recibido el Vínculo, no me cabe duda.

Folco esboza una sonrisa.

—Ardefríos, Leviantes, Graves: la espina dorsal del ejército —dice, pero no suena muy convencido.

—Debemos mantenernos alerta —tercia Teobaldo, con los codos apoyados en la mesa en la que nos hemos sentado. Aparta una manzana mordisqueada y echa un vistazo a la puerta, como si Romeo Montesco, su archienemigo, pudiera irrumpir aquí de un momento a otro para agredirlo.

—¿Por qué? —pregunta Laurela. Yo alzo una ceja y ella desvía la mirada mientras un ligero rubor le colora las mejillas. Por lo que parece, incluso Florencia se percata, porque se muerde el labio en silencio. Teobaldo, en cambio, no parece sospechar nada de lo que ha sucedido en la habitación con balcón.

—Porque —le responde Teobaldo, sin siquiera desviar la vista— hace centurios que los Montesco traman nuestra destrucción, y me temo que la manera en que los demás Iniciados miran al joven

Romeo, junto con su amistad con el sobrino de la Primera Voz, puede provocar que se pongan gallitos. Me pregunto qué nos tienen reservado.

—No seas estúpido —le responde Folco.

—¿Y encima soy estúpido, Folco? —La voz de Teobaldo es la encarnación del sarcasmo—. Después de la que montaste tú, ¿el estúpido soy *yo*? Vamos a ver, ¿y eso por qué?

Conozco a Teobaldo demasiado bien para no entender que, desde la primera noche de la Congregación, está llegando a su límite, y esta ristra infinita de vejaciones que estamos sufriendo, y que ha encontrado una minúscula tregua solo en las últimas cadencias, lo está extenuando cada vez más. Yo sé que no es estúpido ni irreflexivo, pero también veo que hay algo en su interior que se agita y lo atormenta, y me da miedo que antes o después se desate, con terribles consecuencias. También me da miedo que mis elecciones de los últimos días lo hayan empujado todavía más al abismo.

—El Decano dijo que desde la formación de las Tropas nadie podrá volver a matar, y esta es la Tropa de Mercucio. Él es nuestro Capitán y no creo que quiera problemas.

—Cierto —responde Teobaldo, alzando los ojos al cielo—. Como si la única manera de matar a alguien fuera cortarle la garganta directamente…

—En mi opinión, estás exagerando —se entromete Laurela. Se está trenzando el pelo con una soltura que yo jamás tendré: es como si sus dedos supieran con exactitud qué movimientos hacer sin que ella deba pensar en ello ni siquiera un batimiento. Un gesto que lo más seguro es que haya repetido todos los días desde que era una niña, porque ese pelo tan liso, y brillante como la obsidiana, es

la Marca de su familia, así como los ojos almendrados, que, percibo sin dificultad, de vez en cuando vigilan la puerta. Pero no por la misma razón que Teobaldo: desde la sala acaba de llegar, estrepitosa como siempre, la carcajada de Terencio.

Al parecer, también lo advierte Florencia, que en cambio se muerde el labio. Probablemente para impedirse decir algo mezquino y, como siempre, del todo superfluo.

Laurela, por otro lado, la ignora y prosigue:

—A mí me da la sensación de que se están comportando bien y que no tienen ninguna intención de hacer daño a nadie. Más bien… diría que están poniendo todo su empeño para ayudarnos a cada uno de nosotros.

—Y luego soy yo el estúpido… —masculla Teobaldo—. Tramar está en su naturaleza, siempre ha sido así. Tal vez para ti sea distinto, Laurela, pero nuestra familia ha padecido sus maquinaciones durante centurios.

—Bueno… —Laurela alza los hombros—. Si tuvieras razón, Teobaldo, de todos modos, no tendríamos nada que temer: Capuleto y Valfiero unidos pueden resistir cualquier ataque.

—Desde fuera, sin duda —dice mi primo—. ¿Pero desde dentro? — Y entonces me clava los ojos.

Siento una opresión en el pecho. Sabía que este momento iba a llegar. Intento armarme de valor.

—Si tienes que decirme algo, dilo en voz alta —le respondo, procurando mantener la voz firme.

—Habrías podido hacerlo matar y en cambio preferiste condenar a Sansón. Tu primo.

Y ahora nos envuelve el frío. Noto sobre mí la mirada de Florencia y la de Folco. La espera de una respuesta por mi parte flota en el aire y sé que no puedo decir la verdad. No puedo hablar de los sentimientos que dieron vida a mi corazón en el momento de la elección, porque todavía no estoy segura de que esos sentimientos me pertenezcan. Y porque me parecen algo que, por ahora, debe mantenerse custodiado como un valioso secreto. En cambio, tengo que dar prueba de racionalidad y estrategia, como un auténtico Extrema Sangre. Como mi padre.

—Es simple —respondo entonces—. Romeo me salvó la vida, y la de todos vosotros. Bien mirado, si no hubiese sido por nosotros dos, habríais muerto todos en aquella sepultura de agua, por no hablar de que fue él quien eligió a Folco, cuando todos los demás ya lo daban por muerto. Sansón, en cambio, era inestable. Era estúpido; ahora lo podemos decir en voz alta… —No sé qué me está dando. Quería mantener la calma, quería mostrar autoridad, pero en lugar de eso, a medida que hablo me doy cuenta de que me invade la rabia. Como un fuego que parte del estómago, me quema por dentro y desea salir—. Era un idiota que nos habría podido condenar a todos solo para sentirse poderoso por un batimiento. Ni siquiera se merecía llamarse Capuleto.

—¡Pero era uno! —prorrumpe Teobaldo, con un rugido que, en cualquier otro momento, me habría hecho recular. Y en cambio ahora, cuando él se levanta de un salto, yo hago lo mismo. Nos miramos a los ojos—. Era sangre de tu sangre —continúa, y abre y cierra los dedos de la mano como si tratase de empuñar un arma imaginaria.

—Era un idiota que también me habría matado —digo entre dientes—. ¿Te habría convenido, Teobaldo? ¿Es esto lo que tratas de decir? —Su rostro está a un palmo del mío, pero no me muevo—. ¿Lo habrías aceptado sin problemas, y quizá incluso lo habrías felicitado?

—Me habría ocupado yo a su debido tiempo. Te lo prometí —susurra él.

—Soy yo la hija de Reinaldo Capuleto, Teobaldo. No tú. Recuérdalo —le ordeno—. Puedo ocuparme de lo que me atañe.

—Serás su hija, Julieta, pero no sabes nada —me contesta él, escupiéndome estas palabras—. No sabes qué significa hacerlo todo por esta familia.

Quería sonar altivo, pero en su voz hay tristeza, y ahora me avergüenzo de mí misma. Me siento sucia. Sé que tengo razón, sé que hice la elección correcta, pero también sé que no quería herir a mi primo. No quería.

Pero antes de que pueda hacer algo para remediarlo, la puerta de la habitación se abre.

—A ver, me haríais un grandísimo favor si no os matarais entre vosotros. —Mercucio sonríe desde el umbral—. Creía que los Capuleto estabais todos unidos, y en cambio me parece asistir a una pelea de gallos… Sin ofender, Julieta.

—¿Qué quieres? —le gruñe Teobaldo.

—Tenéis que venir a ver una cosa. —Mercucio se hace el misterioso, pero enseguida comprende que no es el momento—. Los Rápidos están aquí. Amleto dice que nos piden que bajemos.

Lanzo una mirada a Teobaldo y luego sigo a Mercucio. Detrás de mí, oigo venir a los demás, Folco y Teobaldo los últimos. Hermanos,

y sin embargo tan distintos.

Cuando descendemos del claustro, nuestra Tropa está al completo. Nos miramos entre nosotros. No sabemos qué está a punto de ocurrir y entonces, como una procesión, los Rápidos empiezan a entrar. Debe de haber uno para cada uno de nosotros. Tienen los músculos contraídos y las frentes empapadas de sudor por el esfuerzo: cada uno transporta un cofre de madera y metal tan grande como los hombros de Terencio, taraceados con decoraciones de plata y oro. Pero ninguno de ellos flaquea.

Un Rápido se detiene frente a mí. Deposita el cofre y abre la tapa, revelando su contenido.

—No necesito ninguna armadura —oigo exclamar a Terencio.

—¿Qué clase de diablura es esta? —pregunta Folco.

Como si los Rápidos pudieran respondernos.

En el interior del cofre hay, en efecto, una armadura, pero mientras el Rápido frente a mí la extrae con reverencia, advierto que es distinta de todas las que he visto.

Parece de llamacero, como la de mi padre, pero cada parte está unida a las demás por cadenas de oro de anillos tan minúsculos que parecen hilos. En las grebas y los antebrazos, justo en el centro, se recorta un triángulo de oro, lleno. No… Entorno los ojos.

El triángulo no está lleno: en su interior hay diseñados otros triángulos, cada vez más pequeños, en una estructura que se repite hasta el infinito. De los vértices del triángulo, como las nervaduras de una hoja, se extienden otros hilos dorados que se unen a las cadenas.

Otro triángulo, igual que los demás, pero inscrito en un círculo negro como la obsidiana, resalta en el pectoral, justo a la altura del

corazón. Es allí donde todas las nervaduras de oro conducen.

Aguanto la respiración: puede que sea solo una impresión mía, pero es como si de la armadura proviniese una suerte de respiración, de fondo, casi inexistente, un latido. Pertenencia. Miro a mi alrededor, pero no parece que nadie más lo haya advertido. Echo un vistazo a Romeo y veo que su Rápido lo está vistiendo. Él está inmóvil, con los ojos cerrados. No sé si está resignado o concentrado. Por cómo lo he visto comportarse, podrían ser ambas cosas.

Tiene razón: no podemos hacer más que dejar que los Rápidos cumplan su deber.

El que está frente a mí me tiende la greba derecha. No tiene correas, sino una bisagra y un cierre a presión en el lado opuesto. Está hecho para envolverme la pantorrilla. Al cerrarse, me doy cuenta de que se adapta a mi cuerpo a la perfección, como si la hubieran confeccionado exclusivamente para mí.

El Rápido abrocha la segunda greba y luego el pectoral. Las cadenas de oro se adhieren a mis muslos, como si formaran parte del uniforme. Después llega el momento de los antebrazos y al fin del gorjal de metal, plano y lo suficientemente delgado para dejar al descubierto la Marca de mi Pertenencia.

Cuando está cerrada hasta la última bisagra, siento todo el peso del llamacero. No estoy acostumbrada: ahora entiendo el esfuerzo que debe hacer todo aquel que no sea un Grave cuando va a la batalla para enfrentarse a la Disonancia.

Pero es solo un batimiento, porque enseguida el peso desaparece. Es como si llevara puesto un vestido de seda. Una seda capaz de soportar cualquier ataque.

A mi lado, Teobaldo alza la cabeza, orgulloso. Me da una sensación extraña con la armadura, como si en su mirada viera la de mi padre. Casi como si quisiera demostrarme que hace poco me he equivocado.

No quiero verlo: centro mi atención en los demás. Folco se comprueba las partes de la armadura, como si quisiera asegurarse de que no se desacoplarán de golpe y porrazo; Florencia y Laurela están una frente a la otra y ejecutan despacio los pasos en una danza silenciosa de la que es su secuencia de entrenamiento.

Mis ojos vagan hasta que encuentro a Romeo, con el pelo rozándole el gorjal de la armadura, y el llamacero que resalta su piel. Él me dirige una señal de entendimiento. Nos miramos así, distantes, por lo que parece una cadencia.

Entonces Terencio le da una palmada en el hombro que hace que se tambalee hacia delante.

—Mírate —le dice con su voz estentórea—. Ahora sí que estás de veras listo para morir, amigo mío.

Intento contener una carcajada, pero no lo logro por completo, porque Romeo se percata. Y se percata también Teobaldo.

Mi primo aprieta los labios.

—Incivilizados —dice.

—Venga ya, Teobaldo, ¿no estás siquiera un pelín contento? —le pregunta Mercucio. Con los rizos rubios que destacan sobre el uniforme color vino y que parecen casi de la misma tonalidad que las cadenas de oro de la armadura, es lo más cercano a un caballero que se pueda imaginar. Si esta fuese su leyenda, estaría preparado para matar a un dragón y salvar a una doncella.

Los Rápidos esperan a que estemos vestidos del todo y luego nos conducen al exterior del edificio de la Academia, a la luz de la mañana, a lo largo de una senda marcada por antorchas que atraviesa el destacamento del segundo recinto, hasta el campo de entrenamiento.

—No veía la hora de escupir un poco de sangre sobre estas bonitas margaritas —oigo que dice Alena.

Ahora entiendo por qué la primera vez que lo vimos nos pareció un tablero gigantesco: es enorme, sembrado de bloques de roca cuadrados tras los que poder esconderse o por los que poder trepar, cercado por una valla de madera que debe de haber sido construida doblando troncos de árboles gracias a los Arquitiempos. El campo está abarrotado. Todas las Tropas están aquí, con sus uniformes zafiro o esmeralda, color ámbar o amatista, y todos los Iniciados tienen nuestra misma reacción.

Porque en la tierra del campo de entrenamiento hay clavadas decenas de espadas, como lápidas que pueblan un cementerio. ¿Qué significa?

¿Tendremos que combatir entre nosotros? ¿Matarnos? ¿Quizá lo que el Decano quería decir era que podríamos estar tranquilos solo mientras nos curaban?

No tenemos tiempo de hacer conjeturas, porque una ola de murmullos anuncia la llegada de alguien. Miro a mi alrededor, más allá de las cabezas de los Iniciados, en balde.

Las Tropas se alargan para abrirle paso a mi tía Netria.

No, la Alta Maestra Netria viene a nuestro encuentro. Lleva puesta una armadura como las nuestras.

Oigo que un Iniciado susurra:

—Esta es la hermana de la Lectora.

—Y también es una Capuleto.

Amleto me mira con sus ojos rojos. Me imagino que ahora él también ha comprendido que somos una de las familias favoritas de Alyaster.

—La Lectora ya no es una Capuleto —le explico.

—Lo sé —responde él—. Ella es… otra cosa.

—Silencio —ordena Netria. Su voz nos constriñe a todos a observarla; las sombras que arrojan las antorchas se inmovilizan a su alrededor, como si su luz se comportase de un modo distinto en su presencia.

Debe de ser un truquito de poca monta para mi tía, pero es suficiente para captar la atención de todo el mundo.

En el silencio, resuena solo su voz:

—Romeo Montesco. —Pero advierto que, al llamarlo, mi tía me está mirando a mí. De la mirada comprensiva a la que estaba acostumbrada no queda ni rastro.

Romeo alza la cabeza enseguida, con los ojos fijos en ella.

—Coge una espada —dice mi tía.

—Por fin —oigo murmurar a Teobaldo.

Mi corazón late a más velocidad mientras Romeo, en silencio, se aparta de nuestro grupo, los Iniciados, y camina hacia mi tía.

—¿Tienes miedo, Montesco? —dice una voz. Miro a mi alrededor: es Lisandra. La sonrisa que tiene estampada en el rostro es todavía más inquietante por la locura que le aviva la mirada. Esa mujer vive para ver derramar la sangre—. Te la hará pagar —dice.

¿Es posible? ¿Es eso lo que está a punto de ocurrir?

—Coge una espada, Montesco —ordena Netria.

Sin que deban repetírselo, Romeo extrae una hoja de la tierra. Desde la empuñadura hasta la punta, la recorre una serie de triángulos dorados que se sobreponen como los anillos de una cadena.

—Bien —dice mi tía—. Veo que no te falta coraje. Ahora veremos si te mereces esta vida que te han ofrecido.

Es por la muerte de Sansón. Está a punto de castigarlo.

—Tía —digo. Quisiera decir que ha sido culpa mía, que debería castigarme a mí, si quiere echarle la culpa a alguien, pero la voz se me apaga en la garganta. Porque ella lo sabe, es justamente lo que está haciendo: su sobrina salvó a un Montesco, contravino las Leyes de la familia, la decepcionó. Y ahora no será la única que pagará el precio.

Netria me lanza una última ojeada, y luego ella también coge una espada. Da un salto adelante, rapidísima. Es casi imposible seguir sus movimientos.

¿Es así como lucha un Extrema Sangre?

Y sin embargo Romeo logra dar un paso atrás y desvía la hoja en el último momento.

—¡Bien hecho! —exclama Terencio, antes de que Benvolio lo haga callar. Pero no es el único: entre los Iniciados, muchos se dejan llevar con gritos y vítores, más de sorpresa que para dar ánimos.

Romeo coge la espada con las dos manos, la sopesa por un batimiento mientras esquiva un golpe y luego contraataca. Es rápido, y hay un solo instante en que se ve que el miedo lo ha abandonado.

Es el mismo instante en el que mi tía titubea. Un ligero temblor de la mano, nada más.

Pero suficiente para permitir a Romeo asestar un golpe.

Yo jamás he logrado tocar a mi tía durante los entrenamientos.

Netria parpadea y se aparta a un lado un batimiento antes de que la hoja de Romeo la roce. Luego sonríe, y el temor que tal vez solo yo haya notado la abandona. A mi tía le encantan los retos, y ahora sabe que no debe contenerse.

Las hojas chocan y su estruendo resuena en el campo de entrenamiento. Unas espadas normales ya se habrían roto, pero estas son armas Edenitas, hechas para resistirlo todo.

Romeo intenta un corte lateral, pero mi tía se agacha y se desliza hacia delante. Golpea a Romeo con el pomo de la espada donde se encuentra el pectoral con el gorjal.

Noto que se le corta la respiración. Él se aparta a un lado e intenta golpearla desde lo alto, pero Netria lo para. Espada contra espada, se quedan inmóviles por un batimiento; luego mi tía da un paso adelante haciendo resbalar su propia hoja con la de Romeo, abre por el flanco y lo golpea en el brazo derecho, un poco por debajo del hombro. El llamacero de su armadura se estremece.

Romeo abre los ojos de par en par mientras el brazo de golpe le cuelga, como si estuviera privado de vida.

El sudor le perla la frente. No entiende qué está ocurriendo. Yo tampoco. Ninguno de nosotros lo entiende, ninguno de nosotros habla.

Romeo empuña la espada con la mano izquierda, para un golpe. Pero formaba parte del plan de Netria, porque ahora puede acortar la distancia y usar la fuerza de ambos brazos para hacer rodar la espada de Romeo hasta que la hoja toca el suelo.

Mi tía da otro paso, inmoviliza la punta de la espada adversaria con el pie y acto seguido prepara un ataque desde lo alto. Golpea a

Romeo en el brazo izquierdo y de inmediato ese también se queda colgando, inútil. La espada se cae al suelo.

—De rodillas, Montesco —ordena.

Romeo no abre la boca. Tiene la mirada de un animal que preferiría morir antes que rendirse.

—De acuerdo —dice mi tía.

Un golpe en el muslo y la pierna izquierda de Romeo cede. Él intenta mantenerse en pie, pero un segundo golpe, en la otra pierna, hace que se desplome sobre las rodillas.

—¿Lo ves? No era tan difícil.

Mi tía alza la espada con ambas manos. Lo matará.

—¡Basta! —grito. Solo se oye mi voz ahora. Teobaldo se gira hacia mí, así como Laurela y Florencia, Mercucio y los compañeros de Romeo—. Basta.

Mi tía no me escucha. Baja la espada.

Y golpea a Romeo en el pecho, justo donde el triángulo señala la ubicación del corazón.

Con un batacazo, Romeo se cae hacia atrás.

Terencio grita. Benvolio aprieta los dientes. Lisandra vitorea; es el último sonido antes del silencio que contagia a los Iniciados de todas las Tropas.

Mi corazón cesa de latir.

Veo al gigante que quisiera saltar hacia delante, pero mi tía alza la mano, ordenándole que se detenga.

Luego Romeo reniega.

—¿Lo habéis entendido? ¿O queréis otra demostración de las armaduras de entrenamiento?

Por el rabillo del ojo, veo que la expresión de Benvolio se alivia.

—Pues claro… —susurra.

—Golpead una extremidad de vuestro adversario —dice Netria— y la Pertenencia de los Graves, de la que vuestra armadura está impregnada, hará que se vuelva tan pesada que le resultará imposible moverla. Golpead el corazón, y esto sucederá en la armadura entera. A los ojos de los Altos Maestros, estaréis muertos hasta el próximo amanecer, y vuestra Tropa pagará el precio por ello a su debido tiempo. —La luz a su alrededor muta, se vuelve más rosada y dorada, como un sol naciente.

Poco a poco, Romeo se vuelve a poner en pie. Ahora tiene la mirada gacha. Primero pienso que es por el orgullo herido, pero cuando alza la cabeza me percato de que sus ojos queman de determinación.

—Ahora coged todos una espada y reuníos con vuestras Tropas —ordena mi tía—. Os entrenaréis una semana conmigo y luego estaréis preparados —dice.

—¿Para qué? —pregunta un Iniciado de la Tropa de Paris.

—Para la guerra.

30

Julieta

Moverse y luchar con la armadura puesta no es difícil. Me doy cuenta de ello el primer día de entrenamiento, cuando esquivo la hoja de Terencio. Empuña la espada con las dos manos y la desciende con fuerza sobre mí, pero en el último momento cambia de dirección, la retira e intenta un fondo. Solo necesito una rotación para esquivarlo.

Él sonríe.

—Bien hecho, Pelirroja.

Curvo la comisura de los labios.

—¿Qué te había dicho? —Salto hacia delante, aparto su arma con la empuñadura de la mía y trazo un tajo de abajo arriba, intentando darle en el costado—. No me llames Pelirroja.

Netria detiene mi espada con la suya. Está a nuestro lado y ni siquiera me había percatado. Es velocísima, como todos los Extrema Sangre.

—Golpearlo en el costado le hará daño, Julieta, pero deberías haber atacado por la dirección contraria. Con la ocasión que tenías, habría sido mejor apuntar al corazón. Es la mejor manera para enviar a un Incorpóreo al infierno de donde ha venido.

—He actuado por instinto —respondo.

—Quizá ese sea el problema.

Desde que fui a hablar con ella, desde que descubrí que la Academia esconde todavía más secretos de los que pensaba, y desde que decidió demostrar su propia fuerza con Romeo, siento que nuestra relación es distinta. No sé si ella me ha decepcionado a mí, o yo a ella.

—Y, de todos modos —añade en voz alta—, no estáis aquí para bromear, sino para entrenaros.

Esta mañana los Rápidos han ido a llamarnos al amanecer para traernos al campo de entrenamiento.

Las veinte Tropas al completo, todos los Iniciados supervivientes. Nos escrutábamos de lejos, intentábamos averiguar quiénes eran los más fuertes. La respuesta, la única posible, es que no éramos nosotros.

En sus uniformes color zafiro, los compañeros de Paris parecían listos para enfrentarse a una armada de Incorpóreos. Incluso Lisandra se mostraba orgullosa y resultaba casi envidiable. Al menos hasta que le ha dado un empujón a Federico Palacordio porque, según ella, la privaba del dulce sol de la mañana.

La orden de Netria ha sido sencilla: correr.

Correr alrededor del campo de entrenamiento hasta que las piernas fueran capaces de sostenernos.

Y así hemos empezado, y durante las primeras vueltas a la valla de madera y alrededor de los bloques de piedra que dan a la hierba la apariencia de un enorme tablero, incluso ha parecido simple.

Luego el sudor ha empezado a resbalar por nuestras espaldas. A cada vuelta, oía a Terencio renegar en voz baja, y a cada reniego lo seguía una risita de Laurela y, por lo tanto, un mohín de Florencia.

Pero, cadencia tras cadencia, también los reniegos han ido menguando hasta que se han apagado.

Me quemaban los muslos, temía que mis rodillas cedieran a la siguiente curva, el sudor en los ojos me impedía ver bien, notaba sabor a hierro en la boca, tenía ganas de vomitar.

Pero Netria no nos ha dado tregua.

—¡Continuad! —ha gritado—. ¡Corred como si vuestra vida dependiera de ello!

Baltasar se ha caído, no podía más, las venas de su frente parecían a punto de estallar, y Netria no ha movido un dedo. Sin embargo, Folco no ha dudado: a pesar de la mirada de Teobaldo, que se ha dignado a echar un vistazo atrás por un batimiento al oír el batacazo y el estertor del joven Aguaviva, Folco se ha agachado, lo ha ayudado a levantarse, se ha colocado el brazo de Baltasar en los hombros y ha retomado la carrera, con más lentitud que antes.

Al cabo de un batimiento, a su lado también estaba Alena, que lo espoleaba a seguir.

—Tienes dos piernas, Baltasar, úsalas —ha dicho. Pero no con malicia, al contrario.

Han continuado corriendo juntos, los tres, despacio pero sin detenerse. Los lisiados, los últimos de entre todos los Iniciados. Y sin embargo, por un batimiento, me han parecido los más fuertes.

Al menos hasta que Benvolio les ha sacado una vuelta y los ha adelantado, con la mirada fija al frente como si ni siquiera existiesen.

Su espíritu de abnegación raya la locura: es como si quisiera llevar a cabo cualquier deber lo mejor posible. Como si la meta fuese lo más importante, aun a costa de correr solo.

Al terminar, me he desplomado en el suelo, con las palmas de las manos sobre las briznas de hierba que me punzaban la piel como pequeños cuchillos. Por un batimiento, todo se ha vuelto oscuro mientras mis músculos aullaban de dolor. Un espasmo en el estómago me ha hecho doblarme en dos y he tosido. Si hubiera comido algo, lo habría devuelto, pero solo he sentido arcadas sordas. Y una mano que se ha apoyado en mi hombro.

He alzado la mirada. Por costumbre, he pensado que vería a Netria. En cambio, era Romeo.

—Al menos no nos han hecho correr justo después del banquete —ha dicho. Él también tenía un color cetrino, pero se esforzaba por sonreír.

He aceptado su mano y me ha ayudado a volver a ponerme en pie.

—Me sabe mal que mi tía te agrediera ayer.

—Estoy acostumbrado.

—Igualmente, me sabe mal.

En ese momento, Florencia se ha arriesgado a pedir agua, y a su petición han seguido otras. Ninguno de nosotros bebía desde el día anterior, y es probable que hubiéramos sudado lo suficiente como para dar envidia al Adigio.

Netria se ha reído:

—¿Creéis que podréis pedir agua durante una Catástrofe?

—Durante un tifón, a lo mejor —ha comentado Mercucio. A veces nuestro Capitán es totalmente incapaz de mantener la boca cerrada. Se ha ganado una mirada de Netria, pero nada más: Mercucio puede estar un poco como una cabra, pero nadie, ni siquiera una Alta Maestra, pondría en duda su preparación ni sus dotes.

—Nada de pausas, tomad la espada —ha concluido Netria, cortando de raíz cualquier posibilidad de reposo.

Y así nos ha puesto uno contra otro, y yo he acabado contra Terencio, a batirnos en duelo hasta que el sol ha llegado a lo alto encima de nosotros.

Después de haberme reprendido delante de todos, Netria da una palmada, una vez, y todos nos detenemos.

—Os he observado —dice, negando con la cabeza—. Ninguno de vosotros duraría ni un esimio contra un Incorpóreo.

Pasamos lo que queda de tarde repitiendo los movimientos que Netria ejecuta frente a nosotros.

Por un batimiento, me parece que he regresado al Palacio de los Capuleto, a cuando ella me daba lecciones de esgrima. Pero en casa jamás me pasé seis cadencias ensayando cortes con un cambio de dirección un momento antes de golpear y fondos capaces de atravesar el corazón sin posibilidad de error, o haciendo cabriolas al caer hacia atrás para poder volver a ponernos en pie y atacar sin herirnos solos, o aun pasarnos la espada de una mano a la otra usando la hoja como una segunda empuñadura, todo con un juego de piernas que culmina en un puntapié.

Cuando al fin llega el atardecer, ya no somos Iniciados: somos encarnaciones de músculos desgarrados y costillas resquebrajadas, moratones y arañazos y rasguños que arrastran los pies hacia los claustros de las respectivas Tropas.

Al ver la glicina, la mera idea de que dos noches atrás pude treparla hace que me duelan los huesos, desde los dedos de las manos hasta los de los pies, y cuando alcanzo la sala principal de

nuestros aposentos, solo logro tomar una manzana antes de llegar trastabillando a mi habitación.

Me imagino que, si fuera una Rápida, en este instante me quedaría frita, pero no lo soy. Solo puedo tumbarme y reflexionar, rememorar lo que ha sucedido hoy, intentar vaciar la mente. Sin embargo, el pensamiento de los Rápidos no me deja: debería volver a ver a Puck, se lo prometí.

Pero no esta noche; si intento alzarme, mi cuerpo me implora que no lo haga. Me quedo así, en mi diván, esperando que los músculos se fortalezcan y que los moratones pierdan color, y solo a altas horas esbozo una sonrisa, cuando oigo a Laurela y a Terencio, que procuran no hacer ruido. Pero no sonrío por ellos, por más que sea increíble de dónde sacan la energía a pesar de la jornada. Sonrío por lo que ocurrió en el balcón, mientras ellos estaban dentro.

En el segundo día, Netria no nos hace correr toda la mañana: nos pide que saltemos por encima de los bloques de piedra, altos como nosotros. No podemos tomar impulso ni podemos usar las manos para trepar. Podemos solo concedernos doblar un poco las rodillas antes de pegar el brinco.

Quien no lo logra debe ponerse a correr, quien falla un salto debe ponerse a correr, quien cae debe ponerse a correr, quien se queja debe ponerse a correr.

Estoy tan sumamente cansada que no logro ni siquiera enfadarme, como si la bestia en mi interior estuviese dormida. Todo mi cuerpo está concentrado en el pequeño movimiento de las piernas, en el desplazamiento repentino del peso, en el golpe de riñones necesario para alzarme por los aires y caer con los pies firmes sobre la roca.

Y funciona: consigo saltar la primera vez y también la segunda, mientras oigo que Alena reniega y Amleto gruñe; supongo que es lo más similar a un grito de alegría que podemos esperar de él.

Teobaldo sigue saltando como si el resto del mundo no existiera. Se ha colocado junto a Mercucio y está librando una competición que ve solo él. Florencia, en cambio, ya ha empezado a correr, con la cara roja más por la vergüenza que por el esfuerzo, y pronto la sigue Baltasar. El único que no parece tener problemas es Folco. No sé si es porque su cuerpo está más desarrollado o por otra razón, pero para él parece pan comido: cuatro cadencias más tarde, todos estamos corriendo alrededor del campo de entrenamiento, y él es el único que ha quedado saltando esos malditos bloques. Mi mente está tan agotada y rendida que no sé si tenemos más suerte nosotros, que debemos correr, o él, que debe saltar.

Estoy tan al límite que cuando Netria vuelve a hacernos ejercitar con las espadas, me tomo esas cadencias como una bendición.

En el tercer día volvemos a correr, pero esta vez Netria usa sus poderes, y un escalofrío me recorre la espalda al pensar cuántos Rápidos se han sacrificado solo para permitirnos entrenar. Tengo que esforzarme, tenemos que esforzarnos, para que su Tiempo no sea un despilfarro.

Corremos siguiendo el perímetro del campo y Netria evoca a nuestro alrededor sombras que nos asaltan; debemos esquivarlas y evitar que nos den, debemos deslizarnos por debajo de ellas y saltarles por encima. A quien golpean, quien toca la sombra, regresa a los bloques y salta. Las sombras son los Incorpóreos, nos explica Netria mientras corremos: luchar es el último recurso; el objetivo es alcanzar la Asonancia. Es por eso por lo que corremos, supongo.

Por la noche, mientras dejo que el agua de la pila me desentumezca los músculos, lo comprendo. Nos está empujando al límite y esto sirve para entrenarnos, cierto. Y nos está instruyendo para luchar y al mismo tiempo nos explica por qué. Pero por encima de todo nos está transformando en autómatas. Como aquellos egipcios, de los que se dice que pueden moverse solos y emitir sonidos. Actuamos porque ella nos lo dice; no tenemos tiempo para pensar, no tenemos tiempo para hablar entre nosotros, no podemos hacer nada más que no sea ser esclavos de nuestro cuerpo.

Y nuestro cuerpo es un arma.

En el cuarto, quinto y sexto día, volvemos a luchar, pero siempre entre nuestra Tropa. Netria no quiere que nos enfrentemos a los demás, y no entiendo por qué. A estas alturas podría recitar de memoria los ataques de Alena, sé cómo superar la defensa de Benvolio, intuyo cuándo está Teobaldo a punto de hacer una finta, presiento cuándo Romeo quiere acortar distancias y cuándo la lucha corre el riesgo de volverse más una reyerta que un duelo.

Observo las técnicas desconocidas de Amleto, quien si pudiera ni siquiera usaría la espada, uso la fuerza de Folco contra él para ganar ventaja, esquivo los fondos de Laurela, que es la mejor dando en el corazón.

Y sé que ellos me observan y aprenden cómo lucho. Tal vez esa sea la mejor manera de conocer a una persona: enfrentarse a ella en un duelo. Se comprende quién intenta guiar el juego y quién prefiere quedarse en la defensa, quién se lanza en ataques a bocajarro y quién espera el momento oportuno.

Luchamos durante cadencias, cambiamos de compañeros hasta que nos hemos enfrentado a todos, hasta que Netria decide que es

suficiente y que hemos cometido errores, que nos cuestan otras vueltas al campo.

Quiere destrozarnos, porque solo destrozándonos la sangre podrá cantar. No hace más que repetirlo, y después de estos días casi empiezo a creer que no se trata de una crueldad, sino que nos está ofreciendo un regalo.

Y uno tras otro nos desplomamos, extenuados como el primer día, abrazamos la tierra y dejamos caer las espadas, inspiramos el olor húmedo de la hierba, nos quedamos mirando el cielo y ya no sentimos nada.

—Mañana —dice Netria, indiferente a nuestro sufrimiento—. Mañana entraréis en la Aldea y os enfrentaréis a la guerra. Y no saldréis de allí hasta que no se termine.

—¿La guerra? —Su voz se parece más a un lamento, pero solo Benvolio puede tener la energía de pedir explicaciones en este momento.

—Al amanecer, en la vertiente norte del edificio, se os explicará todo. —Netria nos abandona así, un ejército de esqueletos en el campo de instrucción. Me pregunto si la hemos decepcionado, y si nuestros resultados son justo lo que se esperaba.

Esta es, pues, la última noche. Ignoro lo que es la Aldea, ignoro lo que es la guerra, pero sé que ya no puedo aplazarlo más: si quiero cumplir la promesa que le hice a Puck, tengo que ir a verlo hoy. Por lo que hemos vivido, podría ser la última vez.

Aguardo a que sea tarde, a que todos descansen, y no debo esperar mucho. Aunque lo único que desea mi cuerpo es quedarse

tumbado, no puedo permitirlo. Para no echarme atrás, ni siquiera me quito el uniforme, me quedo exactamente como estaba durante la instrucción. Me escabullo del claustro y sigo el camino que recorrí para ir a ver a Netria. Es probable que mi tía no me haya pedido que le devuelva el anillo porque cree que podría usarlo de nuevo para volver a visitarla, pero ¿cómo podría ayudarme? No tiene respuestas para mí, y durante la instrucción ha hecho de todo para hacerme comprender lo poco que cree en nuestra Tropa. Puede que ella también piense que nosotros, los Capuleto, deberíamos ocuparnos de nuestros asuntos, pero no es lo que yo pienso. Si la Aldea es dura, como nos ha dado a entender, no tengo ninguna intención de transformar a mis compañeros en enemigos, a pesar de que se supone que lo son desde antes de que yo naciera.

No, usaré el anillo para saludar a un amigo.

Abro el pasaje hacia las escaleras y luego procedo hasta la cuarta planta, me detengo frente a la pared y trazo el círculo.

La roca obedece a las órdenes y me encuentro en la gruta. Como la primera vez, parece deshabitada. Solo me acoge la estatua de la Lectora, y casi me gusta pensar que se alegra de mi presencia aquí.

Doy el primer paso sobre el musgo mientras detrás de mí la puerta de piedra se vuelve a cerrar.

—Soy yo —susurro, y mi voz reverbera contra la bóveda y se propaga por las alcobas.

Puck asoma la cabeza desde una de las que están más abajo.

—¡Sabía que eras tú! —Intenta hablar en voz baja, pero no logra contener la emoción.

—¡Sssh! —espeta una voz desde una de las alcobas a media altura. Cuando alzo la mirada, veo que es una niñita que no debe de

tener más de ocho o nueve solasterios, con el pelo castaño pegado a la frente—. Aquí no queremos problemas —dice.

No puedo evitar sonreír.

—Ya hablas como una adulta —le digo.

—Los adultos no hablan —sentencia ella, antes de desaparecer detrás del pequeño parapeto de piedra.

—Has tardado mucho —me dice Puck, cuando al fin me alcanza—. Ya creía que no volverías.

—Te lo había prometido, perdóname, pero esta semana nos han instruido mucho. Y a partir de mañana será peor: no sé qué quieren hacernos, pero parece peligroso. —Señalo las manchas de hierba y barro que se notan a pesar del color vino de mi uniforme, pero Puck no me escucha.

Su mirada está completamente absorta en algo. Ay, es verdad…

Me desabrocho la espada del costado y la deposito frente a mí.

—¿Quieres verla?

El niño asiente con la cabeza y se acerca más. Casi puedo oír cómo los otros contienen la respiración mientras él acorta la distancia. Acaricia la empuñadura y la vaina, intenta alzarla, pero pesa demasiado para él. Debe ayudarse de ambas manos para desenvainarla, porque todavía es demasiado larga para sus brazos. Pone todo su empeño y al fin lo logra. Su rostro muestra una sonrisa triunfante. Saborea la gloria; casi veo los sueños que se perfilan en sus ojos mientras sujeta con fuerza la espada.

Por un momento, me recuerda a Teobaldo de pequeño, cuando mi padre insistió para que empezara a instruirse. Fue el mejor día de su vida, cuando recibió su primera arma.

Dale una espada a un niño y será feliz. Tanto da si en realidad es un prisionero —en una gruta o en la telaraña de su familia—, cuando sostenga la empuñadura, tendrá la sensación de ser capaz de derrotar a cualquier enemigo.

—¿Es tuya? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—¿Pero tuya de verdad?

—Es una espada de instrucción, así aprendemos a luchar.

Él continúa observando el arma. El llamacero del que está hecha refleja el falso cielo estrellado por encima de nosotros.

—¿Crees que yo también podría aprender?

Se me cierra el estómago mientras le alboroto el pelo.

—Claro —digo.

No sé si es por mi tono de voz o porque Puck ya sabe demasiadas cosas para su edad, pero su mirada me hace mucho más daño que cualquier tortura a la que nos haya sometido Netria estos días.

—He dicho una tontería, ¿verdad? —me dice. No espera a mi respuesta—. Nunca podré aprender a luchar ni a vivir aventuras. No estoy aquí para eso: me cortarán la lengua y me raparán el pelo. Solo de esa manera me iré de esta gruta. Así será para mí y para todos los dem…

No acaba la frase, porque lo abrazo. Lo estrecho contra mi cuerpo como nadie hizo conmigo y mantengo mi mano en su pelo. No quiero que vea la lágrima que me resbala mejilla abajo. La primera, pero no la última.

Nos quedamos así durante un esimio y siento la respiración de Puck, que se adapta al ritmo de la mía. Se sorbe la nariz; no soy la única que llora.

—Pero al menos así ya no estaré obligado a quedarme aquí dentro: los niños pequeños son una lata —dice cuando se aparta de mí.

Se limpia la nariz con la manga y esboza una sonrisa.

—Nacimos para servir, siempre lo he sabido —continúa—. Y es mejor esto que lo que habría sucedido si me hubiera quedado fuera de aquí. Tengo comida, puedo ver las estrellas y tengo amigos —dice—. Te tengo a ti.

Me dejo caer sobre una roca como si el mundo se derrumbara sobre mí, un peso que no tiene nada que ver con los entrenamientos de estos días.

Puck apoya su mano sobre la mía. Alzo la mirada.

El niño me tiende la espada.

—Si mañana es tan peligroso como dices, no te mueras. Por favor.

CUARTA PARTE

El juego de las torres
La Aldea, 1392

31

Julieta

Estamos todos reunidos delante del portal septentrional del edificio y Netria señala la Aldea que nos queda debajo, encerrada dentro de una alta muralla construida formando un círculo perfecto:

—En la Aldea hay trece torres, dedicadas a los poderes de las diversas Pertenencias, y cada una cuenta con un Fundamento y está defendida por la propia Pertenencia.

Aguzamos la vista para observar lo que está señalando. En el centro de la Aldea, en una plaza, se eleva una torre completamente negra. Es la más alta de todas; sus paredes parecen talladas en obsidiana, por cómo reflejan los rayos del sol, y su cumbre es lisa y oblicua, como si una espada titánica la hubiera cortado de un plumazo. No tiene ventanas, y no consigo ver ni siquiera una entrada.

Las demás torres, en cambio, despuntan entre los edificios en ruinas que abarrotan la Aldea. Una está completamente recubierta de enredaderas; otra nace en el centro de un espacio arenoso; otra más, al otro extremo de la Aldea, surge, en cambio, de un lago helado… Mientras mi mirada vuelve a la Torre central, me parece ver unas calles circulares que se alejan de esta como los círculos que

deja un guijarro en un lago, poco más que callejuelas estrechas que separan los edificios entre las torres.

De repente, nos sobresalta un estruendo sordo que se hace cada vez más fuerte. Miramos a nuestro alrededor, no entendemos de dónde procede.

De la Aldea.

Me quedo boquiabierta.

Las torres se mueven, excepto la Torre central, aquel monolito negro, que permanece inmóvil. Las torres giran a su alrededor y con ellas los edificios, y las piedras y las paredes se derrumban y los ladrillos se desprenden de las torres. Entorno los ojos: si los edificios siguen a las torres en su movimiento, entonces debe de haber una estructura subyacente, como…

—Anillos —susurra Benvolio.

Lo miro con una leve sonrisa: sabía que él también lo habría averiguado antes que los demás.

Sobre el anillo más exterior, el que bordea la muralla, hay dos torres, una frente a la otra, y rotan en el sentido de las agujas del reloj.

Si nos alejamos de la muralla, en el segundo anillo, seis torres se mueven en sentido antihorario, pero no logro entender con qué criterio están posicionadas. Eso si hay alguno.

El tercero y el cuarto, los más cercanos a la torre inmóvil, cuentan cada uno con dos torres situadas una enfrente de la otra. El tercero rota en sentido horario; el cuarto, en la dirección contraria.

Entonces, lo que he confundido con calles estrechas no pueden ser sino puntos en los que…

—Los anillos se rozan. —Benvolio da voz a mis pensamientos.

Esta vez echo a reír.

—¿Qué pasa? —me pregunta él, un poco mosca.

—Por eso los edificios se derrumban: es como un terremoto —le digo.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes.

Esta vez me sonríe él, pero solo por un batimiento. Luego se acuerda de que somos enemigos, aunque a estas alturas espero que únicamente lo crea él.

Después de un esimio, las torres se detienen: su disposición y la de los edificios es completamente distinta que antes. Debe de ser casi imposible orientarse en la Aldea, pues el único punto de referencia fijo es la Torre central.

Poco a poco, todos los Iniciados caen en la cuenta de lo que ha ocurrido y, por primera vez, Netria muestra una expresión satisfecha.

—Será vuestra instrucción para las Catástrofes: al verificarse los Movimientos, los anillos rotan y la tierra tiembla, y las torres aguardan a sus dueños. Dentro de poco, los Rápidos os conducirán a las veinte entradas de la Aldea, una para cada Tropa. Al tañido de la campana entraréis y conquistaréis vuestra torre. Allí tendréis comida y un lugar para descansar: será vuestra fortaleza y vuestro hogar.

Benvolio alza la mano, como un colegial. Tiene la mirada dudosa.

—Somos veinte Tropas, pero habéis dicho que hay trece torres… —comenta.

En su voz está la pregunta que todos nos estamos haciendo, pero me temo que ya conozco la respuesta.

—Deberéis ganaros el derecho a vuestra torre dando prueba de vuestro valor: las Tropas más merecedoras serán las que triunfarán

por encima de las adversarias y las que lograrán obtener el Fundamento, la piedra que controla la Pertenencia y que os permitirá despertarla en vuestra sangre. Cuantos más Fundamentos conquistéis, mayor será vuestra gloria… Y sí, Benvolio Montesco, para anticiparme a tu siguiente pregunta: aun en el caso de que hayáis conquistado un Fundamento, eso no impedirá a las demás Tropas sustraéroslo. Solo cuando todas las torres estén conquistadas, la rotación se detendrá, y la Tropa que haya conquistado más Fundamentos será elegida vencedora. Hasta ese momento, ninguno de vosotros podrá abandonar la Aldea.

—Pero… ¿por qué? —murmura Baltasar. Lo miro: con el brazo que tiene, la idea de acabar en medio de un combate debe de aterrorizarlo. Su hermano Paris también debe de pensar lo mismo, porque veo aprensión en su rostro. Pero ahora pertenecen a Tropas distintas, son rivales.

—Nada, en la Academia, carece de objetivo —dice Netria.

—¿Ni siquiera los muertos? —pregunto. «¿Y ni siquiera los niños sepultados en el corazón de la roca?», pienso, pero me lo guardo para mí.

—Ni siquiera los muertos —me responde, fría—. Quien tenga más Fundamentos en su posesión —continúa como si no hubiera habido ninguna interrupción— sabrá que cuenta con ventaja en el Vínculo que decretará quién se convertirá en Extrema Sangre y quién deberá ofrecer su sangre a Alyaster.

El silencio se abate sobre nosotros: muerte, muerte y solo muerte. Eso trae la Academia. Y luego Netria pronuncia las últimas palabras:

—Ahora id: no dejaréis la Aldea hasta que las torres estén conquistadas.

—Así que debemos luchar contra nuestros compañeros —dice Baltasar unos esimios más tarde.

Los Rápidos nos han acompañado frente a un portal de piedra que se abre en la muralla de la Aldea. Ahora que estamos cerca, advierto que los demás edificios no son más que ruinas, como si el pueblo hubiera sido devastado por una Catástrofe.

—Ya no son nuestros compañeros —dice Teobaldo—. Debes entenderlo, si no quieres acabar mal: son nuestros enemigos, todos.

—Cuánto hablas —comenta Terencio—. Creía que el Capitán de nuestra Tropa era Mercucio Volterra, no Teobaldo Capuleto.

—Al menos, cuando yo hablo no lo hago a través de mi pene.

—¿Tienes envidia? —responde Terencio, antes de soltar una carcajada.

Pongo una mano en el brazo de Teobaldo.

—No podemos permitirnos matarnos entre nosotros —digo—, no antes de haber conquistado una torre.

Mi mirada se dirige a la Torre central. Es tan imponente que debe de ser visible desde todos los rincones de la Aldea.

—Basta, Terencio —dice Romeo. Sujeta su espada con fuerza, tan fuerte que los nudillos se le han vuelto blancos. La humillación sufrida por culpa de Netria todavía debe de escocerle. Ahora, Terencio guarda silencio.

—Por fin —interviene Alena—. Abrazaos y dejadlo ya, si queremos tener una posibilidad.

Mercucio asiente.

—Debemos actuar como una Tropa unida, ¿lo habéis entendido? —Su mirada nos pasa revista.

—Los lobos siguen a su líder —asiente Amleto. Empuña su espada del revés, como no he visto nunca hacer a nadie, si no es para jugar. Me pregunto qué entrenamientos siguen en el Norte.

—Las torres son todas distintas —dice Benvolio—. Tenemos que averiguar cuál es más útil conquistar.

—Y debemos ser rápidos —responde Mercucio. El sol hace resplandecer su melena rubia. Frente al portal de piedra, parece un héroe de las leyendas.

Y entonces el portal se abre, y nosotros trece irrumpimos en la Aldea.

Corremos a lo largo de la calle principal, con la grava bajo nuestras botas. Un viento gélido nos azota la piel, arremolina arena a nuestro alrededor y nos hiere los ojos. Grita y ruge como una bestia feroz, nos enviste con su odio. Nos arrimamos a las paredes para protegernos, como si la Aldea quisiera rechazarnos, pero el portal detrás de nosotros ya está cerrado a cal y canto. Me estremezco al darme cuenta de que si no encontramos un lugar seguro cuanto antes, nos quedaremos a merced de las inclemencias del tiempo. De un momento a otro podría ponerse a llover, o podría desatarse una tormenta.

Baltasar está acurrucado contra una columna derrumbada, se aguanta el brazo pegado al cuerpo y se agacha en el último instante, cuando una tabla de madera, a estas alturas podrida, pasa como una bala por encima de él arrastrada por el viento. Si hubiera llegado a golpearlo, tal vez estaría muerto. Alena hace ademán de alcanzarlo, pero Folco está más cerca. Mi primo rodea los hombros del joven Aguaviva y lo protege con su propio cuerpo.

—No podemos quedarnos aquí —gruñe Amleto.

—¿Adónde vamos? —grita Laurela, que intenta hacerse oír por encima del viento.

A derecha y a izquierda se extienden callejones y ramales; tenemos que averiguar cómo llegar a una torre antes que las demás Tropas. Entonces, de alguna parte, un pájaro lanza su aviso de advertencia y una bandada alza el vuelo, asustada por algo más tremendo que la tormenta.

El repiqueteo de una campana.

Un batimiento más tarde, la tierra a nuestros pies tiembla, retumba y se mueve. Ha empezado un Movimiento.

La rotación nos hace perder el equilibrio y nos caemos al suelo. Los anillos chirrían unos contra otros, como si toda la Aldea chillase de dolor, un gigante herido que intenta en vano volver a ponerse en pie.

Allí donde los anillos se rozan, las paredes se derrumban. Al rotar, las estrechas calles dejan de existir y nacen nuevos callejones. Veo a Teobaldo esfumarse delante de mí cuando el anillo en el que me encuentro se mueve en una dirección y el suyo se desliza en la opuesta.

Mi primo corre hacia mí, pero la tierra frente a él se parte por la mitad, revelando un barranco negro dispuesto a engullirlo.

—¡Quédate ahí! —grito.

Sin embargo, Teobaldo no me escucha. No se detiene. Corre a más velocidad todavía.

Da un salto y sobrevuela la grieta mientras mi corazón se detiene… Pero lo logra, aterriza cerca de mí con una cabriola y me lanza una mirada apenas se vuelve a poner en pie. Retomo la respiración.

Y luego, tal como empezó, el Movimiento termina, pero la tierra bajo nosotros todavía gorgotea mientras la Pertenencia de los Arquitiempos de la que toda la Aldea está impregnada sella los abismos y los barrancos que se han abierto.

Si Teobaldo hubiera caído dentro, lo habríamos perdido para siempre. Él también lo sabe, y sin embargo permanece orgulloso e inmóvil. No quiere mostrar miedo, pero yo siento que su corazón late rápido.

—Si habéis acabado —dice Terencio, sacándose el polvo de los ojos—, tal vez deberíamos encontrar nuestra torre.

Inmediatamente, Teobaldo se aparta de mí.

Miro a mi alrededor: estamos todos vivos, pero el Movimiento nos ha asustado, nos ha dado una muestra de lo que nos espera en las próximas semanas. Y la Aldea en la que nos encontramos ahora ya no es aquella en la que hemos entrado: el Movimiento ha redistribuido las torres y ha desparramado las ruinas, desbaratando cualquier posible plan.

Pero eso no ha detenido a las demás Tropas, por lo que parece, porque se oyen los primeros ruidos de los combates. Alguien debe de haber empezado a luchar. Imagino que eliminar a los enemigos es una buena manera de asegurarse una torre.

Desafiando al viento, Mercucio se encarama sobre una pared casi íntegra y señala una torre que, si el laberinto de callejones en el que nos encontramos no nos engaña, debería de quedar bastante cerca. Tiene la estructura espigada, ahusada. En altura, podría casi competir con la Torre central, pero esta, en lo alto, tiene un techo cónico con tejas azules como el cielo de verano.

—Vamos allí —dice.

Apenas acaba de pronunciar la frase, oímos un grito de terror: un Iniciado pasa como una bala en paralelo a la torre, arrojado hacia arriba como si… de repente careciera de peso. Luego ralentiza el vuelo hasta detenerse y empieza a caer.

Así que a eso es a lo que se refería mi tía cuando hablaba de las defensas de las torres.

Oímos otros gritos procedentes de esa torre, y una chica corre la misma suerte que el primer Iniciado, lanzada por los aires. Espero que haya alguien para atraparla al vuelo.

—Vamos para allá —dice Teobaldo—. Estarán demasiado ocupados intentando entrar para reparar en nosotros.

—Pero si logran superar las defensas, solo habremos perdido el tiempo —le responde Benvolio—. Y estaremos a merced de un nuevo Movimiento.

—¿Y entonces qué propones, Alto Maestro? —Lanzo una mirada a Teobaldo, pero él me ignora.

—Sigamos explorando, vayamos a otra torre. —Benvolio señala la que está cubierta de enredaderas—. No me parece que haya nadie allí, por ahora. A lo mejor, si nos damos prisa, logramos ser los primeros. —Empieza a ponerse en marcha.

Un tercer Iniciado sale disparado como una flecha.

—¿Te da miedo luchar? —lo escarnece Teobaldo.

—Esperad —me entrometo.

Los gritos han cesado. Señalo la torre ahusada, mientras las ventanas arqueadas bajo el techo se iluminan.

—La hemos perdido —susurra Romeo.

—Pues vamos a la torre de las enredaderas —continúa Benvolio—. Es la que queda más cerca.

—No. —Todos se vuelven hacia mí.

—¿No? —Benvolio alza una ceja.

—Corremos el riesgo de acabar en la misma situación. A estas alturas, hemos perdido demasiado tiempo. Vamos allí —propongo apuntando con el dedo.

Hacia la Torre central.

—Vosotros, Capuleto, sois todavía más idiotas de lo que creía —dice Terencio—. Es gigantesca, pero desde la colina ni siquiera se veía una entrada.

—No. —Romeo lo hace callar—. Tal vez Julieta tenga razón: aquí todo es un enigma, y quizá la entrada esté escondida. Nadie irá allí porque creen que no hay posibilidad de acceder. Y además… —Romeo tiene la vista clavada en la cima cortada de la torre, negra como la noche más oscura— allí hay algo.

—Oh —comenta Teobaldo—. Allí hay algo. Ahora tendremos que fiarnos del instinto del gran Romeo Montesco, el primer perdedor que ha pisado la tierra de la Academia.

Romeo lo ignora.

—Tú también lo notas, ¿verdad? —me pregunta.

Mercucio ladea la cabeza y nos mira con interés.

Romeo tiene razón: yo también lo noto, como si esa torre me aguardase. No es una llamada propiamente dicha, sino una sensación, como si ese fuera el lugar correcto en el que estar. Me pregunto si no se trata de otra ayuda de parte de Netria, como el puñal que me hizo ocultar antes de la Congregación. Pero entonces ¿por qué Romeo también lo nota? ¿Le hizo algo mientras combatía con él?

Mercucio enarca una ceja, pero luego sonríe.

—Probemos —dice, y se baja de la pared de un salto.

En efecto, cuando alcanzamos la plaza principal de la Aldea, somos los únicos. La Torre central se recorta frente a nosotros, imponente. Parece una hoja negra clavada en la tierra: ahora me doy cuenta de que está ligeramente inclinada. No es vertical, es diferente de cualquier construcción que yo haya visto jamás.

Romeo está concentrado observándola, completamente abducido.

Como ya anunció Terencio, no hay ventanas ni portales. Un bloque perfecto de piedra negra.

—¿Y ahora? —pregunta Benvolio.

—Ahora entramos —digo.

Me acerco. Empiezo a recorrer el perímetro de la plaza, pero en ninguna parte logro vislumbrar una abertura en la torre. ¿Y si me he equivocado?

Desde esta distancia, ni siquiera parece una torre de verdad. Se asemeja más a una estribación de roca.

Mientras tanto, la cumbre de otra torre al Oeste —debe de ser la del centro del lago— se ilumina. Ha sido conquistada.

—¿Y bien? —pregunta Laurela—. ¿Has encontrado algo? ¿O solo nos has hecho derrochar unos valiosos esimios?

Niego con la cabeza y doy un paso sobre la base.

Solo uno, porque se me corta la respiración, se me retuerce el estómago y una náusea me golpea como un puñetazo. Luego llega el dolor.

No físico, sino en mi interior. Como agujas desesperadas que me traspasan y me dicen que todo es inútil y que moriremos y yaceremos en el barro, cadáveres a merced del viento y de la arena,

y todo lo que quedará de nosotros será el recuerdo de un sufrimiento.

Abro la boca, pero no logro gritar.

—Por la diosa, Julieta —dice Laurela—. Si te vas a quedar ahí embobada, ya voy yo.

Ella no lo sabe, no ha visto nada, no ha notado nada.

Laurela se encamina hacia la torre y entra en la plaza.

Y entonces grita y se deja caer al suelo, con lágrimas surcándole el rostro. Hunde los dedos como si quisiera escarbar en la piedra y veo claramente cómo se le rompen las uñas, las manos entumecidas, el rostro deformado por la desesperación.

Como en el banquete.

Se cubre los ojos con tanta fuerza que temo que se romperá los huesos y se araña la cara. Grita como si la garganta fuera a desgarrársele y se muerde los labios hasta que sangran.

Eso es lo que me estremece. Eso es lo que me empuja a agarrarla, aunque Teobaldo intenta impedírmelo. Grito ahora, y ni siquiera me parece mi voz, como si estuviera fuera de mi cuerpo, pero lo consigo, la agarro. La alzo a fuerza de brazos y ella se aferra a mí como una niña presa de una pesadilla sin fin. Esconde el rostro en mi cuello.

—No quiero pudrirme —chilla.

Hasta que Teobaldo nos saca a ambas de la plaza a rastras.

Y entonces volvemos a respirar, Laurela cesa de gritar y ambas nos quedamos así durante lo que parece una eternidad, con la mirada perdida en el vacío, mientras Teobaldo me rodea con los brazos y me grita que me he arriesgado y que no debería haberlo hecho, hasta que me recupero.

Miro a Romeo. Está inmóvil, como si ni siquiera respirase. Tiene los ojos cerrados, así como los labios. El pelo le enmarca la cara y la torre proyecta sombras en su rostro como haría el sol.

—¿Qué ha ocurrido? —susurra Florencia. Se mantiene bien alejada de la base que rodea la torre, pero incluso eso es suficiente para hacerla temblar.

—Este lugar está maldito —dice Benvolio. No le está respondiendo a ella. Afirma lo que todos tememos. Él tampoco tiene ninguna intención de acercarse.

—Debemos irnos —dice Amleto—. Aquí no hay nada para nosotros.

Me he equivocado. No seremos nosotros los que entremos en la Torre central. Mi tía no me ha ayudado. He hecho perder el tiempo a mi Tropa. Agacho la cabeza.

—Lo siento —digo.

—¿Ahora queréis escucharme? —pregunta Benvolio.

Seguimos a Benvolio por los callejones, hacia la torre con las enredaderas. Solo debemos esperar que ahora no se verifique un Movimiento. Doblamos a la derecha y luego a la izquierda y nos encontramos frente a un callejón sin salida, una pared de ladrillos unidos con barro, de la misma altura que las casas a lado y lado.

—Qué extraño —dice Benvolio—. Habría jurado que este era el camino.

—Quizá no eres tan listo como crees, a fin de cuentas —comenta Teobaldo.

—Volvamos sobre nuestros pasos —ordena Mercucio—. Busquemos otro camino.

Y es ahí donde encontramos los cuerpos. Trece Iniciados yacen inmóviles sobre el empedrado; algunos han perdido el conocimiento, otros se lamentan por el dolor. Los triángulos grabados en sus armaduras relucen débilmente. Uno de los Iniciados tiene el rostro reducido a una máscara de carne y la sangre se esparce debajo de él. Laurela aparta la mirada y yo compruebo que todavía respira.

—No podemos matarnos —dice Baltasar—. Pero eso no significa que no podamos sufrir.

Veo que Romeo se entretiene; puede que quiera ayudarlos.

—No forman parte de nuestra Tropa —dice Benvolio—. Sigamos adelante.

—Benvolio —lo llama Romeo.

—Ya hemos perdido bastante tiempo y no podemos socorrerlos. Ahora no, Romeo.

Este lo mira de hito en hito.

—No hay nada que podamos hacer por ellos, con el próximo Movimiento que se avecina.

Romeo se muerde el labio. Todos sabemos que Benvolio lleva razón, pero después de lo que Romeo hizo en la gruta, también sé que pensará en esos Iniciados heridos durante días.

Al doblar la esquina, topamos con ella de frente: la torre de las enredaderas.

Pero no estamos solos.

Lo primero que veo es a un Iniciado con el pelo oscuro y la piel olivácea, a mitad de la pared de la torre, inmovilizado por las

enredaderas que lo recubren casi por completo. Unos brazos por encima de él, está la única ventana por la que se puede entrar.

Lo reconozco: es Federico Palacordio. Su hermana está quieta en la base de la torre. Intenta averiguar cómo ayudarlo.

Esta es la Tropa de Paris.

El hijo de Escalo, rodeado por sus compañeros, nos da la espalda.

—Podemos lograrlo —susurra Teobaldo.

Incluso Terencio asiente. Se ha recobrado del todo desde que nos hemos alejado de la Torre central.

Pero entonces uno de los soldados de Paris se gira. Lisandra Corvato. Silba, haciendo que los demás también se den la vuelta.

—Me preguntaba qué había sido de vosotros —dice, con su voz ronca—. Esperaba que no yacierais ya en el suelo, así puedo ocuparme yo.

Paris nos pasa revista y su mirada se detiene en Baltasar. Sonríe.

—Lo lamento —dice—, pero esta torre es nuestra.

—Todavía no —le responde Mercucio, y se lleva la espada delante del pecho a modo de saludo para un duelo.

Paris se lo devuelve inclinando la cabeza.

Aprieto la mano alrededor de la empuñadura de mi espada. Rememoro las enseñanzas de Netria. A mi lado, Terencio empuña su hoja a dos manos.

—No es Lumioscura —comenta—, pero me las apañaré.

Romeo tiene la vista clavada en Lisandra.

—Tenemos una cuenta pendiente —dice.

—Saldaré la cuenta con mucho gusto —responde ella, esbozando una sonrisa.

Paris se gira hacia ella.

—No hagas daño a mi hermano.

—No —contesta Lisandra—. A él no mucho.

Y entonces pega un brinco hacia delante, seguida por sus propios compañeros, mientras Paris se queda atrás.

Creí que Lisandra atacaría a Romeo, y en cambio arremete contra Laurela, pero Terencio se interpone y para el golpe.

—Te voy a borrar esa maldita sonrisa —gruñe.

Ella retrocede un paso, usando la misma fuerza de Terencio para desequilibrarlo, y acto seguido contraataca.

No tengo tiempo de seguir sus movimientos, porque un Iniciado intenta un fondo hacia mí.

Lo desvío golpeando la punta de su espada.

—¿Eso pretendía ser un fondo? —digo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, desde la nuca hasta la punta de los dedos. Es la lúcida emoción del combate. Como si se apoderase de mí, como si quisiera actuar por mí.

Mis músculos se mueven instintivamente. Siguen la memoria de solasterios de duelos con Netria. Coloco la hoja a la altura de mi mejilla, la punta girada hacia el Iniciado, llevo un pie hacia delante y roto el busto imprimiendo fuerza desde el costado y el hombro. Lo golpeo en el centro del triángulo que tiene en el pectoral y él se desploma con un lamento, asombrado.

—Esto es un fondo —sentencio. Hay arrogancia en mi voz. No lo puedo evitar. Me gusta.

Me giro para mirar a Teobaldo, que controla a dos Iniciados mientras Florencia gira a su alrededor buscando una abertura en su guardia.

Benvolio está luchando contra la hermana Palacordio. Retrocede con cada parada.

Alena voltea, su melena pelirroja se abre a su alrededor como la cola de un pavo real. No está luchando: está bailando. Esquiva los golpes. Es rápida, pero no lo suficiente.

El Iniciado al que se está enfrentando la regatea y le da en el brazo derecho, que se inmoviliza. Se le cae la espada, pero antes de que toque el suelo Alena pirueta sobre sí misma agachándose y la agarra con la mano izquierda. Sonríe y retoma el combate como si no hubiera ocurrido nada.

Amleto ruge. Sigue esquivando los golpes adversarios. Todavía no ha alzado la espada. No le sirve. Se agacha, apoya las palmas de las manos en el suelo, rota sobre sí mismo y alarga una pierna, efectuando un barrido, y su adversario se cae al suelo de espaldas. Solo entonces Amleto toca delicadamente su triángulo con la punta de la espada.

Romeo está retrocediendo frente a dos Iniciados. Logra mantenerlos a raya, pero parece distraído. Amleto se precipita a echarle una mano.

Lisandra debe de haber golpeado a Terencio en la pierna, porque el gigante solo consigue andar a duras penas mientras la Corvato lo supera para atacar a Laurela.

Esta para un golpe. Una parada perfecta: el brazo en línea con la espada, el movimiento recto y no en arco.

—Luchas de manera elegante, Valfiero —dice Lisandra—. Pero la elegancia no está hecha para la guerra.

Le asesta un golpe tras otro. Laurela está agotada, Lisandra es demasiado rápida. Demasiado impetuosa. Demasiado fuerte.

—Ya basta —dice Laurela en un momento dado.

Lisandra se ríe con sarcasmo.

—¿Es una orden, mi señora?

Luego desciende la espada sobre el gorjal de Laurela, que abre los ojos como platos, sin respiración. El segundo golpe, directo al corazón, la manda al suelo, paralizándola.

Oigo un grito. Baltasar está en apuros. Me precipito hacia él, pero no llego a tiempo: su adversario lo golpea en las piernas y él se cae.

—¡Hermano! —grita, pero Paris no responde.

Me enfrento al Iniciado. Empuña la espada con las dos manos. Es fuerte. Retrocedo hasta que mi espalda choca con alguien. Me giro para esquivar al nuevo enemigo, pero me encuentro frente a Romeo. Él me mira y asiente. Somos dos contra tres, pero podemos lograrlo.

Mercucio está al lado de Alena. Se ríe mientras lucha.

Busco a mi primo. Florencia se está alejando de la escaramuza, le han dado en ambos brazos. En cambio, Teobaldo se ha librado de sus adversarios.

Benvolio está en el suelo y se lamenta.

Terencio lucha contra Lisandra; ahora su brazo izquierdo pende inerme, pero él parece no darle importancia.

Esquivo un ataque, golpeo a mi enemigo en el estómago y luego hago deslizar la hoja abajo hacia el muslo. Su pierna cede de golpe y él se cae de rodillas. Lanzo una mirada a Romeo. Uno de sus enemigos está en el suelo. Bien.

Y entonces pierdo el equilibrio porque mi pierna derecha se vuelve pesadísima. Maldita sea. Me giro y golpeo en el pecho al adversario que me ha dejado coja. Mejor asegurarme.

Echo un vistazo por encima del hombro. Si Lisandra sigue así, dentro de poco Terencio también caerá.

—Teobaldo —grito—, ¡ayúdalo!

Mi primo dirige una mirada a Terencio y me parece que se encoge de hombros. Le trae sin cuidado.

Mientras Terencio intenta sobrevivir contra Lisandra, Teobaldo alcanza a Florencia. No tiene sentido, ella ya está a salvo.

—¡Tenemos que tomar la torre! —oigo gritar a Mercucio.

El Iniciado que está luchando contra mí se me acerca. Romeo me mira y luego mira a Terencio.

—Ve con él —le digo, y aprieto los dientes.

Romeo hace un gesto de asentimiento.

—¿Estás segura?

Asiento. Luego profiero un rugido: me cuesta moverme por culpa de la pierna bloqueada, pero todavía puedo luchar. El furor de la batalla no me deja sentir el cansancio.

Esta… Esta no soy yo. Está sucediendo de nuevo, como aquella noche. Siento mi cuerpo vibrar, la furia me colma.

Pero hay una parte de mí, escondida detrás del estruendo y del deseo de herir y de derribar enemigos, que me dice que estoy pasando algo por alto.

Paris.

¿Por qué no está luchando junto a sus compañeros?

Todo a mi alrededor está atenuado, mi deseo de luchar devora todas las cosas, todas las voces, todos los movimientos que no estén destinados a aniquilar al enemigo.

—¡Teobaldo! —¿Esa es la voz de Mercucio?—. Ayúdame a subir, todavía podemos lograrlo.

—¿Y hacerte de taburete? —Mi primo se ríe—. Jamás.

¿De qué hablan?

Tanto da. Ataco. Envisto. Vuelvo a atacar. Es como si ni siquiera notara el peso de mi pierna inmovilizada.

Derribo a mi adversario.

—¡Julieta! —Mercucio me está llamando.

Me. Está. Llamando.

Alzo la mirada. Está en la base de la torre; un resplandor azul desaparece en el interior de la ventana. Federico Palacordio está en el suelo. ¿Cómo se ha caído? Las enredaderas se mueven, se agitan. Cortadas.

—Ayúdame —grita Mercucio—. ¡Tenemos que subir!

Teobaldo se está acercando a la torre, pero despacio, como si la estudiase. No quiere quedarse atrapado. Es orgulloso, demasiado.

Romeo está defendiendo a Terencio; él y Lisandra blanden las hojas a la velocidad del rayo, cada golpe es un grito de odio, y lo veo recular, cansado y herido. Lisandra lo desequilibra y un golpe en el pecho lo deja fuera de combate.

Me vuelvo a poner en pie y lucho contra el deseo de ensañarme con el Iniciado que está en el suelo frente a mí. Debería reunirme con Mercucio, defender a Terencio, hacer razonar a mi primo.

Pero ya es demasiado tarde.

Un grito de triunfo se alza por encima de lo que queda de la batalla.

Paris.

Debe de haber trepado y ahora está en la ventana de la torre. Sonríe, triunfante. En la mano sostiene una esfera de bronce.

—La torre es nuestra —proclama, mientras la cumbre de la estructura se ilumina como si decenas de antorchas se hubieran encendido de golpe. Debajo de él, las enredaderas se abren, revelando una puerta—. El Fundamento es nuestro —dice, alzando la esfera de modo que todos podamos verla—. Habéis perdido. Tomad a vuestros caídos e iros, si no queréis acabar como las demás Tropas.

La fría calma de la derrota me cae encima; el furor de la batalla, el deseo de sangre, me abandona.

Miro las cimas de las demás torres. Todas están iluminadas.

Si no hubiese querido ir a la Torre central, si solo hubiésemos llegado antes, lo habríamos logrado.

Y en cambio hemos perdido. Ha sido culpa mía.

32

Romeo

Hace veinte días que no comemos. Bebemos agua de lluvia y descansamos al sereno en una casa derruida, sin techo. Cada vez que los anillos de piedra rotan junto con las torres, un ruido sordo irrumpe en el valle, precedido del tañido de una campana más grave y fuerte de la que anuncia el alba.

Hemos intentado entender cómo funcionan los Movimientos, si detrás de esas rotaciones casuales en realidad hay un patrón, pero no lo hemos encontrado. Seguimos cavilando, Julieta la que más, pero hemos recopilado pocas ideas y ni siquiera son válidas.

Lo único cierto es que siempre que se produce un Movimiento, la tierra se mueve y tiembla, y la Aldea se desmorona cada vez más. Techos y paredes han aplastado a algunos Iniciados, que los Trasladores se han llevado, y varios de ellos no han regresado. Algunas Tropas se han reducido a diez miembros, o incluso a nueve. Sus posibilidades disminuyen junto con el número de compañeros. Por eso nuestra casa tiene el cielo sobre la cabeza; esperemos que ese no nos caiga también encima en el momento menos pensado.

Las torres se tambalean, pero permanecen íntegras, impregnadas con toda probabilidad de la Pertenencia de los Arquitiempos, que las devuelven continuamente a su estado inicial. En nuestro segundo día

vi derrumbarse una parte de la torre de los Aeterianos, pero fue un batimiento y enseguida se recompuso delante de nuestros ojos. No fue así para los dos Iniciados de la Tropa que la ocupaba, que se desplomaron en el suelo. Uno se salvó. El otro no. Me di cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaban.

Desde entonces hemos entendido para qué sirve el repiqueteo de la campana antes de cada Movimiento: nos avisa para que salgamos corriendo y nos pongamos a salvo, en especial los que se encuentran en el interior de las torres.

Mi mente no está tan concentrada en las torres como sí lo está, en cambio, en Rosalina. No puedo dejar de pensar en ella. La idea de que esté convencida de que ya no me importa ha tomado la mitad de mis pensamientos. El temor de que yo pueda tener la Enfermedad, la otra mitad. El ansia por ambas situaciones me devora más que el hambre. Hace solo unos días los Ensiferios entraron y se llevaron a rastras a un Iniciado. Forcejeaba dando coces, gritaba e imploraba piedad. Baltasar, que sabe casi todo lo que sucede en la Aldea, me dijo que tenía la Enfermedad. Hace amistades con facilidad, tal vez porque nadie lo considera un peligro, dada su discapacidad. Así, a menudo nos trae noticias sobre lo que ocurre. Temblé durante casi dos días, aterrorizado por si me dormía delante de todos. No ha ocurrido, pero sé que ocurrirá. Cuando me tumbo e intento descansar, mis manos se aferran al abalorio. He buscado una manera de salir de la Aldea. Las piedras de la muralla son demasiado lisas y carecen de agarraderos, aparte de los hoyos a unos tres brazos de altura que recorren todo el perímetro de las fortificaciones. Siempre que puedo, intento recorrer la pared buscando un lugar para escalar. Pero no he tenido suerte. A

menudo, los de las demás Tropas me encuentran solo y me tiran al suelo solo por el placer de hacerlo. En cualquier caso, sin el anillo no sabría cómo abrir la Trampilla.

Las ruinas nos resguardan del viento que nos hiela la cara. Elegimos unos escombros en el anillo más externo, como hicieron muchos otros. Solo que, a diferencia de ellos, establecimos nuestra base en el interior de una casa semiderruida. Está lo suficientemente destruida para no caernos encima, pero lo suficientemente íntegra para brindarnos refugio, y además el último anillo queda protegido por la muralla. No somos los únicos que escogimos una guarida en la que refugiarnos.

Hacemos turnos de guardia, luchamos por este emplazamiento y ahora lo defendemos como si fuese una torre. Las demás Tropas que como nosotros han fracasado merodean con cautela por la Aldea, por miedo a sufrir igualmente un ataque. El hilo que unió a todos los Iniciados frente a los cadáveres en la Gruta de la Muerte —como ha sido rebautizada— ha sido cortado por la voluntad de supervivencia, el frenesí del poder, la desesperación.

El sol es una pálida sombra gris y está cubierto por un cielo hecho de un manto de arena que, a pesar del viento, nunca desaparece. Hay una espesa cerrazón que ni siquiera la lluvia es capaz de limpiar y que nos recubre como si fuera ceniza. La temperatura es fría, y el castañeteo de los dientes es la música que acompaña nuestras cadencias. Tenemos el pelo enfangado; los labios, agrietados y cortados por las corrientes glaciales; y nos cuesta trabajo mantener los ojos abiertos. Las bufandas nos envuelven el rostro, pero no siempre son suficientes para detener la arena, que se nos mete por todas partes. Si la gruta era húmeda y calurosa, aquí hay hielo y

escalofríos. Solo el hambre es igual. A menudo también llega *la otra*, sigilosa, nos sube a la garganta hasta que se abre, pero no recibe nutrimiento. La mantenemos a raya. Cuando vislumbramos a los Rápidos al servicio en las torres, el afán aumenta, pero ninguno de nosotros se atreve a acercarse. Estamos escondidos como ratones olisqueando queso ajeno.

Hemos perdido peso, y la debilidad es lo único que nos llena el estómago. Pero el Decano tenía razón: seguimos vivos gracias a la última *comida*. Debe de habernos dado un poco de energía, que consumimos cadencia tras cadencia. Lo veo en los rostros de mis compañeros, en sus ojeras, en sus miradas cansadas y en el hedor a moho que todos llevamos encima; somos más viejos, de algún modo.

Las torres han sido todas tomadas, salvo claramente la del centro. Nadie se acerca, todos lo han intentado y, como nosotros, han sentido el terror insinuándose bajo la piel. No sabemos lo que esconde esa torre, pero la única sensación que tenemos es de muerte. Así que permanece allí, erecta, orgullosa, inviolada. Parece aguardarnos, pero sabemos perfectamente que es solo una trampa para succionarnos de nuevo un poco de cordura. Nos hemos preguntado qué tipo de Pertenencia puede ser, y no hemos logrado desentrañarlo. Pero hasta que no se viole la última torre, esta agonía no tendrá fin.

De vez en cuando nos examinamos para ver si la Marca del Alma está progresando en nuestro cuerpo. Obviamente no. Por lo demás, ¿qué podría contar sino que somos unos fracasados, irascibles e inmaduros? Es más, a todos nos parece que la Marca se ha

atenuado. Tememos que se desvanezca para siempre, y nosotros con ella.

En cambio, las Tropas en el interior de las torres se pasean altaneras mostrando el cuello, para exhibir de qué modo su Marca se está volviendo cada vez más nítida. Los Fundamentos encontrados incluso han obsequiado a algunos con una muestra de lo que podrá ser su Pertenencia, una vez la Lectora los haya Vinculado al poder. Los hermanos Palacordio han empezado a probar qué significa ser un Ardefrío, después de que la Tropa de Paris haya tomado el Fundamento tanto de la torre del lago helado como el de la que está circundada por arena del desierto. Es una Pertenencia primaria, recién nacida, que todavía no sabe andar sobre sus piernas, y sin duda los Palacordio no son capaces de enseñárselo. Por lo tanto, se les da fatal. A veces se concentran durante cadencias y todo lo que sacan es una bocanada de humo; otras veces, por poco no incendian a sus compañeros, motivo por el que Paris los tiene en el exterior de la torre de los Trasladores, donde han emplazado su base estratégica. Sospecho que esa torre también cuenta con un poder curativo para remediar sus errores. No cabe duda de que la Tropa de Paris es la más fuerte: no tienen ni siquiera un rasguño, incluso después de los asaltos a las torres o de las batallas de defensa, en las que deberían de haber coleccionado algunos moratones.

Todos los que han conquistado las torres han empezado a evolucionar, volviéndose más y más parecidos a los Extrema Sangre. Todavía hará falta tiempo, desde luego, y hasta que la Lectora no apruebe su poder no serán completos, pero por lo que nos atañe, ya nos parecen demasiado grandes y ágiles. Será difícil vencerlos.

Un chiquillo alto como una tina y seco como una escoba, que recuerdo haber sacado del agua en la gruta tembloroso y asustado, ahora es más alto que yo. Creo que se llama Máximo Malacarne; está en la Tropa de la Palavicino. Tomaron la torre de los Graves a mediados de lateluna. Sus músculos son fuertes y la mirada desconcertada que tenía ha dejado paso a la confianza y la seguridad en sí mismo. Cuando hace tres días me abatió con un golpe en pleno pecho —golpe que si hubiera estado en forma habría parado con facilidad— se disculpó. Sé que lo hizo sin arrogancia, pero yo me sentí herido igualmente. Solo un lateluna antes de entrar aquí dentro, ni siquiera hubiera tenido el valor de enfrentarse a mí.

Todas las noches intentamos expugnar alguna torre y todas las noches la mayor parte de nosotros acabamos espachurrados en el suelo, incapacitados para movernos, y cuando se producen los Movimientos notamos el temblor de la tierra hasta en las entrañas. Antes de que llegue el amanecer y nuestras armaduras vuelvan a hacerse ligeras, somos la diversión favorita de las Tropas en las torres. Les encanta hacer escarnio de nosotros. Y no solo eso. Estoy bastante convencido de que alguno se me ha meado encima, dado que apesto a carroña. Cada insulto me ha hecho sentir más pequeño, más indefenso. Si al inicio montaba en cólera, luego he empezado a creerme lo que decían. *Multo quam ferrum lingua atrocior ferit.* Los latinos eran sabios. Quizá fueron demasiado arrogantes y su presunción los llevó a la derrota, pero casi todos sus proverbios son ciertos. La Seca no pierde ninguna ocasión para tirarme al suelo, luego se acerca a mi oído y me promete muerte y dolor. A pesar de que aquí en la Aldea me ha derrotado mil veces, no

olvida que la vi huir con el rabo entre las piernas. Y yo no olvido que ella no es más que una asesina.

La Tropa de Paris avanza sin que nadie pueda detenerla y aplasta a todos los que se interponen en su camino. Baltasar se topó en el campo con su hermano, que lo dejó fuera de juego con dos estocadas que le alcanzaron ambos brazos, pero no le bastó. Lo derribó golpeándolo en el pecho. Puede que haya que actuar así para ser los primeros. Sin tener piedad de nada ni de nadie. Han conquistado otras tres torres, después de la de los Trasladores, derrocando a los que estaban en su interior. Se ha convertido en su modo de luchar: esperar a que una Tropa resuelva el enigma de una torre y luego correr a asaltarla. Es de cobardes, pero funciona. Además, ninguno de ellos ha intentado conservar las torres, dividiendo así sus fuerzas. Muy estratégico y astuto. Las torres que han quedado vacías han sido tomadas por asalto, no por la Pertenencia o la puntuación en la clasificación, sino para tener comida y entrar en calor. Incluso nosotros lo hemos intentado, pero en eso el fracaso también nos ha estrechado la mano.

Dentro de poco empezarán las clases y los Altos Maestros tendrán claro enseguida qué Tropas son más valerosas y cuáles más débiles, solo hará falta olernos. El primer día éramos la Tropa más temida, y ahora se ríen de nosotros y de las continuas riñas que protagonizamos; así, hemos pasado de ser la Tropa que vencer a ser la que compadecer. Ahora ya ni discutimos. Nos hemos rendido, y la moral está por los suelos junto a nosotros, las casas que se caen a trozos y los escombros que hay por doquier. Nos parecemos un poco a esas ruinas: de nuevo sucios, consumidos, cansados y rotos. Solo Julieta se pasa todo el día observando las torres. Da la sensación de

que de un momento a otro deban hablarle y darle una respuesta, mientras juega con esa esfera que siempre tiene entre las manos. Cuenta los Movimientos, dibuja en el suelo las posiciones de las torres, pero cada vez parece que el movimiento es casual. La oigo renegar mientras con la bota borra de la tierra lo que acaba de dibujar para hacerlo de nuevo. Yo procuro mantenerme alejado, pues desde que perdimos la torre de los Trasladores está intratable, colérica, furiosa. Ha conseguido pelearse con todo el mundo, hasta con Teobaldo, que por lo general la venera. Nadie la mueve de ahí. Creo que se ha echado a la espalda nuestro fracaso. Pero no es culpa suya. No es culpa de nadie tener una idea, aunque luego se demuestre equivocada.

Me como un pedazo de raíz que está tan dura que temo que me vaya a romper los dientes. No sabe a nada, pero me llena el vientre, como la tierra y el lodo, que no tienen buen sabor, pero cumplen el objetivo. Los insectos tampoco están mal, aunque quizá son un poco viscosos.

A pocos brazos de nosotros está la Tropa de Marina Codalunga. Son frágiles como las amapolas, el símbolo de su casa, y creo que pronto a ellos también los destruirá una ráfaga de viento. Uno me mira. Ansía mi pedazo de raíz. Tiene los ojos vidriosos, anegados de lágrimas. Alargo la mano sucia de tierra hacia él. Cuando lo entiende, avanza sin alzarse realmente del suelo, lo agarra y luego huye. Se asegura de que nadie de su Tropa se haya percatado y empieza a masticarlo. Nosotros, en cambio, lo compartimos todo: ratones, insectos, tubérculos indigestos, agua y lodo. Mercucio así lo

ha exigido. Sigue repitiendo que debemos mantenernos unidos si queremos vencer. Yo me contentaría con sobrevivir.

Me siento en el suelo apoyando la espalda contra una de las ruinas que nos amparan. Con un palito anoto en la tierra los virajes en las galerías para llegar a Rosalina. Lo hago y luego lo borro para volver a hacerlo. Me da miedo olvidarme del camino. A la décima vez se me desenfoca la vista. Mis párpados están cansados, me pesan. Una ligera pereza me hace cosquillas en la mente. Tengo ganas de abandonarme. De dejarme ir siempre más abajo. Dejo caer la cabeza a un lado. Es placentero, como cuando placas la sed, o el hambre. Resulta gratificante.

De golpe abro los ojos de par en par, con el corazón a mil. Me giro para ver si por casualidad me ha visto alguien. Pero no es así. Terencio cuchichea con la Valfiero. Le está contando algo que la hace reír, a pesar del hambre. Benvolio, Amleto y Baltasar tratan de trazar un plan para asaltar la enésima torre y dibujan hipótesis sobre la tierra con un palito. Desde que su hermano lo humilló, está decidido más que nunca a conquistar una torre y vencerlo. Teobaldo y Florencia me dan la espalda y se confabulan para quién sabe qué. Julieta, como siempre, vigila las torres. Busco a Mercucio. No lo veo, tampoco está con Folco, que en cambio juega a tirar piedras contra la pared con Alena. Mi corazón no para de latirme desbocado. Sé que estaba a punto de dormirme.

—¿Qué es lo que te tormenta? —Mercucio se desliza a mi lado sobre el suelo, con la espalda apoyada contra la ruina—. Además del hambre, el cansancio, la náusea y las ganas de sorber a una Rápida hasta la médula. Metafóricamente hablando, claro.

—Nada —digo sin mirarlo. Tomo aire e intento calmarme. ¿Dónde estaba? ¿Me ha visto?

—El dolor que no habla susurra al corazón sobrecargado y le ordena que se rompa, recuérdalo. —Este es mi amigo poeta.

—No corro ese riesgo, Mercucio, mi corazón ya está roto en varios pedazos, tantos que no estoy seguro de que siga latiendo.

—Yo también he pensado muchas veces que en realidad estamos muertos y que todo esto no es más que un sueño de los Rápidos.

—Si esos son sus sueños, afortunados nosotros, que no dormimos. —Me sale una risita nerviosa un poco ahogada, mientras me pregunto si hablar de sueños ahora es una mera casualidad. Me trago el miedo y el ansia, pero vuelven a remontar.

—Me han hablado del mundo al que van, cuando se duermen… Un mundo donde se anda por el humo, las aventuras se fragmentan tanto que parecen de cerámica, son mosaicos que se mezclan, y los despertares se convierten en vientos que escapan a la comprensión. Pero la percepción de lo que se ha soñado permanece como un rastro que seguir. Aventura en la aventura. Soñar debe de ser bonito.

Por un batimiento estoy tentado de explicarle lo que me acaba de ocurrir. Pero enseguida ahuyento este deseo, como podría hacer con una mosca. Quisiera fiarme de Mercucio, de veras. Ha demostrado ser un excelente amigo y un magnífico Capitán. Pero la Enfermedad es la Enfermedad. Si no me denunciase, correría el riesgo de que lo condenaran a él también. Así que cierro la boca. Apoyo la cabeza sobre la piedra. A lo mejor me he equivocado y no estaba a punto de dormirme.

—¿Qué dibujas? —me pregunta mi amigo mirando el borrón que he hecho sobre la tierra.

—Es un mapa del edificio. Tengo que ver a Rosalina. —Pronunciar su nombre en voz alta me duele.

—¿Rosalina?

—La hermana de la Seca.

Abre mucho los ojos.

—¿Una Corvato?

—Ella es distinta.

—No. Todos somos ni más ni menos que lo que somos. Solo que, a veces, nos comportamos de manera diferente. Pero nuestra naturaleza está ahí, para recordarnos de dónde venimos.

—Yo la amo.

—No te dejes embaucar por el amor, amigo mío. El amor es un engaño enamorado de sí mismo. Galopa en tu cerebro llevándote a desear, anhelar besos y caricias. Te da la ilusión de regocijo, pero ya empieza a tejer decepción y dolor, porque se divierte haciéndote creer que existe, y cuando ya no lo encuentras te percatas de que nunca estuvo. El amor es similar a los sueños de los Rápidos: oyes su eco, pero no su voz.

—Solo habla así quien ha sufrido por amor.

—O quien ha descubierto su truco. Creemos que el amor se encuentra aquí, donde está el corazón, porque es donde albergamos la Pertenencia. Pero el amor es un ladrón. De por sí no tiene poder, y por lo tanto quiere el tuyo, quiere convertirte en su esclavo para que tú puedas luchar en su nombre. Sin darte cuenta, siempre saldrás perdiendo y al final hallarás la muerte.

—Te da miedo…

—Desde luego que me da miedo. Pero no tanto él como sus hermanos: posesión, celos, envidia, agonía, cólera, rabia, muerte. ¿Por qué querría yo entrar en una familia así?

—¿Y Alena, entonces?

Niega con la cabeza.

—Alena y yo somos amigos. Nada más que amigos. Tú estás muy ciego. No está interesada en mí.

Me pone una mano en el hombro y me hace girar. Alena y Folco han dejado de arrojar piedras y ahora se están entrenando con la espada. Él es demasiado lento para ella, que con un arma en la mano es una furia. Es tan buena que logra golpearlo allí donde no hay armadura de modo que no se quede inmovilizado en el suelo pero su orgullo quede herido de todos modos. Lo desarma y su espada cae al suelo. Alena se la coloca en la mano de nuevo.

—Otra vez —la oigo decir.

Él gruñe y ella echa a reír antes de desarmarlo de nuevo. Nunca había visto a Alena reírse así. Cuando Folco hace un buen fondo, ella alza la espada en señal de victoria. Y luego vuelven a entrenarse. Ella está cerca de él, le toma el brazo desde detrás y le enseña cómo ajustar la postura. Folco le dice algo y Alena le da un empujón, pero están jugando.

—¿Alena y Folco? —Me he quedado pasmado—. El mundo gira al revés. ¿O quizá es el amor?

Mercucio niega con la cabeza.

—El amor no tiene sentido en este lugar. Te distrae. Además, Rosalina es una Vestal. Debes olvidarla —me dice apoyando la mano sobre mi muslo, en un patético intento de consolarme.

—¿Precisamente tú me dices esto? Que hablas de sueños a pesar de no dormir. Que te metes en trifulcas para ayudar a desconocidos. Que intentas que se hagan amigos los que se han ensuciado las manos con la sangre del otro. ¿Y precisamente tú me exhortas a la resignación? En el amor no hay solo posesión, dolor y agonía; también hay pasión, deseo, felicidad, euforia, satisfacción.

—He visto a mi madre raramente en compañía de los últimos, mientras que a menudo he presenciado cuando los primeros iban a encontrarla. —Se le ensombrece el rostro. Yo guardo silencio, pues no quiero hacer aflorar recuerdos dolorosos, pero él prosigue—. Mi madre viene de una familia con una fuerte Pertenencia. A menudo los matrimonios son políticos y se celebran para crear líneas de sangre poderosas. La casa de los Volterra era perfecta para la unión. Nacieron hijos vigorosos, como mi hermano Valentino: un Esencial de los Leviantes, además de Almanario. Pero eso no es suficiente para construir un buen matrimonio. En una unión se necesita equilibrio: Petrucio Volterra se enamoró de ella, pero mi madre no le correspondió, y eso le hizo perder el juicio. —Noto que no lo ha llamado «padre»; no lo interrumpo y él sigue enrollando los rizos de su pelo, como siempre que está nervioso—. Ella y mi padre se conocieron en el campo de batalla. Se enamoraron. Él murió poco después, tal vez por culpa de los Incorpóreos…, y ella volvió con Petrucio con una verdad incómoda que explicar y que llevaba en el vientre: yo. Petrucio me adoptó, pero mi madre lo pagó todos los días de su vida. Hasta que no pudo más. Cuando ella se fue me quedé solo durante mucho tiempo. Luego él se volvió a casar con la hermana de Escalo. Ha sido una buena madre, a pesar de que no tenemos la misma sangre. Pero no es mi madre, y Escalo en realidad

no es mi tío. Yo no era más que un niño de siete solasterios cuando ella se fue. Me dejó algún recuerdo rasgado y triste, pero una gran enseñanza: no puedes desear lo que no puedes tener. Créeme, Romeo, te llevará a la muerte, y yo no quiero estar allí cuando eso suceda.

Oímos la carcajada de la Valfiero, que se mece en el viento que llega hasta nosotros.

Mercucio la señala con la cabeza.

—¿Comprendes lo que quiero decir? Mira a Laurela: creíamos que tenía el corazón de piedra, y Terencio ha logrado esculpirlo. Y ahora ella lo ama y nunca lo podrá tener.

—No me gusta la Valfiero y, desde luego, no me gusta que esté con mi amigo, que en cambio tiene el corazón friable como el lodo seco. Bastará poco para que se desmigaje. Él está más acostumbrado al sexo que al amor.

Sonríe con benevolencia.

—Mi querido Romeo, a veces estás realmente ciego.

Apoya la cabeza contra la pared y nos quedamos en silencio por un batimiento. Observo a Terencio y trato de comprender a qué se refiere Mercucio, pero lo veo alegre y despreocupado, no distinto de todos los días. Y Laurela lo escucha embelesada. Me dan una pizca de envidia. Del mismo modo en que envidio a Alena y Folco. En este lugar, encontrar a alguien con quien compartir el miedo y olvidarlo no tiene precio… Sin quererlo, mi mirada se dirige a Julieta. Las manos en las caderas, los ojos hacia las torres. En la Gruta de la Muerte nació un acuerdo entre nosotros. Un acuerdo tácito. Una suerte de tregua. Ella se hizo cargo de mi miedo y yo hice lo mismo. Hicimos buenas migas. A veces incluso demasiadas, en opinión de

los demás. Y quizá tenían razón. Incluso me sentí culpable, pero no por ellos, sino por Rosalina. No obstante, verla tan lejana y distante hace que me sienta condenadamente solo.

Resoplo y desvío la mirada, y sobre todo mis pensamientos, y me concentro en Rosalina.

Recopilo las ideas. Para salir de aquí me vendría bien algo de ayuda.

—Rosalina me envió un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿De qué manera? —pregunta Mercucio abriendo mucho los ojos.

—De una manera que jamás imaginarías. A través de los Rápidos. De sus recuerdos. —Niego con la cabeza, todavía sorprendido por la genialidad—. Es un sistema de comunicación realmente óptimo. En especial para los chivatos. Son mensajeros perfectos. —Ahora que he captado su atención, continúo—: Cuando nos nutrimos, empezamos a absorber sus emociones y también sus recuerdos, ¿verdad? Lo sentimos en nuestra piel. —Se ensombrece; rememorar ese momento es doloroso para todos—. A medida que nos alimentamos, los Rápidos olvidan. Pierden aquella pequeña parte que hemos absorbido y la adquirimos nosotros. Por lo tanto, basta con meter un mensaje dentro de su cabeza y que te nutras del mensajero. Tú tendrás la información y él olvidará que te la ha dado.

Le doy vueltas.

—Ni siquiera se les puede interrogar sobre eso.

—Exacto, porque ese recuerdo se borra.

Se rasca la barbilla.

—Cuando yo… —le cuesta trabajo decirlo y juguetea con la cinta roja de su Rápido, que ahora lleva atada a la muñeca— absorbí… en

el banquete… los recuerdos me llegaron confusos, mezclados, sin un orden preciso. ¿A ti no?

No respondo. No me apetece preguntarme sobre otro problema que surgió en la Academia. No me apetece volver a pensar en mi nodriza y en el secreto que trajo consigo.

—¿Quién era? —pregunto mirando la cinta roja.

—Solo un chico que tuvo la mala suerte de ser mi amigo. Petrucio favoreció nuestro vínculo. —Aprieta la mandíbula—. Él tiene los mismos sentimientos que Benvolio, los tolera y a veces los usa. Con Lucio era… permisivo. Yo no entendía la razón. Ahora la sé. Le servía que me aficionase a uno de ellos.

—Has conservado la cinta roja…

—Míranos. Míranos a todos, no solo a nuestra Tropa. Todos y cada uno de nosotros hemos perdido a alguien, y todos hemos visto morir a nuestros compañeros. Quizá no los considerábamos así, pero lo eran. Muchachos como nosotros, instruidos para la muerte, pero llenos de esperanza. Todo eso ocurrió hace unos días. Pero la compasión la olvidamos en medio de los muertos. Yo no quiero olvidar.

Le pongo una mano en el hombro. Él alarga los labios para esbozar lo que debería parecerse a una sonrisa.

—Te ayudaré con Rosalina. Si tenemos que morir, más vale que elijamos nosotros cuándo y de qué manera. Si quieres hacerlo por amor, te echaré una mano.

La alegría debe de haberme iluminado el rostro, porque mi amigo niega con la cabeza.

—Sí que te ha dado fuerte. Está bien. En la muralla de más al Oeste, detrás de la torre de los Leviantes, hay piedras donde el

ascenso podría ser más fácil. Hay espacios entre un pedrusco y el otro. De noche podrías conseguirlo. Solo debes estar ojo avizor a que nadie te vea bajar por el otro lado.

Estoy a punto de darle las gracias cuando unos gritos interrumpen nuestra charla.

Nos ponemos en pie a pesar del cansancio y nos giramos hacia el vocerío.

La Tropa de Marina Codalunga ha echado a correr hacia la Torre central. Ella se arrastra más que corre, pero está guiando a su grupo hacia su ruina. No creo que cuenten con un plan concreto más allá de estar desesperados, aunque eso no es ningún plan, es un hecho.

—¡Quietos! —grito todo lo que mis pulmones y el cansancio me permiten—. Quietos.

Nosotros ya fuimos. Sabemos lo que se siente.

No me escuchan.

Se dirigen a trompicones hacia la torre.

33

Romeo

Las demás Tropas también han abandonado los escombros de la Aldea y observan entre curiosas y estupefactas el suicidio de Codalunga y de sus compañeros. Incluso los que permanecían protegidos en las torres salen para asistir al triste espectáculo.

Y los incitan.

Los espolean a seguir adelante.

Solo nosotros les estamos rogamos que den media vuelta. Pero cuando ya no tienes nada que perder, incluso la muerte puede ser una victoria. Sus vientres están llenos de desesperación y su orgullo sangra más que las heridas. No darán media vuelta.

Cuando entran en el perímetro de la torre, hecho de losas de piedra caliza, lo sabemos de inmediato, porque un extraño silencio se instala en la Aldea.

Se queda allí quieto, como un colibrí.

Uno, dos, tres, cuatro batimientos, y al quinto llega la locura.

Marina se coge la cabeza entre las manos. Rompe a llorar tan fuerte que su dolor me embadurna la cabeza y me confunde. Algunos se desploman en el suelo y se revuelcan en su desesperación. Dos Iniciados tan flacos que parecen vacas en época de hambruna intentan salir del perímetro empujándose uno al otro,

metiendo los dedos en la piedra y avanzando. Pero la torre es el canto de las sirenas de Ulises; por más que hagas, ella te llamará siempre a ti. Y canta palabras de muerte. Los Iniciados que se arrastran por el suelo tienden las manos hacia nosotros suplicándonos ayuda. Me recuerdan a los artesones de Puerta Imperia. Pero como aquellas esculturas, ellos también permanecerán prisioneros en sus plegarias. Nadie irá a socorrerlos. Nadie está tan chiflado como para acercarse a la torre. Están rodeados por un lodo negro, espeso y viscoso. Advierto su hedor, que me sube por los orificios nasales provocándome náuseas. Intento averiguar de dónde proviene y me doy cuenta de que es la propia torre la que lo genera. Unta sus paredes, las losas de piedra, y envuelve los cuerpos de la Tropa de Codalunga, que se están ahogando en ese mar negro y se vuelven parte de él. Lo beben y luego lo sudan por la piel, les sale por la boca, por los ojos. Es un espectáculo espantoso.

—El lodo los está ahogando. Debemos sacarlos de ahí —le digo a Alena, que ha venido a mi lado.

—¿De qué hablas? —me pregunta, perpleja.

—Del lodo. El que resbala por las paredes —explico alzando el brazo hacia la torre.

Alena no responde, y cuando me giro para mirarla veo que está dudosa.

—Tú no lo ves, ¿verdad? —pregunto despacio.

Ella niega con la cabeza.

—¿Va todo bien, Romeo?

—No. —No estoy bien. No sé si mi vista me engaña o si en cambio veo una verdad que solo se me revela a mí.

Un Iniciado tan grande como Terencio llega hasta la torre, la toca y empieza a darse cabezazos contra la piedra. Al tercer golpe, la sangre salpica por doquier, pero él no se detiene hasta que ya no queda nada que picar contra la roca y se desploma en el suelo.

No puedo seguir mirando, tengo que sacarlos de ahí.

Salto hacia delante, con las pocas fuerzas que me quedan. El terror que sentí la última vez que estuve aquí cerca es tan palpable que creo que puedo tocarlo. Me detengo poco antes del perímetro y me doy cuenta de que no estoy solo.

—Y bien, ¿cómo los salvamos? —Julieta está a mi lado, con las manos en las caderas y la mirada hacia la torre. Ella también jadea.

—Tengo una teoría. Quiero averiguar si es cierta o no —respondo.

Me armo de valor y coloco una mano sobre una piedra del perímetro: limpia, blanca. No sucede nada, pero el lodo me advierte. Detiene su recorrido y cambia de dirección dirigiéndose hacia mí. Dejo que se acerque y saco la mano en el último momento. Se queda allí, suspendido. Se yergue un poco, parece que me olisquee. Lo acaricio con un dedo. El dolor llega. Se me pega encima. No es el dolor de un corte o un hueso roto. Es algo más siniestro. Lo percibo en cada fibra de mi ser. Se sienta en mi cerebro e intenta excavarse un trono. Reúno todas las fuerzas que tengo, pruebo a apartar mi mano del lodo, y entonces él se retira. Se contorsiona y se aleja de mí, como si hubiera sido yo quien le ha hecho daño. Y si…

Pruebo de colocar de nuevo la mano en la losa y esta vez el líquido se aleja. Miro a los Iniciados y pienso qué deben de estar experimentando inmersos en esa podredumbre. Mi teoría era que el lodo fuese en realidad el dolor, pero no que me temiera a mí.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Julieta.

—Creo que sé cómo sacarlos de ahí. Necesito que alguien me sostenga. Si me ves gritar, sácame de un tirón.

Ella le da vueltas.

—No me preguntes nada más. No sabría explicarlo. Y no tenemos tiempo —me anticipo.

—Está bien.

—No me sueltes, ¿eh?

—Tú no lo hiciste en la gruta conmigo. Yo tampoco lo haré. —Me tiende la mano. Yo la aferro. Y vuelvo a encontrar ese acuerdo, ese pacto tácito. Y me siento menos solo.

—¿Siempre tenemos que hacer de héroes? De vez en cuando me gustaría pensar solo en mi propia persona. —Alena se ha colocado al lado de Julieta. Detrás de ella está Mercucio, y luego Terencio, y Benvolio, y todos los demás de la Tropa. Nos cogemos de la mano formando una larga cadena. Incluso los Capuleto se unen al equipo. Solo Florencia se refugia entre las ruinas; parece un cuervo sobre las lápidas de los cementerios.

—Muy bien, Montesco. Ve a encontrar a la muerte. —La voz de la Seca me llega clara desde la torre de los Trasladores. La siguen unas carcajadas. Alzo la mirada hasta el balcón más alto. Paris es el único que no se ríe; nos mira con severidad. Su hermano está en la fila junto a nosotros. Nos observa por un batimiento y luego vuelve a entrar en la torre.

Yo pongo el primer pie en el perímetro. El lodo me advierte. Repta cerca de mí, pero no me toca. Julieta me estrecha la mano. Le correspondo con el mismo gesto para decirle que todo va bien, pero no es así. Estoy aterrorizado. Pero cuando doy el primer paso, la

podredumbre se aparta. ¿Nuestro contacto de antes nos ha inquietado a ambos? No tengo tiempo para respuestas.

Bailo saltando de una piedra a otra intentando que no me pille, pero parece que se debate entre atacarme o no. Quiero darme prisa antes de que tome una decisión. Antes de que entienda que en realidad no tengo armas contra él. Alcanzo al primer Iniciado que tengo cerca. Está tumbado en el suelo, torturado. Vomita lodo. Alargo el brazo, procurando que Julieta no entre en el perímetro. Lo agarro por el cogote y reculo arrastrándolo fuera del perímetro… Lo dejo en el suelo y me lanzo de nuevo hacia el dolor. Esta vez a quien debemos salvar está un poco más lejos. Me giro hacia Julieta.

—Pon los pies donde los ponga yo. No te equivoques, o el dolor te encontrará.

Ella respira hondo.

—El dolor siempre me encuentra, Montesco.

Sé a qué se refiere. Siento un extraño instinto de abrazarla que ahuyento enseguida. No le respondo y me lanzo a coger a otro Iniciado. Saltamos uno detrás de otro, desplazándonos con movimientos muy precisos, sabiendo que, de equivocarnos, seremos engullidos. Detrás de nosotros, nuestra Tropa se ve obligada a entrar en el perímetro, pero todos ponen los pies donde los coloco yo, jugamos al escondite con el dolor y, por primera vez en mi vida, gano yo.

Tardamos casi una cadencia en sacarlos a todos. Cuando me llevo al último Iniciado, el lodo converge en el centro, hierve, se une, se alza hacia el cielo, y oigo un grito de rabia. Entonces se desvanece tal

como apareció. Al acabar contemplamos nuestro trabajo y nos resulta bastante claro que nos hemos arriesgado para nada.

Algunos de ellos ya no respiran. Se han ido de puntillas, su corazón ha cesado de latir. Creo que Mercucio tiene razón: el amor no mana de aquí, sino que seguramente se encuentre donde no es posible soportar tanta pesadumbre.

Los que no han muerto han perdido el juicio. Conozco la enfermedad de los Rápidos que agrede su mente, dejándola tan trastornada que ya no halla la cordura.

Yo me paseo entre ellos intentando encontrar al menos a uno vivo, o que pueda decir aunque sea una frase sensata. Quiero un motivo por el que he puesto en peligro mi vida y la de mis compañeros. Pero no hay. Parece que nadie de la Tropa de Marina Codalunga se ha salvado. Julieta también ronda entre ellos, los mira y niega con la cabeza. Las demás Tropas han regresado como cucarachas a sus guaridas: el espectáculo ha terminado. Estamos solos con nuestro fracaso.

—Lo siento —digo.

Una mano, al improviso, me agarra la bota. Es Marina Codalunga. Tiene la voz ronca. Afónica.

—¿Cuántos? —me pregunta—. ¿Cuántos se han… ido?

Abro la boca, pero la cierro de inmediato. No sé qué decirle.

—¿Cuántos? —me grita.

—Todos. —Escupo la verdad.

Abre la boca pero no grita, porque se le ha cortado la respiración, el dolor se la ha tragado. Veo que el pecho se le mueve animado por continuos espasmos. Me acerco, la sacudo, la llamo. Pero su respiración está prisionera del impacto que la noticia ha tenido en

ella. Sé lo que está pensando: «Es culpa mía». Y esas palabras la perseguirán, recordándole ese momento en cada carcajada suya, en cada momento feliz, en cada instante de serenidad; ellos estarán allí para susurrarle que no tiene derecho a la alegría, porque condenó a toda una Tropa. La recuerdo en la selección, cuando abrazó a un amigo suyo. Quizá algo más que un amigo. Y ahora él también está perdido dentro de su mente, que jamás volverá a ser lúcida. Luego al fin llora. Flojito. De puntillas. No cree tener derecho a ello.

No sé qué hacer, no sé qué decir. Pero una rabia sorda hierve en mi interior. Nos han enseñado que hay una razón por la que nacemos y una por la que morimos. Pero no es esa. No perdiendo la cabeza. No atenazados por el hambre. No devorados por la culpabilidad. Marina decidió conducir a los suyos a la torre, y ahora su castigo es el de ser la única superviviente.

Julieta se sienta a su lado y le toma las manos entre las suyas. Susurra palabras de consuelo, y poco a poco la otra se serena y cierra los ojos, apoyándose en la Capuleto.

Los portales se abren para dejar entrar a los Rápidos, puntuales en su retraso que les permite no tener nunca que asistir a esos crueles juegos. Empiezan a cargar a los muertos en camillas de madera y encierran a los dementes dentro de jaulas de hierro. Solo Marina permanece en la Aldea, abrazada a Julieta, que no cesa de consolarla.

Ella es la única que ha quedado de su Tropa.

Uno de los portales vuelve a abrirse. El Decano Lorenzo entra, acompañado por dos Ensiferios. Ya tienen la espada desenvainada. No está solo, lo siguen cuatro personas. Dos son Altos Maestros. Los conozco a ambos; el primero es el Valfiero. Camina con la cabeza

alta y el mismo porte que Laurela, el pelo del mismo negro brillante. El segundo Atador, en cambio, es la Alta Maestra de los Trasladores. Me pasa por delante fingiendo que no me conoce. Y sin embargo compartimos un peligroso secreto. Me llevo la mano al pecho y toco instintivamente el abalorio que me ofreció. Vuelvo a pensar en la Enfermedad, pero no es este pensamiento el que me provoca un escalofrío: junto a ellos hay un Ensiferio que lleva la larga hoja de verdugo con la que lo vimos ejecutar a veinte Iniciados. Con la que lo vi ajusticiar a Sansón después de que Julieta decidiera que yo debía vivir en su lugar. Se acercan a Marina Codalunga. Todavía entre los brazos de Julieta, parece que no se ha dado cuenta de la llegada del Decano ni de lo que está a punto de ocurrir. Pero yo sí lo sé. Lo percibo. A estas alturas he aprendido a escuchar los pasos de la muerte cuando llega.

El Decano se acerca a ella. Le alza el rostro con una mano. Desde aquí veo sus ojos vacíos. Puede que me haya equivocado. Puede que ella sepa perfectamente lo que está a punto de ocurrir, solo que no le importa.

El Decano suspira. Se gira hacia los otros dos Atadores y niega con la cabeza. Suelta el rostro de Marina, que se refugia de nuevo entre los brazos de Julieta.

Otra señal de Lorenzo es para el Ensiferio, que se acerca a Marina.

Miro a Mercucio y voy derecho hacia él, mientras el Decano habla.

—Conduciendo a su propia Tropa a la muerte, Marina Codalunga ha demostrado ser no apta para mandar. Permitiendo su destrucción, ha demostrado ser débil. Sobreviviendo a sus propios compañeros, ha demostrado ser una cobarde —declama Lorenzo. Su voz llega a todos los rincones de la Aldea, donde los Iniciados aguardan la

nueva ejecución—. Su existencia no sería de ninguna utilidad para Alyaster.

El Ensiferio alza la espada.

—¡Esperad! —grita Mercucio.

El Decano lo mira y esboza una sonrisa que no tiene nada de benévola.

—¿Sí?

Antes de continuar, Mercucio me lanza una mirada.

—¿Seguro? —me susurra.

—Creía que te encantaban las locuras —respondo.

Mercucio asiente despacio.

—Si Marina Codalunga debe morir, es justo que eso suceda a su debido tiempo. Es el color de Alyaster. Solo han transcurrido dos latelunas desde el inicio de la Academia… Diez más nos esperan, antes de saber quién merece vivir y quién morir. —Mercucio respira hondo—. Dejad que Marina Codalunga se una a nuestra Tropa.

El Decano sopesa a Mercucio.

—Muy bien.

Alguien protesta.

—Muchos de nosotros hemos perdido a compañeros. No es justo que ellos se tomen otra ventaja.

—¿Ventaja? Creo que se trata más bien de un acto de caridad. —Lorenzo me mira sobre todo a mí—. En la guerra, los caritativos mueren. Pero si esa es vuestra decisión… —El Decano hace una señal al Ensiferio, que aparta la espada. Se van sin decir nada más, y la tierra vuelve a temblar. Veo que la Tropa de Paris se confabula. Alguien sufrirá un ataque esta noche.

Benvolio viene a mi lado.

—¿Sabes, verdad, que ella no habría hecho lo mismo?

—Soy consciente de ello, pero no…

—Pero no podías perder la ocasión de hacer de héroe una vez más, ¿no? Dices que estás listo para morir, pero yo creo que estás listo para vivir, y que te gusta ir de caballero. Perdonas a los enemigos, acoges a desconocidos confundiéndolos con tus amigos y te olvidas de los amigos que siempre han estado ahí. Creía que te conocía. Me equivocaba. —Se va; quisiera no ir detrás de él, pero mi cuerpo se mueve solo. Una mano me detiene: Alena.

—Déjalo a solas un rato.

—Es mi primo, nos hemos criado juntos.

—Exacto. Y ahora debe alejarse de ti. Compartíais un odio común y se ha quedado él solo odiando, junto con el obtuso de Teobaldo. —Se encoge de hombros—. A Florencia ni siquiera la tomo en consideración. El odio es un sentimiento muy respetable, se transforma fácilmente en amor, pero el rencor… mmm, mala cosa. El rencor, cuya única metamorfosis es la traición.

—¿Qué me aconsejas con Benvolio?

—Hazle recordar lo que os une.

Rumio eso.

—Los amigos cuya amistad has puesto a prueba se aferran a tu alma como garfios de acero. —Amleto se ha acercado a nosotros—. Y los demás…

—Benvolio habría dado su vida por mí.

—Habría… ¿Y ahora? Pero, sobre todo, ¿lo harías tú? —La pregunta de Amleto me toma por sorpresa.

—¡Por supuesto! —respondo con seguridad.

—Puede que ahora él no esté tan seguro —rebate Alena—. Tenía certezas. Aquí las ha perdido. Y no solo sobre la amistad, sino también sobre sus dogmas. Creía en la Academia y se siente traicionado. Solo necesita ver que sigues ahí, que en un momento donde todo rota, y no me refiero solo a los anillos, tú eres su punto fijo…

Le tomo el rostro entre las manos.

—Gracias, Alena. Gracias. Te besaría. Soy un idiota.

—Entonces dentro de poco querrás hacer mucho más que solo darme un beso… —Mercucio se acerca—. Tengo algo para ti. —Alarga la mano y en la palma tiene un pedazo de llamacero. Me lo mete entre los dedos.

—Ve —me susurra—. Ahora. Ve a ver a Rosalina. Nunca más se te presentará una ocasión como esta.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto.

—De alguien que ya no lo usará. Estaba muerto y tieso. Está impregnado de Pertenencia. Ahora ve. En marcha.

Mercucio pasa un brazo sobre los hombros de Alena, que me guiña su ojo sano.

Sé lo que me harán si me llegaran a encontrar, pero necesito ver a Rosalina, saber que está bien y saber si ella también tiene conocimiento de lo que sucede aquí dentro. Miro hacia Benvolio, que todavía se hace el ofendido. Tengo ganas de hablar con él. Alena tiene razón, necesita un punto fijo. El llamacero me quema en la mano. Debo elegir. Pero no tendré otra ocasión de hablar con Rosalina, mientras que con Benvolio sí habrá manera.

Estrecho el pedazo de llamacero entre las manos. Alcanzo raudo la pared que Mercucio me ha aconsejado. Después de la escena de la

Tropa de Marina, todo el mundo está encerrado en sus torres. No habrá un momento mejor.

Cuando llego al punto exacto, veo que mi amigo llevaba razón. Hay entrantes entre una piedra y otra. Supongo que en el pasado otros Iniciados intentaron escalar, quizá como yo para ir a ver a una enamorada o tal vez hartos de la desesperación y el hambre. Mientras empiezo el ascenso veo que un Iniciado junto a una pared me mira. Me quedo quieto rezando para que no dé la voz de alarma, pero no abre la boca. Se queda mirándome. Tal vez quisiera tener mi valor o mi desesperación para salir de aquí.

En un abrir y cerrar de ojos estoy en la colina previa a la entrada de la Aldea. Aquí afuera la temperatura es agradable. Camino veloz hasta la trampilla y me adentro en las galerías, mientras el ruido de un nuevo Movimiento es el preludio de la tierra que tiembla.

34

Romeo

Ahora que estoy efectivamente recorriendo el camino para llegar a Rosalina, comprendo que no hubiera podido olvidarlo. Tiene algo de cotidiano, como el camino para regresar a casa, o las calles más célebres de Verona. Incluso los olores me resultan familiares.

Una nueva lección sobre cuánto absorbemos de los Rápidos: algunos recuerdos se vuelven nuestros, en el verdadero sentido de la palabra.

Recorro diversas galerías y abro varios pasajes con el fragmento de llamacero impregnado del poder de los Graves.

Por fin llego a la plaza donde debería aguardarme Rosalina.

Pero no está.

He esperado demasiado.

Me maldigo por ello. Me la imagino aguardando todas las noches y luego yéndose, decepcionada.

Yo la he decepcionado.

El ruido de un correteo hace que coloque la mano en la empuñadura de mi espada.

Me apaciguo solo cuando veo llegar a la misma Rápida que me nutrió, aunque tenerla tan cerca me hace aumentar el hambre. Ella se da cuenta y retrocede un paso. Se señala el bozal. No tiene

miedo, solo me está recordando una Ley: no nos nutrimos de los Rápidos de la Academia sin su consentimiento. Lo sé perfectamente. Abro las manos en señal de rendición. Entre los dedos sostiene una cinta de piel negra. Me hace señales para que me vende los ojos.

—Ya te puedes ir olvidando. No me voy a poner eso.

Ella se encoge de hombros y hace ademán de irse.

—Espera. —La detengo. Se gira, pero le fastidia mi comportamiento; tiene la misma actitud que Rufina cuando la desobedecía: entre tolerante y exasperada. Hace vibrar los labios con un resoplo. Vuelve a alzar la venda hacia mí.

—¿Sabes que nos matan con la misma ligereza con la que se aplastan los insectos? ¿Por qué debería fiarme?

Ella empieza a mover las manos, a toda velocidad. No entiendo qué me dice, pero seguramente le molesta la poca confianza que tengo en ella. Se golpea el pecho tres veces y me señala. Está furiosa, exasperada. Está bien. Quizá está arriesgando su vida por mí y yo estoy siendo caprichoso. En cualquier caso, no tengo mucho donde elegir, así que debo fiarme. Asiento, tomo la venda y me cubro los ojos. Al acto, el perfume de Rosalina me embriaga. Me relajo y dejo que los recuerdos me atraviesen. Tengo ganas de verla. Este deseo me infunde ánimos. Me siento como un borracho que encuentra la puerta de su casa en medio de los callejones después de una trompa.

La Rápida me coge de la mano y nos adentramos en nuevas galerías. Ella va delante y avanza a paso ligero y yo detrás, torpe y reticente, con un brazo tendido hacia delante para localizar los obstáculos. Farfulla y resopla otra vez. La estoy retrasando. ¿Qué pretende de mí, a oscuras y totalmente indefenso? ¿Que eche a

correr? Me tropiezo un par de veces o tres. La última de ellas, se me acerca y me da unos golpecitos en la cabeza.

—Estoy concentrado. Prueba tú a no ver nada —respondo.

Emite una especie de carcajada sarcástica y entonces retoma la marcha. Más rápida. Obviamente.

Las fragancias a mi alrededor cambian en el último viraje. Una es más intensa que las demás: dulce, muy aromática. Huele un poco a leche y a azúcar quemado. Es envolvente y placentera. A lo lejos suena una música ligera, hecha de repiqueteos de campanitas. Bajo mis pies no hay tierra, mis botas se hunden; creo que es arena. Estamos bajo tierra, y sin embargo, percibo el aire fresco de la noche.

La Rápida se detiene y me suelta la mano.

—¿Dónde estamos? —pregunto. En respuesta, el sonido de sus pasos se aleja de mí mientras alguien me quita con delicadeza la venda de los ojos.

Frente a mí tengo a Rosalina. Cuánto he esperado este momento. Es la primera vez que estamos realmente a solas.

—Estás… cambiado… —me dice.

Ella también está cambiada. Ya no parece la tímida Rosalina a quien escribía poesías de amor, sintiéndome un poco ridículo y un poco amante temerario. Ya no existe la niñez que le ruborizaba las mejillas cuando nos rozábamos en las ceremonias y buscábamos lugares apartados en los que intercambiarnos miradas prohibidas en medio de la gente. Y no solo por la melena, que ahora le cae por la espalda, libre de horquillas, ni por el vestido de seda blanca, que no oculta sus formas y se recrea en una seductora transparencia. Son sus ojos, que ya no brillan, y también su voz ha perdido aquel dulce

matiz de ingenuidad de quien observa el mundo al verlo por primera vez. Parece falsa. Decido guardarme para mí que yo también la veo cambiada.

—¿Estás bien? —le pregunto, en cambio.

Asiente con la cabeza.

—Me tratan bien. La Lectora es muy amable, aunque no la vemos muy a menudo. —Hay algo que no encaja, que ya debería haber notado, y cuando miro a mi alrededor comprendo lo que es: la belleza del lugar casi hace que me caiga, cuando pienso dónde vivimos nosotros.

El entramado de galerías me ha llevado a una cavidad natural excavada en la roca color rojo tostado. Un conducto vertical similar a un largo pozo se abre hacia lo alto. No es natural, alguien lo ha esculpido. La tenue luz de la luna que se desliza desde allí hasta nosotros no sería suficiente, desde luego, para iluminar la gruta, pero desde esta galería hacia el cielo, impregnada del poder de los Aeterianos, llega mucha más luz.

Suficiente, al menos, para dejar una parte de la cueva a oscuras e iluminar en cambio la que alberga un lago verde tornasolado. La pequeña cascada que se vierte crea un sonido relajante. Alrededor hay asientos excavados en la piedra, adornados con cojines de terciopelo bordados de oro. Cuando vuelvo a mirar a Rosalina me percato de que su mirada se entretiene en mí. En mi cara consumida, en el uniforme que me ha quedado grande, en las magulladuras, el pelo sucio, los labios agrietados. Me siento todavía más mugriento en este lugar. Yo soy las huellas de lodo que ensucian los pavimentos de mármol blanco. Pero no bastará un trapo para limpiar la suciedad.

Rosalina malinterpreta mi incomodidad.

—No te preocupes, aquí no vendrá nadie. Es donde pasamos el tiempo las mañanas. El agua está siempre caliente, a cualquier hora del día. Incluso ahora. Pero en este momento todas descansan, la Lectora está en el templo y Agnes, mi doncella, la que te ha conducido hasta aquí, está vigilando la puerta; si llegara alguien, me avisaría. Y, además, este sitio es tan inmenso que a veces pasan cadencias antes de toparte con cualquiera. —Me coge de la mano. Su tacto es suave. Se estremece al estrechar mis dedos ásperos y cortados por el frío—. Ven a sentarte aquí conmigo. —Todavía no le he contado nada. Me dejo llevar hacia uno de los asientos y cuando me acomodo sobre los cojines me duele lo blandos que son. No hablamos. Nos quedamos en vilo, como equilibristas en sus primeros pasos sobre el fino hilo de la nostalgia, con el abismo de este encuentro del todo equivocado bajo nuestros pies.

—Has adelgazado. ¿Estás comiendo lo suficiente? ¿Has empezado ya a desarrollar un poder? Aquí damos clase todos los días. Nos enseñan matemáticas, literatura, poesía. He descubierto un poeta que te gustaría mucho. —Su voz falsamente alegre me chirría en los oídos. Me habla de sus compañeras, de las cadencias que pasa en la biblioteca, del Libro Oudemya que en efecto está hecho de páginas en blanco, al menos para ellas. Me confiesa que lo abrieron y que las castigaron por ello. La Lectora lo notó en el mismo instante en que lo tocaron. Con una gran sonrisa me echa en cara su felicidad por haber rozado con la mano la conexión entre Alyaster y el Libro, aunque les hubiera costado un día entero sin comida. ¿Un día entero? ¿Solo un maldito día entero? Intento encontrar un sentido a

lo que estoy viviendo. No lo logro. El hilo sobre el que estamos andando se balancea cada vez más.

Rosalina no me ve, no se da cuenta de lo mucho que sus historias me están extrañando y sigue saltando de un tema a otro sin parar. Me vuelven las palabras de Mercucio: «El amor es un engaño enamorado de sí mismo».

La miro mientras habla y apenas comprendo lo que me dice. Se ríe de ocurrencias que no he oído o se emociona por miradas que no ha habido. Vive un encuentro que no existe, que ha creado en su mente, y ahora lo recrea sin ver que no es la realidad. Entonces se pone a mover las manos de un modo singular, y esta extrañeza me devuelve a ella.

—¿… has visto? También nos enseñan su lenguaje. Dicen que nos servirá cuando completemos el Acuerdo.

Mueve de nuevo las manos, se ríe socarronamente y finge timidez, pero su rostro no se ruboriza.

—No te revelo lo que te he dicho —susurra.

Quiero irme de aquí. Pero al mismo tiempo no logro moverme. Ella es la razón por la que intentaba vivir. Si la pierdo, ¿qué me queda? Ella es mi hogar. Soy de nuevo el borracho buscando su puerta.

Sigue hablándome con esa voz aguda y esos gestitos de dama de corte, como si estuviésemos en una fiesta de máscaras y yo hubiera elegido vestirme de moribundo y ella de diosa.

Pero las diosas no miran a los moribundos, solo escuchan sus plegarias sin nunca salvarlos, porque las diosas aman las súplicas y quieren observarlos morir con su nombre en los labios. En el fondo no hay acto de amor más sublime. Y es entonces cuando entiendo con claridad que jamás ha estado enamorada de mí, sino que a

través de mis palabras se enamoraba cada vez más de sí misma. Todavía no me ha preguntado si estoy bien o mal. O por qué parece que vaya a palmarla de un momento a otro, o por qué apesto como un cabro. No se interesa por mí; en cambio, me habla de la conexión con las que llama sus hermanas, las demás Vestales. Que, francamente, no me importan en absoluto. Pero ella sigue hablándome de ese «Acuerdo», que sería su prueba suprema, una especie de meditación que las hace sentir en conjunción unas con otras. Si la conexión es un acuerdo, ella y yo somos dos notas desentonadas en una partitura que creíamos que era perfecta.

Continúa riéndose con sus historias, molestamente alegre, y me parece que esté rayando cristal sobre piedra.

Por fin se despierta de un espectáculo en el que era la única actriz y cae en la cuenta de que estoy aquí.

—Soy una maleducada. Ni siquiera te he ofrecido nada. ¿Quieres algo de beber? ¿O de comer, tal vez? Aquí puedes tener todo lo que desees. —Rosalina llama a Agnes y le pide agua, fruta y un zumo de arándanos que parece que a ella le gusta en particular. Simplemente pide lo que nosotros, en cambio, tratamos de conquistar con la sangre.

Empieza a mordisquear unas uvas, y cuando ve que no me acerco a la comida se pone una mano en la frente.

—Quizá tengas la otra hambre. No caigo nunca porque yo todavía no la he sentido. Me pica mucho la curiosidad saber cuándo la voy a sentir yo también, pero mis compañeras me han contado que a vosotros ya os ha ocurrido. —Se inclina hacia mí y ahoga una risita. Tiene la frivolidad de quien podría hablarme de un vino apreciado en una taberna. No de los Rápidos. De personas racionales. Con familia.

Deseos. Dolores. Se pone una mano en los labios, como una niña traviesa, y yo quisiera arrancársela de la boca—. Me muero de ganas de probarlo. ¿Y tú? ¿Ya te has nutrido? ¿Cómo es? ¿Embriagante? — Vuelve a ahogar una risita.

Ella está tan lejos de mí como la estrella más lejana y quizá, al igual que esa estrella, ya está muerta. No somos Vega y Altair. No somos nada. Y no bastará toda una bandada de urracas para acercarnos, ni siquiera bastará el castigo de una diosa para separarnos. Ya lo estamos. Mi Rosalina ya no está. ¡Qué estúpido soy! Creía que debía venir a salvarla de quién sabe qué funesto destino, y en cambio todo ese tiempo en el que yo luchaba para sobrevivir ella murió, transformándose en otra cosa. Podría reír, si no estuviera seguro de que cualquier sonido que yo emita me haría estallar como el trueno de un temporal.

La Rápida regresa con lo que le han pedido. Rosalina pela una mandarina y su fragancia me duele en el estómago. Se come la mitad y entonces me la ofrece. Me quedo con los gajos entre las manos, sin saber muy bien qué hacer. Intento llevármelos a la boca, pero antes de comérmelos me detengo.

—Nos estamos muriendo, Rosalina. No nos están entrenando, nos están matando. La Academia es una masacre.

Sé que ella no tiene nada que ver con eso y que hasta hace pocos latelunas me habría reído de su ligereza y de su alegre cháchara, pero ahora el sonido de su voz me desgarra, mientras los gritos de los Iniciados todavía reverberan en mí. No puede ser la misma Academia donde uno come y se sumerge en baños calientes y a pocos pasos, en la misma agua, muere ahogado.

—Cómete una mandarina. Están riquísimas. —Me alarga la fruta y me sonríe con los labios dibujados en una muñeca de cerámica, como si yo no hubiese hablado.

—¿Has escuchado lo que he dicho? —Me levanto bruscamente volcando la cesta de fruta sobre la arena y lanzando la mandarina a la oscuridad.

Ella mira la fruta por el suelo, se levanta y se pone a recogerla como si fuesen flores en un jardín y lo recoloca todo en la cesta, reduciendo su voz a un murmullo hastiado.

—Oigo cosas. Chismes, a lo sumo. Las Rápidas, aunque no tengan lengua, son las que más cotillean. Nos cuentan lo que ocurre fuera del templo. Parecen serviciales, pero nos odian. Solo cuentan mentiras. La diosa jamás se privaría de sus hijos sin una buena razón. —Me mira serena y obtusa.

La agarro por los hombros y pruebo a zarandearla.

—Tu diosa ama el horror y forma parte de él.

Ella se libera de un tirón.

—No blasfemes, Romeo. No aquí, en su casa. Te recuerdo que también es tu diosa. —Me apunta con el dedo.

—No estoy tan seguro, así como no estoy seguro de que tú seas la misma Rosalina. Venir aquí ha sido una estupidez. Me voy.

Rápidamente se coloca frente a mí. Me apoya las manos en el pecho.

—No te vayas. —En sus ojos, un ligero brillo la traiciona. Basta eso para detenerme.

—¿Por qué debería quedarme? —pregunto, vacilante.

—Porque hace muchísimo tiempo que esperaba este momento. Porque quiero tumbarme a tu lado e imaginarme que estamos en

otra parte. —Se muerde el labio, quizá para impedir que aquel brillo que he vislumbrado en sus ojos se convierta en lágrimas. Niego con la cabeza y hago ademán de partir de nuevo. Ella me detiene una vez más. Su voz es dulce. Perdida en el pasado—. En el Garda… en el castillo de Lazise. Me encantaba cuando mi padre nos llevaba allí, los días en que era bueno con nosotras. Fantaseaba en los jardines y soñaba que un día un chico guapísimo me perseguiría y yo me escaparía al laberinto, pero él sabría encontrarme, porque estaríamos conectados y los obstáculos de un estúpido juego no irían a separarnos. Y cuando nos encontráramos en el centro, yo posaría mis labios en los suyos y entendería que sería irremediablemente suya. Para siempre. —Se aferra a mí con toda la fuerza que tiene, pero sé que no es a mí a quien quiere, sino a su maldita fábula—. ¿Tan malo es querer un momento de alegría? —me pregunta con una voz que se rompe a cada palabra cada vez más—. ¿Querer un beso ansiado, deseado, soñado? ¿Es malo querer fingir que todo puede ser maravilloso, aunque sea por una sola noche, por una sola cadencia? ¿No te bastaría una sola cadencia para nosotros?

—No. No me bastaría. —Ahora me doy cuenta. Julieta tiene razón, no basta una cadencia para decir amor. Miro su mano, que todavía me retiene—. Déjame ir, Rosalina.

No lo hace. Su mirada se vuelve de madera, también su voz.

—No quiero hablar de muerte. Yo quiero vivir. ¿Lo entiendes? Vivir.

Me encojo de hombros, quitándome la rabia de encima; no merece la pena.

—Me parece que lo estás haciendo entre aceites perfumados y jugosas mandarinas. Ahora si no te importa, yo regreso al barro, que

puede que apeste, pero al menos cuando lo veo sé exactamente de qué se trata y no pretende ser nada más.

Por enésima vez intento llegar a la salida, aunque sé que sin guía me perdería, pero no quiero quedarme ni un momento más en este lugar. Y por enésima vez ella se detiene frente a mí. No sé cuántas máscaras tiene, no sé si es la bella Vestal que me ha acogido, o la melancólica Rosalina que ha intentado detenerme, o si es esta mujer que me observa con el ceño fruncido y las palabras mordaces. Pero ha vuelto a cambiar de forma.

—¿Y tú? —espeta Rosalina—. Cuando me escribías cartas de amor y me hablabas de futuro, ¿no estabas quizá alterando la verdad? ¿Tú que desde siempre consideraste la Academia tu tumba?

Me río con amargura.

—Fíjate, en cambio es aquí donde he encontrado las ganas de vivir, por mis compañeros, por todos los que se han ido. Había encontrado las ganas de vivir por ti.

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Un bonito matrimonio y un montón de hijos, ahora que has encontrado en el cieno las ganas de vivir? Mírame, Romeo, mírame de verdad, sin ese tono despectivo de quien se siente digno porque arriesga su propia vida. Tú, si sobrevives, saldrás de aquí. Tendrás un mundo a tu disposición y elecciones que hacer. Yo no. Yo me quedaré aquí atiborrándome y tomando estúpidos baños en agua perfumada hasta que muera virgen entre estas paredes. ¿Sabes por qué atiborran a las ocas? Para que su estómago engorde hasta reventar. Y ellas mueren. Pero el hígado sigue siendo un manjar. Las sacrifican por ese pedazo de carne. Eso es lo que nos sucederá a nosotras. —Su rostro se deforma, las máscaras que había defendido con tanto afán hasta

ahora se caen al suelo junto con ella mientras rompe a llorar. La ternura por ella me invade de nuevo. Esas sutiles atenciones que siempre me despiertan el deseo de protegerla. Me agacho y le acaricio la cabeza. Ella se me lanza entre los brazos, me estrecha y no para de sollozar. Pasa un rato hasta que hablo.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunto en voz baja.

Se seca el rostro con el dorso de la mano.

—Hace cinco centurios que Titania es Lectora. Solo cinco. Debería haber doncellas que hayan asistido a la Encarnación de Titania. —Se retuerce las manos. Alza los ojos hacia mí. Todavía brillan, asustados. Se me aferra buscando consuelo, protección. En esa mirada vuelvo a encontrar a la pequeña y dulce Rosalina que… tal vez amé.

—Pero en cambio no hay —dice mientras los sollozos rompen sus palabras—. Ninguna. La más vieja la eligió Titania en la primera Congregación. Su primera Vestal. Y cuando entró en el templo… —se detiene. No logra proseguir. No la apremio. Espero— su primer encargo fue limpiar… —Gime—. Limpiar la sangre del pavimento. Sola. —Me agarra por la solapa—. ¿De quién era esa sangre, Romeo? ¿De quién era?

Respiro hondo. No le respondo. Lo sabe ella y ahora lo sé yo. Después de haber visto lo que sucede aquí, sé que esa sangre solo podía ser de las Vestales. Me viene a la mente mi Primer Paso. Parece que fue hace eras, y sin embargo ocurrió hace poco más de un lateluna. Entonces, mirando la sangre de mis pies entre las flores, pensé que hay un precio que pagar para defender lo que se ama, pero ahora me pregunto cuánta sangre deberemos derramar antes de saldar la cuenta.

Le tiembla la voz.

—Si la Pertenencia debe juzgarte digno para convertirte en Extrema Sangre, ¿cómo de digna debes ser para ser una Lectora? Yo pertenezco a una casa menor. Jamás seré digna. —Odio esa palabra, que apesta a embuste y a homicidio.

—No creo que el mérito tenga nada que ver con lo que sucede aquí.

Y se lo cuento todo. Y esta vez ella me escucha sin ofrecerme estúpidas mandarinas.

Le hablo de las torres, de los Fundamentos que despiertan la sangre de la Pertenencia en nuestro interior. Le hablo del hambre y de la *otra hambre*. Le hablo de los Iniciados perdidos, ahogados, muertos por motivos fútiles. Le hablo de las Tropas y de la sangre vertida para formarlas. Rosalina se queda sentada con las manos hundiéndose en la arena. Veo que las va apretando a medida que mi relato prosigue. Cuando termino, ella se alza, se pone bien el vestido sacudiéndose los granos de arena que se han quedado pegados a su túnica, se coloca el pelo detrás de las orejas, se aclara la voz y llama a Agnes. La pequeña Rosalina se ha esfumado de nuevo. Ahora hay una Edenita orgullosa. El pecho todavía le tiembla por las lágrimas, pero lo controla con dignidad.

—Nútrelo —le dice cuando llega. Yo doy un paso atrás.

—No es necesario —digo.

—Sí lo es. —Se gira hacia la Rápida—. Por favor.

Agnes hace gestos veloces con las manos.

Rosalina responde con idéntica velocidad.

—Se detendrá —dice con determinación.

Tiene una seguridad de la que yo carezco. Es verdad que la primera vez resistí, pero se trataba de mi nodriza. Ahora hace demasiados días que no como nada. Agnes se quita el bozal. Me recuerda a alguien…, pero no tengo tiempo de pensar en quién; la beso. Por primera vez me doy cuenta de cuánto nos nutre su esencia vital de modo completo. Mi ánimo se apacigua, mi cuerpo se fortalece. Me cura, pero de una manera distinta que una Trasladora; es algo más profundo, me nutre el alma. Mientras me ofrece su linfa vital me regala también un mal recuerdo suyo. La veo de niña, pegada a la que sé que es su hermana. Llora mientras una mujer, tal vez su madre, las está vendiendo por una miseria a un carretero tan mugriento como los cerdos que transporta. Las cargan en el carro a su lado, ateridas y asustadas, hasta que llegan a la Academia, donde el hombre recibe mucho más dinero del que se gastó. Desaparecen tras una puerta mientras el recuerdo se interrumpe porque algo me pincha el brazo. Me detengo. A duras penas. Pero me detengo. Agnes me mira mientras se vuelve a poner el bozal. Ella sabe que vivirá un poco menos por cada vez que nutra a alguien, pero parece no importarle; es más, sonríe.

—Eras una niña cuando llegaste aquí —le digo. Agnes frunce el ceño buscando en su memoria algo que obviamente ya no está. Gesticula en dirección a Rosalina. Ella responde. Agnes asiente con la cabeza, luego da media vuelta y se va.

—Dice que no recuerda cómo llegó aquí. Y que si tú lo recuerdas, ella no quiere saberlo.

Me pregunto si los Rápidos han aprendido a ceder los recuerdos que quieren. Luego me digo que no es posible, pero me queda la sensación de que Agnes lo ha hecho adrede.

—Ella y su hermana vinieron aquí de pequeñas. A Agnes le cortaron la lengua, a Selina no. Ella es sorda —me explica Rosalina.

Selina. Es a ella a quien se parece: a la Rápida con la mancha en el rostro, maltratada por Florencia.

—¿Te fías de ella? —le pregunto.

—Por supuesto. Estamos muy unidas desde que llegué aquí.

—Me han dicho que no lo haga. Que los Rápidos son peligrosos y están dispuestos a venderse. Estate atenta.

Asiente con la cabeza.

—Me fío. Pero estaré atenta.

Le acaricio el rostro. Ella siente que mucho de mi amor ha partido esta noche, pero retiene mi mano en su rostro.

—Lo siento —me dice.

—Lo sé. Tengo que irme… Hace demasiado tiempo que estoy fuera. —Le sonrío. La abrazo. Sé que tiene miedo. Todos tenemos. Pero en este momento no puedo ayudarla.

Agnes ha vuelto con un saco lleno de comida para mí y mis compañeros. Le doy las gracias a Rosalina con un gesto de la cabeza.

La Rápida y yo alcanzamos la salida, pero mientras nos adentramos en la primera galería, la voz de Rosalina me detiene.

—¿Mi hermana está viva?

Percibo un sutil velo de esperanza. Increíble, pero alguien quiere a la Seca.

Me giro y asiento con la cabeza.

—Estate atento, ella es…

—Una asesina. Lo sé.

Se muerde el labio.

—La criaron para serlo. No era sí cuando éramos niñas.

Hago un esfuerzo, pero no logro ver a Lisandra con un vestido de niña inocente y mofletuda, o más bien la veo, pero con un cuchillo en la mano.

—No cuenta lo que fuiste, sino lo que eres ahora. Para bien o para mal.

—¿Vale también para nosotros? —Parece más una súplica que una pregunta. Quisiera decirle una mentira, pero no se lo merece.

—No lo sé. No sé lo que somos. Antes éramos una ilusión creada por los poetas. Ya veremos en qué nos convertimos con algo creado por nosotros.

Estoy a punto de irme, pero esta vez soy yo el que tiene una pregunta.

—La noche de la Congregación, ¿por qué no fuiste a la cita?

La veo titubear y su sonrisa se dibuja de nuevo sobre una muñeca de cerámica.

—Mi madre se percató de que estaba saliendo y me encerró.

Cuando regreso a la Aldea, apenas está despuntando el amanecer. Nadie repara en mí. En esta Academia la orden de no salir vale tanto como una hilera de Ensiferios dispuestos a ensartarte. Solo yo estoy lo suficientemente loco para que no me haya importado. He ofrecido la comida no solo a mi Tropa, sino también a las que hacía días que no se llevaban nada a la boca. Nadie se ha llenado la barriga, pero todos han placado un poco el dolor. Florencia se ha quejado, como no podía ser de otra manera, pero no me interesa lo que piensen los Capuleto; yo he traído el saco, yo decido. Para mí solo me he

quedado una mandarina. Me gusta verlos reír e hincar el diente a algo. Nadie me ha preguntado de dónde he sacado la comida, no les interesaba; se la han zampado pensando que era un regalo del cielo. Alena me ha robado la cinta de piel que todavía estrechaba en la mano. Se la ha puesto de través en la cara y se ha tapado el ojo antes de morder una manzana.

Julieta se mantiene aparte, siempre concentrada observando las torres. Me acerco y le ofrezco la mandarina. Ella me mira sin decir nada, la pela y luego la parte en dos. Me pasa una mitad. Algo en mi estómago se calienta. La tomo y le hinco el diente. Jamás nada me ha sabido tan bien.

35

Romeo

En los últimos días la temperatura ha descendido aún más. La comida que traje tras el encuentro con Rosalina se digirió rápidamente y ya está olvidada. Pero el gesto que mi Tropa hizo no. Desde ese momento nadie ha vuelto a intentar atacarnos, al menos por lo que se refiere a las Tropas sin torres, y cuando nuestras miradas se encuentran distingo leves sonrisas. He estado reflexionando sobre qué ocurriría si todos intentásemos colaborar, si no escuchásemos las duras leyes de esta Academia y en lugar de intentar destruirnos los unos a los otros nos dividiésemos las torres, las ideas, la comida y los Fundamentos. ¿No sería más lógico? Todos deberíamos tener la posibilidad de sobrevivir al Vínculo. Sé que muchos de mi Tropa lo verían de la misma manera, pero ¿y los demás? Sin duda, el grupo de Paris preferiría que los mataran antes que compartir los Fundamentos. Pero a lo mejor todos juntos podríamos quitárselos.

Julieta se ha sumido en el silencio y se pasa todo el día sentada, apartada de los demás. Cada vez que se produce un Movimiento, ella anota la duración y la posición con una piedra afilada en los macizos de nuestro refugio. Ha obtenido una larga retahíla de números y ubicaciones distintas, pero ninguna solución. El sabor de

la mandarina que compartimos me vuelve de vez en cuando a la boca. Creo que son reminiscencias de mi cerebro enfermo, que no deja de pensar en ella. Comparto una mandarina con Julieta y se me agolpan ideas de nosotros dos decididamente prohibidas… ¿Pero qué estúpido puedo llegar a ser?

El último Movimiento, que se ha producido hace solo algunas cadencias, ha derrumbado parte de nuestro refugio. Del mismo modo que el clima se ha vuelto más riguroso, la tierra también tiembla con mayor intensidad. Si antes bastaba con agarrarse a la tierra y acompañar al temblor, ahora cada vez corremos el riesgo de que algo nos aplaste. He visto una larga grieta abrirse a lo largo de los anillos y transformarse en un barranco, para volver a cerrarse de inmediato. Por un golpe de suerte, inaudito aquí en la Academia, nadie se ha caído dentro; de lo contrario, no habría tenido un buen final. El fenómeno se repitió dos veces antes de que comprendiésemos que quedarnos acurrucados en los anillos no bastaría para salvarnos. De modo que encontramos un sistema no muy científico, pero que funciona. La idea se le ocurrió a Teobaldo y cuando se la comentó a Amleto este se burló de él, cosa que lo ofendió una barbaridad. Estalló una pelea que Mercucio sofocó al sonido de patadas en el culo. Teobaldo es susceptible y colérico como pocos, pero tenía razón. Es el único que había entendido para qué sirven las hendiduras a tres brazos de altura entre piedra y piedra: para las espadas, pues encajan a la perfección. Están posicionadas a una distancia suficiente para permitirnos elevarnos del suelo. A menudo nos hemos quejado de lo pesadas que son las espadas, pero ahora comprendemos el motivo. Son lo suficientemente robustas para soportar nuestro peso. Y, mira por

donde, la muralla no se resiente lo más mínimo por el temblor de los anillos de piedra. Parecemos faisanes colgados esperando a estar en su punto, pero salvamos el pellejo, y eso es lo único que cuenta. Los demás al principio se rieron de nosotros, pero luego, cuando las grietas aumentaron y al fin una Iniciada se cayó dentro, nos imitaron. Me supo mal por ella. Era una chica alta y corpulenta de pocas palabras. Ni siquiera recuerdo su nombre, pero rememoro la gruta y cuánto se afanó para salvar a todos los Iniciados que pudo. No se merecía esa muerte.

La Congregación sigue planteando enigmas, y antes de dar con la solución siempre pagamos con la vida de alguien. Ahora, al tañido de la campana, vienen todos a colgarse. Y eso significa que las torres se quedan vacías durante las rotaciones, y cuando el Movimiento termina, todos se precipitan hacia la Aldea esperando llegar a tiempo para robar una. Así sucede que las espadas se quedan en la muralla y peleamos cuerpo a cuerpo. Pero los que han tomado los Fundamentos son demasiado fuertes, por músculos, descanso y alimento. Derrotarlos es imposible.

Con este sistema, la Tropa de Paris ha tomado una nueva torre, mientras que la de la Palavicino, que había conquistado el Fundamento de los Graves, ahora la ha perdido. Fueron los primeros que ocuparon una torre y nunca han probado qué significa vivir en la Aldea. Están físicamente mejor que nosotros, pero no están acostumbrados al frío ni al hambre. Después de cuatro días, los oí lloriquear. Mandaron a Máximo Malacarne, el chiquillo que me derrotó y luego me pidió perdón, a interceder por ellos. Tenía el labio abierto y dos dedos de la mano izquierda negros. Nos pidieron ayuda, información, consejo, refugio. Lo sometimos a votación y los

acogimos en el refugio, que de todos modos no es más que un batiburrillo de paredes que se caen a trozos. Por descontado, Florencia votó en contra. Les cedimos una parte del refugio pegado a la muralla. No podemos compartir nada más con ellos, salvo el frío y el desánimo.

Además, hoy llueve. El lado positivo es que bebemos, el negativo es que pasamos todavía más frío. Sin un techo sobre la cabeza, estamos empapados y ateridos. Acurrucados para no pasar frío, uno arrimado al otro como balas de heno en un pajar. Julieta, en cambio, permanece inmóvil, sentada en un pedrusco observando las malditas torres.

Me aparto de los demás y me acerco a ella, que me advierte, pero no se gira.

—Hay algo que no encaja en las torres —dice. Parece que ni siquiera note el frío.

—Explícate —tartamudeo, con los brazos cruzados para calentarme un poco.

—No lo sé. Pero la central no se mueve. ¿Por qué no se mueve?

No tengo respuesta.

—Creo que falta una torre. —Se queda mirándolas, hablando casi más para sí misma que para mí—. Mi t… la Alta Maestra dijo que hay trece torres. ¿Cuántas ves?

Las vuelvo a contar rápidamente, pero conozco el número.

—Trece.

—No —afirma ella—. Son doce más la central. Que, sin embargo, no se comporta del mismo modo que las demás. Está en medio,

parece la más importante. Pero ¿qué Pertenencia es más importante que las demás?

—Diría Esenciales, o Almanarios. En realidad, creo que todas son útiles, pero dudo que la Academia sea del mismo parecer.

—Cada torre representa un poder. Los Esenciales valen el doble. Por lo tanto, los Ardefríos cuentan con dos torres. Así como los Graves. Con los Leviantes suman seis. Luego está la torre de los Trasladores. Y la de los Arquitiempos. Tenemos ocho. Almanarios, nueve. Eternantes, diez.

—Falta la de los Aeterianos.

—Exacto. Pero esa Pertenencia tiene dos poderes…

Capto al vuelo adónde quiere llegar.

—Revelar y… ocultar. ¡Maldita sea! Hay una torre que no se ve.

Julieta sonríe.

—Debemos decírselo a los demás.

Me detiene.

—No. Ya metí la pata una vez, no quiero que vuelva a ocurrir. Tengo que asegurarme y averiguar dónde se esconde. —Me agarra el brazo y me da un calambre—. Prométeme que no se lo dirás a nadie.

Se lo prometo. A pesar de que creo que su idea es decididamente buena y merecería que todos la estudiáramos más a fondo. Intento decírselo, pero ella está de nuevo concentrada en las torres y ya no me escucha. Regreso a acurrucarme con los demás.

—Si no encontramos una solución, no resistiremos otra n-noche —tartamudea Mercucio, tiritando. Tiene razón. Estamos extenuados. Estoy hecho un ovillo contra la pared, abrazándome las piernas, procurando hacerme lo más pequeño que puedo.

—Os lo dije: allí en el Norte, en los días fríos nos desnudamos y nos apretujamos unos contra otros. Nos calentamos con el calor de nuestros cuerpos, bajo las pieles de los animales. —Amleto es el único que no tartamudea; creo que tiene la piel más gruesa que la de un oso.

—Yo ya os he dicho que me muero de frío antes que ab-brazar a un Montesco —espeta Teobaldo. Intenta calentarse con el odio, pero no resulta muy creíble.

—No te preocupes, que dentro de poco te complacerán y morirás congelado —rebate Amleto.

—Sea como sea, no disponemos de ninguna piel de a-a-nimal. —Baltasar trata de bromear y es el que tirita más de todos nosotros.

—Siempre p-p-puedo despellejar a Teobaldo. —Alena se ríe, y nosotros también, pero nos arrepentimos enseguida, porque nos duelen los labios, agrietados por el viento.

—¿Qué propones? —pregunto a Mercucio, mientras los escalofríos me recorren los músculos.

—Torre —me dice señalando la que está ubicada en el tercer anillo. Es la torre de los Almanarios. Tiene las paredes de piedra negra y lisa y parece esculpida de un único bloque de roca, tan densa que absorbe la luz. Encima del portal hay diez surcos en forma de espiral. Las ventanas son largas y finas. Tan finas que me pregunto de qué manera puede colarse el aire, así que se me antoja un lugar calentito y acogedor. Está enfrente de nosotros. Y después de la siguiente rotación debería posicionarse exactamente en el centro, sin ningún obstáculo delante, ni escombros ni otras torres, solo un pasillo libre en el que precipitarse a todo correr.

—¡Almanarios! ¿A quién le será útil? Nin-nin-guno de nosotros lo es ni lo será —dice Florencia.

Mercucio niega con la cabeza.

—Pero todos tenemos hambre y f-f-río.

—Co-co-rramos más rápido y cerremos la puerta. —La propuesta de Folco nos arranca otra carcajada.

Julieta se gira hacia mí abandonando sus torres por un batimiento.

—La Tropa de Electra Claromonte es fuerte. Muy fuerte. No nos dejarán tomar la t-t-orre con facilidad. Tenemos que encontrar una manera para correr más rápido que ellos y cerrar la p-p-uerta. —Está congelada. Intenta disimularlo, pero el castañeteo de sus dientes y las palabras entrecortadas la delatan.

—No nos queda otra. Cuando termine el próximo Movimiento, co-co-rremos. —Mercucio zanja la discusión. A todos nos parece una idea estúpida. Pero no tenemos alternativas. Podría hablarles de la teoría de Julieta, pero creo que se pondría furiosa. Nunca es agradable cuando se pone furiosa.

Mi cerebro valora todas las demás posibilidades y se detiene en la más disparatada. Sé que si la expusiera en voz alta me impedirían intentarlo, así que me la guardo para mí.

La campana repica algunas cadencias después. Es el atardecer. Nunca vemos el sol a causa del espeso manto de arena, pero cuando se va nos damos cuenta por el frío que aumenta y la luz que disminuye. Todos se cuelgan de la muralla, yo no. Julieta me observa. Niega con la cabeza. Lo ha entendido. Yo me encojo de hombros y apenas acaban los diez batimientos, antes incluso de que el Movimiento se ponga en marcha, empuño la espada y me preparo.

—Pero qué c… —Mercucio reniega mientras yo me precipito hacia delante.

Corro a más no poder.

La tierra tiembla con renovada intensidad. Lo percibo en el vientre. En los huesos. Pierdo el equilibrio y me caigo. Me vuelvo a levantar y me caigo. En la muralla, los Iniciados gritan, me incitan, se ríen. Algunos me insultan: creo que es la Tropa de Jacobo Borromeo; desde el primer día era considerada la que iba a perder, y en cambio tomaron la torre de los Almanarios, cuando muchos fracasaron. Han entendido que me estoy dirigiendo hacia allí y no se alegran. Yo no los escucho, pero mi nombre pasa de nuevo de boca en boca, como en la Gruta de la Muerte. Los anillos de piedra no me quieren aquí. Vibran más que nunca. Debo ponerme en pie, pero no lo logro. El temblor me lo impide; procuro resistirme volviéndome a levantar y él me vuelve a tirar al suelo. Dentro de poco se abrirá una grieta y yo moriré tratando de hacer lo que menos sé hacer: el héroe.

Algo ancestral y lejano susurra en mi interior. No es la voz de un fantasma ni un conjuro, sino mi cuerpo, que me habla. «Nosotros somos fruto de nuestro pasado», decía mi abuelo, «todo lo que conocemos y sabemos está escrito en la sangre, en la carne». Creo que ahora el pasado me está hablando, porque sé lo que debo hacer.

Respiro y dejo de luchar contra los temblores.

Los acojo.

Los dejo entrar en mi interior.

Mi cuerpo se adapta al movimiento, vibra con él, y permito que me recorra por todas las fibras de mi ser.

Me pongo en pie.

Ya no me caigo.

Echo a correr. Me duelen las piernas, pero el dolor me acucia a acelerar. Es así como los Extrema Sangre logran luchar durante las Catástrofes. Se alinean con el movimiento. Lo acogen en lugar de resistirse. Otra lección que la Academia nos ha impartido.

Los escalofríos y el frío se han desvanecido y han sido sustituidos por el frenesí, la tensión y también el miedo.

Esto me infunde renovada fuerza, y aumento el ritmo.

Un ruido de pasos.

Me giro arriesgándome a perder el equilibrio una vez más y veo a Julieta correr tras de mí.

Y detrás de ella, la Seca. Lisandra Corvato va como una bala a la velocidad de los gritos que profiere mientras intenta alcanzarnos.

Hay que fastidiarse. ¿Por qué demonios me ha seguido la Capuleto? Esta era una partida contra la muerte que tenía que jugar yo solo.

No con ella.

No con mi cabeza preocupada por alcanzar la torre y a la vez deseosa de dar media vuelta y protegerla de la Seca.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea. La razón me está diciendo que siga adelante, pero ¿quién se ha valido jamás de la razón para tomar decisiones impulsivas?

Me detengo y me doy la vuelta empuñando la espada.

—Corre. ¡Corre! —me grita Julieta.

—Tienes a la Seca detrás —le respondo a voz en cuello.

—Lo sé. Me ocupo yo. ¡Corre! —Conociéndola, ya habrá puesto los ojos en blanco.

Varios Iniciados se han descolgado de la muralla y se están enfrentando al terremoto. Algunos se caen, pero otros han intuido, igual que yo, la manera de resistirse y se están dirigiendo hacia las diversas torres. Vislumbro a mi Tropa, que avanza como un rayo en medio de los demás en nuestra dirección, con Alena a la cabeza junto a Folco, que intenta usar la espada para tirar al suelo a los que todavía no se han caído por el terremoto.

Me doy la vuelta y retomo la carrera.

Pero la tierra se abre.

El ruido de un trueno parte un anillo. Alguien chilla. Me estremezco con la idea de que uno de los míos se haya caído. Y el primer pensamiento es para Julieta. Quisiera rogar a la diosa que le perdone la vida, pero estoy demasiado enfadado con ella, he perdido la fe en quien debería idolatrar, así que ruego solo al destino que por una vez sea magnánimo y no se lleve a mi enemiga. Me giro y la veo saltar la hendidura con el impulso que podría tener Pegaso en una leyenda. El alivio me impulsa a correr de nuevo.

La tierra sigue rugiendo, se parte, se abre delante de mí, dispuesta a engullirme.

No pienso y salto.

Salto más de lo que pensaba que fuese posible.

Al aterrizar ruedo. Una. Dos veces. Alguien me alza por la solapa de la chaqueta. Es Julieta, que me ha alcanzado…

—Vamos. ¡Estás loco de atar!

El consuelo de tenerla cerca me espolea de nuevo.

Retomamos la carrera. La torre se encuentra a pocos brazos.

Dejamos atrás una casa que se desmorona a nuestro paso. Esquivamos los escombros y continuamos.

El estruendo nos acompaña.

Detrás de nosotros, deben de haberse detenido por culpa del barranco. No oigo a casi nadie más que nos persiga.

Digo «casi» porque cuando entramos en la torre, con nosotros está Lisandra, que cierra la puerta con cerrojo. No está sola. Paris está a su lado.

Desenvainamos las espadas y nos ponemos en guardia. La tierra ha dejado de temblar. El polvo desciende de lo alto, donde esferas de luces iluminan la estancia en la que nos encontramos. Proyectan sombras oblicuas sobre las paredes. El aire es escaso, enrarecido, como si le faltase la consistencia necesaria para llenar los pulmones. Debe de ser la torre. Percibo una extraña sensación de desapego de la realidad. La cabeza me da vueltas. Veo que Lisandra y Paris también están desorientados; de lo contrario, ya nos habrían atacado. La Seca es una Aeteriana. Su Marca es definida y clara. El Fundamento ya está en sus manos. No dominará del todo la Pertenencia, pero seguro que cuenta con una buena ventaja. Paris, en cambio, tiene una línea similar a la mía. Me muerdo el labio para no sonreír, aunque se lo merecería. Él, siempre tan presumido, el hijo de la Primera Voz, es un Eternante igual que un Montesco cualquiera.

—Hagámoslo así: vosotros os rendís y lo dejamos aquí. Por respeto a mi hermano. —Paris habla con una ligera ansiedad. La Seca hace una mueca de reprobación. Apuesto a que preferiría ensartarme.

—Si hubieras mostrado respeto por tu hermano, no lo habrías humillado de la manera en que lo hiciste —espeta Julieta. Últimamente está más unida a Baltasar que nadie más.

—No escatimo nada a nadie. Es aquí, en esta Academia, donde nuestro destino quedará sellado. Mi familia tiene un legado que mantener vivo. Yo debo escribir mi propia historia y no puede ser menor que la de mis antepasados. —Paris hincha el pecho para mostrarse orgulloso. A mí no me parece más que un engreído. ¿Solo han bastado menos de dos latelunas con su Tropa para cambiarlo hasta ese punto? Luego miro a Julieta, a mi lado, ambos preparados para luchar juntos y pienso que sí, que la Congregación te pone a prueba todos los días y te empuja a sacar tu verdadera naturaleza, a escribir tu historia; en eso Paris tiene razón. Y quizá la mía y la de Julieta no es la de odiarnos.

La Seca voltea su espada entre las manos y advierto con consternación que no tiene la punta embotada ni la hoja sin filo. Es más, el corte no es perfecto, pero sí afilado, lo suficiente para infligir daño. No me cuesta imaginar quién ha modificado las armas. Su Tropa cuenta con dos Ardefríos.

—Paris también —me susurra Julieta—, él también tiene el filo de la espada cortante. —Ella, al igual que yo, ha percibido enseguida que las armas han sido trabajadas.

—Capuleto, vete, ya me encargo yo del Montesco. Ni siquiera debes darme las gracias, ni pagarme. Me lo cargo con mucho placer. —Lisandra sonríe con ese gesto sarcástico que le alarga la boca partiéndole la cara en dos. Es la única que conozco que con una sonrisa te provoca escalofríos.

—Esta espada no es reglamentaria, Lisandra. Guárdala. —Julieta está hecha una furia. Se contiene, pero aprieta la mandíbula. Le señala a Paris las hojas cortantes—. ¿Es así como quieres mantener

el legado de tu casa, Paris? ¿Es esa la historia que quieres escribir? ¿La de un tramposo asesino? —Julieta se me ha acercado.

Lisandra niega con la cabeza y silba.

—Uh, uh, ¡un Montesco y una Capuleto! ¿Quién lo hubiera dicho? —me insulta insolente.

—Necesitamos este Fundamento. Es la torre de los Almanarios. Iros, por favor. —El tono es de quien se avergüenza de lo que va a hacer. Es el tono de los cobardes. No creía que Paris fuera uno de ellos.

Doy un paso adelante y me acerco a Julieta todavía más.

—¿Esperas ser un Almanario, Paris? —me burlo—. Claro, en este punto, la línea recta solo puede significar dos cosas. ¿Verdad? El gran Paris, que soñaba con ser un Esencial, reducido a ser un Eternante. No puede ocurrirte a ti. No al gran Paris. Y entonces esperas ser al menos un Almanario… Un Extrema Sangre capaz de contener múltiples almas. —Me pongo serio—. Mi hermano Bastiano era un Almanario y un Eternante. ¿Sabes cómo acabó? Se lo comieron hasta su último batimiento. Porque no importaba en absoluto. Y tampoco tú importarás nada.

Paris se pone lívido.

—Adelante, Capitán, no dejes que te jodan las palabras de un Montesco. Serás un Almanario y no un Eternante. Tu Marca todavía debe nacer. —Veo en Lisandra algo más que el acatamiento al rango. Podría ser casi amor, si tuviera corazón.

Silbo, imitándola.

—Uh, uh, la Seca se ha enamorado.

Ella da un salto adelante, furiosa, pero la esquivo y me posiciono detrás de Julieta, espalda contra espalda. Nos movemos en círculo,

despacio, sin perder de vista a nuestros adversarios.

—Si nos inmovilizan, nos echan… —susurro a Julieta.

—¿Qué propones? —me pregunta.

No le respondo. Toco las cadenas doradas de su armadura y la libero de la protección de llamacero. Ella, rauda, hace lo mismo conmigo. Ahora solo contamos con los uniformes para protegernos. Pero al menos no nos convertirán en blancos que inmovilizar.

—Esto también es incorrecto, Romeo. —Lisandra se lame los labios—. Pero resultará mucho más sencillo ensartarte.

Y carga en mi dirección, pero a estas alturas conozco su modo de luchar y paro con facilidad sus estocadas. Respiro hondo para recuperar el aliento; ahora el aire entra con más facilidad en mis pulmones. Me siento más fuerte. Mientras que la Seca, en cambio, de vez en cuando niega con la cabeza, como para aclararse las ideas después de una cogorza.

Julieta y Paris todavía no se están enfrentando. No oigo ruidos de lucha a mis espaldas.

—¿Todo bien? —pregunto sin perder de vista a Lisandra Corvato. No quiero que me pille desprevenido otra vez.

—Todo bien —me responde Julieta. Respira entrecortadamente, jadea, esperando de un momento a otro un ataque de Paris, que es evidente que está pensando cuánto le costaría batirse en duelo con la hija de Reinaldo Capuleto. Es una locura luchar con espadas de juguete contra armas que pueden matar. Pero si logramos golpearlos, se quedarán inmovilizados en el suelo. Justo acabo de pensarlo cuando veo caer sus armaduras de llamacero. Retiro lo dicho.

Las esferas luminosas en el techo siguen rotando y proyectando nuestras siluetas sobre la pared y transformándolas en un teatro de sombras. Pero no hay titiriteros para crear formas que tomen vida en la luz; estamos nosotros, y nuestras sombras ya están luchando. ¿Acaso es posible? Pago mi distracción y veo llegar el golpe de la Seca demasiado tarde. Lo paro, lo desvío, pero me corta el uniforme, así como la piel de debajo.

—¿Nos hemos hecho daño, Romeo? —Lisandra Corvato me provoca. Yo no debería caer en una estrategia tan pueril, pero ella es la Seca y monto en cólera. Quisiera arrancarle el alma y dársela de comer a los perros. Recuerdo la voz de Rosalina y su alivio al saber que su hermana estaba viva, pero hoy solo quisiera liquidarla.

La pared vuelve a captar mi atención. La sombra de Paris pega un brinco hacia delante para arremeter contra Julieta.

—Ojo —digo—, a tu izquierda.

—¿Qué…? —La voz de Julieta se interrumpe con el ataque de Paris, que ella consigue parar. Y ambos empiezan a batirse en duelo.

Yo me vuelvo a concentrar en la Corvato, que intenta una incisión para dejarme cojo. Trato de recobrar fuerzas para saltar hacia atrás y lo logro a duras penas.

En la pared veo a la Seca tomar la espada con ambas manos y pegar un brinco hacia delante empujando la hoja hacia el centro. Pero frente a mí, ella está girando. No lo comprendo enseguida. Necesito ver ambas manos en la empuñadura, necesito ver el cambio de peso de una pierna a la otra, para entender que las sombras están despegadas en el tiempo respecto a nosotros. Esas sombras me están contando el futuro.

Lisandra ejecuta su fondo, pero yo ya lo he visto en la pared y me aparto con soltura. Prueba un par de fintas, pero esas también me las han contado ya las sombras y no me dejo engañar.

Le explico a Julieta lo que he descubierto; por un esimio no lo entiende, hasta que cae en la cuenta, y entonces nos volvemos imbatibles. Paramos y golpeamos. Si tuviéramos espadas de verdad ya los habríamos derrotado, pero nuestros golpes no los hieren. Les duelen, pero no los detienen.

Y entonces la campana vuelve a tañer. Diez batimientos para el próximo Movimiento. Diez batimientos para encontrar el modo de salvarnos.

En la pared, la sombra de la Corvato se aparta hacia la derecha y…

… ensarta a Julieta.

Mi reacción es instintiva. Me giro y la aparto a un lado.

La tierra tiembla.

La Seca pierde el equilibrio, pero igualmente logra tocarme. La espada entra en mi carne y la desgarra al salir, resplandeciendo con mi sangre.

Lisandra se ríe. Gira la hoja como si fuera un palo que clavar en la tierra. Alza los brazos para hundirme el hierro…

Julieta grita.

Yo noto que me arrancan del cuerpo.

Y las tinieblas me besan en la boca.

Cuando vuelvo a abrir los ojos estoy luchando. Mi ira está al rojo vivo. Nunca había sentido semejante odio. Se me mete en la carne,

me ataca los huesos y me corre por la sangre. Tengo ganas de matar. Y bajo la furia advierto un dolor ciego. Un desgarro. Sufro y lloro. Y grito. Y odio. Entre mis manos ya no hay una espada de entrenamiento, sino la de Paris, que yace en el suelo, con la sangre derramándose de su pierna.

¿Cuándo le he cambiado la espada? ¿Cuándo he derrotado a Paris?

Tengo la cabeza confusa, pero mis movimientos son precisos. Lucho contra la Seca, que a duras penas logra detener mis golpes.

La tierra tiembla.

Y entonces veo…

… mi cuerpo en el suelo.

La sangre me sale del costado.

Paris está herido a mi lado.

No, no a mi lado, al lado de mi cuerpo.

¡Yo no estoy en mi cuerpo!

Yo estoy en…

Yo soy…

—Julieta, por favor. —El tono de la voz de Paris es de puro terror —. Julieta, por favor, vuelve en ti.

Yo. Estoy. En. El. Cuerpo. De. Julieta.

La revelación me arrolla y me deja helado.

Mi mente encuentra una razón. Y la explicación es tan sencilla, tan diáfana, que me parece imposible.

¡Julieta es una Almanaria!

No sé cuándo ni de qué manera ha tomado mi alma. Ni siquiera sé si se ha dado cuenta.

Pero estoy dentro de ella.

Y percibo algo oscuro.

Su ira es avasalladora. Incontrolable.

Su dolor es infinito.

Son sus emociones. Siempre han sido sus emociones. Tan arrolladoras que me aturden.

Es un universo de planetas que se estrellan unos contra otros provocando nada más que Catástrofes.

Paris le está suplicando, pero ella ha tirado a la Seca al suelo y se le echa encima.

La matará.

La mataremos.

No sé si el deseo de muerte y de venganza es el mío o el suyo. Se mezclan y hacen de nosotros dos asesinos.

Julieta alza la espada y la hunde.

Pero el destino tiene otros planes.

La tierra se abre debajo de ella.

Se cae.

Nos caemos.

Veo que mi cuerpo se precipita con nosotros.

Nos escurrimos en el abismo.

Y la tierra sobre nosotros vuelve a cerrarse.

36

Romeo

La muerte no es olvido.
Es desgarradora soledad.
Es aflicción.
Es resquemor.
Es rencor.
Es amor.
La muerte es amor.

Abro los ojos.

Me esperaba las tinieblas y en cambio hay un jardín que conozco muy bien. Es el de los Encantos. Ya no se ve despojado y abandonado. Está lozano. Vivo. Me colma las fosas nasales con la fragancia de mi infancia. Me parece regresar allí, a aquel lugar que era el corazón de mi casa. Echo a correr hacia el huerto. Busco la lechuga, la que planté solasterios atrás. Y la veo. Verde y crujiente. Separo una hoja y la muerdo, pero no sabe a nada. Meto una mano en el agua de la fuente, pero no me mojo.

Este sitio no es real.

—No, no lo es —dice una voz masculina.

Alguien está sentado en un banco. Tiene el pelo blanco y largo y la fuerte espalda de un Extrema Sangre. Está con el torso desnudo, solo lleva unos pantalones de algodón basto y va descalzo. He visto demasiadas veces esa figura sentada frente al huerto. Muchas cuando estaba vivo, y otras tantas cuando lo invocaba en mi mente para que me acunara la nostalgia.

Mi abuelo.

Corro hacia él, pero me quedo paralizado. Hay algo que no encaja…

La Marca del Alma. No tiene la Marca del Alma.

Él se da la vuelta. La verdad es que se parece mucho a mi abuelo, solo que más joven. Pero sé que no es él. Sostiene una flor blanca entre las manos que podría ser un lirio, pero en esa flor también hay algo falso, extraño, no natural. La hace girar sujetando el tallo entre el índice y el pulgar.

—No eres él —le digo, quedándome quieto donde estoy.

—No. No lo soy. Y tienes razón: el jardín no es el jardín.

Yo no he dicho nada de nada. Solo lo he pensado. Doy un paso atrás.

—He procurado que te sientas en un lugar familiar. Con un rostro familiar. No podía mostrarme en mi forma real. No lo hubieras entendido. Pero no sé crear, así que tomo prestado lo que hay en tu mente. Lo llamáis recuerdos. Pero los recuerdos nunca son precisos. Así es fácil descubrir el engaño.

—¿Estoy muerto? —pregunto sin miedo.

—¿La deseas? A la muerte, me refiero… A menudo la has invocado como si fuese tu único destino. —Su voz nunca es la misma. Se modula según la frase, o según sus intenciones. Puede ser dulce y

preocupada o áspera y dura. De modo que es difícil saber qué piensa, imposible captar sus sentimientos. Él me resulta oscuro como Julieta. ¿Dónde diablos estamos?

—No deseo la muerte —digo flojito—, me enfrento a ella. Solo estoy preparado para perder.

—Perder… —murmura, tocándose una barba que lo más probable es que no tenga—. Estoy familiarizado con esa palabra. Tiene múltiples significados. Algunos que te destruyen el orgullo, otros que te devastan el alma. Siempre hay que contar con perder, pero no desesperar para comprender los errores y prepararse para la victoria. —Me observa como podría hacer alguien que compra un caballo en una subasta. Con atención y sospecha de timo—. Sea como sea, no, no estás muerto. Todavía no, al menos. Pero estás gravemente herido. No quisiera que te murieras. —Se alza, toca una mata de flores y veo cómo se abarquillan, se secan y acaban reducidas a polvo. Camina, y todo lo que roza se marchita.

Me sonríe. Al menos creo que se trata de una sonrisa, y me hiela la sangre más de lo que podría hacer un Ardefrío.

—No debes temer.

—¿Me lees la mente? —pregunto, y hasta me siento estúpido de haberlo hecho.

—No, no te leo la mente. El caso es que no nos estamos comunicando con sonidos, solo con los pensamientos. Por eso, tanto si lo dices en voz alta como solo en tu cabeza, me llega igual. Aquí no se habla.

—¿Aquí dónde? —pregunto algo irritado. Estoy harto de este jueguecito.

—¿Dónde crees que estamos? —pregunta alzando una ceja. Parece más una burla que una pregunta de verdad.

Aeterianos. No es más que una condenada prueba.

—¡Es una ilusión! —anuncio, ufano de haberlo entendido. Un ligero alivio similar a un aleteo vuela desde mi pecho—. ¿Dónde están mis compañeros? —pregunto, y doy un paso adelante.

Él alza los hombros, distraído.

—Jugando con la muerte, creo. No siempre sé lo que hacéis, pequeños y adorables Iniciados.

Si hay un enigma que resolver, esta vez también lo haré.

—Me imagino que eres un Aeteriano, o un Alto Maestro que nos han ocultado. —Mi voz es más amable que antes, pues ahora sé lo que está sucediendo.

Y él estalla en una carcajada que me desgarra las entrañas de terror. Su rostro se deforma, así como su cuerpo. Frente a mis ojos se esculpe un nuevo rostro. Y otro. Y otro más. Muda y cambia, de expresiones, caras.

Incorpóreos.

Estoy en presencia de un Incorpóreo. Así que esta es mi prueba.

Me llevo una mano a la empuñadura. Pero… no tengo espada.

Dos pasos atrás.

Dos más.

Nunca he deseado tanto a mi Tropa al lado, ya sean Montescos o Capuletos.

El jardín se esfuma, se desmorona y queda reducido a polvo, como los Rápidos devorados por nosotros. Y me encuentro en el interior de mi casa, mi palacio. En una habitación concreta que hace

tiempo que no abría. Sé qué habitación es. Un sollozo de dolor me cierra la garganta.

El rostro del Incorpóreo se desintegra delante de mis ojos y se convierte en… Bastiano.

Se vuelve mi hermano Bastiano.

Los rizos castaños que no lograba domar, los profundos y cálidos ojos color avellana, la carcajada siempre a mano. Incluso desprende su misma fragancia: aquella horrible en la que se remojaba cada vez que salía al encuentro de mujeres y no de batallas. «En una batalla solo puedo perder mi Tiempo o mi vida; en el amor puedo perder el alma… Es mucho más peligroso. Por eso es mucho más excitante». Me parece que solo ha transcurrido un lateluna y no diez solasterios desde que lo vi preparándose en su habitación para salir, mientras me daba sus lecciones de vida. A pesar de que sé que se trata de una ilusión, me devasta. Mis piernas ceden. Lloro y me río. Y que la diosa me perdone, aunque sé que eso es solo un espejismo, ¡verlo de nuevo me hace feliz! Había olvidado su rostro, sus manos, la manera en que curvaba los labios al sonreír.

Ahora entiendo a qué se refería la Trasladora cuando me dijo que en la primera batalla me moriría de miedo. Jamás podría alzar la espada contra Bastiano, ni siquiera contra su miraje. Me pregunto a quién tienen delante mis compañeros en este momento, y sufro por ellos.

Bastiano (no es Bastiano) se me acerca. Se acomoda en su butaca (no es suya). Me hace una señal para que me siente a su lado. Me niego.

—Esto no es ninguna prueba académica. —El rostro de Bastiano (no es su rostro) muestra una expresión de disgusto—. Y desde

luego no soy ningún Incorpóreo. Francamente, lo encuentro un poco ofensivo. Y no soy ningún Alto Maestro. Esta ofensa es incluso peor. Son pequeñas cucarachas que me zamparía con mucho gusto si llegaran a cruzarse en mi camino. Pero se guardan bien de no venir a visitarme. Saben que los desprecio y no son capaces de enfrentarse a mí, ni lo quieren. Están demasiado amedrantados. No, Romeo, esta no es una ilusión suya. —Me está engañando, pero le sigo el juego; cuanto más hable, más rápido desaparecerá la sensación de que es Bastiano, y entonces podré luchar contra él, aunque sea cuerpo a cuerpo.

—¿Quién eres entonces?

—En realidad no tengo nombre. Pero vosotros, los Edenitas, me llamáis Ilhuas.

—No lo he oído nunca —digo con desdén.

—Oh, lo sé muy bien. Me relegaron al olvido. Lo peor no es morir, ¿sabes?, es que te olviden. Ese sí es el castigo más cruel. —Mi seguridad vacila. Estoy confundido—. Creía que eras más listo, Montesco. —Suspira—. Creía que enseguida entenderías dónde estás y *lo que es* este lugar. Sueles analizar los hechos; venga, inténtalo.

Algo que no es real pero tampoco una ilusión. Cambia de rostro, manipula… De repente, me vienen a la mente las palabras de Mercucio: «Un mundo donde se anda por el humo, las aventuras se fragmentan tanto que parecen de cerámica… y los despertares se convierten en vientos que escapan a la comprensión».

Se me acelera el corazón.

Se me corta la respiración.

Doy dos pasos atrás…

Solo hay un modo de irme de aquí.

Despertarme.

Porque estoy soñando.

Bastiano (no es Bastiano) aplaude.

—Bien, Romeo. Muy bien. —Me llevo una mano al cuello para cerciorarme de que bajo la casaca está el colgante que me ofreció la Trasladora. Está. Me lo saco y lo estrecho entre las manos.

Despierta.

Despierta.

Despierta.

Lo repito más veces. Pero no sucede nada.

—¿Quién te ha dado ese pequeño pedazo de hierro? —me pregunta mientras temo que pueda transformarse en una araña mientras se me acerca.

Guardo silencio. No lo digo.

Lo toca. Lo observa fascinado.

—Qué divertido. Siempre consiguen sorprenderme.

Quisiera preguntarle a quiénes se está refiriendo, pero mantengo la boca cerrada. No quiero hablar con él más de lo necesario.

—De todos modos, este pequeño pedazo de hierro no sirve de nada. Ahora no, al menos. Estás herido, débil. No tienes fuerzas para resistirte al descanso. Lo que es bueno, porque tu cuerpo necesita dormir. Es la única manera en que te podrás salvar. —Mueve la mano de esa manera un tanto nerviosa tan propia de Bastiano. Mi mente titubea y recurro a todo mi autocontrol para asimilar las informaciones que me llegan y separar este lugar y a él de mi verdadera casa, de mi verdadero hermano.

—Si estoy soñando, tú no existes.

—No es del todo cierto. Vosotros no soñáis del mismo modo que los Rápidos. Soy yo quien crea vuestros sueños, porque es la única manera de poder hablar. Alyaster me encarceló, me aisló, pero nada pudo hacer contra ese… *lugar*. Es su gran derrota, y es el único motivo por el que da caza a los de tu Pertenencia. Porque sabe que yo, gracias a vosotros, puedo regresar.

—¿Alyaster da caza a los Eternantes? Nosotros no somos nada. Solo depósitos de Tiempo. Somos los hijos que los padres y las madres no desean tener. Sustituibles con Rápidos. Somos los más sacrificables.

Se pone en pie y da vueltas a mi alrededor, hasta que clava sus ojos en los míos. La garganta me sabe a hierro. Me pone una mano en el hombro.

—Tú no tienes esa Pertenencia. Tú eres un Encantilante.

—¿Qué…?

Sus ojos llamean. Traga saliva un par de veces o tres. Toma aire, aunque dudo de que necesite aire para vivir. Creo que me está oliendo.

—Es la Pertenencia más brillante. Puedes destruir una montaña, incendiar un bosque entero, caminar por encima del agua o volar por el cielo, crear ilusiones, jugar con el tiempo, pero si posees el alma, si manipulas las emociones, eres invencible. Si posees el cuerpo de un enemigo muerto, solo puedes hacer de él comida para los gusanos, pero si posees su alma, lo convertirás en un esclavo a tu servicio. Amor, odio, furor, alegría, desesperación… ¡qué maravillosas armas! Es por eso por lo que todos fuisteis exterminados. Del primero al último. Asesinados. Hombres, mujeres, y los que los engendraron, y a los que engendraron. Hileras enteras

de criaturas arrebatadas a sus madres y asesinadas frente a sus ojos. Pero a veces la sangre todavía canta ese poder en los jóvenes Iniciados. ¿Lo oyes, Romeo? ¿Oyes a tu sangre hablándote?

Y las piezas de mi pasado encajan como los mosaicos de las iglesias: el recuerdo de mi nodriza mirándome mientras duermo, esa sensación de ser capaz de percibir lo que alberga el corazón de los demás, el Rápido que conocía el Extremoidioma y que hizo perder la razón a nuestros enemigos durante la refriega, la tropa de Marina Codalunga devastada por el dolor, abriéndose la cabeza contra la piedra y perdiendo el juicio. Ese dolor que yo vi y que me temía. El lodo que se retiraba cuando lo tocaba.

—¿Por qué tenían que asesinarnos? Podríamos haber sido un arma invencible contra el Enemigo —pregunto, todavía con la esperanza de que todo esto no sea más que una pesadilla.

Algo me escuece. La cabeza me da vueltas. La imagen de mi hermano (no es mi hermano) se distorsiona, parece la superficie de un lago cuando arrojas un guijarro.

Un destello de temor cruza su rostro. Mira a su alrededor. Habla más rápido.

—No sé si lograrás vivir, Romeo, ahora tu vida es un pequeño soplo de humo, puede desvanecerse muy deprisa. Era consciente del riesgo que corrías, sabía que no te podría proteger hasta el Vínculo. Pero estaba bastante convencido de que te las habrías arreglado. Ahora ya no lo sé… Pero si sobrevives a estas heridas, si consigues llegar al Vínculo, si la Lectora lee tu Pertenencia… Surgirás, Romeo. Surgirás y tu poder será infinito. Pero antes debes ver, para creer en todo lo que te diré después.

Otra distorsión. Mi sueño vacila. Tengo frío. Siento dolor. El lado me quema. Bajo la mirada. Hay sangre derramándose de mi herida. ¿Cuándo me han herido?

—Te estás despertando. No tenemos mucho tiempo. Escúchame. —Me toca, y vuelvo a tener esa sensación de falsedad. No me fío de él—. Cuando te despiertes, debes dirigirte a la ciudad antigua. Una vez dentro, tienes que alcanzar la sala de los rombos. Puedes hacerlo únicamente si eliges siempre el camino de la mano que no empuña tu espada. Una vez llegues allí, agáchate en el suelo y cuenta cuatro palmos en el centro de abajo arriba. Un rombo no está dibujado. Empújalo y allí encontrarás la manera de abrir la pared. La reconocerás. Y sabrás abrirla. Para llegar a la ciudad, antes deberás atravesar el puente suspendido. Ilumina el cielo…

Cesa de hablar. Su rostro se endurece. Sus ojos se apartan de los míos para mirar algo más allá de mí. Me giro. Julieta está en medio de la habitación de Bastiano, con la mirada perdida.

—Estás durmiendo —me dice—. ¡Despierta!

Y abro los ojos.

37

Julieta

—¡Romeo! —le grito a la cara en cuanto abre los ojos, sus facciones apenas esbozadas por una tenue luz plateada que proviene de lo alto—. ¡Romeo!

—Te he visto… —susurra, antes de volver a perder el conocimiento.

Quisiera abofetearlo, golpearlo, despertarlo de nuevo solo para enfadarme todavía más con él. Maldita sea.

Pero ahora su respiración es delicada, regular pero leve. No se ha desmayado: está durmiendo. Como los Rápidos. Como yo, si de veras me he dormido yo también hace poco.

Romeo tiene la Enfermedad del Sueño, y puede que yo también, pero no me importa en absoluto, ese es el menor de mis problemas. El principal es que estoy furiosa con él.

¿Por qué ha tenido que hacerlo? ¿Por qué ha tenido que meterse en medio y recibir el ataque que iba dirigido a mí?

—Romeo —digo para mí misma, mientras le aparto el pelo húmedo del rostro—, ¿por qué eres… tan condenadamente altruista?

Siempre quiere salvar a todo el mundo, y todo el mundo le ha dicho que no puede hacerlo. Pero a él tanto le da.

Y ahora se está muriendo: la espada de Lisandra le ha atravesado un costado, y su sangre es casi imperceptible contra el color del uniforme, pero yo sé que está ahí. Está empapado, y la herida sigue manando lentamente como el manantial de una montaña. Escondido, pero inagotable.

—Maldita sea —murmuro cuando aparto la solapa del uniforme y un chorro de sangre se derrama en mis manos. La espada le ha dejado un agujero, no muy grande pero sí profundo. Un golpe dado para matar, y solo el instinto lo ha salvado.

El instinto, y lo que sea que yo sea.

Almanaria.

Esa es la palabra.

He acogido el alma de Romeo en mi interior, solo por algunos batimientos, pero suficientes para salvarle la vida.

Sin embargo, ahora, ahora que me ha abandonado y que me siento más vacía de lo que estaba cuando nos conocimos, ahora quiero salvarlo de nuevo, porque su cuerpo está débil y la herida, abierta, y si no se la curo podría infectarse y estoy furiosa con él porque no quiero que se muera.

«Aquí abajo», me susurra un temor en mi cabeza, «ambos podríamos fallecer».

Juro que, si algún día llegamos a salvarnos, Paris y Lisandra nos la pagarán.

Nos hemos despeñado por al menos tres pértigas en la oscuridad, y ya es un milagro que no me haya roto las piernas. De lo contrario, estaríamos perdidos. En cambio, hemos caído en una pequeña charca de agua y barro mientras la tierra encima de nosotros se cerraba. Una cuenca en la que es probable que se recojan el agua y

la arena que casi todos los días azotan la Aldea y luego se filtran entre los anillos. Aquí hay un olor antiguo y húmedo, de tierra que hace centurios que no se desplaza y de piedra acariciada por eras. Un olor que me parece que ya percibí, una vez.

La idea de usar este barro para lavar la herida de Romeo o para beberlo ni siquiera se me pasa por la cabeza. Necesito encontrar agua limpia, y quizá comida.

Cojo a Romeo por los hombros y lo aparto del barro a rastras. Él gime algo. «Bastiano», me parece entender. Le paso una mano por la frente, creo que está hirviendo. La piel alrededor de la herida está roja, no solo por la sangre. Maldita sea.

Apoyo a Romeo contra un espolón de roca e intento que se siente.

—Ahora tienes que quedarte aquí —le susurro—. Más te vale no escaparte. Voy a buscar una manera de salvarte.

Pero antes me arranco la manga de la camisa de debajo del chaleco del uniforme, la sujeto entre los dientes y el puño y la rasgo. Una tira de tejido, no muy grande, pero suficiente para improvisar una venda.

Se la ato alrededor de la herida y él deja escapar un lamento.

—Basta, Lavinio… —gime, casi divertido a pesar del dolor.

No sé quién es ese Lavinio, pero mientras lo llame a él o al tal Bastiano en lugar de a Rosalina me va bien.

Enderezo la espalda, renegando entre dientes por el dolor de la caída, e intento averiguar dónde estoy y, sobre todo, adónde puedo ir. No cabe duda de que no podemos regresar a la torre de los Almanarios: la superficie está al menos a tres pértigas de distancia y ninguno de los dos es capaz de volar.

Me pregunto si en mi interior está la Pertenencia de los Graves, pues ahora nos vendría bien. Pero la verdad es que no podría servirme de ella, porque hace demasiado tiempo que no me nutro, y si me pasara, correría el riesgo de transformarme en una Selfiera. Y así Romeo se encontraría herido, bajo tierra y con un monstruo enajenado.

Entorno los ojos, porque no logro ver a más de un palmo de mi nariz. Nos encontramos en una gruta gigantesca.

Chasqueo la lengua y el eco se propaga y reverbera a mi alrededor. Debe de ser todavía más grande de lo que imaginaba. Hay otras charcas como esa en la que hemos caído, y espolones de roca y pilares partidos. Aquí todo está iluminado por una luz plateada que no tiene nada de natural. Transforma la gruta en un paisaje espectral que me hace casi añorar el falso cielo estrellado bajo el que descansan los niños.

Alzo la mirada para entender de dónde proviene la luz. No son esferas aetereanas, desde luego: desparramadas por toda la bóveda de la gruta, parecen jirones que ondean con un viento inexistente. Como si un dios rencoroso hubiera arrancado la luz de la luna y hubiera hecho con ella cortinajes para un enorme baldaquín. Uno de esos está precisamente encima de nosotros y ondea inalcanzable. Cuanto más se distancia de la bóveda, más impalpable se hace, hasta desvanecerse algunos brazos sobre nuestras cabezas. Otros, en cambio, en diferentes rincones de la bóveda, resplandecen con nuevos colores: verde, dorado, incluso negro…

Niego con la cabeza, no cabe duda de que no salvaré a Romeo intentando desvelar el misterio de esas luces, así que echo un vistazo en torno a mí.

En el centro de la caverna, un macizo pilar negro desciende de la bóveda y parece hundirse en el suelo, como si lo hubiera perforado hace surcos de eras. Incluso desde esta distancia comprendo enseguida que debe de ser la prolongación de la Torre central. Percibo su reclamo, la energía que alberga y que nos despedazaría a todos, si tuviera la posibilidad. Ahí no puede haber nada bueno; todos aprendimos la lección.

Me alejo de la charca y cada pocos pasos echo una ojeada atrás, como si Romeo pudiera esfumarse. Pero está siempre allí, inmóvil. Sé que no está muerto, porque estoy segura de que lo notaría. Pero está cada vez más pálido.

Mientras camino con cautela, advierto que en el fondo de la gruta no solo hay cuencas naturales. Veo barrancos y abismos que se abren sobre una oscuridad infinita que podría engullirme para toda la eternidad, y aberturas más pequeñas donde solo podría escurrirse un niño acurrucado y donde un Iniciado se quedaría atrapado aguardando un destino peor que cualquier caída, y bloques de piedra que me recuerdan a los del campo de entrenamiento, solo que estos prometen ceder y desmoronarse y derrumbarse al mínimo paso en falso, y todo esto da forma al peor laberinto imaginable. Peor que la Gruta de la Muerte, peor que la Aldea. Aquí estamos solos, no hay ninguna cerradura secreta que encontrar, y nadie puede venir a buscarnos.

Y entonces los diviso, a lo lejos, donde las paredes de la gruta encuentran el pavimento: arcos que se abren hacia otras cavernas.

Demasiado regulares para ser fruto únicamente del tiempo.

La piedra lisa, los peldaños regulares, los fragmentos de paredes perfectamente perpendiculares al suelo. A pesar de la mugre, el

barro y el musgo, incluso desde esta distancia comprendo que solo hay una cosa capaz de haberlos tallado en la roca con semejante perfección: la Pertenencia.

Ignoro lo que es este sitio, pero es antiguo. Quizá más antiguo que la misma Academia.

Si hay alguna salvación en este lugar, se encuentra al otro lado de uno de esos arcos.

Oigo el retumbo de mis pasos sobre la tierra húmeda mientras me dirijo a la abertura más cercana. Las pisadas me recuerdan a las suelas de mis botas sobre los adoquines mojados de Verona, esa noche en la que seguí a mi prima, Laurela y Rosalina. Parece que haya transcurrido un centurio desde ese momento, cuando todavía creía que nuestros enemigos eran los Montesco.

Crac.

Me quedo helada. No ha sido el sonido de una rama que se ha desgajado. Aquí no hay ninguna glicina.

Bajo la mirada y pego un brinco hacia atrás.

Dos órbitas vacías me observan.

Un esqueleto, con el brazo roto donde apoyé el pie, alargado en una petición inmóvil de ayuda, las piernas dobladas en una posición no natural, los huesos del color del pergamino, manchados de tierra, los jirones de un uniforme color púrpura que caen pesados sobre lo que queda del cuerpo. Solo el llamacero de la armadura ha permanecido brillante, inmutable a lo largo de los centurios.

Un Iniciado. O lo que queda de él. Una visión del futuro, de lo que nos sucederá.

Por un batimiento pienso: Romeo y yo, un Montesco y una Capuleto, fallecidos uno junto al otro, nuestros cuerpos sobre la fría

piedra, la caverna como nuestra tumba, sellada, solo para nosotros. Me pregunto si alguien nos recordará, en los centurios por venir, o si nuestra memoria se desvanecerá junto con las personas que nos conocieron, asalto del Enemigo tras asalto del Enemigo.

—Me sabe mal —le digo a la calavera, que sigue mirándome fijamente—, pero no tengo ninguna intención de acabar así.

Retomo la marcha, alcanzo el umbral del arco y lo cruzo. Atravieso una amplia estancia que parece una especie de almacén repleto de desechos: mesas y otros muebles rotos, sillas resquebrajadas y, contra la pared, una serie de esferas de cristal ahora ya inútiles. Al fondo de la estancia, un pasillo conduce hacia abajo, y está oscuro. La luz plateada no llega aquí. Echo un vistazo hacia atrás, hacia la gruta. Si quiero poder volver con Romeo, tengo que estar atenta.

Entrecierro los ojos, necesito ver mejor. No puedo correr el riesgo de perderme. Tengo la mano derecha apoyada en la pared, no la aparto nunca. Así es como se hace.

Me lo enseñó mi padre.

Cuando era pequeña, me contaba las historias de los Edenitas y de sus proezas. Los recuerdos afloran así, en la memoria, recuerdos que ni siquiera creía tener, y sin embargo ahora resuenan dentro de mí con la voz que él reservaba para mí y para Teobaldo, cuando por algunos esimios se olvidaba de que era general y se acordaba de que era padre.

Una de las historias trataba de un Extrema Sangre, hace centurios y centurios, encerrado en un laberinto con el cometido de enfrentarse a una Selfiera, fruto de la vergüenza de la reina, un hijo concebido en secreto que no llevó a la Academia, que nunca cumplió el Primer Paso y que no había recibido el Vínculo. De modo que se

había transformado, gigantesco, con cuernos que se elevaban sobre su rostro. A esas alturas, enajenado, se nutría de la carne de los Rápidos.

Pero el Extrema Sangre podía orientarse en el laberinto, porque contaba con un hilo que siempre lo volvía a llevar a la entrada. Una prenda de amor.

—¿Y si nadie me ama? —le pregunté a mi padre, provocando las risotadas de Teobaldo—. ¿Y si no tengo ningún hilo?

—Entonces tendrás que arreglártelas tú sola —había respondido abruptamente, la voz de comandante tomando de nuevo el control —. Apoya la mano derecha contra las paredes y siempre sabrás encontrar el camino.

Así que apoyo la mano contra la pared, noto la fría piedra bajo las yemas y avanzo despacio, tanteando el suelo, y entorno los ojos porque no quiero estar ciega, y noto que la Marca me quema, como una caricia del sol de julio, mientras los contornos de la galería se perfilan.

Doblo a la derecha y otra vez a la derecha, ignoro las infinitas aberturas al otro lado del túnel mientras desciendo a más profundidad todavía y la única compañía que tengo son los ciempiés que, a tramos, huyen de mí refugiándose en las fisuras entre las rocas, su dominio violado por primera vez en centurios. Me quedo petrificada solo por un batimiento, cuando oigo un estruendo distante, que sin embargo desaparece enseguida. Retomo la marcha en este dédalo hasta que, de repente, la galería se abre en una sala. En un rincón hay una esfera aeteriana que despide una luz tenue, apenas suficiente para iluminar las alcobas de una pared, llena de vasijas de arcilla rotas y pieles de animales, tal vez viejas mantas o

alfombras. Lo que queda de una mesa de leña podrida está amontonado en el centro de la sala.

Esto no es ningún laberinto. Es una casa.

Hay algo que reluce tenuemente, entre los restos de la mesa. Me acerco con cautela y aparto la madera ahuyentando a una colonia de insectos.

Si esta mesa está impregnada de Pertenencia, para ellos debe de ser un banquete continuo.

Sin embargo, a mí no me interesa la madera, sino el objeto brillante. Es un cuenco de metal, tal vez cobre. Pero no está oxidado: puedo percibir la Pertenencia latiendo débilmente, consumida pero no agotada. Me guardo el recipiente en la mano, puede ser útil: quizá podría lograr filtrar el barro de las charcas de alguna manera, a lo mejor usando la camisa. Podríamos tener agua.

Con el mero pensamiento, me doy cuenta de hasta qué punto tengo la boca seca.

Ignoro cuánto tiempo hemos pasado sin conocimiento, o durmiendo, y no sé si lograremos jamás encontrar una salida.

Lo que sí sé, sin embargo, es que por muy Edenitas que seamos, la sed puede matarnos.

Alzo la mirada. Quisiera averiguar si es posible trepar hasta el techo y regresar a la gruta principal. Y es así como veo el fresco.

Recubre toda la pared frente a mí, está casi desconchado por completo y tiene los tonos decolorados, si no fuera por ella. La mujer en llamas, en el centro de la imagen. Ella y el corazón despedazado que estrecha entre las manos. Verla me causa dolor, como si en ese fresco el artista hubiera vertido todo su propio

sufrimiento, como si esa mujer me hablase precisamente a mí. Cierro los ojos y doy un paso atrás.

Ahora no quiero verla. No quiero que me devore un dolor que no es mío.

Y sin embargo hago un esfuerzo y la contemplo de nuevo. Como si quisiera mirar fijamente las llamas. Desafiarlas.

La pintura no quería asustarme, me he equivocado. El miedo que he visto era mío, solo mío. El miedo de quien está solo y teme que todo se venga abajo.

Vuelvo a negar con la cabeza; será mejor que vuelva para ver cómo está Romeo. Me echo sobre el brazo unas pieles con las que podré abrigarlo y luego recojo la esfera, porque las galerías están oscuras y prefiero tener un poco de luz en lugar de moverme a ciegas. No podré confiar en nada. Estoy a punto de irme cuando advierto otra cosa entre los fragmentos de la mesa. Algo que me será útil.

—Esto no te va a gustar —digo más tarde—, pero afortunadamente no puedes quejarte.

No tengo la menor idea de cuánto tiempo ha transcurrido desde que dejé a Romeo para adentrarme en las galerías, pero sé que ahora los jirones de luz que estaban encima de nosotros cuando nos despertamos ya no están. Como si se hubieran desplazado, ondeando a lo lejos en compañía de otras luces, cuatro o tal vez cinco, al otro lado de la bóveda.

Me inclino de nuevo sobre Romeo. Le he sacado el uniforme y le he abierto la camisa. Su piel está ardiendo, tiene los labios secos, los

contornos de la herida son oscuros y un hilo de sangre sigue manando. Tengo que hacerlo.

Entre el pulgar y el índice sujeto el clavo que he encontrado entre las trizas de la mesa y al que he atado un hilo de mi camisa. Está oxidado, pero solo puedo esperar que la Pertenencia del que estaba impregnado todavía no lo haya abandonado del todo. Lo último que quiero es matar a Romeo, pero no me queda más remedio: si no suturo la herida, la sangre no se detendrá.

La primera vez que le perforo la piel, Romeo hace una mueca de dolor. La segunda, masculla algo.

—Lo mató… mató a Bastiano.

Me muerdo el labio. Fuera quien fuera, debió de ser importante para él.

La tercera vez, todo su cuerpo se estremece. Debo de haberle hecho daño.

—Lo siento —digo—, nunca aprendí a bordar.

Más tarde, cuando he terminado, observo mi obra. Le va a quedar una cicatriz, pero al menos la sangre se ha detenido. Lo cubro con las mantas con suavidad, pero todavía tirita. No dispongo de nada más, por ahora.

Le paso un dedo por los labios. Necesita beber. Me saco lo que queda de la camisa y la sumerjo en la charca.

Estrujo la prenda, haciéndola gotear en el cuenco de cobre, pero no funciona. El líquido permanece turbio, impregnada de arena de la Aldea.

Debo encontrar agua limpia.

Me adentro de nuevo en las galerías y es allí donde me doy cuenta de que tengo hambre, y descubro que soy muy buena cazando

ciempiés. Solo necesito quedarme inmóvil, esperar a que salgan de las grietas en las paredes y entonces alargar el brazo con rapidez. Lo importante es no dejarse engañar por el ruido que oigo de vez en cuando: los asusta y ahuyenta.

Pero soy muy buena cazando y estoy hambrienta.

Uno no es suficiente para saciarme, pero afortunadamente aquí abajo debe de haber centenares y yo no soy quisquillosa: cosas peores hemos comido, en la superficie, mientras las demás Tropas se ponían las botas en las Torres.

Me lleno los bolsillos: Romeo también necesita comer.

Sigo adentrándome en las galerías, con el cuenco de cobre en la mano, a través de habitaciones abandonadas, bibliotecas repletas de rollos de pergamino consumidos por el tiempo, salas circulares llenas de escaños de piedra, fosas donde todavía se pueden ver manchas de sangre tan antiguas que ya forman parte de la roca, pero de agua no hay ningún rastro.

Hasta que por poco me caigo.

Acabo de cruzar el umbral de una estancia cuando se me resbala un pie. Alargo el brazo en busca de un agarradero en la pared, pero es lisa. Por instinto, me dejo caer de rodillas, y esto me salva la vida, pero la esfera se me escapa de la mano, se cae y se rompe en mil añicos; las últimas gotas de Pertenencia se evaporan. Debería estar a oscuras, y sin embargo no es así…

Cuando recobro la respiración, comprendo dónde me encuentro: en otra gran sala, en el extremo de un estrecho puente que la atraviesa por toda su longitud, como si lo hubieran hecho crecer directamente de la roca. Húmedo.

Y el sonido significa salvación.

El regular, dichoso y magnífico goteo.

Abro los párpados de par en par y me hago cruces.

Las paredes de esta gruta están recubiertas de musgo luminiscente, que hace aparecer todas las cosas bajo una luz hechizada, la misma que esperaría en una reunión de hadas en verano, si las hadas existieran. No logro contener una sonrisa, más bien una carcajada que resuena por toda la gruta.

Porque de la bóveda cuelgan estalactitas titánicas, y del pavimento se erigen sus gemelas, y de cada estalagmita gotea, con eterna constancia, agua pura que se recoge alrededor de la base.

Desciendo con prudencia, busco todos los agarraderos posibles y me los grabo en la memoria, porque sé que subir será más dificultoso. Respiro sin prisas y me tomo el tiempo necesario para evitar caer. Pero cuando me encuentro frente a un charco de agua, mi fuerza de voluntad flaquea.

Me arrojo al suelo y bebo con avidez a pesar de que el agua está helada. Pero es buena y noto cómo me desciende por la garganta y abro los labios para beber todavía más, hasta que me noto el vientre hinchado. Deben de haber transcurrido días desde la última vez que bebí. Quisiera quedarme aquí para siempre, como si, al alejarme, esa agua pudiera esfumarse. Pero no es así, y no soy la única que la necesita.

Así que lleno el cuenco de bronce, y trepo, y me maldigo cada vez que por poco derramo aunque sea una sola gota, porque la vida de Romeo depende de mí, y él quiere salvar a todo el mundo y yo debo ser capaz de salvarlo al menos a él.

Y pongo todo mi empeño: regreso con Romeo y le vierto el agua sobre los labios secos, recojo la que le gotea por el mentón y la uso

para mojarle la frente y lavarle la herida.

Vuelvo a las estalagmitas y regreso a él una y otra vez, y en cada ocasión parece que el agua no es suficiente. Luego doy caza a los ciempiés y los machaco y desmenuzo en el cuenco y le vierto la papilla en la boca. Una y otra vez, hasta que me duelen las piernas y se me rompen las uñas a base de aferrarme a la roca y agarrar insectos.

Una y otra vez, hasta que estoy segura de que podría recorrer el camino hasta el agua incluso con los ojos cerrados.

Y Romeo no se muere, pero tampoco se recupera. La herida está cerrada, pero tiene fiebre alta.

—¿Qué más tengo que hacer? —grito con la voz que se me quiebra—. Alyaster —invoco—, ¿qué tengo que hacer? —repito mientras el grito se apaga y rompo a llorar.

Todo es inútil. Quiero que viva, ¿por qué no logro salvarlo?

Lo miro y veo sus labios agrietados y recuerdo cómo bromeaba con Mercucio y Terencio, veo su costado herido y recuerdo cómo luchaba para defender a todo el mundo, veo las finas arrugas a lado y lado de la nariz y recuerdo cómo se reía. Cómo nos reímos, en el balcón, juntos.

Y es mientras recuerdo que la gruta parece desmoronarse.

Empieza con una vibración, con un ruido sordo y con el chirrido de piedra sobre piedra. Prosigue con una lluvia de arena y detritus sobre nosotros.

Me echo encima del cuerpo de Romeo para protegerlo y una piedra me cae sobre la espalda, arrancándome un grito de dolor.

No puede terminarse así.

Alzo la mirada. Si debemos morir, quiero al menos ver qué nos va a matar. Y los veo.

Son los anillos.

Es un Movimiento.

Los anillos rotan alrededor de la Torre central, y así se desplazan los resplandores en la bóveda; los paños espectrales dejan una estela de luces a nuestra espalda.

Cuando uno de esos resplandores pasa por encima de nosotros, por un momento la lluvia de detritus se ralentiza y parece casi que se detiene. Como si… como si un Grave hubiese usado la Pertenencia para debilitar su gravedad.

¡Pues claro! Por Alyaster, ¿por qué no he caído antes?

Esos resplandores deben de ser los Fundamentos de las torres, impregnados de Pertenencia. Espero que el Movimiento llegue a su fin y entonces los cuento: hay trece en total, justo como las Torres según mi tía. Algunos aislados, la mayor parte agrupados, en la otra punta de la caverna, más allá del pilar de la Torre central.

Trece.

Eso significa que la Torre central nunca formó parte de las Torres que conquistar. Significa que una torre no era visible. Tenía razón, ojalá se lo hubiera dicho a toda la Tropa.

Pero ahora no importa, porque sé cómo salvar a Romeo.

Hay una Tropa que está triunfando, en la superficie, y que está acumulando los Fundamentos de todas las torres.

La Tropa de Paris.

La misma Tropa que primero conquistó la torre de los Trasladores.

La Pertenencia que puede curar a Romeo.

Con un gruñido del que Amleto se sentiría orgulloso, me cargo su cuerpo sobre el hombro. Solo debo dejar atrás la Torre central. Doy un paso tras otro con gran esfuerzo, tropiezo.

—Resiste —digo, más a mí misma que a Romeo—. Casi lo hemos logrado.

Pero cuanto más me acerco a la Torre central, más temo lo que podría suceder. El recuerdo de Marina Codalunga todavía está demasiado fresco en mi memoria.

Y sin embargo, incluso cuando estamos a menos de un brazo de distancia, no sucede nada. Me pregunto si el maleficio que la envuelve funciona solo en la superficie, pero solo por un batimiento: todas mis energías están dirigidas a llevar a Romeo bajo la torre de los Trasladores antes del próximo Movimiento.

Sin aliento, por fin lo dejo suavemente bajo el resplandor. Espero que funcione, porque está hirviendo y tirita de frío. No tengo ni idea de cuánto tiempo será necesario, no sé si a esta distancia la Pertenencia es lo suficientemente potente.

Romeo tiene un escalofrío; lo que queda de su camisa está empapado en sudor helado.

Inspiro.

«No es nada que no haya visto ya», pienso mientras hago una pelota con el uniforme para usarlo de almohada.

«No es nada que no haya visto ya», pienso mientras me quito la camisa y los pantalones.

«En la pila, bajo el agua caliente que caía fragorosamente», pienso mientras le quito la ropa y mis dedos acarician su piel desnuda.

«Pero nunca nos hemos acariciado. No así», pienso mientras lo abrazo y rezo para que las pieles con las que nos cubro basten para hacerlo entrar en calor, junto con el calor de mi cuerpo.

38

Romeo

Lo primero que noto es el dolor.

Opresivo en la cabeza, lacerante en el costado.

Cada respiración me hace sentir como si estuviera colgado de los ganchos de un carnicero.

El dolor trae recuerdos: la hoja de Lisandra que me atraviesa, mi cuerpo que se desploma en el suelo.

Pero si bien he notado el frío de la espada, no he advertido el impacto contra el suelo.

Lo he visto. Desde otra perspectiva: la de Julieta.

Yo no estaba allí.

Ella me ha llevado consigo, ha arrancado la esencia vital de mi cuerpo y la ha protegido y conservado en el suyo.

Julieta es una Almanaria, con la fuerza de quien ya es una Extrema Sangre. Se requiere un duro entrenamiento para ser capaz de llevarse consigo a un alma con semejante velocidad y conocimiento para no desgarrarla y mutilarla para siempre. Se cuentan historias espeluznantes de Almanarios principiantes incapaces de liberar el alma absorbida y por ello condenados a la locura; o de consciencias perdidas en el intercambio, desvanecidas en espacios desconocidos, muertas pero no muertas, que moran en

la noche a la espera de encontrar un nuevo cuerpo que las aloje. Por lo general no son más que leyendas, pero lo suficientemente eficaces para que los Iniciados eviten fanfarronadas que podrían resultar letales. El caso es que, la mayoría de las veces, los Almanarios son demasiado arrogantes y vanagloriosos, incapaces de esperar una lección y deseosos de hacer alarde de su Pertenencia, sin pensar lo más mínimo en las consecuencias.

Un calor proviene de detrás de mi espalda; lo noto incluso antes que la consciencia de estar vivo. Se moldea a mi cuerpo tal como lo haría un escultor con la arcilla.

Un ligero soplo me hace cosquillas en el cuello, acompasado por momentos de suspensión. Y ahora la arcilla que me envuelve se distiende en mi espalda para luego encogerse de nuevo.

Me acuna. Y la inconsciencia se acerca para raptarme de nuevo.

Lucho para que no suceda. Sé que no regresaré. No enseguida, al menos. O tal vez jamás.

Abro los ojos. Me duelen los párpados. Se cierran y se vuelven a abrir. Oscuridad y colores. Oscuridad y luz.

Respiro.

Algo se mueve detrás de mí. Ese calor se acomoda mejor a mi cuerpo. Comprendo que estoy tumbado de lado. Mi cabeza está protegida por una almohada. No, no es una almohada. Es el cuero del uniforme, y unas pieles de animales me cubren. Estoy desnudo.

Sobre mi brazo noto un ligero peso, otro sobre mi pierna. Irradian tibieza. Así como detrás de mi espalda. Como ese soplo que parece una respiración.

No lo parece…

Es una respiración.

Y el peso que noto sobre mi brazo y sobre mi pierna es el de otro brazo y otra pierna.

Alguien me está abrazando, me envuelve.

No. No alguien. Ella. Julieta.

Lo sé por la fragancia. Por sus senos apoyados en mi espalda, que reconozco aunque no los haya tocado nunca, por su piel contra la mía.

Estamos abrazados como los amantes de Dante y esto podría ser perfectamente el infierno, a juzgar por el dolor que siento por todas partes, pero entonces ¿por qué me parece muy cercano a lo que describen como el paraíso?

Vuelvo a cerrar los ojos por un batimiento, y la oscuridad me permite saborear el contacto.

Ella se mueve, ligeramente, deslizando su pierna sobre la mía, acercando todavía más su cuerpo al mío, desplazando su mano sobre mi pecho con los suaves movimientos de una caricia. La respiración se hace más cercana y puedo casi advertir sus labios sobre la piel de mi cuello. Debería parecerme incorrecto dejarme llevar por estas sensaciones, y al mismo tiempo no puedo evitar no recrearme en el placer que siento. Excitación, también. Sensación de pertenencia. Familiaridad.

Quisiera darme la vuelta. Colocar mi rostro en el hueco de su cuello. Abrazarla y estrecharla entre mis brazos. Acunarla como ella está haciendo conmigo.

Estoy tan concentrado en aplacar el dolor que no puedo aplacar asimismo las sensaciones que ella me hace sentir. Y, desprovistas de razón, me invaden en cada punto de mi cuerpo. Mi enemigo me abraza y yo me olvido de por qué debería luchar contra él.

—Estás despierto… —dice flojito sin apartarse de mí.

Despierto. Ha usado la palabra despierto. Significa que he dormido. Y que ella me ha visto dormir. O tal vez ha pensado que solo había perdido el conocimiento. ¿He dormido? Mis recuerdos son confusos.

—¿Desde cuándo…? —Me duele hablar, tengo la garganta seca y la voz ronca.

—Unos cuantos días. Creía que te ibas a morir. Es más, estaba convencida de que te ibas a morir. Has pasado de la vigilia al… a la inconsciencia más de una vez.

Se ha interrumpido. ¿Estaba a punto de decir «sueño»?

—No te gires —murmura, mientras se escurre de debajo de la manta. Trastea con el uniforme y oigo el sonido de cordones que se ajustan.

Me giro. O mejor dicho hago ademán de girarme, pero la herida me tira y grito.

—¡Te he dicho que no te giraras! —me ordena—. Estás mal cosido y se podría volver a abrir. No soy muy buena con la aguja y el hilo. Estaba infectada. Tenía muy mala pinta. Has tenido fiebre durante días.

Se pone las botas. O eso creo, por el ruido que hace sacudiendo el pie en el suelo. Cuando termina, entra en mi campo visual.

Al verla, contengo la respiración. Tiene el rostro chupado, consumido por el agotamiento, con dos profundas ojeras del mismo color castaño que sus iris. Habla como si hubiera masticado tierra seca. Se agacha.

—Creo que te he salvado la vida. —Está complacida, no con arrogancia, sino por la satisfacción real de cuando haces algo que ni

siquiera tú creías posible.

Se me acerca y me pasa un pequeño cuenco de bronce con un poco de agua dentro.

—Bebe.

—¿Dónde has encontrado…?

—Bebe y punto.

Acerco los labios al agua. Y bebo. Julieta me mira esbozando una sonrisa.

—Sabe a piedra —me quejo.

—Pues claro que sabe a piedra, es de donde procede. Hay una gruta que he localizado deambulando. El techo y el suelo están hechos de extrañas rocas húmedas de donde gotea el agua y afortunadamente también hay un charco; de lo contrario, habría tardado todo un lateluna para llenar un vaso. Y estaríamos muertos…

Dejo de beber y le alargo el cuenco.

—No seas ridículo. Tú la necesitas más. Todavía no estás curado. Y no tengo ningunas ganas de que te mueras, para luego sentirme culpable durante el resto de mi existencia. —Sus protestas suenan todavía más severas con la voz tan ronca.

Me alarga otro cuenco.

—Come —me dice.

Miro en su interior.

Hay ciempiés muertos… con algunas patas de menos.

—Come —insiste.

—No, gracias. Como si hubiera aceptado. —Intento sonreír.

—Has comido cosas peores.

—Son las patas lo que no me gusta. ¿Dónde estamos? —pregunto mirando a mi alrededor.

—Debajo de las torres. —Señala el techo—. Si esos son los Fundamentos, estamos más o menos a tres pértigas bajo tierra. ¿Eres capaz de vestirte?

Asiento con la cabeza. Ella me lanza mi uniforme y se gira.

—¿Cómo hemos acabado aquí? —pregunto mientras me visto.

—La tierra se abrió y nos despeñamos aquí debajo. Luego se cerró. Fuimos a parar a esa charca de barro, que nos salvó. Creo que así es más o menos como fue. Digamos que hemos sido afortunados.

Observo la charca a unos brazos de distancia. Es por eso por lo que nuestros uniformes están todavía más mugrientos. Nos hemos dado un baño en el lodo. La gruta donde nos encontramos está excavada bajo tierra a gran profundidad y es quizá tres veces más grande que Piazza delle Erbe, al menos la parte que alcanzo a ver. No hay fuentes de luz y estaríamos sumidos en la oscuridad si no fuera por las luminiscencias que descienden del techo. Me recuerdan a los hilos de cáñamo de los tejedores apenas salidos de la cuba, después de haberles fijado el color y todavía calientes por haber hervido. Emanan un ligero vapor coloreado. Son de tonos distintos y están reagrupados en diversos puntos del techo.

En el centro de los anillos, un enorme cilindro de piedra negra se hunde desde el techo al suelo.

Alargo el brazo para tocar los hilos que tengo encima. Son rojos como el fuego. En cuanto apoyo la mano, profiero un grito. No solo son del color del fuego, también tienen su misma temperatura. Una larga quemadura me aparece en la palma.

—Torre de los Ardefríos. Y allí está la de los Graves —dice Julieta señalando las luminiscencias argénteas al fondo de la sala mientras me abrocha los cordones del costado—. Si te acercas demasiado, corres el riesgo de flotar por la sala. Créeme, lo he probado. Parecen hifas, ¿verdad? Como si las torres fueran hongos y hubieran nacido directamente de ellos y de sus Fundamentos. Cada una encarna el poder de una de las Pertenencias. Puede que descarguen el poder al suelo, para que por encima puedan tocarse y transportar. Me he hecho esta idea. Aunque podría estar muy equivocada, a pesar de que he tenido un montón de días para estudiarlas. ¡Y mira allí! —Señala con el dedo los filamentos oscuros como las tinieblas que los rodean, que descienden del segundo anillo de piedra. Son tan sutiles que casi no se ven—. Aeterianos. Desvelan y esconden. Tenía razón: la torre estaba oculta a nuestros ojos.

Su rostro está encendido de orgullo.

—Las contaba y las volvía a contar. Las cuentas no salían. Faltaba una torre.

—Deberíamos habérselo dicho a los demás.

—Ya. Abróchame.

Me da la espalda. Cojo los cordones y los entrecruzo. La visto y me la imagino desnudándose. Cada vez que por algún motivo nos tocamos se instala este silencio viscoso entre nosotros. Apenas he acabado de estrechar el último cordón, ella se escurre de mí y se acerca al centro.

No necesito que me diga de qué se trata. Es la maldita torre por la que la Tropa de Marina falleció. Ninguna hifa luminosa. Está negra y oscura, clavada en el suelo como una espada. Me la imagino infinita incluso en el interior de la tierra.

—Hace un buen rato que no se producen Movimientos, pero he tenido manera de observarlos. Los círculos giran, pero esta… —Julieta señala la Torre central—. Esta no se mueve. Y mira aquí. —Abre la palma de la mano y hace ademán de tocarla.

Me sobresalto.

—¡Cuidado!

Pero ella apoya la mano tranquilamente sin que suceda nada.

—Llega hasta bajo tierra y no sé hasta cuánto; podría continuar pértigas y pértigas.

—Has tocado la torre —digo consternado.

—Sí. Y no me preguntes por qué no me he desplomado en el suelo gritando. Supongo que por el hecho de que no hay puertas. Y por lo tanto ninguna defensa. Al menos es la explicación que me he dado. Es un lugar lleno de misterio.

Doy una vuelta con la nariz hacia arriba para observar estas hifas luminosas. Toco una de color verde claro. Siento el dolor en el costado paliar un poco.

—Trasladores. Y gracias a esas sigues vivo. Te coloqué aquí debajo cuando creí que tu fin estaba cerca. Temblabas como un Movimiento, solo que no cesabas. Los filamentos de los Ardefríos estaban lejos y tú necesitabas reponerte. Así… Bueno, Amleto tenía razón. Las pieles funcionan. —Un poco de rubor le colora las mejillas, y creo que yo no me quedo corto. Hemos estado ahí debajo desnudos durante bastante tiempo. Se agacha para recoger las pieles y se pone a doblarlas. Un silencio dulce como una porción de tarta y empalagoso como la miel flota a nuestro alrededor.

—¿Dónde encontraste las pieles? —pregunto para deshacerme del bochorno que, en cambio, se me ha posado en el hombro, y si

pudiese se reiría de mí.

Parece aliviada de que el silencio haya sido interrumpido.

—Hay un montón de trastos repartidos por aquí. En realidad, es una ciudad entera.

Enarco una ceja.

—Tan grande como Verona, puede que más —prosigue.

Me encamino hacia la oscuridad del fondo de la sala.

—Por aquel lado hay una muerte certera. Pero si realmente no logras resistirte… —dice con un gesto sarcástico.

La miro con divertida suficiencia.

Suelta el aire ruidosamente.

—Puentes largos y estrechos, partidos por la mitad sobre precipicios tan profundos como el centro de la tierra. Y un extraño campo de entrenamiento suspendido en la nada, donde en lugar de los cuadrados de margaritas se encuentra el vacío. Además de barrancos y otras horribles formas de muerte inmediata.

Me la imagino aquí debajo, sola conmigo delirando y herido, caminando entre las tinieblas y no despeñándose al vacío por los pelos. Me estremezco.

—¿Y al otro lado? —pregunto, aunque no tengo muchas esperanzas de que sea mejor.

—Galerías, grutas y barrancos con formas de muerte inmediata. Pero algo más. Ven, te hago una visita turística, pero antes necesito una cosa. —Se encamina cojeando ligeramente. Debe de estar exhausta, pero intenta que no se le note. Pasamos por debajo de un arco.

—Ha sido construido —digo con la nariz hacia arriba y observando la perfecta hechura.

—Mmm —refunfuña, creo que es un sí.

Poco después entramos en una estancia espaciosa. En una esquina hay muebles amontonados. Me acerco a observarlos y veo que están finamente tallados.

—Ah, es aquí donde encontraste las pieles.

—Ojalá. Me habría ahorrado tener que arrastrarme en la oscuridad. Aquí no estaban las pieles ni el clavo con el que te cosí ni el cuenco para el agua. Pero hay otra cosa. Y no quiero arruinarte la sorpresa.

—¿Me cosiste con un clavo oxidado? —pregunto atónito—. No me cuesta creer que me estuviera muriendo. A lo mejor por una infección…

Coloca los puños en las caderas.

—No tenía mucho donde escoger, ¿no? ¿Qué me dices? Incluso le saqué la cabeza. Un «gracias» también sería apreciado.

—Pues que sepas que el golpe de espada lo recibí para salvarte. ¡Quizá deberías agradecérmelo tú a mí!

El color de su rostro se vuelve rojo fuego.

—¿Por qué crees que me he pasado días ocupándome de ti como una nodriza, arrastrándote debajo de este o aquel otro Fundamento en función de lo que más necesitabas? Mientras tú estabas plácidamente inconsciente, yo he trabajado más duro que un Rápido en las minas. ¿Crees que me complace curar a un Montesco sin una buena razón? Me he pasado noches y días rezando a la diosa. Me aterrorizaba la idea de que te murieras. —Trastabilla y se apoya en una mesa, que acaba por el suelo junto con ella.

Me precipito a ayudarla, pero la herida me duele; renqueo, y cuando alargo una mano para alzarla, ella me mira con desdén.

—No necesito una mano. Y ya te he dicho que corres el riesgo de que se te salten los puntos. —Se levanta, sacudiéndose el polvo del uniforme, lo que es un poco cómico, porque está tan mugrienta que dos granitos de tierra sin duda no van a empeorar la situación. Además, se aparta el pelo del rostro y las manos sucias le dibujan una larga raya negra en la cara.

Ella se da cuenta de que ahogo una risa, aunque hago todo lo posible para reprimirla.

—¿Qué pasa? —me pregunta mosqueada.

No respondo, pero cae en la cuenta. Se toca el rostro y a la primera raya se añade otra. No me contengo más y estallo en una carcajada. Los puntos me tiran, me lamento y me doblo en dos, entonces me da otro ataque de risa y los puntos me vuelven a tirar. Río y lloro. Esta vez le toca a ella estallar en una risa liberadora. Nos desternillamos sin una verdadera razón. Me gusta reírme con ella. Cada vez que lo hacemos es como si nos acercáramos un poco más.

Sus palabras todavía resuenan en mí. La aterrorizaba que yo me muriera. Comprendo a la perfección a qué se refería. Es lo que sentí yo cuando vi la sombra de la Seca en la pared ensartándola. Me arrojé delante de ella, como habría hecho por Terencio o Benvolio.

Cuando acabamos de reír, estamos jadeando.

—¿Sabes que cuando reímos dejamos de respirar? —me pregunta con la cara divertida aún.

—Bien, entonces has encontrado una manera de matarme. —Nuestras respiraciones se apaciguan, pero la sonrisa permanece en el rostro de ambos.

—No me tientes. —Se ríe socarronamente—. Y de todos modos no estaba oxidado. —Se mete una mano en el bolsillo del uniforme y

saca el clavo perfecto, sin cabeza. Reluciente, como acabado de forjar.

—Arquitiempos —deduzco en voz alta—. Las hifas deben de haber funcionado como si hubieras entrado en contacto con un Fundamento.

—Puede ser —murmura, y se pone a buscar entre los cachivaches.

—Arquitiempo y Almanaria. —Dejo que las palabras se depositen sobre ella.

—Me preguntaba cuándo hablarías de ello —dice sin dejar de hurgar.

—¿Lo sabías? —pregunto atónito.

—No. Para mí también fue una sorpresa. Un momento estaba sola y al siguiente… estabas en mi interior. Tomaste todo el espacio posible. Eres aparatoso, Montesco. Y creo que tú también tienes que agradecérmelo, por segunda vez. Si no lo hubiera hecho, tu cuerpo no se habría desplomado en el suelo y Lisandra te habría dado exactamente donde quería. Ella no falla. Es una asesina demasiado eficaz. —Me habla, pero no se gira; está demasiado ocupada buscando quién sabe qué.

—Fue arriesgado, sin entrenamiento. Y tú estabas hecha una furia. No percibí más que ira, allí dentro.

—Sí. Me pasa a menudo que… pierdo el control. —Se detiene y se gira hacia mí—. Creía que no se percibían las emociones de los Almanarios, yo no sentí las tuyas.

Maldita sea mi bocaza.

—A lo mejor me he equivocado. A lo mejor era yo el que estaba furioso. —Intento poner remedio.

—A lo mejor —murmura—. Sea como sea, si eso logra reconfortarte, estaba aterrorizada cuando sucedió. Y cuando no te recuperabas creí que había sido culpa mía… que te había desquiciado… o algo peor.

Echo un vistazo a su cuello.

—No tienes la Marca de los Almanarios.

—Si vamos a eso, ya no me quedan ni fuerzas. —Y vuelve a su misteriosa búsqueda entre los cacharros tirados por el suelo.

—No has envejecido. Y sin embargo has usado tu Pertenencia —insisto. Hay algo que no me encaja para nada.

—¿Es un interrogatorio, Montesco? —rebate, demasiado deprisa y sin darse la vuelta—. Y de todos modos ahí está la Lectora; no se envejece tanto por un clavo o un paseíto en otro cuerpo… —Le tiembla un poco la voz. La sensación de que me esconde algo merodea en mi cabeza.

—Aquí está, la he encontrado —anuncia festiva. Se alza y en la mano sostiene una esfera de cristal finísimo. Creo que nunca había visto una esfera tan bien hecha salvo en Venecia—. Tenía otra, pero la dejé en las galerías.

Se dirige hacia las hifas más claras. Acerca la esfera y esta empieza a brillar despidiendo una luz resplandeciente. Me la muestra sonriendo.

—Increíble, ¿verdad? Aeterianos. Muestran la luz en la oscuridad.

—Tú no eres una Aeteriana.

Y le vuelve el bochorno. Farfulla algo sobre el hecho de que quizá ya estaba impregnada de Pertenencia. No me la creo del todo. Alza la luz hacia mí.

—Vamos —me dice—. Prepárate para la maravilla.

Yo ya veo la maravilla. Es ella y está hermosísima con el rostro sucio de tierra, el pelo pegado a la cabeza y la mirada brillante mientras la luz la ilumina. El tiempo se detiene, o tal vez yo lo percibo así.

—¿Cómo hiciste…? ¿Cómo nos salvamos? —pregunto, repasando aquellos instantes.

Me da la espalda y me hace una señal para que la siga mientras se pone a hablar.

—En primer lugar, no nos salvamos. Este sitio no tiene ninguna salida. Al menos, yo todavía no la he encontrado. Cada día exploro una galería distinta, esperando no desorientarme. Hay muchas más. Aquí debajo hay una enorme ciudad abandonada. No me he perdido gracias a una tal Ariadna.

—¿Quién es Ariadna?

—Una muy despierta. —Me sonríe como si tuviera un secreto íntimo—. Pero tanto deambular me hizo descubrir la gruta con el agua, y así ganamos algo de tiempo. No sé cuánto, pero no mucho. La última vez que me nutrí se remonta a casi dos latelunas atrás, y cuando digo «nutrí» me refiero a Rápidos. La fuerza que me infundieron se está agotando poco a poco. Tú, en cambio, por cómo estás y por cómo has logrado arreglártelas debes de haberte nutrido hace poco. De hecho, todavía no has dado señales de hambre que, en cambio, a mí me está devastando. ¿Me equivoco? —Se detiene y se gira hacia mí.

Niego con la cabeza. No me apetece mentirle.

—Una Rápida de las Vestales, cuando fui a ver a Rosalina.

Se queda en silencio y cavila.

—La encontraste. Me alegro por vosotros. No durará mucho, pero tú eres a quien le basta un día por solasterio, ¿no?

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sin ninguna duda. Pero cada uno elige la peor historia de amor que quiere.

Abro la boca para rebatirla, pero la vuelvo a cerrar: no quiero entrar en polémica, y además tiene razón. Tengo una historia de amor pésima. Seguimos avanzando por el laberinto. Subimos, bajamos, nos adentramos en estancias y en otras galerías. Permanecemos en silencio. Y mientras proseguimos tengo la sensación de que Rosalina está aquí, en medio de nosotros.

—De todos modos, es una ventaja que te hayas nutrido —dice de repente—; de lo contrario, serías un cadáver, como los que hay aquí.

Abro los ojos como platos.

—¿Cadáveres?

—Huesos, principalmente. ¿No creerás que hemos sido los únicos en estos solasterios de Academia que hemos acabado aquí dentro?

No había pensado en ello. Pero tiene sentido.

—En su mayor parte se encuentran en los túneles, supongo que perdidos en las galerías tratando de salvarse. En cualquier caso, si alguien vivió aquí podía entrar y salir. Solo tenemos que averiguar cómo…

Me coge con una mano, mientras con la otra alumbra y continuamos caminando. La esfera ilumina el pasaje, pero deja el pavimento a oscuras. La idea de tropezarme con algún hueso me provoca escalofríos. No tanto por los cadáveres, sino porque dentro de poco esos huesos podrían ser los nuestros.

—¿Cómo lo haces? —pregunto, asombrado por su fuerza de ánimo.

—¿Cómo hago qué? —Me responde con otra pregunta sin darse la vuelta.

—Me acabas de decir que no hay ninguna salida. Somos dos muertos andantes, y sin embargo… tienes esta tenacidad…

—Oh, mientras estabas inconsciente caí en la desesperación. Lloré y grité. Y luego llegué aquí.

Se ha detenido. Estamos en una amplia estancia. Alza la luz hacia la pared iluminando los frescos.

—La encontré a ella.

Por primera vez, lo que estoy viendo no es una escena de batalla. Es una mujer hecha de fuego. Entre las manos sostiene un corazón partido por la mitad. La pintura muestra evidentes señales del paso del tiempo, tiene grietas y la humedad ha hecho el resto, y ahora el sujeto borroso es la sombra de lo que una vez fue. Pero la fuerza de lo que se pintó permanece íntegra.

—Mírala, Romeo. Está orgullosa. Está exhibiendo el corazón roto como una victoria. Pero es su corazón. Nos lo muestra como para decir: «Solo yo puedo ser la dueña de mi dolor».

—¿Qué quieres decir?

—Desde que entramos aquí dentro hemos luchado. Hemos pasado miedo. Hemos buscado una manera de salvarnos. Hemos visto morir a nuestros compañeros. Y sin embargo todo esto no es nada comparado con el valor que debes reunir para afrontar tus emociones. Aceptar ser vulnerable, sin por ello dejar que los demás te controlen. —Acaricia la pintura—. Ella sabe reconocer lo que la hace sufrir y la hiere y reacciona a ese sufrimiento. —Se gira hacia

mí, sus ojos arden como las llamas de la pintura—. No se lo carga sobre los hombros como un peso que la abruma. Lo domina, lo hace suyo. Nos está diciendo: mi dolor me pertenece. Y solo yo decido cuánto me va a consumir. No soy víctima ni esclava del destino.

—Durante mucho tiempo pensé que mi destino ya estaba sellado —respondo más a mí mismo que a ella.

Da un paso hacia mí. La luz de la esfera se refleja en su rostro acalorado. Aprieta la mandíbula como si quisiera contener el dolor del que hablaba, el dolor que sentí cuando estuve en su interior y del que no le he dicho palabra.

—¿Y cuál era tu destino, Montesco?

—El de morir.

—Y sin embargo todavía sigues aquí.

Da otro paso hacia mí. Yo quisiera dar uno hacia atrás. No sé qué podría ocurrir entre nosotros si… Me quedo quieto y dejo que se me acerque. Mi corazón late desbocado. ¿Quién sabe si ella lo está percibiendo?

—El destino de los Montesco y de los Capuleto es el de matarse, pero nosotros nos hemos salvado uno al otro más veces de las que podríamos habernos matado. Nos detestamos desde siempre. Es difícil entender y encontrar otros sentimientos cuando este es el único que te han enseñado. Pero yo creo que dejé de odiarte cuando… —No logra decirlo, pero yo sé perfectamente a qué se está refiriendo.

—Mi nodriza —susurro.

Asiente y sonríe.

—Te quería. Me invadió de amor por ti. Te vi de pequeño. Descubrí junto a ella tus primeras palabras, tus primeros pasos. No tenías un

gran sentido del equilibrio. —Bromea, pero esta vez ninguno de los dos se ríe—. Su amor se me quedó pegado encima. —Se detiene de nuevo. Habla a duras penas. Le cuesta—. También vi tu soledad —prosigue—, el amor que tu madre no te dio. Pero tú la tuviste a ella, a Rufina. Y amigos como Benvolio y Terencio. Y Rosalina. —Baja la mirada por un batimiento antes de volver a mis ojos—. La amas mucho. Rufina lo sabía. Y creo que Rosalina te corresponde.

¿La amo? Su nombre se está convirtiendo en una suerte de eco en mi corazón, que tras haber hecho sentir su voz poco a poco se disipa en el viento, mientras otro nombre está tomando su lugar.

—¿Qué más viste cuando te… nutriste de ella? —le pregunto. El recuerdo de mi nodriza me derrite y me lleva lejos, hacia pensamientos distintos.

Julieta reflexiona, como si buscase las palabras correctas para esos recuerdos. Me dice que vio un lugar antiguo, similar a este, pero distinto. Me habla de un hombre con una máscara y un secreto que no le reveló porque Rufina murió poco antes. Me dice que Rufina sentía miedo, pero él la calmó.

Así que es verdad. Rufina era una mensajera. Ahora que conozco cómo funcionan los Rápidos y sus recuerdos, sé que es así. Alguien la eligió para hacerme llegar valiosas informaciones y otro la mató para evitar que acabaran en las manos equivocadas: las de Julieta. ¿Qué podía ser? ¿Un arma contra los Capuleto? ¿Algo referente a la Academia? Creo que jamás lo sabré. Pero los misterios a mi alrededor empiezan a ser demasiados. La frase de mi abuelo. El colgante que llevo en el cuello. Los secretos escondidos en el interior de Rápidos. Es… Encantilante… ¿Dónde he oído esta palabra? La cabeza me da vueltas.

—¿Estás bien? —me pregunta Julieta. ¿Cuántos batimientos he estado ausente con mis pensamientos?

—¿Sufrió? —le pregunto. Y no para no contarle la verdad, sino porque deseo saberlo de corazón.

Niega con la cabeza.

—Fue fulminante. El Ensiferio acertó en su corazón a la perfección. —Su mirada desprende orgullo—. No me arrepiento de lo que hice. Lo volvería a hacer. Ella no se merecía un fin atroz como el que tuvo Liliana. Y tú la querías demasiado para matarla.

La odié cuando lo hizo, pero ahora agradezco no tener el recuerdo de mi nodriza ardiendo por dentro, ese recuerdo que en cambio Julieta llevará consigo para siempre jamás.

Ella adivina mis pensamientos.

—Fui egoísta y estúpida. No quería matar a mi amiga, y por mi culpa su muerte fue mil veces peor.

Tengo ganas de acariciarla para consolarla. Pero no creo que sea lo que ella quiere en este momento.

—Tú no lo hiciste. Lo hicieron ellos, Julieta.

—Sí, pero yo elegí no querer sufrir. No querer cargar con ese fardo. Debía hacerlo. Ella era mi única amiga… —No puede continuar.

—¿Cómo os conocisteis? —le pregunto. El sufrimiento por los que hemos querido y perdido siempre estará listo para agredirnos cuando menos lo esperemos y para desgarrarnos el pecho una y otra vez, pero son los buenos recuerdos de los momentos compartidos los que sanarán las heridas y los que nunca nos abandonarán. Quiero que Julieta los encuentre y puedan ayudarla a cargar con su fardo.

—Mi padre me hizo crecer encerrada en el palacio, lejos de todo el mundo. Su única hija era su prisionera, en realidad. No tenía mucho para distraerme, aparte de un puñal, una espada y un lema: «Los Capuleto no fracasan». —Se retuerce las manos. Sé que le cuesta hablarme de ella, de una parte que ha protegido hasta ahora—. Desde la ventana veía a mis primos jugar; a veces los reprendían y los castigaban por alguna travesura que habían hecho. Ellos sabían qué culpa tenían y aceptaban el castigo. Yo me sentía castigada sin saber cuál había sido mi error, si no el de haber nacido. —Le brillan los ojos—. Me acomodé en mi soledad, hice de ella una manta en la que refugiarme lejos del mundo. Y quizá me hubiera quedado allí abajo para siempre. —En su rostro despunta una sonrisa tan lejana como su recuerdo—. Entonces, en el cumpleaños de mi décimo solasterio llegó ella. Tenía mi edad. Durante mucho tiempo fuimos prisioneras juntas, pero yo ya no estaba sola. Me parecía increíble que mi padre me hubiera regalado una amiga. Ahora sé por qué lo hizo. Por el maldito banquete. Pero tengo muy buenos recuerdos con ella.

Seguimos hablando; ella me cuenta sobre Liliana, yo sobre Rufina. Hablamos de todo y de nada. De lo que solo nosotros sabemos y que nunca hemos compartido con nadie. De vez en cuando nos entran ganas de llorar, pero a menudo también de reír. Me habla de su padre y de sus primos Teobaldo y Florencia. No menciona a Sansón, no me cuesta imaginar por qué.

Luego se ensombrece.

—… Creo que también he perdido a Teobaldo —dice.

—Jamás lo perderás. Contigo, Teobaldo se convierte en una persona decente. Te quiere como a una hermana. No puedo decir

que sea una ventaja. Pero cada uno elige el peor amor que desea. ¿Verdad? —He usado su propia frase contra ella. Pero si con Julieta sí puedo olvidar que es una Capuleto, con Teobaldo me resulta imposible. Quisiera hablarle del duelo, pero me muerdo la lengua. No quiero herirla.

Me apoya una mano en el brazo.

—Sé que no os apreciáis, que entre vuestras palabras todavía flota el odio, que escondéis por la necesidad de trabajar codo con codo para salvar el pellejo. Pero Teobaldo es bueno. Fue criado con el mismo dolor con el que yo fui criada. Solo que para mí hubo soledad y para él, coces y puñetazos. Mi padre sabe ser muy duro. Cruel, a veces. Teobaldo lleva encima las señales de su educación, pero cuando el dueño apalea al perro, este no le muerde, sino que lo adora. Él haría cualquier cosa para favorecerlo, para sentirse hijo suyo. Mi padre lo sabe y lo usa para sus ardides. Pero para mí él fue mi infancia. Teobaldo haría cualquier cosa por mí. Y ahora sé que se siente traicionado. Para él, la casa es lo primero. Jamás me perdonará que te eligiera a ti en lugar de a Sansón.

Da otro paso hacia mí. Estamos a la distancia de un beso.

—Pero en la Arena, quizá sin saberlo, elegí mi destino, del mismo modo que esta mujer pintada en la pared eligió el suyo.

La luz se apaga de golpe. Nos quedamos a oscuras. Su respiración está tan cerca que la siento sobre mi piel.

Trago saliva. Julieta no es Rosalina. No hay juegos de fantasía, ni cartas arrugadas, ni citas fallidas. Ella está aquí. Conmigo.

—Creo que esta historia de Montescos y Capuletos ya no vale para nosotros.

—Hace tiempo que ha dejado de valer, Romeo. ¿No te habías dado cuenta?

—¿Antes o después de que intentaras estrangularme?

En otro tiempo.

—Tienes tendencia a recordar los agravios sufridos de una manera extremadamente puntillosa —bromea.

Alargo la mano en la oscuridad.

—¿Amigos?

Silencio. Un silencio tan largo como el tiempo detenido.

Respira, despacio.

—Amigos —murmura.

Me estrecha la mano. Nos quedamos inmóviles, con el tiempo que ha vuelto a dejar de correr.

Despierta, Romeo, estás durmiendo…

Recuerdo.

De repente recuerdo.

Soñaba, y ella estaba allí.

Y yo ahora sé cómo salir del laberinto.

39

Romeo

En el trayecto de vuelta le he hablado del sueño, de Ilhuas, de lo que me confió, de los Encantilantes. La oscuridad en la que hemos estado inmersos me ha infundido valor. No he podido inventar nada más que la verdad, que en sí misma parece mentira. No sé hasta qué punto me ha creído. Le he dicho que duermo. Que tengo la Enfermedad. Y que he soñado con ella. No me ha soltado la mano en ningún momento. No he notado que temblara. No he notado que se detuviera. En realidad, no la he notado en todos los sentidos, dado que no ha pronunciado palabra. De vez en cuando, he oído una respiración más larga y ruidosa que las demás, pero nada más. Ahora que nuestros ojos ven de nuevo las luces de las hifas y nuestras manos se han separado, me vuelvo hacia ella, pero Julieta me adelanta y se dirige a la otra punta de la gruta. Anda hasta que la oscuridad la convierte en una sombra. ¿Podría tener una espada escondida? ¿Un puñal? ¿Podría regresar para ensartarme? Una cosa es estrecharse la mano y decir que somos amigos y otra es saber que tu nuevo amigo padece la Enfermedad. Uno puede cambiar de opinión muy rápidamente. Matarme sería pan comido; no tengo ni la fuerza ni las ganas de luchar contra ella.

—¿Así que según ese Ilhuas tuyo deberíamos arriesgar la vida caminando por encima de un abismo a oscuras? —Su voz me llega retumbando por las paredes—. Trae la esfera —me ordena.

Obedezco. La acerco de nuevo a las hifas de los Aeterianos y la esfera de cristal vuelve a brillar. No sé cuánto durará. Me dirijo hacia Julieta, y cuando la luz la ilumina, la encuentro de pie al filo del abismo. Alumbrado es todavía más sobrecogedor. El resplandor de los Aeterianos se difunde por la gruta hasta donde la oscuridad se lo permite; luego las tinieblas lo engullen de un solo bocado. Y nosotros volvemos a estar ciegos.

—¿Qué profundidad tendrá? —digo sin esconder mi aprensión.

—La suficiente para morir si nos caemos.

Frente a nosotros se extiende un largo puente de piedra, sin parapetos. Es tan estrecho que únicamente se podría recorrer colocando un pie delante del otro. Nace de la roca, prosigue en el vacío y se interrumpe a la mitad. No cuenta con apoyos. Me pregunto cómo es que no se derrumba. La otra mitad del puente está al otro lado del barranco. En medio, un salto al vacío que solo un Extrema Sangre podría dar. Junto al estrecho pasaje hay siete hileras de bloques cuadrados de piedra suspendidos en el aire. Parece un tablero; los cuadrados están dispuestos uno tras otro, pero si los blancos son las piedras, en el lugar de los negros está el vacío. Julieta tiene razón: parece el campo en el que nos entrenamos, solo que cada hilera es escalonada respecto a la anterior, creando así un enorme campo de entrenamiento oblicuo que flota sobre el abismo, impregnado de la Pertenencia de los Graves. Espero que nunca nadie se haya ejercitado allí encima. Aunque conociendo la Academia, es probable que lo hayan hecho,

ya lo creo. Si desde esta parte del precipicio los primeros cuadrados son fáciles de alcanzar, desde la parte opuesta distan de la salvación tanto como el puente roto. Un salto imposible.

Nos encontramos en un callejón sin salida.

—Estás seguro, ¿eh? —me pregunta Julieta.

—No. Pero sé que la sala está al otro lado del puente.

—Jamás lograremos atravesarlo. Debe de haber otra solución. De lo contrario, tu Ilhuas es un sádico.

—Tiene toda la pinta. ¿Pero qué sentido tendría ofrecerme una solución si es para perder la vida? De todos modos, sin una salida, dentro de un lateluna estaremos muertos.

Alza la esfera y contempla el techo.

—No has dicho nada de la Enfermedad… —Tenía que preguntarlo. El asunto flota entre nosotros como esas rocas, y en mi alma pesa en igual medida.

—Primero salvemos el pellejo y luego hablaremos de la Enfermedad y de los sueños —me responde sin dejar de observar la bóveda—. ¿Qué te dijo antes de que… yo te despertara?

—Ilumina el cielo…

—No hay ningún cielo aquí, solo piedra. —De repente se queda helada—. ¡Mira! —Me señala un punto en el techo.

Procuro entornar los ojos para aguzar la vista y vislumbro lo que está mirando Julieta. En el centro del techo hay un pequeño saliente con un hueco tallado en él. Alrededor y en toda la bóveda hay diseminadas esferas de cristal similares a la que ella sostiene en la mano. Parecen flotar.

—Ilumina el cielo… podría significar dar luz a las esferas… —me dice girándose hacia mí.

—¿Cómo traemos hasta aquí los filamentos de los Aeterianos?

—A lo mejor no es necesario. —Julieta sopesa la esfera que tiene en la mano—. Cuando estaba encerrada en mi habitación, de pequeña, había un árbol que llegaba hasta el alféizar de mi ventana. Teobaldo lo usaba para ir a verme. Juntos nos divertíamos lanzando cuchillos apuntando al peciolo de las manzanas, rojas y jugosas, que crecían en las ramas. El que hacía caer más al suelo ganaba. Siempre lo derrotaba. Tenía una magnífica puntería. Espero no haberla perdido.

Da un paso atrás, alza el brazo y, antes de que yo pueda detenerla, arroja la esfera hacia el techo, directa al hueco situado en el centro. En cuanto la esfera lo golpea, se rompe en mil añicos microscópicos. Pero no se caen al suelo. Permanecen inmóviles. Pequeñas esquirlas de cristal iluminado. Como polvo… de estrellas. Un leve viento corre entre las casas y se mueve impalpable a través de la ciudad. Nos acaricia el rostro y nos alborota el pelo. La brisa nos abandona y llega hasta las esquirlas de cristal, que, empujadas por el aire, vuelan hacia las esferas.

Y el cielo se ilumina.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía. Lo he deducido. Las esferas que encontramos en la gruta son de corta duración. Pensé que eran como el pedernal que usan los Rápidos para encender el fuego. No sirve para iluminar, sino para prender.

Contemplamos la bóveda.

—Increíble, ¿verdad? —susurra.

—Pertenencias —digo, tan asombrado que me he quedado boquiabierto—. Este lugar está impregnado de ellas. —Señalo las

esferas por encima de nosotros—. Graves y Leviantes nos han brindado un cielo estrellado.

Julieta aplaude, feliz. Es un espectáculo. Todas las esferas brillan. La luz que despiden nos muestra asimismo la magnificencia de la ciudad. La piedra es blanca; podría ser mármol, pero no lo es. Es más porosa. Arcos y pasarelas se alzan unos sobre otros haciendo que la gruta parezca una catedral. No sé cuántos niveles puede descender, pero la verdad es que son una buena cantidad. Al fondo veo calles, galerías, puertas de casas. Pequeñas ventanas. Pasadizos que dan al infinito. Ahora, sin el sonido de quienes los moraba, todo parece olvidado, pero la voz de Julieta que mira festiva señalando uno u otro detalle llena la sala más de lo que podrían hacer sus habitantes. Somos felices por nada. Por una pizca de luz.

—¿Y si lo que vemos no estuviera? ¿Y viceversa? —me dice Julieta de repente.

—¿En el sentido de que el puente está roto, pero en realidad no lo está? —Aeterianos: es posible.

—O que en el tablero los vacíos en realidad estén llenos. —Julieta desaparece para regresar poco después con algunas piedras. Las deja en el suelo y toma una—. Demasiado fácil —dice—, pero nunca se sabe. Probemos.

La arroja. Esperamos por un batimiento y enseguida nos desilusionamos. La piedra no se detiene y se precipita en el abismo. Y cae, y cae. Se acaba la luz que la ilumina, pero sigue cayendo. Y no llegamos a oír el impacto que nos indica la llegada al suelo.

Una larga respiración. Aprieta los labios y lanza otra piedra. Esta vez para comprobar los bloques flotantes.

Allí el vacío también es real.

—Lo he intentado —dice Julieta—. Aunque si… —Se gira para mirar el puente.

—Ni se te ocurra. No te encarames ahí. Es un suicidio.

—Tengo un gran sentido del equilibrio porque de pequeña…

La interrumpo.

—… Sí, sí, me encaramaba a los tejados y me descolgaba por los árboles. Me da igual. Ese chisme es tan estrecho como tu pie. Y si te equivocas, si en realidad está roto de verdad, tendrás que retroceder. En el sentido de que tendrás que hacerlo reculando porque ni siquiera te puedes dar la vuelta. Y no te servirá de nada haber hecho la monita de niña.

Entrecierra los ojos hasta que se vuelven una línea.

—Si quieres ir tú, no me voy a quejar. —Alza las manos y se ríe por lo bajo.

—Ah, gracias —replico igual de jocoso.

—Podríamos saltar sobre los bloques —propone.

—¿Y una vez hayamos alcanzado el último? De todos modos, el salto al otro lado del despeñadero es demasiado grande para nosotros.

—Eres un derrotista. —Pone morros, divertida.

—No tengo muchas ganas de verte morir —le digo, y ella sonríe.

Deberíamos desesperarnos, y en cambio nos chinchamos como un par de chiquillos.

—Está bien. Entonces ¿qué hacemos? —pregunta, soltando todo el aire de los pulmones de una vez.

—No lo sé.

Julieta ladea la cabeza y observa los bloques de piedra.

—Siete filas, siete cuadrados por fila. ¿Por qué? El puente podría haberse roto, pero este tablero parece que haya sido concebido así. ¿Qué valor tiene el número siete para nosotros?

Le doy vueltas, pero no se me ocurre nada. Las Pertenencias son ocho; separadas por poderes específicos, trece, como las torres. Siete solo son…

—El Coro —decimos al unísono.

—¿Por qué se llama Coro? —me dice ella sonriendo. Deduzco que tiene una idea, pero no se me ocurre cuál.

—Porque cantan con sus voces que oyen solo ellos.

—Cierto, ¿y por qué son siete? —Mientras habla, se dirige hacia las piedras que ha amontonado en el suelo—. Piensa en el tablero visto desde lo alto. Es oblicuo y los bloques forman una escala… —Toma una piedra del montón y se gira hacia mí—. Reza a la diosa para que yo tenga razón.

No sé qué quiere hacer, pero rezo igual.

Y arroja la piedra hacia los cuadrados. Apenas toca uno, emite un sonido que se apaga rápidamente, pero su eco se propaga por el túnel.

—Notas —digo.

—Una escala musical —afirma eufórica—. Ahora solo tenemos que averiguar qué melodía tocar.

Nuestra felicidad dura poco: hasta que nos damos cuenta de la enormidad de lo que acaba de decir. Hay cuarenta y nueve notas frente a nosotros y un mundo infinito de combinaciones.

—¡Jamás lo lograremos!

El cuadrado sobre el que Julieta ha lanzado la piedra se desmorona y acaba en el vacío, seguido del tablero en su totalidad.

Nos quedamos mirando nuestras esperanzas precipitarse en el abismo. Pocos batimientos después, los cuadrados se recomponen, se mezclan frente a nuestros ojos y vuelven a disponerse.

—Arquitiempos —murmuro.

—Están impregnados de tres Pertenencias, y todas están contra nosotros. —Julieta está furiosa. Toma una piedra y la vuelve a arrojar. Otra nota. Y poco después todo se destruye de nuevo para volver a reconstruirse en pocos batimientos.

Sigue probando, y cada vez falla. Yo le echo una mano, voy a recoger piedras y las dejo a su lado, y ella sigue lanzándolas hacia los cuadrados suspendidos. Cada vez nace una nueva nota y todo se derrumba.

Intento detenerla, hacerle entender que así no llegaremos a ninguna parte, pero ella no me escucha. Sigue y sigue, y entonces la tierra tiembla. «Un Movimiento», pienso. Pero no oigo el ruido típico de los anillos al rozar uno contra otro. El temblor proviene de mucho más cerca. Las piedras que hay en el suelo ruedan hacia abajo, mientras yo tengo algunas dificultades para mantenerme en pie. No se trata de un terremoto, es algo diferente, algo que se sobresalta, como un corazón que late demasiado rápido. Julieta parece no percatarse, hasta que arroja la última piedra con un grito. Esta vez, la nota no se apaga con un eco. Se mantiene. Y la piedra permanece inmóvil. Julieta se gira hacia mí, mientras el temblor cesa.

—Una —susurra. Jadea, seguramente tiene el brazo agotado por los lanzamientos y su cara está acalorada por el esfuerzo, pero ese pequeño cuadrado que mantiene su nota y no se destruye nos brinda un rayo de esperanza.

Julieta coge otra piedra. Se gira hacia mí.

—¿Cuál? —pregunta, ofreciéndome la responsabilidad de la siguiente elección.

Observo los cuadrados. Me parecen todos perfectamente iguales. O casi. Hay uno al fondo, en la última fila, que parece brillar un poco más. Debe de ser un juego de luces. Elegiría aquel si no fuese un tiro imposible. Demasiado lejos, así que escojo otro al azar.

Julieta besa la piedra y la arroja.

Una nota.

Y entonces todo se destruye de nuevo.

Julieta se sienta, con las botas cerca del abismo.

Yo me tumbo y ella hace lo mismo. Nos quedamos ahí, observando el techo que parece la bóveda celeste.

Es como volver a estar en el balcón. Solo que entonces nuestro cautiverio fue fugaz, y este será eterno.

—¿Qué crees que habría ocurrido si hubiésemos encontrado la secuencia correcta? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—No lo sé. Probablemente nada, o quizá todo. Qué más da. Hay millones de combinaciones. Al menos moriremos bajo las estrellas —dice.

—Las esferas no están dispuestas al azar, ¿sabes? —le explico al reconocer un astro—. ¿Ves allí…? —Señalo una esfera luminosa lejana con el dedo—. Es la constelación del Caballito, muy cerca de la de Pegaso. Y allí, un poco más abajo, se encuentra la constelación del Delfín…, donde está esa cruz.

Julieta sonríe, a pesar de que la muerte está sentada a nuestro lado.

Sus ojos son más radiantes que las estrellas, tanto, y tan hermosos, que quisiera nombrarlos inventando una nueva constelación.

—¿Cómo lo hacen los Rápidos para conocer los nombres que hemos dado nosotros al cielo? —me pregunta, casi adivinando mis pensamientos.

—No lo sé. Tal vez los han oído y transmitido. O tal vez algún Edenita fingió nombrarlos de nuevo bajo falsos pretextos. Nunca me fie de Ptolomeo.

Se ríe. Y se me antoja el sol que falta en este cielo nocturno. Es tan hermosa que la luna melancólica que desde siempre mora en mi corazón queda eclipsada, irradiada por ella, astro luminoso, y se reconoce como la mera doncella de este sol.

Se me acerca rodando y apoya la cabeza en mi hombro. La envuelvo con el brazo y la estrecho. Permanecemos en silencio contemplando un cielo que no es cielo y unas estrellas que no son estrellas, pero lo que hay entre nosotros empieza a volverse más y más real. ¿Qué hubiera pasado si hubiésemos sobrevivido?

—¿Y aquella tan luminosa? —Me pregunta señalando una esfera en la otra punta de la bóveda.

—¡Altair! Esa es Altair, la estrella de la leyenda. —No la reconozco hasta ahora y me río del destino, que nos pone bajo el mismo cielo de dos amantes desventurados.

—Las dos estrellas que se encontraban una vez cada solasterio, ¿verdad? —recuerda Julieta.

—Exacto. —Busco en el cielo. Falta algo—. No veo a Vega.

—Dijiste que se encontraban en los extremos opuestos de la bóveda celeste —puntualiza, como una niña a quien han contado

una fábula mil veces y te reprende cuando cambias incluso una sola palabra.

—Sí. Bueno, en realidad no es así. En verano las ves a las dos cerca. Las leyendas nunca reflejan exactamente la realidad. Se modifican, se vuelven más poéticas, para que tu corazón se derrita y tu fantasía vuele.

Arruga la nariz.

—La historia debería ser solo una. No puede haber varias verdades. Yo no quisiera que alguien cambiase mi historia, siempre que valga la pena contarla.

—Las historias cambian, pasan de boca en boca, y al fin ya no son ni de quien las creó ni de quien las vivió, sino solo de quien las cuenta.

Se acurruca mejor sobre mi pecho.

—Era más triste la leyenda que la verdad. Me hace feliz saber que al menos se pueden mirar, aunque no se toquen.

Le acaricio la cabeza. Sigo observando el cielo con la sensación de que quiere decirme algo.

Me pongo en pie de un salto.

No solo falta Vega, sino toda su constelación: la Lira.

Un escalofrío me recorre el cuerpo con la idea de una posible salvación.

—«Ilumina el cielo», me dijo Ilhuas, pero no acabó de hablar porque me desperté. Tenía que contarme más… —Señalo los bloques que flotan por encima del abismo—. ¿Conoces la leyenda de la constelación de la Lira? —No dejo que me responda y prosigo—. Orfeo descendió al abismo para tratar con la Muerte y recuperar a Eurídice, su amada. Gracias a la melodía de la lira, el dios del Más

Allá le concedió que se la llevara. Pero puso una condición: a lo largo del trayecto, no debía girarse en ningún momento para mirar a su esposa. Pero Orfeo, justo a pocos brazos de la meta, se giró, y ella fue engullida en la sombra para siempre jamás. Y solo cuando él también murió pudo reunirse con su amada. Las musas colocaron entonces la Lira en el cielo como símbolo del poder de la música y del poder del amor. —Hablo rápidamente mientras observo los bloques flotantes—. Cinco de estos cuadrados representan las estrellas que componen la Lira, y el abismo… —miro hacia abajo, donde el precipicio parece reírse a la espera de nuestros cuerpos— es la muerte que nos aguarda. —Me giro hacia ella—. Pero si tocamos la melodía correcta nos permitirá vivir.

Lo ha entendido. Desaparece de nuevo en la caverna de las torres y regresa con más piedras. Me pasa una, pero rechazo el ofrecimiento. No tengo mucha puntería.

—¿Cuántas son las estrellas de la Lira? —pregunta con la mano alzada ya, lista para tirar.

Cierro los ojos intentando formar la imagen en mi cabeza. Cinco. Cuatro para crear la misma forma de este tablero, y otra en lo alto no muy apartada: Vega, la más luminosa. Se lo digo. Las combinaciones todavía son infinitas, pero sabemos que solo son cinco las rocas que debemos hacer sonar. Y sabemos que cuatro rocas están situadas en dos filas, y una en una fila aparte. Ya es algo.

—¿Cuál? —me pregunta Julieta.

Observo el tablero. Los bloques son todos idénticos por forma y dimensión. Salvo…

… el cuadrado que parece más luminoso. Lo encuentro en la misma posición de cuando lo he advertido antes. ¿Será casualidad?

—Lanza sobre cualquier bloque. Tengo que comprobar una teoría.

Lo hace.

Cuando el tablero se vuelve a formar, aquel particular bloque más claro vuelve a estar exactamente en el mismo lugar que antes. Sonrío.

—Vega es la estrella más luminosa. Apunta a la segunda roca de la segunda fila.

Lo capta enseguida.

—Es más clara que las demás.

—Creo que es Vega.

Silba.

—Está muy lejos. —Alza el brazo, calcula la trayectoria y lanza.

Y falla.

Lo vuelve a intentar más veces, pero está demasiado lejos.

Tan lejos que me parece la estrella de verdad.

—Está bien. Probemos otro enfoque. —Cierro los ojos de nuevo. El tablero se convierte en el cielo, el bloque Vega…, e intento localizar los demás. Cuando creo que lo tengo, abro los ojos.

—Quinto bloque, primera fila —anuncio. Y rezo para mis adentros.

Cuando el cuadrado recibe el impacto, el sonido se propaga y el bloque no se precipita.

—Tercer bloque, primera fila —digo. Y vuelvo a rezar.

Y de nuevo sucede el milagro. Ahora son dos notas, idénticas, que suenan escalonadas propagándose por los túneles, que responden con un eco infinito.

Julieta me da ánimos con la mirada.

—Cuarta fila, quinto cuadrado.

Una nueva nota se añade a las demás.

—Cuarta fila, tercer cuadrado.

Solo cuando el último bloque no se hace añicos, me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

El sonido que producen es dulcísimo y desgarrador. Nosotros nos miramos con la esperanza de haberle propinado un buen puntapié en el trasero a la muerte.

Pero falta el último bloque.

—Imposible desde aquí. Lo he intentado. No lo consigo —admite, decepcionada consigo misma.

—Está bien. Dame la piedra.

Me la pasa.

—¿No habías dicho que no tenías buena puntería?

—No desde aquí —respondo, y hago ademán de saltar. Ella me detiene tirándome de la chaqueta.

—¿Pero tú te has vuelto tarumba? Estás herido. ¿Cómo piensas que conseguirás saltar? —espeta, furiosa. Tiene un carácter terrible cuando quiere, y es terca como una mula.

—Tú estás más débil que yo —rebato—, tú misma lo has dicho. Yo me he nutrido, tú no.

—Tú has dicho que tu puntería es un asco. Si llegas allí y fallas, el tablero se restablecerá y tú morirás.

—¿Y tú en cambio sabes volar?

—No, pero si tú te mueres yo jamás sabré volver a encontrar los bloques, porque no conozco la maldita constelación. Y las cartas volverán a barajarse. Por lo tanto, ambos estaremos perdidos. En cambio, si yo pruebo y fallo, tú tienes una posibilidad.

—Te la explico: desde el más claro que no cambia, tienes que bajar…

Me interrumpe.

—Romeo. Por favor.

Hago ver que me rindo. En cuanto me suelte la chaqueta pegaré un brinco. Pero ella no la suelta. Es más, me empuja hacia atrás y salta. Me invade el terror. No estoy seguro de que el cuadrado aguante. Cuando aterriza, la nota suena con mayor intensidad. Se queda quieta sobre el bloque, con los brazos todavía abiertos para mantener el equilibrio. Contengo la respiración, no me muevo, como si yo también estuviera en ese bloque y pudiera volcarlo. Cuando no sucede nada y Julieta está a salvo, estallo.

—Julieta Capuleto, eres el ser más testarudo, presuntuoso, irresponsable y granuja que conozco.

Ella hace una reverencia. Veo que se gira para pegar un nuevo brinco.

—Solo los de las notas —grito. Pero ella ya lo sabe y aterriza ilesa también en el segundo. A cada salto, la música gana intensidad.

Tercer bloque y después el cuarto.

Julieta sonríe.

Y llega un maldito Movimiento.

Oímos que los anillos giran. Se detienen. La gruta no se resiente. Ningún terremoto. Solo una ligera vibración.

Una condenada ligera vibración, inútil, imperceptible, pero suficiente para desplazar una piedra hacia el cuadrado más cercano a mí.

Un batimiento y rodará. Y se precipitará al vacío.

Y junto a ella, con toda probabilidad, el tablero entero.

Y Julieta.

Salto sin razonar. Ella se sobresalta. Oigo que se traga el aire de una vez y no lo suelta hasta que no aterrizo en el bloque.

Nos miramos. Cuento batimientos en la mente, ignorando cuántos serán necesarios para vivir o morir.

No morimos. No nos caemos.

—Sí —grita alzando una mano. Yo me toco el tobillo. He caído mal.

—¿Qué te has hecho?

—Nada —miento.

—¡Mentiroso! —Se ríe.

—¡Tú y yo tenemos la extraña costumbre de reírnos en los momentos más inoportunos!

—Estoy de acuerdo. —Me sonríe y entonces se vuelve a concentrar.

Vega está frente a ella, aunque muy lejos todavía. Quizá demasiado. La roca que hay que golpear está a una distancia en diagonal de al menos cuatro bloques.

Desde aquí oigo su respiración, incluso por encima de la música. O tal vez me la imagino, porque es como la mía. Profunda. Concentrada. No debo lanzar yo la piedra, pero es como si mi mano estuviera encima de la suya. Mi brazo se tensa junto al suyo. Mi corazón late al mismo ritmo. Respiramos con una sola respiración.

La arroja.

El lanzamiento es preciso, la piedra cruza el cielo como una bala y luego vuelve a descender…

… y golpea Vega.

Por un batimiento no sucede nada y nosotros creemos haber arriesgado la vida por un espejismo.

Y entonces…

Llega la maravilla.

Un poderoso canto asciende desde el fondo del precipicio. Sé que jamás había oído nada semejante. Reverbera por las paredes de la ciudad haciéndola vibrar, como nosotros, que palpitamos sucumbiendo a tanta belleza. Me invade el deseo de llorar y lo hago, y mis lágrimas forman parte de este maravilloso concierto. Nos miramos. Yo y mi… enemiga. Está llorando y sonriendo.

De las tinieblas ascienden cuadrados de piedra que se encajan en el tablero, convirtiéndolo en un pavimento suspendido que conduce al otro lado. El puente se recompone y se le añaden parapetos de piedra. Las esferas en el cielo brillan y ahora la Lira ha aparecido en la bóveda celeste.

Unas esferas de cristal flotan en el aire proyectando una tenue luz.

Estamos a salvo.

Corro hacia ella y nos abrazamos. Y juntos contemplamos la ciudad en el interior de las entrañas de la tierra, que parece ella misma salvada de la muerte y que ahora canta viva, canta para nosotros. La música que oímos forma parte de estas piedras y también de nosotros. O al menos de mí. Algo antiguo y ancestral me susurra que esta es mi casa.

Sin más dilación corremos a más no poder a lo largo del tablero y finalmente alcanzamos el otro lado.

Nos reímos. Nos reímos. Nos reímos. De alegría. De locura. De esperanza.

Hoy ya no la siento como una voz engañosa. Hoy la estrecho y a pesar de que intentará ponerme la zancadilla, la cogeré por la solapa y le ordenaré que no desaparezca de mi corazón.

Nos asomamos para mirar abajo. Ahora que las esferas de luz iluminan el abismo, vemos lo profundo que es. Desciende pértigas y pértigas en la tierra. Puede que sea un espejismo, pero al fondo me parece vislumbrar un lago.

—La ciudad entera está impregnada de Pertenencia. ¿Cuánto Tiempo hace falta para que todo esto sea posible?

—La eternidad —digo, y pienso en Ilhuas. ¿Cuánto poder tendrá? ¿Cuánto nuestra diosa? ¿Es suya esta ciudad?

—¿Siempre a la izquierda? —me pregunta Julieta encaminándose por el pasadizo que conduce a una galería.

—Es lo que dijo.

—Esperemos que no sea otro enigma mortal.

Nos adentramos en una galería y al salir nos quedamos nuevamente boquiabiertos. La que para nosotros era la ciudad, en realidad no es más que la antesala de la verdadera. Una enorme sala, grande como una catedral, nos acoge, tan alta que el techo parece un fragmento de cielo. En las paredes, unos maravillosos frescos nos cuentan otra existencia vivida, sucedida, hace surcos de eras. Un Edén que conocemos y a la vez distinto. Figuras de Edenitas que se parecen a los dioses de los antiguos Rápidos. Los vemos volar, o alzar montañas, crear fuegos tan prominentes que podrían quemar las nubes. Pertenencias imposibles de usar de esa manera por seres con una infinidad de Tiempo a disposición, o inmortales.

Entramos y salimos de galerías que llevan a otras salas, todas con frescos. Me detengo frente a uno de ellos.

Es el beso entre dos Extrema Sangre. Pero no se trata de una escena de amor. La mujer resplandece de serenidad. Ladea el rostro. En su cuello es bien visible la Marca del Alma, solo que es una forma geométrica que nunca había visto en una Marca: se trata de un rombo. El hombre alarga sus labios hacia ella. No se puede ver qué Pertenencia tiene porque su cuello y su cráneo están formados por tendones y venas expuestas, como si fuera a convertirse en polvo de un momento a otro. Pero siguiendo su silueta, la pintura cambia. Los tendones de la mitad del rostro se vuelven piel arrugada, mientras que la parte inferior del rostro es, en cambio, joven y hermosa. Los labios llenos. Te hace imaginar que él está rejuveneciendo.

—¿Qué símbolo es? —pregunta Julieta detrás de mí.

—Creo que es su Marca del Alma. La de los Encantilantes. Y el Extrema Sangre que está besando…

—No es ningún beso… —dice Julieta—. Lo está nutriendo. —Ambos nos quedamos observando esta pintura, que es bellísima y a la vez conmovedora—. Los Eternantes son los únicos que pueden ceder el poder del Tiempo. ¿Por qué la raza de la que provienen no debería hacerlo? Además, mírala, Romeo, ella no está envejeciendo. Parece inmortal y eterna.

Me vuelvo hacia ella.

—Todavía no sé muy bien qué pensar de tu sueño. Pero si estos… —No recuerda la palabra.

—Encantilantes —señalo.

—Gracias. Si estos Encantilantes, decía, existen de verdad, o existieron, podrían nutrir ejércitos enteros. —Me mira—. Tú podrías

nutrir ejércitos enteros. Y no nos harían falta los Rápidos. Y no habría que cargar a niños en carros para llevarlos a la guerra a ser consumidos por Eternantes obligados a hacerlo. Estos frescos cuentan una historia que nosotros desconocemos. Extrema Sangre poderosísimos, capaces de volar sin perder ni siquiera un batimiento de sus vidas. La ciudad está tan impregnada de Pertenencia que hubieran sido necesarias poblaciones enteras de Rápidos. No sé qué creer, Romeo, pero algo de verdad hay. En tu sueño se te reveló una verdad.

—Tengo la Enfermedad —digo—. Encaremos este asunto antes de regresar a la Academia.

Chasquea la lengua.

—¿Crees que te denunciaré?

—No.

—Bien, porque estaba a punto de asestarte un puñetazo.

—No creo que me denuncies, pero si alguien descubriese que lo sabes sería un problema. No son muy tolerantes con quien guarda secretos de este tipo.

—Una vez recibamos el Vínculo, ya pensaremos qué hacer. Porque si lo que te dijo es verdad, tú te convertirás en Encantilante. Y ocultar tu poder no será fácil. Nosotros indagaremos. Si lo que me has contado es cierto, quiero quemar este lugar desde sus cimientos. Tú procura no dormir. Y confía en que ese colgante funcione.

—¿No te preocupa el hecho de que yo… duerma?

Reflexiona un rato.

—Efectivamente, tienes sueños extraños… ¿Cómo dicen los Rápidos?

—¿Ronco? —pregunto entonces, avergonzado.

—Como un oso.

Me da la espalda y se pone a mirar los demás frescos; luego retomamos la marcha manteniéndonos siempre a la izquierda. A menudo nos encontramos frente a una pared, y seguir la dirección significa descender todavía más o ascender, a través de escaleras, pasajes, pasadizos, puentes suspendidos. Las esferas luminosas flotan en todas las salas. A cada paso nos asombramos, pero cuando llegamos a un jardín, con árboles con frutos perfectos, flores perfumadísimas y trepadoras de todas las clases, nos quedamos patidifusos. Julieta alza la mano para coger un melocotón. Casi le da temor. Pero la fragancia es irresistible. Lo muerde y acto seguido se lo come con avidez.

—Nunca he probado nada tan rico —murmura mientras el jugo le gotea por el mentón—. Ni siquiera en el jardín de mi casa. —Da otro bocado y habla con la boca llena—. Mi padre usaba los Arquitiempos para disponer de fruta perfecta, pero ninguna puede compararse con esta.

Yo también cojo un melocotón. Y estoy de acuerdo con Julieta: es el mejor de mi vida. Recogemos unos cuantos más y nos los metemos en la casaca del uniforme antes de retomar el camino.

Tras unos pocos virajes, por fin encontramos la sala. No es muy grande. Está enteramente cubierta de frescos con rombos rojos y verdes.

—Hemos llegado. —Me agacho y cuento cuatro palmos desde abajo. Busco el punto que me indicó Ilhuas, palpando todos los rombos hasta encontrar el correcto. Al tocarlo se abre y revela un mecanismo que conozco a la perfección, porque lo usaba cada vez

que entraba en el Jardín de los Encantos. Es un círculo de madera. Lo empujo siguiendo mi secuencia habitual.

La pared se abre.

Detrás, la oscuridad.

—Escondes un montón de secretos, Montesco —me dice Julieta después de que haya abierto el hueco.

—Muchos más de los que quisiera. Y algunos no los entiendo ni yo.

Toma una esfera luminosa.

—Esperemos que no se apague apenas salgamos de aquí —dice, y se adentra en lo desconocido.

Yo la sigo justo después. En cuanto cruzamos el umbral, la pared se vuelve a cerrar detrás de nosotros.

Reniego. Me giro. Busco el mismo mecanismo para hacernos volver a entrar, eventualmente. No está. ¡Maldita sea!

Julieta alza la esfera. No entendemos de inmediato lo que estamos viendo.

Una larga nave se extiende frente a nosotros. La piedra es oscura, gastada por surcos de eras. Las gigantescas columnas que supongo que en un tiempo sostuvieron la bóveda ahora yacen por el suelo, partidas, destrozadas. Me recuerdo lo que sentí viendo el Jardín de los Encantos en ruinas: un lugar bellísimo ahora perdido para siempre jamás. Julieta ilumina una de las columnas. Los bajo relieves esculpidos en la piedra representan figuras geométricas que se entrecruzan unas con otras; recuerdan a las Marcas del Alma.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Julieta con la nariz hacia arriba, moviendo la esfera, que crea sombras circulares sobre las paredes de roca negra.

—Parece un templo —conjeturo, sin tener la certeza.

Subimos los peldaños mellados y gastados hasta llegar frente a una estatua de lo que parece ni más ni menos que un dios, hecha de ónice negro y depositada sobre la tierra. Está rota en cuatro pedazos, ajada, gastada. En la piedra del pedestal hay esculpidos símbolos geométricos.

—¡Ven a ver! —me llama Julieta. Está observando un bajo relieve en el lado derecho. Me acerco y me quedo inmóvil mirando lo que parece la Aldea con las torres. Cuento las trece Pertenencias, y cada torre está cortada perpendicularmente, mostrando lo que contiene. En el interior de cada una se ve el Fundamento de su Pertenencia. Lo que nos deja sin palabras es la Torre central: parece contenerlos todos. Todos más uno. Los mismos Edenitas que hemos visto en la pintura aquí están arrodillados con las manos dirigidas a la torre, en muda adoración.

Un poco más allá hay otro bajo relieve que surge de la piedra, como los de Puerta Imperia.

Representa un Extrema Sangre de rodillas. El pelo largo le cae sobre el rostro. Tiene los brazos abiertos, en tensión, como si estuviera atado a cadenas invisibles. Sufre. La pintura logra transmitir el dolor que los músculos tensos emanan. Los puños cerrados, quizá en un intento por liberarse. A su alrededor parece desencadenarse una tormenta. Me acerco y miro con más detenimiento. No es viento. No es una tormenta. Son cuerpos que flotan, amontonados, apiñados unos junto a otros, unos encima de otros.

Julieta se me acerca.

—Este lugar da escalofríos.

Asiento. Nos giramos, pero tengo la sensación de que la escultura me observa.

—En esta ciudad, los Arquitiempos impregnaron de Pertenencia todos los rincones. Aquí, en cambio, todo está destruido. —Julieta tiene las mismas preguntas que yo. ¿Qué sucedió aquí?

—Parece que alguien decidió que el templo no era digno de ser salvado. Ilhuas es un dios. Un dios cuya existencia se ocultó —digo, girándome para mirar el bajo relieve, y estoy seguro de que la estatua ha alzado la cabeza.

40

Julieta

Un dios.

Un dios de quien nadie jamás ha oído hablar se mostró a Romeo en sueños y le indicó el camino.

Un dios que yo también he visto. No solo su estatua quebrada en el templo, sino también, aunque no más que por un batimiento, en aquel lugar entre el sueño y la vigilia al que nosotros, los Edenitas, no deberíamos tener acceso. Un don concedido a los Rápidos, el sueño, un pequeño bocado de maravilla y posibilidad para huir, aunque solo por una noche, de su breve vida de sufrimiento y probar, por un instante, la felicidad.

Un dios que no debería existir, porque los Pentra jamás nos hablaron de él, ni los Altos Maestros, ni la Primera Voz. Y sin embargo, hemos encontrado su templo aquí, en esta ciudad sepultada y olvidada, justo bajo la Aldea y la Academia.

Un dios que no debería existir, sin duda, y sin embargo, ¿acaso no es cierto que Alyaster se ha hecho carne en la Lectora, y se ha hecho espíritu y Libro en Oudemya, y nos ha ofrecido y todavía nos ofrece a nosotros las Pertenencias?

Si esos son los poderes de la diosa, ¿por qué no podría existir otro dios, que le habla a Romeo en sueños para ayudarlo? ¿Es acaso una

blasfemia?

No creo que se lo vaya a preguntar a un miembro del Coro.

Me giro hacia Romeo, que regresa de la galería. En los últimos días —siempre que días sea una palabra con sentido, en un lugar en el que no logramos ver la luz del sol y la única manera que tenemos para medir el tiempo es el ritmo irregular de los Movimientos— hemos decidido separarnos, pero permaneciendo siempre al alcance de la voz, porque lo peor que podría sucedernos aquí abajo sería perdernos solos. Pero necesitamos averiguar qué dirección debemos tomar, porque es verdad que ese dios, Ilhuas, dio indicaciones a Romeo, pero también es verdad que esto es un laberinto.

Lo miro. Se ha recuperado de la herida de Lisandra y parece que la infección ha remitido, pero está débil. Los insectos y algún que otro melocotón no son suficientes para sustentar el cuerpo de un Edenita; necesitamos comer y necesitamos Tiempo. Renquea hacia mí con una sonrisa.

—Adivina —dice.

—¿Otro callejón sin salida?

—Muy bien… Has ganado un ciempiés, en cuanto encontremos uno.

—No veo la hora: ¿quién quiere estofados de jabalí y peras al vino, cuando por la tierra pululan deliciosos invertebrados?

Romeo suelta una carcajada, y el sonido que oigo es hermoso y no parece salir de un cuerpo que hasta hace poco estaba roto, al borde de la muerte.

Ha ocurrido algo, en mi interior, desde que exploré estas cavernas para salvarle la vida. Desde que encontré el fresco con la mujer de fuego. Desde que me desnudé para darle calor.

La bestia que llevo dentro está adormilada, amodorrada. No creo que se haya esfumado, pero ya no noto que se agite. Tal vez, aquí abajo, donde la única promesa es la muerte, he hallado la paz.

—¿Por qué sonríes? —me pregunta Romeo.

Reflexiono por un batimiento. No sé si quiero decírselo ahora, ahora que hemos intimado, que la Capuleto de quien se ha hecho amigo podría ser un monstruo. Descubro que después de lo que hemos compartido, no quiero decir ni hacer nada que pueda alejarlo de mí.

—Porque todavía nos quedan decenas de galerías por explorar —digo.

—Qué suerte, empezaba a aburrirme.

Desde que dejamos atrás el templo con la estatua de Ilhuas, nos pusimos a buscar una salida que nos lleve al exterior, y ahora nos adentramos en un túnel que todavía no hemos inspeccionado. Yo mantengo siempre la mano derecha contra la pared, como me enseñó mi padre, pero no sé hasta qué punto todavía nos puede resultar útil: si tuviésemos tiempo de explorar toda la ciudad, sería el sistema correcto. Pero no disponemos de tiempo.

Me encomiendo a la arquitectura: elijo los virajes que conducen hacia paredes que parecen más trabajadas por los Arquitiempos e intento tener en mente el mapa de la Aldea que vimos.

—Sería mucho más fácil seguir nuestra nariz —dice Romeo.

Me giro hacia él y alzo una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Si percibiéramos olor a aire fresco. Sería así de fácil.

Tiene razón, solo que nos llevaría de nuevo a la gruta bajo las torres. Debido a los barrancos que se abren durante los

Movimientos, hay más corriente de aire en ese lugar.

—Solo era una idea —comenta.

—Lo sé. —Niego con la cabeza.

—¿Adónde nos dirigimos?

—No sé decirte adónde, pero sí en qué dirección: doblamos siempre hacia el Sureste. Según la posición de la Aldea, y por lo tanto allí donde nos caímos, avanzando hacia el Sureste deberíamos llegar a la Academia.

—Y allí hay un montón de túneles, como el que nos condujo al banquete.

Asiento con la cabeza.

Permanecemos un rato en silencio mientras seguimos andando. El recuerdo del banquete todavía nos escuece, junto con el de Rufina y Liliana. Durante unas cadencias, la luz de la esfera aeteriana es nuestra única compañía en este viaje en las tinieblas. Y me temo que no durará mucho, porque se está atenuando.

Cada vez que llegamos a una encrucijada, espero que sea la última, pero nunca es así. Cada vez, espero encontrar una salida, y en cambio seguimos descendiendo en profundidad. Cada vez, espero oír un sonido distinto al de nuestros pasos o del lejano goteo de agua. En cambio, solo estamos nosotros.

—Espero que allí arriba estén todos bien —dice Romeo, rompiendo el silencio—. A lo mejor al fin han conquistado una torre. Quizá lograron tomar la de los Almanarios, después de que nos cayésemos.

—¿De veras lo crees?

—No, a decir verdad, no: ya viste cómo luchaban Paris y Lisandra. Deseaban matar. Si los nuestros no huyeron, puede que uno de ellos

perdiera el pellejo.

—Eso suponiendo que no se hayan matado unos a otros —digo—. Tus amigos y los míos no pueden verse ni en pintura.

—Mercucio los habrá mantenido a raya, como siempre.

—Si no, se habrá encargado Alena: ya me la imagino insultando y abofeteando a Terencio y a Teobaldo hasta que no se den un achuchón.

Ambos nos reímos, y nuestra risa se propaga por todos los túneles, en un eco que parece infinito. Y que no recibe respuesta.

—Oye… —digo entonces—. Ya que hablamos de amigos…

—Ay, ¿a qué viene este tono serio?

Me humedezco los labios. Deliró durante días, y me da la impresión de que le he sonsacado secretos que quizá no quería compartir.

—Dime —me exhorta con dulzura, y yo casi me siento culpable.

—¿Quién es Bastiano?

Romeo se queda helado y aprieta la mandíbula.

—¿Dónde has oído ese nombre?

Está a la defensiva. Doy un paso hacia él.

—Lo repetías a menudo durante estos días, con la fiebre. Dijiste que está muerto, que lo asesinaron… Debíais de estar muy unidos.

Romeo baja la mirada.

—Era mi hermano mayor, el primero que superó la Congregación, y quizá el único de nosotros. Era un Eternante, como yo. —Entonces retoma la marcha.

Le voy detrás.

—¿Qué le ocurrió?

Romeo sigue avanzando y yo lo sigo mientras dobla a derecha y a izquierda, como si ni siquiera reflexionase. Siento crecer dentro de mí el temor de que nos volveremos a perder, pero a él no parece importarle.

—¿Qué le ocurrió, Romeo?

—No quieres saberlo. —Acelera el paso.

—Pues sí quiero. —Lo agarro del brazo, lo adelanto y me planto delante de él. En su rostro se dibuja una mueca de dolor; debo acordarme de que está herido.

—He perdido a hermanos y hermanas en esta Academia, Julieta. Quisiera quemarla desde los cimientos, créeme. —Romeo respira hondo antes de proseguir—. Ado era el segundogénito. Se parecía mucho a Benvolio, siempre inclinado sobre los libros. Eduardo era todo lo contrario; él prefería estar inclinado sobre las mujeres. Estaba siempre alegre y con una ocurrencia en los labios. Terencio me recuerda mucho a él. —Luego me habla de Domiciana, de su generosidad, de lo unidos que estaban, y de cómo su muerte le abrió un precipicio que todavía no se ha cerrado. Y luego me habla de Lavinio, su hermanito, que espera la Academia como un regalo—. Pero incluso si la superase y se convirtiera en Extrema Sangre, tal vez no habría esperanza para él… —dice.

—No te entiendo.

—Bastiano había logrado superar la Academia. Un Extrema Sangre, un Eternante, nacido para ayudar. Y tu padre lo mató, Julieta: lo consumió hasta el último batimiento de las vidas que albergaba en su interior, y hasta el último batimiento de la suya. Ni siquiera quedó un cuerpo para mis padres: mi hermano quedó reducido a polvo, que el viento esparció.

Hay algo de esta historia que me despierta recuerdos. Una Catástrofe, mi padre aclamado como héroe.

Romeo me mira a los ojos.

—¿Mi padre? —susurro.

—Tu padre. Podría haberlo salvado, pero no lo hizo. Eligió no hacerlo, ¿lo entiendes? —Tiene la voz rota.

Lo entiendo perfectamente.

—Lo dijiste en el balcón, que no había sido el último homicidio. Entre nosotros se ha derramado muchísima sangre.

Romeo se muerde el labio, como si debiera mostrarse fuerte a toda costa. Pero no es necesario; lo he traído de vuelta de entre los muertos, lo he cuidado. No tiene que mostrarse fuerte conmigo.

—Lo siento —digo. Lo estrecho en un abrazo, aprieto mi cuerpo contra el suyo y noto que da un respingo. «Todavía está herido», me digo, «acuérdate». Y entonces siento su mano en mi espalda, firme, cálida. Con eso tengo suficiente, significa que lo ha entendido—. Nosotros no seremos así —digo cuando me aparto de él—. Cuando salgamos de aquí, cuando salgamos de la Academia, pondremos fin a esta guerra familiar: los viejos rencores no pueden durar para siempre —afirmo.

—Siempre habrá guerra, mientras alguien desee que haya una.

—Mi padre no será el líder de los Capuleto para siempre jamás. —El tono de mi voz suena más resuelto de lo que quisiera, y por un batimiento noto que la bestia se revuelve en sueños. Ahora no, ahora no quiero perder el control. No quiero hacerle más daño a Romeo del que mi familia ya le ha infligido.

Él asiente despacio, con una certeza en la mirada que no sé si se debe a mis palabras. Entonces abre los ojos como platos y señala

algo a mi espalda.

—¡Allí hay una abertura! —exclama de repente.

Me giro. Tiene razón: el túnel termina con un arco. Y luego la oscuridad.

—Al menos no es un callejón sin salida —digo.

—Podría ser el enésimo abismo.

—Tú siempre tan optimista —comento. Romeo esboza una media sonrisa.

Cuando alcanzamos el final del túnel y apenas veo lo que tenemos delante, doy un brinco hacia atrás. La esfera aeteriana por poco se me resbala de las manos y Romeo me agarra de los hombros para evitar que me caiga.

—No es posible —murmura.

Nos asomamos de nuevo, sus manos no abandonan mis hombros.

La galería da paso a una sala circular de la que no logramos ver el pavimento, porque la luz de la esfera no basta para iluminar el fondo. Debe de haber decenas de pértigas. Si hubiéramos caminado sin prestar atención, podríamos habernos despeñado.

Pero no es eso lo que me ha asustado.

Nos encontramos en una base, una pequeña interrupción de una escalera de caracol que desciende hacia la oscuridad y asciende hasta el techo, siempre que haya un techo, bordeando la pared de la sala. Y en la pared, excavadas con la pericia de la Pertenencia, hay unas alcobas. Pero no son como las de los niños de la Academia, no son cunas y camas: son tan altas como una persona y miden unos dos brazos de longitud. Y en cada alcoba hay un cuerpo. Debe de haber miles.

Un infinito número de cuerpos acompaña el recorrido a lo largo de la escalera. Las pieles, brillantes y perfectas; los trajes ceremoniales, impolutos; los labios, ligeramente arqueados como la expresión que adoptan los Rápidos cuando duermen; los párpados, cerrados; el pelo, arreglado en complicadas trenzas, o bien rapado para reproducir símbolos de casas desconocidas; las manos, cruzadas encima del pecho cubriendo tímidamente torsos y senos.

Si están muertos, no ha transcurrido mucho tiempo. O bien, de algún modo, la Pertenencia los mantiene íntegros, pero me pregunto qué Traslador sacrificaría su propio cuerpo y su propia vida con ese objetivo.

—¿Qué clase de lugar es este? —murmura Romeo.

—Una tumba —digo—. O unas catacumbas…

—¿Como las de los romanos, cuando los Rápidos debían esconderse bajo tierra para rezar a su dios y sepultar a sus propios muertos?

Asiento con la cabeza.

—Pero ¿por qué motivo deberíamos hacerlo nosotros también?

—No lo sé. —Pero la respuesta flota entre nosotros: porque los Edenitas también tienen un dios secreto.

—No han dado el Último Paso —dice Romeo, con la mirada vagando por encima de los cuerpos y de los recuerdos, como si evocase una escena en su mente—. Para ellos no hubo Restitución. ¿Por qué? ¿Para qué sirven, sepultados aquí para toda la eternidad?

—¿De veras esperabas encontrar respuestas aquí?

Me acerco al cuerpo de una de las alcobas que tenemos al lado. Aparenta algunos solasterios más que nosotros; el mentón alto y pronunciado, una barba incipiente que no crecerá nunca más, el

pelo corto rapado para reproducir una flor desconocida en las sienes. Tiene algo escondido en la mano derecha.

—¿Qué haces? —me pregunta Romeo al verme trastear la mano del Edenita.

La aparto.

Creía que era una ornamentación del traje, y en cambio me encuentro delante de un agujero, una minúscula herida vertical que perfora el tejido y se hunde en la carne.

—Los asesinaron —digo.

—O tal vez se dieron muerte, como los mártires.

—Ninguna de estas posibilidades es tranquilizadora.

La luz de la esfera aeteriana se atenúa aún más.

—No disponemos de mucho tiempo —dice Romeo—. ¿Hacia arriba o hacia abajo?

Echo otro vistazo al abismo aparentemente sin fondo debajo de nosotros. La idea de andar durante cadencias al lado de los muertos no me atrae.

—El techo debe de estar más cerca, y de todos modos nuestro objetivo es regresar a la superficie.

—¿Crees que habrá un pasaje?

—Eso espero: el camino que hemos recorrido no puede ser el único para llegar aquí. Este lugar es demasiado… —No me sale la palabra adecuada.

—¿Sagrado? —termina Romeo.

—Sí, creo que sí. —Y esto me asusta todavía más.

Empezamos a ascender la escalera infinita. Por encima de nosotros, los ojos de los muertos nos observan detrás de párpados sellados. Procuro no pensar en eso. Los peldaños bajo nuestros pies

son regulares, perfectos, como si los hubieran hecho emerger de la piedra. La misma arquitectura de la Academia.

—Bien —digo—. Puede que lo hayamos logrado.

—¿Y luego soy yo el optimista?

Proseguimos hacia arriba, siempre hacia arriba, con el abismo a nuestra izquierda y los cuerpos a nuestra derecha. Si estuviéramos en una torre, quien se encontrase en lo alto contaría con una ventaja en el combate… No es que la eventualidad de un combate aquí debajo me guste, y sin embargo hay algo, en la construcción de este lugar, que me hace pensar precisamente en una torre. Una torre del revés, que se extiende hacia el centro de la tierra en lugar de hacia el cielo.

A medida que ascendemos, la luz de la esfera se atenúa más y más, hasta que despide un último resplandor, una centella como el canto de muerte de una luciérnaga, y luego se apaga.

Nos detenemos al instante.

—Maldita sea —reniego.

—No tenemos ninguna intención de regresar para recargar la esfera en el Fundamento de los Aeterianos, ¿verdad?

—¿Solo para volver a cruzar ese infierno? Diría que no tenemos la más mínima intención, no…, y aquí podríamos perdernos, vistos los virajes un poco al tuntún que nos has hecho tomar antes.

—Que sin embargo nos han traído hasta aquí.

—Fenomenal.

—Eres muy sarcástica, Julieta, ¿lo sabes?

—Crecí sola, no se me da muy bien hablar con personas.

—No era ningún insulto.

Silencio. Sonrío en las tinieblas.

—Así que ¿continuamos?

—Cógeme de la mano —digo—. De este modo, si uno de nosotros fuese a resbalar, el otro podría sujetarlo.

Noto sus dedos en mi hombro, delicados. Descienden por mi brazo, como una caricia, hasta mi muñeca. Por un batimiento, se me pone la piel de gallina.

—¿Tienes frío? —pregunta Romeo con un susurro.

—No.

Luego al fin encuentra mi mano, la estrecha, nuestros dedos se entrelazan y volvemos a ascender los peldaños, con nuestras respiraciones acompasadas.

No sé cuánto tiempo transcurre antes de que me percate, pero si mis pasos antes eran vacilantes en la oscuridad, ahora ganan seguridad, porque logro distinguir las siluetas de los objetos. Y luego entreveo mejor los detalles, primero de la piedra cada vez más trabajada y tallada; más tarde, de los cuerpos.

Y noto un calor a estas alturas familiar en el cuello, y todo se me antoja natural ahora, porque si logré esconderme de Laurela y Florencia por las calles de Verona, y si logré esconderme de los Rápidos en la Academia, entonces significa que mi Marca está cambiando de nuevo, está creciendo en su Pertenencia Aeteriana.

Me doy cuenta de que consigo ver cuando vislumbro a una chica, en la alcoba a nuestro lado. Su larga melena se mueve ligeramente cerca de las puntas castaño oscuro, una tonalidad que a estas alturas conozco bien.

Me detengo.

—¿Qué pasa? —pregunta Romeo, asustado. Me estrecha la mano con mayor firmeza, como si temiera que me fuera a caer.

Observo a la chica. La misma forma de la nariz. El mismo contorno de los labios. ¿Qué ocurriría si se lo dijera? Podría tratarse de una coincidencia, y si estos cuerpos son de veras antiguos e inmutables como parecen, podría llevar aquí surcos de eras.

Romeo ya ha sufrido mucho por culpa de mi familia. ¿Por qué debería causarle otro dolor?

Entorno los ojos e intento ver la Marca en su cuello. Casi todos los Montesco nacen Eternantes. Pero no logro reconocer el símbolo, parece un rombo. Puede que solo sea el cuadrado de una Aeteriana. No quiero arriesgarme.

—Nada —digo—. Solo un momento de flaqueza.

—Tenemos que seguir adelante —me alienta Romeo—. Casi hemos llegado.

Siento una punzada en el estómago y retomo la marcha.

Al llegar a la cima, ya veo casi a la perfección y me quema el cuello. Estoy a punto de decirle a Romeo que es verdad que hay una abertura al final de la escalera, pero antes de que pueda hablar, la esfera despide una centella. Luego otra y otra más, y entonces vuelve a resplandecer.

—¿Pero qué…? —exclama Romeo.

Me noto más débil que antes, pero no es necesariamente la Pertenencia. Podría ser el hambre, la falta de descanso, o bien el hambre de Tiempo. O bien podría haber impregnado de veras de nuevo la esfera. O bien…

—Quizá estemos de veras cerca de la Academia —digo—. Debajo de ella.

—¿Y hay algún Aeteriano que esté recargando las esferas? Podría ser. —Asiente—. Sea como sea, me alegro de poder volver a ver,

aunque me estaba acostumbrando a cogerte de la mano.

Dejamos la sala de los muertos atrás y recorremos un pasillo. El aire aquí es distinto al de las grutas. No es húmedo, y sin embargo es…

—Fresco —exclama Romeo—. Aire fresco.

La superficie está cerca. Echamos a correr a lo largo del pasillo, lo hemos logrado. Estamos a salvo.

Y entonces nos detenemos frente a un callejón sin salida.

Delante de nosotros, nada más que una pared de piedra.

—¡Por la diosa! —grita Romeo. Arrea un puñetazo contra la roca.

Me dejo caer de rodillas. La esfera aeteriana rueda despacio y choca con la pared. Me invade el cansancio, junto con su compañera desesperación.

Albergábamos demasiadas esperanzas, y en cambio moriremos aquí. Este lugar no tiene salida. No tenemos ninguna posibilidad.

Romeo me tiende la mano.

—Daremos media vuelta —dice, con el mismo tono resuelto que usó en la Gruta de la Muerte, cuando quería salvar a todo el mundo —. Daremos media vuelta y encontraremos el camino. Probaremos todas las galerías y todos los túneles y las fosas de este lugar, si fuese necesario, pero encontraremos la manera de salir de aquí, Julieta. Te lo prometo.

Le tomo la mano, de nuevo, y él me ayuda a ponerme en pie. Me apoyo contra la pared, la maldita pared que nos corta el paso, y entonces la noto.

La consistencia de la roca, porosa, antigua. Ya la he notado antes.

—Espera —digo—. No es un callejón sin salida. Es un pasaje.

El rostro de Romeo esboza una sonrisa triunfante, que enseguida se apaga.

—Pero no conocemos la señal para abrirlo.

Respiro hondo.

—Tengo que decirte algo.

Ladea la cabeza.

—Hay… Hay algo dentro de mí. No sé si siempre ha estado ahí, o si emergió tras mi Primer Paso, pero puede que tengan razón: el sufrimiento, el dolor y la desesperación hacen cantar la sangre, y mi sangre es distinta.

Es la primera persona a quien se lo cuento aparte de Netria, y hacerlo es como tomar aire después de haber pasado demasiado tiempo bajo el agua, como quitarse de encima una roca que hacía demasiado tiempo que te oprimía el pecho.

La mirada de Romeo es de curiosidad. Parece que esté a punto de decir algo, pero no le doy la oportunidad, porque si no hablo ahora no sé cuándo voy a reunir el valor para hacerlo.

—Arquitiempo, Almanaria, es verdad, pero también Grave y Ardefría, y Aeteriana… Y algo más. No sé lo que es, pero hay algo en mi interior. Una bestia. De vez en cuando pierdo el control.

Al principio no sabe qué decir, salta a la vista, pero entonces se le relaja el rostro.

—Julieta —dice—, con lo que te ha ocurrido, es normal enfadarse.

—¡No! —protesto—. ¡No lo entiendes! No estoy hablando de enfadarse, estoy hablando de una bestia que devoraría el mundo, si pudiera. Estoy hablando de un poder que no debería tener, que va más allá de la Pertenencia. Por poco mato a Laurela, ¿sabes? Y yo, en esos instantes, quería matarla, lo deseaba con todo mi corazón…

Y en la Arena, allí también. Tú no te diste cuenta, pero estoy convencida de que hubiera podido saltarle al cuello al Alto Maestro Valfiero mientras estaba destripando lo que quedaba de Sansón. Y no estoy segura de que él hubiera logrado salvarse. —He alzado la voz, he apretado los puños. Y está aquí, la siento, se agita. Si no se ha despertado, poco falta.

Romeo ha dado un paso atrás con los labios apretados en una expresión de rabia y me mira con los ojos encendidos, pero solo por un batimiento. Como si no dependiera de él.

—Pero ahora estás aquí, y eres Julieta, y no eres ninguna asesina. Yo lo sé. —Se acerca y me coge de las manos—. Ahora estás aquí —repite.

Lo miro a los ojos.

—Ahora, esa bestia nos sería útil. —Señalo la pared de roca—. Aquí detrás hay algo. No sé si tú también lo notas, pero hay algo. Pertenencia, en abundancia. No como en la Torre central, no ese tipo de atracción, pero la Academia está ahí detrás… Suéltame las manos, Romeo.

—¿Por qué?

La pregunta le ha salido tan natural que por un instante yo también me lo pregunto.

—Porque debes.

Lentamente, obedece.

—Aléjate.

Retrocede un paso.

—Más.

Me giro hacia la roca y apoyo las manos en la pared. La salvación está al otro lado.

Laurela le retuerce el pescuezo al perro.

Venga, sé que estás ahí.

Valfiero despedaza el cuerpo de Sansón.

No te escondas.

El Decano tortura a Liliana.

Sal.

Mi tía sabe algo, pero no da respuestas. Mi madre me da la espalda en mi Primer Paso. Sansón agrede a Romeo en el agua. Nos obligan a elegir quién morirá. Marina Codalunga pierde la cordura mientras su Tropa se masacra delante de la torre. Nos privan de alimento y agua. Piernas y brazos desmembrados durante los Movimientos. Niños prisioneros en el interior de la Academia. A Puck le cortarán la lengua. Rápidos asesinados como si nada, consumidos. Mi padre reduce a polvo al hermano de Romeo. Rápidas consumidas para ocultar lo que yo soy. Paris y Lisandra intentan matarnos.

Lisandra atraviesa a Romeo.

Profiero un grito mientras mi Marca quema y la Pertenencia de Netria no sirve de nada porque la luz inunda el pasillo. La esfera aeteriana estalla en mil añicos, las esquirlas de cristal tintinean contra las paredes, Romeo reniega o bien invoca a la diosa mientras bramo y vuelvo a bramar y las esquirlas se elevan a mi alrededor, suspendidas en el aire, y mis pies se hunden en el pavimento, que se agrieta mientras me vuelvo pesada, cada vez más pesada, y empujo y empujo y vuelvo a empujar y sigo desgañitándome pero no es suficiente porque la roca no se mueve y mi Marca quema más y más y siento la Pertenencia correr por mis venas y el corazón de la diosa que bombea como si debiera consumir surcos de eras y la rabia crece en mi interior y la bestia por fin está libre y ladra gloriosa

con toda su fuerza y la roca frente a mí se erosiona, cada vez más, el polvo se desliza entre mis dedos mientras por esa pared transcurren centurios y centurios e incluso la roca se vuelve frágil y sutil con el paso del tiempo y luego…

Se hace añicos y caigo al otro lado. En el suelo, jadeo, aúllo, voy a devorarlo todo.

Romeo se me abalanza encima, a través del paso que he abierto, un batimiento antes de que la pared vuelva a reconstruirse.

—¡Julieta! —grita.

—La esfera… —susurro.

Al principio, él no lo entiende. Yo lucho contra mí misma, trato de contenerme; si no me detengo, no sé qué podría hacer.

Devorarlo todo. Matar a Romeo.

—En mi bolsillo… —gruño.

Me mete una mano en el uniforme. Desliza la esfera entre mis dedos.

Afianzo la sujeción y empiezo a hacer rotar las cuatro secciones; pienso solo en eso, nada más que en eso. Clic. Clic. Se mueven regulares y retomo la respiración y luego, antes de cerrar los ojos, veo solo estantes.

Infinitos estantes repletos de libros.

41

Romeo

—¡Bienvenida de nuevo! —digo cuando vuelve a abrir los ojos.

Estamos en medio de los escombros de lo que era una pared y ahora, en cambio, no es más que polvo y pedruscos. Frente a nosotros veo un largo túnel, similar al que crucé para ir a ver a Rosalina. Si es así, podemos salvarnos, o hacer que nos maten por haber accedido al edificio de las Vestales. Tengo el cuerpo de Julieta encima, y es ligero. Ha perdido demasiado peso en estos días. Tanto que noto su espina dorsal contra mi pecho. Llevo cadencias estrechándola. He temido cada batimiento que envejeciera, que se transformase en una Selfiera. Pero el tiempo no ha venido a reclamar su prenda. Y sin embargo sigo teniendo miedo, de que se escurra, se esfume, de que todo esto no sea más que un maldito sueño.

Y que ella esté mezclada con los escombros.

Y yo sea un loco que se aferra a la nada.

De vez en cuando mueve la cabeza sobre mi hombro. Su rostro está agotadísimo, exhausto, tiene las mejillas hundidas y las ojeras negras como la oscuridad que nos ha acompañado estos días.

Julieta ha demolido una pared que llevaba aquí surcos de eras antes de que ella llegase.

Y sin embargo lo ha hecho.

Y no ha tenido que pagar ningún precio a la Pertenencia.

—Deberíamos turnarnos para estar mal… Se está volviendo difícil de manejar. —Bromea, pero le sale un hilo de voz. No se aleja de mí, sino que se acurruca mejor entre mis piernas separadas, que la rodean; entre mis brazos, que la envuelven.

—Creo que este es el menor de tus problemas, Capuleto, visto que has derribado una pared milenaria sin…

—Envejecer… —Hace ademán de ponerse en pie, pero se tambalea. La cojo en el aire antes de que se caiga al suelo y ella se vuelve a acomodar sobre mi cuerpo.

—¿Lo sabías? —Estoy perplejo. Me acusa de estar lleno de secretos, pero ella no se queda corta.

—Lo sospechaba. Ya he usado la Pertenencia. Y no he envejecido.

—¿Qué Pertenencia? Parece que tienes unas cuantas: Arquitiempo, Aeteriana, Grave, tal vez, por lo que he visto.

—No soy yo. Te lo he dicho: hay algo en mi interior. Lo controlo día tras día, lo freno, lo hago callar. Hoy lo he liberado. Y me ha dado miedo. A veces es como si tomase decisiones por mí.

—¿Desde cuándo?

Reflexiona.

—Desde la noche de la Congregación, diría. Y desde que estoy en la Academia va creciendo como si fuese una Pertenencia. Pero no lo es. No es ningún poder. Es ira. Es deseo de muerte. No hace distinción entre lo que está bien y lo que está mal. —Me habla de la bestia, como la llama ella, me habla de la esfera y de cómo su contacto la apacigua. Me habla de la noche de la Congregación, de

la perra con su camada, de Laurela y de su crueldad, y de aquel cachorrito sin vida que todavía siente en sus manos.

—Puede que mi padre lo sepa, y por eso me haya tenido siempre encerrada, lejos de los demás —murmura.

—¿Has hablado con tu tía Netria?

—Sí, por descontado. No me da respuestas. Estoy convencida de que sabe algo; si no, ¿por qué me la ofreció? —Da vueltas a la esfera con las manos.

—¿Puedo? —le pregunto. Ella me la entrega sin tenerlas todas consigo.

En el momento en que la toco vibra ligeramente. Como si estuviera intentando entender quién soy, o cuáles son mis sentimientos. Al cabo de unos pocos batimientos, me invade una sensación de paz. Se la devuelvo. Guardo para mí mis sospechas, pero ese objeto está impregnado de Pertenencia. Quizá la de los Encantilantes, si es verdad que existen. Pero tiene sentido. Si se puede impregnar un objeto para hacerlo volver a su aspecto original, ¿por qué no se podría hacer lo mismo impregnándolo de un sentimiento?

—No sé si mi Pertenencia puede controlar las emociones, pero si así fuera, en el futuro podría serte de ayuda. Podría atizar tu ira o apaciguarte. Formaríamos una pareja temible. De lo más temible.

—Creo que todas las parejas tienen esa capacidad, aun sin Pertenencias.

Tardo un poco en entender que es un chiste. Niego con la cabeza y me río socarronamente. Ella se gira y me mira. Sonríe, pero está tan débil que temo que se vaya a romper entre mis brazos.

Tomo aire. Tengo una idea, pero no sé si funcionará, porque todavía no he estado expuesto al Fundamento. Pero soy un Eternante. Y si también fuese algo más, como dice Ilhuas, el fresco en la ciudad subterránea me ha hecho entender que sería capaz de nutrirla.

—¿Recuerdas el fresco? —digo—. Él…

Me interrumpe.

—Montesco, intenta acercar tus labios a los míos para nutrirme, y reuniré todas las fuerzas que me quedan para asestarte un puñetazo.

—Estás demasiado débil…

—Para el puñetazo me las apaño. Créeme.

—Estás demasiado débil para vivir, Julieta. Estás extenuada y sin duda no serán un par de melocotones los que te hagan recobrar fuerzas. No después de lo que has hecho. —Me acerco a sus labios, pero ella cierra el puño.

—No bromeo. Y no habla la bestia. Hablo yo.

—¡Qué testaruda eres!

—Y tú tienes casi dieciocho solasterios. Puede que me nutras y luego me devores transformado en Selfiera… No, gracias. Me las arreglaré.

Sé que no es por eso. Así que intento rebatirla, pero me quedo helado. Hay alguien al final del túnel. Oigo un ruido de pasos ágiles. No sé si alegrarme o preocuparme. Julieta también lo ha oído y se pone tensa. En cualquiera caso, ninguno de los dos podemos hacer nada. Estamos demasiado débiles.

Cuando veo quién es, por poco rompo a llorar de alegría. La llamo, ella se gira y corre hacia nosotros. Julieta se revuelve, pero yo la

tranquilizo. Conozco a esta Rápida: es Agnes.

Al llegar a mi lado me toca la cara, como si tuviese miedo de que yo lleve una máscara o de que fuera un fantasma. Luego se le ensombrece el rostro. Mueve las manos a toda velocidad.

—No te entiendo, Agnes. No te entiendo.

Ella gruñe. Luego se serena. Deja de hablar en su extraña lengua e intenta hacer mímica para que yo la comprenda. Con gestos absurdos me hace entender que todo el mundo cree que estamos muertos, que nos han llorado, que muchos sufrieron por nosotros.

Julieta se alza. Le cuesta, pero intenta que no se le note. Se aleja de mí unos pasos. Yo la sigo con la mirada.

—¿Cuánto tiempo hemos estado fuera? —pregunto.

Me muestra el número uno.

—¿Una semana?

Niega con la cabeza. Me hace entender que ha sido más, mucho más.

—¿Un lateluna? —pregunto, incrédulo.

Asiente con la cabeza.

Se quita el bozal y hace ademán de acercarse.

—Yo no. —Señalo a Julieta.

Agnes me mira angustiada. La ve demasiado débil. Teme que no vaya a detenerse.

—No te preocupes —le digo. No conoce a Julieta.

Ella se acerca más a mí.

—No, Agnes, primero ella —digo perentorio.

Resopla. Me da dos o tres golpecitos en la cabeza.

—Sí, lo sé. Soy terco.

Agita las manos y luego da un paso hacia Julieta. Y ella acepta el beso. Al verla nutrirse siento alivio y al mismo tiempo mi hambre se revuelve. «Bueno, esperaré un poco más», le digo para mis adentros, como si pudiera oírme.

Mientras se nutre, el colorido de Julieta se vuelve rosáceo y sus ojeras se desvanecen. Una pequeña arruga aparece en el rostro de Agnes. ¿Cuánto le habrá dado, un lateluna? ¿Dos? Y no es hasta ese momento cuando me pregunto de verdad cuántos solasterios tiene Agnes. Parece mayor que nosotros. ¿Una treintena? Aunque puede que no sea así. Tal vez su juventud le ha sido robada. La muerte a cambio de un beso. Siempre había pensado que me llevaba el Tiempo, sin caer en la cuenta de que robaba vida. Siento una punzada de dolor por ella, y cuando es mi turno lo rechazo; tengo el hambre a raya. Sé que es un gesto inútil, falso quizá, que pronto tendré que nutrirme de nuevo, pero hoy no, no de ella.

Avanzamos por las galerías, Agnes delante y nosotros detrás, a unos brazos de distancia.

—¿De qué la conoces? —me pregunta Julieta cuchicheando.

No sé por qué, pero la respuesta me avergüenza.

—Es la Rápida de Rosalina.

—Ah —dice, y entonces guarda silencio por un esimio y seguimos caminando.

Una vez llegamos a la misma gruta donde vi a Rosalina, Agnes frena en seco y nos hace una señal para que nos detengamos.

—¿Por qué nos hemos parado? —susurra Julieta.

—Vestales.

Agnes se gira y nos fulmina con la mirada.

Yo alargo las manos en señal de disculpa y luego me aprieto los labios con los dedos. Le estoy prometiendo que nos portaremos bien y mantendremos la boca cerrada.

Al cabo de poco oímos el tañido de las campanas.

Las Vestales que hay en el lago parten, y su cháchara se va alejando más y más hasta que desaparece por completo. Esperamos unos esimios y luego cruzamos la caverna.

Julieta anda observando dónde se encuentra. Está tan asombrada como yo la primera vez que estuve aquí. Un remanso de paz y agua y campanas, bajo una tierra de ira y sangre y estruendo de espadas.

Nos adentramos en otra galería y llegamos a una puerta. Agnes llama. Pasitos de alguien que viene a abrirnos. La puerta se abre: es Rosalina.

Al verme se sobresalta y luego me abraza saltándome al cuello. Llora y ríe. Toma mi rostro entre sus manos y me acaricia. Ni siquiera logra pronunciar palabra. Noto la mirada de Julieta sobre nosotros. No me doy la vuelta. No quiero encontrarme con sus ojos.

—¡Estás vivo!… ¿Cómo? Bendita sea la diosa. Estás vivo. Te dimos por muerto durante un lateluna entero. Selina siempre va a nutrir a las torres y nos cuenta. Terencio lloró durante días.

No es hasta ahora que se da cuenta de que Julieta está detrás de mí. Le va al encuentro.

—Me alegro de ver que tú también estás viva. Teobaldo… Imagínate, está intratable. Se ha peleado con todo el mundo. Con Mercucio en particular… y a menudo.

—¿Cómo están? ¿Las torres? —pregunta sin esconder la aprensión en su voz.

—Hace unos días que Selina no viene. No lo sabemos.

—Debemos regresar —digo.

Pero Rosalina me detiene.

—Espera. Tengo que hablar contigo. Es importante. —Se gira para mirar a Julieta.

—Ya me voy, ya me voy. ¿Puedo deambular por aquí tranquilamente o corro el riesgo de que me arresten y me condenen a la Abnubilación?

—No. Han tocado la campana. Mis compañeras han acudido todas a la meditación. Yo diré que no me encontraba bien. Agnes, ¿puedes acompañarla afuera para que no se pierda? ¡Por favor!

Julieta abandona la habitación sin siquiera girarse hacia mí. La puerta se cierra y Rosalina y yo nos quedamos a solas.

No es como la última vez. No intenta fingir ser algo que no es. Yo creo que es tarde. No sé qué decirle, así que suelto lo primero que me viene a la cabeza. Y es algo estúpido.

—¿Es tu habitación? —pregunto. Obviamente, lo es.

—Sí. Es pequeña, un poco austera, pero tiene todo cuanto necesito. —Me mira—. Estás todavía peor que la última vez.

—Es lo que pasa cuando te enfrentas a la muerte. —¿Por qué estoy tan arisco?

Me toma la mano.

—Lloré tanto que incluso la Lectora vino a consolarme. Cuando le conté lo que había sucedido se puso triste, como yo. Julieta es su sobrina, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía.

Me siento extraño estando aquí, encerrado en una habitación con ella. Ni siquiera me apetece hablarle del sueño, o de la Enfermedad. No me fío. Hace poco tiempo, arriesgué mi vida para llegar hasta

aquí, ¿y ahora? ¿Qué ha cambiado en mí? La estoy tratando con frialdad y ella no se lo merece.

—Perdóname —le digo—, han sido días duros. ¿Tú cómo estás?

Baja la mirada y se le llenan los ojos de lágrimas.

—No va bien, Romeo.

Oigo que alguien chilla. No es algo que pueda describirse. No es un grito de dolor, sufrimiento, tristeza. Es un alarido agudo. Ya he oído gritos así; se parecen a los que profería la Tropa de Marina mientras tocaba la torre.

Rosalina baja los ojos. Cuando vuelve a mirarme están colmados de lágrimas.

—La Lectora… —me explica— grita siempre así. Casi todas las noches. Se recluye en sus aposentos. Llora y llama. Pronuncia siempre el mismo nombre: Ilhuas.

Me sobresalto.

—No sabemos quién es. Un hermano, un marido, un amante…

—Creía que nuestra diosa estaba por encima de eso.

—Alyaster tal vez —dice—, pero Titania todavía está allí dentro, en alguna parte. Envuelta con ella, fundida con ella, pero aún presente, aún viva. Nos enseñan que cada Lectora no es solo la diosa, sino también la que la hospeda. Los Trasladores van continuamente a sus aposentos. Y a veces hay alguno que no sale.

—Pero ella es la encarnación de Alyaster. No enferma.

—No es el cuerpo el que está enfermo. Está… —busca las palabras, las encuentra y se le dibuja una mueca en el rostro— llena de dolor por dentro. Del que te desgarra el alma.

Vuelvo a evocar las torres, los alaridos de la Tropa que falleció. Y no encuentro una mejor definición que la que Rosalina acaba de dar:

tenían el alma desgarrada.

No doy crédito a mis oídos. Pero ahora que la Lectora grita el nombre de quien se me apareció en sueños, comprendo que todo lo que me dijo es cierto.

—Creo que su Tiempo se ha agotado —me dice en voz baja, con los labios temblando al igual que sus manos.

—¿Estás segura?

Me toma las manos y las estrecha. Acerca sus labios a mi oído. Susurra tan flojito que la oigo a duras penas.

—Júrame que lo que estoy a punto de contarte quedará entre nosotros.

Asiento con la cabeza, y en ese movimiento percibo sus labios rozándome. Ella baja la voz un poco más.

—Todos los días voy a la biblioteca. Oudemya me obsesiona. Quiero sentir la conexión que tiene con la Lectora, formar parte de ella. Mis compañeras también están sintiendo mi mismo anhelo. Es como si el Libro nos llamase. No sé cómo explicarlo. Es como un hambre. Una necesidad que solo se aplaca cuanto deambulamos entre los estantes de madera y olemos el papel y el polvo de ese lugar; es solo entonces cuando nuestro tormento se apacigua.

Conozco esa hambre, la que no ataca al estómago, sino a la garganta; conozco su tormento, y hace días que convivo con ella. Rosalina prosigue.

—Hace unos días, no lograba regresar a mis aposentos, tenía que quedarme allí. Necesitaba ver el Libro. Pero solo la Lectora sabe dónde se encuentra. Antes de venir aquí, me imaginaba a Oudemya en una sala, protegido por una escuadra de Ensiferios. Habría sido mejor. Cuando sabes que algo es inalcanzable, te resignas, lo

asumes. En cambio, está escondido en medio de miles de tomos. Podría tocarlo todos los días si solo lo pudiera encontrar. Así que me escondí en la biblioteca y vi a la Lectora. Vi que tomaba el Libro. —Estamos tan cerca que oigo el latido de su corazón. Su respiración se acelera y noto su aliento sobre mi cuello. Y entonces dice—: No fue capaz de leerlo.

Me aparto de ella como si alguien me hubiera empujado.

—¿Cómo lo sabes?

—Arrojó el Libro al suelo. Le suplicó que se mostrara. No sucedió nada. Oudemya permaneció apagado como un libro cualquiera. Desde entonces no ha vuelto a pisar la biblioteca.

Reflexiono sobre lo que acabo de oír. Tanto da cuánto cante la Pertenencia en tu sangre, es la Lectora la que hace de ti un Extrema Sangre. Pero ¿y si no fuera capaz? ¿Y si no encontraran a la nueva encarnación a tiempo? ¿Nos convertiremos todos en Selfieras? Si en la próxima ceremonia ella no puede leer el Libro…

—Llévame lejos de aquí. Llévame lejos, Romeo.

—Sabes que no podemos. Al decimoctavo solasterio…

Me detiene.

—Me da igual. Mejor vivir solo unos pocos latelunas juntos que estar separados para toda la eternidad. Yo desapareceré dentro de la nueva Lectora. Desapareceré para siempre jamás. Sin haber vivido. Sin haber dado un beso.

Me mira. Se me acerca. ¡Cuánto soñé con sus besos! En el agua durante mi Primer Paso, cuando la tibieza rompió el hielo, pensé que así debería de ser el beso de Rosalina, cálido y reconfortante. Ella aguarda. Pero mi primer beso de verdad no es para ella. No es con ella con quien viviré mis dos últimos solasterios de vida, solo para

estar juntos. No es por ella por quien sacrificaría mi vida. No es por ella por quien moriría si ella muriese. No es por ella por quien recibiría en el costado la espada de la Seca.

Me apoya una mano en el pecho. No quiero hacerla sufrir, pero tampoco quiero mentirle.

Ella se percata. Da un paso atrás.

—Lo entiendo —dice entre dientes. Aparta la mano. Veo que se le desencaja el rostro por un batimiento, pero enseguida se recompone.

—Rosalina…

—Como dijiste la última vez que estuviste aquí… —hace ver que se lo piensa, pero sé que mis palabras la atormentaron durante días —, antes éramos una ilusión creada por los poetas…

—… Ya veremos en qué nos convertiremos con algo creado por nosotros… —Termino la frase. La recuerdo bien. Rosalina me mira con orgullo, pero emana un color similar al de la hierba quemada por el sol. A su alrededor se mueven trepadoras con espinas que la envuelven, la encadenan, la arañan. No debería haber intentado ver su alma, pero mi sentimiento de culpa esperaba poder hallar alivio. No es así. Aunque… ¿qué culpa puede haber en no amar?

—Una frase bonita, en efecto, pero más bien estéril, ¿no crees? Ha durado muy poco tu amor —espeta entre dientes.

—Rosalina…

—Rosalina, Rosalina… Deja de decir mi nombre. Conozco mi nombre, así como conozco el amor que te profeso. Pero parece que a ti, en cambio, te resulta extraño. ¿Basta tan poco, Romeo, para olvidar?

¿Qué palabras puedo usar para explicárselo?

—Éramos distintos, Rosalina…

Me interrumpe.

—¿Distintos? Yo siento las mismas cosas. Habla por ti, Romeo. —Su voz es un cristal hecho añicos.

Se acerca a un escritorio y del cajón saca una carta doblada en varios segmentos. La abre y empieza a leerla. Reconozco mis palabras desde la primera frase.

«El Amor no es Amor si varía al descubrir una variación, o tiende a desvanecerse cuando el otro se aleja. El Amor no varía en pocas cadencias o latelunas, sino que resiste impávido en el abismo de la muerte. Si se me demuestra tal error, yo jamás habré escrito y nadie jamás habrá amado». No ha leído. Ha sostenido la hoja en la mano, pero sus ojos estaban clavados en mí.

—¿Todavía crees en estas palabras, Romeo?

—Sí —respondo melancólico, y ella comprende…

—Pero ya no son palabras para mí. —Su voz muere, como el fin de la frase.

Me acerco tendiendo una mano, pero ella la aparta de una manotada.

—No quiero tu compasión.

—No es compasión. Me importas, Rosalina.

Se ríe con desdén.

—Bueno…, pues yo no quiero importarte. Quiero que me ames. Quiero al chico enamorado, quiero al chico que componía poesía para mí. Quiero sus besos y quiero hacer el amor con él. Quiero vivir antes de morir para siempre.

—Si querías todo eso, podrías haberte presentado a la cita en el puente. —Ella se sobresalta. Hace ademán de decir algo, pero luego

guarda silencio. He sido cruel. No se lo merece—. Perdóname —le digo.

Niega con la cabeza como para decir «no pasa nada», pero sé que no es así.

—No es por ella, ¿verdad? No es por la joven Capuleto. No estarás tan chiflado como para creer que vivirás un amor feliz con la hija de tu peor enemigo…

No respondo.

—Intentaré echarte una mano. No sé cómo, pero lo haré. —Estoy convencido mientras lo digo.

—No. No es necesario. Sin ti, puedo quedarme aquí. Consagrar mi vida a otra cosa.

Estoy tentado de decirle que esta Academia es una mentira de pies a cabeza, que la diosa a la que desea consagrarse no es otra que una cruel tirana que invoca el nombre de un dios mantenido en secreto. Pero esas plantas trepadoras que siguen creciendo me hacen desistir. Parecen serpientes que la envuelven y ahora una espesa niebla y un olor a humo ascienden hacia ella. Cierro mi mente y las espiras se desvanecen. Tengo en la boca el amargo sabor del cobre.

No hay nada más que decir.

Entonces ella me salta al cuello. Me estrecha.

—Adiós, Romeo. Te amo y siempre te amaré.

Y así nos despedimos, sabiendo que no nos volveremos a ver.

42

Julieta

Los he dejado a solas. Verla así, preocupada y feliz al mismo tiempo, la manera en que miraba a Romeo, la manera en que él la miraba a ella: por un batimiento, me ha parecido que todo lo que hemos pasado estas semanas —¿de veras han transcurrido semanas desde que nos caímos debajo de la torre de los Almanarios?— no importase.

Y sin embargo, nuestras manos se acariciaron, se estrecharon, nuestra piel fue la misma piel, nuestro dolor fue el mismo dolor, nuestra esperanza fue la misma esperanza. Ha sucedido hace poco, he vuelto a abrir los ojos y él me abrazaba por detrás, y estábamos tan cerca…

Nos quedamos solos en la oscuridad, él y yo, pero ahora que hemos regresado a la luz, y que ya no estamos a solas, recuerdo.

Recuerdo que siempre ha amado a Rosalina, ¿y qué pueden ser semanas, respecto a una vida?

Pero, tal vez, nuestra aventura haya sido una breve vida, encerrada en el espacio y el tiempo de un sueño.

Niego con la cabeza y enseguida me arrepiento porque me palpita y duele como si hubiera demolido la pared de la galería con ella. Romeo dice que cuando me sirvo de la Pertenencia no envejezco,

pero eso no significa que no me sienta vaciada, y cansada, y dolorida. No sé si mi poder proviene solo de la bestia, pero cuando fluye en mí me destruye, y mis defensas, ya débiles, bajan todavía más. No sé qué hubiera podido hacer, de haberme quedado con ellos. Un testigo mudo de sus discusiones. Más valía irme.

Y es lo que he hecho, los he dejado allí. He vuelto sobre mis pasos por el pasillo hasta que sus voces se han vuelto lejanas. No distinguía las palabras, podría haber intuido el tono, pero no quiero pensar en lo que podrían decirse y seguir dándole vueltas. Solo me haría daño. Mi último pensamiento es para la Rápida que nos ha acompañado, que me resulta algo familiar, en la forma de los ojos, quizá; luego me concentro exclusivamente en poner un pie delante del otro.

Hasta que me encuentro delante de la entrada de una sala titánica y me detengo, y tengo que entrar, porque es lo que he visto después de haber derribado la pared.

Los estantes que la dividen formando pasillos se elevan hasta rozar la piedra del techo, pértigas por encima de mí, como si debieran sostener el peso de toda la Academia, y los libros que los pueblan parecen todos iguales, todos con el mismo lomo de piel, los mismos grabados dorados, el mismo olor a pergamino y trapos en remojo. Centenares de miles de tomos que me hacen pensar en la biblioteca de Alejandría. Mi padre explicaba que en ese lugar se custodiaba todo el conocimiento del mundo, antes de que un cataclismo la destruyera.

Sin embargo, puede que no sucediera exactamente así. A lo mejor es aquí donde se encuentran las respuestas a todas las preguntas que podrían formularse, las crónicas de miles de vidas, la sabiduría

de los Edenitas, la promesa de que todo este saber y todas estas páginas salvarán el mundo.

Deslizo los dedos por los libros mientras camino y me dejo llevar por el pensamiento de todos esos dedos y todas esas plumas que han escrito millones de palabras, línea tras línea, gota de tinta tras gota de tinta, para crear historias, para que las que tenían por contar no se perdieran, para que otros pudieran leerlas y darlas a conocer al mundo.

Sin duda, no para que permanecieran encerradas bajo tierra, donde solo las Vestales pueden descubrirlas. Todo el mundo necesita historias.

También Puck, también los niños que no pueden salir de aquella gruta. Tienen solo a Selina, que crea sombras con las manos.

Y en este momento comprendo a quién me recuerda la Rápida de Rosalina: a Selina. Sin su mancha roja, por descontado, pero la forma de los ojos y de los pómulos es idéntica. Me pregunto si son parientes, hermanas, tal vez. Ambas crecidas en esa gruta, con las lenguas cortadas para que no divulguen los secretos de la Academia, para que sus historias ya no puedan hablar.

Entonces, creo que se las leeré.

Miro a mi alrededor. Estoy sola. Sumida en el silencio, nadie puede oírme. Me acerco a la estantería. No hay manera de distinguir un libro de otro, como si un copista chiflado hubiera decidido reproducir copias y copias del mismo volumen.

Extraigo uno al azar, procurando no hacer caer a los que están al lado, y paso un dedo por los bordes de las páginas, que parecen recortadas a mano. Si están impregnadas de Pertenencia, quien sea que las creó decidió que no debían parecer perfectas.

«Ninguna historia lo es», digo para mis adentros. Pienso en Romeo y Rosalina, pero también en Marina Codalunga y en su Tropa, y en mí y en Teobaldo: creíamos que al ingresar en la Academia nunca fracasaríamos, porque es así como nos criamos, y en cambio hemos acabado los últimos de entre los últimos. Y luego pienso en Romeo y en mí, en los secretos que llevamos dentro, en los temores y en las preguntas sin respuesta, en nuestro viaje en las tinieblas. No conocemos el final de nuestra historia.

Abro el libro con delicadeza y la encuadernación cruje flojito entre mis dedos. Un tratado de astronomía babilónica, copiado quizá por un monje cristiano que había encontrado su versión griega. Lo recoloco en su sitio y tomo otro. Me dejo guiar por el azar.

La *Comedia* de Dante. A juzgar por cómo habla Romeo, no necesito tomar este libro para Puck, solo tendría que llevarlo a él: se lo podría recitar de memoria.

Pero quiero encontrar algo especial, algo desconocido. Algo maravilloso que Puck y sus compañeros puedan rememorar en cada momento oscuro de su fugaz vida, que les pertenezca solo a ellos. Una historia para huir del miedo que mora en su interior.

Abro y hojeo los libros y los devuelvo a su sitio uno tras otro. Paso de la medicina de Avicena a la epopeya de Gilgamesh, de la muerte de Beowulf contra la serpiente de fuego a las siete plagas que atormentaron Egipto, pero ninguno de esos libros me parece adecuado. Es como si todas esas historias no quisieran que yo las leyera, como si me dijeran que debo seguir buscando.

Hasta que mi dedo se detiene sobre un tomo, y lo cojo, y lo hojeo. Con un suspiro, me detengo en una página al azar y empiezo a leer.

No hay miniaturas para adornar las páginas, ningún garabato ni acertijo escrito por un copista aburrido, ninguna nota al margen, ninguna corrección. Solo palabras escritas con tinta negra, con una letra clara y sin embargo llena de florituras, como si en cada letra hubieran dedicado una eternidad.

«Debes saber». Así empieza. «Debes saber que esta es la historia de un amor y de una traición. Es la historia de un hermano y de una hermana y es la historia de muchos amores, y de sacrificios, porque todo amor conlleva un sacrificio. Es una historia de guerra y esperanza y castigo, es la historia de la que nacen todas las historias. Una historia de rabia y deseo, porque todas las historias son historias de deseo. Es una historia de amor y muerte, y es la historia de un amor que supera la muerte».

Leo estas palabras y es como si las estuviera leyendo en voz alta, pero con una voz que no me pertenece, y el dedo me tiembla mientras lo deslizo sobre la página para no perder la línea. Tengo las manos frías y el corazón me late al ritmo de las frases.

«Debes saber que esta historia empieza como todas las historias: érase una vez, en una tierra lejana, no…».

Y es en este momento cuando oigo el chillido. Un alarido de dolor, contenido, ahogado, como solo puede ser un grito nacido de la más profunda desesperación, tan terrible que uno quisiera esconderlo.

Suelto el libro, que cae con un batacazo en el pavimento de piedra.

Cuando el grito cesa, inicia el llanto.

No es la voz de Romeo, ni de Rosalina. Ellos están lejos, y en cambio los lamentos parecen provenir de un pasillo cercano. Me pongo a caminar. Es un llanto y una llamada a la que no puedo

resistirme, un remolino de dolor que me arrastra y me lleva consigo. Acelero el paso, jadeo mientras corro hacia el fin de la estantería, observada por todos los libros que se confunden entre ellos en los márgenes de mi mirada y estoy corriendo cuando doblo la esquina y freno en seco, porque hubiera podido imaginarme cualquier cosa, pero no esto, para lo que nada en la vida pudo haberme preparado. Ni las torturas, ni los combates, ni el hambre o la desesperación que he vivido en estos latelunas. Nada es comparable.

La encuentro a ella.

La veo así, desplomada en el suelo, con la cabeza entre las manos, y me parece asistir a una blasfemia. Porque ella no puede ser así.

Su llanto es el sonido de campanas al viento, y las cadenas atadas a sus anillos le hacen eco. El vestido le cae alrededor como la corola de una flor empapada de rocío, y toda la luz se vierte encima de ella como el sol de la mañana, porque ella es el sol, en este momento, desesperado en su último amanecer antes de la eterna oscuridad.

La Lectora se aparta las manos del rostro, despacio, y me mira. Sus ojos encierran universos y, por un batimiento, esos universos se estremecen con un único temblor de miedo.

Pero la Lectora es la diosa que se ha hecho carne, y las divinidades no temen.

Nos quedamos observándonos, como dos animales paralizados por un ruido. Yo, afligida y manchada de tierra y barro, y ella, que en el suelo de la biblioteca parece muy pequeña y frágil.

No sé qué hacer. La última vez que la vi era yo la que temblaba de miedo, era yo la que rezaba para que no me mirase y que no me acariciase, que se alejara de mí. La última vez que la vi, la única, ella

acarició a Rosalina y la llamó consigo y eso hizo aullar a Romeo y fue entonces cuando lo advertí. Pero estábamos en medio de todos los Iniciados y con nosotros estaban nuestros padres y el Coro, estaban los Pentra y todo resonaba a Congregación y todo parecía correcto y normal. ¿Pero ahora?

Ahora que estamos solo ella y yo, ¿qué debería hacer?

¿Cómo se comporta uno con una diosa que llora?

Las cadenas tintinean como un arroyo en la montaña que ha atravesado inmutable las eras, y ahora es el único sonido, como si todo a nuestro alrededor estuviera a la escucha y estuviera cargado del temor de su diosa.

Pero ella no es solo eso.

La Lectora entreabre los labios, tan perfectos que son ajenos a este mundo, solo de un tono más oscuro que la piel diáfana que los circunda, y por un batimiento entreveo sus dientes, que son todos perfectos y todos iguales, y cuando respira es como el soplo sobre una vela, no para apagarla, sino para hacer titilar su llama, porque quien cuenta con el poder de apagar la llama pero no lo hace posee el mayor poder del mundo. Y entonces la Lectora pronuncia una palabra. Solo una. Dice:

—Julieta.

Me tiende la mano como una dama que desea que la inviten a bailar, y yo no puedo no tomarla, qué más da el terror que me asalta ni la consternación. No puedo no ayudarla a alzarse, porque he aprendido que esto es lo que hay que hacer. Lo he aprendido en estos latelunas: si alguien se cae, hay que ayudarlo.

Cuando nuestros dedos se rozan, espero que una carga me atraviese, espero desplomarme como un cuerpo muerto, espero

sentir algo. En cambio, son solo dos manos que se encuentran.

—Me acuerdo de ti —dice, y ahora que está de pie vuelve a ser alta, más alta de lo que ninguno de nosotros podría ser jamás, pero no por ello resulta distante.

—¿Os… acordáis?

Hubo un tiempo, centurios antes de que yo naciera, en el que la Lectora todavía no era la Lectora. En el que era solamente Titania. Lo sé.

—Te sostuve en brazos de pequeña, Julieta, cuando la fiebre no quería abandonarte y ningún Traslador parecía capaz de remediarlo. Tu padre habría hecho añicos el mundo para salvarte, ¿lo sabes?

Mi padre.

—No me cuesta imaginarlo.

El modo en que me mira, el tono de su voz, tan ajeno a esos labios etéreos… Es como si ahora realmente me encontrase únicamente frente a mi tía, hermana de Netria y Reinaldo. Pero verla así, como la Lectora, me arranca una sonrisa. ¿Se puede sonreír delante de una diosa?

—Tienes una bonita sonrisa —dice.

—Yo no me acuerdo de vos —susurro—. Me sabe mal.

—Eras pequeña, no tenías ni un lateluna, cuando tu padre me suplicó que te viera. Que no te sepa mal si no te acuerdas de mí, si no te acuerdas del tacto de mi mano, si no recuerdas las canciones. Lo importante es que te curaste, Julieta. Tu padre temía que no lo hicieras, que ni siquiera yo fuera capaz de hacer algo.

No lo recordaba. No lo sabía. Ahora el miedo me parece la explicación más sencilla.

—¿Es por eso por lo que me mantuvo lejos de todo? —pregunto, con un susurro—. ¿Es por ese motivo por lo que jamás pude vivir como todos los demás?

La Lectora, Titania, lanza un ligero suspiro.

—Solo Oudemya conoce la verdad, pero yo sé esto: que tu padre juró que siempre te protegería.

«Y ha fracasado», pienso. Si mi padre hubiera sabido lo que me esperaba al cruzar el umbral de la Academia, si de veras hubiese querido protegerme, jamás me lo habría permitido. Pero enseguida me muerdo el labio, porque esto es injusto: si mi padre me hubiera mantenido alejada, entonces habría encontrado el peor de los destinos. Sin el Vínculo, me hubiese convertido en una Selfiera. Mi padre no tuvo elección.

—Dime —continúa la Lectora, y ahora se ha acercado, aunque no parece que haya dado ningún paso—, ¿tu padre sigue siendo tan colérico?

—Sí —digo, bajando los hombros.

—Siempre ha sido así. Lo llevamos en la sangre, todos. No podemos huir de eso. —Desvía la mirada, como si observara el pasado—. Los Capuleto no fracasan jamás, ¿verdad? Todavía recuerdo el lema de nuestra casa, Julieta. Es la furia lo que nos mueve, lo que nos lleva al triunfo. —Entonces vuelve a mirarme a mí, y en este instante me doy cuenta de que no me ha soltado la mano—. ¿Pero es cierto todo lo que cuenta?

Guardo silencio, porque me asalta un remolino de pensamientos. La llevo en la sangre, esta furia. Y nunca nadie ha sabido darme respuestas, y ahora me encuentro delante de la Lectora y nadie, quizá ni siquiera los Pentra, jamás ha podido hablar con ella de esta

manera, y es ella quien me estrecha y me dice que me conoce y que me ha ayudado y salvado.

—Necesito ayuda —digo, y quizá es la primera vez que lo afirmo de este modo, en voz alta, dejando de lado el orgullo.

La Lectora me acaricia el dorso de la mano con el pulgar, y aunque su dedo es largo y ahusado como ningún dedo debería ser, y aunque ello hace tintinar las cadenas y mover su vestido como finos rayos de luz, este sigue siendo el gesto más antiguo del mundo.

—Esta furia en mi interior, esta cólera de la que no logro escapar. Es una bestia, y no sé qué hacer. Temo que me devorará y que de mí no quedará nada.

—Esa bestia no eres tú, Julieta —dice, mientras una nueva lágrima se asoma a sus ojos de estrellas.

—¿Y si me transformase en ella?

—Es imposible.

—¿Cómo estáis tan segura?

—Porque lo sé —responde, y entonces hace una pausa.

Quisiera creerla, pero después de todo lo que hemos visto Romeo y yo en las cavernas bajo la Academia, confiar ciegamente en la Lectora me resulta difícil.

—No te lo estoy diciendo como Lectora —susurra ella—, sino como Titania. Solo como Titania.

«Entonces», pienso, «es Titania quien me responde, Titania quien me conoce». Saco la esfera del bolsillo.

—Netria me dio esto —digo, mostrándosela—. Pero no lo entiendo: me resulta más y más difícil, me apacigua, pero la siguiente vez mi rabia es mayor.

La mirada de la Lectora se detiene en la esfera, en las secciones que hago rotar con los dedos, a estas alturas instintivamente.

—La recuerdo —dice—. Era de tu madre; de joven jugaba con ella.

—Lo sé, es lo que me dijo mi tía… mi otra tía, me refiero. Pero también es lo único que sé.

—Se trata de un objeto antiguo, Julieta. Valioso, y lo que esconde lo es todavía más. ¿Ya has conseguido abrirla?

Enarco la ceja.

—Ni siquiera sabía que se podía.

—Nunca has tenido mucha paciencia, igual que tu padre. —Se le escapa una sonrisa—. ¿Has probado a contar? —pregunta.

—¿Contar?

—Es una cosa que deberás hacer tú, Julieta. Te espera a ti y únicamente a ti. En la noche más oscura, todo te resultará claro.

—Vos también habláis con enigmas. No es lo que necesito —espeto, porque me da la sensación de estar teniendo la misma conversación que tuve con Netria, y noto un respingo en mi interior cuando por un batimiento ella parece dolida por mi tono.

La Lectora me suelta, y es como si de repente descubriera que siempre había echado de menos su mano.

—Solo porque sé que tú serás capaz de resolver estos enigmas —dice, y luego esboza una sonrisa que se abre camino por entre los rastros de sus lágrimas—. Entonces, ahora, si quieres que hablemos de lo que es evidente… —añade, con un tono todavía más dulce si cabe—, ¿estás enamorada?

¿Puede uno ruborizarse delante de una diosa?

—No hace falta que lo digas en voz alta, Julieta. Lo sabes tú, y ahora lo sé yo. Y esto me hace feliz: será el amor el que guiará tus

pasos, y jamás podrás errar el camino.

En una casa cuyo único temor es fracasar, y cuyo único objetivo es el dominio, nunca nadie me había hablado así, nadie había puesto el amor en el centro de la propia vida. Y sin embargo ahora lo sé, son estas las palabras que hubiera querido oír de mi madre o de mi padre, o de Netria o de Teobaldo. No palabras de guerra, sino palabras de esperanza.

Y en cambio, la persona que ahora las ha pronunciado es la única de mi familia que jamás ha conocido el amor, porque el destino de la Lectora es un destino de soledad.

Ahora, las mejillas de Titania no son las únicas que están empapadas de lágrimas, y nos quedamos así, una frente a la otra.

—Te está buscando —dice, entonces.

—¿Quién?

—Romeo.

Un batimiento después, oigo la voz de Romeo. Preocupada, lejana. Teme haberme perdido.

—Ahora ve con él. Tenéis mucho camino por andar.

Asiento con la cabeza, despacio, y doy un paso atrás, pero me cuesta girar los hombros.

—Ve —me repite, y entonces parece que deba añadir algo, pero al fin guarda silencio.

43

Julieta

—¿Dónde te habías metido? —me dice Romeo, cuando los encuentro a él y a la Rápida, Agnes, en la entrada de la biblioteca. Entonces me observa con mayor detenimiento—. ¿Has… llorado? —pregunta—. Algo ha pasado.

—No ha pasado nada —respondo, aunque una parte de mí quisiera contárselo todo. Pero hay algo, en los esimios transcurridos con la Lectora, que me dice que ese rato ha sido exclusivamente para nosotras.

La Rápida me escudriña y luego señala la biblioteca con el mentón. Niega con la cabeza.

—Sí —digo—, sé que está prohibido, pero no quería quedarme en la habitación con tu señora. —Uso un tono demasiado brusco con ella; no es culpa suya, pero Agnes tiene la mirada dura de quien ha soportado demasiado en la vida para dar importancia a las palabras de una Iniciada. O tal vez me esté dando la razón, quizá a ella Rosalina tampoco le cae bien.

—Mi pregunta es por qué está Agnes aquí, pero no la Vestal.

—Porque la Vestal —dice Romeo— ha preferido permanecer en sus aposentos: al parecer, es peligroso deambular de noche por la Academia, se podría recibir un castigo. Aunque eso nunca nos

detuvo ni a ti ni a mí. —Concluye la última frase con un intento de guiñar un ojo, pero su rostro agotado no lo logra por completo y me arranca una carcajada. Entiendo que lo está haciendo porque nos hemos alejado de golpe, tras haber pasado juntos un lateluna.

—Éramos más inconscientes, tal vez. Si en aquel tiempo hubiera sabido lo que ocurría entre estas paredes, y bajo este suelo, tal vez me lo habría pensado dos veces antes de emprender la aventura… Por la diosa, Romeo, si hubiera sabido lo que nos iba a suceder, probablemente me hubiera dado a la fuga, antes que ingresar en la Academia.

—Pero entonces tendrías a la familia entera de Amleto pisándote los talones. Y si son aunque sea la mitad de brutales que él, no habría sido un espectáculo bonito. Y además… —hace una pausa y echa una ojeada a Agnes, que, convenientemente, desvía la mirada —, si hubieras huido, lo más probable es que tú y yo no nos hubiésemos conocido.

—¿Y tú qué sabes? A lo mejor nos hubiésemos conocido escapando juntos, ambos refugiados en alguna inmunda taberna de Mantua.

—¿Mantua?

—U otra ciudad, Romeo. Era un decir, estaba fantaseando.

Él se encoge de hombros.

—De todos modos, yo no hubiera huido.

—Tú siempre tan alegre.

—En realidad, Julieta, estoy alegre: he sobrevivido aquí dentro mucho más de lo que esperaba. —Me sonríe—. Y también te lo debo a ti.

—¿También a mí? —Entorno los ojos para simular incredulidad—. Tú me lo debes sobre todo a mí, Romeo Montesco.

Agnes vuelve a negar con la cabeza, esta vez con mayor vehemencia, y se lleva una mano al oído y nos regaña con el dedo, como a dos colegiales poco disciplinados. Nos habríamos podido comunicar mejor, si le hubiésemos hecho más caso a Amleto. Él intentó enseñarnos la lengua de signos, pero a nosotros nos preocupaba más conservar el pellejo.

—Está bien, Agnes —dice Romeo—. Ahora nos vamos.

—¿Adónde? —pregunto.

—Nos vuelve a llevar a la Aldea. Hay un pasaje secreto para llegar cerca de la entrada.

—¿Bajo tierra?

—Obviamente.

—No veo la hora.

Seguimos a la Rápida por los pasillos subterráneos de la Academia. Cuando nos cruzamos con otros sirvientes, ellos desvían la mirada y pasan de largo. Debe de ser la ventaja de ir acompañados de la doncella de una Vestal.

Mientras andamos, respiro hondo.

—Y bien —digo—, ¿cómo ha ido con tu pretendiente?

Romeo me mira de reojo.

—No la llames así, es extraño.

—Pero es lo que es, ¿verdad?

Vamos detrás de Agnes, recorremos una galería tras otra, tomamos un viraje tras otro. Sin ella podríamos perdernos. De nuevo.

—La primera vez —dice Romeo—, me hizo vendarme los ojos antes de recorrer este camino. Imagino que ahora ya no es necesario.

—Romeo…

—Ha cambiado. Es distinta a como la recordaba. Se ha endurecido, quizá.

—Como todos nosotros —comento—. Es el efecto que produce la Academia, creo. Tanto da si eres un Iniciado como una Vestal. No podías esperar que fuera la misma chiquilla asustada que fue a encontrarse contigo en el puente la noche de la Congregación.

Romeo se detiene, y un batimiento después Agnes también frena en seco. Nos hace señas para que avancemos y nos apresuremos. Supongo que el problema no son los Rápidos con los que nos podríamos topar, sino los Extrema Sangre. Por lo que ellos saben, deberíamos estar todavía en la Aldea, con la prohibición de abandonarla.

—¿La noche de la Congregación? —repite Romeo.

—No te hagas el loco. Yo también salí esa noche, la vi.

—Desde luego —responde él, como si sopesara mis palabras—. Sí, seguramente es una persona distinta a la de aquella noche.

Agnes lo coge de la mano, lo arrastra y nos volvemos a poner en marcha. Hubo una vez en que este recorrido se me habría antojado infinito, pero ahora no me parece nada del otro mundo.

Al menos hasta que una galería desemboca en un claustro y Romeo me dice:

—Mira.

Aunque es de noche, consigo distinguir el millar de mariposas, ahora posadas en las paredes y en las ventanas bíforas, ligeras.

Como un mar de duendecillos dormidos, sus alas se mueven como si respiraran ligeramente. Caminamos de puntillas ahora, porque no turbaremos este lugar con una discusión sobre Rosalina. Agnes asiente con la cabeza, satisfecha. Quizá bastaba solo un momento de belleza para obtener el silencio que deseaba.

Luego nos hace cruzar una puerta de piedra, tras haberla abierto usando un anillo impregnado de Pertenencia, y un poco más tarde nos encontramos de nuevo en una galería que nos lleva lejos de la Academia.

Hasta que salimos, al fin, al frío del aire nocturno.

No tenía ni idea de cuánto lo echaba de menos. Inspiro a pleno pulmón y saboreo todos los olores que me invaden tras haber pasado semanas bajo tierra: la hierba que se empapa de rocío, las hojas de los árboles, el musgo en los troncos, la humedad que se infiltra en todas las cosas, como miles de minúsculas gotas suspendidas en el aire. Debe de haber llovido mucho, estos días, y jamás me he alegrado tanto de que mis pies se hundiesen en el barro.

Tengo la sensación de poder percibirlo todo, y cierro los ojos e inspiro una y otra vez. Estamos a salvo y somos libres, al fin. Lo hemos logrado, hemos huido de los enigmas y las trampas de esa ciudad oculta, y lo hemos conseguido ambos. Nos hemos salvado el uno al otro.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, miro a Romeo por un batimiento y estoy segura de que pensamos lo mismo. Puede que ahora Rosalina no sea más que un fantasma.

Nos encontramos en un bosquecito. A lo lejos vislumbro la silueta de la Academia; una ventana iluminada en la cuarta planta es el

único elemento que turba su descanso. Al otro lado, en cambio, la Aldea nos aguarda.

—Me pregunto si están todos bien —dice Romeo.

—Mercucio los habrá guiado, Benvolio los habrá reprendido, Terencio los habrá protegido. —Curvo el labio, porque lo que no digo es que Florencia se habrá quejado y Teobaldo habrá hecho de todo para llamar la atención, incluso en perjuicio de la Tropa. Pero también estará furioso y habrá luchado, y habrá pretendido hacer justicia por mí, porque lo conozco: se habrá regocijado con la desaparición de Romeo y habrá jurado con sangre que mi muerte sería vengada. Ahora me descubro temiendo por él, porque todos nosotros hemos visto la manera en que Lisandra lucha…

Un gesto de Agnes me distrae. Me mira fijamente y agita una mano.

—¿Qué ocurre? —pregunta Romeo.

La Rápida me señala y mueve la mano para imitar una boca que habla.

—Sí, tenemos que hablar en voz baja —digo—. Pero ya casi hemos llegado.

Pero Agnes repite el gesto, luego alza la mano muy por encima de su propia cabeza y alarga los hombros lo más que puede.

—¿Terencio? —pregunta Romeo. Ella asiente con la cabeza—. ¿Le ha pasado algo a Terencio?

Agnes baja la mirada. Bajo la luz de la luna, juraría que se ha ruborizado. Se lleva la mano al rostro, se toca la mejilla y traza un círculo irregular.

—¿Lo han herido? —La voz de Romeo es un susurro asustado—. ¿Ha muerto?

Ella niega con la cabeza de nuevo, y repite una vez más el gesto que significa Terencio y luego de nuevo aquel círculo en la mejilla.

—¿Tú? —pregunto yo.

Agnes traza de nuevo el círculo, como si debiera grabárselo en la piel.

—Selina —digo.

Entonces Agnes alza ambas manos, con el índice de la mano derecha bien a la vista y el pulgar y el índice de la mano izquierda cerrados para formar un círculo. Y el gesto que sigue es inequívoco.

Romeo pone unos ojos como platos y yo estallo en una carcajada.

—Pero Terencio se acuesta con Laurela.

Agnes niega con la cabeza y luego repite de nuevo «Terencio» y «Selina». Y entonces entrecruza los antebrazos delante de sí, con un movimiento resuelto.

—Prohibido —susurra Romeo.

Agnes se lleva el pulgar al cuello y lo desliza sobre la piel lentamente.

—Y lo matarán.

Al fin, la Rápida asiente con la cabeza, como si hubiera llevado a cabo una empresa titánica.

—¿Por qué no logra mantener el bastón dentro de los pantalones? —se lamenta Romeo—. ¿Por qué no logra ser un poco más reflexivo? Maldito idiota, ¿no puede evitar hacer gilipolleces?

—A lo mejor no es idiota —susurro—. A lo mejor está enamorado.

Romeo me mira alzando una ceja.

—¿Terencio?

Pero Agnes asiente con la cabeza, de nuevo.

Romeo suspira.

—Pues entonces tendremos que protegerlo. Deberemos protegerlos a ambos.

La Rápida deja caer los hombros; supongo que no puede hacer nada más. No cabe duda de que no podemos hacerlos huir, pues los pillarían enseguida. Solo podemos esperar que nadie los descubra.

Agnes nos dirige un gesto de despedida, se lleva la mano a la altura del corazón, se da dos golpecitos con los dedos y luego los alza hacia nosotros como señal de buen augurio. Se zambulle de nuevo en la entrada escondida que lleva a la galería y, un batimiento después, estamos a solas.

Nos encaminamos hacia la Aldea. No nos llega ningún ruido proveniente de la muralla; las torres están silenciosas, como si estuvieran deshabitadas. No oímos el aullido del viento ni el chirrido de los Movimientos.

Todo está inmóvil, como muerto.

—¿Qué ha ocurrido? —murmura Romeo.

La Torre central, más negra que la noche, se distingue como si devorase toda la luz a su alrededor. Ni la luna ni las estrellas que surcan las nubes pueden hacer nada contra ella.

Niego con la cabeza despacio. Tengo un terrible presentimiento, pero, antes de que pueda hablar, una voz nos interrumpe. Dura, perentoria.

—¿Quién anda ahí?

Proviene de la colina sobre la que se alza el edificio. Nos damos la vuelta de golpe.

Es un Edenita, y lleva puesto el uniforme de los Altos Maestros.

Maldita sea.

Ni siquiera hemos logrado llegar a la Aldea, no hemos tenido la posibilidad de volver a ver a nadie. Seguimos al Alto Maestro Bonifacio al interior del edificio. Recuerdo vagamente su rostro cuando formamos las Tropas, en la Arena. Pero estaba al fondo, y todos nosotros estábamos demasiado ocupados sintiendo miedo y condenando a muerte a nuestros compañeros para grabarnos en la memoria los rostros de todo el mundo. Ahora sé que es el Alto Maestro de los Ardefríos, y quizá esto explica el helor que noto bajo la piel.

—Habéis incumplido el toque de queda —dice, mientras nos guía a lo largo de un pasillo que conozco hasta demasiado bien.

Romeo ladea la cabeza.

—¿Toque de queda?

Bonifacio lo ignora mientras mueve su anillo frente al portal de madera, liberándolo de los bloques de piedra que impiden su apertura.

—Habéis abandonado el sitio que se os asignó, y será el Decano quien decrete vuestro castigo. Pero sois afortunados: con todos los muertos que ha habido, quizá sea clemente.

—¿Muertos? —continúa Romeo, mientras subimos las escaleras que conducen a la cuarta planta—. ¿Qué muertos?

Sé que se está conteniendo, lo sé porque es lo que yo también estoy haciendo. Necesitamos saber qué ha ocurrido este lateluna, debemos saber si nuestros amigos están bien.

—Nosotros… sufrimos un accidente —digo—. Nos despeñamos por un barranco durante un Movimiento. No tenemos ni idea de lo que estáis diciendo.

—Un barranco, ¿eh? —me responde él, sin siquiera darse la vuelta —. Una excusa conveniente. Pero de ser cierto estaríais muertos, ¿no crees?

Romeo hace ademán de decir algo, pero lo freno con la mirada. No tiene sentido seguir discutiendo con el Alto Maestro. Siempre que esto se pueda llamar una discusión: ya ha decidido que somos culpables. No es la clase de regreso que nos habíamos imaginado.

Pasamos por delante del cruce que nos conduciría a los aposentos de mi tía.

—Tal vez podríamos hablar con la Alta Maestra Netria —me arriesgo—. Podría explicarle la situación. —Eso si mi tía acepta verme tan cerca de Romeo, después de todo lo que dijo e hizo.

Pero Bonifacio no me escucha, toma la dirección contraria, y yo solo tengo tiempo de echar un vistazo hacia la puerta escondida que da a la gruta de Puck, antes de que el Alto Maestro se detenga delante de un portal de madera oscura, casi negra. Los frisos que la circundan se extienden hacia el exterior, bajo relieves de criaturas monstruosas y volcanes en erupción, Edenitas en combate con las espadas alzadas, Selfieras de numerosas cabezas y alas extendidas. Justo encima del arco del portal, una pequeña estatua de cándido mármol representa a la Lectora, con el rostro cubierto por el velo y con Oudemya entre las manos.

Bonifacio hace ademán de llamar, pero se detiene. En el interior, una discusión parece estar a punto de degenerar en una reyerta.

—Han muerto demasiados —ruge una voz femenina. La reconozco de inmediato, es la de mi tía.

Le sigue la voz del Alto Maestro Valfiero.

—No podemos permitirnos perder a más Iniciados con el Vínculo. Debemos anularlo.

A continuación, se oye un trasiego. Me imagino que son sillas apartadas con brusquedad, alguien que se pone en pie.

—Esto es inaudito —exclama una voz que no conozco, seguida de un murmullo bullicioso.

—Han violado las reglas —rebate Netria—. ¡Han matado a sus compañeros! No deberían haber luchado de esa manera.

—Esas son acusaciones sin fundamento: ha habido muertes en todas las Tropas, incluida la suya. No podemos acusar a esos Iniciados de nada, si no podemos demostrar que han sido ellos los que han matado. La culpa se comparte entre todos. Por lo tanto, ¿qué es lo que propones, Netria, que ajusticiemos a todos los Iniciados? —De nuevo la voz de antes, otros murmullos de aprobación.

—Es una insensatez —exclama Netria.

—Y además —continúa el otro, ignorándola—, por lo que tengo entendido, todos los Fundamentos han sido conquistados, ¿no? Y los más fuertes han sobrevivido.

A mi lado, Romeo se pone lívido. Lucha contra sí mismo para no apoyarse en la pared. Pero es solo un batimiento, porque luego aprieta los puños, tan fuerte que le tiemblan las manos.

—¿No eres tú quien los instruyó, Netria? —Ha hablado Lorenzo, el Decano, y a su frase sigue un batimiento de silencio que parece eterno—. Han puesto en práctica lo que les enseñaste, de la mejor manera posible. En ningún momento hemos interferido con la Aldea.

—Pero nunca nos hemos encontrado ante esta situación: si la mitad de los supervivientes muere, no habrá suficientes Extrema

Sangre para hacer frente a las Catástrofes futuras.

—Tú siempre tan derrotista, Netria —dice Lorenzo con tono condescendiente, y me entran ganas de derribar el portal y estrangularlo—. Si la mitad de ellos muere durante el Vínculo, el futuro de Edén estará asegurado por los supervivientes. Y además… —Su voz se transforma en un susurro que nos obliga a aguzar el oído—. Hablas de reglas, pero yo creo que tienes otra intención: has perdido a Julieta, y ahora harías lo que fuera para salvar al menos a Teobaldo. Es así, ¿verdad?

Mi tía siempre ha sido fuerte y siempre ha luchado, pero ahora guarda silencio. Me puedo imaginar las miradas de todas las personas en esa sala clavadas en ella.

—¿Qué tendría eso de malo? —murmura, al fin.

—Acabas de apelar a las reglas, Netria. No podemos hacer excepciones, me parece evidente. Así que olvídalo y déjanos proceder con el Vínculo.

—Esperad. —Valfiero toma la palabra de nuevo—. Hay alguien.

El portal se abre. Los aposentos del Decano están más abarrotados de lo que me imaginaba. Además de mi tía y Valfiero, están presentes todos los miembros del Coro. Así que de ellos eran las demás voces. No oso imaginarme la cantidad de víctimas, si incluso se ha implicado al Coro.

Cuando mi tía me ve, se le llenan los ojos de lágrimas. Quisiera correr hacia mí, abrazarme, y yo quisiera hacer lo mismo. Quisiera estrecharla y decirle que estoy viva y que he comprendido… He comprendido que a ella también la mueve el amor, y quisiera llorar junto a ella. Pero no podemos.

Lorenzo alza un dedo y su mirada se desliza sobre Romeo por un batimiento.

—Increíble —murmura—. Os dábamos por muertos.

Apenas el Decano cesa de hablar y el Alto Maestro Bonifacio empieza a escupir palabras: nos ha encontrado huyendo de la Aldea, nos merecemos un castigo ejemplar, nos deberían llevar al Teatro, frente a todos.

—No estábamos huyendo de la Aldea —protesta Romeo—. Hemos intentado explicárselo al Alto Maestro: nos caímos por un barranco durante un Movimiento.

—¿Y habéis regresado para contarlo? —pregunta Lorenzo, ladeando la cabeza. Pero el tono no es como el que ha usado el Alto Maestro. Parece… interesado, y menos duro que antes, cuando nos ha visto. Tal vez cree haber encontrado un punto de encuentro con Netria para que la Academia pueda al fin seguir su curso.

Asiento con la cabeza.

—Nos precipitamos bajo la Aldea… Tardamos semanas en regresar a la superficie.

—Una historia tan interesante como inverosímil —dice Bonifacio—, nada más que una excusa con mucha fantasía.

Pero el Decano alza un dedo.

—Basta de castigos —dice—. Al menos hasta que no hayamos aclarado lo que ha sucedido.

Bonifacio hace ademán de añadir algo, pero oímos pasos a nuestra espalda, todos al mismo ritmo, todos llevando consigo el fragor metálico de las armaduras de llamacero.

Lorenzo oculta a duras penas su estupor cuando mira detrás de nosotros. Por segunda vez esta noche, me giro.

Escalo, con una armadura blanca de arriba abajo, avanza por el pasillo, seguido de una columna de Ensiferios.

—Tenemos que hablar, Lorenzo. Me trae sin cuidado tu autoridad en esta Academia: lo que ha sucedido es inaudito —prorrumpe la Primera Voz.

El Decano lanza una mirada a Bonifacio y lo despacha apresuradamente con un gesto de la mano.

—Encuentra a una Rápida que los conduzca de inmediato a sus aposentos.

Escalo nos escruta mientras pasamos a su lado. Su mirada se detiene en Romeo y en mí, como si quisiera grabarse nuestras facciones en la memoria, como si quisiera hacer algo de inmediato y los Ensiferios lo percibieran, listos para ejecutar su orden, las manos cerradas alrededor de las empuñaduras de las espadas que tantas vidas han cercenado.

Su mirada no nos abandona hasta que no dejamos el pasadizo atrás.

QUINTA PARTE

La Inquisición
Academia de la Congregación, 1392

44

Romeo

Sigue lloviendo. Pero no se trata de la Aldea, no es una tortura suya, es Edén. Es naturaleza, no Pertenencia. En el interior de los claustros, el ruido de la lluvia que cae fragorosamente resulta casi agradable. Andamos raudos detrás de la Rápida a la que Bonifacio nos ha entregado. Julieta y yo no decimos palabra, pero estoy seguro de que pensamos lo mismo. «¿Qué diantre ha sucedido en la Aldea? Habéis vuelto vivos solo para encontrar a vuestros amigos muertos», me susurra mi pesimismo, que siempre tiene palabras de consuelo para mí.

Apenas llegamos a nuestro claustro, oímos el jaleo proveniente de las ventanas abiertas. Una estrepitosa algarabía de gritos, carcajadas y por descontado algún que otro reniego. Nos quedamos bajo las ventanas a escuchar las voces de nuestra Tropa. No todos están muertos. Intento coger alguna palabra al vuelo y saber quién la está diciendo, pero los truenos me lo impiden.

Subimos las escaleras y el alboroto se vuelve más claro.

—Te he dicho que no entres en mi habitación, o cogeré tus testículos y me los pondré de pendientes. —Es la voz de Terencio. Está que echa rayos y está vivo. Exhalo el temor por él y retengo en los pulmones el que tengo por los demás.

—Eso, muy bien. Así a nadie le cabrá duda de que tienes el pene en el cerebro. —Alena. Ella también se ha salvado. Julieta me sonríe. A la ocurrencia de nuestra amiga la siguen unas carcajadas. Demasiadas para ser solo las de nuestra Tropa.

Delante de la puerta de los aposentos, la Rápida hace una pequeña reverencia y se va.

—¿No nos abres? —pregunta Julieta. Ella niega con la cabeza y se esfuma. Nos quedamos aquí parados, sin saber muy bien qué hacer. Las puertas suelen estar cerradas a cal y canto. En el interior, el vocerío continúa. Apoyamos la oreja, como niños que escuchan secretos a escondidas.

—Adelante, Montesco, siempre sobre esos libros. De todos modos, no es que vayas a resolver nada: tu casa vale tanto como las suelas de mis zapatos cuando limpio mi caballo —grazna alguien que no reconozco.

Benvolio también está vivo. Julieta esboza una sonrisa. Se alegra por mí, pero vislumbro un ligero temblor: todavía no ha oído la voz de Folco.

El estrépito de una silla que se cae al suelo.

Silencio.

—Disculpa, Alena, ha sido una broma estúpida —dice la misma voz desconocida.

Julieta se ríe socarronamente.

—La muchacha debe de haber empeorado, en este lateluna, si la temen así.

Apoyo la mano en la puerta y noto que se abre. Nos miramos temerosos. ¿Acaso es un truco cruel de la Academia? Ahora descubriremos que la sala está desierta. La empujo ligeramente,

procurando no hacer ruido, hasta que se abre de par en par. Y entonces nos quedamos helados en el umbral tratando de entender lo que estamos viendo.

El salón principal está lleno de Iniciados de otras Tropas. Reconozco a alguno de la de Claromonte, la tropa a la que traté de robar la torre de los Almanarios, y a alguno de la de Palavicino; a otros los he visto colgando durante los Movimientos, he luchado contra ellos, pero desconozco a qué Tropa pertenecen. Están desperdigados un poco por todas partes. Solo dentro de la pila hay una decena. El agua está mugrienta de barro y sangre, y la cascada que cae en ella no basta para limpiarla. Un grupito está sentado a la mesa zampándose con avidez las sobras de lo que debe de haber sido la cena. Están todos un poco magullados, como si los Trasladores no los hubieran curado. Buscamos con ansia a nuestros compañeros cuyas voces hemos oído. Lanzo un suspiro de alivio cuando localizo a Amleto, que pela una manzana con un cuchillo, indiferente a que a pocos pasos de él dos Iniciados están enfrascados en una pelea de mucho cuidado. Uno de los dos se cae encima de la mesa cercana a Alena, que salva una jarra de vino, provocando un aplauso de… Baltasar. Él también está. A mi primo no lo veo, pero antes lo han mencionado y por eso estoy tranquilo, y ahora me llegan diáfanas las voces de Mercucio y Teobaldo, que se las están teniendo en una sala contigua. No entiendo sus palabras, pero el tono es decididamente acalorado. Y luego Folco. Están todos. Incluso Marina Codalunga, acurrucada en una esquina. No creo que se recobre jamás de lo de la torre. Busco la mano de Julieta. Y la estrecho. Todo el aire que habíamos contenido hasta ahora sale a la par, como si tuviéramos una única respiración. Y es así como Folco

nos ve el primero: mano en mano y sonriendo. De vuelta de una excursión campestre con la cesta repleta de pan de especias y flores silvestres. Se pone en pie volcando la silla. No se acerca. Se queda inmóvil con los ojos como platos, observando a dos espectros. Y puede que lo seamos.

El griterío se va atenuando a medida que los demás se percatan de nuestra presencia y todos se vuelven hacia la puerta. Nadie mueve ni un músculo. Un Iniciado que estaba sirviéndose vino sigue vaciando la jarra hasta que el líquido rojo se derrama por el borde y riega el suelo. Nos observan debatiéndose entre el estupor y la incredulidad.

—Que me parta un rayo… —Alena es la primera en recobrarse de la sorpresa, se pone en pie y corre hacia nosotros. Echa los brazos al cuello de Julieta y luego al mío. Estoy apretujado contra ella y no veo a mi gigantesco amigo entrar en la sala, aunque oigo sus pasos. Y los sollozos. Llora como un niño. Se me abalanza. Y reniega. Y llora. Y vuelve a renegar. Se ha vuelto enorme, más grande de lo que era antes y también más fuerte.

—Terencio, no puedo respirar —digo emitiendo un gemido.

—Oh, mierda. Discúlpame. —Afloja la sujeción y nos miramos a los ojos—. Te daría un beso en la boca —me dice.

—No lo hagas. Por favor.

No me escucha y me estampa un sonoro beso. Alza los brazos al cielo.

—Romeo Montesco ha caído en el infierno y ha derrotado al diablo de los Rápidos para regresar con nosotros.

—A lo mejor lo han repudiado. —Amleto me guiña un ojo. No se acerca, no es proclive a las sensiblerías, pero por su mirada sé que

se alegra de verme.

—Estás hecho un asco, Romeo —me dice Alena dándome un golpecito en el hombro que por poco me hace caer al suelo. Ella también parece más grande, más alta.

Llega Teobaldo, seguido por Mercucio. Apenas ve a Julieta brinca por encima de una mesa, con una agilidad que antes no tenía, y profiere un grito de alegría, pero cuando llega delante de ella casi le da miedo tocarla. La coge de las manos y le da un ligero beso en la mejilla. Delicado, como si pudiera romperla. Le susurra palabras que no llego a entender, pero por el tono deben de ser dulces y reconfortantes. A estas alturas estamos rodeados. Nuestra Tropa, y no solo la nuestra, nos acoge como supervivientes de una batalla que creían que no habíamos superado. Y puede que así sea.

Mercucio se abre camino entre los Iniciados para darme un achuchón.

—No lo vuelvas a hacer. No vuelvas a hacerme llorar en las noches estrelladas, odiándolas porque tú ya no puedes contemplarlas. En esas noches necesito enamorarme. —Me abraza de nuevo—. Bienvenido de nuevo, hermano.

Todos hacen mil preguntas sin siquiera esperar las respuestas. En la confusión, veo la mirada severa de Teobaldo. Me escudriña; no creo que se alegre de que Julieta haya pasado un lateluna a solas conmigo.

Folco, en cambio, me abraza.

—Bienvenido de nuevo del infierno al infierno. —Se ríe socarronamente. Sí, estamos de nuevo en el infierno. Pero al menos es el que conocemos.

Busco a Benvolio. Lo veo en el fondo del salón, apoyado en las jambas de la puerta. Con el rostro exánime. Me abro paso para ir con él. Al acercarme tiembla.

—¿Eres tú? —me pregunta, con la mandíbula cerrada. Lo abrazo y se desmorona, estremeciéndose, entre sollozos.

—Lo siento —me murmura en el oído—. Lo siento. —No es hasta ahora que comprendo el remordimiento que debe de haberlo carcomido poco a poco este lateluna. Pero no es culpa suya. Dejamos que las palabras pesaran sobre nosotros sin volver a infundirles la ligereza de nuestra amistad.

Lo aparto de mí y lo miro a los ojos. Están aún más hundidos. Las ojeras, más negras. Pasa su mano por mi rostro.

—¿No estarás a punto de darme un beso en la boca como ha hecho Terencio, verdad? —pregunto jugando.

Él se ríe de mi ocurrencia con melancolía.

—Te quiero —le digo. Sé que necesita oírlo—. Formas parte de mí, como un pedazo de hígado, o de corazón, sin el que no podría vivir.

Se sorbe la nariz.

—Creo que si fuera tu cerebro razonarías mejor.

—No estás del todo equivocado, primo mío. No estás del todo equivocado.

Estoy en mi habitación con parte de la Tropa: unos, sentados en el suelo; otros, en el diván. Marina Codalunga está en un rincón y musita sola. Me temo que de vez en cuando la razón la abandona y la transporta a una sosegada demencia, en la que jamás ha guiado a toda su Tropa a la muerte.

Les he hablado de la ciudad subterránea, de los enigmas, de la oscuridad y del frío. De cómo nos hemos salvado el uno al otro varias veces. Me he guardado para mí los sueños, la gruta llena de cuerpos y el templo. Surgirían demasiadas preguntas a las que no sé dar respuesta, porque yo mismo aún tengo preguntas que hacer.

Mercucio alza su copa. Bebemos vino malo y brindamos por la suerte de estar de nuevo juntos. Los Capuleto se encuentran en la sala contigua con Julieta. A pesar de que nuestros aposentos parecen un campamento de guerreros borrachos, nadie ha entrado en mi habitación ni en la de ella, como si fuesen dos templos que no se deben contaminar. Los oigo cuchichear. Parece que están discutiendo.

—El primer día, Terencio encontró a uno en tu habitación. —La voz de Amleto dirige de nuevo mi atención a los amigos—. Lo cogió por los pies y lo colgó fuera de la ventana hasta que se disculpó. Creo que se cagó en los pantalones. Desde entonces nadie ha tenido el valor de volver a entrar. —Está tumbado sobre mi diván. Se come las uñas y las escupe al suelo.

—¿Qué diablos ocurrió en la Aldea? En los aposentos del Decano estaba todo el Coro. Escalo ha llegado con su guardia y parecía fuera de sí. Hablaban de muertos y estaban preocupados. Lo que me parece extraño, dado que desde que llegamos aquí un tercio de los Iniciados ha estirado la pata —pregunto perplejo, mientras mastico un mendrugo. Al parecer, no ha quedado mucho de la cena. Pero para mí es la comida más rica del mundo.

—Puedes decir tranquilamente más de la mitad. —Alena juega con un cuchillo haciéndolo rotar entre sus dedos.

—¿Cómo puede ser? ¿Los Movimientos? —Pruebo a adivinar.

—No. Espadas. Piedras. Manos. Se ha usado todo lo que podía matar. —Amleto escupe otra uña.

—¿Podrías dejar de hacer eso? Das asco —dice Alena. Por toda respuesta, él escupe otra y ella le lanza el cuchillo, que se clava a un dedo de su cabeza. Amleto lo coge y se pone a limpiarse las uñas con él. Alena se ríe socarronamente. Decididamente, en este lateluna han empeorado.

Mercucio se aparta los rizos rubios de los ojos.

—Después de que Lisandra se jactara de haberte ensartado con la espada, antes de que la tierra te engullera, esperamos a que los Ensiferios aparecieran para llevársela. No sucedió. Esto cambió las reglas en la Aldea. Y cuando tomamos la torre de los Almanarios…

—Espera… —lo interrumpo—. ¿Tomasteis la torre?

—¡Desde luego! —dice Terencio orgulloso—. Cuando la alcanzamos y Alena vio que no estabais… —Silba—. A esta mujer no hay que cabrearla, porque se vuelve más agresiva que una Selfiera. Y la Seca sabe algo de eso. La desarmó y luego la ensartó como un pincho moruno. Mientras que Paris se largó pies para qué os quiero.

—¿Está muerta? —pregunto sin arrepentirme del regocijo que siento.

—¡Por la diosa, no! Esa canalla tiene más potra que alma —gruñe Terencio.

—Solo tiene potra; el alma se olvidaron de dársela —puntualiza Alena.

—Si su Tropa no hubiese contado con la torre de los Trasladores, a estas alturas estaría Seca, Marchita y Reseca. —Terencio se ríe con grosería de su juego de palabras. Los demás lo siguen. Mientras

podamos reírnos de la muerte, es posible pensar que solo se trata de un juego en el que se puede ganar y vivir.

—Por eso estáis todos un poco más fornidos. El Fundamento de los Almanarios ha surtido efecto —observo.

Terencio alarga los brazos.

—A mí tuvieron que cambiarme el uniforme. Y apuesto a que de aquí al fin de la Academia creceré aún más. —Se gira para permitirme contemplar toda su magnificencia. Tengo que acordarme de hablarle de Selina. Todos esos músculos no le servirán de nada si lo descubren.

—Nos han cambiado el uniforme a casi todos. —Baltasar me muestra su brazo—. Mira, ha crecido un poco—. Sonríe contento como un niño—. Tú también deberías tener uno nuevo. Has crecido. Estás más alto, diría…

Ahora que lo dice, noto que en efecto el uniforme me queda pequeño. Quizá las hifas bajo las torres provocaron algún efecto.

—Como iba diciendo, después de tomar la torre no volvimos a ver a la Tropa de Paris durante al menos quince días —continúa Mercucio—. Creíamos que…, no lo sé…, se habían rendido. Contaban con cinco Fundamentos. Eran los más fuertes. Estúpidamente, creímos que habrían dejado de luchar. Que estaban cansados, como todos. —Bebe un trago de vino—. Nosotros estábamos… de luto. Vuestra muerte nos devastó. Teobaldo era como las sombras que protegen la torre de los Almanarios. Se arrastraba a lo largo de las paredes, falto de sustancia y sin rumbo. Nosotros no nos quedábamos cortos. Os lloramos. Os recordamos. Hablamos de vosotros. Siempre fuimos una Tropa dividida, pero sentíamos vuestra ausencia del mismo modo. Nosotros nos consolamos unos a otros,

pero también nos permitimos sufrir. Tomarnos un descanso. Los Movimientos eran menos frecuentes, pero había. —Hace una pausa para servirse más vino. Nadie habla. Aguardan como yo a que empiece el horror del relato—. Ni siquiera cuando la tierra temblaba veíamos a la Tropa de Paris. Estaba encerrada en su torre. Comprendimos el motivo demasiado tarde. La mañana del decimosexto día, la Aldea se sumió en la locura. Así, de repente, como cuando retumba un trueno. Paris y los suyos salieron sin armadura, con las espadas afiladas.

Baltasar interviene:

—Esos canallas de Federico Palacordio y su hermana Ágata son dos Ardefríos, y la tía con los cabellos cortos y en punta que parecen los pelos de un puerco espín, con esa cara que también recuerda a ese animal, es una Arquitiempo. Tardaron lo suyo en averiguar cómo se hacía, pero al final lo bordaron.

—Los vi hace solo unos días y habían envejecido al menos un año. Yo ya había preparado los puñales —dice Amleto aburrido—, pero ahora los habrán nutrido. El peligro de tres Selfieras dentro de la Academia ha hecho que se caguen encima. Idiotas. Me los podría haber cargado con facilidad. Es más, lo habría hecho con mucho gusto.

—Los demás teníamos espadas de entrenamiento y armaduras que nos ponían en desventaja. —Alena toma la palabra—. Vi a un Iniciado inmovilizado en el suelo. Por la diosa, lloraba y clamaba piedad. Pero ellos no la tuvieron. Le cortaron la cabeza de un plumazo. Vi quién lo hizo y juro delante de la diosa que lo encontraré y le arrancaré las tripas a mordiscos.

—Cuando quieras, mi dulce Alena. Siempre dispuesto a hacer una batida de caza. —A Amleto le brillan los ojos.

—Quien pudo afiló su arma tan bien como supo y luchó —prosigue Baltasar—. Otros se atrincheraron en las torres, pero no bastó. Fue una carnicería. Y en lugar de unirse, empezaron a luchar entre ellos, lo que favoreció a la Tropa de mi… —hace una pausa— de Paris y su panda. —No lo ha llamado hermano. Algo entre ellos se ha roto, y la sangre que corre por sus venas vale menos que la sangre derramada.

—De Selfieras… —espeta Alena—. Eran una panda de Selfieras.

—No insultes a las Selfieras —la reprende Amleto—. Ellas matan, desmiembran y arrasan por instinto, no saben lo que hacen; en la Aldea sí, lo sabían y lo hacían por amor a la crueldad.

—En cualquier caso, ellos también sufrieron pérdidas. No suficientes, para mi gusto. Solo tres. Vertimos vino y no lágrimas, por descontado —rebate Alena.

—En eso estamos de acuerdo. Pocos, demasiado pocos. —Amleto escupe de nuevo, pero esta vez no es una uña, es un gesto de desdén hacia Paris y los suyos.

—Al fin tomaron todos los Fundamentos. Pero no se detuvieron. Siguieron atacando incluso a los que se encontraban dentro de torres vacías, y luego a quienes vivían al raso. —A Mercucio se le ensombrece el rostro—. Nuestra torre era la única inexpugnable gracias a las sombras. Te dicen antes lo que está a punto de suceder.

Asiento con la cabeza. Recuerdo bien las sombras.

Mercucio continúa:

—Pocos batimientos, pero suficientes para frustrar cualquier ataque…

Benvolio lo interrumpe.

—Y así nuestro Capitán dio asilo a todo el mundo.

—A todo el mundo… —Abro los ojos como platos.

—No a todo el mundo. A los que logramos salvar —dice Alena pasando un dedo por su copa—. Luchamos por ellos, como hubiésemos luchado por una torre.

—Mientras los demás conquistan Fundamentos, nosotros nos transformamos en un refugio de rechazados. Esas fueron las palabras exactas de Florencia. —Baltasar la imita, poniendo incluso su voz nasal.

—Si no había castigo por haber matado, pensé que tampoco habría para agrandar la Tropa —dice Mercucio—. No es que sirviera de mucho. Todos nosotros tenemos un solo Fundamento y los demás, los doce restantes. Cuando decidieron que la matanza había concluido, abrieron la última torre. Lo que me da rabia es que hacía tiempo que sabían perfectamente dónde se encontraba. Esperaron, lucharon, mataron antes de poner fin a todo eso.

—De todos modos, encontraron la manera de castigarnos —dice mi primo. No le gustó esta unión y no lo oculta—. Y yo ya había dicho que acabaría así. Ahora nos consideran a todos como una sola Tropa. Somos más de cincuenta, pero las ventajas de ser numerosos han terminado. Solo tenemos desventajas. Los Trasladores no vienen a curarnos, el alimento es solo para doce, cuando somos muchos más, qué digo, diez, dado que os daban por muertos. Y además, ningún Rápido viene a nutrirnos. Y el hambre, *esa* hambre, es fastidiosa, por no decir otra cosa. Nos entran ganas de arrancar

bozales y nutrirnos. Allí fuera lo saben e incluso les da miedo entrar. Nos dejan la comida fuera de la puerta.

Por eso la Rápida escapó a toda prisa.

—Sin embargo, han quitado los cerrojos de las puertas, podríais iros cuando quisierais —digo, recordando lo fácil que ha sido abrir la puerta.

—Y han decretado un simpático toque de queda sin horarios. Como en la Aldea. De aquí no se sale —puntualiza Benvolio.

—Salvo por el balcón. De vez en cuando, el aquí presente príncipe chiflado del Norte —dice Alena señalando a Amleto— y yo hacemos alguna que otra escapadita. Al menos bebemos algo.

—Y ya no se hace el amor. Mi habitación se ha vuelto un ir y venir de gente que quiere salir por el balcón. Si no fuera por el hambre, ya habría desarraigado ese condenado árbol rosa. —Terencio engulle vino.

—Sí —digo—, luego hablaremos de esto y de tu propensión a meterte en líos.

—Sabes que cuando se habla de meter… —fanfarronea, pero a mí no me engaña, pues una sombra ha cruzado sus ojos. No creía que fuese tan grave.

—No estoy jugando, Terencio. —Miro a todos los demás—. Y si a mí me lo ha dicho una Rápida, significa que vosotros también lo sabéis. Y no habéis hecho nada.

—Ah, estás hablando de eso… —farfulla Baltasar.

—¿Quién está al corriente? —les pregunto.

—Bueno, al principio lo sabía solo yo. Los sorprendí. Ella venía a nutrirnos en la torre, antes de que decidieran cargarse a todo lo que respiraba… Y cuando la matanza empezó, ella estaba allí. Terencio

no quería que saliera… Luego… estaba preocupado y hablé de ello con Mercucio.

—Yo no entiendo de reglas y le pedí consejo a Benvolio. Me vi obligado a contárselo —se justifica mi amigo acariciándose un rizo rubio.

—Quería estrangular a Terencio —dice Benvolio—, pero Amleto se interpuso, así que se lo dije. Igualmente no me dejó estrangularlo.

Miro a Amleto.

—Yo se lo conté a Alena por el placer de chismorrear.

Me llevo las manos a la cara y me la refriego.

—Sois una panda de idiotas. ¿Quién más lo sabe?

Alena se hace la sueca. La miro.

—Puede que se lo haya mencionado a Folco. Pero no estoy segura; últimamente me emborracho a menudo.

—Alena, podrías beberte cincuenta jarras y lucharías con la precisión de un Extrema Sangre.

Ella se encoge de hombros.

—¿Alguien más? —pregunto desalentado.

—Nadie más. Tranquilo. —Terencio no se da cuenta de que ya somos demasiados los que lo sabemos.

—¿La Valfiero? —pregunto.

—Naaa, es agua pasada.

Lo miro incrédulo.

—No te estoy preguntando por tu historia romántica, te estoy preguntando si lo sabe.

—Aah… —Toma aire—. Lo sospecha.

—Por la diosa —reniego.

—No creo que vaya a decir nada —conjetura Terencio.

—Ojo con los celos. Son un monstruo que escarnece el alimento que lo sustenta.

—Mercucio tiene razón. Su poética nunca falla —digo cada vez más preocupado—. Terencio, debes poner fin a esta historia. ¿Me lo prometes?

Masculla un «sí» que no me trago en absoluto.

—Creo que necesitas descansar. —Benvolio se alza—. ¿Qué me decís si lo dejamos un poco tranquilo?

—Sí, también porque esta noche tengo algunas incursiones que hacer. —Amleto lo sigue.

—Llueve a cántaros —observa Baltasar, siempre atento y preocupado por los demás.

—Significa que solo robaremos sopas. ¿Vamos? —dice dirigiéndose a Alena.

—Vamos. —Y en lugar de salir de la habitación, se acomoda en mi diván. Está claro que quiere hablarme a solas. Los demás también lo comprenden y desfilan rápidamente.

—Es un placer volver a verte por aquí. —Mercucio me da una palmada y es el último en alcanzar la salida.

Cierro la puerta y miro a Alena.

—Se ha enamorado —dice.

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes. Porque siempre lo has visto como un gigante que piensa con la polla. Cosa que seguramente sea verdad. Pero haría cualquier cosa por ella. Incluso morir.

—Entonces es un insensato.

—¿De veras, Romeo? ¿Tú nunca has pensado en morir por una persona, por alguien a quien amas tanto que sin ella la vida no

tendría sentido?

Rememoro la espada de la Seca. Alena capta mi mirada.

—Ah, Romeo. No creas que tu amor es menos insensato.

—Con Rosalina se acabó.

—¿Y quién ha hablado de Rosalina?

Trago saliva. Esta chica es tan buena con la espada como con las palabras.

—No hay amor sin locura. Él es tu amigo, ayúdalo a amar, no a huir de eso —me aconseja.

—Ella es una Rápida. Aunque si por una locura pudiesen estar juntos, ¿cuánto tiempo duraría su amor? Él la perderá. Es una historia sin futuro.

—No puedes salvar a todo el mundo siempre. En especial a quien no quiere que lo salven. —Se acerca a la puerta—. Habla con él. Durante todo el tiempo que te creyó muerto repetía una y otra vez que jamás sabrías que él también tiene grande el corazón, y no solo el pene rodeado de músculos.

—Pero eso ya la sé.

—Entonces díselo.

La detengo antes de que salga.

—¿Y tu corazón, Alena?

—Como yo. Cabreado. Jodido. Y medio ciego.

—Tú también deberías darte una oportunidad.

—Oh, si yo lo haría. Si quieres hablar con ese cabeza hueca de Folco…

Abre la puerta y nos encontramos a Terencio en el umbral con el puño cerrado. Estaba a punto de llamar. Alena se escurre y se va. Yo miro a Terencio y le rodeo el cuello con los brazos.

—Ven, amigo mío —le digo—. Háblame un poco del amor.

45

Julieta

Para los Iniciados mugrientos y ensangrentados repartidos sobre los divanes, en las pilas, e incluso encima de las mesas, ha sido el momento de los abrazos y del desconcierto, de las disputas por las sobras de la cena y de las celebraciones. Porque hemos regresado, y estamos vivos.

Nadie lo habría imaginado nunca, y sin embargo aquí estamos, ahora, con nuestros amigos y los nuevos compañeros maltrechos que se han unido a nosotros.

De qué manera han mirado a Romeo cuando hemos cruzado el umbral, con los ojos iluminados a pesar del hambre y las heridas. Es desde la Gruta de la Muerte que lo recuerdan, desde que intentó salvarlos a todos, desde que quiso acoger a Marina Codalunga, desde que supieron de su muerte por los relatos y las voces que corrían por la Aldea de Tropa en Tropa, y ahora lo han visto regresar.

Esta Tropa no sería la misma sin Romeo, y por un batimiento creo que la decisión que Terencio tomó instintivamente en la Arena, cuando señaló a Laurela y nos obligó a unirnos, no fue ningún error.

También ha habido festejos para mí, desde luego. Primero Florencia me ha abrazado, tímidamente, solo rozándome, y luego Folco me ha estrechado hasta que se me ha cortado la respiración,

no solo por los músculos, que en todos ellos se han hecho más pronunciados después de haber conquistado la torre, sino porque él es distinto —también él, en cierto modo, ha regresado de entre los muertos—. Y por último Teobaldo. Mi primo me ha dado un beso en la mejilla, ligero, y ha tomado mis manos entre las suyas, y en sus ojos había un velo, por las lágrimas y por una sombra, y ha sido esa sombra la que se me ha insinuado cuando solo me ha dicho:

—Temía haberte perdido.

Ha lanzado una mirada a Romeo mientras me soltaba las manos.

—Nadie ha tocado tu habitación —ha continuado—. No se lo habríamos permitido.

He asentido con la cabeza, ¿qué podía hacer? Habría querido decir que con todas las personas que abarrotaban los aposentos y que necesitaban ayuda, tras un lateluna descansando sobre rocas y sufriendo hambre, habría podido renunciar a un poco de espacio en mi habitación.

Pero parecía importante para Teobaldo, así que solo he dicho:

—Gracias. —Y entonces lo he abrazado yo, con fuerza, y he hundido el rostro en su cuello y he sentido el olor familiar del primo que se crio conmigo como un hermano, con quien lo compartía todo antes de cruzar el umbral de la Academia, y he respirado hondo.

Pero nuestra familia no se cimenta sobre el amor y he notado su incomodidad.

—Tenemos mucho de que hablar —ha dicho, con el mismo tono que mi padre antes de partir para defender una Asonancia—. Nadie ha tocado tu habitación —ha repetido.

—Entonces vayamos allí —he dicho, apartándome de él. Ha sido en ese momento cuando he visto la línea negra en su cuello, en el

centro de la Marca—. Eres un Almanario —he observado, orgullosa. Pero él solo ha asentido con la cabeza y se ha puesto en marcha, precediéndome.

Ahora, de la habitación de Romeo, que está al lado de la mía, no nos llegan más que carcajadas. Aquí, en cambio, Teobaldo camina despacio adelante y atrás, mira más a menudo a la pared que a nosotros, y el único que está cerca de mí, en el diván, es Folco.

—Han hecho entrar a todo el mundo —dice Florencia, que está con los brazos cruzados apoyada contra la puerta de mi habitación, como si de este modo pudiese dejar afuera todo el bullicio que proviene del resto de los aposentos—. Y se han quedado con nuestra comida, porque según Mercucio debíamos compartirlo todo. «Todos merecen una oportunidad», dijo. Pero nosotros sí tomamos un Fundamento, y por poco morimos en el intento.

—*Julieta* por poco muere en el intento —puntualiza Folco.

—Con más razón… —prosigue Florencia—, ¿qué han hecho los demás para merecerlo?

—Hemos tenido suerte —digo, y con estas palabras me gano una mirada sarcástica de Florencia y de Teobaldo. En efecto, quizá «suerte» no es la palabra que más se ajusta a quien ha soportado lo que hemos soportado nosotros, pero creo que es así.

—Ninguno de nosotros ha muerto, y no podemos decir lo mismo de los miembros de las demás Tropas.

—No —dice Teobaldo—, desgraciadamente ninguno de nosotros ha muerto.

Lo fulmino con la mirada, y él al fin se detiene.

—¿Qué pasa, Teobaldo, qué es lo que tienes que decirme?

—Quisieras estar allí con ellos, ¿verdad? —Pronuncia la frase como si fuera una pregunta, pero por su tono resulta claro que no lo es. Me hiere. ¿Por qué el odio que siente en su interior lo ciega tanto que le hace olvidar todo lo demás?

Él me mira a los ojos y toma aire despacio, como si buscase las palabras adecuadas, pero al fin se rinde.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

Aprieto los dedos alrededor del tejido de los pantalones, lo araño una y otra vez. Procuro que no me suba el rubor a las mejillas.

—Nada —digo—. ¿Qué debería haber pasado?

Él alza los ojos al cielo.

—No lo sé, Julieta. Desapareces todo un lateluna y ahora que has regresado no haces más que mirarlo y a nosotros, a tu familia, no nos dices nada.

Florencia baja la mirada, y noto que Folco contiene la respiración. Tal vez quisiera decir algo, pero perdió toda influencia sobre Teobaldo desde que demostró que ya no era el orgulloso y temerario Folco que fue antes de la Academia.

Teobaldo y Florencia han tenido un lateluna para imaginarse cuál había sido mi destino, y ahora que he regresado temen que los haya traicionado. Pero no puedo contarles la verdad, no puedo hablarles de lo que vimos allí abajo. No en este momento, cuando pensarían que no son más que patrañas.

Aprieto los labios.

—¿Por qué tienes que hacer eso? ¿Por qué no puedes simplemente alegrarte de que esté viva?

—Porque él forma parte de nuestros enemigos, y tú lo tratas como si hubieras compartido la infancia con él. O peor… —Las últimas

palabras son solo una regurgitación en su garganta.

No puedo aceptarlo. No ahora.

—Te estás comportando como un niño.

Esta vez, Teobaldo da un paso hacia mí. Me mira fijamente a los ojos.

—Yo no me estoy comportando como un niño, Julieta. Jamás tuve la posibilidad.

—¿Y crees que es culpa mía?

Guarda silencio, pero sus dedos se cierran para formar un puño.

—Pensabas que vendrías aquí y te juzgarían como el mejor, Teobaldo. Pensabas que todos se reunirían a tu alrededor solo porque eres un Capuleto. Pensabas que serías el Capitán de tu Tropa y en cambio eligieron a Mercucio… Pero nada de todo esto es culpa mía, ¿sabes? Y tampoco de Romeo.

—Pero nadie te obligó a hacer migas con ellos. A reír con ellos… He visto cómo lo miras. Cómo miras a ese Montesco, cómo lo has mirado desde que estabais encadenados en el agua. Y desde ese momento nos abandonaste: lo habrías seguido a donde fuese, incluso hacia la muerte. —Ha alzado el tono de voz, una mezcla de rabia y rencor. Y resentimiento—. ¡Y lo hiciste, Julieta! Fuiste a colarte en aquella torre a solas con él, habrías muerto por él. Pero dime: ¿lo habrías hecho también por nosotros? ¿Lo habrías hecho por mí?

Hubo un tiempo en que no hubiera tenido la menor duda. Habría respondido que sí, de todo corazón. Habría afirmado a todo pulmón que todo lo que me importaba era la casa de los Capuleto, y por encima de la casa no habría habido nada más que Teobaldo, el único en todo el mundo que podía entender lo que sentía por cómo me

había criado, el único con quien compartir el destino. Pero ahora ya no es así, y el tiempo que paso en silencio sin responder no hace más que confirmarle sus sospechas.

—Lo sabía —dice.

Intento contenerme, porque no tiene sentido discutir con él de lo que he empezado a sentir. Pero no es solo eso.

—Tú vives por esta guerra familiar, Teobaldo, mueve todas tus decisiones —digo—, pero la verdad es que hay más cosas, y esta guerra familiar ya no es importante. Para tu lucha habrá tiempo después de la Academia.

—¿Mi lucha? —Teobaldo abre los ojos de par en par—. También es *tu* lucha, prima. Tenemos la misma sangre, tú y yo.

—No haces más que recordármelo.

—Porque es así, y es algo de lo que jamás podrás renegar. Tanto da cuánto tiempo pases con Romeo. Ellos siempre serán nuestros enemigos.

Está casi gritando, pero no me importa. Ahora me toca a mí mirarlo fijamente a los ojos.

—Fueron los Montesco los que te hirieron aquella noche, ¿verdad?

Él hace una pausa.

—No —responde.

—Te vi sangrar frente a mi padre, Teobaldo, y oí lo que Mercucio y tú os dijisteis en el banquete. No me trates de estúpida, porque no lo soy. Así que cuéntame lo que ocurrió.

Por un batimiento, parece que está a punto de decirme algo mientras su rostro se vuelve morado de rabia, pero al final se contiene. Se alza, y la mirada que tiene es la de mi padre. Camina hacia mí, sus botas retumban sordas sobre el pavimento.

Jamás osaría golpearme, lo sé, y sin embargo todos mis músculos se tensan como si tuviera que prepararme para un ataque.

—No fueron ellos —repite, remarcando cada palabra como si esas fuesen sus puños—. Te lo juro.

Nos quedamos mirándonos durante lo que parece la eternidad. Ninguno de los dos dice nada, hasta que entiendo que ya no tiene sentido seguir insistiendo.

—Está bien —digo—. Quizá no soy yo la que se está alejando de ti, Teobaldo. Quizá eres tú, que no te fías lo suficiente de mí.

Teobaldo niega con la cabeza y alcanza la puerta.

—Necesito vino, y por la diosa, lo tendré.

—Voy contigo —dice Florencia, apartándose para dejarlo salir—. A ver si esos Iniciados nos han dejado algo.

Dejan que la puerta se cierre detrás de ellos, y Folco y yo nos quedamos a solas.

—Habría prendido fuego al mundo para encontrarte, ¿sabes? —dice.

—Para vengarme, tal vez —respondo, desalentada—. Estoy segura de que lo primero que hizo fue arremeter contra Terencio y Benvolio, y a lo mejor también contra Mercucio, culpándolos de haberme pervertido en cierta manera. No comprende que todo lo que he hecho siempre ha sido por decisión únicamente mía.

—No, no fue así —continúa Folco—. Apenas logramos ahuyentar a la Tropa de Paris, y solo la diosa sabe cómo nos las arreglamos para no morir. Mientras todos suplicaban a Teobaldo que conquistase el Fundamento antes de que otra Tropa nos atacase, él no hacía más que golpear el pavimento de la torre. Quería reabrir el barranco,

quería encontrarte a toda costa. Tuvimos que retenerlo dos personas para evitar que se hiciera daño…

Miro a mi primo. Sigue sentado en el diván, pero ahora se sostiene la cabeza entre las manos, con la mirada fija en el suelo.

—¿Es la verdad? —pregunto.

Folco esboza una sonrisa.

—Solo después acusó a Terencio y a Benvolio.

Vuelvo a sentarme a su lado.

—Solo quisiera que lo entendiera.

Se deja caer hacia atrás, resoplando.

—Teobaldo está hecho así, prima. Lo conoces, no será capaz de cambiar… No hasta que no se estrelle contra una realidad mayor que él.

Alzo una ceja, me vuelvo hacia él y me resulta casi cómico verlo ahí, tan grande y corpulento como es, tumbado y torpe.

—¿A qué te refieres?

Folco respira hondo y desvía la mirada.

—He pasado el último solasterio sumido en el miedo, Julieta. Antes, porque temía que, lejos de la Academia, la Pertenencia salvaje en mi interior me transformase en Selfiera y el Coro mandara a un verdugo del Norte para liquidarme. Todos los días, escondido de la luz del mundo, pensaba que Reinaldo no sería capaz de salvarme. Y en cambio se las arregló, y entonces, ahora, he descubierto que mi miedo es todavía mayor. Porque sé que si la Pertenencia cantase demasiado fuerte dentro de mí, si se me escapara de las manos antes de recibir el Vínculo, entonces me transformaría de todas maneras. Ya ves lo frágil que es mi Marca: bastaría una pizca más de tiempo del necesario, bastaría envejecer

ese lateluna de más, y estaría acabado. Solo que este es un temor distinto: antes, temía por mi vida, pero estaba dispuesto a resignarme…

—¿Y ahora? —Me tumbo a su lado y nos miramos a los ojos. Nunca había hablado tan abiertamente, nunca se había desnudado. Me está confiando sus temores a mí, quizá la única persona en toda la familia Capuleto que desea escucharlo. La única persona, a estas alturas, que ha comprendido que la debilidad no siempre es un defecto.

—Ahora… ahora creo haber encontrado algo por lo que vivir, y el miedo a no lograrlo me devora.

—¿Algo por lo que vivir?

—Alguien… —dice tras un batimiento, refregándose las manos como si temiera que lo juzgue—. Alena.

Me quedo boquiabierta.

—¡¿Alena?! —Esta noticia es capaz de barrer, en un batimiento, mi rabia hacia Teobaldo—. ¿Nuestra… nuestra Alena?

Folco asiente despacio.

—¿Es malo?

Necesito un batimiento para recobrar la respiración.

—¿Por qué sería malo? Estáis bien juntos, todos os hemos visto hablando. Deberías decírselo. Si ella te gusta, deberías decírselo claramente, no esperar a que se percate ella sola. —Me detengo un momento, porque me doy cuenta de la ironía de la situación: precisamente yo dando este consejo a mi primo… Niego con la cabeza—. Mira a Terencio: él no ha tenido ningún problema con Laurela. —Desde luego, quizá no es el momento de decirle que, por lo que parece, ahora Terencio tiene otros intereses.

—Pero Terencio no corre el riesgo de mutar a cada instante del día. Nunca nadie podría amar a un monstruo, Julieta.

Me enderezo para sentarme.

—Mandangas —digo—. No son más que mandangas, Folco. Tú no te transformarás… ¿Y quieres que te diga la verdad? Conociendo a Alena, te amaría aunque te transformaras. Es más, probablemente incluso la llenaría de orgullo. Así que háblale, porque, si no, el único temor será el de una respuesta que jamás recibirás. —Tomo aliento, porque he pronunciado las últimas frases sin respirar y ahora Folco me mira con los ojos como platos. Y entonces se alza.

Pero no para ir a hablar con Alena, sino porque de la sala común de los aposentos proviene un estruendo que no tiene nada que ver con las decenas de Iniciados que la abarrotan. Un estruendo de portazos y armas desenvainadas.

Yo también me pongo en pie de un salto. Lo primero que pienso es que Teobaldo ha agredido a Romeo. Debo detenerlo.

Abro la puerta, seguida de Folco, pero no me encuentro frente a un duelo.

Diez Ensiferios con las armas desenfundadas mantienen a distancia a los Iniciados, formando un pasillo hasta la puerta que conduce al exterior. Delante de ellos, Mercucio los saluda con una reverencia.

—¿Puedo saber lo que os trae a nuestro palacio, nobles guerreros? —Se arregla el pelo rubio—. Es cierto que somos acogedores, pero, ¡ay de nosotros!, me temo que no hay más espacio para huéspedes adicionales.

—Hazte a un lado, Capitán —ordena un Ensiferio—. Hemos venido a arrestar a Benvolio y Romeo Montesco.

—Me temo que deberíais darnos al menos un motivo —gorjea Mercucio—. Son miembros importantes de mi Tropa. —Apoya con despreocupación la mano en el pomo de su espada, un gesto que no pasa por alto a los Ensiferios. Ahora diez espadas apuntan hacia él.

—Déjalo estar, Mercucio —dice Romeo, saliendo de su habitación —. No podría soportar cargar con tu muerte sobre mi conciencia. Quedarnos sin tus declamaciones sería una pérdida para el mundo entero. —Entonces se dirige a los Ensiferios—: Iremos con vosotros, no es necesario usar la fuerza.

Cuando los guerreros se cierran alrededor de él y de Benvolio y los escoltan fuera de los aposentos, y siento cómo el frío se cierne sobre mí, congelando cualquier alegría que pudiera haber sentido, la última mirada de Romeo es para mí.

46

Romeo

La celda no tiene ventanas. Ninguna esfera impregnada por los Aeterianos despide luz para permitirme ver, y sin embargo, veo. El resplandor rojizo proviene de los barrotes del calabozo, que son incandescentes. Ardefríos. Tocarlos significa quemarse. Pero no es un problema que me ataña, dado que ni siquiera logro ponerme en pie. Incluso mover un brazo es impensable. La única concesión es estar aquí sentado, exactamente en la misma posición en que me dejaron. Graves. No sé cuánto habrán aumentado la gravedad del suelo, pero mi carne pesa como si estuviera hecha de piedra. Mi corazón bombea a toda velocidad para alcanzar las zonas más lejanas de mi cuerpo. Pero me da la impresión de que no está yendo muy bien, porque la cabeza me da vueltas y lucho contra las ganas de desmayarme. Respiro entrecortadamente, me duelen los pulmones, así como todos los órganos internos. Siento cómo se oponen a la fuerza del suelo que los está reclamando. Incluso mis huesos rechinan y tiran. No viviré mucho tiempo aquí dentro. No sé cuántas cadencias han transcurrido desde que me arrojaron a la cárcel, pero he tenido tiempo para pensar. He descartado a Rosalina. Incluso si me hubieran descubierto, no habrían implicado a Benvolio. Lo mismo para la ciudad subterránea. A lo mejor hicimos algo que

no debíamos. Pero Julieta estaría aquí conmigo. Por lo tanto, solo queda una posibilidad.

Y esa me aterroriza.

El ruido de una pared abriéndose.

Pasos.

Alguien se está acercando.

El Decano se presenta ante mí. Está solo. No lo acompaña ningún Ensiferio. Por otro lado, ¿qué debería temer? Soy una piedra en el interior de un hoyo incandescente.

—Te has metido en un buen lío, joven Montesco. —Su tono es acogedor, casi preocupado, como si el asunto también pudiera concernirle a él. No distingo en sus ojos la fría crueldad de cuando hizo quemar viva a la doncella de Julieta. Podría ser su gemelo compasivo.

—¿Dónde está mi primo? —pregunto.

—En un buen lío él también —responde, jugando conmigo.

—Quiero verlo. —Mi voz es firme, pero se trata de un truco. No quiero que sepa lo asustado que estoy. El temor en los ojos del enemigo es siempre el arma más fuerte que te concede. Una de las numerosas enseñanzas de mi abuelo.

El Decano no me responde. Me escudriña.

Toma una gran bocanada de aire y entonces llega mi sentencia:

—Anteo Valfiero.

Me estremezco. Él se percata.

—Bien. Veo que sabes de lo que estoy hablando.

Trago arena.

—Ha llovido demasiado y el río ha regurgitado la suciedad junto con el cuerpo del joven Valfiero. —Se toma un tiempo para que yo

asimile la noticia—. Ahora tenemos dos posibilidades, Montesco. La primera es que me cuentes todo lo que ocurrió. La segunda es que yo te deje aquí unos días. Tus huesos no soportarán la presión y se romperán, uno tras otro. Tus órganos internos empezarán a ceder, y lo más probable es que te pongas a vomitar sangre. Tus pulmones colapsarán. Y cuando estés al borde de la muerte, llamaré a un Traslador para que te cure. Y lo reanudaremos todo desde el principio. —Curva los labios y en su sonrisa de yeso sí reconozco al Decano—. O bien puedes decirme qué pasó. Nos ahorraríamos muchos esfuerzos.

Miente. No va a sacrificar a Trasladores para hacerme confesar, pero eso no significa que no bastarán los primeros días de dolor para hacerme escupir toda la verdad. Ni en la gruta ni en las torres estuve tan aterrorizado. Mi uniforme apesta a meado. Creo que me he orinado encima apenas me han arrojado aquí dentro. Y no sé cuándo saldré. Si salgo. Aprieto los labios para reprimir el llanto. Y sé que no hay nada de heroico en temblar y sentir miedo, pero solo tengo dieciséis solasterios. Solo dieciséis. No soy ningún héroe. No quiero salvar el mundo. No quiero levantar y guiar una rebelión como dice Ilhuas. Solo quiero vivir. Y pasar el tiempo con mis amigos. Y en un prado de margaritas quiero hacer el amor, no caer bajo los golpes de los Altos Maestros.

—Si estás pensando que no voy a sacrificar a Trasladores para llegar a la verdad, te equivocas, joven Romeo. Ni tienes ni idea de lo que estoy dispuesto a hacer por mis intereses. No se mata a uno de tu raza.

Gracias, Decano. Gracias por haber dicho lo único que podía hacerme transformar el miedo en rabia. Estallo en una carcajada y

mis pulmones parecen partirse por la mitad. Lorenzo me mira desconcertado.

—¿Qué condenada farsa es esta? —Mi voz retumba. El terror que había excavado un nido en mi pecho ha sido arrancado de cuajo por una ira sorda—. Nos estáis matando desde el primer día en el que ingresamos. En la Aldea habéis permitido que una Tropa entera diezmara a vuestros valiosos Iniciados. ¿Y ahora me torturáis por uno de mi raza? ¿Ellos quiénes eran? ¿Acaso no eran Edenitas? ¿No soñaban como los demás en convertirse en Extrema Sangre? ¿Valían menos que Anteo Valfiero? —grito, y me cuesta un esfuerzo devastador.

Respiro ruidosamente, cuanto mis pulmones me lo permiten.

El Decano da palmadas escarneciéndome. Parecen bofetadas dadas a mi orgullo.

—Estoy impresionado, Romeo. Me habían dicho que los Montesco pasan desapercibidos; se confunden como la mierda de los cerdos. Y en cambio aquí tenemos a un león dispuesto a despedazar. Serías un excelente Extrema Sangre. A nosotros, los Eternantes, no nos toman en mucha consideración. Nos ven un poco como los desechos de la raza, y en cambio te voy a decir algo: somos los más fuertes. ¿Sabes lo que decía el gran Séneca? «Nos negamos a prestar dinero, mientras que con facilidad cedemos minutos de tiempo. Y sin embargo el dinero se puede restituir, pero en cambio el tiempo no». Donamos con facilidad lo más valioso que tenemos. Séneca era un Rápido y tenía una concepción distinta a la nuestra del paso de las cadencias o de los solasterios. Pero intuyó lo inestimable que es el tiempo. Dicen que Alyaster lo creó ella misma al ver Edén, su última criatura. Se enamoró tanto de ella que deseó disponer de más

tiempo para contemplarla. Yo no creo en estas ridículas leyendas, pero el paso de los solasterios, de los centurios, te hace percibir los cambios. Sin eso no tendríamos recuerdos, no nos deleitaríamos con la dicha de la anticipación ni con el frenesí de un momento que ya sabemos que es irrepetible. Los Rápidos creen que el tiempo es una condena, pero es el tiempo el que te da la posibilidad de saber que estás viviendo.

Se acerca a los barrotes. Sus ojos brillan con el calor que emana el hierro.

—Todavía tienes mucho tiempo, Romeo, no lo malgastes por una nimiedad. Cuéntame lo que ocurrió. No estoy aquí para condenarte. Trato de salvarte. Y soy la única posibilidad para ti y para tu primo…, que de todos modos ya me lo ha explicado todo. Él se fía de las leyes; prueba a hacerlo tú también.

—No me fío de vos. —Intento escupir para demostrar mi repugnancia, pero no funciona como cuando lo hace Amleto. Mi saliva no existe.

Lorenzo niega con la cabeza.

—Sois cachorritos presos de los sentimientos. Incapaces de razonar. ¿Te has preguntado alguna vez por qué nunca nadie ha puesto la Academia en tela de juicio? Y sin embargo todos fueron jóvenes Iniciados, y sufrieron y lucharon como has hecho tú. —Acerca su rostro todavía más a los barrotes y me pregunto cómo se las arregla para no sentir dolor. Apoya el rostro en el hierro y su carne empieza a chisporrotear sin que él emita un solo gemido de dolor. En el aire se esparce el olor a carne quemada—. Todos los años alguien se alza y clama venganza. O revolución. Pero nadie

llega hasta el final. Nadie tiene los cojones para alzarse y cambiar el sistema. Porque para hacerlo no debes temer cuánto puedas sufrir.

Permanezco en silencio.

—Está bien, joven y terco Romeo. Te daré algo para que te fíes de mí. —Sus ojos se mueven rápidamente. Cuenta con una carta que me hará doblegar, lo sé por lo ansioso que está por sorprenderme—. Yo sé que tú duermes —me susurra, apartando la frente de la celda.

Me lo esperaba todo, salvo esto. Me quedo boquiabierto y sin aliento.

Su carcajada es el chirrido de uñas sobre cristal.

—Hace tiempo que lo sé, joven Montesco. Hay pocas cosas que no sepa de esta Academia. No te preocupes, tu secreto está a buen recaudo. Ahora, volvamos a empezar. Tienes dos posibilidades. ¿Cuál eliges?

—Antes respondedme a una pregunta. —Todavía tengo el valor de desafiarlo fingiendo que su revelación no me ha hecho temblar más que los Movimientos—. ¿Qué le habéis dicho a mi Tropa?

Asiente.

—Nada. No saben nada ni sabrán nada. —No sé por qué, pero creo que es mejor que así sea. Lanza un suspiro, cruza las manos sobre el pecho y aguarda.

Intento usar mi intuición con el Decano. Trato de descubrir qué emociones alberga en su interior. Nada. No veo nada. El Alto Maestro es como una puerta sellada por la que ni siquiera puede echarse un vistazo por el agujero de la cerradura. O mi poder fluctuante se mofa de mí. No tengo más remedio que fiarme.

—Está bien. Os lo diré todo.

Y hablo. De la emboscada, de la Seca y de los Capuleto. De la Rápida que estaba compinchada con ellos. Y del homicidio de Anteo. No le cuento lo que hizo el Rápido, cómo manipuló a nuestros enemigos durante un esimio. Espero que Benvolio tampoco se lo haya dicho. Concentro todos mis esfuerzos en hacerle entender que nos daba miedo saltarnos la Academia, que para Benvolio era la última posibilidad, así que los arrojamos al río.

Él escucha en silencio sin interrumpirme. Y siempre en silencio permanece largos esimios.

—¿Quién más está al corriente de esto? —pregunta al fin.

Niego con la cabeza. Nadie.

—También el sobrino de la Primera Voz… —rumia—. El asunto es más complicado de lo que me imaginaba. Me esperaba una escaramuza entre mocosos. En cambio, detrás de todo esto hay un plan. Y me temo que conozco el tejemaneje.

Se queda mirando el vacío. Yo espero. Contarlo me ha hecho sentir… libre. No fue culpa nuestra. Lo declararemos y lucharemos para obtener justicia. Benvolio tenía razón: debimos explicarlo todo desde el principio.

Lorenzo Monforte me mira fijamente. Entorna los ojos.

—Escúchame bien, Romeo: eso que me acabas de contar no debes decírselo a nadie. A nadie. ¿Entendido?

Me quedo estupefacto. Creo que lo he oído mal.

—¿Queréis que mienta delante del Coro?

—Sin la menor duda. Y ambos deberéis ser lo más convincentes posible.

—Pero los Capuleto… —protesto—. No pueden salir impunes.

—No será así, pero nos encargaremos de ello aquí en la Academia. Los Iniciados no son del maldito Coro, y tampoco de esos depravados de los Pentra. Vosotros sois míos. Tú eres mío, Romeo. —Lo dice mientras sus ojos se mueven rápidamente con arrogancia —. Afirmaréis que fuisteis a la calle Cappello. Los dos. A Terencio y a Mercucio dejadlos fuera. No será difícil encontrar a una puta dispuesta a mentir por dinero. Y le ofreceré una buena cantidad. No te preocupes. Dirá que no tenéis nada que ver con ese homicidio. Que aquella noche ni siquiera visteis al Valfiero. ¿Entendido?

—¡Pero el Coro leerá sus recuerdos!

—Es lo que espero. Así verán maravillosas escenas de sexo y no de sangre.

—Pero… los recuerdos no se pueden manipular.

Sonríe. Madre mía. No es así.

—Depende. Hay medios para hacerlo. Costosos, desde luego.

Yo creía que nadie era capaz. ¿O tal vez los Aeterianos? Alguien extremamente poderoso.

—¿Y por qué no contar la verdad? —insisto—. Lisandra Corvato es una asesina de la peor calaña, y Teobaldo le brindó la oportunidad de hacer lo que se le da mejor: asesinar.

—Romeo, tu casa no vale nada. Es su palabra contra la vuestra. Nunca nadie os va a creer. Además, también estaba Mercucio Volterra. Es el sobrino de la Primera Voz. Escalo pondrá todos los medios para hacer creer a todo Edén que estáis mintiendo. Y si la duda asalta al Coro… entonces todos estaréis suspendidos hasta que no se aclare el asunto. Tal vez tú puedas salvarte. Las presiones de Escalo podrían salvar a Mercucio. Pero Benvolio… —chasquea la

lengua repetidas veces— no puede volver a asistir a la Academia el próximo solasterio.

Me deja tiempo para que esas palabras sedimenten sobre mis temores.

Si solo hubiera un testigo…

¡Rosalina! Rosalina me mintió. Me dijo que no se presentó a nuestra cita, mientras que Julieta sostiene que sí. Regreso con la mente a esa noche. A la figura en el puente que oí chillar antes de que huyera en la oscuridad. Era Rosalina. Ahora no me cabe duda. Y sé por qué chilló: vio a su hermana asesinando a Anteo Valfiero.

—Hay una testigo —digo a vuelapluma.

—¿Quién? —me pregunta. Y no parece alegrarse de esta noticia.

—Rosalina Corvato.

Pone unos ojos como platos.

—¿La Vestal?

—Sí.

—Es la hermana de la persona a la que tú acusas.

—Por eso la creerán.

—¿Y por qué debería decir la verdad?

Susurro:

—Porque es honesta. Y porque creo que me ama.

Ladea la cabeza, y de nuevo esa sonrisa de hielo.

—¿Y tú, Romeo, tú la amas?

Tardo demasiado en responder.

—Ah. Entiendo. Y así sucedió. Una guerra familiar milenaria quedó barrida con la fuerza de un beso. O tal vez vosotros podríais sucumbir a la guerra familiar. Romeo Montesco y Julieta Capuleto. Será interesante ver cómo acaba.

—No sé de qué estáis hablando. Julieta y yo somos buenos amigos.

Hace un gesto sarcástico.

—Está bien, joven Montesco, entonces haremos como tú dices. Contaremos la verdad, y si Rosalina testifica contra su hermana, Lisandra Corvato y Teobaldo Capuleto, el primo de Julieta, serán ajusticiados, gracias a vosotros. Hasta mañana, Romeo.

—Esperad.

Se gira con aire de quien sabía que lo llamaría. Es demasiado astuto. Por eso es el Decano. Al final siempre consigue obtener lo que quiere.

—¿Sí, Montesco? ¿Acaso has cambiado de parecer?

Si fuese por la Seca iría hasta el final, hasta que la ajusticiaran delante de todo el mundo en el Teatro Romano. Pero Teobaldo… Oh, él también merece la muerte. Pero Julieta lo quiere. Es su familia.

—Si digo que estábamos en la calle Cappello…, ¿qué ocurrirá?

Se encoge de hombros.

—Nada. Investigaremos y luego archivaremos el caso sin haber encontrado al culpable.

—¿Y los signos de mi casa en su rostro?

—Después de todo este tiempo en el agua están bastante deteriorados. Se habrán equivocado.

Respiro hondo.

—Está bien, mañana mentiré frente al Coro.

Lo digo, y el fardo de estas mentiras pesa más que mi cuerpo aplastado por la gravedad.

47

Romeo

Pensaba que la sala de la Inquisición estaría diseñada para infundir temor. Me imaginaba tronos y símbolos del poder. Paredes decoradas con ejecuciones de Extrema Sangre que quebrantaron la Ley. Pensaba que también habría pinturas con las escenas de la Gran Rebelión. O Selfieras decapitadas con sus cabezas en las manos de quienes les dieron muerte.

En cambio, se trata de una sala desnuda con una larga mesa de madera basta situada cerca de la primera ventana que da a uno de los claustros. Miro a Benvolio, atado como yo en el otro extremo de la sala. Un collar de hierro unido a una cadena nos ciñe el cuello. Parece hecho de metal común, pero sé que está impregnado de alguna Pertenencia. Si intentase moverme se volvería incandescente, o helado como los témpanos del Norte, o tal vez tan pesado como para cortarme la cabeza de un plumazo. Mi primo no me mira. Tiene la vista clavada en el suelo. Esta culpa recae en mí. Lo sé. Yo quise ir a socorrer al Rápido. Yo caí en la trampa. Él nos había avisado. Siento el peso de las palabras que querría decirme sobre mi espalda, y me aplastan como ha hecho la celda.

En el centro de la sala hay un pequeño estrado de madera rodeado por una simple balaustrada, encarada hacia nosotros, que

mira a los jueces. Es allí donde los testigos hacen sus declaraciones. Detrás de la tribuna, una larga fila de bancos de madera está dispuesta en semicírculo. Las sillas están todas vacías, salvo las de los Altos Maestros. Van acompañados de sus Rápidos al servicio. Miro por el rabillo del ojo y veo que falta el Alto Maestro Valfiero. A lo mejor tenían miedo de que me cortase la cabeza antes de que yo pudiera pronunciar palabra. Sé que para la mayor parte de ellos yo soy culpable.

El repiqueteo de un tambor anuncia la llegada del Coro. El Ensiferio que me vigila tira de la cadena para hacerme alzar. Me duele todo el cuerpo. Las cadencias en el interior del calabozo me han doblado. Me pongo en pie, pero no logro enderezarme, de modo que parece que esté haciendo una torpe reverencia.

Toman asiento en las siete sillas de la mesa. En el centro se acomoda la que llaman la Inquisidora. No es una Extrema Sangre. Nadie del Coro lo es. Renunciaron a su poder al incorporarse en los Pentra, convirtiéndose en Magicúmanos y Encantantes. Aunque ahora también han perdido este título. Son solo una voz… una voz, sin embargo, que nos manda. Tienen cuerpos robustos y bien alimentados; la grasa engrosa su piel.

La Inquisidora, a diferencia de los demás, es tan magra que los tendones de su cuello parecen cuerdas de laúd. La piel deja ver la red de venas que discurren bajo ella. Ignoro cuántos centurios tendrá, pero por lo que veo, muchísimos.

Escalo no se encuentra entre los presentes. Pero no se trata de un asunto de guerra, sino de Ley. Y nadie está por encima del Coro. Ni siquiera la Primera Voz.

Un ruido de metal anuncia la llegada de alguien. Cuando la puerta se abre de par en par, María Valfiero hace su entrada. Con ella, su hermano: el Alto Maestro. Así que es por eso por lo que no estaba. Esperaba hacer la gran aparición junto a su hermana. Ambos llevan puesto el uniforme de guerra. Un claro mensaje para mí y para mi primo. La Loba lleva el pelo recogido en mullidos rizos, fijados por grandes horquillas ornamentadas con preciosos colgantes. Pero sé que no están ahí por belleza: son largos y afilados puñales. Su alma deja una estela de sombras hechas de sangre, de cristal hecho añicos. Sus emociones son tan potentes que se me aparecen sin que yo las haya buscado. Me concentro para interrumpir ese flujo de informaciones. Lo logro a duras penas.

Su hermano se sienta con los demás Maestros mientras la Loba hace una gran reverencia dirigida al Coro. Luego me mira y me escupe en la cara. No alzo las manos para limpiarme la saliva y dejo que me resbale por el rostro.

Lorenzo se pone en pie de un salto.

—¡Habíamos acordado que no habría nadie! —Por un batimiento, veo vacilar su arrogancia.

La Valfiero ignora al Decano. Se sienta en el banco y ya no me mira más. Para ella ya soy polvo.

—Nosotros hemos concedido permiso a María Valfiero para asistir —dice la Inquisidora—. Está en su derecho. El crimen perpetrado en perjuicio de su familia es tan infame que hemos pensado que permitirle estar presente era lo mínimo que podíamos hacer. —A continuación, se dirige a la Loba—. Os presentamos nuestras más sinceras disculpas. Este delito también recae sobre nosotros. No hemos sido capaces de proteger a nuestro pueblo, a nuestros hijos.

—Los finos labios de la Inquisidora se mueven despacio, y en las pausas entre palabra y palabra se humedece la boca con la lengua. Me recuerda a un reptil.

La Loba asiente con la cabeza. Lorenzo tiene la mandíbula cerrada. No creía que hubiera mala sangre entre ellos, pero al parecer sí la hay.

El miembro del Coro más cercano a Benvolio lee los cargos. Bajo su mentón, la piel está hinchada como la de una rana. E incluso su voz se le asemeja. La lista es larguísima, y cada vez que anuncia uno me mira como si se regodeara. Espero que de un momento a otro saque la lengua bífida y atrape una mosca. Algunos crímenes son verosímiles; otros, ridículos. Homicidio. Conspiración. Vilipendio a la raza. Afiliación al enemigo por haber sustraído un valeroso combatiente. Este es el más risible de todos. Anteo no habría logrado resistir un lateluna en la Academia. Demasiado frágil. Tal vez demasiado bueno, en parte. Se esforzaba por ser un Valfiero, tal como la casa imagina a sus retoños: crueles y despiadados. Pero yo todavía recuerdo cómo temblaba durante la emboscada.

Después de la larga lista es nuestro turno. Conducen a Benvolio al estrado. Mantiene la vista en el suelo en todo momento y recita de memoria lo que Lorenzo seguramente le ha escrito. La Loba se retuerce todo el rato las manos, que se vuelven tan lívidas como su rostro. Luego me toca a mí. Yo también cuento la misma mentira: habíamos bebido, y contraviniendo la prohibición de ir a Verona, nos aventuramos hasta la calle Cappello, donde nos acostamos con una Rápida que vende su cuerpo a cambio de dinero.

Tras nuestro falso testimonio, hacen entrar a la Rápida.

Tiene algunas cadencias más que nosotros, y sin embargo ya parece vieja. Se ha aseado y la han hecho ponerse un vestido precioso de terciopelo y seda. No creo que su cuerpo hubiera tocado nunca antes semejantes telas. Las mangas son largas, así como la falda, estrecha en la cintura por un corsé que deja los senos generosamente expuestos. No está acostumbrada a vestir así. Anda mal, tropieza y se rasca a menudo donde el bustier aprieta demasiado. Se ha peinado con esmero, pero se ve que tiene el pelo encrespado y acartonado como la paja. Se ha maquillado de una manera exagerada. Parece una marioneta de feria desechada por su titiritero. Al entrar, me guiña un ojo y me saluda. Me horrorizo. Jamás he visto a esta Rápida, y la idea de que alguien pueda pensar que me he acostado con ella me avergüenza como si lo hubiera hecho. Hace una reverencia desmañada hacia el Coro, postrándose más de lo necesario. A continuación, inicia el interrogatorio. Explica brevemente que esa noche estuvimos con ella. Que lo hacemos a menudo. Habla de nuestros gustos sexuales. De nuestros miembros. De nuestras perversiones. Continuamente, debo decirme a mí mismo que me esté quieto, porque las ganas de alzarme y gritar a los cuatro vientos que está mintiendo es casi más fuerte que mi instinto de supervivencia.

Un Ensiferio se le acerca. Se inclina hacia ella y la besa. Se quedan así algunos esimios y el guardia roba más de lo necesario para el interrogatorio. Ella ni siquiera sabe lo que ha sucedido. Pero cuando regrese al burdel, la dueña la echará. Ahora es demasiado vieja para el «trabajo». El Ensiferio ha absorbido al menos cuatro solasterios; sonríe mientras se limpia la boca con la mano y se gira hacia el Coro.

—Así pues… —pregunta la Inquisidora.

—Es difícil de decir. Se acostaba con dos chicos, pero siempre estaban de espaldas y no llevaban puestos los uniformes, por supuesto.

—¿La Marca?

—La Marca se veía, podían ser Iniciados. Pero no puedo jurar que fueran Romeo y Benvolio Montesco.

Despachan al Ensiferio. Lorenzo muestra un gesto de rabia. Me mira. Por primera vez desde que lo conozco, veo compasión. Vuelvo a intentar leer sus sentimientos. Esta vez lo consigo, aunque solo un batimiento. Casi me caigo al suelo del terror que percibo proveniente de él. Mucho más del que quizá siento yo. ¿Por qué mi muerte o la de Benvolio deberían causarle semejante desánimo? Con un movimiento rápido de ojos, me clava la mirada. ¿Se ha percatado? Agacho la cabeza y la sensación desaparece. Como si hubiera bajado la guardia por un momento y ahora se hubiera atrincherado de nuevo tras su inexpugnable muralla.

Los miembros del Coro hablan entre ellos con voces imperceptibles para nosotros. Al terminar, la Inquisidora se pone en pie.

—Lo que ha acaecido sobre uno de nuestros hijos es injusto y cruel, pero el modo en que se ha perpetrado el homicidio es aberrante, violento y vil.

Por un batimiento pienso en los Iniciados ahogados, en los que se arrancaron las vísceras, en las Tropas y en la espada que se abatía sobre quien no había sido elegido. Lo más inquietante de esta Academia es que quienes la comandan se creen las mentiras que ellos mismos se cuentan.

—Nosotros —continúa la Inquisidora— no podemos valorar este acto de modo superficial. Y por lo que a nosotros respecta todavía no somos capaces de determinar la inocencia o la culpabilidad de los imputados; sin embargo, esperamos que el próximo testigo pueda esclarecerlo. Haced entrar a la Vestal Rosalina Corvato.

Me sobresalto y al mismo tiempo siento alivio. Tiene el rostro cubierto por un velo finísimo y lo suficientemente transparente para permitirme ver que evita mirarme. También cuando sube al estrado. También cuando se aparta el velo.

Me giro hacia Benvolio. Y por primera vez, él me devuelve la mirada: está asustado. Yo lo tranquilizo con un gesto de la cabeza. Al fin Lorenzo debe de haberse decidido por la verdad. Nos acusarán de perjurio, pero es una nimiedad. Nos defenderemos diciendo que nos daba miedo acusar a los Capuleto. Al pensar en Teobaldo se me encoge el corazón, no por él, sino por Julieta. Eso la dejará desconsolada.

—Estamos consternados por haber sido obligados a alterar tu quietud y tus plegarias, Vestal Rosalina. Pero ha llegado a nuestros oídos que puedes esclarecer los sucesos de la noche de la Congregación.

Rosalina asiente con la cabeza.

Quisiera que me mirase, para que yo pudiera agradecérselo. Sé lo mucho que le cuesta acusar a su hermana.

—¿Dónde estabas la noche de la Congregación?

—En Verona, Inquisidora. Sé que se nos había ordenado que no saliéramos, pero tenía una cita importante.

—¿Con quién tenías esa cita?

Su voz es un susurro:

—Romeo Montesco.

—¿Dónde?

—En Ponte Pietra.

—Llovía a cántaros, esa noche, y sin embargo saliste para encontrarte con Romeo. ¿A qué venía tanta urgencia?

—Me había pedido que nos viéramos allí mediante una carta. Quería saludarme antes de entrar en la Academia…

Rosalina se detiene. Sus manos estrechan con fuerza la balaustrada de madera.

—¿Erais amantes?

—¡No! —dice con demasiado ímpetu—. Nunca. Él me escribía cartas de amor y yo… quería ir a decirle que dejara de hacerlo.

La primera mentira hunde el primer clavo en el ataúd.

—Teníamos la cita al undécimo tañido de la campana, pero llegué tarde. Y al llegar él ya no estaba.

Otra mentira. Otro clavo en el ataúd. ¿Quién quedará encerrado allí dentro? Una Vestal tiene un gran poder. Su palabra es considerada pura, libre de mentiras.

—Pero había un duelo en el terraplén de debajo del puente —dice.

—¿Quién estaba luchando?

—El pobre Valfiero estaba rodeado.

Un clavo más.

—Recé por su vida. —Sigue mintiendo.

Se hunde un clavo más en la madera.

—Pero ellos eran demasiados. Yo estaba paralizada por el terror. Anteo se echó al suelo. Se arrodilló. Un Extrema Sangre dio un paso al frente y le atravesó el pecho. —Parece consternada cuando lo dice.

—¿Quiénes eran?

—Estaba muy oscuro. No estoy segura…, pero… —Se interrumpe.

—No tengas miedo, Vestal Rosalina. ¿Reconociste quién era el Extrema Sangre que se manchó con semejante delito?

Ella asiente con la cabeza. Y en sus ojos veo el vacío.

Oigo el sonido del martillo que se alza.

—Tancredio Montesco.

Y el último clavo sella el ataúd de mi padre.

Me han sacado a rastras y me han arrojado al calabozo y yo seguía gritando. He insultado a Rosalina. He blasfemado contra la diosa. He jurado venganza.

El tormento que siento es tan profundo que ni siquiera noto el suelo arañándome el cuerpo. Mi cabeza está confundida y pierdo la noción del tiempo. Quizá duermo. Pero el amuleto que todavía llevo me despierta de inmediato. Si pudiera me lo arrancaría, así me permitiría dormir y olvidar, al menos por unas cadencias, mi pena. Se me ha roto el pie. He oído el crac del hueso. Y he dado gracias por ese dolor físico. Así como doy gracias por el hambre que atenaza mis entrañas, pero sé que se puede remediar, como el hueso roto. Mi culpa no se curará.

Nunca he sido el predilecto de mis padres, siempre he recibido miradas de conmiseración. Pocos ánimos, y palabras amables racionadas como el agua en el desierto. Pero es mi padre. Es mi desierto. En el que aprendí a caminar, a no hundirme en la arena, a protegerme del viento, a beber agua con el placer de quien, sediento de amor, sin embargo encuentra gozo en ella.

Me han tendido una trampa. Malditos Capuletos. Maldito el Decano, que ha vendido a mi familia. Pero sobre todo maldito yo que he caído en esta trampa de modo tan pueril. ¿Por qué me he fiado del Decano? ¿Porque me dijo que tengo la Enfermedad y no me denunció? Lo hará ahora. Ahora que ha obtenido lo que quería.

—Por la diosa, os ordeno que lo saquéis de ahí. —Oigo una voz que proviene del pasillo.

—Maestra, el Decano… —Otra voz intimidada responde.

—Ya me encargo yo del Decano.

Las voces se acercan y veo a Cleo Aspidi, la Alta Maestra de los Trasladores, dirigiéndose hacia mi celda. La siguen una Rápida y dos de mis abundantes carceleros.

Un guardia toca los barrotes, que cesan de despedir su resplandor rojo. Otro me agarra por las axilas y me arrastra afuera. Ardefríos y Graves. Los únicos con el poder de sacarme de aquí. Pero no me liberan, solo me cambian de calabozo. Me arrojan al suelo contra una pared. El pavimento está frío, pero no impregnado de Pertenencia, y los barrotes no son incandescentes. Solo son barrotes. No me imaginaba que me alegraría tanto de estar en una cárcel. La Trasladora se me acerca y coloca su mano en mi tobillo. Intento apartársela, pero no tengo fuerzas. Mis brazos están blandos, como mi cabeza, que se bambolea. El dolor del tobillo desaparece. El alivio es tan grande que siento un destello de felicidad del que me arrepiento y que ahuyento de inmediato.

—Me sabe mal, Romeo… —Su voz es dulce mientras me acaricia la cabeza. Su ternura me estremece y al fin descienden mis lágrimas. Sollozo y ella me abraza. No conozco bien a la Alta Maestra, pero me aferro a ella.

Cuando me aparto, hace entrar a la Rápida.

—No quiero nutrirme.

—No está aquí por eso —me responde. Cleo Aspidi ha traído consigo algo de tristeza. A su lado llueve. La toco buscando una pizca de positividad en mi interior para alejar su pesadumbre. Encuentro la gratitud por esta Extrema Sangre que se ha hecho cargo de mis heridas. Es suficiente para mitigar un poco su pesar. Ella se sobresalta. Ha entendido lo que estoy haciendo.

—Te estás volviendo más poderoso, Romeo —dice con un hilo de orgullo.

—Si de veras lo fuera quemaría este lugar, lo destruiría desde sus cimientos.

—¿Y entonces? ¿A cuántos jóvenes Iniciados condenarías a muerte? La Academia tiene un objetivo.

—¿Y cuál es? —digo con sarcasmo—. Esta Academia está repleta de mentiras y secretos. ¿Acaso sabéis que existe un dios olvidado? ¿O que no solo hay cuatro Pertenencias, sino también una más? ¿Acaso tenéis conocimiento de los Encantilantes? Supongo que no. Supongo que ni siquiera vos sabéis cuántas mentiras dicen.

—¿Dónde has oído este nombre, Encantilantes?

—De un dios olvidado. ¿Y vos? No estáis sorprendida. Ya habías oído esta palabra.

—La usó tu abuelo, una vez. Cuando le pedí explicaciones me respondió como me has respondido tú. Una palabra de un dios olvidado.

Hago ademán de hablar, pero ella me cierra los labios.

—No quiero saberlo, Romeo. No me queda mucho de vida. Mi cuerpo está cediendo. Y quiero morir convencida de haberlo

sacrificado todo por una causa justa. Si no es así, no me lo digas. Porque habré vivido una vida vana.

Respeto su petición. Y en el fondo, ¿qué podría decirle? Yo tampoco conozco la verdad.

—No habéis venido solo para curarme el tobillo, ¿verdad? —Sé que es así. Percibo que quiere decirme algo, pero lo está eludiendo —. ¿Cómo está Benvolio?

—Acabo de ir a verlo.

No ha respondido a mi pregunta, lo que significa que no está bien.

—¿Mi Tropa? ¿Han empezado los entrenamientos? ¿Están lidiando ya con un maldito enigma? ¿Han recibido el Vínculo?

—Nada de todo eso. La Academia está cerrada a causa del juicio y…

La interrumpo.

—Debéis ayudarme. Rosalina ha mentido. No pueden arrestar a mi padre. Es un Extrema Sangre, siempre ha servido a Edén. Cuando se celebre el juicio, diré toda la verdad. Deberán escucharme…

Ella me estrecha las manos. No veo su expresión, pero sé que detrás de la máscara hay incomodidad y temor.

—¿Qué es lo que debéis decirme? —digo entre dientes, asustado por la respuesta que obtendré.

—Ya se ha celebrado el juicio, Romeo. Y…

—¡No puede ser! —grito.

Un Ensiferio irrumpe en la celda, pero la Alta Maestra lo despacha. Él obedece de inmediato. Nadie discute las órdenes de Cleo Aspidi.

—Romeo, escúchame, llevas tres días aquí. A estas alturas todo ha terminado. No puedes hacer nada.

—¿Mi padre no se ha defendido? ¿Nadie ha hablado por él? —Estoy consternado. Estupefacto.

—Tengo un mensaje suyo para ti. —Alarga una mano y hace sentar a la Rápida a mi lado.

—No quiero nutrirme. Ya os lo he dicho.

—Y yo te he dicho que no está aquí por eso. —Me estrecha la mano—. Por favor.

Agacho la cabeza en señal de rendición. La Rápida se quita el bozal y presiona sus labios contra los míos.

Nos encontramos en la sala del juicio. Yo soy la Rápida al lado de Cleo Aspidi. No es mi juicio. Yo no estoy. Tampoco está Benvolio.

El Coro se ha sentado a su mesa, pero esta vez, a su lado, la Primera Voz también está presente.

Mi padre ha subido al estrado de madera. Está hablando.

La Rápida se gira para mirar atrás. Me vuelvo con ella en mi visión. Los bancos están abarrotados de Extrema Sangre. Hay gente de pie. Por todas partes. Están amontonados, apiñados, y estiran el cuello para ver mejor. No veo a Iniciados. La Rápida se gira de nuevo hacia mi padre y yo con ella. La Inquisidora ordena que se haga el silencio, y este se abate obediente sobre la sala.

Mi padre tiene una hoja en la mano. Lee.

—Yo, Tancredio Montesco, segundo de mi familia, regente de la casa de los Montesco, declaro que soy el único culpable de la muerte de Anteo Valfiero. Lo maté para vengar la muerte de mi hijo Bastiano, asesinado por Reinaldo Capuleto con la complicidad de Eleonora Valfiero, quien, a pesar de estar presente en la batalla y

habiendo constatado que se acercaba a su fin, permitió que Reinaldo arrebatara el último aliento de vida de mi hijo y lo convirtiera en polvo. —Se gira hacia la Loba—. Ahora sabes lo que significa perder a un hijo.

Los Extrema Sangre protestan. María Valfiero se pone en pie de un salto.

Su voz retumba cuando se dirige al Coro:

—Los Montesco tiñen de sangre nuestras calles, matan a nuestros hijos, nos acusan a nosotros de ser los asesinos, cuando solo estábamos protegiendo Edén más allá de nuestras vidas. —Se dirige a mi padre—: Has matado a mi hijo inútilmente. Yo no estaba al lado de Reinaldo en aquella batalla. Y tú mientes solo para justificar tu cruel sed de muerte. —Se gira hacia el Coro—: Yo invoco la Depuración de la Sangre.

Lorenzo empalidece. Se alza.

—No es posible. Se ha demostrado que Romeo Montesco y Benvolio Montesco son inocentes. Las culpas de los padres no pueden recaer sobre los hijos.

—Invoco la Depuración de la Sangre —grita de nuevo la Loba.

Yo me quedo helado.

La Depuración de la Sangre significa Abnubilar a toda la línea de los Montesco.

Todos.

Niños incluidos.

Hace centurios que no se lleva a cabo.

El Coro discute. Muchos están disgustados. Otros sonríen. ¿Cómo pueden sonreír por la muerte de mi casa?

La Inquisidora se pone en pie.

—Que así sea.

Mi padre está cadavérico. Se apoya en la balaustrada de madera para no caerse. Mira a Lorenzo, que se pone en pie de un salto.

—Romeo y Benvolio están bajo mi jurisdicción. Son Iniciados de la Congregación. Hasta que no sean…

La Inquisidora asesta un golpe a la mesa con la mano.

—Hemos hablado y hemos decidido. —Y se va con su sentencia, que como un hacha cruza el aire como un rayo y pronto se abatirá sobre nosotros.

No quiero seguir mirando. Muerdo el labio de la Rápida, que interrumpe el contacto.

Estoy paralizado por el horror. Se me ha cerrado la garganta. La saliva desaparece dentro de mi boca, y mi lengua roza un paladar árido. Tiemblo. A lo lejos en el tiempo, oigo la voz de la Alta Maestra, que me llama. No puedo alcanzarla. Me he desplomado dentro de mi mundo hecho añicos. Acabado. Eliminado. Floto mientras la oscuridad corre hacia mí para saciar su hambre. Y dejo que me agarre.

48

Romeo

No sueño. No duermo. Deambulo en el vacío. Abandonadme aquí. No me hagáis regresar. Volved a encerrarme en el calabozo. Que se me rompan todos los huesos. Que se me deformen las vísceras. Que la cordura huya de mí. Que mi sangre se arrastre sin lograr fluir. Que yo pague por mi error. He exterminado a mi familia, con un solo gesto estúpido e insensato.

Un nombre asciende desde el centro de mi pecho y estalla en mi voz. Lavinio.

Regreso a la luz con su nombre encerrado en un grito.

—Romeo. —Cleo Aspidi me sacude. Me alejo de ella. Una esquina de fría piedra se convierte en mi refugio.

—Romeo… —dice una vez más, su voz es un susurro—. Debes seguir mirando. Por favor. —Empuja de nuevo a la Rápida hacia mí.

—Alejaos. —Alargo una mano en el vacío como si fuera una espada, como si pudiera dar muerte. Agito el brazo, intento impedir que alguien se me acerque. Pero la Alta Maestra me inmoviliza. Me aguanta la cara. Me abre la boca. La Rápida se acerca. Me besa.

Estamos en una prisión. Es como la mía. Como la mía de antes. Los barrotes arden. La luz roja tiñe el rostro del prisionero. Caminamos con cautela, sin hacer ruido. El prisionero alza el rostro. Es mi padre, sentado en el suelo. Sé que está sintiendo dolor, porque es el mismo que he sentido yo durante días. Mira a la Rápida. No, me mira a mí.

—Romeo —dice, reuniendo sus últimas fuerzas—, no hay nada que puedas hacer si no es salvarte. Debes fiarte del Decano. Sé que ahora no lo comprendes. Que crees que él te ha traicionado. Pero no había otra manera para asegurarnos de que te salvaras. Nos equivocamos. La Loba aulló su venganza, y si no haces lo que te dice Lorenzo, todo habrá sido en vano. Álzate, hijo mío. Álzate. Y acaba con la mentira.

La Rápida interrumpe el contacto.

Puedo contar con los dedos de la mano las veces que me ha llamado «hijo mío». No estaba furioso conmigo. No estaba asustado. Pero yo sí lo estoy.

La Alta Maestra sostiene entre las manos una pequeña ampolla.

—No tenemos mucho tiempo, Romeo. El Decano quiere salvarte. Tiene un plan. Hoy mismo huirás de la Academia.

—¿Huir? ¿Qué decís?

—Este vial contiene un líquido. Solo sé que es sangre. Ignoro a quién pertenece, pero sirve para que la transformación en Selfiera no suceda. Bloqueará tu Pertenencia, pero estarás vivo. Cuando lo bebas, te sentirás extraño y las fuerzas te abandonarán, y tu corazón se ralentizará tanto que parecerás muerto. Pero no lo estarás. El Decano constatará que ya no respiras, me llamarán para que lo compruebe y confirmaré lo que habrá dicho el Decano.

Lorenzo reclamará tu cuerpo. Te llevarán lejos de la Academia, no sé adónde. Ni me ha sido revelado ni me está permitido saberlo.

Me pasa el pequeño vial. Lo observo. Rememoro a todos los Iniciados que huyeron para no asistir a la Congregación y fueron cazados, arrestados y Abnubilados. ¿Y ahora tengo en la mano un vial que podría haberlos salvado? ¿Un vial que impide que los Iniciados se transformen en Selfieras?

—¿Por qué, si es un modo de evitar la transformación, no se usa?

—Porque necesitamos Extrema Sangre, no Rápidos extremadamente longevos. Bebe.

Abro el vial. Estoy a punto de beber. Me detengo.

—Mi hermano Lavinio no se fía de nadie. Se lo tomará solo si se lo llevo yo. O alguien que conozca.

—Romeo… —Basta mi nombre para hacerme entender. No darán el vial a mi hermano, ni a Benvolio. Ni a ningún Montesco. Soy el único elegido.

—No —digo alargando la mano.

—¿No? —pregunta, consternada.

—O todos o nadie. No voy a escapar como un cobarde, abandonando a mi familia a la muerte.

—Si mañana por la mañana todos los Montesco hubieran fallecido, el Coro sospecharía. No puede ser.

—Entonces dádsela a los niños, dádsela a mi hermano Lavinio —suplico.

—Ellos no son útiles. Al parecer, tú sí.

Un sosiego que no creía posible desciende sobre mí. El temor encuentra espacio donde las decisiones no se han tomado, pero

cuando sabes qué hacer desaparece, porque no tiene más armas para seducirte.

—No voy a tomarme el vial. No dejaré que Abnubilen a mi familia sin mí. Estaré allí. Sostendré la mano de mi hermano y le explicaré que una vida con pocos solasterios también puede ser bonita. Que aunque los recuerdos se desvanecerán, habrá otros. Que lo único que importa es que estaremos juntos, y que el recuerdo que une a dos personas no está escrito en la memoria, sino en nuestro corazón. Y el corazón no puede olvidar.

Le devuelvo el vial a Cleo Aspidi.

—Quédatelo. A lo mejor esta noche cambias de idea. —Me meto el vial en la casaca para hacerle un favor a esta Extrema Sangre generosa y buena. Habría querido tener más Tiempo para conocerla.

Se va apesadumbrada, pero entonces se gira con un rayo de esperanza.

—¿No quieres vivir ni siquiera por Julieta?

Sonrío.

—Por ella puedo morir. Pero no puedo vivir sintiéndome muerto.

Apoyo la cabeza en la piedra. Cierro los ojos. Me arranco el abalorio del cuello. Me abandono al sueño. Y espero no soñar.

49

Romeo

Nos han despojado de todo vestido, uniforme, emblema, dignidad. Ya no somos nada. Ni una casa. Ni Edenitas. Somos chusma, a punto de convertirnos en Rápidos, de convertirnos en alimento.

Siempre he estado listo para morir. No es esto lo que me hace temblar, es la injusticia.

La celda es pequeña y angosta. Estamos amontonados como los cerdos a la espera de la matanza. Desnudos, con grilletes de hierro en las muñecas y los tobillos. Las cadenas son tan cortas que nos niegan incluso la posibilidad de un abrazo de despedida.

Nadie me mira.

Para ellos soy el hijo de la culpa. Benvolio se sienta lejos de mí. Quisiera hablarle, decirle que me sabe mal, pero ya lo he intentado y por primera vez en nuestra breve vida, he visto el odio.

Está al lado de quien lo engendró y que ahora lo olvidará.

Oigo pasos y ruido de hierro.

Mi familia es la última en llegar. A mi padre lo empujan. Las cadenas en los pies le impiden andar con facilidad y acaba dándose de bruces. Nadie lo ayuda. Mi madre no está. Intento alzarme para ir con él. Yo sé que no ha hecho nada. Sé de su sacrificio. Merece respeto. Respiro. Noto que el cuello me quema. Y mientras me

pongo en pie, otros dos Montescos que tal vez haya visto en alguna ceremonia, pero con los que nunca he intercambiado ni una sola palabra, se alzan conmigo, dan pequeños pasos hacia él y lo ayudan. Regresan a su sitio. Veo que sus ojos se vuelven vacíos. No entienden por qué lo han hecho. Pero yo sí lo sé. Encantilante. Mi Pertenencia crece cada día más. Y después del Fundamento en la torre se ha vuelto aún más fuerte. ¿Cuánto poder haría falta para convencer a los Ensiferios de que nos dejen libres? Razono y descubro que mi plan es falible. Aunque lograra hacerlos escapar de esta celda, ¿cómo alcanzarían la muralla de la Academia? Pero si no puedo salvar a mi familia, tal vez sí pueda vengarla. Sonrío para mis adentros. Quizá, si debo morir, más vale hacerlo convirtiéndome en una Selfiera, consumiendo todo mi Tiempo, pero matando a quien de veras ha provocado todo esto. Empiezo a urdir un plan en mi mente: hacer enloquecer a la Seca para que se apuñale ella sola.

—¿Dónde está mi madre? —pregunto entre dientes. Él niega con la cabeza. No es hasta ahora que veo que en su boca hay sangre. La abre. Me quedo consternado por el horror. Ya no tiene lengua.

—Oh, padre —digo, mientras la compasión hace que se me encoja el corazón—. ¿Qué te han hecho?

Él alza la mano y tal vez por primera vez en mi vida me acaricia.

—¿Por qué la lengua? —me pregunto—. ¿Qué podías decirme que no debo saber?

Me siento con la espalda contra la pared y aguardo. Cada vez que se abren los barrotes y entra un miembro de mi casa, veo un rostro desencajado y una mirada acusadora hacia mi padre, que tiembla sentado a mi lado. No hay niños. Les han perdonado la vida. Doy gracias a la diosa, quizá la Lectora, por este acto de magnanimidad.

¿Dónde estará ahora mi hermanito Lavinio? ¿Con quién pasará el resto de sus solasterios antes de entrar en la Academia y acariciar el infierno? Pero yo sé que él lo logrará. Se convertirá en Extrema Sangre. Y a lo mejor un día llegará el momento en que estos horrores cesarán. Llegarán Iniciados con la fuerza de rebelarse contra todo esto.

La celda se abre de nuevo. Mi madre entra. El rostro desesperado, los ojos vacíos. Reconozco su mirada. La veo todos los días en Marina Codalunga. Es el rostro de la demencia. Creo que no se recobró del día de la Congregación. Me ve y se acurruca a mis pies. Apoya la cabeza sobre mis piernas. Me abraza y se mece. Le acaricio el pelo y las cicatrices en su brazo. Cada una de ellas ha sido un peldaño que ha descendido para llegar al abismo en el que se encuentra ahora. Por un lado, es mejor así: ella no se dará cuenta. Cierra los ojos. Yo hago lo mismo. Intento no pensar. Pero las voces de mis compañeros vienen a encontrarme también en la oscuridad. Mi abuelo me dijo una vez que la verdadera muerte es que te olviden. Sé que ellos no lo harán. Pero yo sí. Me da miedo olvidar.

—Romeo. —La voz de Lavinio me hace abrir los ojos de golpe. Aparto con delicadeza la cabeza de mi madre e intento acercarme a él; las cadenas vuelven mis pasos vacilantes. Me caigo de rodillas. Mi hermano se lanza entre mis brazos, escurriéndose bajo las cadenas. Y mientras lo estrecho contra mí, mi desaliento se quema y de sus cenizas nace la furia. La encierro en una jaula, entre las cadenas que alzo para encontrar la fuerza para sonreírle a Lavinio. Tiene los ojos rojos de haber llorado, pero aprieta los labios delante de los miembros de su casa. Delante de mí. Quiere mostrarse valiente. Quisiera decirle que no es necesario. Que es pequeño. Que a su

edad se puede llorar. Pero no lo hago. Le ofrezco la dignidad que desea.

—Eres un verdadero Extrema Sangre —le digo, procurando contener el temblor de mi voz—. Yo no soy tan valeroso. Enséñame cómo se hace.

Él se pone en pie y somos igual de altos. Nos miramos a los ojos como hacía yo con mi abuelo cuando se agachaba y me trataba como a un igual. Mi hermanito me enseña un puño y lo agita. Siempre lo hace para infundirme valor. Lo hizo la noche de mi Primer Paso. Ojalá pudiera regresar a aquel entonces, volver a zambullirme con él en la pila, salpicarnos y reírnos y tomarnos el pelo. Ojalá estuviera en el Jardín de los Encantos, fingir que detengo avalanchas y terremotos y saber ya entonces que esa despreocupación no tiene precio.

—Meto aquí el miedo —me dice mostrándome el puño cerrado—, lo machaco y lo sujeto bien y procuro que no acabe en mi corazón. —Entonces acerca su boca a mi oído—. Pero de vez en cuando se escapa, ¿sabes? Como ahora. Y tengo mucho miedo. —Una lágrima le resbala mejilla abajo.

—No debes tener —miento—. La vida de Rápido no está mal. Sobre todo para los niños. Ya verás. Además, estaremos juntos.

—Pero no me voy a acordar de ti —gime. Las lágrimas le resbalan de nuevo mientras le tiembla el labio.

—¿Sabes dónde están los recuerdos?

Niega con la cabeza.

—En un lugar secreto. Donde nadie te los podrá arrebatar.

Entorna los ojos.

—¿Dónde?

Con el dedo señalo su corazón.

—No es verdad. Están aquí. En la cabeza. Me estás tomando el pelo.

—Está bien, entonces hagamos una prueba. Piensa en un día bonito. El mejor de tu vida.

Entrecierra los ojos. Luego los abre de par en par.

—El Carnaval de los Rápidos. Cuando fuimos con Domiciana.

—¿Qué recuerdas de ese día?

—Muchas cosas —me dice con los ojos brillantes—. Los tragafuegos. Y los puestos de dulces. Y el teatro de marionetas. Y Domiciana, que se reía un montón y me hacía volar sujetándome por los brazos y me decía que era un Leviante. —Sonríe de oreja a oreja y se pone una mano en el corazón—. Noto calor aquí.

—Exacto —digo—, este calor es el recuerdo. Y siempre te acompañará.

Pone los ojos como platos. Aplaude.

—Almanario. ¡Eres un Almanario! —Por un batimiento creo que está jugando, como en la ceremonia del Primer Paso, pero entonces veo que me está observando el cuello—. Tienes dos puntos negros cerca de la línea y un… no sé qué es. Es como un cuadrado, pero inclinado.

Un rombo. Está mirando mi Marca del Alma.

—¿Estás seguro?

—Sí. Tienes esa cosa y luego los puntitos. Yo tenía razón. Eres un Almanario. ¡Nunca ha habido un Montesco Almanario!

Me mira orgulloso.

Y yo quisiera prenderle fuego a todo.

Los guardas nos han escoltado en fila a través de las galerías. Hemos tropezado a menudo a causa de las cadenas. Tenemos la carne herida, lacerada.

Nos han hecho arrodillar sobre una tabla de madera cubierta por lirios blancos.

Oigo las voces que nos llegan de las gradas por encima de nosotros. Ahora Lavinio tiembla.

Todas mis fantásticas mentiras se han desbaratado apenas lo han hecho arrodillarse sobre la piedra.

—No soy tan valiente —solloza.

Y a mí solo me queda una cosa por hacer.

Olvido mi venganza. Lisandra será juzgada. Sé que Julieta afilará su espada y la atravesará. Ahora mi hermano no necesita odio, sino amor. Y mi amor emana de mi Marca. Busco en mi interior un atisbo de serenidad.

Lo encuentro.

Estamos tumbados bajo un cielo hecho de esferas de cristal. Julieta está apoyada en mi hombro. Nos reímos de la muerte y señalamos las constelaciones en el cielo. Mi Marca brilla. Una dulce serenidad mana de mí y llega hasta Lavinio, que sonríe.

50

Julieta

Durante días nos preguntamos qué les habría sucedido a Romeo y a Benvolio, durante días nos tuvieron encerrados en nuestros aposentos, durante días preguntamos y nadie nos respondió. Días en los que todo cuanto teníamos eran hipótesis, en los que Mercucio y Terencio se pasaban horas hablando en la habitación de nuestro Capitán, en los que la comida escaseaba, aunque eso no me suponía ningún problema, porque el hambre me había abandonado. Días en los que Florencia se pasaba el rato echando a los Iniciados de la pila y Teobaldo se apropiaba del vino que debería haber sido de todos y bebía demasiado, con el rostro ensombrecido, presa de una angustia que conseguía explicarme solo en parte. Días en los que Folco y Alena hablaban y, a pesar de la oscuridad que se cernía a nuestro alrededor, eso al menos arrojaba un rayo de luz. Días en los que yo cavilaba y recorría una y otra vez los eventos que nos habían llevado hasta ese punto, e indagaba en los recuerdos, en busca del motivo por el que se habían llevado a Romeo y a Benvolio. No podía ser por lo que habíamos visto en el subsuelo, porque, de lo contrario, en lugar de a Benvolio se me habrían llevado a mí, ni por lo que ocurrió en la Aldea, cuando los Iniciados empezaron a matarse unos a otros,

porque en ese caso Romeo no habría estado implicado. Días en los que no lograba formular la pregunta correcta.

Pero hoy, al amanecer, los Ensiferios han venido a buscarnos. Y he obtenido mi respuesta.

Nos han conducido a través de los pasadizos de la Academia y, claustro tras claustro, todas las Tropas se han unido a nosotros, y luego nos han guiado por las galerías subterráneas, escoltándonos armados por un camino que visitamos hace un lateluna, cuando nuestras vidas eran distintas. Hemos cruzado la sala del banquete, y la visión de las cadenas que colgaban del techo me ha hecho estremecer; los recuerdos de Rufina se han asomado de nuevo en mi interior, y después hemos recorrido la larga galería y hemos cruzado Puerta Imperia y hemos vuelto a emerger en el Teatro Romano.

No como Extrema Sangre al término de la Academia, sino como espectadores.

Nos situamos en las gradas reservadas para nosotros, los Iniciados, y los Ensiferios nos ordenan que nos sentemos. Terencio está pálido y mira a su alrededor. Mercucio le pone una mano en el hombro: quiere darle ánimos. Amleto frunce la nariz, como un lobo que huele la sangre. Folco y Alena están detrás de mí, silenciosos. Se cogen de la mano. Florencia, Laurela y Teobaldo se ocupan de sus asuntos, como si yo no existiera. Así me va la mar de bien.

Entre las demás Tropas hay un gran griterío, porque, aparte de la primera grada donde se encuentran el Decano y los Altos Maestros, las demás están ocupadas por los miembros de todas las casas —padres y primos, hermanos y hermanas de los Iniciados, muchos que nunca he visto, llegados de todas las Asonancias de Edén, no

solo de Verona—, y los Extrema Sangre llevan puestas las armaduras de llamacero con los colores y las flores familiares, y cada plancha brilla como recién forjada. Allí también está mi padre, rodeado por servidores y con mi madre al lado. Nos ignoran. A ellos no les importa que sus hijos y sobrinos estén aquí, aunque hayan transcurrido latelunas y podríamos estar muertos.

Unos Rápidos en lo alto de las gradas empiezan a repiquetear sus tambores, como una horrenda réplica de la Congregación, y en el teatro hace su entrada Escalo, la Primera Voz, seguido de los siete miembros del Coro. Andan despacio, con el paso ceremonial que les es propio.

Para el Coro tanto da si se trata de una ceremonia o de una ejecución. Cantan mientras caminan y se sitúan en el escenario, formando un semicírculo, desde el que Escalo da un paso al frente.

Su armadura blanca refleja el sol rojizo del amanecer. Veo cómo respira hondo, y entonces el canto del Coro y el ritmo de los tambores se interrumpen.

Frente a Escalo, la tierra se divide, se abre una hendidura y todo el teatro vibra mientras de su subsuelo emerge lentamente una tarima de madera.

Ahí, arrodillados sobre un lecho de lirios blancos, rodeados de Ensiferios, hay al menos veinte Edenitas, con la cabeza agachada y completamente desnudos salvo por las esposas y las argollas de llamacero que inmovilizan sus brazos y tobillos. El más pequeño de ellos no es más que un niño.

Doy un respingo cuando en la primera fila reconozco a Romeo, entre su padre, Tancredio, y su madre, Altea. Recuerdo la sangre que ella derramó por Domiciana, recuerdo la furia que atizaba su

mirada. Todavía sigue ahí. A su lado, el niño. Lavinio Montesco, el hermano del que Romeo me habló. Es pequeño, no debería encontrarse en este lugar, y sin embargo muestra todo el orgullo de su casa. Tiene los mismos ojos que Romeo. Cerca de Lavinio, Benvolio. Es el único, de entre todos ellos, que parece sumiso, resignado. Y luego sus padres y sus primos. En esa tarima está reunida la casa de los Montesco al completo.

Detrás de ellos, inmóvil, con un vestido tejido de miles de anillos de metal negro, con el rostro cubierto por un velo del color de la sangre, que permanece inmóvil a pesar de que los vientos de tormenta soplan todavía en este amanecer de muerte, sujetando una daga entre los dedos cargados de anillos y con las cadenas colgando hasta reensamblarse con el vestido, la Lectora. Sobre su pecho, en planchas doradas, resalta su Marca. Un círculo en el que hay inscritos un cuadrado y un triángulo, que comparten el lado de la base. Las tres figuras están atravesadas por una línea horizontal que pasa por el centro del círculo y que se extiende más allá de sus límites.

No se muestra excepto para recordarnos a todos que ella es la mano de Alyaster en Edén.

Abnubilación.

Esta es la palabra que me viene a la cabeza. La peor de entre todas las condenas que pueden infligirse a un Edenita.

Romeo va a su encuentro. Su corazón de la diosa será atravesado y él perderá la Pertenencia, y su vida será fugaz como la de los Rápidos y, pienso mientras tiemblo y por poco me desmayo de no ser por Folco, que me sostiene, Romeo perderá los recuerdos. Como si nunca hubiera existido.

Dejará de ser Romeo y vagará por el mundo, a la espera de su muerte.

Cierro los ojos, no quiero ver.

Pero debo. No puedo ser débil, no quiero. Esculpiré en mi memoria todos y cada uno de los batimientos de este día y no tendré paz hasta que no vuelva a encontrar a Romeo.

Y lo acompañaré y lo ayudaré a recordarlo todo, hasta que de nuevo sea el de antes.

—Extrema Sangre —trona Escalo, y se golpea el pecho con el puño—. Iniciados, yo os saludo en este día de justicia.

Miro a mi alrededor. Los Ensiferios presiden todas las entradas, nunca había visto a tantos, y cada familia ha traído consigo sus armas. Como si todos quisieran lanzar al menos una cuchillada. «Debe de ser el mejor día de la vida de mi padre», pienso, y me trago la náusea que este pensamiento me provoca.

—Hoy debe infligirse un castigo ejemplar, porque la Ley ha sido quebrantada y se ha vertido sangre. Tancredio Montesco ha confesado haber agredido a Anteo Valfiero y haber desfigurado su cadáver al estilo de su casa. —Anteo Valfiero. Por esta razón no se presentó en la Academia. Muerto—. Y después haber ocultado su cuerpo —prosigue Escalo, en el silencio más absoluto—, confiándolo a las aguas del Adigio. Pero la diosa, a través del río, ha deseado que la verdad se descubriera, y los despojos del pobre Anteo nos han sido restituidos. Ahora, se hará justicia.

—Ha dicho Tancredio —susurra Folco—. ¿Por qué están todos allí? —Alena niega con la cabeza, no tiene ni idea. Ninguno de nosotros.

Busco a Terencio con la mirada. Se araña las rodillas con las manos. Mercucio observa a su tío, la Primera Voz, con los labios

apretados.

Al otro lado de las gradas, en cambio, Eleonora Valfiero se relame los labios.

—Una Ley ha sido violada —retoma Escalo—, una Ley que yo mismo promulgué, y Eleonora Valfiero ha ejercido su derecho a que el castigo se ejecute hasta sus últimas consecuencias: ha invocado la Depuración de la Sangre para que sirva de ejemplo para todos y la paz sobre Edén sea mantenida. Por este motivo, yo, Escalo Aguaviva, con el visto bueno del Coro, declaro que la casa de los Montesco debe ser extinguida, y condeno a sus miembros a la Abnubilación y a la muerte, para que de ellos no quede nada y solo el olvido los acoja.

«¡No!», grito, pero solo para mis adentros: el terror es demasiado grande para que un sonido sea suficiente para expresarlo. Lo voy a perder para siempre, no habrá nada que pueda hacer; siento que me abandona toda esperanza. Y por un batimiento, Romeo, en la tarima, también se sobresalta.

El silencio pesa sobre todos nosotros. Las palabras de Escalo se meten en nuestros oídos y nos hacen temblar, serpentean entre nuestros padres y se instalan en sus mentes. Este es el poder del Coro, este es el poder de los más justos de entre los Edenitas. A cada crimen le corresponde un castigo ejemplar.

Solo un sonido rompe el silencio. Un único aplauso. Un agradecimiento de parte de la Loba.

La Lectora, impasible, da un paso hacia Benvolio. Su larga daga, con la hoja fina, es perfecta para meterse entre las costillas y atravesar el corazón.

Entonces, Mercucio se pone en pie y echa a reír.

—¿Justicia? —pregunta—. ¡A mí esto me parece más bien una locura! ¿Extinguir una línea de sangre, exterminar a una familia, reducirlos a comida para gusanos? ¡Esto se hace con las ratas y los ratones, no con los Edenitas! Malditos sean, pues, los Montesco y malditos sean los Capuleto, que han movido al Coro y te han movido a ti, tío, a concebir semejante locura. Malditas sean las guerras familiares y malditos sean los que piensan que la sangre inocente puede saciar la sed de sangre.

—¡Cállate, sobrino! —le grita Escalo, mientras todas las miradas van de uno a otro rápidamente.

Un Ensiferio, espada en mano, empieza a andar hacia Mercucio, dando empujones a los Iniciados, pero no llega a tiempo de alcanzarlo porque Terencio es más rápido, supera a los demás Iniciados y se le planta delante. El Ensiferio intenta apartarlo, pero Terencio es una montaña.

—Ni lo intentes —le espeta.

—¡Pues no me voy a callar! —continúa Mercucio.

El Ensiferio agarra a Terencio por los brazos, pero el Malvecio le asesta un cabezazo. Lo tira al suelo, por los escalones. Y luego avanza, hacia el límite de las gradas, donde dos Ensiferios más están listos para intervenir. Se gira por un batimiento hacia Mercucio y le guiña un ojo.

Pero entonces el Ensiferio detrás de él vuelve a levantarse, como si no hubiera pasado nada. La Marca en su cuello empieza a iluminarse, pero enseguida se apaga. ¿Por qué?

Obtengo mi respuesta cuando vislumbro a Lorenzo mirándolo fijamente, negando despacio con la cabeza.

—Porque no puede haber justicia cuando se inmola a inocentes por el tremendo regocijo de quien ha sufrido y desea únicamente el sufrimiento ajeno —declama Mercucio—. Yo a esto no lo llamo justicia, lo llamo veneno. No, yo me pongo en pie y estoy dispuesto a luchar y a morir por la justicia.

—Cállate —repite Escalo, pero esta vez le tiembla la voz. Esto no se lo esperaba—. Cállate, si no quieres que la Ley te juzgue a ti también.

—Entonces deberá juzgarme a mí también —digo mientras me pongo en pie y mi padre abre unos ojos como platos.

—Y a mí —dice Alena.

—Y me juzgará a mí también —gruñe Amleto.

—Deberá juzgarme a mí también, padre —dice Baltasar, con la voz demasiado floja para que se lo pueda oír. Pero se levanta, y alza su brazo lisiado para que todos lo puedan ver. El hijo de la Primera Voz se alinea para defender a los Montesco.

—Y luego me juzgará a mí —grita Folco, cogiéndome de nuevo de la mano.

—Y a mí —ruge Terencio, retenido por dos Ensiferios.

—Y a mí.

—Y a mí.

—Y a mí. —Uno tras otro, todos los Iniciados que acogimos, todos los Iniciados a los que Romeo salvó en la gruta, todos los Iniciados que cantaron la Extremacción junto a él en honor a los muertos se ponen en pie. Y entonamos el mismo canto. Un canto de despedida para los Montesco.

Solo por un batimiento Romeo alza la cabeza y nos mira uno a uno. Esta mirada no es solo para mí, sino para todos sus amigos,

para todos los combatientes.

Son pocos los que permanecen sentados: Teobaldo, Florencia, Laurela, que tiene los ojos clavados en la tarima, quiere ver la muerte, y luego Lisandra, y tal vez algún otro de la Tropa de Paris. Pero carece de importancia, porque nosotros, todos nosotros, ahora invocamos la justicia.

Escalo tiembla de rabia, echa un vistazo a los Ensiferios que esperan una orden suya y luego dirige la mirada a los Extrema Sangre. Ahora empuñan las armas y las Marcas en sus cuellos resplandecen. Ellos también se han puesto en pie, pero no para pedir clemencia.

No, se han puesto en pie porque en el momento en que Escalo ordene a los Ensiferios que restablezcan el orden, cargando y atacando a todos los hijos de las casas de Edén, los Extrema Sangre no lo permitirán.

Y será un baño de sangre. Una batalla entre casas y Ensiferios, entre Coro y Academia, y nadie saldrá vencedor.

—Hay otra autoridad aquí, además del Coro. —La voz de Lorenzo se abre camino entre la confusión del teatro. El Decano baja de un salto de la grada, se gira hacia la gradería y alarga los brazos para pedir silencio como ya lo hemos visto hacer y lo obtiene. Quizá por el tono de voz, que rezuma más poder que el que Escalo jamás tendrá, o por la mirada fulminante. La misma mirada que solo vi cuando el Ensiferio atravesó a la nodriza de Romeo—. La Academia, que defiende a sus Iniciados —dice.

Lorenzo anda hasta que se detiene delante de Escalo.

—Para que no se derrame sangre inútilmente, y para que Edén esté protegido por las fuerzas de nuevos Extrema Sangre, yo ahora

invoco la protección de la Academia sobre Romeo y Benvolio Montesco. A partir del recuento de los Fundamentos, mañana, y hasta el Vínculo y luego hasta la proclamación como Extrema Sangre, ellos residirán en la Academia y estarán sujetos a sus reglas, no a las de Verona. Y Lavinio Montesco es suficientemente joven para ofrecer su propia contribución; solo la Abnubilación tocará su vida.

La mirada de Escalo se relaja, quizá Lorenzo le esté ofreciendo una escapatoria.

Eleonora Valfiero profiere un grito de rabia, pero Ludmila Corvato, que está a su lado, se inclina hacia su oído. Ahora ya no puede exigir nada más: es evidente para cualquiera que se pondría a todos los Extrema Sangre en su contra.

Escalo lanza una mirada al Coro y acto seguido declama:

—Que así sea.

Están a salvo. Romeo y Benvolio están salvo. No para siempre, tal vez, pero estarán a salvo hasta que sean Extrema Sangre, y cuando llegue ese día estoy convencida de que algo inventaremos. Cruzo una mirada con Mercucio. Me sonríe y yo le sonrío a él.

Pero todavía no ha acabado. Cuatro Ensiferios hacen levantar a Benvolio y a Romeo: se los quieren llevar. Pero Altea Montesco salta, no para escapar, sino para acercarse a su hijo. Acerca los labios al oído de Romeo, que cierra los ojos y asiente despacio. Incluso desde aquí logro ver que ni siquiera en este momento hay temor en la mirada de Altea, que se da la vuelta y vuelve a arrodillarse al lado de su marido. Tiene la cabeza alta.

Entonces a Romeo y a Benvolio los escoltan hacia el umbral de Puerta Imperia. Nadie los libera de los grilletes, todavía no.

—¿Y Lavinio? —murmuro.

La Lectora se acerca a Tancredio Montesco, y es solo un batimiento: la hoja se mueve como un rayo de arriba abajo, penetra en la espalda del cabeza de familia y se desliza entre las costillas con la pericia de quien ha ejecutado esta condena por centurios.

Tancredio abre los labios y suelta una única exhalación mientras su Marca empieza a desvanecerse. Un batimiento después, la hoja de un Ensiferio se abate sobre su cuello, decapitándolo.

Altea no llora. Ni siquiera cuando la Lectora se le acerca, con la hoja de nuevo inmaculada gracias a la Pertenencia. Un momento después, a Altea también le arrancan de raíz la memoria junto con la Marca, mientras su corazón de la diosa deja de latir y el Ensiferio abate su espada.

Benvolio tiene la cabeza gacha. Romeo, en cambio, en ningún momento aparta la mirada.

Uno tras otro, todos los Montesco son ajusticiados en el silencio del teatro.

Hasta que la Lectora se posiciona detrás de Lavinio.

La última imagen que veo, antes de cerrar los ojos, es la de un niño en medio de los muertos, sobre un manto de lirios que una vez fueron blancos y que ahora están manchados de sangre.

El único consuelo es que para él este recuerdo desaparecerá de inmediato.

Cuando en el interior de la habitación los gritos y el estruendo amainan, entro, a pesar de que Mercucio y Amleto hayan intentado detenerme y todos los demás Iniciados se mantengan bien alejados,

algunos acurrucados y temerosos; otros desesperados, con los rostros escuálidos y surcados por las lágrimas.

Entro. Parece que un tifón ha atravesado la habitación: los muebles están hechos pedazos; hay astillas de madera desparramadas por el suelo; las paredes de piedra están agrietadas, señaladas con manchas de sangre allí donde los puños han golpeado; el espejo está quebrantado y despide mil reflejos que replican los estragos al infinito; el diván de seda está partido en dos, y allí, en medio de las plumas, con los nudillos molidos y reducidos a grumos de carne y sangre, está él sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Perdido.

Toda la habitación parece temblar, inundada de rabia y dolor, exactamente como cuando nos acercamos a la Torre central. Solo que esta vez las emociones provienen de él y amenazan con arrollarme.

Pero no puedo dejarlo solo. Ahora no. Porque él está solo, no le ha quedado nadie. Me necesita.

—Romeo —susurro, reprimiendo la rabia que no me pertenece—. Romeo…

Él permanece inmóvil, ni siquiera estoy segura de que me oiga. Podría estar perdido en sus recuerdos, o en sus sueños, en busca de aquel dios olvidado.

Me acerco, y cuanto más me acerco, más pesado se me hace el corazón, y amenaza con romperse cuando me detengo frente a él. Su furia se mueve sobre el fondo de un lago de resignación. Pero yo sé cómo afrontar esta furia.

Me arrodillo delante de Romeo, me quedo solo un poco alzada para poder inclinarme hacia él, lo suficiente para que nuestras

frentes se toquen. Su piel, contra la mía, huele a sudor y a tierra, como un campo de flores en verano.

—Romeo —digo de nuevo, mientras me pongo una mano en el bolsillo. Lo curé una vez y lo curaré de nuevo—. Romeo, vuelve conmigo.

Lentamente, como cuando no se quiere asustar a un animal, tomo la esfera que me ofreció Netria. Si funciona cuando la bestia ruge en mi interior, si logra apaciguarme, quizá funcione también con Romeo.

Tomo sus manos entre las mías, y en medio hago deslizar la esfera.

—Te necesitamos —susurro. Noto su sangre en mis dedos mientras guio los suyos para hacer girar las cuatro secciones de la esfera, un clic tras otro. Escucho su respiración y cierro los ojos—. Te necesitamos. —Otro clic, a continuación uno más, y sus dedos pierden rigidez—. Escucha mi voz, Romeo. Estoy aquí contigo.

—Están todos muertos —murmura, y noto su aliento en mis labios.

Romeo abre los ojos.

—Están todos muertos, y yo no he podido hacer nada.

Nos miramos, inmóviles, sin ninguna distancia entre nosotros.

—No podrías haber hecho nada —digo yo—. Es la justicia de Edén. Escalo, el Coro… ejercen una justicia cruel para mantener el poder. Y Eleonora Valfiero se ha aprovechado de esa justicia.

Romeo se aparta de mí y se alza con tal ímpetu que hace que me tambalee hacia atrás.

—¿Justicia? —gruñe mientras vuelvo a ponerme en pie—. ¿Qué justicia? No se puede llamar justicia a lo que ha sido un complot. ¡Mi

padre no ha hecho nada! —grita—. No fue él quien mató a Anteo Valfiero.

Lo miro a los ojos y, antes de que pueda decir nada, él se me anticipa.

—Y yo tampoco fui, Julieta.

—Jamás lo he sospechado. No de esa manera, no callándotelo durante latelunas enteros. A estas alturas te conozco, Romeo, y también te conoce Lorenzo. Por ese motivo te ha salvado y ha salvado a Benvolio.

—Entonces no me conoce, porque juro por la diosa que estoy vivo solo para vengar a los Montesco, traicionados y humillados. —Mira a su alrededor y sus ojos se detienen sobre la espada clavada en el suelo en un rincón—. Esta noche, la culpable pagará.

Antes de que pueda precipitarse a tomar el arma, mientras la rabia se propaga de nuevo por la habitación, lo agarro del brazo. Uso toda la fuerza que tengo para girarlo hacia mí.

—Quieto —le ordeno.

Él intenta forcejear, pero yo lo agarro más fuerte mientras noto el calor esparcirse sobre mi Marca.

—Quieto —repito, con el tono de voz grave, casi un gruñido—. ¿Te gustaría matar, Romeo? Te capturarían enseguida y te ajusticiarían al amanecer, y Edén vería a otro Montesco sufrir la Abnubilación.

—Me da lo mismo —me espeta.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Sabes lo que significa? Que te da lo mismo que toda tu familia haya sido ajusticiada, que te da lo mismo que tu padre haya cargado con la culpa de un crimen que no cometió. Te han permitido estar

aquí, ahora, vivo. Y nosotros te necesitamos vivo. Yo te necesito vivo, Romeo. No te voy a permitir derramar más sangre y echar a perder el último obsequio de tu familia. —Le tomo el rostro entre las manos e inspiro profundamente—. Te prometo, Romeo, te prometo que habrá una verdadera justicia, y que tu familia será vengada, y que el asesino de Anteo Valfiero pagará por todo lo que ha desatado. Pero no esta noche, Romeo. Esta noche no harás nada de todo eso y vendrás conmigo. Hay algo que tienes que ver, es importante. —He caído en la cuenta por una frase que ha pronunciado el Decano, y dado que mañana retomamos los entrenamientos y seremos arrojados de nuevo al infierno, esta es la única noche en la que podemos actuar. Es la única noche en la que puedo brindarle alivio a Romeo.

—La asesina —dice sin embargo él—. No «el asesino».

—¿Qué?

—Yo estuve allí, Julieta, cuando Anteo fue asesinado por Lisandra Corvato.

Lisandra Corvato. Esto explica el motivo de su odio por Romeo y los Montesco desde el primer día de la Congregación. Desde que…

¡Por la diosa!

Desde que se sentó a mi misma mesa, antes de que el banquete se transformase en una fiesta de sangre y muerte. Desde que se mostró tan cercana, unida a mi primo, antes de que se formaran las Tropas.

—Romeo…

Él asiente con la cabeza. Ha comprendido lo que estoy pensando.

—Esa noche estaba en Ponte Pietra con Benvolio y Terencio, esperando a Rosalina (tú también la viste, me dijiste que estaba

yendo a encontrarse conmigo), cuando vimos a unos malhechores agredir a un Rápido de mi casa que estaba… —desvía la mirada un momento— estaba teniendo un encuentro con una Rápida, y entonces intervinimos. Pero se trataba de una trampa, Julieta: fuimos atacados por Sansón Capuleto, Anteo Valfiero, Lisandra Corvato y Teobaldo Capuleto.

Me quedo petrificada, no puedo respirar, solo noto mi corazón que late y late cada vez más rápido mientras Romeo continúa su relato.

—Todo estaba planeado para inculparnos por la muerte del Valfiero, para desatar una guerra entre casas. No sé por qué, todavía no lo he averiguado, pero Lisandra mató a Anteo y desfiguró el cadáver con el emblema de los Montesco grabado en su piel. Y nos habrían masacrado a todos, no habrían dejado testigos, salvo la Marca de mi casa sobre lo que quedaba de Anteo. Nos estábamos llevando la peor parte de la pelea, Julieta: Teobaldo me habría matado si Mercucio no hubiera intervenido hiriéndolo en…

—Una pierna —termino yo, en un suspiro.

—Tuvimos que arrojar el cuerpo de Anteo al Adigio, no queríamos que nos acusaran de un crimen que no habíamos cometido —continúa Romeo.

Pero yo ya no lo escucho. La siento. Se ha despertado. Se nutre de mi rabia, de mi furia. Esta bestia es toda mía y no soporta que me hayan tomado el pelo.

Doy la espalda a Romeo y oigo que me llama mientras salgo de su habitación. Atravieso la sala común de los aposentos y algunos Iniciados, cuyo nombre ni siquiera conozco, se apartan, aterrorizados, a mi paso, y a cada paso siento mi fuerza crecer y la Marca quemar mientras la bestia ruge, triunfante.

Irrumpo en la habitación de Teobaldo. La puerta se desquicia con mi primer golpe.

Está tumbado en el diván, mi primo, como si no hubiera sucedido nada. Como si esta noche fuese una como tantas otras.

Se alza, parece asustado. No se lo esperaba.

Me trae sin cuidado.

—Juraste —grito a mi primo, mientras salto hacia él—. ¡Juraste que no tuviste nada que ver!

Teobaldo hace ademán de decir algo, pero mi puñetazo es más veloz. Lo golpeo en el rostro y oigo que la nariz se le rompe mientras la cabeza se le va hacia atrás. Entonces lo vuelvo a golpear, en el estómago.

—Me has tomado el pelo —digo.

Se dobla en dos, frente a mí.

—Engañado.

No tengo suficiente.

—Traicionado.

Con toda la fuerza que tengo, lo empujo al suelo y estoy a punto de arrearle una patada en el costado cuando dos brazos me agarran.

Me arrancan de mi presa mientras me agito.

Olor a tierra y sudor y flores.

Romeo.

—No lo hagas, Julieta —me susurra en el oído mientras me arrastra fuera de la habitación de mi primo—. No merece la pena. No esta noche. Tú me lo has dicho: no pongas tu vida en peligro.

Me lleva afuera, y poco a poco afloja la sujeción.

—Me sabe mal, Romeo. No lo sabía, no sabía nada. —Tengo la voz rota por el sentimiento de culpa.

—Lo sé —me responde—. Tú no eres como él.

Tiene razón. Ahora sé que la casa de los Capuleto ya no es lo más importante en mi vida.

Damos la espalda a la habitación de Teobaldo y ni siquiera compruebo si es capaz de levantarse. Ya se ocupará Florencia de él.

—Has dicho que tenía que ver algo importante —me dice Romeo.

Asiento con la cabeza y lo cojo de la mano.

51

Julieta

Cruzamos la habitación vacía de Terencio. Ningún Iniciado la ha tomado, después de que esta mañana el Malvecio haya sido retenido por los Ensiferios por haberlos agredido. Romeo lanza una mirada al diván intacto.

—No pudiste evitarlo —digo.

—Pues yo creo que sí. Si hubiésemos actuado antes…, si hubiésemos encontrado una manera de probar nuestra inocencia, nada de todo esto habría sucedido.

—Ya verás que se las arreglará. Lorenzo lo sacará de la celda; su crimen no es tan grave.

No como el crimen por el que los Montesco han pagado injustamente. No es necesario decirlo en voz alta, porque la mirada de Romeo se oscurece de nuevo.

—Ven conmigo —digo—. Lorenzo ha dicho que mañana se reemprenden los entrenamientos y no sabemos qué ocurrirá, Romeo. Paris tiene todos los Fundamentos salvo uno y Lisandra espera enfrentarse a ti. Si no vamos esta noche, podrías arrepentirte toda tu vida.

Descendemos por el balcón hasta llegar al claustro, y desde ahí nos sumergimos en los pasillos del edificio, hasta que alcanzamos la

puerta cerrada por bloques de piedra.

Romeo entreabre los labios asombrado mientras libero la puerta de su prisión de roca.

—Arriba no solo está el Decano… —digo.

Al llegar a la cuarta planta, debemos pegarnos a la pared, porque una pareja de Ensiferios dobla la esquina del pasillo.

—Silencio —susurro a Romeo mientras le pongo un dedo en los labios. Cierro los ojos y siento la Pertenencia quemando en mi cuello y las fuerzas que me abandonan por un batimiento.

Cuando los abro de nuevo, los Ensiferios se han ido.

—¿Lo has vuelto a hacer? —pregunta Romeo.

Asiento con la cabeza.

—No envejeces y tu Marca no brilla. No ha cambiado desde que entramos en la Academia, ¿cómo lo haces?

—No sé por qué el Tiempo no me abandona, no tengo una respuesta para esto —digo, mientras me abro camino por el pasillo hasta el cruce—. En cuanto a mi Marca, yo tampoco sé qué forma tendrá ahora. Netria la ocultó cuando empecé a sospechar que era distinta. Ese es el motivo por el que permanece siempre igual. Por lo que sé, podría ser abrupta y yo podría estar a punto de transformarme en una Selfiera…

—Deberías envejecer y superar el momento del Vínculo —contesta Romeo.

Asiento de nuevo. Folco fue claro en este punto.

Nos detenemos delante de la pared de roca, al final del pasillo. Tomo el anillo de Netria y trazo el círculo. La piedra empieza a deslizarse y revela el pasaje.

—Ven —digo.

Entramos en la gruta. La estatua de la Lectora, encadenada a Oudemya, da la sensación de mirarnos fijamente. Y al fin parece que Romeo lo comprende.

—Es el lugar del que me hablaste —murmura.

Reina el silencio; solo el agua alrededor de la estatua gorgotea flojito.

—Estoy aquí —susurro—. Están todos aquí, pero tienen miedo.

Doy unos pasos adelante.

—Soy yo, Puck.

Y de la alcoba más baja, Puck asoma la cabeza. Tiene la expresión compungida.

—Has estado fuera mucho tiempo —dice, con el tono de reproche que solo los niños saben usar.

—Me sabe mal. Han… ocurrido cosas.

—Increíble —murmura Romeo, con la mirada dirigida al techo repleto de estrellas—. Parece una parte del subsuelo.

—Creo que se trata de una de las zonas más antiguas de la Academia. Una de las más protegidas —le digo.

Puck se acerca receloso y escudriña a Romeo. Como un animal que no sabe si fiarse o no, listo para escapar al primer ruido.

—¿Quién es él? —pregunta al fin, quizá con un atisbo de celos que en cualquier otro momento me haría sonreír—. ¿Es tu marido?

Lanzo una mirada a Romeo, que está tan perplejo como yo.

—¿Por qué? —pregunto.

—Los mayores se casan, ¿no?

—No es mi marido, no. Es un… amigo. —Entonces me agacho para estar a su altura—. Escúchame, Puck, hemos venido porque necesitamos tu ayuda.

Él se ilumina.

—¿Es algo importante?

—Muy importante: hoy han traído a un niño aquí. Se convertirá en servidor…

—Sí —dice—. Pero es extraño: habla poco y ni siquiera me ha dicho su nombre.

—Se llama Lavinio —le explico—. ¿Podrías traerlo aquí con nosotros?

Puck asiente con la cabeza y se aleja por la gruta, mirando entre las alcobas.

Noto que Romeo se agarrota a mi lado. Lo ha entendido.

—¿Por qué me haces esto?

Me giro hacia él.

—Porque está vivo, y dentro de pocos días puede que nosotros ya no lo estemos.

Pocos esimios después, Puck regresa.

—Es mayor, así que estaba cerca del suelo. —Trae a Lavinio de la mano. Ahora lleva puesto un vestido como el de los demás niños. Nos mira con los ojos llenos de asombro y se deja arrastrar por Puck con pasos vacilantes.

—Hola —susurro.

Lavinio ladea la cabeza y hace ademán de esconderse detrás de Puck.

—Ya te he dicho que es extraño —dice Puck—. Todo le da miedo.

Romeo está inmóvil, ni siquiera me atrevo a mirarlo. Temo que lo que podría ver en sus ojos me haría demasiado daño. ¿He hecho lo correcto? Quizá no hubiera debido traerlo aquí. A lo mejor solo tendría que haberle dicho que estaba bien. Pero quería enseñárselo.

Quería que viera que ha sobrevivido, que tendrá una vida mejor que la que tienen los huérfanos en el exterior de la Academia.

He metido la pata.

Siempre meto la pata.

Me maldigo, soy estúpida. ¿Por qué he querido herir de nuevo a Romeo? ¿Por qué he querido recordarle lo que ha perdido?

—Hola —dice Romeo, sin embargo. Se pone en cuclillas a mi lado, y por su voz me doy cuenta de que está haciendo esfuerzos por no llorar.

Los Montesco no lloran; tal vez se lo haya oído decir alguna vez.

Tiende despacio una mano hacia Lavinio.

El niño lo mira, con sus grandes ojos del mismo color que los de Romeo. Entreabre un poco los labios.

—Me llamo…

Se interrumpe, no acaba la frase. Un destello de miedo cruza su mirada, y estrecha la mano de Puck con más fuerza.

Romeo toma aire.

—Tanto da —dice—. No tengas miedo, habrá tiempo.

Lavinio asiente con la cabeza. Él también respira hondo, y entonces suelta la mano de Puck. Y toma la de Romeo.

—Habrá tiempo —repite él.

Puck, por su lado, me hace una señal para que me reúna con él: quizá no sabe lo que está sucediendo, o bien ya ha visto escenas como esta en otras ocasiones. Sea como sea, debe de haber comprendido que en este momento no hay sitio para nada más.

Lo que sea que ahora Romeo quiera decir, les pertenece exclusivamente a él y a Lavinio.

Cualquier promesa, encerrada en las manos de los dos hermanos que se estrechan y se conocen, por primera vez. Cualquier sufrimiento, aún vivo o bien olvidado. Cualquier esperanza, débil como la más tenue de las luces.

Así, Puck y yo los dejamos a solas, y las estrellas encima de los dos hermanos serán sus únicos testigos.

—Sígueme —dice Puck, procurando hablar en voz baja para no molestar a Romeo—. Te enseñaré una cosa.

A pesar de sus cortas piernecitas, camina a paso ligero. Me coge de la mano y me arrastra.

—Me sabe mal por tu amigo —dice.

—A mí también.

Permanecemos en silencio hasta que nos detenemos delante de una pared de la gruta. Aquí las alcobas están vacías y son antiguas, y se ven llenas de polvo y de telarañas, salvo en algunos puntos. Justo donde Puck pone las manos y los pies y empieza a trepar.

—Ven —dice—. Te voy a enseñar mi lugar favorito.

Voy detrás de él. Trepar por aquí es un juego de niños después de lo que pasamos en el subsuelo.

Puck sigue ascendiendo y casi hemos llegado al techo, a las esferas que iluminan la gruta. Pero no es adonde va. Se encarama a una de las últimas alcobas y, cuando yo también la alcanzo, me doy cuenta de que ha sido alargada, excavada con la Pertenencia para crear un angosto pasaje en la roca. A duras penas cabemos los dos, pero esto no frena al niño.

Avanza por la galería y yo lo sigo, agachada, y entonces la veo.

Nada más que una minúscula abertura circular, por la que se cuela un soplo de aire.

—Mira —dice Puck—. Desde aquí yo contemplo el mundo. Desde aquí subo a las montañas y camino por las llanuras y me baño en el río. Esta es mi ventana de las aventuras, ¿sabes?

Me acerco a la hendidura. Aquí Puck sueña sus aventuras; yo, en cambio, solo quiero desear, aunque sea solo por algunos esimios, que nuestra vida fuese mejor que esta. Que no solo nos esperara la muerte por las hojas de los que deberían ser nuestros compañeros o por una ejecución, que no estuviera el Vínculo aguardando en los próximos días, apenas decreten vencedora a la Tropa de Paris.

Observo e inspiro el aire helado. Puck no lo sabe, pero para mí este aire todavía huele a muerte.

Me muerdo el labio, porque desde aquí no solo veo las montañas a lo lejos o el río, sino también la Aldea, y esta es una cruel ironía, una advertencia para recordarme que tanto da cuánto yo sueñe o espere: de esta prisión es imposible huir.

Es la primera vez que veo la Aldea desde lo alto. La Torre central está allí, un guardián negro que se cierne y que amenaza con muerte y demencia a quien se acerca, y a su alrededor, las trece torres restantes, ahora todas visibles, ahora todas reveladas, inmóviles sobre sus cuatro anillos.

En esta, que es la noche más oscura de nuestras vidas, no hacen más que recordarme todos mis fracasos.

Y entonces contengo la respiración.

Porque ahora, en la noche más oscura, todo me resulta claro.

Cuatro anillos.

Ella lo sabía. Me lo dijo y no lo comprendí. Fui estúpida.

Cuatro anillos, que rotan en sentido horario y antihorario.

Las manos me sudan mientras cojo la esfera del bolsillo.

—¿Qué es? —pregunta Puck, intrigado.

No lo escucho.

Llevo la esfera a la altura de mis ojos y la sobrepongo a la Aldea.

Tengo en alto la minúscula entalladura negra.

La Torre negra, en la plaza de la Aldea.

Cuatro secciones que giran sobre sí mismas.

En la esfera debe de haber un eje central, alrededor del cual todo gira.

Acaricio la sección inferior. En el anillo más lejano de la Torre central, durante los Movimientos, dos torres giraban en sentido horario. Hago dos clics en la sección.

El segundo anillo. Ahora la torre de los Aeterianos, que estaba oculta, también es visible. Allí hay siete torres. Siete clics en sentido antihorario.

Dos clics en sentido horario para la tercera sección, donde hay dos torres, y dos más en dirección opuesta para las dos torres en el anillo más cercano al centro.

Clic.

Una abertura finísima, horizontal, no más ancha que un cabello, pero suficiente para permitirme dividir la esfera en dos partes. La superior no es más que una tapa hueca, mientras que la inferior está llena y es del mismo color que el exterior, y en el centro está situado el eje que permitía la rotación.

Negro como la Torre: la que veía en la parte superior de la esfera no era una entalladura, sino su extremo.

Alrededor del eje se disponen cuatro anillos, señalados por líneas curvadas y rectas discontinuas que parecen entrecruzarse sin ningún orden. En el anillo más externo, en los límites respectivos de dos líneas, hay dos puntos más oscuros. En el segundo anillo, sobrepuestos a las líneas, siete puntos, todos a la misma distancia del centro, y luego dos puntos en el tercero y dos puntos en el cuarto.

Abro los párpados de par en par y casi no logro ver por la emoción mientras el corazón amenaza con estallarme en el pecho.

No es posible.

Acaricio el anillo más externo. Lo hago girar con delicadeza, casi con temor.

Y un rombo me hace alzar la mirada, mientras el anillo más exterior de la Aldea gira siguiendo el empuje de mi dedo.

Un Movimiento.

—No es posible —repito, esta vez en voz alta.

SEXTA PARTE

El fin de las mentiras
Academia de la Congregación, 1392

52

Julieta

—¿Así que esta podría ser la llave? —pregunta Benvolio, irritado.

Estamos todos reunidos en la sala común de nuestros aposentos. Después de haber esperado a Romeo bajo la glicina y haber entrado con él, y después de haberles hablado a él y a Mercucio de mi hallazgo, nuestro Capitán ha insistido para que lo compartiera con todos nuestros compañeros. Eso significa que Florencia y Teobaldo también se encuentran aquí, este último con la nariz hinchada por el puñetazo que le he asestado. Se mantienen aparte, con la vista en el suelo. Sin embargo, sé que, de alzarlos, sus ojos no me mostrarían más que odio. En cambio, Benvolio está cerca de la chimenea; dos Iniciados le han hecho sitio para que pudiera acomodarse junto al fuego. Él no ha reaccionado como Romeo: desde esta mañana, la resignación no lo ha abandonado en ningún momento. Y luego están Folco y Alena, apoyados en la pared con los hombros rozándose, y Laurela, sentada sola a la mesa. Ha echado a un Iniciado cuando ha tratado de tomar asiento cerca de ella. Baltasar, por su parte, tiene la espalda bien recta, al lado de Mercucio. Nadie se esperaba un acto de valentía como el suyo, en el Teatro Romano. Por último, Amleto está sentado en el suelo, con la espada en el regazo. Calienta las muñecas: ya ha decidido que habrá pelea. Los demás

Iniciados que hemos acogido se asoman por los umbrales de las habitaciones o están sentados en los peldaños, amontonados. Lo que estamos diciendo nos interesa a todos.

El único que falta es Terencio, y su ausencia pesa en todos y cada uno de nosotros. Los Ensiferios se lo llevaron tras la ejecución de los Montesco y nadie ha tenido noticias suyas. Según Romeo, debe de estar encerrado en las mazmorras. Aplastado por la Pertenencia de los Graves, quemado por la de los Ardefríos, en un sufrimiento que lo llevará a la muerte.

—¿Y en qué basas tu hipótesis? —vuelve a preguntar Benvolio.

—En el hecho de que lo vimos en el subsuelo. —Es una de las pocas cosas que les contamos—. Y también me lo hizo comprender la Lectora.

—Ah, Julieta, te lo hizo comprender la Lectora…, entonces todo en orden —comenta, con un tono sarcástico que no es propio de él—. Y dime, visto que eres tan amiga de la Lectora, ¿por qué no le pediste que perdonara la vida a mis padres, eh? Ah, claro, ella es una Capuleto, como tú.

—Benvolio, ya vale —le ordena Romeo. Está a mi lado, con los brazos cruzados. Desde que hemos vuelto, no se ha quitado la bufanda del uniforme de alrededor del cuello, y lo que sea que le haya dicho a Lavinio ha sustituido su rabia por tesón—. En la Torre central hay catorce Fundamentos, y debemos tomarlos esta noche. Por ahora, la Tropa de Paris cuenta con todos los Fundamentos de la Aldea salvo el de la torre de los Almanarios, que está en nuestras manos, pero como somos todos compañeros, es como si no tuviéramos ninguno: lo compartimos todo, y por lo tanto estamos en desventaja.

—Yo ya lo dije, que no acogiéramos a los demás. Ahora somos demasiados —mete baza Florencia.

—Siempre podemos echarte a ti. Habría más silencio —rebate Alena. Le basta dar un paso en dirección a Florencia para hacerla sobresaltar, arrancándole una sonrisa a Folco.

—Lo que estoy diciendo —continúo— es que en el subsuelo vimos la representación de la torre y de la esfera, con la que puedo controlar los Movimientos.

—¿Has dicho catorce Fundamentos? —pregunta Benvolio, ladeando la cabeza.

—Catorce, sí… Debe de ser el último enigma de la Aldea, y si abrimos esa torre estaremos en ventaja. Todos nosotros venceremos: tendremos catorce Fundamentos en lugar de solo uno.

—¿Abrir la torre? —me interrumpe Florencia—. Todas las veces que has hablado de la torre ha acabado mal, Julieta.

—Al menos ella ha hecho algo, en este lateluna —le responde Baltasar.

—Y si nos encuentran y nos arrestan, esta vez nos ajusticiarán: hemos contado las torres; en las reglas no hablaban de la central —dice Benvolio—. Yo no tengo ninguna intención de infringir más reglas. No tengo intención de correr riesgos por una idea.

—Las reglas no son iguales para todos, Benvolio. ¿Nuestra familia ha muerto y tú todavía no lo has entendido? —le responde Romeo—. El sistema está podrido, de arriba abajo. Y si la Tropa de Paris pudo ignorar las reglas y salir impune, bien, entonces al diablo con las reglas. Dijeron que lo importante era el número de Fundamentos, y nosotros tomaremos esos Fundamentos. Pero si tú no quieres correr riesgos, Benvolio, eres totalmente libre de quedarte aquí.

—Bien —dice su primo—. No tengo intención de embarcarme en una misión suicida.

Mercucio se aclara la voz.

—Benvolio no está del todo equivocado —dice, y tanto Romeo como yo nos giramos para mirarlo—. Si vamos y fracasamos, moriremos todos y, por más que sea el Capitán de esta enorme Tropa, preferiría evitar la responsabilidad de una hecatombe. —Se dirige a los Iniciados que acogimos y con quienes compartimos la comida—: No puedo obligaros a esto. No puedo obligar a nadie: solo vendrá con nosotros quien esté dispuesto a perderlo todo. A los que permanezcan aquí, pido solo una plegaria para desearnos buena suerte.

Benvolio agacha la cabeza, no tiene el valor de cruzar la mirada con Romeo. Teobaldo no dice nada, escupe en el suelo y se encamina hacia su habitación, seguido por Florencia. Un batimiento después, Laurela los sigue.

—Jamás con un Montesco —espeta. Si fuese por ella, también habrían ajusticiado a Romeo y a Benvolio, y probablemente también a Terencio. Ver negada la completa Depuración de la Sangre y haber sido abandonada por el Malvecio ha hecho que haya vuelto a ser la cabrona de antes.

Entonces Amleto se pone en pie, comprueba la hoja de su espada y la envaina.

—Una manada, del primer al último día —dice.

—Me apunto, puede que sea lo último que haga —lo secunda Folco.

—No veo la hora de descubrir mi Pertenencia —dice Baltasar—. Bueno, tal vez Traslador no…

Todos nos damos la vuelta para mirar a Alena, que se está rascando la piel bajo la venda que le cubre la órbita.

—Y bien —pregunta—, ¿qué hacemos todavía aquí?

Estamos a punto de salir cuando Marina Codalunga se aparta de un grupo de Iniciados y me alcanza. Me mira con esos ojos suyos vacíos, en los que el horror flota justo por debajo de la superficie.

—Quédate aquí, Marina —le digo, y le acaricio la mejilla—. Es demasiado peligroso, no quiero que te ocurra nada más.

Ella sigue mirándome, luego me lanza los brazos al cuello y hunde su rostro en él.

—La torre es la Lectora —murmura—, vi su dolor. —Un susurro tan flojo que solo yo logro oírlo, y no sé lo que significa.

Pero sí sé que esta es nuestra única posibilidad.

Aquí estamos.

Romeo, Mercucio, Folco, Baltasar, Alena, Amleto y yo frente a una de las verjas de la Aldea.

Lo que queda de una compañía de actores ambulantes. Empezamos con la certeza de que moriríamos y estamos a punto de acabar con la misma convicción y una mísera pizca de esperanza encerrada en una esfera.

Miro a Romeo. Él me mira.

—¿Lista?

Asiento con la cabeza y tomo la semiesfera. La mantengo alzada frente a mí.

—¿Qué son estas líneas? —pregunta Baltasar, observando los cuatro círculos y las líneas que los interrumpen.

—Los círculos rotan —explico—. Creo que hay que formar un símbolo.

—¿Un símbolo?

—Por desgracia, hoy todos lo hemos visto: el símbolo del ser más poderoso de todo Edén.

«Era tan claro», pienso, «el destino que nos ha traído hasta aquí. Cada cadencia, cada día, cada lateluna no ha sido más que un fragmento de una imagen mayor. Y solo ahora podemos recomponerla».

Hago rotar el anillo exterior y nos vemos avasallados por el estruendo del primer Movimiento.

—No somos los únicos que lo oímos, ¿verdad? —pregunta Alena.

Entonces giro el segundo anillo, de modo que se forme una línea horizontal con el anillo exterior: una recta que parte un círculo en dos. Siete torres en la Aldea se mueven en el mismo instante, quebrantando el silencio de la noche.

Ahora solo quedan líneas discontinuas, pero al hacer girar el tercer y el cuarto anillo, en el interior del círculo aparecen un cuadrado y un triángulo que comparten el lado inferior. Se ha producido el último Movimiento.

—La Marca de la Lectora —dice Baltasar—. La más sagrada de todas.

—Pero con este… cacharro negro en el centro —comenta Amleto, señalando el eje— parece casi un rombo.

Rememoro la sala con la que Romeo y yo nos tropezamos en el subsuelo, recubierta de este símbolo. «Encantilantes», pienso. «Podría ser su Marca».

Entonces, el viento empieza a arremolinarse a nuestro alrededor y las verjas de la Aldea se abren de par en par, y de la Torre central proviene un chirrido que hiere los oídos y luego un estruendo nos arrolla, así como la pendiente de una antigua montaña que de golpe y porrazo se desmorona formando un valle.

—Debemos irnos —digo.

—Antes de que los demás se den cuenta de lo que hemos hecho —termina Romeo.

Y, juntos, echamos a correr por la Aldea.

Esta vez no hay que evitar derrumbamientos ni barrancos en los que caer. Es como si el mapa originario de esta Aldea hubiese sido restablecido.

Una calle, recta, hasta la Torre central. Corremos como si tuviésemos a Incorpóreos pisándonos los talones, como si nuestra vida dependiera de esta carrera.

Porque es así, todos lo sabemos.

No solo las nuestras, sino las de todos los que hemos dejado en los aposentos y que creen en nosotros.

Pero, llegados a la plaza de la torre, nos detenemos.

Está allí, frente a nosotros. El monolito de piedra negra, hundido en el terreno hasta una profundidad que ni siquiera podemos imaginar, nos aguarda.

Una herida lo recorre, de abajo arriba, como si un rayo hubiese remontado desde los abismos de la tierra para revelar una abertura excavada no con la maestría de los Arquitiempos, sino con la rabia de las eras pasadas.

Los Fundamentos están muy cerca, y sin embargo permanecemos inmóviles, ninguno de nosotros tiene el valor de poner el pie en la

base de la plaza. Todos sabemos lo que sucedería.

—No hay nada —se dice Romeo a sí mismo—. Ya no hay nada. Ningún dolor, ni rabia. La marea se ha retirado. —Y entonces se precipita hacia la entrada de la torre y no le ocurre nada y nosotros lo seguimos adentro, mientras en el cielo se va formando una tormenta.

En el interior, la torre se alza ligeramente oblicua, altísima, como si no solo quisiera arañar la tierra, sino también las nubes.

Las paredes están ocupadas por estatuas que parecen querer huir de la piedra. Edenitas con expresiones colmadas de dolor, o de rabia, o de alegría. Las emociones se confunden en sus rostros; la única constante es el exceso: todas las muecas, todas las risas, todas las lágrimas labradas en la piedra, son extremas, como las representaciones de un actor que necesita hacerse comprender también por quien está demasiado lejos del escenario para distinguir los detalles.

Pero estas estatuas no son vulgares ni caricaturescas.

Son hermosísimas y parecen infinitas. No hay un palmo de pared que no albergue a una estatua, desde la entrada hasta la cima, perdida en la oscuridad de la torre. Y todas, al mismo tiempo, parecen amenazadoras, porque la luz las ilumina desde abajo, por medio de esferas aeterianas que recorren toda la pared de la planta baja, como antorchas inmortales. No deberían despedir suficiente luz como para iluminar todas las estatuas, y sin embargo es así.

Al observar estas caras deformadas y estos rostros extasiados, no puedo evitar pensar en el abismo infinito que cruzamos en el subsuelo, con todos esos cuerpos perfectamente conservados, y me pregunto si esta torre imita ese abismo o si es al contrario.

Quedan vestigios de una escalera que asciende hacia lo alto, pero nada más que algunos salientes de piedra negra que sobresalen hacia el interior, e incluso saltando no se podría subir más que una pértiga. Pero tanto da: no es arriba adonde debemos ir.

Alcanzo a Romeo, que se ha detenido un paso por delante de mí, al borde de una fosa circular casi tan amplia como la torre.

Ahí están, debajo de nosotros. La luz que ilumina las estatuas proviene de las hifas de los Fundamentos. No es como en el subsuelo; aquí las hifas remontan hacia arriba, como corales blandos que ondean con la corriente marina. Solo que estos laten con una Pertenencia que no creía posible. Resplandecen todas juntas, mezclando los colores de las Pertenencias e iluminando el rostro de Romeo ahora de oro, ahora de plata, ahora de luz negra o verde, como el sueño de un loco.

E iluminan minúsculos entrantes en la roca, donde tal vez en un tiempo hubo encajados peldaños de madera. Ahora no son más que hendiduras.

—Debemos descender.

—¿No echabas de menos estar bajo tierra? —Romeo esboza una media sonrisa.

—A lo mejor deberíamos habernos quedado allí.

Él asiente con la cabeza, despacio.

—Vamos —digo. Y me dejo caer.

Me agarro a uno de los entrantes. Están suficientemente cerca uno de otro para que pueda moverme sin correr demasiados riesgos, y parecen sólidos. Un batimiento después, Romeo está a mi lado, colgando de la pared.

A medida que desciendo, alargando los brazos para aferrarme al siguiente hoyo, libero espacio tras de mí, y nuestros compañeros nos van siguiendo.

Procedemos hacia abajo, como una procesión de arañas.

—¡No toquéis las hifas! —grito a mi espalda, cuando uno de los filamentos me pasa demasiado cerca y siento pulsar la Pertenencia de los Graves mientras mi cuerpo de repente se hace más pesado y Romeo me sostiene.

Descendemos pértigas y pértigas, y cuanto más descendemos, más brilla la roca negra en la que nos apoyamos, hasta que coloco el pie en la base en la que resplandecen los Fundamentos. Detrás de mí, oigo llegar a mis compañeros.

Debemos de haber descendido a más profundidad todavía que la gruta bajo la Aldea, en el interior del cilindro negro que la dominaba, y sin embargo no parece que estemos ni siquiera a la mitad de la profundidad de la torre.

Pero los Fundamentos están frente a nosotros. Alrededor del abismo que continúa hacia abajo, son las catorce esferas dispuestas en círculo, impregnadas de Pertenencia.

—Lo hemos logrado —susurro—. ¡Lo hemos logrado!

Me giro hacia mis amigos y me quedo boquiabierta.

Romeo. Mercucio. Folco. Baltasar. Alena. Amleto.

Sus Marcas brillan como jamás he visto brillar nada más. Es como observar el mundo a través de un prisma que descompone la luz, mientras un espejo la refleja hasta el infinito y muestra todo el poder encerrado en su Pertenencia.

Por un batimiento, es como si frente a mí los viera ya Extrema Sangre, impregnados de Pertenencia y capaces de obrar cualquier

prodigio.

Baltasar se ríe, con el pelo alborotado por un viento que se agita solo en torno a él. Alrededor de Mercucio, la luz baila y parece viva, lo rodea y lo protege de cualquier sombra. Por un instante, Amleto salta, más alto de lo que jamás podría hacer ninguno de nosotros, el peso de su cuerpo reducido al de una pluma. Y lo recorre un escalofrío apenas aterriza al lado de Folco.

—¡Cuidado, Ardefrío! —le gruñe, pero se ríe.

A los pies de Folco, de hecho, se han creado minúsculos cristales de hielo que enseguida se derriten cuando Alena se le acerca, con su Marca de Ardefría brillando y haciendo resaltar las gotitas de sudor que aparecen en la frente de Folco.

Romeo y yo nos miramos. Noto en mi cuello el ardor de mil agujas incandescentes y mi Marca de Arquitiempo resplandece, pero advierto que, bajo la ilusión de Netria, la piel está cambiando, y otras Marcas están apareciendo. Aprieto los labios; todos están demasiado felices para que yo arruine su alegría con mis tribulaciones. Nadie parece prestar atención al hecho de que nuestras Pertenencias no se están manifestando como las suyas, y a nosotros ya nos va bien.

Romeo se rasca el cuello, bajo la bufanda, y por un batimiento una luz oscura se transparenta a través del tejido. Su Marca también se está despertando.

«Lo hemos logrado», pienso. Hemos conquistado quince Fundamentos: catorce aquí abajo y el de la torre de los Almanarios. Los hemos salvado a todos.

—Tened cuidado —dice Romeo—. Todavía no tenéis el Vínculo, más vale no correr riesgos.

Folco asiente con la cabeza; es el primero en contener su propia Pertenencia y poco a poco los demás también se calman, pero no por ello dejan de sonreír.

—Debemos sacarlos afuera —dice Romeo.

—¿Y cómo quieres que lo hagamos? —bromea Mercucio—. ¿Nos los lanzamos como si fueran pelotas mientras trepamos, y habrá puntos extra para quien consiga no quemarse con las… hifas?

—O ganar peso —digo—. O verse obligado a revolotear. Según cada Pertenencia.

—Maravilloso —dice Mercucio.

—Debe de haber un modo. —Romeo se acerca con circunspección a los Fundamentos, agachándose ligeramente cada vez para evitar tocarlos. Cuando está lo suficientemente cerca, escudriña hacia abajo y se queda petrificado.

—Aquí hay algo más.

Voy con cuidado y lo alcanzo. Debajo de nosotros, en el centro del abismo, hay otra esfera. Pero no puede ser un Fundamento, es más grande.

Es negra. Tan negra que parece absorber toda la luz que la embiste, sin devolver nada.

Y mientras la observo, y casi me parece perderme en su oscuridad, empieza a girar, y gira cada vez a más velocidad, y retumba como si en su interior contuviese mil tormentas.

—¿Qué es? —Me giro hacia Romeo.

—No lo sé, pero no me gusta.

Miro de nuevo. La velocidad ha aumentado todavía más, y parece que la esfera se haya agrandado.

—¿Qué habéis hecho? —grita una voz por encima de nosotros.

Alzo la mirada: en el borde de la planta baja, reconozco la silueta del Alto Maestro Valfiero, a la que, un batimiento después, se une la del Alto Maestro Bonifacio.

—Por la diosa —reniega este último.

A nuestro alrededor, el viento empieza a soplar muy recio, como si ascendiera de las profundidades de la tierra, y un trueno estalla en nuestros oídos. Por un batimiento no oigo nada, solo un silbido.

Me veo arrojada contra la pared. Romeo me coge la mano y busco a los demás mientras el polvo de centurios se alza a nuestro alrededor y la tierra tiembla.

—¡Tenemos que subir! —grito.

Romeo me da un empujón. Empiezo a trepar y él le dice a Alena que me siga, y luego a Baltasar…

Pero otro trueno nos ensordece de nuevo y por poco pierdo el agarre. Las hifas de los Fundamentos se agitan como furiosas cabezas de Hidra. La misma pared de roca vibra y retumba como si fuera a derrumbarse de un momento a otro.

Y cometo el error de volver a mirar abajo.

Esa esfera negra, sea lo que sea, está emergiendo desde el abismo. Rota sobre sí misma, desbocada, y se eleva, lenta pero inexorablemente. Dentro de poco estará al nivel de los Fundamentos.

Jamás lo lograremos.

Pero entonces, de improviso, me siento más ligera, y el viento alrededor de nosotros parece amainar, lo justo para permitirnos trepar más rápidamente.

Retomo el ascenso, alzo la mirada.

El Alto Maestro Bonifacio tiene la frente perlada de sudor y su Marca de Grave resplandece, así como brilla la del Alto Maestro Valfiero. Nos están ayudando. Nos están salvando la vida.

—¿Qué habéis hecho? —repite Alberico Valfiero apenas me encaramo al abismo.

La mirada del Alto Maestro Bonifacio está llena de terror.

—Aquí no había una Asonancia —murmura—. No… qué…

—Una Disonancia —termina una voz fina, etérea y al mismo tiempo fuerte, que he oído una sola vez en mi vida.

La Lectora cruza el umbral de la torre, acompañada de Lorenzo.

53

Julieta

—¿Qué? —exclama Alberico Valfiero, antes de cruzar una mirada con Bonifacio, que niega con la cabeza.

—Una Disonancia —repite esta vez el Decano.

—¿Y eso qué significa? —pregunta el Alto Maestro.

—El fin de toda cosa —murmura la Lectora, mientras la luz de los relámpagos desgarra las sombras y los truenos se suceden uno tras otro sin tregua.

¿Qué hemos hecho?

Miro a mi alrededor. Mis amigos están conmigo, sus Marcas todavía brillan por haber probado la Pertenencia, pero toda nuestra felicidad se ha desvanecido.

—Romeo… —susurro. Pero él está mirando al Decano, que escruta el abismo sin temor, y a la Lectora, inmóvil, con una sonrisa estática en el rostro.

La torre es la Lectora. Las palabras de Marina Codalunga, quien más que nadie comprendió lo que estaba ocurriendo aquí.

—Sea lo que sea, debemos sellarla —grita Bonifacio. Ahora tiene mechones blancos en el pelo, el precio por habernos salvado—. Antes de que sea demasiado tarde.

Busco la mitad de la esfera en el bolsillo, y por poco se me resbala de las manos. Me pongo a rotar furiosamente los anillos, pero no sucede nada. La torre no se cierra, los anillos de la Aldea permanecen inmóviles.

—Ya es demasiado tarde —dice Lorenzo, girándose hacia él—. Ahora solo podemos esperar que la Catástrofe no nos aniquile a todos.

La Catástrofe.

Al fin, Lorenzo parece percatarse de nuestra presencia. Ladea la cabeza y nos mira uno a uno, como si pudiera tomarse el tiempo de hacerlo. Su mirada se detiene sobre Romeo y sobre mí.

—¿Habéis sido vosotros? —pregunta. Nos observa, con el ceño fruncido.

—No queríamos —responde Baltasar.

—A estas alturas, poco importa si lo queríais o no, Aguaviva —dice el Decano—. Dentro de poco las fuerzas del Enemigo estarán aquí.

—Aquí no sois más que un estorbo ahora —nos gruñe el Alto Maestro Valfiero—. Si sobrevivís a esta noche, ya hablaremos de lo que os sucederá. Ahora id.

—Por la diosa —dice Mercucio apenas salimos de la torre.

La lluvia azota la Aldea. Sobre nosotros, unas nubes oscuras se arremolinan incesantemente alrededor de la torre. El viento nos fustiga y todo está inundado por la luz azulada de los relámpagos. Romeo se aparta justo antes de que un bloque de hielo del tamaño de un puño le golpee la cabeza. Es solo el primero, porque enseguida se pone a granizar. Nos protegemos con los brazos mientras corremos a través de la plaza, en dirección a las ruinas.

No estamos solos.

El Coro ya está aquí, los Altos Maestros acuden seguidos por los Ensiferios y las calles se llenan de Iniciados y Rápidos buscando refugio.

Relámpagos, agua y hielo nos caen encima, mientras que debajo de nosotros la tierra tiembla.

Al reactivar los Movimientos, hemos atraído aquí a todo el mundo, movido por la curiosidad, a una trampa mortal. Y ahora decenas de Iniciados chillan e intentan ponerse a salvo, pero tenemos encima a la Catástrofe. Vislumbro los uniformes color zafiro de la Tropa de Paris, y luego otros de color violeta amatista y verde esmeralda. Como si estos uniformes pudieran hacer algo contra la furia del Enemigo.

—¡Tenemos que hacer algo! —grita Romeo.

—La esfera ya no funciona. No puedo cerrar la torre —le respondo, pero mi voz se pierde en el viento.

El mismo viento que arranca un fragmento de techo de una casa en ruinas y lo despide volando hacia nosotros. Nos va a aplastar a todos.

Y en cambio se desploma en el suelo de golpe, con un gran estrépito, un batimiento antes de alcanzarnos. Por el rabillo del ojo vislumbro a un Ensiferio, con el triángulo de los Esenciales brillándole en el cuello.

Es un Grave, ha aumentado la masa del techo. Un momento después, el Ensiferio agarra a un Rápido que intentaba huir de la Aldea. Le arranca el bozal y se lo lleva al rostro. La piel del Rápido se contrae y se entumece, mientras el Ensiferio succiona toda su vida.

Romeo hace ademán de salir disparado, pero ya es demasiado tarde. El Ensiferio deja caer la cáscara vacía, que el viento barre

enseguida, y se reúne con su pelotón. Lo sigo con la mirada y veo que entran en la torre.

Dos miembros del Coro, deben de ser Arquitiempos, intentan en balde sellar la grieta que se ha abierto. El Tiempo sale de ellos a raudales como agua de una cascada, pero no logran nada. Uno de los dos se desploma; a estas alturas ha envejecido centurios y la grasa ha abandonado su cuerpo, dejando solo pliegues de piel que se retiran cada vez más sobre los huesos antes de que todo, de que él, se transforme en polvo. La otra, increíblemente escuálida, se aparta antes de que la aplaste un pedrusco negro que debe de haberse desprendido de la cima de la torre.

—¿Qué hacemos? —grita Baltasar.

—No lo sé —responde Folco. Está inmóvil, se lleva la mano a la Marca. Amleto lo mira de reojo y entorna los ojos.

El pelotón de los Ensiferios abandona la torre. Rodean a la Lectora, sus Marcas brillan de Pertenencia. Diez de ellos frenan el viento y alejan los detritus, mientras el undécimo camina con los brazos alargados y la cabeza alzada hacia el cielo; su Pertenencia brilla mientras sus compañeros lo acarician. Eternante. Está ofreciendo el Tiempo que lleva en su interior a los demás Ensiferios.

—¡Escoltad a la Lectora a un lugar seguro! —grita Lorenzo, saliendo de la torre, seguido por los Altos Maestros Alberico y Bonifacio. Alrededor de ellos el viento sopla con menos violencia y los bloques de hielo se desvían, pero a estas alturas Valfiero está exhausto; lo veo incluso desde aquí. Su pelo se ha vuelto gris y sus ojos, acuosos.

La Lectora ríe sin cesar mientras los Ensiferios se la llevan hacia la verja de la Academia, sin ningún reparo en derribar cualquier

obstáculo que se interponga en su camino —tanto da que sean Rápidos o detritus—, y su risa es terrible, como el canto de un ruiseñor tras un incendio.

—Rosalina tenía razón… —susurra Romeo.

Alena toma a Folco del brazo y lo arrastra hacia nosotros. Solo los centurios de Pertenencia de los Arquitiempos impiden que la Aldea colapse y nos engulla a todos al subsuelo. Y no estoy segura de que vaya a resistir mucho más. El aire está infestado de truenos, de gritos de los Iniciados, de reniegos de los Ensiferios y de la furia de las inclemencias, pero, atenuada, a lo lejos, logro oír una campana. Suena sin cesar, como un lamento fúnebre. Llama a los Extrema Sangre a defender la Academia.

Entreveo la Tropa de Próspero. Calíbano tiene una pierna atrapada bajo un pedrusco y su Capitán está tratando de liberarlo. Por otro lado, una Iniciada con el pelo cortísimo llora junto al cuerpo sin vida de un muchacho.

Si existe un infierno, debe de ser así.

Entonces dos manos me aferran por los hombros.

—¿Qué haces aquí? —me grita Netria a la cara.

—La Lectora… —murmuro.

Ella ladea la cabeza.

—¿La Lectora?

Un árbol transportado por el viento se abate sobre la torre de los Trasladores; las trepadoras se estrechan alrededor de la copa mientras la cima de la torre colapsa formando una lluvia de piedras. Más gritos. Ningún lugar es seguro.

—Iniciados —grita Netria—, ¡la Catástrofe se avecina! Esta no es vuestra batalla: ¡refugiaos en el edificio!

Entonces alza la mirada, hacia la Torre central. Por primera vez en mi vida, veo temor en los ojos de mi tía.

Un trueno retumba tan fuerte que parece que el mundo mismo vaya a lacerarse de un momento a otro, partirse en dos y romperse para siempre jamás. En mi interior, la bestia lanza un rugido.

Después del trueno, llega la luz. Una columna de luz negra que atraviesa las nubes y se vierte sobre la torre y luego se desvanece de inmediato, y por un batimiento solo hay silencio y me pregunto si no estamos todos muertos. Aniquilados por el Enemigo en el Tiempo de una exhalación.

Pero entonces mi tía grita de nuevo.

—¡Incorpóreos! —Su Marca brilla mientras se las arregla para que su voz resuene en todos los rincones de la Aldea—. ¡Iniciados, poneos a salvo!

Alza los brazos, y ahora la luz que emana su cuello es deslumbradora. Une pulgares e índices en ese gesto que la he visto hacer en numerosas ocasiones.

Y los vuelve visibles.

Están alrededor de la torre. Algunos llevan puestas armaduras de llamacero y otros solo uniformes como los nuestros, y sostienen espadas y las blanden contra los Ensiferios y masacran a los Iniciados que no logran huir. Sus hojas se mueven velocísimas y penetran los uniformes como si fueran de papel. Solo el llamacero desvía sus armas. Parecen iguales a nosotros, sus rostros podrían ser los de hermanos y hermanas de tiempos perdidos, otros podrían ser de honrados padres y madres. Algunos de ellos son guapísimos, con su larga melena revoloteando al viento, y se ríen como niños

bailando alrededor del fuego. Otros luchan con los modales propios de una ceremonia.

Parecen iguales a nosotros, pero no lo son.

Y no es por el aura de luz negra que envuelve sus cuerpos y sigue sus movimientos con un batimiento de retraso, como la estela de una nave o una niebla nocturna. No es por el alarido espantoso que profieren al atacar, ni por el todavía más espantoso que sale de sus bocas al matarlos, si «matarlos» es el término correcto, porque cuando les dan en el corazón, y solo en el corazón, entonces se apagan como la última llama, y un veloz movimiento los empuja hacia arriba como si jamás hubiesen existido, y de ellos solo queda una sombra oscura, que se disuelve de inmediato. No es porque su belleza se asemeja a la fina pátina de cera extendida sobre un cadáver.

No.

Es por sus ojos.

El odio que los llena no tiene parangón. El de Eleonora Valfiero hacia los Montesco o el de Lisandra hacia Romeo no son nada en comparación.

Son ojos que quisieran verlo todo reducido a polvo.

Ahora lo entiendo: ellos son la Catástrofe, el ejército infinito que destriparía el mundo.

Y ahora están aquí.

—No estamos instruidos para esto. No lo suficiente —gruñe Amleto.

Mi tía está envejeciendo frente a mí: su pelo empieza a volverse gris, las arrugas surcan su rostro. Tiene los ojos cerrados y los labios apretados, curvados solo por una mueca de dolor.

Sin ella, nadie podría enfrentarse a los Incorpóreos. Nadie podría verlos. Sería una matanza.

—¡Julieta! —grita Baltasar—. Debemos irnos.

—¡No puedo abandonarla!

Folco me coge a fuerza de brazos y se me lleva de allí mientras las lágrimas me resbalan mejilla abajo, amenazando con transformarse en hielo mientras la temperatura a nuestro alrededor se desploma de improviso.

Y esto me despierta.

—¡Contrólate, Folco, por favor! ¡No puedo perderte a ti también!

Él me deja con un gruñido. Alena está unos pasos más adelante, nos espera. Mercucio y Baltasar no andan lejos. Amleto se ha encaramado a lo alto de una columna rota, aferrado como una gárgola. ¿Dónde está Romeo?

Maldita sea.

Lo veo cerca del edificio en ruinas. Está ayudando a Próspero y quiere liberar a Calíbano. Me precipito hacia él mientras Folco trata de agarrarme de nuevo.

—¡Julieta! —me grita, antes de correr tras de mí.

Alcanzo a Romeo, tengo la vista nublada por las lágrimas y la lluvia, pero me coloco a su lado; la bestia se agita, pero uso solo su fuerza y, juntas, logramos alzar el pedrusco. La pierna de Calíbano está machacada, es un pedazo de carne y huesos rotos.

—¡Trasladores! —grita Romeo, pero nadie lo oye. Logramos arrastrar al Iniciado contra un muro bajo, y a cada movimiento le sigue un grito suyo de dolor.

—Gracias —murmura Próspero—. Ya me quedo yo con él.

—¡Tenemos que resistir! —grita el Alto Maestro Valfiero. Lo veo luchar contra un Incorpóreo. La velocidad de la criatura es increíble, me cuesta seguir sus ataques. Valfiero es un Extrema Sangre, los mejores combatientes de Edén. Y sin embargo se encuentra en apuros.

—¿Dónde están los Arquitiempos? —grita el Alto Maestro Bonifacio, que a duras penas se sostiene sobre sus piernas—. ¡Hay que ralentizar el paso de los batimientos!

Pero los Ensiferios no son suficientes, su Pertenencia se está consumiendo velozmente a pesar de que nos encontramos en la Academia, y los Extrema Sangre todavía no han llegado de Verona.

Alrededor de la torre, con el ruido de un relámpago que despedaza un árbol, otros Incorpóreos se manifiestan en el mundo, rayos de luz negra arrojados por el Enemigo como flechas sobre su presa. Diez relámpagos negros atraviesan las nubes, que se arremolinan alrededor de la cima de la torre, diez Incorpóreos que se unen a la batalla. A continuación diez más, luego veinte, y en pocos batimientos ya no soy capaz de contarlos. Pelotones de Ensiferios avanzan hombro contra hombro hacia ellos, sostienen las largas hojas junto a su rostro. Atacan como si fueran una única entidad, se mueven con la coordinación de centurios de batallas. Intentan contener el asalto, acorralar a los Incorpóreos alrededor de la torre. Los Graves se elevan en el aire para volver a caer pesadamente, y su impacto compite con los temblores que recorren la tierra mientras abaten sus espadas sobre sus enemigos. Los Trasladores ven aparecer nuevas heridas en sus propios cuerpos, que los martirizan entre un mar de gritos, mientras intentan curar a

los Ensiferios. Los Arquitiempos y los Leviantes arrojan bloques de piedra repentinamente afilada contra esos destructores del mundo.

Y sin embargo no es suficiente. Y sin embargo todos, más tarde o más temprano, caen, y los Incorpóreos continúan su danza de la muerte sobre los cadáveres y los Ensiferios no son suficientes y luchan y hacen cantar sus Pertenencias hasta que se vacían y se convierten en polvo.

—Necesitamos todo el Tiempo posible —grita Valfiero tras esquivar un golpe. Por un instante, se gira hacia un grupo de Ensiferios—.¡Todo! ¡El! ¡Tiempo! ¡Posible! —recalca—. Traed a los niños.

Se me hiela la sangre. Basta que Romeo y yo crucemos una mirada.

—Lavinio —murmura.

Echamos a correr, adelantamos a Folco y a Baltasar, a Mercucio, a Amleto y a Alena.

—¿Adónde vais? —nos grita ella.

—¡Debemos salvarlos! —le respondo a voz en cuello—. Niños. Rápidos. En la Academia.

—¿Una misión de rescate? Qué condenada novedad, ¿dónde tengo que firmar?

Corremos hacia una de las verjas de la Aldea y nos abrimos paso a empujones entre los demás Iniciados que quieren ponerse a salvo. Pierdo de vista a Baltasar, que se ha quedado atascado entre la muchedumbre, pero los demás están aquí con nosotros. Nuestros compañeros.

Superada la muralla, empezamos a trepar por la cresta de la colina. Los pies nos resbalan con el barro, la lluvia nos hiere los ojos

y el hielo nos cae encima como proyectiles catapultados. Nos confundimos entre los Iniciados que solo quieren llegar a los claustros. Un mar de hombros y piernas que se mezclan con la lluvia, gritos de dolor y de miedo.

Una sacudida subterránea me hace perder el equilibrio, pero no dejo de correr. No quiero mirar atrás. No quiero ver la devastación de la Aldea. No quiero descubrir que mi tía se ha convertido en polvo.

Pero es Romeo el que se detiene.

La Tropa de Paris está allí, no muy lejos de nosotros, y la mirada de Romeo es toda para Lisandra. Veo en sus ojos el deseo de asesinarla, de aplastarle la cabeza contra el barro y borrarle de la cara esa sonrisa demente de una vez por todas.

Y ella nos ve a nosotros. Se detiene. Alarga los brazos en un gesto de invitación que desata todo el odio que albergo en mi interior.

—Entonces, Montesco —grita por encima de los truenos—, mamá y papá ofrecieron un buen espectáculo ayer, ¿eh? Lástima que durara tan poco.

Romeo aprieta los puños.

—¿No quieres venir a decirme nada de nada? Y yo que creía que te importaba —continúa Lisandra—. Así me ofendes.

Él está a punto de saltar, sus músculos en tensión. La Catástrofe, los Incorpóreos…, todo ha dejado de tener importancia. Ahora solo hay venganza.

—Romeo —le susurro mientras lo tomo por el brazo—. ¡Están yendo a por Lavinio!

Aprieta los labios y cierra los ojos con fuerza. Él también sabe que ahora no tenemos tiempo para esto.

—Vámonos —digo—. Por favor.

Él agacha la cabeza.

—Vámonos —repite, y retoma la marcha.

—No eres más que un cobarde, Romeo Montesco —le grita Lisandra—. Escucha lo que te dice tu puta, ¡huye!

Romeo se escabulle de mi sujeción y se vuelve a girar hacia ella. Entreveo el resplandor bajo su bufanda, y él profiere un alarido.

No parece ni siquiera su voz. Es un grito largo, desgarrado, sus cuerdas vocales rascan. Encierra su dolor y su rabia, su vergüenza y su sentimiento de culpa.

Y Lisandra pone unos ojos como platos, se queda muda y abre la boca en una expresión de terror. Luego se desploma en el suelo, llora en el barro y se lamenta y gañe como un animal herido. Y allí yace, con el cuerpo aún estremeciéndose.

—Basta, Romeo. —Lo cojo de la mano y me coloco delante de él. Tiene los ojos más hundidos y su frente muestra una nueva arruga —. ¡Basta!

Romeo abre los párpados de par en par y sus ojos encuentran los míos.

Cuando entramos en la Academia, reina el caos. Por todos lados, los Rápidos se apresuran hacia la dirección opuesta a la nuestra, hacia la Aldea, dispuestos a sacrificarse, y los pasillos están inundados de Iniciados que, en cambio, buscan refugio en los claustros.

Nuestros compañeros se encuentran al inicio de un pasillo. Folco da empujones para hacerse sitio y dejarse ver, aunque lo primero que distingo es la melena rubia de Mercucio. Se la señalo a Romeo y los alcanzamos.

—¿Dónde estabais? —pregunta Alena.

—Nos estábamos encargando de una cabrona.

—Bien —asiente—. ¿Y ahora a dónde vamos?

Los guío hasta la puerta cerrada mientras voy echando vistazos atrás con el temor de ver a un pelotón de Ensiferios siguiéndonos la pista. Pero la batalla en la Aldea debe de ser demasiado cruenta; espero que los hayan retenido.

Ascendemos, peldaño a peldaño, hasta la cuarta planta. Incluso aquí, en el corazón de la Academia, ahora se notan los temblores. La Catástrofe arremete con toda su fuerza, y las antiguas paredes vibran con cada trueno.

Frente a la pared de roca, me giro hacia Romeo.

—El anillo.

Romeo toma el anillo de Netria y traza el círculo sobre la piedra.

—¿Pero cuántos secretos guardáis, vosotros dos? —pregunta Mercucio.

La pared se abre y descubrimos que no hemos sido los primeros en llegar.

Están todos reunidos en el centro de la gruta, sentados, arrodillados frente a su estatua de la Lectora. Asustados.

En medio de ellos, con un niño en brazos que no debe de tener más de dos años, está Selina. Lo mece. Con los labios cerrados, emite un sonido continuo, ritmado.

Está intentando tranquilizarlos.

Cuando oye que la puerta secreta se abre, un niño se pone en pie de un salto y nos señala. Entonces Selina se vuelve hacia nosotros con una mirada aterrorizada, pero, apenas nos reconoce, se relaja. Aunque su mirada vaga detrás de nosotros. Supongo que busca a

Terencio, pero a él se lo llevaron los Ensiferios. Está encadenado en las mazmorras.

Amleto gruñe.

—Pero si son…

—Niños —digo—. Futuros Rápidos servidores de la Academia.

—Enormes reservas de Tiempo —comprende Folco—. Cada uno de ellos tiene toda una vida por delante.

—Es por eso por lo que los quieren —termina Alena. Las palabras le salen susurradas, temerosas. Jamás la había oído así. Ladea la cabeza mientras toma en brazos a una niña que se le ha acercado, señalando su venda con el dedito, y una sonrisa se esboza tímida, solo por un batimiento, pero suficiente para que Folco se percate, y ella lo advierta y se ruborice—. No —dice, ahora con su tono de siempre que no admite réplicas—, ni lo sueñes.

—Nunca se sabe —comenta mi primo.

Alena resopla un poco demasiado fuerte, pero no responde.

Romeo observa a los niños uno por uno, buscando a Lavinio. Está allí, sentado cerca de Puck, con las rodillas contra el pecho.

Puck se pone en pie de un salto.

—¡Julieta! —exclama mientras corre a mi encuentro—. ¿Qué está pasando?

—Tenemos que huir —digo—. Vamos afuera.

—¿Afuera? —Puck se queda paralizado. A estas alturas se había resignado a no poder salir, a servir en la Academia durante toda su vida. Casi hay miedo en sus ojos.

—Afuera —repito—. Hay mil aventuras que vivir. Justo como soñabas. Pero debemos darnos prisa.

Puck se gira un momento hacia los demás niños, titubeante.

—¿Y ellos?

—Nos vamos todos —digo. Entonces me dirijo a Selina—. Antes de que lleguen los Ensiferios.

No hace falta decir nada más. Selina se pone a gesticular a tanta velocidad que incluso Amleto tiene dificultades para seguirla, pero los niños se alzan uno tras otro. Ya están bastante acostumbrados a obedecer.

Los que pueden, los mayores, toman en brazos a los pequeños; se mueven como un rebaño ordenado, pero no logran contener su asombro cuando cruzamos el umbral para salir de la gruta.

Algunos de ellos no recuerdan nada del mundo exterior.

Recorremos el pasillo. Nosotros vamos a la cabeza, Puck anda justo detrás de mí y Selina cierra la procesión. Aguzamos el oído. Estamos a punto de tomar la escalera cuando oímos los pasos pesados de los Ensiferios que se acercan; sus voces duras gritan órdenes.

Estamos atrapados.

Me llevo la mano a la espada y mis compañeros hacen lo mismo.

Moriremos contra los Ensiferios antes que permitir esta masacre.

Pero Selina da un golpe a la pared con el puño. Me giro hacia ella. Está al lado de una pared desnuda, sobre la que traza un círculo y, en su interior, un rombo. Y la pared se abre.

Nos hace señas para que nos adentremos en el pasaje y espera a que todos hayamos pasado antes de sellar de nuevo la pared. Descendemos los estrechos peldaños, apretujados. Romeo toma la mano de Lavinio. Algunos niños empiezan a llorar asustados, pero los demás los tranquilizan. Puck lo hace de maravilla: se mueve

adelante y atrás por la fila, cuenta ocurrencias, bromea, intenta que todos se olviden del miedo.

El pasaje secreto desemboca en una sala de la planta baja. Ahora debemos atravesar los claustros, pero a estas alturas estoy convencida de que Selina conoce otros caminos que nos llevarán lejos de las miradas de los Extrema Sangre.

Pasamos bajo un arco y nos encontramos justo en el claustro al que dan nuestros aposentos. La glicina por la que Romeo y yo trepamos la misma noche, ese balcón que significó tanto para nosotros…

En el balcón hay un movimiento, algo que se oculta a nuestra vista. Colocamos la mano en las armas.

Pero entonces se asoma una cabeza casi rapada por completo, salvo por unas pequeñas trencitas. Agnes, con la mirada preocupada.

Romeo la llama y ella hace señas para que esperemos. Pocos momentos después, se reúne con nosotros.

Selina y ella se abrazan. Ahora que las veo de lado, no cabe duda de que son hermanas. Entonces Agnes se pone a gesticular. Amleto ladea la cabeza y traduce:

—Dice que te buscaba a ti, Romeo. Debes seguirla a un lugar…

Por un momento, pienso en Rosalina. Quizá quiere a su Romeo cerca, en el momento del fin.

—No —dice Romeo—. Ahora no puedo seguirte, Agnes.

La Rápida lo mira; hay un velo de tristeza en sus ojos. Mueve las manos a toda prisa.

—Dice que después podría ser demasiado tarde.

—Me da igual. —Romeo señala a los niños.

Agnes baja la mirada por un batimiento y luego la vuelve alzar, resuelta. Hace un último gesto.

—Dice que entonces vendrá con nosotros.

Seguimos a Selina hasta un claustro con una pila de mármol con la base cuadrada. Tal vez en un tiempo hubo una estatua ahí, pero ahora solo hay un pedestal de ónice sobre el que alguien ha hecho crecer un árbol, cuyas raíces se sumergen directamente en el agua.

Selina empieza a trazar signos a lo largo del borde de la base, hasta que la piedra se pone a temblar y la pila se divide en dos mientras el árbol se desploma y el agua cae fragorosamente sobre una escalera que desciende en profundidad en la tierra.

Fuera de la Academia, el enésimo trueno hace temblar el mundo.

—No nos queda otra, ¿verdad? —pregunta Alena.

—¿Te da miedo la oscuridad? —dice Amleto.

—Oye, Selvalancha, la mitad de mi mundo es oscuridad.

—Sabía que responderías así —sonríe Folco.

Descendemos por las escaleras y nos adentramos en una galería excavada en la roca. La tierra tiembla a nuestro alrededor, los truenos se atenúan, pero no por ello resultan menos espantosos. Por debajo de nosotros, me parece oír la corriente de un río subterráneo.

Caminamos durante esimios que parecen cadencias, y nuestros ojos se acostumbran a la oscuridad interrumpida por algún musgo luminiscente. Hay esferas fijadas a las paredes, pero hace centurios que nadie las impregna de Pertenencia.

Y entonces, con un gesto, Selina abre de par en par la última pared de roca frente a nosotros, y nos encontramos en el exterior.

La lluvia cae fragorosamente, el viento arranca ramas de los árboles y los relámpagos desgarran la noche.

Alzo la mirada. Detrás de nosotros, las paredes de la Academia.

Lo hemos logrado. Estamos fuera.

54

Romeo

Alena lleva en brazos a la más pequeña. No la ha soltado desde que hemos abandonado la Academia. La niña juega con su venda y Alena se ríe. Los críos tiemblan de frío. El viento es incesante y la lluvia, tan abundante que parece niebla en la que perderse.

Mi hermano Lavinio me estrecha la mano.

Me giro para echar un vistazo a la Academia. Está envuelta por una nube negra que desciende desde el cielo hasta la tierra. Los relámpagos caen una y otra vez sobre las paredes y hay tantísimos truenos que parece un largo estruendo infinito.

—Tenemos que encontrar refugio —grito al viento—. Los niños no pueden más.

Selina se gira y hace gestos.

—Dice que casi hemos llegado —traduce Amleto.

El viento nos hace andar con el cuerpo inclinado hacia delante por las estrechas calles de la ciudad. Una sombra se atraviesa en mi camino. Pongo la mano en la empuñadura, pero solo es un perro.

Cuando pasamos por Ponte Pietra y veo el terraplén, me da la impresión de que todavía está manchado por la sangre del Valfiero. No es así, desde luego, pero yo la veo, y a esa sangre se ha añadido la de mi padre, la de mi madre, la de toda mi casa. Y habría

asimismo sangre de estos niños (o su polvo) si no hubiésemos sido lo suficientemente insensatos para hacerlos huir. O sabios. Oigo un gimoteo a nuestra espalda. El perro nos está siguiendo. Aparte de nosotros, es el único que merodea por Verona.

Tomamos una calle angosta y larga. Al fondo hay una casa alta y estrecha, con los batientes de madera desvencijados. Y un gran portal.

Selina se acerca junto con Agnes, quien toma un anillo y lo desliza por encima de la puerta, que se abre.

No salgo de mi asombro, como los demás. Es una casa impregnada de Pertenencia. Una casa que no es ninguno de nuestros palacios.

Entramos.

En el interior todo es muy austero, pero está seco. Hay una gran chimenea con leña dentro. Folco se acerca, alarga una mano y los troncos prenden fuego. Los niños aplauden felices.

Alena toma a Folco por los hombros y le da la vuelta. Su único ojo arde como la leña en llamas.

—No puedes usar la Pertenencia. ¿Te lo metes en la cabeza? Especialmente aquí. Habrás quemado al menos un lateluna con esta fanfarronada tuya.

Él la rodea por la cintura.

—Si intentas besarme, te muerdo. —Él la besa y ella no lo muerde, obviamente. Los niños se ríen.

Julieta está aparte con Puck. Se está despidiendo. Debemos irnos. Todos lo sabemos. Y todos estamos preocupados.

—¿Qué les ocurrirá a los niños? Veinte niños solos en Verona… Cuando la Academia descubra que se han escapado, lo más seguro

es que venga en su busca. —Mercucio camina adelante y atrás tratando de encontrar una solución. Selina le pone una mano en el hombro. Entonces se gira hacia Amleto y se pone a gesticular.

—Despacio. Más despacio. Así no lo entiendo —dice, nervioso. Todos lo estamos. Selina ralentiza.

—Esta noche… nos quedamos aquí. En la casa… Mañana… mañana se los lleva. Dice que se quedará ella con los niños. Que no regresa a la Academia.

—Muy bien. Así, después del huracán del Enemigo tendremos el huracán de Terencio. —Alena gruñe hacia nosotros como si fuera una Selfiera, pero cuando se gira para mirar a la niña se vuelve mansa. Está sentada en el suelo y juega con ella. Dice palabritas sin sentido mientras le hace cosquillas. Folco la mira, más enamorado que nunca. No sé por qué, pero me huelo problemas por todas partes.

Agnes y Selina están hablando con sus misteriosos gestos. Parece que estén discutiendo, pues sus movimientos son frenéticos.

—¿Qué dicen? —pregunta Mercucio, comprobando por la ventana que no esté llegando nadie. Ojalá la lluvia permitiera ver algo…

—Imposible de entender. Van demasiado rápido. —Amleto continúa observándolas, tratando de descifrar sus gestos—. Creo que están discutiendo sobre quién debe quedarse y quién debe regresar.

Poco después se detienen. Agnes se gira hacia Amleto y gesticula.

—Selina regresa con nosotros. Agnes se va —traduce él.

—¿Podrás ocuparte de todos ellos? —pregunto.

Ella me da dos o tres golpecitos con la mano en la cabeza.

—Está bien. Soy testarudo y no entiendo nada. Pero tú tienes a mi hermano.

Ella abre la mano, cierra el puño y luego lo vuelve a abrir y coloca las manos para rezar.

—¿Qué ha dicho, Amleto? —pregunto.

—No lo sé. Nunca había visto este signo.

Agnes lo hace de nuevo. Luego me señala.

—No lo entiendo —le digo.

Entonces ella abre el bozal y después le da la vuelta. En su interior hay un rombo idéntico al que me había ofrecido la Alta Maestra de los Trasladores.

—No es posible. ¿Eres una Encantilante?

—¿Qué diantre es un Encantilante? —pregunta Alena.

Julieta me ha oído y se me acerca.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—¿Por qué ella lo sabe y yo no? —Mercucio juega a hacerse el ofendido.

Ni Julieta ni yo respondemos. Agnes hace aún algunos gestos y Amleto traduce.

—Dice… casi. No es un Encanticosa… exactamente… Pero que los niños están a salvo con ella. Y también dice… que debemos… quitarnos de… —Resopla—. Que debemos partir. —Agnes sigue moviendo las manos—. Dice que… que… Despacio, maldita sea. Dice que Selina sabe cómo… —Se da la vuelta, socarrón—. Que sabe cómo llegar a la celda de Terencio.

Alena se alza de un salto.

—¿Cómo?

Nosotros escuchamos. O, mejor dicho, Amleto la escucha y traduce. El plan es sin lugar a dudas disparatado, y por eso nosotros lo llevaremos a cabo. Detrás de la Aldea, hay un pasaje que conduce a la prisión. Lo custodia un solo Ensiferio. Nadie lo conoce; lo usan para encarcelar cuando no quieren que se sepa. Dice que por allí suelen llevar a los que tienen la Enfermedad. Con la Catástrofe a punto de llegar, estarán todos luchando. Podemos alcanzarlo fácilmente.

—¿Y una vez liberado qué hacemos? —Amleto es el único pragmático.

—Por lo pronto, lo sacamos del calabozo. Luego vemos —digo.

—Me encantan los planes sorpresa —dice Alena—. Al buen tuntún, en pocas palabras.

Es hora de partir. Para mí es el momento de las despedidas. Una más. ¿Cuántas veces tendré aún que decir adiós a lo largo de mi vida?

Me agacho delante de Lavinio. Él me abraza. Así, a vuelapluma. Me estrecha fuerte.

—Tienes que ser valiente —le digo, mientras yo en este momento no lo soy y solo quisiera llorar.

—¿No puedes quedarte con nosotros? —me pregunta—. Me caes bien.

Trago un grumo de dolor que se me queda pegado al pecho y creo que no se irá nunca.

—Tengo que ir a rescatar a un amigo mío.

—¿Nos volveremos a ver? —me pregunta con el labio temblándole un poco.

—Por supuesto —miento. ¡Cuántas mentiras le he contado a mi hermano! Me levanto. Si no lo hago ahora ya no seré capaz de irme.

Me detiene.

—Espera. ¿Cómo te llamas?

—Romeo. —Y mientras lo digo la pesadumbre me derrumba.

Él se toca el pecho.

—Lo llevaré aquí. ¿Sabes que aquí se guardan los buenos recuerdos?

Mi espalda se agita con un sollozo. Creo que no voy a lograr contenerme. Me giro y mis amigos están todos ahí. Me miran.

—Estoy bien —digo.

—No estás bien para nada. Y va bien así —me dice Alena. Julieta me apoya una mano en la espalda. Noto su caricia.

Selina y Agnes se abrazan. Se tocan el pecho dos veces, como hacía Rufina. Ese gesto me hace sentir en casa. Y me dejo mecer por la melancolía.

Alguien llama a la puerta. Alena se saca un puñal de la chaqueta y se sitúa detrás, a la espera. Mercucio, Folco y Amleto se colocan delante de los niños. Yo desenvaino la espada. El ruido continúa. Alguien raspa. Hago una señal a Alena, que abre la puerta de golpe.

No hay ningún enemigo.

Solo el perro blanco.

Nos ha seguido hasta aquí. No parece agresivo. Gañe, se acerca a Julieta y le lame la mano. Al cabo de poco, mueve la cola alegremente.

—Qué susto me ha dado. —Alena saca fuera el ansia que la atenazaba. Nosotros también nos relajamos. Los niños rodean al perro, con regocijo.

Agnes mueve las manos hacia Amleto.

—¿Qué está diciendo? —pregunta Mercucio.

—Que con este puñal y estas espadas de entrenamiento estaremos muertos en menos que canta un gallo —traduce Amleto.

Agnes abre con el anillo un escondite en el interior de la pared. Dentro están las brillantes espadas de los Extrema Sangre.

—¿Cómo las has…? —pregunta Julieta, pero Agnes se encoge de hombros. No quiere decirlo.

Son espadas relucientes, preciosas. Veo la misma espada que siempre vi colgada del costado de mi abuelo. La cojo; es ligera y muy manejable. Junto a las armas hay otras tantas vainas. Nos las colocamos en la cintura.

—Al salir a la Aldea —traduce Amleto—, Agnes dice que nos encontraremos en el centro de la batalla. Solo con estas mataremos a los Incorpóreos. Y añade: si lográis alcanzarlos. —Un gesto más. Amleto asiente—. Es hora de irnos.

Salimos bajo la lluvia. Antes de cerrar la puerta detrás de nosotros, echo un vistazo a mi hermano sabiendo que es la última vez. Está jugando con el perro. Entonces me mira. Alza el puño y lo agita.

Yo cierro la puerta.

Afuera el viento es impetuoso. Peor que antes. Julieta camina a mi lado y no dice nada.

—Alena, dame el puñal.

Me lo pasa. Me arremango la camisa y me hago siete incisiones declamando el nombre de mis hermanos y de mis hermanas. Esas cicatrices no serán el recuerdo de cuánto no fueron dignos, sino de cuánto los quise.

Nos encontramos de nuevo en las galerías. Andamos en silencio cuesta arriba hasta una escalera excavada en la roca. Selina mueve sus manos a toda prisa.

—Dice que en el centro de la batalla el Tiempo transcurre de otro modo. Gracias a los Arquitiempos —traduce Amleto—. Dice que vayamos con cuidado.

Asentimos con la cabeza. Ella sube, abre la trampilla con el anillo y estamos fuera.

Ningún libro, ningún relato, ninguna pintura podría habernos preparado para lo que vemos apenas salimos. Arquitiempos y Graves están arrodillados con las manos en el suelo. Me muevo a duras penas. Peso más. El viento sopla, pero los Leviantes, con las palmas de las manos hacia arriba, lo desvían, lo placan. Lo aquietan. Unos Ardefríos atrapan la lluvia y la transforman en hielo. Otros Leviantes cambian su curso y mandan estalactitas congeladas hacia los enemigos. Quien no apacigua la ira de la naturaleza lucha, con furia y coraje. El campo de batalla es un revoltijo de cuerpos chocando unos con otros; parecen el grano dentro de la muela, y pronto muchos de ellos se convertirán en harina, ensuciando de polvo blanco a quienes siguen combatiendo.

Nunca había visto a un Incorpóreo. Y ahora que los tengo delante me río por haberme imaginado que Ilhuas era uno de ellos.

Son Extrema Sangre.

Son nuestra raza, que sale de la tumba sobre la que ninguno de nosotros jamás ha rezado.

Son almas negras, como la niebla color brea que acompaña sus movimientos. Luchan como lobos hambrientos, aferrando y despedazando.

Los Eternantes caminan, a la espera de que algún Extrema Sangre los agarre para succionar el Tiempo que albergan en su interior, y a su vez ellos consumen los carros abarrotados de Rápidos, dejando solo polvo que se pierde en el aire.

No sabemos qué hacer. Estamos perdidos. Desorientados. Tenemos la cabeza nublada. Nuestros movimientos son más lentos. No estamos acostumbrados a la extensión que los Arquitiempos delimitan y contienen cambiando el paso del tiempo. Fuera de la Asonancia, un terremoto puede durar esimios; aquí dentro, los Arquitiempos se las arreglan para que duren días. Solo así se puede luchar y vencer.

—Moveos. Debemos salir de aquí —grita Amleto.

Alena le responde blandiendo su hierro.

—Demasiado tarde. Demasiado tarde —nos grita mientras los Incorpóreos se dirigen hacia nosotros.

El más grande del grupo carga, con la espada desenvainada y los dientes afilados. Se abre camino matando e hiriendo.

Una hoja le acierta en pleno pecho y él se desvanece como lluvia sobre braseros.

—¿Qué diantre estáis haciendo aquí? —Uno de los Altos Maestros nos ha salvado la vida—. Regresad a la Academia —grita, mientras regresa corriendo a la batalla y su voz se pierde a medida que se va alejando de nosotros.

—Julieta —grito—, ¿dónde está Julieta?

Mientras lo pregunto, me giro y la veo en medio de la furia.

—A tu derecha —me grita Mercucio.

Me doy la vuelta dispuesto a atacar, pero…

… se me cae la espada.

Frente a mí está Domiciana.

Su melena revuelta por la tormenta, que la arremolina en el aire.

La espada empuñada a dos manos.

Sus ojos hechos de cristal.

—Hermana —grito mientras ella corre hacia mí. Pero no es para abrazarme, sino para darme muerte. Alza la espada. Y por un batimiento, solo por un batimiento, sus ojos se rompen y vuelvo a ver a mi hermana. Su mirada. La espada no se abate sobre mí. Tiembla. ¿Llora? ¿O es solo lluvia?

Me arrodillo.

No mataré a mi hermana.

Hoy no.

No después de haber visto la cabeza de mis padres rodar por el suelo, no después de haber abandonado a mi hermano para siempre. Alzo el rostro hacia ella.

—Romeo —oigo susurrar al viento. ¿O ha sido ella?

Su rostro se transfigura. La niebla negra la envuelve. Grita y abate la espada. Me aparto rodando por el suelo en el último momento y agarro la mía. Cuando me giro, ella se estremece y tiembla. El humo negro ahora es rojo. Rojo como el fuego. Su cuerpo (no es su cuerpo) despide destellos de fuego. Detrás de mí, Folco arde como ella. Su Marca brilla iluminando las gotas de lluvia que caen.

—¡Romeo, atácala! —me grita. Mi amigo. Un Capuleto. Y mi hermana (no es mi hermana). Alzo la espada y le atravieso el pecho. Ella desaparece, pero antes de desvanecerse del todo me parece que sonríe.

Un grupo de Extrema Sangre ha venido a socorrernos y tengo tiempo de correr hacia Folco.

Está en el suelo. Doblado en dos. Su Marca es negra. Negra como la niebla que envuelve a los Incorpóreos. Grita. Pero no son gritos humanos, y tampoco son bramidos de bestia, son alaridos de dolor.

—¡Aléjate, Romeo! —grita Amleto—. Aléjate. Se está transformando.

Sus ojos cambian. La pupila se estrecha hasta convertirse en una fisura.

Amleto se dirige a nosotros.

Un Incorpóreo lo ralentiza y yo, que la diosa me condene, casi me alegro. Tal vez me quede un batimiento de tiempo para salvarlo.

Busco a toda prisa el vial en mi chaqueta, maldiciéndome por no habérselo dado antes. Por no haberme acordado. Le vierto el líquido en la boca.

Pero la transformación no cesa.

En su espalda, dos alas le desgarran la piel y se liberan hacia el cielo.

No sé qué hacer.

No sé qué hacer, y hago lo primero que se me ocurre.

Tomar su alma.

Folco (ya no es Folco) se cae al suelo. Retengo su alma en mi interior. La mezo. La noto. Le pido perdón. Mi cuerpo se fatiga.

Noto que los esimios vuelan sobre mi piel. Correré la misma suerte si lo retengo. ¿Cuánto puedo resistir? El tiempo corre. Me abandona desesperado y lo libero.

La Selfiera ruge y rasga el aire con su alarido.

El rostro es el de un león; las alas, las de un gigantesco murciélago. El cuerpo está salpicado de finísimas plumas blancas. Los pies son dos patas de lobo con garras de dragón. Pero no

camina sobre cuatro patas, algo dentro de él ha permanecido humano. Está erecto. Camina como un Extrema Sangre.

Oigo el grito de Alena, que está viniendo hacia mí. Amleto la detiene, pero ella grita y se escabulle. Amleto intenta retenerla, ¿pero se puede retener la marea?

—Alena, detente, él ya no está. —Ella le pega un codazo a Amleto, que niega con la cabeza y la tira al suelo con todo su peso.

La Selfiera se da la vuelta, muestra sus dientes y aúlla, y echa a correr hacia Alena.

Los matará, los matará a ambos.

Amleto la ve llegar, se levanta y se gira con un puñal largo y afilado. Su color argénteo brilla. Pero es tarde.

La Selfiera saca las garras y las abate sobre Amleto. Veo la carne lacerándose. La Selfiera lo agarra.

Bate las alas y alza el vuelo.

Una espada.

Corta el aire y acierta el pecho plumado.

Oigo los gritos de Alena, que se mezclan con el gañido de la Selfiera.

Mercucio está en el viento.

Como un dios.

Grita y llora.

Los mismos gritos los oigo llegar de Julieta, que se precipita hacia nosotros. Pero ya no hay nada que hacer. La última imagen que veo es la Selfiera con la espada de Mercucio en el pecho que vuela empujada por un viento impetuoso, llevándose el cuerpo sin vida de Amleto entre las garras.

55

Julieta

La batalla arrecia a nuestro alrededor, entre los gritos de los Extrema Sangre y las órdenes de los Ensiferios, el chisporroteo de los relámpagos y el estruendo de los truenos. Las terribles carcajadas de los Incorpóreos, que abaten sus hojas y cortan vidas como si de hilos de telarañas se tratara.

Pero yo permanezco aquí, con las manos en el barro y la lluvia cayéndome en la espalda, el uniforme pegado a la piel. Los sollozos me salen por la garganta y el pecho dolorido, porque llorar no es suficiente. Permanezco aquí, con la boca abierta que se niega a dejarme respirar y las uñas arañando la tierra como si pudiera aferrar a mi primo antes de la caída. Permanezco aquí, y la Catástrofe a mi alrededor no significa nada, porque tanto da cuánta sangre haya visto derramarse este lateluna.

Es ahora cuando conozco el significado de la palabra muerte.

Fui una estúpida cuando consolé a Romeo, cuando lo hice regresar. Ahora sé que es imposible, que todo el mundo cambia y pierde su luz, y no basta una esfera para apaciguar la tormenta.

Lo que era Folco ha muerto.

Lo que quedaba de él ha desaparecido, junto con Amleto.

Le dije que se controlase, se lo dije, maldita sea. Pero él no me escuchó.

Lo ha hecho para salvarnos. Pero eso no me basta.

No me basta que a Mercucio le resbalen lágrimas por la mejilla, mezclándose con la lluvia que debería lavar el dolor, porque eso es lo que dicen los poetas. No, la lluvia no lava nada.

La lluvia no puede lavar el recuerdo del grito de Folco ni la rabia que siento, porque es culpa mía. Estaba lejos. Si hubiera estado más cerca, quizá las cosas habrían ido de otra manera. A lo mejor hubiera podido ayudarlo. Tal vez no se habría transformado.

Los sollozos se convierten en gritos, y ya no sé si soy yo la que chilla o bien son las rocas y los árboles, las nubes y las piedras de la Academia, porque el dolor que siento lo invade todo y me deja en el suelo, inerme.

Todo, en mi interior, guarda silencio. Permanece solo el vacío.

Romeo se agacha a mi lado. Apoya su mano sobre la mía. Está caliente, más de lo que me esperaba, y sus dedos se estrechan alrededor de los míos.

No hace falta decir nada.

Él me comprende y ahora yo lo comprendo a él.

Ahora somos dos, unidos en el dolor.

Entonces Alena se aclara la voz y me devuelve a la realidad.

—Para —dice—. ¿Te parece que es momento de llorar?

Alzo la cabeza y me levanto a duras penas, pero me obligo. No puede permitirse hablar así, ahora no. Romeo hace ademán de retenerme, pero me libero de su mano. Me detengo frente a Alena. El viento le alborota la melena pelirroja y la hace parecer una furia salida de las leyendas.

—¿Precisamente tú? ¿Precisamente tú hablas así? —le digo, y la voz me sale sin tono, plana.

—Precisamente yo —responde, clavándome su único ojo. Si hay dolor por Folco, entonces está bien escondido en las profundidades de su pupila.

—¿Por qué? —murmuro.

Alena estrecha la mano alrededor de la empuñadura de su espada.

—La batalla todavía no ha terminado: habrá tiempo para llorar a los muertos, pero ahora debemos pensar en los vivos. En Terencio, por ejemplo.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero es difícil asentir, es difícil olvidar que hace poco éramos seis y ahora dos de nosotros se han desvanecido. Fiera y cazador.

No hay peor muerte que la que llega de un amigo.

Mercucio da unos pasos hacia nosotros. Por primera vez desde que lo conozco, no hay ni siquiera una sombra de sonrisa en su rostro. Solo desesperación.

—¿Y cómo piensas llegar hasta él?

—Como habíamos dicho, por allí —dice Alena. Y señala la Aldea.

Solo que entre nosotros y nuestro destino está la Catástrofe. A estas alturas, la Aldea está perdida. La torre parece una gigantesca antorcha envuelta en llamas de sombras, de tantos Incorpóreos como siguen lloviendo sobre este desdichado mundo.

Pelotones de Extrema Sangre intentan alejar ramas y troncos de árbol y pedruscos que ahora revolotean formando torbellinos y se desploman sin distinción sobre Edenitas e Incorpóreos, mientras los Ensiferios a las órdenes de Escalo cargan profiriendo sus gritos de

guerra en honor a Alyaster. Corren hacia la muerte con las espadas en mano y chocan con las filas de Incorpóreos. En la tierra se abren hendiduras dispuestas a engullir a quien sea, cual fauces de fieras extinguidas, y los Arquitiempos enseguida tratan de volver a cerrarlas, consumiendo un Rápido tras otro, saciándose en los manantiales de los Eternantes. Escalo, con su armadura blanca, voltea su espada y parece un rayo de luz que corta la oscuridad, rodeado por sus más devotos seguidores. Más allá, en la cima de la colina, diez Eternantes están apiñados alrededor de un Aeteriano que, con las manos alzadas hacia los rugidos del cielo, impide a los Incorpóreos desaparecer de nuestra vista y asesinarnos a todos.

Y luego están los cadáveres. Extrema Sangre con sus relucientes armaduras de llamacero yacen en el lodo como los últimos de los mercenarios, con la sangre saliendo todavía a borbotones de sus gargantas cortadas, con espadas clavadas en el pecho, con los ojos fijos hacia un Último Paso que jamás darán, aunque algunos Pentra, protegidos por círculos de Ensiferios, se obstinan en gritar la Extremacción como si debieran arrancar las nubes del cielo con la fuerza de sus voces.

Todos los Extrema Sangre que acudieron aquí para la ejecución de los Montesco han sido vueltos a llamar por el tañido de la campana.

Todos luchan contra el Enemigo; casas que se juraron odio eterno ahora están unidas en la guerra, en la voluntad de expulsar a la infinita horda de Incorpóreos.

Para defender Edén.

Por un batimiento, recuerdo todas las historias que mi padre me contaba, las batallas, las Catástrofes que me explicaba.

Historias de gloria y de triunfos, siempre.

Pero ahora la Catástrofe está frente a mí, y no hay ni gloria ni triunfo. Únicamente una guerra eterna.

—¿Por allí? Una excursión campestre —dice Mercucio. Y echamos a correr hacia la Aldea. Terencio nos espera.

Me pregunto si de veras lo lograremos, o si antes los Incorpóreos se abalanzarán sobre nosotros.

Pero no tengo tiempo de hacerme preguntas, porque de golpe y porrazo algo aterriza frente a nosotros, alzando una nube de barro y detritus. Nos detenemos, trastornados.

Es un Extrema Sangre; su armadura envuelve su cuerpo con planchas de llamacero verdes y doradas. Las hombreras están forjadas para recordar cabezas de lobo con las fauces abiertas de par en par, y en la mano derecha sostiene una espada larga, con la hoja fina.

—¿No deberías estar luchando para detener la Catástrofe? —grita Romeo.

—Yo no he venido aquí por la Catástrofe, Montesco. Yo he venido aquí para darte muerte. Y mi cara será lo último que verás —dice el Extrema Sangre. Y entonces un relámpago le ilumina el rostro.

La Loba.

Eleonora Valfiero.

Su Marca resplandece. Ella mueve los dedos de la mano izquierda y, un momento después, a nuestro alrededor todo se vuelve más oscuro, todos los colores parecen desvanecerse y los sonidos de la batalla se atenúan.

Abro los párpados de par en par y oigo el choque de espadas.

La Loba ha arremetido contra Romeo, que ha logrado parar el golpe justo a tiempo.

Pero no se trata de un entrenamiento, y no es hasta ahora que entiendo cuánto se contuvo mi tía con él el día en el que recibimos las armaduras.

Este es el verdadero poder de un Extrema Sangre.

Romeo se cae de espaldas, rueda por el sendero, resbala en el barro.

Mira a su alrededor, no entiende cómo puede ser que nadie se percate de lo que está sucediendo.

—¡Nos está ocultando! —grito.

—Mataste a mi hijo —espeta Eleonora, y su voz de Aeteriana resuena en todo nuestro alrededor. Se dirige hacia Romeo, apuntándole con la espada—. Y quiero tomarme todo el tiempo para hacerte sufrir como sufrió él. Pedazo a pedazo, corte a corte. Romeo Montesco, conocerás el auténtico dolor y luego, si me siento clemente, morirás.

Mercucio se interpone e intenta alcanzarla con un fondo. Él es bueno, veloz, el mejor de nosotros. Y sin embargo, la Loba no necesita más que una rotación de muñeca para parar su ataque.

Entonces alza el otro brazo y Mercucio debe inclinarse hacia atrás para esquivar el puñal que esa desgraciada ocultaba en la mano izquierda.

La Pertenencia resplandece radiante en su Marca. No tiene escrúpulos para usar el Tiempo que lleva en su interior para matar a Romeo.

Podría acabar con él, pero se da la vuelta en el momento en que Alena echa a correr hacia ella. La Valfiero lanza el puñal y por un momento ninguno de nosotros es capaz de verlo, se ha esfumado, y

luego ahí está, clavándose en el hombro de Alena, que pierde potencia y tropieza.

Y ahora Romeo está tan cerca… Está lidiando con el barro para volver a ponerse en pie.

Grito. Invoco a la bestia. La Loba no matará a Romeo. No delante de mí, ni hoy ni nunca.

La oigo romper las cadenas, inundándome de poder, como si pudiese arder de un momento a otro. Al contacto con mi piel, las gotas de lluvia se transforman en vapor.

Aprieto los dientes tan fuerte que podría romperlos, doblo los dedos como si fueran garras.

Ahora Julieta ya no existe. Está solo la bestia, como un león que me desgarra el vientre para salir y luego me devora y aún no está saciado.

No, ella no matará a Romeo.

Yo la mataré a ella.

Salto.

Me bastaría tocarla con un dedo para convertirla en cenizas.

Pero la Loba alarga su mano libre y, justo mientras estoy a punto de caer encima de ella, me agarra por el pescuezo. El cuero de su armadura quema, de repente su guantelete se vuelve incandescente.

Ella curva un poco el labio, muestra estupor solo por un instante y luego me arroja lejos. Un gesto de nada para un Extrema Sangre en medio de un enfrentamiento.

Aterrizo con un gran estrépito a dos pértigas de distancia por lo menos; mi espalda se estrella contra una roca y mi espada va a parar al barro, lejos de mí. El dolor es tan fuerte que la bestia en mi interior se calla por un batimiento, asustada.

Mi ira me hace fuerte y me brinda Pertenencia, pero la verdad es que no sé controlarla.

Me ciega y me permite destruir indiscriminadamente, como una Catástrofe.

Pero no me hace capaz de luchar contra quien ha vivido centurios de batallas y es superior a mí.

La lluvia en el rostro, cristales de hielo caen sobre mí. La Pertenencia Ardefría se ha apagado. El miedo la ha congelado.

Grito mientras me giro de costado.

Al menos he logrado dar a Romeo el tiempo de ponerse en pie y recoger su espada. Allí está, listo para enfrentarse a la Valfiero.

Yo también tengo que volver a levantarme. Apuntalo las manos en el barro, me obligo, ignoro el dolor en la espalda. Tengo que alcanzarlo.

Si debemos morir, moriremos juntos.

Alena se ha recobrado y se acerca a Romeo de un salto. Ahora son dos contra una.

La Loba niega con la cabeza.

—¿Tú otra vez? —Escudriña a Alena por un momento—. Qué fácil… —murmura. Y sobre la furia de la melena pelirroja, se abate de improviso la sombra.

La cubre como una noche sin estrellas.

Entonces la Loba le asesta un puntapié, la hace caer al suelo y alza las sombras para golpearla con otro puntapié, esta vez en la garganta.

—¡No! —grito. Me arrastro hacia ella, logro ponerme de rodillas y luego en pie. Me precipito hacia Alena—. ¡No!

Romeo ha vuelto a resistir los asaltos de la Loba, gruñe cuando la espada le hiere el rostro y un hilo de sangre aparece bajo su ojo derecho.

Apoyo las manos en el cuello de Alena e inclino la cabeza sobre la suya. Respira.

—Eres libre de tomar mi espada —susurra.

No debe repetírmelo. Aferro el arma y echo a correr al encuentro de la Valfiero.

Codo con codo, él y yo, de nuevo. Hasta el final.

—¿Por qué queréis defender a un asesino de esta calaña? —pregunta, mientras la Marca en su cuello empieza a brillar de nuevo.

—¡No fueron ellos los que asesinaron a tu hijo! —respondo a voz en cuello.

—¡Mentirosa! —grita, tan fuerte que por un momento creo que me dejará sorda. A continuación, blande el arma hacia mí, pero Romeo logra pararla.

Entonces la Loba le da un puñetazo en la cara, el llamacero le rasguña la piel y Romeo se ve despedido hacia atrás.

—Nunca más volverás a decir mentiras —afirma. Alza la espada por encima de la cabeza.

Y entonces se queda petrificada.

Intento moverme, pero yo tampoco puedo. Es como si mi cuerpo no quisiera obedecerme. Incluso la bestia guarda silencio como jamás lo ha hecho hasta ahora.

Reúno todas mis fuerzas para lograr girarme un poco hacia Romeo. Él también está completamente inmovilizado, con el ceño fruncido.

—¿Aquí? —gruñe—. ¿Tú…?

No entiendo a qué se refiere hasta que Selina nos pasa al lado.

Tiene las manos juntas delante del pecho y respira entrecortadamente, pero parece no importarle. Y sus ojos…

Sus ojos son grises, de una tonalidad tan brillante que casi podría rasgar el manto de sombra y silencio que la Loba ha hecho caer encima de nosotros. Jamás he visto un color similar en un Rápido, ni siquiera en un Edenita.

Logro sentir la Pertenencia, aunque no veo ninguna Marca.

Se detiene frente a la Loba. Y Eleonora Valfiero rompe a llorar. Gritaría, si solo pudiera abrir los labios, pero no puede: está inerme como nosotros, a la merced de la fuerza que está obrando ahora mismo. Abre cada vez más los ojos, en los que mora el terror junto a la desesperación, y luego se cae al suelo y creo que ha muerto. De miedo, quizá, o de dolor. Pero a su cuerpo lo recorren breves espasmos y un sollozo silencioso se alza de sus labios.

—Anteo —gime, y no es hasta ahora que empieza a gritar. Esta vez la ilusión tejida por la Aeteriana se rompe de verdad, y nos encontramos de nuevo inmersos en el fragor de la batalla.

Lo que Romeo le hizo a Lisandra cuando estábamos corriendo hacia el edificio no es nada en comparación con lo que estamos presenciando ahora.

Selina, o lo que sea, porque no puede ser la Rápida que nos ha acompañado hasta aquí, no puede ser la misma Rápida que tranquilizaba a los niños, se gira hacia nosotros. Alza los brazos y Romeo se pone en pie de nuevo, con la expresión atónita.

La Pertenencia nos rodea y se introduce en nosotros, nos permea. Y nos gobierna, como marionetas sin hilo, obligadas a bailar una música que no logramos oír.

Un pie tras otro, Selina nos guía lejos de los Incorpóreos, demasiado ocupados con verter su odio sobre los Extrema Sangre en una tormenta de espadas.

Nos lleva a lo largo del sendero que conduce al bosque cercano al campo de entrenamiento.

Selina nos hace entrar en una galería, la misma galería que Romeo usó para ir a visitar a Rosalina, la misma galería que usamos nosotros para regresar a la Aldea después de haber emergido de aquella ciudad subterránea.

Entramos y dejamos a nuestra espalda la devastación de la Academia, las luchas de los Extrema Sangre, los sacrificios de los Rápidos, las muertes de los Iniciados, los gritos de dolor, los relámpagos y el viento y la furia de la Disonancia.

Mi último pensamiento es para Mercucio y Alena. Todavía están vivos, y solo puedo esperar que, si algún día la Catástrofe es contenida, ellos serán encontrados.

No como nosotros, que ahora andamos hacia un destino ignoto.

Selina nos guía contra nuestra voluntad por el túnel, mientras la tierra tiembla a nuestro alrededor. No nos conduce hacia las salas de las Vestales ni hacia la biblioteca y la ciudad sepultada.

Sigue un recorrido que no habíamos visto jamás y toma desviaciones que no conocemos.

Descendemos y nos alejamos cada vez más de la Academia y seguimos andando. Pero no notamos el cansancio, nuestros cuerpos ya no nos pertenecen.

Hasta que superamos un arco labrado en la piedra y Selina se desploma en el suelo, extenuada, y nosotros somos libres.

Cuando entiendo dónde estamos, se me corta la respiración.

Porque ya he visto este lugar.

Es una sala excavada en la roca, con una bóveda alta antigua, la piedra pulida por milenios, las paredes interrumpidas solo por minúsculas alcobas que albergan calaveras lisas y resplandecientes, coronadas por velas. La tierra está poblada de raíces, raíces de árboles que hace siglos que están muertos. No sé por qué, pero no me cabe duda de que es así.

En el centro, una gran pila excavada en la piedra antigua y una hendidura en la tierra que promete ser tan profunda como la tierra misma.

Y entonces la oscuridad se mueve. No estamos solos. Algo se despega de la pared de roca frente a nosotros. Viste un atuendo gris recubierto de musgo y polvo y lleva una máscara que representa al Edenita más hermoso que haya visto jamás. Y sin embargo, la expresión sobre la máscara es de desesperación.

Las cadenas que le inmovilizan los tobillos tintinean en el silencio de la sala, roto solo por nuestras respiraciones, mientras se acerca a nosotros, con una mano cándida alzada como si no diera crédito a sus propios ojos, y habla.

Con una voz vieja de eras y sin embargo bellísima, habla.

Y dice:

—Al fin has venido a mí, Romeo.

56

Romeo

Selina me pone una mano en la espalda y me da un empujoncito. Doy un paso hacia él. Desprende un olor inusual, una fragancia, diría. Huele a liquen y tierra de bosque húmedo. Pero no de nuestros bosques, impregnados del aroma de setas y menta silvestre, sino de bosques más antiguos, donde la escarcha viene a posarse por la noche para luego evaporarse con la primera luz del alba, donde el musgo huele a madera y la resina dulzona de la corteza se mezcla con el perfume aromático e intenso de los robles.

Mi corazón late despacio. Mi cuerpo se relaja. La respiración sosegada acompaña un deseo de abandono. La calma asciende en mi interior como si la transportara la sangre. Mis labios esbozan una sonrisa que se ensancha. Mi alma dolorida se aquieta, con un abrazo…

… falso. No es real. Mi verdadera emoción, la que me ha acompañado estos días, está adormecida. Voy en su busca, estrechando fuerte la mano de Julieta. Necesito mi ira, que me espolea, que me mueve a actuar; necesito mi aflicción, que me rasga, pero también me recose junto con mis continuos recuerdos, que voy a buscar. Los fragmentos de mi vida que han intentado que

se vuelvan como las páginas blancas de Oudemya, algo que sabes que está, pero no eres capaz de ver.

—¡Detente! Aléjate de mi cabeza. —Las cadenas emiten un débil tintineo susurrado, como el alma de este Edenita.

Y así como los susurros, se insinúa dentro de ti sin que puedas percatarte.

—Increíble. —La admiración resuena en su voz—. Increíble. —Da un paso hacia mí. Alarga las manos hacia mi cuello y aparta la bufanda que llevo.

Veo que los ojos de Julieta se abren de par en par.

—Almanario —dice flojito.

—Almanario —grita el Edenita—. Romeo, las eras son infinitas cuando aguardas algo. Pasan como granos de un reloj de arena y te descubres contándolos todos, uno a uno. Te he esperado por surcos de eras. Y ahora estás aquí. El primer Encantilante Almanario.

Si no tuviese la máscara, creo que le vería lágrimas.

Busco la mano de Julieta. Necesito estrechársela, hacerle saber que no le he dicho nada, pero que luego le contaré. Ella me devuelve el gesto.

Siento un ligero vértigo, un aturdimiento.

—Julieta y Romeo. Rara vez he percibido dos almas vibrar así. —Da un paso hacia Julieta y yo me pongo delante. Ella se aparta y se coloca de nuevo a mi lado. El Edenita ríe. Y parece cristal cuando tintinea después de que se hayan alzado las copas. O música.

No logro discernir lo que es real, las emociones que son mías y las que me está haciendo sentir él.

—¡Eres un Encantilante! —digo.

—Sí. El más antiguo que queda.

Rastreo sus emociones. No encuentro por dónde entrar. No es como Julieta, que me resulta oscura; es más como el Decano. Podría, pero algo me lo impide.

Se ríe de nuevo.

—Oh, Romeo. Eres valiente, al intentar retarme. Y estúpido por usar la Pertenencia sin haber recibido el Vínculo. Y esta noche lo has hecho a menudo.

—Hago lo que es necesario.

—Tu muerte es lo menos necesario en este momento. Necesitas nutrirte.

Hace una señal a Selina.

—No —digo—. Ella también ha dado demasiado hoy.

Selina se acerca al Edenita y le quita la máscara con delicadeza.

Julieta y yo tomamos todo el aire posible de una sola bocanada. No es espanto. Es maravilla.

El Edenita que tengo enfrente es idéntico a la máscara que llevaba, pero tal vez más hermoso, más perfecto. Su rostro es el de un Extrema Sangre que todavía no ha superado los treinta solasterios, quizá menos, pero creo que tiene muchos más.

Sin que yo pueda decidir otra cosa, me encamino hacia él como atraído por una llamada. Sé que no soy yo el que se mueve, que es él quien decide por mí, así como es él quien me besa.

Lo que llega a mi cuerpo no es sustento, sino embriaguez, éxtasis, euforia.

Me regala un recuerdo de hace surcos de eras. La ciudad subterránea viva, vibrante. El sonido de las voces de los niños. Las carcajadas. Los colores. Estoy inmerso en el júbilo.

El recuerdo cambia, y esa misma ciudad está manchada de sangre. Por el suelo yacen cuerpos desmembrados. El dolor me escuece, atenaza mis huesos y los hace vibrar. Me invade una rabia sorda. Una Edenita de pocos años corre a lo largo del balcón corrido. A su espalda, caras que se confunden con el horror que ella siente. La alcanzan, y luego la oscuridad.

La separación me arroja al suelo. No logro abrir los ojos. Me siento arrollado. Las voces me llegan mortecinas. Pero una domina a las demás y grita. Retumba. Es Julieta.

—¿Qué diantre le has hecho? —La tierra tiembla ligeramente. La bestia se está despertando. Quisiera decirle que no lo haga. Que se calme, pero mi cuerpo está sordo a mis llamadas.

—Eres poderosa, Julieta —dice la voz del Edenita—. Sin embargo, en tu interior hay oscuridad. Espesa. Profunda. Te llama a ella. Te quiere. Y tú le correspondes. No te gusta cuando viene de tu alma. Intentas huir de ella. Te da pavor. Pero la sensación de placer que sientes te llevará a tocar esa oscuridad más veces.

Alzo un brazo. Me doy cuenta de que ha sido solo en mi mente.

El Edenita gime.

—Un trabajo excelente. Aeterianos, supongo. ¿Tu tía? ¿Qué ha querido esconder? Será interesante descubrirlo.

¿La está tocando? Le está haciendo daño. La necesidad de protegerla me hace regresar. Abro los ojos.

—Déjala —murmuro.

Julieta está a mi lado. Me ayuda a levantarme. Miro al Edenita con odio.

—Quién. Eres. En. Realidad —gruño.

—¿Quién crees que soy? —responde con serenidad.

—Ilhuas.

Ríe, y de nuevo creo que jamás he oído un sonido tan placentero. Él continúa revolviendo mis emociones y no sé si odiar, amar, temer o ser valiente.

—Por favor, no soy ningún dios. Ser un dios es extremadamente complicado y extenuante. Me llamo Amauel, solo soy un Edenita, además de Encantilante. Pertenezco a una raza inmortal. Elegida. La raza favorita de Alyaster y la más odiada. —No lo interrumpo—. ¿Qué sabes de las Grandes Rebeliones? —me pregunta.

Ojalá Benvolio estuviera aquí. Él es quien domina nuestra historia. Intento recordar algo de las lecciones impartidas.

—Lo que nos enseñan —digo—. Un grupo de Extrema Sangre se alió con el Enemigo y exterminó al Coro en su totalidad. Las casas lucharon unas contra otras hasta que Alyaster descendió sobre Edén para combatir junto a sus fieles. Muchos murieron, pero gracias a su sacrificio los rebeldes fueron derrotados. Alyaster creó a la Lectora e infundió en ella parte de su esencia para que, frente a una nueva rebelión, ella pueda luchar de nuevo al lado de sus hijos y de sus hijas. Y luego creó el Libro Oudemya, que es la palabra escrita pero también la que escribe. Y en el interior del Libro puso una chispa suya de vida. Oudemya y la Lectora son nuestro enlace con la diosa. —Benvolio estaría orgulloso de mí.

Suspira con lentitud.

—Rebeldes…, creo que puede definirse así. Éramos rebeldes y éramos todos Encantilantes.

—¿Éramos? ¿Tú participaste en la Gran Rebelión? —pregunto, dubitativo.

Asiente con la cabeza.

—¡Qué nombre más pomposo le han dado! A Alyaster le encanta el espectáculo, sobra decirlo.

—Es imposible… Han transcurrido… —Julieta tampoco da crédito a lo que está diciendo. Y sin embargo este Edenita emana una energía, un poder, que nunca había percibido en nadie más.

—Surcos de eras —responde.

Inmortal. Mi mente se va a la ciudad. Julieta preguntó cuántos centurios se habrían usado para impregnar la ciudad de tanta Pertenencia. Tenemos la respuesta: inmortalidad.

—¿Por qué os aliasteis con el Enemigo? ¿Por qué queréis destruir Edén? —Julieta alza el rostro en señal de desafío.

—No, Julieta, no nos aliamos con el Enemigo; descubrimos que el Enemigo no existe. El Enemigo es la misma Alyaster.

Doy un respingo.

—Embustero —digo entre dientes.

—¿Quieres hacernos creer que Alyaster ataca a la misma criatura que engendró? —rebate Julieta.

—¿Cuántos ataques han destruido Edén? —me pregunta sabiendo ya la respuesta.

Julieta responde en mi lugar.

—En su tercer surco por poco se desintegró. Las tierras se quebraron y se volvieron a compactar. Generaciones enteras de maravillosos animales que luchaban junto a los Extrema Sangre se extinguieron. —Conoce la historia mejor que yo. Su padre se la habrá contado cuando de niña le enseñaba las heroicas hazañas de su casa.

Él asiente con la cabeza.

—Y no obstante Edén sigue aquí. Íntegro y floreciente. ¿Qué enemigo pierde durante surcos y surcos de eras? Pensad en ello. ¿Y qué enemigo logra cada vez fortalecerse? ¿Perder, y sin embargo no ser nunca derrotado? Listo para nuevas batallas.

—Uno muy poderoso… —Mi voz titubea.

—Uno muy poderoso. ¿Y quién es más poderoso que una diosa?

Sus palabras agrietan mis convicciones. Intento mantenerlas unidas porque mi vida es esta. Mi vida es luchar contra el Enemigo. Y ahora me dicen que ese enemigo no existe.

—¿Por qué atacar a Edén? —pregunto.

—El mejor modo para tener a un pueblo bajo control es ofrecerle una guerra contra un enemigo desconocido. Una lucha común y posibilidad de gloria. La guerra vuelve al pueblo dócil. Le brinda un motivo para depositar esperanzas en un mundo mejor. Y lo une. Es en la adversidad que se afianzan los vínculos. Supongo que ya sabes de lo que estoy hablando.

Tiene razón. Pienso en mi Tropa. El día de la Congregación intentamos matarnos y en cambio hace solo un lateluna recibí una hoja en el vientre para salvar a mi enemiga. Me arrojé delante del hierro de la Seca sin reflexionar ni un momento.

—La guerra justifica incontables atrocidades, Romeo, y tu diosa es muy cruel. La guerra mantiene a un pueblo en jaque.

Una parte de mí lo cree, pero la otra se niega a aceptar semejante locura.

Habla en tono cansado.

—Te estás preguntando qué utilidad tiene. ¿Por qué no tener un lugar maravilloso en el que hacer crecer a todas las criaturas juntas? —Se alza y anda despacio hacia el fondo del jardín. Alza su mirada

hacia la ventana, donde mi abuelo observaba el tapiz con el rostro de su amada bordado.

—¿Conoces la palabra «posesión»?

Asiento.

Él niega con la cabeza.

—No tiene nada que ver con tener. Poseer es la total pertenencia. Vida y muerte. Y eres tú quien decide. Poseer es dominación. Poseer es disponer. Alyaster posee Edén. Es suyo. De nadie más. Ni de los animales que la moran ni de sus Edenitas. Pero ambos sirven a Alyaster para mantener Edén. Y Edén existe para alimentar a Alyaster, que a su vez alimenta a los Edenitas.

—El círculo —murmuro.

—El círculo que os enseñan que no debe romperse. ¿Pero qué sucedería si existiese una Estirpe que no necesitara a Alyaster? ¿Una Estirpe tan poderosa que pudiera ser autosuficiente y poseer ella Edén? ¿Qué sucedería si el círculo se rompiera?

—Alyaster…

—Alyaster… caería en el olvido. Y Edén sería de sus hijos. Pero ya no de la madre. Alyaster trajo al mundo a su criatura, pero no quiere soltarla. No la está protegiendo, la retiene prisionera. Cuando lo descubrimos… cuando tratamos de liberar a Edén y a sus criaturas, cuando pretendimos su emancipación, ella nos exterminó. Y sigue teniendo a todos los demás pegados a su seno con la guerra. Con un enemigo inventado, aunque el verdadero enemigo es ella… —Su rostro se ensombrece—. He presenciado surcos de eras de muerte, de dolor, he visto a nuestra Estirpe desaparecer para siempre jamás. Y lo he creído. Alyaster puede haber depurado una Estirpe, pero no ha domado la sangre. Nuestra Pertenencia todavía grita. Algunos

tienen la fuerza de hacer crecer este don y se convierten en… ¿cómo los llamáis?

—Eternantes —respondo, sin darme cuenta.

—Exacto. Eternantes. Carentes de poder, de grandeza. Obligados a ser el escarnio de las demás Pertenencias. —Su tono se inflama. Me señala con el dedo—. Pero cuando la llamada del poder es demasiado fuerte, entonces el Encantilante resurge. Sin embargo, antes de que su potencia real estalle, el sueño revela su naturaleza. Y os matan, os asesinan, tanto hoy como en aquel entonces.

Siento un escalofrío que me asciende hasta los labios. Hay una pregunta que temo formular. Pero él ya la sabe.

—Sí, Romeo. Todos tus hermanos y hermanas eran Encantilantes. Bastiano también. Pero el canto era débil en su sangre y se convirtió en Eternante. —Me acaricia el rostro—. Hace surcos y surcos de eras que no nacía un Encantilante con tu don. La sangre empezó a cantar en tu interior desde que naciste. Tu abuelo te protegió hasta que pudo.

—¿Mi abuelo lo sabía? —pregunto, confundido.

—Lo sabía. Desde siempre.

—Pero él… él rezaba a Alyaster. Él me decía…

—Te decía lo que debe decirse a un niño. La verdad debía serte revelada en tu Primer Paso. Pero tú la rechazaste.

Rufina. Rufina también.

No necesita oír lo que estoy pensando.

—Rufina también. No era una Encantilante. Era una Rápida, pero entre los que están al servicio, algunos son afines a nuestra causa.

Se toca el pecho dos veces.

—El gesto de Rufina —murmuro.

—No, Romeo. El gesto de los Encantilantes. Para reconocerse. Esconde lo que eres…

—Vuestro lema —concluyo.

—Nuestro, Romeo. Tú eres uno de nosotros. Sé que ves las emociones, que las reconoces, y cuando estés vinculado con la Pertenencia, podrás manipularlas. Tú puedes salvar a tu raza, puedes salvarnos a todos. Tú puedes volver a insuflar fuerza a los Encantilantes. No estarás solo. A algunos logramos salvarlos, llevárnoslos. Pero no son muchos en comparación con los que acaban exterminados. A otros los secuestramos de sus familias cuando todavía son pequeños, pero son pocos, cada vez menos. Ella es buena encontrándolos y aniquilándolos.

—Pero si no reciben el Vínculo antes del decimoctavo solasterio se transformarán… en Selfieras. Los salvas de una muerte certera solo para arrojarlos a un destino peor que la misma muerte —dice Julieta con desdén. Ella no lo sabe. No sabe sobre Folco. No sabe que podía salvarlo y no lo conseguí. En mi interior es como si hubiera quedado una reminiscencia de su alma, que me susurra: «Soy un muerto más sobre tu conciencia».

Amauel frunce los labios. Es pesadumbre. Ladea la cabeza. Me escudriña sin decir nada. Aguarda. Espera a que yo meta en el fuego el último taco. Lo encajo como una pieza de mosaico, pero Julieta lo dice antes en voz alta.

—¡La transformación es para destruir a quien logra huir! Fue creada adrede.

Él asiente con la cabeza.

—Los poderes no necesitaban el Vínculo, nacían espontáneamente.

—La Lectora no daba la Pertenencia… —murmuro aún incrédulo.

A Julieta no la convence lo que oye. A mí sí. Sé más cosas que ella. Ya he mantenido conversaciones disparatadas con dioses o semidioses.

—La Lectora —Amauel escupe su nombre— es una alarma para los Encantilantes… Bloqueó las Pertenencias de todos, solo para evitar que nazcan otros de nuestra Estirpe, para encontrarlos antes de que su sangre cante.

Su rostro se ensombrece. El frío me desgarra el cuerpo cuando comprendo.

—La Academia no es más que una enorme trampa para nosotros, ¿verdad? ¿No es más que eso?

—Sí. Os llevan al extremo porque es en el dolor donde canta nuestra Pertenencia, pero no las demás. La Congregación es un matadero creado exclusivamente para los Encantilantes —confirma bajando la cabeza, como para honrar a los muertos.

Una trampa. La Academia donde mandan a los hijos a morir no es más que una enorme trampa para mi… Estirpe. No tiene que ver con la pureza de la sangre, ni con ser dignos, no es para encontrar a los mejores. Es por nosotros. Por mí. Por mis hermanos. Pienso en todas esas vidas que podrían haberse salvado y que en cambio fueron destruidas… serán destruidas… solo para buscarnos. Pienso en las guerras que luchamos todos los días. En las Catástrofes. En los muertos Edenitas y Rápidos. Mi furia invade cada fibra de mi cuerpo, el furor enciende mis vísceras. Mi Marca brilla.

Julieta me estrecha la mano.

—Cálmate —me susurra.

Lo hago. Su tacto me apacigua. Mi Marca se apaga.

—¿Quién es Selina? ¿Quién es Agnes? —pregunta.

—Mis ojos. Mis oídos. Encantilantes, como él. Pero sin Pertenencia. Y un Edenita sin poderes no es un verdadero Edenita. Las Pertenencias son nuestra herencia. Somos aquello para lo que hemos nacido.

—¡He visto a Selina usando la Pertenencia! —digo.

Niega con la cabeza y suspira.

—Me has visto a mí usando una pizca de mi Pertenencia. Me has visto poseerla. Pero ellos no son Almanarios. Me fatiga entrar en su interior. Y mi permanencia debe ser ligera; de lo contrario, mi cuerpo se haría añicos. Estas pequeñas excursiones más allá de mi prisión me regocijan y a veces me hacen luchar… a lo mejor para salvarte a ti, Romeo.

Sus ojos centellean y al ver ese destello recuerdo haberlo visto.

—Ponte Pietra. Eras tú. Tú me salvaste —digo.

—Eres difícil de proteger, Romeo. Tienes una propensión particular a meterte en líos. Casi te perdimos por culpa de este carácter tuyo generoso y a veces estúpido, pero es gracias a este carácter que tus compañeros te salvaron.

—También has sido tú contra la Valfiero en la Catástrofe, ¿verdad? —pregunto.

Asiente sonriendo.

—Ese poder era inmenso —dice Julieta—. Era… —Se queda paralizada. Su mirada se vuelve de terror—. Lo que podrías hacer si el Encantilante también fuera un Almanario…

Él sonríe. Y yo también comprendo.

—¿He nacido para contenerte? ¿Para que tú puedas luchar?

—Sí, Romeo, y juntos podremos aniquilarlos a todos.

Agradecimientos

Aquí lo tenéis. Ahora este libro es vuestro.

Durante mucho tiempo no fue más que una idea.

Luego se convirtió en el tormento de infinitas noches dándole vueltas, días discutiendo, hojas desparramadas con sugerencias, borradores desechados.

Entonces llegó la primera palabra. Muchos nos decían que no prestáramos atención a la primera frase, que de todos modos cambiaría a medida que el libro fuera progresando. Pero permaneció igual.

Descubrimos que escribir se parece mucho a leer. Sufrimos con nuestros protagonistas, lloramos con ellos, nos enamoramos con ellos.

Y, hasta ahora, siempre habíamos pensado que el libro era nuestro. Éramos libres de cambiar, de volver atrás. Era nuestra criatura.

Ahora ya no. Ahora es vuestro. De quien lee. De quien llegará hasta el final. También de quien leerá solo unas pocas líneas y decidirá abandonarlo.

Por lo tanto, el primer agradecimiento es para vosotros. Así como sin los Rápidos los Edenitas no podrían luchar, del mismo modo nosotros, sin vosotros, no existiríamos.

El segundo agradecimiento es para William, el poeta. Gracias por haber escrito *Romeo y Julieta*. Gracias por haber ocultado su verdadera identidad. Gracias por haber dejado esa pequeña discrepancia temporal que nos permitió crear este mundo. Nosotros sabemos que eres un Almanario. De lo contrario, tú solo no habrías podido escribir esas historias que todavía hoy, a una distancia de casi seis centurios, los actores llevan a escena y los espectadores se apresuran a ir a ver y descubrir en tus palabras infinitas maravillas.

Y ahora pasamos a nuestra Tropa, formada por todos esos Iniciados que junto a nosotros han luchado para conquistar esta Torre.

Nuestra agencia, PNLA, y sobre todo Arianna Miazzo. Eres una auténtica Ardefría, y para nosotros Esencial, de todas las formas, fantástica o real. Nos tomamos un vaso de vino en un caluroso día de verano de hace quince latelunas y hablamos de amor, de libros y aventuras. Y quisiste emprender esta a nuestro lado. Eres capaz de calentar el espíritu de quien tienes al lado, de hacer arder las pasiones, y asimismo sabes volverte gélida cuando el trabajo lo requiere. No podríamos desear una mejor agente que tú. Gracias, Pelirroja.

Michele Rossi, el capitán de la Tropa de SEM. Eres nuestro poeta Mercucio, que sabe encontrar entre las historias las que deben ser contadas. Nuestro Terencio, capaz con una ocurrencia de hacernos olvidar las tribulaciones. Nos elegiste en la Arena y enseguida creíste en nosotros. Y con él, todos los demás que han resistido a los Movimientos, temblando con nosotros: Adriano, Cristiano y Duccio y toda la Tropa SEM-Feltrinelli.

Gracias a Mariagiulia: eres nuestra Trasladora. Has curado las palabras, unido párrafos, sacado lo que hacía daño y vuelto a poner lo que estaba sano.

Gracias a Fabio, has mostrado lo imposible y dado visibilidad a este mundo. Es evidente para todos que eres un Aeteriano.

Gracias a Christian, Rápido mensajero y fiel consejero.

Piero y Rita. A ti, Piero, que nos has enseñado a amar los libros desde que, de pequeñitos, los robábamos en tu librería, y a ti, Rita, que todavía no has leído nada de este libro, porque estamos esperando para sentarnos junto a tu cama, ser tus ojos y leerlo poco a poco. Estáis llenos de Tiempo, como los Eternantes, y para nosotros siempre seréis así.

Rebecca, eres una Arquitiempo. Todos los días nos enseñas a ser mejores padres y cada vez fracasamos estrepitosamente, pero con paciencia tú vuelves a empezar desde el principio para tratar de hacernos comprender dónde están nuestros errores.

Andrea, fuiste el primero en escuchar esta historia y todavía vive de tus valiosos consejos. Eres un Grave, fuerte y capaz de ligereza.

A Tata, que lee más Rápido que la Lectora.

A Luca Masci, nuestro Padre dos de nuestra disparatada familia. Gracias por las noches en las que has escuchado, comentado y a menudo criticado todas nuestras ideas alocadas. Al ver que estábamos redactando los agradecimientos, pediste, con tu habitual modestia, que solo te compararamos con un dios. Aquí la tienes, Alyaster es tuya. En el fondo, es la diosa de la creación y juntos hemos creado una buena cantidad de cosas.

Numerosas historias no empiezan exactamente con la primera palabra, muchas cuentan con un prólogo. Iginio Straffi, eres nuestro

prólogo. Si miramos atrás, sin ti todo esto jamás habría sucedido.

Eres nuestro precedente. Nos acogiste, creíste en nosotros, nos brindaste una oportunidad tan valiosa que ahora nuestro futuro depende de ella. Eres un Alto Maestro. Capaz de enseñar lo que es la fantasía, la voluntad, el coraje de creer en los propios sueños. Eres un Leviante. Mandas los vientos, que llevan fábulas para mayores y para pequeñines.

Gracias a Carolina. Eres nuestra Inseparable. Lo que nos ocurre a nosotros te ocurre a ti y viceversa. Y como Romeo, nosotros también quisiéramos encontrar el nombre para tu constelación.

A Maurizio y a Giusi, Altos Maestros a quienes admirar cada vez, desde siempre. Con ellos la Academia sería un lugar mejor, y nadie debería temer las Catástrofes.

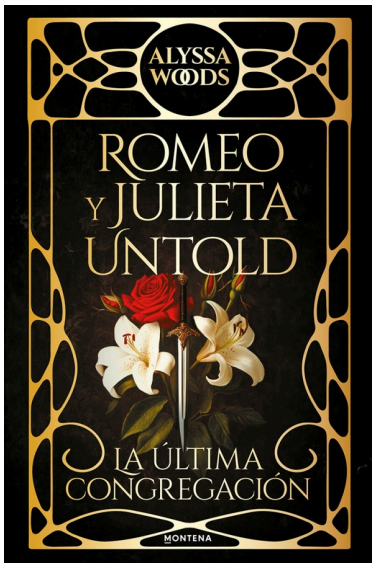
A Francesco Braida, Ensiferio, compañero de mil batallas. Juntos hemos afilado nuestras hojas y seguiremos luchando.

A los Iniciados, que vigorizan el espíritu y se enfrentan a juegos mortales con nosotros: Lorenzo, Michele, Veronica, Laura, Francesca, Enrico. Y a los Pentra, maestros de magia, Gianluca y Nicolò.

Y los Encantilantes son Paula y Alessio. Gracias. Vosotros sabéis por qué.

Y, en fin, de nuevo a todos vosotros, nuestros lectores, que esperamos que sabréis leer en las páginas blancas, porque la maravilla se encuentra en vuestros ojos.

Llega la verdadera historia de Romeo y Julieta, tal y como Shakespeare la escuchó de quienes la vivieron, pero nunca pudieron contarla.



Verona, 1392.

Julieta y Romeo aún no se conocen, pero ambos acaban de cumplir dieciséis años y se encuentran entre los cuatrocientos Iniciados listos para cruzar el umbral de la Academia: un año de entrenamiento y enigmas mortales al final del cual, quienes sobrevivan, adquirirán los poderes necesarios para defender el planeta.

La Tierra, creada hace millones de años por la diosa Alyaster, corre el riesgo de ser destruida por el odio de una criatura sin rostro. Para protegerla, Alyaster creó a los Edenitas: seres especiales capaces de recibir, una vez finalizado su entrenamiento en la Academia, parte de

sus poderes para evitar el fin del mundo. Así comienza la Temporada de la Reunión, un período duro y cruel, salpicado de una serie de competiciones despiadadas y a menudo fatales.

Intrigas y complots entre antiguas familias, duelos épicos y desafíos mortales, cataclismos que amenazan el mundo y amistades indisolubles: esta es la verdadera historia de Julieta y Romeo, tal y como Shakespeare la escuchó de quienes la vivieron, pero nunca pudo contarla. Esto es Julieta y Romeo Untold.

En la sangre y en la oscuridad nace el amor más grande de todos los tiempos.

Alyssa Woods es el seudónimo con el que Paula Boschi y Alessio Posar, dos talentos del mundo del entretenimiento, firman sus creaciones en dúo. Juntos, han reimaginado y expandido la historia de amor más conocida del universo, la de Romeo y Julieta, y la han convertido en una saga de romantasy única e ineludible.

Paula Boschi lleva muchos años trabajando en el equipo de desarrollo de Rainbow, una empresa clave del sector creadora de, entre otros, la conocida saga Winx. También ha trabajado en la producción de la aclamada película de Netflix *El fabricante de lágrimas*, de cuya adaptación fue productora ejecutiva.

Alessio Posar es un guionista, editor y profesor en la Scuola Holden y ha recibido numerosos premios como guionista.



Título original: *L'ultima adunanza. Giulietta e Romeo untold*

Primera edición: junio de 2026

© 2025, Alyssa Woods
Todos los derechos reservados
Publicado originalmente en italiano por SEM, marca registrada de Giangiacomo Feltrinelli Editore, en 2025
Publicado por acuerdo con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Núria Saurina Eudaldo, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación de Penguin Random House Grupo Editorial / Feltrinelli

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87924-36-2

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Romeo y Julieta Untold

Dramatis personae

Pertenencias (o las cuatro Estirpes de Edén)

Primera parte. La Temporada de la Congregación. Verona, 1392

- 1. Romeo
- 2. Julieta
- 3. Romeo
- 4. Julieta
- 5. Romeo
- 6. Romeo
- 7. Julieta
- 8. Romeo
- 9. Romeo
- 10. Romeo
- 11. Julieta

Segunda parte. Las Tropas. Academia de la Congregación, 1392

- 12. Julieta
- 13. Julieta
- 14. Romeo
- 15. Romeo
- 16. Romeo
- 17. Romeo
- 18. Romeo
- 19. Julieta
- 20. Julieta
- 21. Julieta

Tercera parte. Los Claustros. Academia de la Congregación, 1392

- 22. Romeo
- 23. Romeo
- 24. Romeo
- 25. Romeo

26. Julieta
27. Julieta
28. Romeo
29. Julieta
30. Julieta
Cuarta parte. El juego de las torres. La Aldea, 1392
31. Julieta
32. Romeo
33. Romeo
34. Romeo
35. Romeo
36. Romeo
37. Julieta
38. Romeo
39. Romeo
40. Julieta
41. Romeo
42. Julieta
43. Julieta
Quinta parte. La Inquisición. Academia de la Congregación, 1392
44. Romeo
45. Julieta
46. Romeo
47. Romeo
48. Romeo
49. Romeo
50. Julieta
51. Julieta
Sexta parte. El fin de las mentiras. Academia de la Congregación, 1392
52. Julieta
53. Julieta
54. Romeo
55. Julieta
56. Romeo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Alyssa Woods
Créditos